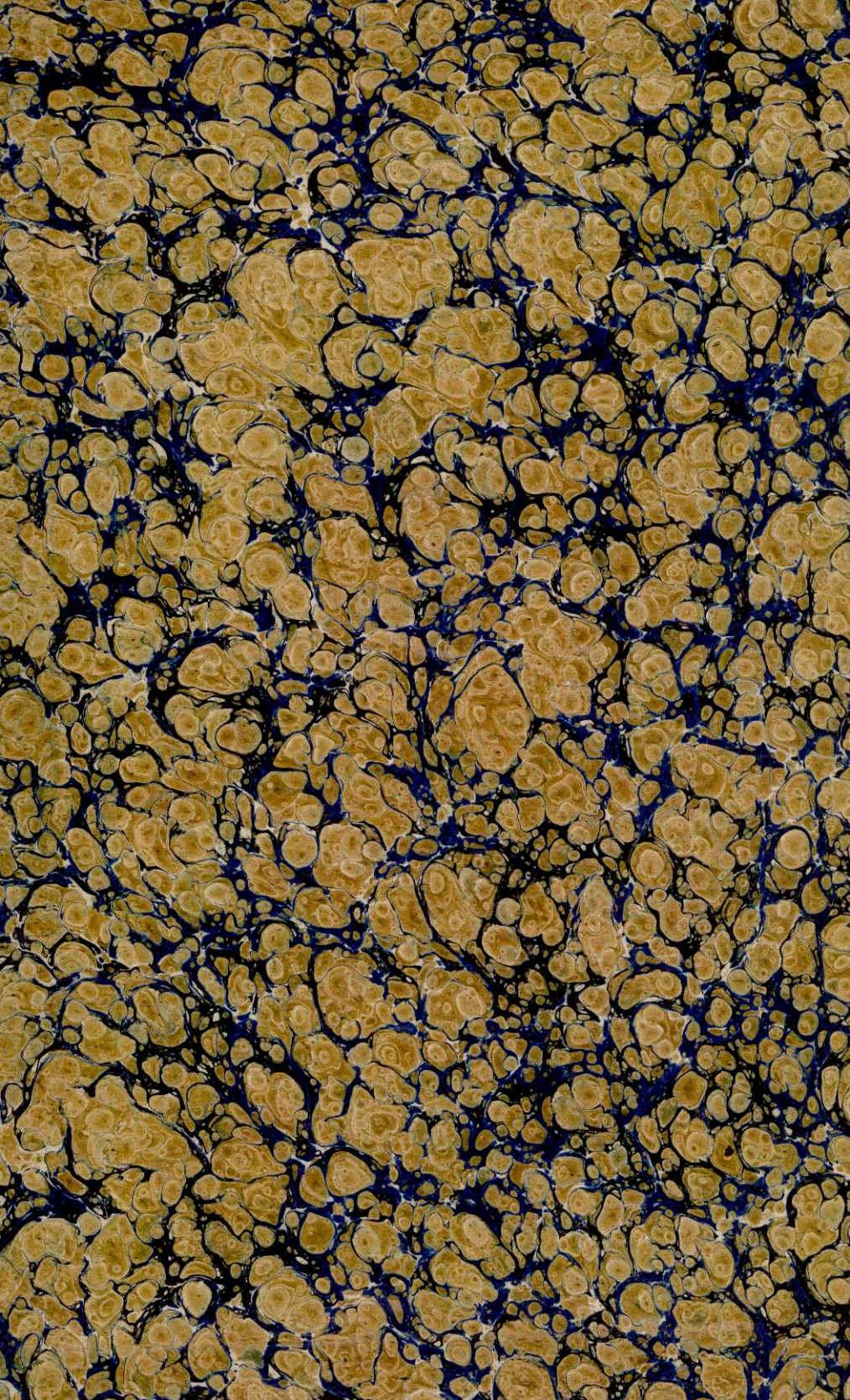

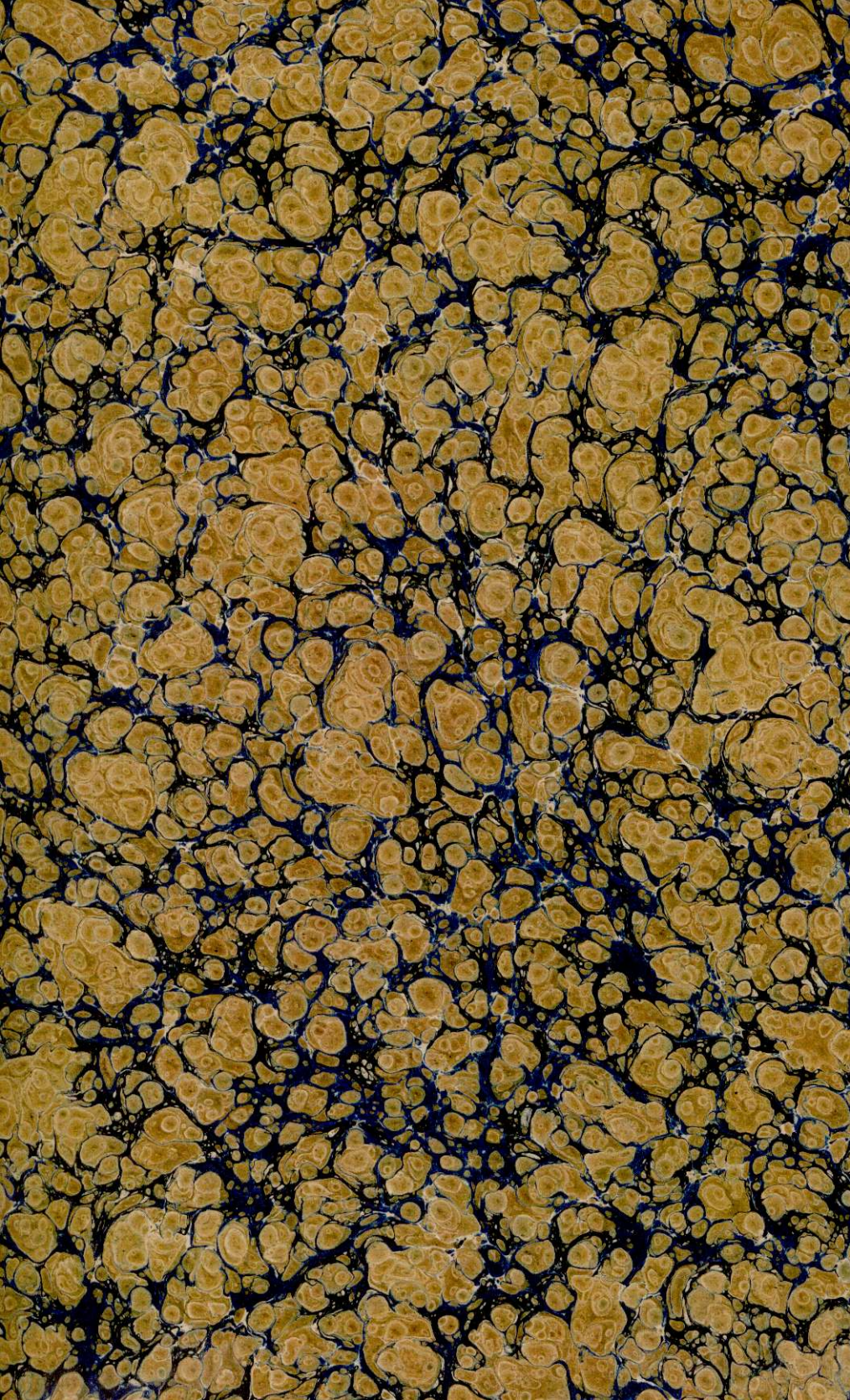

Eu 62
MS

1255 - b -

2 tomos en 1 vol

Costumbres. 20000
ANT
XIX
887

Contiene leyendas y tradiciones muy curiosas como

LEYENDAS

HISTÓRICAS Y MORALES.

24 cms - XXXVI - 315 - 24 - 298 - 24
1ª
15
R-92353

LEYENDAS

HISTÓRICAS Y MORALES,

OBRA ORIGINAL

de D. José María Leon y Dominguez,

PRESBÍTERO,

CATEDRÁTICO EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE CADIZ.

TOMO I.

Namque et nos interdum nostris parvulis petentibus noxia, ingerimus salutaria sub specie noxiorum: fallentes insipientiam, non decipientes affectum.

Y así nosotros algunas veces, cuando los niños nos piden cosas nocivas, les damos cosas provechosas bajo la forma de aquellas: burlando su ignorancia, pero no su deseo.

(*San Pedro Crisólogo*, SERMON XXV.)

CÁDIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,

1866.

Esta obra es propiedad de su autor, sin cuyo permiso no podrá reimprimirse en todo ni en parte.

Al Sr. D. Pedro Ignacio de Paul.

Al publicar estas Leyendas, y al solicitar de V. me conceda la honra de poner su nombre al frente de ellas, he querido prestar un homenaje de admiracion, tan expresivo como sincero, á la rectitud de principios que V. profesa, y al esmero con que vela por la educacion así moral como religiosa de sus hijos.

Tributo de respetuosa amistad es esta dedicatoria, y al aceptarla, colma V. los deseos de su afectísimo y atento servidor

Q. S. M. B.

José María Leon y Dominguez,

PRESBÍTERO.

PRÓLOGO.

Al ceder, no sin alguna dificultad, á los ruegos de personas muy autorizadas que deseaban escribiese y publicase mi pobre juicio crítico sobre las Leyendas históricas y morales del presbítero D. José Leon y Dominguez, nada ha estado mas distante de mi ánimo que estimarme con bastantes conocimientos para llevar á cabo tan árdua empresa. La íntima conviccion que tengo de mi insuficiencia y las multiplicadas atenciones que me rodean y no me permiten recordar siquiera mis antiguas aficiones literarias, eran motivos mas que poderosos para fundar mi negativa á que mi desautorizado dictámen y mi nombre, poco conocido en la república de las letras, figurasen al frente de las Leyendas. Y como, á pesar de estas atendibles consideraciones, me han vencido otras en mi concepto de mayor importancia, debo empezar dando sobre ello una ligera esplicacion.

Dos móviles de diverso género me hacen tomar la pluma para escribir este prólogo, el nombre del autor de las Leyendas y con especialidad el fin altamente loable que se propone al darlas á luz. Cuando hace cuatro

años informaba como Rector del Seminario acerca del colegial interno José Leon al solicitar órdenes sagradas de su Prelado, muy ageno me hallaba entonces de que poco tiempo despues tendria que escribir el análisis de una obra que habia de publicar el colegial. Porque si bien es cierto que ya antes habia dado pruebas de su aficion al estudio de nuestros clásicos y de su facilidad para escribir, nunca sin embargo hubiera yo imaginado que á tal altura se levantase en tan escaso tiempo. Los dramas histórico-religiosos, primeros ensayos como los llamó el distinguido literato D. Francisco Flores Arenas, en el juicio crítico que formó de ellos en LA MODA, escritos para el Seminario sin tener personas de otro sexo, lo cual hacía mucho mas difícil la invencion de los argumentos, su desarrollo é interés dramático, revelaron ya de lo que era capaz y lo que habia que esperar de él, cuando mas detenidamente emprendiera la noble tarea á que se sentia llamado en vista de sus felicísimas disposiciones. Las poesías que luego publicó en la misma MODA, de las que algunas fueron copiadas por el CORREO DE ULTRAMAR, periódico de literatura que sale en París, merecieron los aplausos de sus amigos, que le animaban á continuar la senda que con tan buenos auspicios empezaba. LA VIRGEN DE ATOCHA Ó LA RECONQUISTA DE MADRID, primera leyenda que salió de su elegante pluma, acabó de probar á todos lo que se debia esperar de él en esta clase de trabajos literarios, ya que de sus poesías líricas se tenia formada tan alta idea. Apenas termina su publicacion, la inserta el PENSAMIENTO ESPAÑOL, que desde entonces con frecuencia llena sus columnas con los escritos del jóven seminarista, y publica seguidamente EL POZO DE LA LLOROÑA, EL PER-

don de D. Pedro de Castilla, Las tres flores y Santa Marina, leyendas todas que aparecen en esta coleccion.

Ya entonces hubieron de comprender sus amigos que no debia ser el estrecho círculo de un periódico, que nace para morir en su cuna, el solo palenque donde saliesen á lucir su gallardía y hermosura los pensamientos que su fecunda imaginacion y recto juicio trasladaban al papel; y aconséjanle, entre ellos el que esto escribe, que coleccione las leyendas ya publicadas, unidas con otras nuevas, y dé á luz preciosas novelas históricas en las que, halagando dulcemente al corazon con la belleza de las imágenes, lo grandioso de los cuadros, la galanura del estilo y la riqueza de los diálogos, inculque las mas hermosas máximas del cristianismo, produciendo al par que honesta recreacion una provechosa enseñanza. No es esto solo, personas que no le conocen mas que por sus escritos y que reunen á su autoridad el conocimiento del corazon humano y de la necesidad que se siente de obras de este género, le escriben dándole plácemes y animándole en la idea de trabajar en un campo feracísimo que tan ópimos frutos puede dar á la sociedad. Tanto sus amigos como sus admiradores ven ya realizados sus deseos. La coleccion de sus leyendas empieza hoy á publicarse.

Mas antes de analizar la obra, debo permitirme algunas consideraciones acerca de la novela en general, de su orígen, progresos y fin á que debe aspirar.

Puede asegurarse que el padre de la novela ha sido el cuento. Si examinamos el orígen de los pueblos todos, no podrá por menos de reconocerse que su historia ha pasado por esta primera faz. Abrase la crónica com-

pilada por D. Alonso el Sabio, y nos encontraremos con la historia de Bernardo del Carpio, la de Fernan Gonzalez, la de los Siete Infantes de Lara y otras á este tenor, que aunque la sana crítica relega ya hoy al terreno de la fábula, yo creo, y conmigo los que con detencion las estudian, que sería muy difícil fijar la línea divisoria entre la verdad histórica y la ficcion agradable; debiéndose mas bien asegurar no que tales hechos fueran inventados por la fecunda imaginacion del pueblo, que como ha dicho un escritor es por naturaleza poeta, sino mas bien que fueron revestidos con el vistoso ropage de la fantasía creadora.

En esto de velar á la historia real de las naciones con ficciones mas ó menos exageradas ó absurdas, sobresalieron los pueblos orientales. Los egipcios, los árabes, los persas, los indios y los asirios escribieron sus crónicas, desplegando toda la riqueza de la imaginacion, dando alas á la fantasía, valiéndose de la hipérbole y creando un conjunto maravilloso que cautiva al lector y le arrebata á un mundo desconocido é ideal; y hé aquí el orígen de la mitología pagana. A la manera del Rey Midas que convertia en oro cuanto con sus manos tocaba, así, dice el Sr. Fernandez Navarrete, cuanto pasaba por la pluma de los escritores de aquellos pueblos se convertia en juego de la fantasía. Lo que en un principio fué real, aunque mezclado confusamente con ficciones, no llegó á merecer con el transcurso de los tiempos sino los honores de la fábula.

Con respecto á los hebreos, véase el libro de su historia, inspirado por el mismo Dios, y en él se encontrará que sus autores, tan varios en el estilo como varios fueron los caractéres, genios y condiciones de cada uno,

eran hombres, y bajo este concepto desplegaron no pocos de ellos los vuelos de su imaginacion, no para crear puesto que nada exponen que no sea rigurosamente verdad, sino para embellecer los asuntos pintándolos con toda la magnificencia y gallardía que en circunstancias dadas requerian estos. La historia de José (hablamos solo de sus condiciones literarias) con sus hermosas peripecias, con sus brillantes imágenes, con sus caractéres valientes, sería el mas bello modelo de la novela histórica, á no merecer mas alto renombre por el sello divino que le imprime su orígen augusto. ¿Se quiere sencillez, ternura, inocencia y abnegacion en una muger? Léase el libro de la espigadera Ruth. La historia de Tobías cautiva el corazon de todo el que abriga en él el sentimiento de la belleza. Aquellas escenas tan naturales y tan tiernas, aquel jóven que busca un caminante que le acompañe en su viage á Ráges, que entra en casa de su pariente Raguel y le pide en matrimonio su triste hija Sara, aquel padre que accediendo por fin á sus deseos va de mañana á abrir la fosa que ha de encerrar los restos que él cree ya inanimados del desposado, como si le estuviera reservada la misma suerte que á los siete maridos anteriores, ahogados por el demonio, aquella cariñosa madre que derrama tristes lágrimas al ver partir á su jóven hijo y sube todos los dias á lo alto del monte por si logra ver llegar al ausente, aquel perro que al regresar los viageros, se les adelanta en el camino y entra dando saltos y agitando la cola lleno de regocijo al ver á sus viejos amos, escenas son todas tan naturales y arrebatadoras que despiertan dulces sentimientos en el ánimo, y prueban que los sagrados escritores al mismo tiempo que narraban hechos muy grandes de la historia

del pueblo escogido por Dios para nacer de él al mundo, sabian tambien descorrer ante la vista del lector magníficos cuadros de encantos y bellezas de primer órden: revelando sus libros lo que tales hombres producirian en el florido campo de la imaginacion, ya que tanta gracia y galanura acertaban á derramar en hechos de la vida real.

Pero el hombre hubo de conocer que la práctica de la moral, á causa de su austeridad, es difícil al corazon viciado desde su caida é inclinado al mal, y por esto comprendió que no debian sus reglas presentarse descarnadas, sino mañosamente veladas con bellas imágenes y hermosas concepciones: y hé aquí el orígen del apólogo y la fábula cuya invencion se remonta á los mas lejanos tiempos. Es más, Nuestro Divino Salvador quiso adaptarse á esta necesidad del hombre dotado, al mismo tiempo que de alma, de cuerpo, y de sus augustos labios brotan aquellas hermosas parábolas del LABRADOR, DEL HIJO PRÓDIGO, del RICO AVARIENTO y de LAS VÍRGENES; necesidad aun mayor en aquel pais que tuvo la dicha incomparable de ver al Salvador en carne mortal, pais en que la imaginacion es tan ardiente como los rayos abrasadores del sol asiático.

El cristianismo vino á obrar una revolucion en la literatura. A los dioses del gentilismo, tipos y encarnaciones de todos los vicios y pasiones, sucede la hermosura infinita de un solo Dios; los oscuros y sangrientos misterios del paganismo ceden el puesto á los dogmas de una religion de caridad, de pureza y abnegacion. La práctica de las virtudes cristianas es el mas bello distintivo que realza á los hijos de la nueva religion. Así pues, la fábula y el cuento, creados para deleitar y moralizar

de consuno, se levantaron á una inmensa altura al respirar la dulce y encantadora atmósfera del cristianismo. Pueblos encenagados en el vicio mas degradante, como los de Mileto y Síbaris, no podian tener otros argumentos que los que fomentaban sus obscenidades y libertinage: pueblos que profesaban una religion que cuenta por fundador al mas santo y puro de los hombres, puesto que era Dios, hijo de la mas pura de las mugeres, puesto que para ella se suspendió la ley que venía comprendiendo desde Adan á todas las generaciones, necesitaban otra clase de lectura que estuviese en perfecta armonía con sus mas íntimas condiciones. En la misma Grecia, que tantos escritos inmorales vió salir de su seno durante el imperio del gentilismo, aparece en tiempo de Teodosio y sus hijos Arcadio y Honorio, el obispo de Tricca, el gran Heliodoro, y escribe, si podemos llamarla así, la primera novela cristiana en la obra que tituló Aventuras de Teagenes y Cariclea, y de la que solo se conserva hoy un códice en la biblioteca de Florencia. Eustathio, obispo de Tesalónica y uno de los Basilios dan á luz novelas morales, este último basándolas en hechos heróicos de los mártires, pero uno y otro valiéndose de la ficcion y entrelazando interesantes episodios, como se hace hoy en la novela histórica. Esto por lo que respecta á los griegos. Los romanos, entregados por completo á la patria, no ambicionaban sino lo que la estaba íntimamente ligado; el individuo desaparecia entre ellos para ceder el puesto á aquella; además su imaginacion era menos brillante y rica que la de los griegos. Hé aquí por qué las novelas de aquellos nunca tuvieron la importancia que las de estos, ni en los primeros tiempos del cristianismo se vé en Roma lo que en Grecia, esto es, obispos que

consideran muy conveniente valerse de este género de literatura para la enmienda de costumbres de sus fieles.

A la irrupcion de los bárbaros desaparece la novela en la literatura. La Europa gime bajo el yugo de las férreas armas que la ahogan, humilla su cerviz abatida, y las ciencias y las letras tienen que encerrarse despavoridas en los recintos de los claustros, donde se salvarán del cataclismo que las amenaza. Pero en el siglo octavo un pueblo que se desborda de la Arabia, é inunda el occidente, viene á España, pisotea la cruz á orillas del Guadalete y se enseñorea de todo nuestro suelo, menos unas cuantas rocas en donde se mece la cuna de la Reconquista. Este pueblo, en su rica fantasía y en su entusiasmo por lo maravilloso y sublime, parece como que ha nacido para habitar bajo el clima poético de Andalucía con sus hermosos jardines, sus encantadas praderas, sus bulliciosos riachuelos, y su cielo siempre azul y puro como el sueño de un ángel; y de su imaginacion brotan cuentos y novelas en conformidad con sus ideas religiosas; las hadas misteriosas, las huríes, los genios buenos y malignos, los magos, los encantamientos y algunas veces la falsa creencia en el influjo del fatalismo, hé aquí lo que en conjunto ofrecen sus cuadros, delineados con una maestría admirable y embellecidos de una manera que encanta. Las mil y una noches no son mas que un pálido reflejo de su literatura; para apreciar sus bellezas se haria indispensable leer sus escritos en su propio idioma, mucho más flúido y arrebatador por su naturaleza que todos los modernos.

Entre los Pirineos y el Loira se levanta un pueblo que en la irrupcion mahometana era conocido con el nombre de Galia Gótica. Del seno de este pueblo, que

mantiene su independencia intacta, surge otra clase de literatura, que en su orígen es el de la novela. ¿Quién no tiene idea de los trovadores provenzales, falange de poetas que con su lira recorrian su pais, y con sus trovas cantaban unas veces historias tristes, otras amorosas, otras guerreras, que si bien algunas estaban tomadas de la vida real, la mayor parte eran hijas de la exageracion y el absurdo?

Despues de la DISCIPLINA CLERICALIS, coleccion de treinta y siete cuentos escrita por Pedro Alfonso en el siglo XI, y despues de la aparicion del CONDE LUCANOR, que consta de otros cincuenta, toma la literatura novelesca una nueva faz. Nace al mundo literario el AMADIS DE GAULA y la aceptacion casi asombrosa que alcanza hace que muy pronto le sigan ESPLANDIAN, FLORISARDO, LISUARTE, EL CABALLERO DE LA CRUZ, GUARINO MEZQUINO, REINALDOS DE MONTALVAN, y demás caterva de libros de caballería que retrataron las aspiraciones de aquellos siglos, por naturaleza caballerescos; pudiendo decirse que esta especie de novela era la novela de costumbres de la época.

Herido de muerte este nuevo género por el golpe que le infirió el héroe manchego, le sucede el género pastoril; y así como el AMADIS fué quien abrió la marcha en aquel, así en este vino á llenar la misma mision la ARCADIA de Sannázaro. Bien pronto le siguen LA DIANA de Montemayor, EL PASTOR DE FÍLIDA de Montalvo, LA GALATEA de Cervantes, EL SIGLO DE ORO EN LAS SELVAS DE ERIFILE del obispo Balbuena, LA ARCADIA de Lope de Vega, LA CONSTANTE AMARILIS, LOS PASTORES DEL BETIS, EL PREMIO DE LA CONSTANCIA y otras más que sería prolijo enumerar.

Ahora bien ¿merecen estas obras el nombre de novelas? No. Hasta que Cervantes nos dió su coleccion no las tuvimos rigorosamente hablando. El mismo se jacta de ser el primero que novelaba en lengua castellana, y el calificativo que les dió de *egemplares*, manifiesta que su objeto era moralizar al mismo tiempo que deleitar.

Esta nueva forma de la novela más conforme con su esencia, tiene nuevos imitadores en Lope de Vega, en Tirso de Molina (*Fray Gabriel Tellez*) y otros mas que siguieron sus huellas.

Colocada ya la novela en este terreno, todavía se separó algo de él al nacer el género picaresco. El Lazarillo de Manzanares, el de Tormes, La vida del pícaro Guzman de Alfarache, del escudero Marcos de Obregon, de Alonso, mozo de pocos años, del Buscon y del Gran tacaño manifiestan de lo que es capaz el ingenio de los españoles.

Hé aquí las diversas faces y transformaciones por que ha pasado la novela. Muy á la ligera he hecho un bosquejo de las distintas formas que ha tomado segun la índole y los gustos de cada época. El siglo XIX ha reunido todas estas formas y con ellas ha revestido á la novela, haciendo aparecer la novela histórica. Para su desarrollo puede valerse de la nobleza y abnegacion que brillan en los héroes de los libros de *caballería*, de la ternura y sentimientos delicados de los llamados *pastoriles*, del gracejo de los *picarescos* y hasta de la mágica brillantez de los *arábigos*, para lo cual debe tener en cuenta el escritor que aspire al renombre de novelista, que tales formas no son mas que el ropage con que se han de revestir argumentos sanos y moralizadores; que las máximas con que esmalte su obra, deben merecer en su sen-

tido real este nombre, quiero decir, que todas castiguen el error y el vicio y enaltezcan la verdad y la virtud. Estas dos bellas hijas de los cielos, donde quiere que broten, llevarán consigo dulce y hermosa recreacion; y las imágenes que las representen no podrán por menos de cautivar al alma, haciéndolas aspirar su encantadora atmósfera.

Y bien ¿ha conseguido esto el autor de las Leyendas? Para responder á esta pregunta debo considerarlas bajo dos distintos respectos, en el fondo y en las formas.

Dos son los tomos de que consta la obra; el primero comprende La Estrella del mar, Santa Marina, El Doncel de D. Ramiro I y La cruz del valle de las Navas. El segundo, El pozo de la llorona, Nuestra Señora de Atocha, Las tres flores, Venganza de buena ley, El perdon de D. Pedro de Castilla, Victor y Eulalia y Victoria por los gaditanos. Voy á decir algo de cada una aunque muy brevemente á fin de que el lector saborée al leerlas todas las bellezas de sus argumentos. En La Estrella del mar, episodio histórico del terremoto de Cádiz en el pasado siglo, ha consignado por escrito un hecho altamente consolador para esta ciudad y digno de que jamás se borre de la memoria de los gaditanos. Todos saben el milagro que la Santísima Vírgen obró en favor de Cádiz el primero de Noviembre de 1755; pero engalanar con la fantasía la narracion de este milagro, unir á tal acontecimiento una historia real tambien, segun asegura el autor, entrelazarlo con episodios que no pueden ser mas naturales, y embellecerlo con la creacion de tipos tan traviesos como el de *Pichon y el tio Lagarto*, tan odiosos como Juanillo Martin y tan angelicales como el de Rosario, estaba solo re-

servado al señor Leon. Bien merece una digna aceptacion por parte de los gaditanos la obra que empieza por enaltecerlos y honrarlos, patentizando la religiosidad y amor intenso que los hijos de Cádiz abrigan á la Madre augusta de Dios, porque en LA ESTRELLA DEL MAR no solo se traslucen los sentimientos religiosos del autor, sino tambien la fé y confianza de los gaditanos.

La SANTA MARINA manifiesta la delicadeza del autor y su buen gusto en escoger argumentos para sus leyendas. La abnegacion de una vírgen que permite sufrir la mayor de las afrentas solo por padecer por Jesus, es la virtud del monge Marino, cuyo verdadero sexo es desconocido en el monasterio hasta que su gloriosa muerte levanta el velo que encubria su existencia. Esta leyenda, cuyo interés puede llamarse dramático, casi nos atreveriamos á clasificarla con el calificativo de *ascética*. ¡Tan suave y dulcemente sabe enlazar la enseñanza con la amenidad!

El Doncel de D. Ramiro I, es una novela histórico-caballeresca. El tipo de Ferrando es de lo mas acabado que hemos leido en su género. Su presencia cautiva desde el primer momento. Aquel jóven tan apuesto y aguerrido, tan generoso y noble, que se atreve á levantar su voz en la asamblea de los conjurados, sin temer que los brazos de doscientos hombres se alcen contra su pecho, en el instante que lance el grito contra el usurpador: que no teme luchar con un puñado de hombres contra toda la nobleza y pueblo que están de parte de Nepociano: que arma los brazos de millares de hombres y los entrega á D. Ramiro para revindicarle un trono: que cumpliendo la órden de su Rey y al saber la triste historia de su nacimiento, obtiene un gran triunfo sobre sí

mismo y corre en persecucion del usurpador que es nada menos que su mismo padre: y que no tiene reparo en declarar al Rey que justa y merecidamente debe morir quien osó levantar sus ojos á la altura de un trono, es el tipo mas valiente que puede crearse. Nada queremos decir de aquella madre tan amorosa y desgraciada, que tantas lágrimas derrama por su esposo y su hijo: nada de Escipion, carácter duro y maldito; nada de Nepociano en quien se vé al hombre cegado por la ambicion de reinar, halagado por unos cuantos descontentos que no saben defenderle en la hora del peligro, y arrepentido por último de su insensatez. En cuanto á la moral que se desprende no puede ser mas importante. Allí se palpan las tristes consecuencias de la soberbia de un padre, de la ligereza de una hija y de la ambicion de un noble.

En La cruz del valle de las Navas, se tiene una leyenda fantástica, no tanto por el argumento, que no puede ser mas natural, cuanto por los accidentes que le acompañan. Todos los años en el aniversario de la batalla de las Navas una sombra aparece á la media noche en el valle donde se trabó el combate: esto no puede ser mas real, pero al descender del monte brotan del suelo luces blancas y amarillas que le preceden en su camino y le siguen al marcharse. ¿Qué sombra y qué luces son aquellas? Queremos dejar en suspenso á los lectores hasta que al leer La cruz del valle, encuentren la clave del misterio. Por lo demás la moral que en ella brilla consiste en manifestar los estravíos á que arrastra al hombre la pasion de la envidia, convirtiéndolo en asesino de la persona á quien mas debiera amar en la tierra.

El Pozo de la llorona, cuadro delicado y bellísimo, es una hermosa tradicion del vecino pueblo de Rota.

¡Ojalá que al leerla las jóvenes, se empapen bien en las grandes máximas que enseña! Ay de las jóvenes orgullosas que desprecian el consejo de un padre!

Hemos llegado á la primera leyenda que escribió el autor, NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA. Bien mirado no debiera yo decir nada de ella; el público la ha juzgado ya, como quiera que se ha publicado en dos periódicos que alcanzan gran circulacion, en *La Moda y el Pensamiento Español*, siendo esta su tercera edicion. Sin embargo, no quiero renunciar á la agradable tarea de analizarla aunque sea muy ligeramente. En ella todo es grande, todo cautiva el corazon. Reunidos están allí tipos encontrados, caractéres distintos, aspiraciones y móviles de diverso género. Pero en esta amalgama de caractéres no hay uno que no despierte simpatías; hasta Garcés, el hombre malo de la Leyenda, llega á inspirar compasion al fin, cuando aquel hombre soberbio y criminal cae de rodillas en el pavimento demandando perdon al Dios de las misericordias. Gracian es el tipo del noble y cristiano guerrero del siglo octavo, Margarita el de la madre cariñosa, Ruiz Perez el del galan caballero, Julia y Clara los de la inocente jóven, María el de la sencilla huérfana, Martin el del escudero fiel; por último, el hercúleo y rudo Pericote, cuyas menores insinuaciones producen *bollos, contusiones y jorobas*, tan formidable puño maneja, nos hace reir con sus arranques sencillos y generosos. En una palabra, todos los personages aparecen envueltos en una delicada atmósfera de virtud, que eleva al alma, recreándola suavemente y haciéndola gustar las mas puras delicias.

Y LAS TRES FLORES? Leyenda para niños la llama el autor, y en efecto nada puede ofrecerse mas delicado á

la inteligencia y al corazon vírgenes del niño. El autor lo toma de la mano y le conduce á un jardin tachonado de hermosísimas flores. Mas hé aquí que en la escursion oye hablar en un estremo, se aproximan callandito y sorprenden la animada conversacion que sostienen una amapola, una rosa y una azucena. La primera es el emblema del egoismo, la segunda del orgullo, la última de la pureza y humildad. Las tres reciben su merecido y el niño guarda en su pecho aquella hermosa leccion. Es un juego de la fantasía sumamente bello que dá pruebas del talento poético del Sr. Leon.

Sigue la Leyenda dramática VENGANZA DE BUENA LEY, escrita en magníficos versos y toda ella en diálogo. Esta composicion, y lo dice el mismo autor en una nota, es rigurosamente un drama mas bien que una leyenda. Como luego he de citar algunos trozos de la obra, me reservo para entonces hablar de la VENGANZA DE BUENA LEY. Baste decir ahora que su fin altamente moral es revelar el estado del alma de aquel que lucha con sus remordimientos durante veinte años, como reato de pasadas culpas.

VÍCTOR Y EULALIA, es una preciosa imitacion de la FABIOLA. Estudiada perfectamente por el señor Leon esta leyenda del cardenal Wiseman, ha trazado admirablemente el cuadro del martirio de aquellos dos héroes del cristianismo, embelleciéndolo además con interesantes episodios y levantando el ánimo á la consideracion de los tiempos en que el número de mártires se computaba por el de los cristianos.

Cierra la coleccion ¡VICTORIA POR LOS GADITANOS! leyenda escrita sobre el asunto del cuadro premiado este verano en el certámen pictórico abierto por el Ecxmo.

Ayuntamiento. Uno de los mas bellos y bien acabados grupos que en aquel se destacan, despertó en el autor de las Leyendas el pensamiento de consignar por escrito en el papel lo que el pincel habia retratado en el lienzo. Glorioso para Cádiz fué aquel hecho de armas, y el señor Leon que abre su coleccion con LA ESTRELLA DEL MAR la cierra con ¡VICTORIA POR LOS GADITANOS! En aquella levanta un monumento á la piedad de los hijos de Cádiz, en esta á su valor y heroicidad. Su primero y último pensamiento son para la ciudad donde vió la primera luz. ¡Bien haya el cronista de las glorias de su patria! Lo que para Vizcaya es Trueba, eso podrá tambien ser el señor Leon para Cádiz, si continúa dando en sus escritos un lugar preferente á las muchas glorias que registra la memoria de los gaditanos.

Hecho este análisis de cada una de las Leyendas, corresponde ahora presentar trozos en que se vea la riqueza de diccion de que hace gala el autor y que le presentan como entendido hablista, así como tambien que revelen al mismo tiempo las bellezas y las hermosas máximas de que está esmaltada la obra.

Comenzando por esto último, véase cómo sabe sacar partido de los hechos que narra.

«Pero el jóven se marchaba, llevando en su alma un intenso dolor.

Juanillo Martin, un pescador del mismo barrio, le habia declarado una guerra sorda, pues desdeñado su amor por Rosario, juró que habia de conseguir su deseo, ya que no por medios legítimos, por la traicion y el crímen.

¿Qué habian de hacer aquellos dos ancianos en defensa de la que formaba la alegría de su corazon?

¡Triste situacion es la del hombre honrado en ciertos lances críticos de la vida! Para contrarestar al criminal no

tiene otras armas que las de la justicia, al paso que este maneja en favor suyo, para la realizacion de sus proyectos, las del engaño y el crímen.

Pero á su vez, cuenta el justo con un refuerzo que vale por sí solo para destruir todas las malas artes del malvado. Hay un Dios que es la misma justicia, y ese Dios sabe reducir á polvo el vano coloso de los pensamientos del criminal.

Antonio contaba con él y con su poderoso auxilio. Por eso, aunque presa de dolor su alma, se despidió de sus ancianos padres y de Rosario, fortalecido de una firme esperanza.

¡Qué hermosa y consoladora es la religion, que así derrama en los lacerados pechos de los hombres torrentes de bálsamo bendito que cura todas sus heridas!

El que cree en tí, oh religion pura, regada con la sangre del que vino á levantar el corazon humano, realzando sus mas nobles sentimientos; el que cree en tí, goza, durante su peregrinacion en este valle de lágrimas, del hermoso consuelo, que no se sabe haya ido nunca á llamar á las puertas de la fria incredulidad.

La fé y la resignacion son dos purísimas hermanas; dulcemente enlazadas caminan sobre la tierra, y el consuelo es su compañero inseparable.

La incredulidad lleva en pos de sí la desesperacion y la muerte.»

Los siguientes pensamientos revelan un profundo conocimiento del corazon humano.

«Penetrar en la habitacion de la jóven cuando estuviese entregada al sueño, taparle la boca y arrancarla á sus ancianos padres, parecíale una cosa sumamente fácil.

Despues... Juanillo Martin no se imaginaba lo que vendria.

Por satisfacer su despreciado amor y vengarse terriblemente de aquella infeliz niña, no temia arrostrarlo todo.

¿Qué le importaba que luego se descubriese su crímen

y le impusieran el castigo á que se hacia acreedor?

Quedaba satisfecho su orgullo. Rosario caeria humillada á sus plantas. ¿Qué le importaba lo demás?

Así es el corazon humano, ó por mejor decir, tal es el hombre pervertido.

Sabe con entera seguridad que la consecucion de lo que le cautiva va enlazada con un inmenso cúmulo de males: á un goce momentáneo y pasagero se seguirán angustias y dolores, y hasta la misma muerte; su satisfaccion y alegría han de arrancar lágrimas eternas á sus ojos, pero... adelante!

El amor propio viciado se interesa en su realizacion. La pasion le ciega? No.

El que se atreva á decir que la pasion subyuga al hombre hasta el estremo de no serle posible sacudir su tiránico imperio, proclama un error que está en perfecta contradiccion con nuestros mismos instintos.

El hombre está dotado de la luz de la razon; ella le ilumina en todos los acontecimientos de la vida, y aunque es cierto que la pasion puede ofuscarle un momento, al cabo las ráfagas de aquella luz purísima que Dios mismo ha encendido en nuestra alma, vienen á decir al hombre. «Eso está vedado; eso produce la muerte.»

¿Qué es si nó el remordimiento? El crímen que se comete enmedio de las sombras de la noche y sin testigos, deja trémula la mano del criminal.

¡Misterio que el materialismo no podrá esplicar nunca!

Es que hay un alma y ese alma tiene una conciencia y esta conciencia es el testigo mudo cuyo fallo es inapeable, porque testifica de lo que no se puede recatar jamás de su vista.

Quiere saber el lector la causa de tantos suicidios como se multiplican en el dia? pues lea:

«El que alienta un rayo de fé en su alma, tiene á donde acudir en los mayores peligros; el hombre y el mundo,

las criaturas todas y los elementos fueron sacados de la nada por Dios; y á El deben las leyes que desde la creacion los rigen. Y si alguna vez parece que rompen la valla que les impuso y derraman la desolacion y espanto en mar y tierra, Él puede con solo su pensamiento hacerlos volver al supremo órden que, á nuestro finito modo de ver, quebrantan.

La incredulidad es fria y egoista; ni la anima la esperanza ni la fortalece el consuelo.

Hé aquí por qué de la incredulidad se camina á la desesperacion y de la desesperacion al crímen mas absurdo, mas cobarde y mas impío á que puede arrastrarse el hombre, el suicidio.

¡El suicidio! otro de los progresos de la civilizacion moderna!

Una sociedad que, como la actual, está sedienta de goces, tiene que desesperar sin remedio al encontrarse hastiada por los placeres, y al recibir el triste desengaño de que lo que consideraba su ídolo no es mas que un puñado de barro.

Si el hombre ha nacido para gozar, si todo él es materia, y el goce ya no le satisface, de qué sirve la vida?

Si mas allá de esta no hay nada; si no se levanta esa eternidad en que se dé principio á otra vida que jamás ha de tener fin, ¿para qué padecer y sufrir los dolores que acibaran los mejores dias de nuestra existencia?»

Pero sería nunca acabar si yo fuera ahora á presentar aquí todas las sentencias y máximas de que se encuentran salpicadas las Leyendas, obra eminentemente moral. El señor Leon ha tenido un singular esmero en escribirla de manera que al par que deleite con el interés de la narracion, siembre en los corazones hermosa semilla de principios bienhechores. Para jóvenes las ha escrito, y sabido es que la juventud es el terreno mas feráz en el campo de la vida humana, por lo fácil que es esta

edad á todas las impresiones tanto saludables como nocivas.

Pero como todo no ha de ser enseñanza, hállanse en las Leyendas trozos picarescos por los tipos y acaecimientos que describen: pasen la vista los lectores por lo que abajó sigue:

«Existia en la época en que tiene lugar esta historia, una taberna en el barrio denominado de la Viña, en la esquina que forman la calle de San Félix y la de San Leandro, llamada vulgarmente de la Palma.

El amo de ella, despues de haber meditado maduramente el nombre con que bautizar á su flamante tienda, hubo de convocar á junta á varios amigos suyos, bebedores de oficio, y consultado con ellos tan peliagudo asunto, se decidió por unanimidad en virtud de propuesta de uno de los consejeros, que debia imponérsele el nombre de *Taberna de la Marina*.

. . . . . .

Sin duda teniendo en cuenta ambos datos, y deseando reunir en el seno de la nueva taberna á los dos gremios de marineros y pescadores, púsose encima de la puerta una tabla en donde campeaba una pintura, por la que claramente se comprendia cuanto puede el ingenio del hombre, aguzado por el interés y favorecido por las bellas artes.

Pasmados se quedaron todos los habitantes del barrio, cuando una mañana se dieron de manos á boca con la nueva taberna. Pero lo que mas les llamó la atencion fué la muestra que sobre ella aparecia.

Debajo de un gran letrero que ostentaba el noble título de *Taberna de la Marina*, habian pintado una gran nave que no acertamos á asegurar formalmente á qué clase de construccion pertenecia; pues para navío le faltaban puentes y cañones, para fragata le sobraban cofas, para bergantin pecaba de grande, y por último para llamarse cualquiera de aquellas tres cosas, se echaban de menos en

ella masteleros, timon y otras mil zarandajas que el discípulo de Apeles se hubo de dejar olvidadas en el tarro de pintura, sin duda en obsequio á la brevedad.

Pero acaso para que todo quedase compensado, y con el humanitario objeto de atraerse tambien las simpatías de los pescadores, seguian al buque una docena de tiburones, con acompañamiento de igual número de ballenas, atunes y otros peces monstruosos, en su mayor parte antidiluvianos, pues, la verdad sea dicha, eran ya desconocidas sus castas en el reino animal.

Y cuidado que si hemos dicho que le seguian ballenas, tiburones y atunes, es porque tal fué la esplicacion que hizo luego de la pintura de su autor.

El hecho fué que la taberna del *Lagarto*, que así pusieron á su amo, andaluz por mas señas, porque mentian malas lenguas que era mas fino que aquel animal, desbancó á todas las demás tabernas del barrio.

La luminosa idea de la pintura surtió el apetecido efecto. La taberna de la *Marina* estuvo acreditada desde el primer dia que abrió sus puertas á los rudos hijos del mar, y un risueño porvenir brilló para el bolsillo del tio Lagarto; bien es verdad que la casa tenia un espacioso algibe, y que la pez y la tinta eran ingredientes que jamás faltaban en ella.

Allí tenian sus asambleas marineros y pescadores.

Pero aunque debia realizarse en aquel recinto la union entre ambas autoridades, es decir, la de la pesca y la de la marina, pues tal fué la mente del legislador, ó lo que es igual, del tio Lagarto, aconteció no pocas veces aparecer en él un nuevo campo de Agramante, en donde á mogicones, puñetazos y empellones se resolvian las mas árduas y complicadas cuestiones de derecho internacional, escitados sus ánimos y al mismo tiempo sus cabezas por los vapores de Baco.

¿Quiere presenciar el lector una de las escenas que

con tanta frecuencia se repetia en las cárceles de los gloriosos héroes del cristianismo? Lea lo que sigue:

Apenas se ocultaron nuestros tres valientes en el ángulo de la galería donde aguardaban los dos servidores de Luciano, una escena estraña tuvo lugar en la estancia que acababan de dejar.

Una hermosa y resplandeciente claridad brilló en toda ella. Torrentes de luz vivísima descendieron de los cielos, y rompiendo los fuertes muros del Pretorio, llenaron con sus fulgores todos los ámbitos de la galería.

Las dos puertas que daban paso á los calabozos de Victor y Eulalia, cayeron al suelo hechas pedazos, cual si un brazo vigoroso las hubiera deshecho de un fuerte golpe.

Y allá en el interior de la prision, se vió á los dos mártires levantarse erguidos, libres de las cadenas que en menudo polvo cayeron á su pies.

Sus rostros aparecian bañados de una alegría celestial y purísima.

Sus ojos se elevaron á la altura de los cielos.

Sus vestidos, que por los tormentos de aquel dia se hallaban tintos con la preciosa sangre que habian derramado, aparecieron blancos como la nieve.

De entre los manojos de luz pura que los circuian, sobresalian dos rayos que cruzaban el espacio, y desde la altura de la bóveda venian á derramar un torrente de luz sobre los frentes de Víctor y de Eulalia.

Un coro de dulce y arrebatadora armonía hendió los aires. Sus ecos resonaron por toda la galería, y en medio de las harpas celestiales, un conjunto de voces angélicas dejó escuchar el siguiente cántico.

Quiero detenerme más en la leyenda VENGANZA DE BUENA LEY, porque este drama-leyenda es una verdadera perla literaria. D. Fernando de Lara, va ya para veinte años que mora lejos de la corte, encerrado en su casti-

llo en compañía de una jóven á quien ha criado desde niña, sin que se sepa ni por la gente del monte ni por la del castillo, escepto el escudero Jimeno, de dónde ha venido tal niña. La conducta del castellano es incomprensible, pues segun dice la dueña Miraflor á la niña Estrella:

D. Fernando, el galan mas placentero
Que brillara en la corte
De Cárlos Quinto, el jóven caballero
Que por su noble porte
Era siempre en las lides el primero,
Quien de la gloria avaro
Fué modelo de fuertes campeones,
Llevando victorioso los pendones
Del leon de Castilla,
Y alcanzara preclaro
Renombre sin mancilla,
Hace años veinte que en el monte vive
Sin acordarse de la gloria humana,
Sin que nada en el mundo le cautive
Con su pompa liviana.
Solo á las puras gracias infantiles
Y á las caricias de una niña hermosa
Se despiertan en él los juveniles
Animos, y reposa
De la terrible angustia que le acosa.
Y esa niña sois vos.... y la honda huella
De su fiera inquietud y la agonía
Que su semblante sella,
En el estruendo de la cacería
Borrar pretende, y de la hermosa Estrella
Con la sencilla y cándida alegría.
¿Qué callado misterio
Se oculta en el pasado

De este noble señor? Quién tuvo imperio
Para arrancar al jóven esforzado
Del campo de batalla,
Y aquí le encierra y su ambicion acalla?

Aquella noche pide albergue un caballero y el castellano lo acoge en su morada. Viene enviado por D. Juan de Austria á comunicar á Felipe II la gloriosa victoria ganada en Lepanto. El autor aprovecha esta ocasion para poner en boca del jóven Julio de Moncada estas vigorosas octavas.

Ya sabreis que satánica esperanza
Concibiera no ha mucho el otomano
De sojuzgar con bárbara pujanza
En la Europa las tierras del cristiano;
Ya á los mares trescientos buques lanza,
Ya sufre Italia su dominio insano,
Pero la España su poder desprecia
Y se liga con Roma y con Venecia.

Voló la nueva, cual el rayo gira
Por la region del ancho firmamento,
Y nuestra patria de furor se inspira,
Y lanza un grito de venganza.... el viento
Llevó sus ecos por do quier.... respira
Todo venganza.... y el terrible acento
Cuentan que á resonar fué en el oido
Del bárbaro Selim, jamás vencido.

D. Juan de Austria á las lejanas olas
Será quien lleve la arriesgada empresa;
Y parte con las naves españolas,
Y el mar se humilla y á sus proras besa.
Giran flámulas mil y banderolas,
Y el de Austria grita «pues les falta huesa
A los hijos de Agar, el cristianismo
Húndalos para siempre en el abismo!»

Dijo; y el ángel tutelar de España
Repitió sus palabras en el cielo,
Y al ver la fe que su valor entraña
Bendijo Dios el español desvelo;
Súbita agitacion y fuerza estraña
El corazon sintió, y en vivo anhelo,
Juró buscar, de gloria en los altares,
Victoria ó muerte en los remotos mares.

Y la victoria halló.... y en saña fiera
Horrendo choque las escuadras dieron;
Ya sus rayos el sol no reverbera,
Y ayes y gritos por do quier surgieron.
El mar sus aguas con rigor altera,
La destruccion y muerte se cernieron,
Y, al devorar con saña sus despojos,
Fueron los mares con la sangre rojos!

Tres horas de esterminio y de ruina!
Quién vence á quién el español lo ignora...
El sol hácia occidente se encamina,
Y la inquietud el corazon devora.
Cuando inspirado de mocion divina,
Clama al cielo D. Juan: «Oh, tú, Señora,
Vírgen y Madre, por tu NOMBRE SANTO,
Dá VICTORIA á tus hijos en Lepanto!»

Y con ímpetu y furia desusada,
Y, dando al aire el rojo gallardete,
A la galera por Alí mandada
La capitana aborda y arremete;
La espada con el chuzo es empuñada,
El cañon abandónase y mosquete,
Y, ardiendo de furor y de corage,
Lanza al viento una voz «al abordage!»

Suenan tristes y roncos alaridos
Que lanzan con espanto los infieles,
Al sentirse humillados y vencidos,
Y á la huida se aprestan sus bajeles.

Pero son apresados y rendidos
De Jesucristo por los hijos fieles,
Y, en lo alto de una pica, se endereza,
Del fiero Alí, sin tronco, la cabeza.
¡Horrible fué en el golfo la matanza!
Y, hundido el estandarte de Mahoma,
Murió del agareno la pujanza!
Y del ocaso hasta do el alba asoma
Asombrada la Europa, al viento lanza
En confuso rumor «si se desploma
El imperio del bárbaro de Oriente,
Se debe solo á la española gente!»

Tres meses antes, y cuando se preparaba la escuadra que iba á humillar al turco, Estrella pasó unos dias en Madrid en compañía de la dueña y el escudero, y allí se vieron y se amaron Moncada y ella, pero sin saber aquel el nombre del castellano que la habia criado. Al penetrar en el castillo se conocen los dos amantes, y el escudero Jimeno viene todo azorado á contar á su señor, que ha conocido por las armas y arreos del caballo, que el huésped no es otro que Moncada, revelándole al mismo tiempo,

Que ha tres meses en Madrid
Supe, que ese hombre se lanza
Al mundo, para en la lid
De otro hombre tomar venganza.
. . . . . .
Antes que el alma lanzara
Su padre, en un pergamino
Escribió: «Si en tu camino,
Julio, encuentras al de Lara,
Hunde con fiero rencor
En el pecho del traidor
Tu daga, aunque no te cuadre,

Porque él deshonró á Leonor
Y dió la muerte á tu padre!»

Ya tenemos descifrado el enigma que encierra la conducta del castellano y el peso de los remordimientos que le abruman. El jóven descubre, cuando ya está para marcharse, que el hombre á quien va buscando es el mismo que le ha dado hospedage, y hé aquí la historia que le trae á la memoria, momentos antes de luchar con él, para tomar venganza de los ultrages que ha inferido á su familia;

. . . . . En alto monte
Un castillo se alzaba,
Y de sus fuertes torres dominaba
Vastísimo horizonte;
A su pié serpeaba
Plateada corriente
De límpido cristal, y bulliciosa
Entre mil florecillas se escondia,
Haciendo deleitosa
Morada tan pacífica y sombría.
Una cándida jóven, inocente,
Bella cual los matices de la rosa,
Pura, mas que el azul del firmamento,
Y mas aun que el perfumado aliento
De las lozanas flores
Que en su falda de nieve recogia,
En encantos sencillos se mecia,
Sin conocer del mundo los rigores.
Su nombre era Leonor.... ¡Leonor! el cielo
Se miraba en su cándida inocencia;
El ángel la llamaban en el llano:
Y su piadosa mano
Aliviaba de todos la inclemencia.
Sola allí con su hermano,

¡Su hermano era Moncada!
Mecida en blando sueño
De inocencia colmada,
Era la ninfa del eden risueño.
El eco de la guerra
Por la España cruzó.... Moncada escucha
Su voz potente, y á enemiga tierra
Fué á morir ó á vencer en fiera lucha.
Sola Leonor quedó!.... Y un hombre infame,
A quien llamaba el vulgo caballero,
Y á quien cobarde llamaré aunque brame
Hoy de furor, sedujo lisonjero
A la que sola en la mansion quedaba,
Mientras su hermano por su Rey luchaba!
En el silencio de la noche umbría
Una lancha cortaba
La serena corriente,
Y una escala de cuerdas se soltaba
De la ventana, y el traidor subia
A matar con su aliento á la inocente!
Al año... escuchad bien... cuando adormidos
En ensueños de amor, los criminales
En la estancia se hallaban, sorprendidos
Quedan, al ver cortando los umbrales
Al hermano, desecho
En iras, y el acero desnudando,
Corre á Leonor, y el brazo levantando,
Clávalo ciego en su nevado pecho!
El seductor maldito,
Furioso, al ver á su Leonor herida,
Y oyendo de venganza el hondo grito,
Vivo arranca su espada,
Y furibundo y fiero
Cae sobre el indignado caballero,
Hiriendo al punto al infeliz Moncada.
Huye luego aterrado,

En la sangre bañado
De la triste Leonor.... y al otro dia
Un sarcófago mismo recibia
En su recinto oscuro
Los dos hermanos, por la saña impía
De un hombre vil, que con su aliento impuro
Allí la muerte y destruccion llevara....
Y aquese hombre sois vos... vos... el de Lara!
. . . . . .
. . . . . Espirante
Mi padre, con la sangre que vertia,
De su puño escribió la triste historia,
Y abarcando al futuro su memoria,
Si no mataba al matador su hijo
Desde la tumba misma le maldijo!
Ha tres meses que el fúnebre legado
al hijo fué entregado,
Y hoy su venganza dejaré cumplida,
Al de Lara arrancándole la vida.
Defendeos!...

En este trozo hay una mezcla de sentimientos encontrados, que denotan el fuego que debe poseer quien tal escribe. Por último, cuando cruzan las espadas aquellos dos hombres, Estrella, que oculta en el balcon ha escuchado toda aquella triste historia, y ha oido el lazo íntimo que le une al castellano, se arroja en medio de las espadas, interponiéndose entre su padre y su amante, y pronuncia estas bellísimas quintillas, que arrancan el perdon al jóven y constituyen el desenlace del drama.

Tened!... tened los aceros!
. . . . . Los dos,
Como cumple á caballeros,
Si oís el eco de Dios,
Dejad los instintos fieros!

Escuchadme, padre mio:
Habeis de oirme, Moncada;
Un Dios perdona ya pio
En la celestial morada
Un desgraciado estravío.
¿En pos de venganza fiera
Vais, Moncada, furibundo,
De la vida en la carrera,
Por cumplir de un moribundo
La voluntad postrimera?
Pues sabed que en la mansion
Que se alza tras de la tumba,
Al grito de maldicion
Que aquí en la tierra retumba,
Responde el eco.... «perdon!»
Perdon! rico sentimiento,
De amores fuente bendita,
De los ángeles contento,
Dulce palabra que agita
Al mismo Dios en su asiento;
Y al mundo le hace bajar,
Humillado su esplendor,
Para al triste pecador
De su abyeccion levantar
Hasta el trono del Señor!
Perdon! emanacion pura,
Eco de dulce alegría,
Que, elevando á la criatura
Del fondo de la agonía,
Hace brotar la dulzura!
Fuego que en ricos fulgores
Arde en pechos bendecidos,
Cuyos bellos resplandores
Saben formar escogidos
De los mismos pecadores!
Y puesto buscais, Moncada,

Noble venganza que cuadre
A vuestra alma elevada,
Hoy perdonad á mi padre,
Y habreis venganza colmada!
No vuestro padre os maldice
Si pronunciais el perdon
Para quien llora infelice!
No, Moncada; en su mansion,
Si perdonais, os bendice!
Y ese acento dulce y tierno
Un ángel llevará en pos
De las nubes al Eterno!...
Que el vengarse es del Averno....
Y el perdonar es de Dios!...

¿Puede darse nada mas bello, mas dulce y encantador que estas espresiones, puestas en boca de una jóven que demanda á su amante el perdon para su arrepentido padre? En una palabra, el señor Leon nos ha probado en sus Leyendas, que es tan delicado poeta como buen novelista. Su nombre será pronunciado desde hoy en nuestra patria al lado de los que son gloria de las letras españolas.

Pero y bien ¿se podrá decir de las Leyendas que están exentas de faltas? Asegurar esto equivaldria á negar la inconstancia y pequeñez del ser humano, aun en aquellos que mas se levantan de la esfera de sus semejantes. ¿Qué obra hay que no tenga lunares? Estúdiense detenidamente las de nuestros primeros modelos, y hasta en ellas se encontrarán. Mas estos lunares no son de tal naturaleza que desfloren todo el conjunto: antes al contrario, lo mismo en aquellos escritores como en el Sr. Leon, realzan mas y mas las bellezas que contienen, y manifiestan la elevacion y escelencia de sus ingenios.

Quiero terminar este prólogo haciéndome á mí mismo esta pregunta. ¿Qué porvenir está reservado á esta obra? Para responder á ella bastará considerar la gran importancia que encierra su publicacion. Mi opinion en esta parte no puede ser mas esplícita. Todo padre que estime la educacion cristiana de sus hijos, no podrá menos de deplorar la multitud de libros inmorales que salen á luz en nuestros dias. Hoy aparece en la arena literaria uno que puede poner en manos de sus hijos, sin que tenga que tomarse la molestia de examinarlo. Amena recreacion y moral purísima son los dos caractéres que brillan en sus páginas. Es más, hasta de los conceptos amorosos que pone en boca de algunos personages, puede decirse lo que Cervantes de los suyos en sus novelas. "Los "requiebros amorosos que en algunos hallarás, son tan "honestos y tan medidos con la razon y el discurso cris-"tiano, que no podrán mover á mal pensamiento al cui-"dadoso ó descuidado que las leyere." Si algunas veces aparece el vicio, es para estigmatizarlo, en tanto que la virtud brilla en medio de una atmósfera perfumada, ceñida de celestiales nubes, como hija predilecta del Altísimo. La aceptacion, pues, que ha de lograr, no puede dudarse ni por un momento. Obras de esta índole nacen para nunca morir, legando á la posteridad los nombres de sus autores en medio de las bendiciones de la sociedad.

SEBASTIAN HERRERO Y ESPINOSA
DE LOS MONTEROS.

Cádiz, 18 de Setiembre de 1866.

AL QUE LEYERE.

La leyenda que, con el título de Nuestra Señora de Atocha, escribí para el periódico literario La Moda, y que despues insertó en sus columnas El Pensamiento Español, hizo que varias personas de sanos y rectos principios me aconsejasen diera á luz una coleccion de leyendas que, como aquella, reuniesen al interés y atractivo la mas pura moralidad. Arredróme tal empresa, y hubiérame guardado de acometerla por el convencimiento de mis débiles fuerzas para llevarla á cabo, á no haberme animado á ello otra consideracion. Las lecturas que hoy pueden circular sin temor alguno entre las personas timoratas son muy escasas en número: la novela es el género de literatura que mas boga alcanza en nuestros dias; puede asegurarse que constituye el alimento diario de casi todas las clases de la sociedad, valiéndose de ella y del interés que despierta, hombres de buen talento pero de corazon viciado, para propinar el veneno de los mas absurdos errores y pervertir á las almas, halagando las pasiones y corrompiendo las costumbres. Hé aquí porque me atrevo á emprender esta publicacion, en la que he procurado llamar á las cosas con sus verdaderos nombres, no dando jamás al vicio el colorido de la virtud, ni á esta el de aquel, achaque harto comun por desgracia en las novelas que hoy corren, y pudiendo mis leyendas ser puestas hasta en manos de una niña, sin temor de que encuentre en ellas una imágen ó un pensamiento que la despoje de su feliz inocencia. ¡Ojalá que mi obra despierte en los verdaderos ingenios la idea de publicar escritos que sin recelo circulen en toda clase de personas!

LA ESTRELLA DEL MAR.

EPISODIO DEL TERREMOTO DE CÁDIZ EN EL AÑO DE 1755.

CAPITULO I.

En que se dá principio á esta verídica historia refiriendo los estudios de un Pichon.

—Padre mio! el último abrazo!

—Sí, hijo!... eh! que Dios y la Santísima Vírgen vayan contigo!

—Hijo de mi alma!... déjame que yo tambien te abrace por última vez! Dime, ¿es verdad que todos los dias rezarás á la Vírgen María?

—Que si la he de rezar, madre? Pues no sabeis lo mucho que la quiero?

—Y si algun mal amigo ó compañero se burlare de tu devocion, por Dios, Antonio, que no te avergüences de ser un buen cristiano!

—Adios, Rosario: que no te olvides de tu hermano!

—Oh! nunca!

Tales palabras se cruzaban en una escala del muelle de Cádiz entre dos ancianos, una jóven y un mozo marinero la tarde del 31 de Octubre del año de 1755.

Segun ven nuestros lectores, aquella era una despedida.

Los dos ancianos debian ser los padres del gallardo mozo que se ausentaba.

En cuanto á la jóven, no sabemos todavía quién sea; pues aunque aquel la llamó hermana, sin embargo por sus lágrimas, por las tiernas miradas que la dirigia y por el dolor intenso con que de ella se separaba, parecia como que otro sentimiento distinto debia mediar entre los dos.

Mas como no queremos tener mucho tiempo en suspenso á los lectores, oigan las últimas expresiones que Antonio dirigió á su padre:

—Padre mio! mirad mucho por Rosario!

—Ve con Dios y pierde cuidado.

—Tened en cuenta la perversidad de Juanillo Martin.

—Te digo que no hay nada que temer? Es mi hija, y como á tal sabré defenderla contra sus amaños.

—Parto en esa confianza.

—Adios! clamaba la madre.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por la anciana cuando ya empezaba la barca á separarse de la escala.

Cuatro remos cayeron al mismo tiempo en el agua y esta abrióse en cuatro distintos surcos: ocho robustos brazos hicieron un vigoroso empuje, cimbraron los remos al esfuerzo y rápida se deslizó la lancha cortando las azuladas y serenas aguas.

Pronto se dejaron de oir las voces que mútuamente se dirigieron desde la lancha al muelle y desde este á aquella.

Cuando las lenguas enmudecieron, hablaron los ojos, y sus manos se saludaban y se enviaban el último adios, hasta que el barquichuelo se hubo perdido de vista.

Ya las aguas habian desvanecido la estela que en pos de sí habia dejado la quilla y todavía permanecia en el muelle aquella honrada familia.

En medio de la animacion que entonces reinaba en

nuestro muelle, los tres estaban mudos y silenciosos, embebidos en sus propios pensamientos.

De este estado vino á sacar al anciano la voz de un robusto marinero, de risueña faz y aspecto rústico, que, tocándole suavemente en el hombro, le dijo:

—Si seremos hombres alguna vez?

—Pichon! pronunció el anciano al volverse y encontrarse con el aparecido.

—Señor Juan, es usted el que no temia al huracan y se subia á las cofas con la valentía mayor del mundo en los momentos del peligro?

—Ah! mi hijo se ausenta y sabe Dios si le volveremos á ver! respondió lleno de angustia.

—Bah! qué apostamos á que se ha vuelto incrédulo Nostramo?

—No; yo confio en que Dios y la Vírgen de la Palma le protegerán, pero qué quieres? tengo ya hace dias un presentimiento que....

Y no concluyó la frase por temor de que fuera oida de su muger y la jóven.

—Pues, señor, afuera pesares y confianza en Dios.... que todos hemos pasado la mar y ninguno nos hemos quedado por allá.

—Es verdad.

—Tenemos la carne muy fina los gaditanos, y los peces no gustan sino de la muy dura. Dijo el mofletudo marinero, soltando la carcajada.

La madre y la hija, que de nada se habian apercibido, pues estaban como ensimismadas por la fuerza del dolor, volviéronse á aquel al oir la carcajada.

—Hola, Pichon, dijo la anciana, cómo es que aun permaneces en tierra? Pues Antonio está ya á bordo.

—Ya lo veo.... pero así son las cosas.

—Qué! Acaso no sale ya hoy la *Estrella?* preguntó la jóven como concibiendo la esperanza de volver á ver á Antonio otra vez antes de su marcha.

—Paréceme que están ustedes como los niños del Limbo, que ni sienten ni padecen.

—Qué dices!

—Pues claro!... ahora se desayunan ustedes de que me quedo en tierra este viaje?

—Que te quedas en tierra!

—Hablo yo en moro?

—Pero, hombre, esplícate....

—Qué mas esplicaciones que las que os doy? Me quedo.... porque me quedo, y *laus triste*.

—Mucho lo siento, Pichon: mi hijo tiene en tí un amigo y me hubiera alegrado de que le hubieses hecho compaña en su primer viaje.

—Pues ahí vereis!.... Yo tambien lo siento bajo ese punto de vista; pero cuando el Señor lo dispone de otra manera, no hay mas que echar pecho al agua y dejarse llevar por la corriente.

—Es cierto!

—Ea! vénganse conmigo para casa y les contaré mi nuevo órden de vida.

—Pero me has dejado suspensa! exclamaba la anciana.

—Quien se muda, Dios le ayuda. Eso de pasar el charco una vez y otra, y vuelta á embarcarme, la verdad, era cosa que se me hacia muy cuesta arriba. Ved usted yo!.... que del primer *zarpazo* que hubiera dado en el mar, me zambullo para no aparecer mas y me ahogo, como hay Dios, en un *santo amen*!.... Nada!... en tierra, en tierrecita donde me parió mi madre, y no en ese mar *escabroso y tragulento*, como le llamaba el padre cura que predicó el sermon de nuestro último naufragio.

Como se ve, Pichon, que empezó por consolar al anciano por la marcha de Antonio, acababa por desconsolarle sin advertir la contradiccion en que incurrian sus últimas palabras con las primeras.

—Tienes razon, murmuró el llamado Juan por Pichon: muy terrible es el mar y muy grande la osadía del hom-

bre que se atreve á arrostrar sus iras.!

—Pues!.... sus iras!.... y vaya si *refunfuña* el señor mio!.... Y seriecito y formalote que se pone!.... Lo que es yo, no vuelvo á poner los pies en ese manojo de tablas para *en eternum*.

—Volvámonos á casa, Pichon. Y vosotras podeis ya retiraros, que aquí nada haceis.

Antes de pasar adelante, y para que no se admiren nuestros lectores de los bárbaros latines del marinero, sepan que este la echaba de versado en el idioma de Ciceron. Allá cuando tenia diez años, lo pusieron á estudiar con un padre religioso del convento de Capuchinos, á quien, al pasar algunas veces por delante de la casa donde vivia el chicuelo, habia caido en gracia. El padre de Pichon, hombre rudo, y marinero de profesion, habia pensado en aquel tierno vástago para que siguiera la marinería, pero al ver la ocasion, que se le entraba por las puertas, de tener un hijo cura, admitió con gusto la proposicion del religioso y á contar desde aquel dia comenzó Pichoncito el estudio del latin.

Mas á poco, vió el maestro que habia dificultades insuperables para la realizacion de su noble deseo, pues el angelito era lo que se llama un bochoque en toda la estension de la palabra. Tocábase además otro pequeño inconveniente, y era que el niño no sabia sino mascullar una mala lectura y para eso habia de ser en escritos que tuviesen letras como puños; item mas, que al ponerle á escribir el bueno del religioso, no consiguió ver nunca en las planas sino unos rayones y figuras, que si manifestaban ya la precocidad de Pichon para la pintura, probaban que el Señor no le llamaba para pendolista.

Por último llegó un dia en que los padres oyeron de boca de su desinteresado Mentor, que el niño no servia para el caso; por lo que convenia aplicarle al oficio que habian seguido sus abuelos.

Mas los seis meses de aprendizage de Pichoncito, en

cuyo tiempo habia oido cantar en el coro á los religiosos, y cogido algunas de las frases que usaban en sus conversaciones, bastaron para que se quedase con un repertorio de espresiones latinas, que él sabia entrometer en sus discursos no con mucha moderacion que digamos; y no era esto lo mas gracioso, sino que en medio de su rusticidad le daba por echarla de hombre entendido, y tenia la franqueza de llamar bruto á todo el que se quedaba con tanta boca abierta, cuando escuchaba algunas de las frases latinas que soltaba con aire magistral.

Por lo que respecta al nombre de Pichon, era un apodo, y traia su orígen de que, cuando niño, su madre dió en llamarle su *Pichon*, lo cual hizo que algunos vecinos murmuradores y zumbones de oficio, tomáran por pulla el nombrar siempre al angelito con este mote, que ya le quedó todos los dias de su vida, sin que por otra parte él se considerase ultrajado en ello, pues en medio de su rudeza tenia un fondo de honradez y de bondad á toda prueba.

No lejos de la casa de este habitaba la familia que ya conoce el lector, y como el padre de Pichon era tambien marinero como lo era Juan, pronto se conocieron los dos niños y una estrecha amistad ligó para siempre sus corazones.

Antonio era un niño de corazon noble y sencillo: su alma era por naturaleza elevada, y su inteligencia superior en mucho á la de su amigo. Mas sin embargo simpatizaron los dos desde pequeños; y conociendo Pichon como por instinto la supremacía que sobre él tenia aquel, le amaba, pero con un amor que sin dejar de ser franco y expresivo tenia mucho de respetuoso. Antonio se gozaba á su vez en tratar con él. Su honrada sencillez le cautivaba sobremanera, y se reia no pocas veces al presenciar las escenas que se verificaban entre sus amigos y Pichon, que le daba por considerarse superior á ellos por sus provechosos estudios hechos en el convento.

Y ya que de Antonio hablamos, queremos que sepan los lectores su orígen.

Los padres de Rosario no lo eran suyos.

Cuando al año de casados tuvieron un niño, no quiso el cielo que por mucho tiempo gozasen de sus caricias. Murió el reciennacido, y como era el primero, puede el lector imaginarse la clase de pena que recibirian con su pérdida.

Pero hé aqui lo misterioso del caso. En la noche que siguió al dia de la muerte del niño, al entrar la madre en la habitacion donde se hallaba la solitaria cuna en que durante cuatro meses le habia mecido, y al tender su vista angustiada á ella, quedó llena de admiracion, pues le pareció ver á su hijo. Corre desalada y encuéntrase con un hermosísimo niño, con cara de ángel, de blanca y sonrosada tez.

Quién le habia colocado allí?

Quién era la madre de aquel niño?

Nadie de la vecindad le supo responder á estas preguntas.

Qué misterio se envolvia en tan extraño acontecimiento?

Los dos padres creyeron ser designio de la Providencia que ellos criasen á aquel niño como si fuese su mismo hijo, ya que habian tenido la desgracia de perder el suyo; y gustosos le consideraron como á tál desde aquel dia.

Este niño fué Antonio.

Así le llamaron porque en un medallon, que pendia de su cuello con el retrato de una hermosa jóven, estaba grabado este nombre.

Cuando Antonio fué creciendo, no quisieron ocultarle la verdad, y se lo contaron todo apenas llegó á la edad de la reflexion.

A los dos años de la aparicion del niño, tuvieron los honrados esposos una niña fresca y hermosa á la que pusieron Rosario.

Inútil será que manifestemos la alegría que llenó sus corazones.

Tenian ya dos hijos, ambos recibidos del cielo, aunque de distinto modo.

Aquellas dos almas inocentes fueron nutridas por los padres en los mas sanos principios. Ambos se hacian notar por su devocion y cariño á la Vírgen de la Palma á cuya capilla asistian todos los dias, y ante cuya imágen postrában á los niños y les hacian pronunciar aun con balbuciente lábio tiernas y sencillas oraciones.

«Sed siempre virtuosos, hijos mios, que solo á este precio os amará la Vírgen. Y mirad que con su amor todo lo podreis en el mundo.»

Hé aquí las palabras que de contínuo les dirigían.

Y sus esperanzas no fueron defraudadas.

Rosario fué una buena hija, y Antonio un jóven completo, á quien estimaban y respetaban sus compañeros y amigos por aquella preponderancia que ejerce la virtud sobre las almas, aun en las que están cogidas por los lazos del vicio.

La virtud tiene tal brillo que hace enmudecer en su presencia á los que no la cultivan.

Los que se burlan de ella porque no la practican, tienen que contrariar para ello sus mas mas nobles y naturales sentimientos, porque el alma y el corazon son buenos por naturaleza y se dejan arrastrar por el brillo de la virtud y el bien, pues para ambas cosas han sido criados.

Los dos jóvenes se hicieron notar por su honradez y virtud.

Pero al mismo tiempo que crecian, notaron los padres que entre sus corazones se iba estableciendo un sentimiento dulce y vehemente.

Fueron sus almas las primeras que se tocaron, y mútuamente se comprendieron.

La misma virtud que los habia cobijado en el hogar doméstico, enlazó sus corazones y unificó sus sentimientos.

El honrado marinero que hacia sus viages en la carrera de la Habana con el cargo de contramaestre en la fragata *Estrella*, comprendió que Antonio podia llegar con el tiempo á ser un excelente marino y trató de aficionarle á esta profesion.

Él por otra parte tenia ya que retirarse á descansar, pues su salud se habia quebrantado mucho, particularmente desde su último viage, en el cual cayóle sobre un hombro un grueso cable.

Habia llegado el momento de la separacion.

Antonio tenia que buscarse un porvenir.

Despues de haberlo recomendado al capitan de la fragata, que era honradísimo y adoraba al buen viejo, se decidió su primer viage y en el instante de la separacion es cuando da principio esta nuestra historia.

Pero el jóven se marchaba, llevando en su alma un intenso dolor.

Juanillo Martin, un pescador del mismo barrio, le habia declarado una guerra sorda, pues desdeñado su amor por Rosario, juró que habia de conseguir su deseo, ya que no por medios legítimos, por la traicion y el crímen.

¿Qué habian de hacer aquellos dos ancianos en defensa de la que formaba la alegría de su corazon?

¡Triste situacion es la del hombre honrado en ciertos lances críticos de la vida! Para contrarestar al criminal no tiene otras armas que las de la justicia, al paso que este maneja en favor suyo, para la realizacion de sus proyectos, las del engaño y el crímen.

Pero á su vez, cuenta el justo con un refuerzo que vale por sí solo para destruir todas las malas artes del malvado. Hay un Dios que es la misma justicia, y ese Dios sabe reducir á polvo el vano coloso de los pensamientos del criminal.

Antonio contaba con él y con su poderoso auxilio. Por eso aunque presa de dolor su alma, se despidió de sus ancianos padres y de Rosario, fortalecido de una firme esperanza.

¡Qué hermosa y consoladora es la religion, que así derrama en los lacerados pechos de los hombres torrentes de bálsamo bendito que cura todas sus heridas!

El que cree en tí, oh religion pura, regada con la san-

gre del que vino á levantar al corazon humano, realzando sus mas nobles sentimientos; el que cree en tí, goza, durante su peregrinacion en este valle de lágrimas, del hermoso consuelo, que no se sabe haya ido nunca á llamar á las puertas de la fria incredulidad.

La fé y la resignacion son dos purísimas hermanas; dulcemente enlazadas caminan sobre la tierra, y el consuelo es su compañero inseparable.

La incredulidad lleva en pos de sí la desesperacion y la muerte.

¡Dichosos los que tienen fé!

¡Ay de los despreocupados de este siglo!

CAPITULO II.

En donde por menor se explica cómo puede contribuir una taberna al progreso de las bellas artes.

Existia en la época en que tiene lugar esta historia, una taberna en el barrio denominado de la Viña, en la esquina que forman la calle de San Félix y la de San Leandro, llamada vulgarmente de la Palma.

El amo de ella, despues de haber meditado maduramente el nombre con que bautizar á su flamante tienda, hubo de convocar á junta á varios amigos suyos, bebedores de oficio, y consultado con ellos tan peliagudo asunto, se decidió por unanimidad en virtud de propuesta de uno de los consejeros, que debia imponérsele el nombre de *Taberna de la Marina*.

Las poderosas razones que por el proponente se hubieron de alegar, lo decimos con pena, no hemos podido hallarlas en el archivo de la misma, pues este solo constaba de un volúmen que era el libro de entradas y salidas de los jéneros que se expendian en la taberna.

Pero si se atiende al número nada escaso de marineros que vivian en aquel barrio en tal época, y al no pequeño de pescadores que aun hoy residen por aquellas calles, y que al anochecer salen por la puerta próxima de la

Caleta á buscar con su caña y redes el sustento que al dia siguiente han de llevar á sus hijos, acaso podamos tener tal proposicion por oportuna y acertada.

Sin duda teniendo en cuenta ambos datos, y deseando reunir en el seno de la nueva taberna á los dos gremios de marineros y pescadores, púsose encima de la puerta una tabla en donde campeaba una pintura, por la que claramente se comprendia cuanto puede el ingenio del hombre, aguzado por el interés y favorecido por las bellas artes.

Pasmados se quedaron todos los habitantes del barrio, cuando una mañana se dieron de manos á boca con la nueva taberna. Pero lo que mas les llamó la atencion fué la muestra que sobre ella aparecia.

Debajo de un gran letrero que ostentaba el noble título de *Taberna de la Marina*, habian pintado una gran nave que no acertamos á asegurar formalmente á qué clase de construccion pertenecia; pues para navío le faltaban puentes y cañones, para fragata le sobraban cofas, para bergantin pecaba de grande y por último para llamarse cualquiera de aquellas tres cosas, se echaban de menos en ella masteleros, timon y otras mil zarandajas que el discípulo de Apeles se hubo de dejar olvidadas en el tarro de pintura, sin duda en obsequio á la brevedad.

Pero acaso para que todo quedase compensado, y con el humanitario objeto de atraerse tambien las simpatías de los pescadores, seguian al buque una docena de tiburones, con acompañamiento de igual número de ballenas, atunes y otros peces monstruosos, en su mayor parte antidiluvianos, pues, la verdad sea dicha, eran ya desconocidas sus castas en el reino animal.

Y cuidado que si hemos dicho que le seguian ballenas, tiburones y atunes, es porque tal fué la explicacion que hizo luego de la pintura su autor.

El hecho fué que la taberna del *Lagarto*, que así pusieron á su amo, andaluz por mas señas, porque mentian malas lenguas que era mas fino que aquel animal, desbancó á todas las demás tabernas del barrio.

La luminosa idea de la pintura surtió el apetecido efecto. La taberna de la *Marina* estuvo acreditada desde el primer dia que abrió sus puertas á los rudos hijos del mar, y un risueño porvenir brilló para el bolsillo del tio Lagarto; bien es verdad que la casa tenia un espacioso algibe, y que la pez y la tinta eran ingredientes que jamás faltaban en ella.

Allí tenian sus asambleas marineros y pescadores.

El que queria adquirir alguna noticia referente á la entrada ó salida de los buques del puerto, no debia hacer mas que girar una visita á la *Marina*.

El nombre no hacia traicion jamás á ninguno. A toda hora se veian sentados á sus mesas en la sala interior, grupos de alegres marineros.

Pero aunque debia realizarse en aquel recinto la union entre ámbas autoridades, es decir, la de la pesca y la de la marina, pues tal fué la mente del legislador, ó lo que es igual, del tio Lagarto, aconteció no pocas veces aparecer en él un nuevo campo de Agramante, en donde á mogicones, puñetazos y empellones se resolvian las mas árduas y complicadas cuestiones de derecho internacional, excitados sus ánimos y al mismo tiempo sus cabezas por los vapores de Baco.

Pero tambien debemos decir en honor de los asistentes á la *Marina* que apenas se oia tocar la campana de la próxima capillita de la Palma, convocando al rosario despues de las *oraciones*, quedaba solo el tio Lagarto, pues todos se dirigian respetuosamente á dicha capilla en cuyo santo recinto rezaban con devocion el rosario, dirigidos por el venerable sacerdote que á la sazon estaba encargado de ella.

Si algunos dudan de este hecho, sepan que el pueblo español ha sido siempre amante como el que mas de la Santísima Vírgen; solo estaba reservado á este siglo que se llama ilustrado el secar en nuestra España las fuentes de la devocion y cariño á la augusta Madre de Dios.

Y hé aquí la razon por qué hoy dudan algunos de la

fé de nuestros abuelos, ó caso que no duden, llaman con la mayor petulancia fanáticos á los que fomentaron en sus almas las mas puras creencias y en sus corazones el sencillo pero expresivo amor á María.

Cada siglo ha tenido su carácter distintivo y peculiar, que forma su faz y expresion en la historia.

No podemos adivinar cuál será el del siglo XX, pero sí nos atrevemos á asegurar que acaso no pueda llevarse en él mas adelante la burla que hoy se hace de lo mas santo, y el descaro con que se pisotea lo que siempre ha estado mas alto que nada, y lo que constituia el mayor timbre y mas limpio blason de los españoles.

La fé, ¡triste es decirlo! va desapareciendo de nuestro suelo.

Un esfuerzo mas y desaparecerá por completo.

Yerran los que creen que las palabras del que salvó al mundo, de que *las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia*, han de entenderse con relacion á las naciones. No: la Iglesia no puede faltar en el mundo ni por lo tanto la fé que á ella y solo á ella está vinculada, pero una y otra pueden desaparecer de nuestro suelo, y ¡ay entonces de España! Si algo aun conserva de su antigua dignidad y pasado esplendor, á su fé lo debe; falte esta por completo y será una nacion mas en el número de las que se hunden para no volver mas á la vida.

¡Sombras augustas de Cárlos V y Felipe II, cuánta calumnia han levantado contra vosotros en inmundas novelas y hasta en libros que han querido abrogarse el título de historias!

La pasion y el ódio mas encarnizado fueron la tinta en que mojaron sus plumas.

Si algo aun resta de nobleza y caballerosidad á la patria de S. Fernando, á vosotros se debe y á vuestra ínclita fé.

Pero vengamos á nuestro propósito.

La taberna, segun hemos dicho, quedaba desierta al

primer eco de la campana de la *Palma* y de las pobres casas salian los humildes vecinos del barrio á tomar parte en aquel acto religioso.

La capilla no podia dar cabida á todos algunas veces, por lo que habia necesidad de abrir sus puertas, y en la calle quedaban los que no alcanzaban á penetrar.

Aquella noche apenas se hubieron retirado los parroquianos al rosario, y quedó solo el tabernero, asomó á la puerta de entrada un hombre, y despues de haber inspeccionado si aun habia quedado alguno dentro, penetró en la taberna y empezó á hablar misteriosamente con aquel.

El aparecido seria un hombre como de treinta años, delgado y pálido, de torva mirada, morena tez y rostro nada agraciado. Su estatura era pequeña.

Aquel hombre ofrecia un aspecto que á primera vista repugnaba sin saber por qué.

Y desgraciadamente para él, su trato no venia á borrar la primera desagradable impresion producida por su exterior.

Pescador desde sus primeros años y huérfano cuando contaba catorce, no habia tenido la buena dicha de encontrar un ser que le guiase al entrar en la juventud, por lo que se habia desbordado por el sendero del vicio.

De carácter fogoso por naturaleza y seco y adusto con sus compañeros, pronto consiguió ahuyentar de su lado á los que en algo tenian la hermosura de la virtud, y ni un amigo halló en la tierra con quien compartir sus sentimientos.

Juan Martin era odiado de marineros y pescadores.

Su barca, en la que se lanzaba al mar á la pesca, era conocida entre aquellos con el nombre de *la barca maldita*.

Y efectivamente, parecia que la maldicion del cielo le acompañaba: cuando alegres saltaban en tierra todos sus compañeros con alguna pesca, poca ó mucha, se veia no pocas veces arribar á Juan Martin triste y cabizbajo sin un mal rancho. (1)

(1) Nombre que dan á una pequeña cantidad.

Tal era el hombre que penetró misteriosamente en la taberna de la Marina.

—Tio Lagarto, dijo al entrar, encarándose con este, se han marchado todos?

—Sí, Juanillo; qué quieres?

—Dígame usted, ¿ha estado aquí esta tarde Pichon?

—¿Pues no habia de estar, cuando se ha vuelto lo mas campechano del mundo?

—Sí!....

—Es todo un guapo muchacho.... Desde hace quince dias no falta en su bolsa un peso con que festejar á sus buenos amigos.

—De veras?

—Lo que oyes.

—Y de donde escarba?

—Hijo, eso es para mí un misterio!...

—Ya sé que se queda en tierra este viaje, pero....

—Y cuidado que él no falta jamás á sus obligaciones como un buen hijo que es; eso sí, y honrado.... y hombre de bien á carta cabal; pero á pesar de todo, en medio de sus latines echa mano á la bolsa y saca, para que les dé el aire, unas amarillas que.... ya!.... ya!....

—¡Me ha dejado usted admirado, tio Lagarto!

—Pues claro! como tú no aportas nunca por estos barrios, ni jamás quieres echar un vaso de buen vino, no sabes de la misa la media!.... y poco que cacarea el tal Pichoncito los cuartos que ahora tiene!

—Bien.... pero dígame usted, murmuró bajando la voz.

—Qué quieres? habla, repuso Lagarto.

—Salió ya la fragata *Estrella?*

—Esta misma tarde.

—Y Antonio en ella?

—Pues.

—Lo sabe usted á punto fijo?

—Hombre, esta tarde no ha sido otro el tema de la conversacion en la taberna.

—De manera, que no hay que contar con Antonio en cinco ó seis meses lo menos?

—Así lo creo: contestó Lagarto mirando á Juan y como queriendo adivinar la intencion que llevaba al hacerle tales preguntas.

—Y dígame usted, ¿Pichon suele venir aquí por la noche?

—Hombre, hay de todo.

—Y cuando viene, ¿suele quedarse aquí hasta muy tarde?

—Segun y conforme: si los amigos se lo ruegan mucho, él es tan bonachon que al punto condesciende.

—Bien.

—Pero ahora caigo!....

—Qué?

—Que hace ya quince dias que á eso de las diez se retira.

—Y adónde?

—Eso es lo que no sé decirte.

—¿Tendrá algo que ver esa variacion con el nuevo estado flamante en que hoy se halla?

—Acaso, acaso....

—Tio Lagarto, un favor voy á pedir á usted.

—Habla, Juanillo.

—Y cuidado que no quiero me diga usted que no, porque....

Y no habló una palabra mas; pero tal hubo de ser la entonacion que dió á esta frase, y tan altiva y significativa la mirada con que la acompañó, que Lagarto se extremeció un momento, respondiéndole al punto:

—Te digo que hables?... Ya sabes que somos amigos antiguos.

—Pues quiero que esta noche venga Pichon á la taberna: continuó el pescador.

—Te has vuelto loco?

—No hay remedio.

—Pero, ¿cómo voy á hacer yo que venga si no le da gana de venir?

—Bah! Usted tiene mil medios de conseguirlo.

—Dime uno....

—Muy sencillo por cierto. Si no viene al salir de la Palma, sabe usted que es porque se vá un rato á casa de Antonio: de modo que en mandándole usted á llamar, es asunto concluido.

—Y si no quiere venir?

—Como usted le llame, no faltará.

—Bien, hombre, se hará como dices.

El tabernero comprendió que con Juanillo Martin no habia que andarse con bromas.

—Pero no es eso solo....

—Qué.... aun hay mas? preguntó el infeliz sin adivinar cuál otra peticion le iba á hacer.

—Es menester que, una vez aquí Pichon, no salga hasta las doce.

—Eso sí que es imposible.

—Vaya!... que hoy todo se vuelven inconvenientes al tio Lagarto para dar gusto á los amigos!

—Pero si quieres unas cosas!...

—Y le voy á decir tambien como lo ha de conseguir.

—Vamos á ver, habla.

—A cuanto marinero y pescador entre esta noche por esa puerta, le encarga usted que procure detener á Pichon.

—Ya!... pero la dificultad está en que él se dé á partido.

—Y se dará....

—Si! sí! bonito es el niño!... Tú no sabes lo testarudo que es!.... Como se le ponga una cosa entre ceja y ceja, ni por los catalanes!...

—Usted lo puede hacer.... con que.... no hay mas que hablar, y se acabó la presente historia.

Y volvió á tender al Lagarto una mirada, segunda edicion de la que momentos antes le habia dirigido.

En seguida continuó:

—Y sobre todo.... sigilo!....

—Bah!... no te apures por eso, no diré á nadie esta boca es mia.

—Así lo creo.

Y echó á andar hácia la puerta, pero apenas habia adelantado tres pasos, volvióse de nuevo y dijo al tabernero:

—Oiga usted, si por acaso Pichon sale de la taberna antes de las doce, ó llega á enterarse algun curioso de lo que acaba de pasar entre los dos.... sepa el tio Lagarto que yo me chupo los dedos por tres clases de lenguas.

—No comprendo!...

—La de vaca, la de cerdo y la de..... lagarto. Hasta mas ver.

Y salió de la taberna dejando á su interlocutor mas muerto que vivo por las últimas palabras que profirió.

El gusto de Juanillo Martin por tales guisos no le hacia maldita la gracia al tio Lagarto.

CAPITULO III.

Que trata de cosas que no son para reasumidas en un epígrafe.

En la calle de San Leandro, conocida vulgarmente por la de la Palma, no léjos de la capilla del mismo nombre, existe fijo en la pared de una casa como á dos varas de altura sobre el suelo, un cuadro de nuestra señora de la Palma.

Desde las oraciones está iluminado por dos faroles que tiene á ámbos lados, sin que jamás haya faltado el óbolo de los pobres de aquel barrio para mantenerlos encendidos todas las noches.

Dicho cuadro no existia aun en la época en que tiene lugar nuestra historia.

Aquella casa estaba habitada por la honrada familia que ya conocen nuestros lectores.

Empero ¿cómo se ha colocado posteriormente allí el cuadro de la Vírgen?

Esto es lo que nos proponemos manifestar en esta leyenda.

Nuestros piadosos abuelos, en tiempos en que habia mas fé que ahora, colocaban en las calles las imágenes de los santos, como para que las defendiesen de todo mal. El ins-

trumento sacrosanto de nuestra redencion aparecia por do quiera como para recordar al hombre que la cruz debe estar siempre ante nuestra vista, puesto que por ella nos ha de venir la salvacion, que con su muerte nos ganó el autor de la vida. Y para esperanza y consuelo del pecador, para alegría de los justos y gloria de los cielos, ponian tambien en los parages mas públicos cuadros de la Santísima Vírgen.

Ya todo esto ha desaparecido; un siglo ilustrado no podia sufrir con paciencia esos mudos testigos de la fé de otros tiempos, y bajo el falso é hipócrita pretexto de que podian ser profanados tan venerandos objetos, acabó con ellos.

Este adelanto del siglo lo realizó la revolucion.

«Afuera todo lo que pueda herir la vista del hombre en el terreno religioso y recordarle que de las manos de Dios salió y que á Él ha de volver un dia.»

«Encerremos las cruces y las imágenes en los templos, y en los pocos que tengan la buena suerte de librarse de la bárbara segur que los destruya, hagamos porque el hombre no penetre jamás.»

Así hubo de discurrir la revolucion.

Y como lo pensó lo realizó.

¡Hé aquí, modernos regeneradores de la humanidad, uno de los adelantos del siglo de las luces!

Y en efecto, siglo de las luces y de la civilizacion se llama al siglo actual y tanto lo gritan y cacarean sus entusiastas admiradores, que al cabo han de venir á darles la razon cuantos habiendo hecho un estudio comparativo de épocas con épocas y siglos con siglos, se muestran reacios en reconocer ese título.

Dijo quien no podia engañarse ni engañarnos, porque era Dios, que por los frutos se conoce el árbol. Veamos, pues, los que ha producido esta civilizacion del siglo y de ahí deduciremos si merece el calificativo de ilustrada.

En dos palabras podemos caracterizar la obra del siglo presente.

Progresos y adelantos en todo lo que se refiere á la materia; desprecio y excepticismo en todo lo que toca al espíritu.

¿Qué es mas noble, el espíritu ó la materia?

Respondan los lectores y su respuesta á esta pregunta será la resolucion del problema que hemos propuesto.

Y en efecto, la materia es hoy la reina del mundo civilizado, es mas, se la levantan altares, se la quiere hasta divinizar, arrojando á Dios, que es puro espíritu, de su augusto trono, pues ha llegado á decirse que el complemento y desarrollo perfecto de las facultades del hombre consiste en la satisfaccion de sus pasiones todas por inmundas y viles que sean.

Esto no lo dice una sola voz ni un solo libro: lo proclama una escuela entera que tiene la arrogancia de darse el dictado de filosófica, y el pueblo y las masas y la sociedad admiten tal principio, si nó en teoría porque su misma enunciacion les infundiría espanto, por lo menos, y para el caso es igual, en la práctica. A los escritos inmorales y ateos, en que se exponen tales máximas, responden los hombres individualmente, no haciendo un acto directo de aquiescencia á ellos, sino realizándolos en sí mismos y entregándose á la degradacion y á la ignominia.

Y es esto civilizacion?

Vosotras, inteligencias que vais en busca de la verdad. ¿habeis estudiado con despacio y madurez las tendencias de la sociedad actual? Os habeis dejado llevar por la impetuosa corriente que hoy arrastra consigo á cuanto encuentra al paso? Si imparcialmente juzgais los hechos, tendreis al cabo que venir á reconocer que la sociedad de hoy, al cerrar sus ojos á la luz de el espíritu y al dejarse guiar por la que ella cree difunde la materia, sin duda alguna vá descaminada.

Tal fué la pretension de la sociedad pagana anterior á la venida del que es la luz del mundo, y ya sabeis por la historia los frutos que produjo. No es posible discurrir lo

que del mundo hubiera sido á no aparecer tan á tiempo sobre la tierra el Hijo de Dios.

Y cuenta que el siglo de Augusto fué el siglo civilizado de aquellos tiempos. No parece sino que la civilizacion camina siempre acompañada de la corrupcion y el escepticismo.

En teoría esta era la escuela filosófica que mayor número de adeptos llegó á contar. La discusion es la luz, pero es lo cierto que á fuerza de tanto discutir acerca de la naturaleza de los dioses y de sus atributos, del alma y del hombre, de sus derechos y deberes, vino la falta de creencias de todo género, y se llegó al término de dudar hasta de la propia existencia.

En la práctica la corrupcion de las costumbres. A tal grado llegó esta que tuvieron que prometerse y darse premios á los que se unieran con una muger en matrimonio. Esta hubiera dejado de ser madre, y el designio de Dios al darla por compañera al hombre no se hubiera realizado á no aparecer el Sol de Justicia.

Vino el libertador del linage humano, y la sociedad, que estaba moralmente muerta, resucitó al eco de la potente voz con que la sacó del sepulcro su divino poder.

La materia rodó por las gradas del trono á que el Señor elevó al espíritu, mas no sin que antes, al caer del solio que durante tantos siglos habia poseido, le jurara guerra sin fin, si nó para entonces, para mas adelante, andando los tiempos, en los presentes siglos.

Y hé aquí su lucha de hoy.

Puede decirse que hemos vuelto á los siglos paganos.

La diferencia que entre aquellos y estos existe, es que hoy vive una sociedad, que lleva la verdad en su seno, y vela continuamente por tan sagrado depósito, proclamándola á voz en grito al siglo XIX, no obstante los inauditos esfuerzos con que este procura acallar su potente acento.

O lo que es igual: hay mas medios hoy de ver la luz de la verdad, que en el siglo de Augusto.

O lo que viene á ser lo mismo: la sociedad actual no puede alegar excusa ante el tribunal de la razon eterna.

Mas dirán nuestros lectores. ¿Y la leyenda, señor autor?

Oid, lectores mios: si me hubiera propuesto recrear tan solo con mis leyendas, caeria sobre mí cuanto acabo de censurar.

Ha dicho Balmes: «La pintura, la escultura, la música, la poesía, la literatura en todas sus partes, tienen deberes muy severos, que olvidan con demasiada frecuencia. La verdad y la virtud, hé aquí los dos objetos á que se han de dirigir; la verdad para el entendimiento, la virtud para el corazon; hé aquí lo que han de proporcionar al hombre por medio de las impresiones con que le embelesan. En desviándose de este blanco, en limitándose á la simple produccion del placer, son estériles para el bien y fecundas para el mal.» (1)

¿Y quieren ustedes que el autor, que es un sacerdote, caiga en lo mismo que reprueba en otros.

Si es lícito á escritores, que tienen vendida su pluma á la impiedad, extenderse en largas consideraciones sobre erradas teorías que producen la muerte de la inteligencia y la perversion del corazon, ¿por qué no he de poder yo en mis leyendas refutar el error segun las ideas que se desprenden de los mismos hechos que voy narrando?

El espíritu materialista del siglo se refleja en las artes y en la literatura. Embelesar al corazon con pinturas y descripciones, que corrompen á las almas sin hacerlas gustar las inefables delicias que en ellas derraman acciones grandes, bellas y sublimes, desdeñándose de todo lo que no produzca goces materiales, he aquí el fin de la mayor parte de las novelas del dia.

Pena profunda lleva al alma del observador el contemplar el estado de la literatura moderna.

El gusto estragado de los hombres del dia no puede recibir ya otra clase de alimento.

(1) Criterio. Cap. XIX. § XII.

En un escritor muy renombrado cuyas obras merecen para muchas personas el dictado de morales, hemos visto preconizado el duelo.

En una escritora de las que pasan hoy como modelo por la moralidad que aparece en sus escritos, y que dice en ellos que se propone estudiar el corazon humano presentando cuadros sociales, hemos visto el tipo de una muger casada que no ama á aquel con quien se unió ante Dios y que muere mártir de su amor apasionado á uno que no es su esposo; y en otra no menos afamada por sus estudios morales sobre la muger, vimos no ha mucho presentado el suicidio de una jóven como una accion heróica inspirada por la caridad.

Y sin embargo, esto aparece como muy moral; aquella esposa muere mártir de su deber; aquella jóven debe recibir una corona en los cielos por su sacrificio.

Y cuenta que no hablamos sino de escritores que tienen el calificativo de morales. Si de los inmorales tratáramos, entonces seria nunca acabar.

Pero basta de consideraciones.

Y pues saben ya nuestros lectores que hoy existe en Cádiz en la calle de la Palma un cuadro de la Vírgen Santísima, cuadro que aun no existia en la época en que tiene lugar esta leyenda, cerremos aquí este capítulo, que ocasion tendremos muy pronto de manifestar cuando se colocó y la razon que para ello hubo.

Pierdan cuidado los lectores, que á su debido tiempo lo sabrán.

CAPITULO IV.

En donde se resuelve la cuestion crítica de si se verificaban juegos olímpicos en Cádiz el pasado siglo.

Como una hora despues de las oraciones oíase un desconcierto de voces en la taberna de la Marina que era cosa de ensordecer á la sordera misma.

Cuanto marinero ó pescador estaba en tierra iba á pasar el rato en ella.

Era aquello una especie de sociedad en donde se entraba sin mas recomendacion que tener un estómago de cal y canto, capaz de resistir á los brevages que con el nombre genérico de vinos y licores vendia el Lagarto.

Sin embargo, á fuer de hombre pensador hubo de discurrir el tal Lagarto que todavía faltaba á su acreditado establecimiento un requisito para llegar á la perfeccion debida, para asegurarse aun mayor clientela y acabar de dar el golpe de gracia á las tabernas vergonzantes que aun se conservaban en el barrio.

Una noche se encontraron los favorecedores de la Marina con una innovacion feliz, y sobre todo económica para sus bolsillos.

«Queda establecido un café todas las noches. Cada taza con su correspondiente platillo no costará mas que dos cuartos.»

Así habló el tio Lagarto con tono magistral, subido en una mesa para que su pregon fuese de todos percibido.

Y tuvo eco, pues grandes y prolongados palmoteos siguieron á su corta pero elocuente perorata, y á tal grado rayó el entusiasmo popular, que faltó muy poco para que lo sacasen en triunfo por la calle de la Palma aquella noche.

Infelices! no sabian lo que se les venia encima!

El café no era otra cosa que agua de castañas como si digéramos, menos la parte, y no pequeña por cierto, que tenia de tinta.

El rom, que inseparablemente iba unido al café, tapaba los estudios prácticos de química á que se mostraba muy aficionado Lagarto.

Esto no quitaba que alguna que otra vez se bebiese una jarra de vino como para animar la conversacion.

En la noche de que nos vamos ocupando, al penetrar Lagarto en la sala con su cafetera, miró al soslayo á cuántos rodeaban las mesas y una sonrisa de triunfo asomó á sus lábios.

Habia distinguido en un grupo al latino Pichon.

Estaba ya conseguido lo que conceptuaba él por mas difícil.

—Aquí, Lagarto, gritó Pichon al verle aparecer: tén un poco de mas miramiento y respeto á los hombres científicos.

—Justo..... aseguraba uno de los que se hallaban en la misma mesa que él.

—Allá voy, hombre, que todos son hijos de Dios: murmuró Lagarto.

—Y sobre todo, lo mismo pago yo que el mas sabio: repuso un tercero á quien estaba despachando el tabernero.

—Haya paz y concordia entre los príncipes cristianos: gritó el químico.

—Oye, Pichon ¿sabes que me bullen deseos de oirte pronunciar un discurso en latin? le dijo uno desde otra mesa, pues aquello era una especie de república y la conversacion se hacia general en toda la sala.

—Pues oirías cosa buena! aseguró otro en tono de pulla.

—Y tanto que sí: prorumpió Pichon amostazado. Bien es verdad que seria trabajo perdido!

—Por qué?

—Porque no me habíais de entender jota.

—Ahora sí que lo has dicho.

—No se ha hecho la miel para la boca del asno! continuaba diciendo y bebia un gran sorbo de café, que á otro mas delicado de estómago hubiera hecho el mismo efecto que un vomitivo.

En tanto que esto pasaba, se habia llegado Lagarto á una mesa en la que estaba sentado solo un pescador, por no haber encontrado lugar en las de sus compañeros.

—*Pelao*, quiero que veas el medio de que Pichon se quede aquí hasta las doce: díjole por lo bajo.

—Difícil lo creo, le respondió el pescador.

—Medita, hombre, medita: mira que es un compromiso que tengo, del cual no me es posible evadirme. Es indispensable que Pichon no se vaya hasta la media noche.

—Vamos á ver, qué le parece la idea que se me ocurre?

—Habla.

—Hay mas que ponerle como una cuba?

—Es verdad.... ¡y yo que no habia caido!...

—Pues si es lo mas sencillo del mundo!

—Pero.... ¿quién pagará lo que beba? para ello es menester que alguno le convide.

—Ese alguno es usted.

—Yo!

—Si tanto empeño tiene en que se quede, á algun precio lo ha de conseguir....

Lo proposicion parecia aceptable á Lagarto, pero las consecuencias eran ruinosas para su bolsillo.

—Veremos.... dijo: y siguió repartiendo café.

Despues de haberlo pensado con madurez, se decidió á perder aunque fuesen tres ó cuatro jarras de vino á trueque de realizar la fina y amistosa súplica que le habia hecho Juanillo Martin.

—Ea, señores, dijo entrando de nuevo, esta noche quiero yo agasajar á mi amigo Pichon, regalándole esta jarra de buen vino para que eche unos tragos á mi salud.

—Bien por la gente desprendida! gritó Pichon. ¡Esto es lo que se llama un Lagarto fino!

—Gracias! murmuró el generoso aludido.

Este realizó de esta manera su deseo. Pichon á cuyo lado habia logrado ponerse el llamado *Pelao* por Lagarto, bebió en tanta cantidad que su alegría salia de punto. Los latines brotaban de sus lábios á cada paso.

—Paréceme Pichon, aseguró uno al notar el estado en que se hallaba, que te vas poniendo algo alegre...

—Bah! si no es mas que alegre, no hay cuidado.

—Por qué...

—Veo que no sabes cuantos son los grados de la borrachera...

—Los grados!! digeron admirados los compañeros.

—Sí: sí: los grados.

—Vamos á ver... habla...

—Pues una vez que lo ignorais, escuchad con atencion que esta es una idea nueva y exclusivamente mia.

Pichon habia picado vivamente la curiosidad de marineros y pescadores. No pocas ocasiones exponia en medio de su rudeza tales ideas que los dejaban embobados.

—Pues, amigos, sepan ustedes que son cinco los dichos grados, á saber, *alegre*, *alegrete*, *cachupin*, *zorrocloco* y *pasmo*.

Una estrepitosa y general carcajada resonó por la sala.

—¡Bien!

—¡Magnífico!

—¡Bravo!

—¡Sublime!

—¡Qué idea!

—¡Qué inventiva!

—¡Eso es lo que se llama tener talento!

—¡Bien por el latino Pichon!

—¡Dame esos cinco!

Estas aclamaciones salieron espontáneamente de los labios de todos, en tanto que Pichon se veia abrumado por las ovaciones rudas pero expresivas que le dirigian.

—Ahora que dé la explicacion de cada uno de esos nombres, indicó uno.

—¿Quereis que os los explique?

—Sí, sí.... gritaron todos.

—Pues allá vá.... atencion. Pues, señor, se dice que está uno *alegre* cuando se toman unos cuantos vasos en compañía de un amigo, y se pierde aquella especie de indisplicencia, ó no sé como llamarle, que se tiene en los casos normales de la vida, y sea por ejemplo lo que se conoce entre nosotros por la frase *tomar la mañana*.

—¡Bien! bien!

—Dejadme proseguir. Llamo *alegrete* al que está ya un si es no es calamocano. Te acuerdas, Roteño, del dia que te encontraste un peso en la *cala* de frente á la puerta del mar?

—Bien que me acuerdo.... pero á qué viene ahora esa pregunta?

—A nadita! Con lo que bebiste en celebracion del hallazgo, te empeñabas en asegurar que habia dos Pichones y dos Lagartos, y no hubo alma viviente que te lo pudiese sacar de la mollera. Y qué era esto? Pues no era mas sino que tus ojos veian los objetos por duplicado, ó lo que viene á ser lo mismo, que en aquella ocasion estabas ni mas ni menos que *alegrete*.

—Bravo! exclamaron los admiradores del talento de Pichon.

—Continuando bebiendo, ya se debe suponer que se pasa al tercer grado, que se denomina.... cómo dije yo antes, Roteño?

—*Cachuchin?* dijo este como dudoso.

—*Cachupin*, hijo; y has favor de no trocar ni enmarañar el nombre. Ya en este grado, todos somos iguales; se

habla tú por tú; se dá un par de cachetes con la mayor frescura del mundo, y se establece una especie de república, que me rio yo de todas las repúblicas habidas y por haber. Si la reunion no concluye á mojicones, habiendo en ella un *cachupin*, que me cuelguen de una entena. Véase por qué la llamo república.

Las risas y las voces cortaban á Pichon el hilo de su discurso por lo que se vió obligado á gritar:

—Señores, déjenme acabar la explicacion.

—Silencio! impuso una voz.

—Sí! sí! dejadle proseguir....

Y volvió á reinar el silencio.

—Cualquiera que no sea lince comprenderá en su magin que el grado ó categoría que yo llamo *zorrocloco* sin ser el último y sin cerrar lo mas subido de la borrachera, viene sin embargo á ser el punto en que se enlaza el tercero ó sea *cachupin*, y el quinto. Así tenia que ser, y así realmente es; y para caracterizar á uno como incurso en este cuarto escalon, es menester que se verifique en él lo que dijo, segun tengo entendido, hará cosa de tres ó cuatro siglos, un francés que creo se llamó, si mal no me acuerdo, ó Quintoliano ó Demóprito.

—Y qué dijo?

—Que el que llega á apipar unas cuantas jarras se pone *postus é eses* (1), lo cual significa en buen castellano, ir haciendo eses de puerta en puerta y de acera á acera.

Los palmoteos y vítores atronaron de nuevo el espacio.

—Y por último... señores, me dejan ustedes hablar?

—Prosigue.

—Y por último, viene el *pasmo*. Conocen ustedes al marinero de la *Estrella* á quien han puesto el expresivo sobrenombre de *Mosto*? Pues ese, cuando está en tierra, tiene sus temporadas de *pasmo*. Pero qué *pasmo*! Es enteramente no dar cuenta de su persona, y quedar tendido en

(1) Potus et exlex. Henchido de licor y sin freno. Horacio.

tierra sin poderse remover siquiera. Yo para mí tengo que tras ese grado, no se puede señalar otro.

—Has hablado como un libro.

—Pichon, quién te ha enseñado eso?

—Dale! no os he dicho que estas ideas son exclusivamente mias, hijas de la observacion y la experiencia? Pero, por vida de!.... Dijo Pichon dándose con la mano en la frente: y qué memoria la mia! Señores, buenas noches.

Y se levantó de improviso para retirarse.

Un murmullo de desaprobacion se levantó entre estos.

—Pichon, ¿no te quedas esta noche hasta que cierre Lagarto?

—No seas desagradecido.... ya que Lagarto ha tenido la amabilidad de festejarte, aguárdate un poco mas y haznos compaña, repuso el Pelao.

—¿Quieres decirnos qué cita misteriosa te arranca de nuestro lado todas las noches? preguntó un tercero.

—¡Por San Telmo que te has vuelto como los niños.... á cenar y á la cama!

—Quédate un poco mas; si nó, eres un mal amigo.

Tales voces resonaron por todos los ámbitos de la sala; cualquiera hubiera creido que se habian confabulado marineros y pescadores para detener al robusto Pichon.

Este se quedó parado un momento en el centro de la estancia.

El vino que habia trasvasado, le habia embargado un poco la cabeza, pero no de manera que sus compañeros se apercibiesen de su estado. Por una parte parecia que le daba pena de retirarse, mucho mas despues del agasajo de aquella noche nunca visto ni registrado en los anales de la Marina, mas por otra una imperiosa obligacion le hacia abandonar tan amable compañía.

Así fué que llevándose las manos á la cabeza como para recobrar toda su serenidad, les dijo adelantando el paso:

—No hay remedio, amigos: mucho lo siento.... pero.... quedaos con Dios.

—¿Pero es cosa que no puedes dejar para mañana ese asunto tan perentorio? le interrogó el tio Lagarto, que habia aparecido al oir las voces que dirigian á Pichon, y al mismo tiempo que clavaba una mirada significativa en el *Pelao*.

El infeliz veia que se escapaba el pájaro, á pesar del alpiste que le habia costado el retenerlo en la jaula hasta aquella hora.

Pasábale lo que á la nave que zozobra á vista del puerto. Cuando creia ya casi seguro el triunfo, este se desvanecia como el humo.

Su lengua temblaba. ¡Fenómeno maravilloso y que acaso no acierte á esplicar la fisiología.

Los guisos de Juanillo Martin lo produgeron.

—Que me voy.... paso....

Tal fué la respuesta de Pichon.

—¡No seas testarudo! dijo el *Pelao* levantándose.

—Que se quede!... que se quede!... gritó uno.

—Sí.... sí.... que se quede: acompañaron veinte voces.

—Señores, aseguró Pichon, ni mas que se empeñara el *sun suncórla*, conseguiria nada.

—Sabes que me voy poniendo sério? dijo el *Pelao* con tono ágrio.

—Qué me importa á mí tu seriedad? A ver.... paso....

—Si testarudo eres tú, yo no te cedo tampoco, que soy buen aragonés.

Pichon empezaba á comprender, aunque de un modo vago y confuso, que aquello era una trama urdida de antemano para detenerle toda la noche en la taberna.

Así fué, que sin hacer caso de las voces que le dirigian de todos los rincones, se encaminó á la puerta; pero antes de llegar al dintel, sintió que una jarra se estrellaba contra la pared á dos pasos de él.

Habia sido arrojada por el *Pelao*, que erró el golpe.

Pero en seguida una banqueta hendió los aires y vino á dar en los hombros de Pichon.

El furor de este no reconoció límites al sentir el golpe.

Veia ya con entera claridad que se habian propuesto á todo trance no dejarle salir.

Pichon era por naturaleza pacífico y bonachon, pero una vez exasperado, se convertia en un leon furioso.

Tímido en las circunstancias normales de la vida, se llenaba de valor en los momentos del peligro, y sabía arrostrar con frente serena los mayores sufrimientos, como lo habia probado mas de cuatro veces en los lances apurados en que se habia visto en sus viajes.

En la bonanza no habia que contar con él, pero en la tempestad era animoso hasta la temeridad.

Lo mismo subia él al palo mayor cuando en un momento crítico habia que ejecutar una maniobra difícil y arriesgada, como se negaba á subir á las jarcias menos altas con viento apacible, cielo sereno y mar en calma.

Por eso se volvió furioso, cual leon herido por traicionera mano, y se arrojó sobre el primero que vió á su lado.

Una de las escenas, que tan frecuentes eran en aquella mansion, iba á tener lugar aquella noche.

Pichon gozaba una fuerza extraordinaria: así fué, que hizo rodar al infeliz pescador acometido.

Un marinero quiso sacar la cara por el caido y se echó sobre Pichon, pero este le recibió impávido y le descargó un sonoro bofeton que le hizo ver estrellas, á pesar de la tempestad que ya rugía sorda en los ánimos de todos.

Al presenciar estos los desaguisados de Pichon, consideraron como cuestion de honor el lance y se abalanzaron al mismo tiempo á él.

El pobre que, no obstante ser Pichon, carecía desgraciadamente de alas con que levantar el vuelo, y huir del nublado que se le venía encima, trató de defenderse del mejor modo que le fué posible: pero todo fué en vano.

Porrazos, empellones, bofetadas, puñetazos, bancos que crugian, jarras que volaban sin alas, mesas que se derrumbaban y hacian pedazos, y una confusa gritería de

todos los diablos en que nadie se entendía, hé aquí la escena que se realizó en la Marina.

Aquello no era ni mas ni menos que la prueba práctica de la teoría que acababa de exponer el marinero de la fragata *Estrella*.

—Si la reunion en que hay un *cachupin*, habia dicho poco antes, no concluye á mogicones, que me cuelguen de una entena.

Y hé aquí que la respetable asamblea de aquella noche se amenizaba con un cuadro al natural de la pintura que habia hecho de los grados de la borrachera.

¿Quién hubiera dicho á Juanillo Martin la armonía que habia de establecerse entre las explicaciones de Pichon y su aficion á los guisos de lengua?

Ciertas ideas se enlazan no pocas veces sin saber cómo.

El tio Lagarto, subido en una de las mesas que felizmente se salvaron de la refriega, pateaba y juraba haciendo mil contorsiones y gritando como un energúmeno.

Aquel combate á puñetazo limpio tenia para él consecuencias tristísimas, pues una vez ajustada la paz entre las partes beligerantes, no habia de entrar en ella ningun capítulo de indemnizaciones.

Sus mesas, bancos y jarras, rotas quedarian; como quedan enterrados los muertos despues del combate, aunque este produzca una provechosa paz.

Y al herir su memoria el recuerdo de las fatídicas palabras que habia dejado caer en su oido el pescador, temblaba por su lengua, y le parecia sentir en ella una especie de comezon que le producia espasmos y escalofrios.

De aquella escena funesta, nadie tenia la culpa mas que Juanillo Martin.

Encima del vino que habia perdido en detener á Pichon, vino que habia arrancado lágrimas amargas á sus ojos y no poca tinta al depósito de la idem, veia derrocarse toda la fortaleza levantada para que el marinero permaneciese en la reunion hasta la media noche.

Pero lo gracioso del lance era ver al malaventurado Pichon, tendido en tierra, jadeante, abrazado á dos ó tres, repartiendo á diestro y siniestro sendos sopapos á los enemigos de su libertad invididual y recibiendo al mismo tiempo una granizada de golpes que le dejaban molido.

No sabemos lo que de él hubiera sido en tan apurado lance, á no aparecer de improviso á la entrada de aquella trágica estancia, un hombre alto, embozado en una rica capa que le rebozaba con sus pliegues el rostro, y de continente digno y magestuoso, que con fuerte acento gritó:

—Pichon.... aquí....

La voz del aparecido se sobrepuso á la confusion y vocería, y todos volvieron el rostro instintivamente.

Las manos quedaron quietas; los piés dejaron de pisotear al caido, y Pichon se levantó aunque con trabajo, colorado como un tomate, y llena de rasguños la cara, murmurando de modo que todos le oyeran.

—Al fin os habíais de portar como gente bruta! Bien se conoce que no habeis estudiado ni pizca de latin, ni tan siquiera el *Mú samúse*.

Y salió de la Marina en compañía del desconocido.

El pugilato habia sido corto pero aprovechado.

A las doce la taberna estaba solitaria.

Solo quedaba dentro el tio Lagarto, reconociendo el campo de batalla y recogiendo los trozos de sus mesas, jarras y bancos.

Dos horas despues era víctima el infeliz de una espantosa y cruel pesadilla, y soñaba que habiendo convidado á comer á Juanillo Martin, le presentaba en un plato su lengua guisada en estofado.

CAPITULO V.

Por qué se llamaba Estrella la fragata en que hacía Antonio su primer viaje.

Pasan en el corazon humano cosas, que á primera vista parecen incomprensibles, pero que, estudiadas con despacio, manifiestan la sabiduría infinita de quien lo formó.

Los acontecimientos futuros de la vida, antes que lleguen á realizarse se nos presentan de tanto bulto, que nos parecen montes; y apenas se verifican, pierden toda aquella grandeza con que antes los forjábamos en nuestra imaginacion.

Y es que todo lo que está oculto y se nos presenta á través del velo del misterio, preocupa á nuestra alma extraordinariamente mas que lo que pasa á nuestra vista por grande que sea.

Esto es una prueba de la nobleza del alma, que no se llena con lo finito, como lo es todo lo que se llega á realizar, y suspira siempre por algo que en su imaginacion cree le llenará, y ese algo nunca puede producirse ni podrá, mientras no viva en la presencia del Infinito, único que puede satisfacer sus altas aspiraciones.

Pues esto que todos tocamos en los hechos mas comunes de nuestra vida, con respecto á las ilusiones y á una

felicidad que nunca alcanzamos, esto mismo sucede con relacion á los acontecimientos tristes que tememos y que al cabo llegan á realizarse.

Y á la manera que el corazon no alcanza la satisfaccion que esperaba hallar en un goce, así la realizacion de una desgracia no produce en él la pena tan acerba que al principio creiamos habia de causarnos.

O lo que es igual, es mas terrible la duda de una desgracia, que la desgracia misma ya realizada.

Pensábamos conseguir una cosa que nos hacia pasar las noches en vela, discurriendo si la alcanzaríamos ó no; calculábamos la pena y angustia que se nos seguirian de la falta de su consecucion; pero llega el momento crítico, no se realiza, y el alma entra entonces en una apacible quietud; comprende lo necia que ha sido en dar tan grandes proporciones á una cosa que no lo merecia, y hasta procura convencerse de los perjuicios que su realizacion le hubiera acarreado.

Tal es el corazon humano.

Se paga de ilusiones no mas, y por eso no se satisface con los goces y venturas con que soñaba, ni se destruye por los reveses que su condicion le hace sufrir.

Decimos esto, porque la honrada familia de Antonio, al desaparecer por vez primera este de su seno para lanzarse al mar en busca de un porvenir, no sintió por su marcha el dolor y la angustia que creyeron habia de ahogar sus almas.

Acaso la misma esperanza que tenian de verle llegar sano y salvo, y su confianza en el auxilio que habia de prestarle la Vírgen de la Palma, de la que eran muy devotos, junto con la resignacion que el cristianismo sabe derramar en los afligidos corazones, fueron parte á que sintieran, sí, su partida, pero no con aquella intensidad que antes de marcharse habian temido.

A las nueve de aquella noche estaban los dos ancianos padres y su hija Rosario reunidos en casa y hablaban de

Antonio, de su marcha, de su vuelta y del porvenir que iba á buscar.

La madre, que tenia el nombre de María, decia á su marido:

—¿Y cuánto tiempo crees que tardará en regresar Antonio?

—Siempre ha de pasar de tres meses, le respondia aquel.

—Hijo de mi alma! qué será de tí por esos mares!

—Por Dios, mujer, vas á desconsolar á la muchacha? Pecho ancho, que pronto le veremos entrar por esas puertas contento como unas pascuas y con unas barbas que asusten á los niños. Porque has de saber que todo el que viaja por la mar se la deja crecer.

El buen marinero estaba haciendo ahora con su familia lo que á medio dia habia hecho con él Pichon. El mismo que necesitaba de consuelos, se afanaba en darlos á su mujer y á Rosario.

—Y decidme, padre mio; ¿vuelto ya de ese viaje que hoy emprende, se quedará ya para siempre con nosotros?

Al oir el anciano esta cándida pregunta de su hija, se quedó pensativo un momento sin saber qué la respondería.

A haber sido hecha por otro que no fuera Rosario, hubiera soltado la carcajada; pero era su hija inocente y sencilla la que la hacía y no acertaba á darla respuesta.

¿Cómo habia de hacer su fortuna Antonio en el primer viaje?

¿Se iba á encontrar algun tesoro en alguna isla desierta?

No siendo de este modo, á su primer viaje se seguiría el segundo, y á este otros, hasta que con su buena conducta y los conocimientos que fuera alcanzando con la experiencia de los viajes, consiguiera obtener un puesto que le diese ya con que vivir, uniéndose en matrimonio con Rosario.

Tal era el pensamiento de Antonio.

Y tanto él como los ancianos que lo habian prohijado

tenian una firme esperanza de que al cabo habian de realizarse sus nobles aspiraciones, que por otra parte no podian ser mas humildes.

Pero de esto á pesar que Antonio viniese hecho un potentado á la vuelta de su primer viaje, habia mucha diferencia.

—Allá veremos.... dijo el anciano, haciendo lo que muchos que no dicen ni que sí ni que nó y llevan la contraria: bien puede ser.... el chico tiene algo de lo de Salomon.... pues.... no es tonto y con su buena índole y.... ya verás..... ya verás como todo se arregla; no hay que apurarse.

Hé aquí un modo expedito de salir con lucimiento del compromiso en que se hallaba.

—Oh! abrigo una gran confianza en que la Vírgen vá con él; prosiguió Rosario satisfecha de las palabras de su padre.

—Y tanto que vá.... aseguró María. La madre de Dios no se sabe que haya abandonado jamás á ninguno de sus hijos. Antonio la tiene una gran devocion y la Vírgen se lo ha de pagar protegiéndole en todos los peligros en que se halle.

—¿Y es cierto, padre mio, que se aparece en medio de la tormenta, en un cerco de nubes en forma de una hermosísima estrella, para auyentar el peligro y volver la alegría á los infelices náufragos?

—Que si es cierto preguntas? exclamó el anciano marinero con la mayor ternura; oye, Rosario, lo que te voy á contar, y grábalo profundamente en tu alma, para que nunca desconfies de la proteccion de María hácia los hombres.

Una noche se levantó un furioso huracan que en cortos momentos se llevó parte de la arboladura. Olas espantosas, á manera de inmensas montañas, barrian la cubierta del buque; truenos que nos ensordecian se repetian á cada momento y una nube negra y densa cubria toda la bóveda

de los cielos, en tanto que la lluvia caia á torrentes como para hacer mas aflictivo nuestro infeliz estado.

El anciano se detuvo un instante como para tomar aliento.

El recuerdo de aquella noche de horror aun causaba espanto á su corazon.

—Siga usted por Dios, padre! murmuró la hija ansiando saber el fin de aquella escena.

El anciano continuó.

—Todos comprendimos que nos hallábamos perdidos. Nuestras fuerzas se habian agotado ya. Una inmensa mole de agua chocó en uno de los costados de la fragata y la tumbó. Un solo grito resonó en el espacio. De allí á un momento todos seriamos víctimas de las iras del océano. No habia que esperar auxilio alguno de la tierra. ¡Madre mia! gritamos con toda la fuerza de nuestra alma, protégenos! Escuchad bien ahora lo que vimos todos.... á los que incrédulos se burlan de los milagros, yo quisiera haberlos tenido aquella noche á mi lado en la fragata.

—Acabe usted.... qué vió?...

—¡Instantáneamente se rasgó la nube que sobre nuestras cabezas se levantaba!.... brilló una luz clara en su centro!...

—¡Una luz!

—¡Si!.... Era la de una estrella que apareció en la altura, radiante y hermosísima. Un círculo luminoso la formaba una corona!.... ¡Aquella estrella era la ESTRELLA DEL MAR! Era María Santísima!!

—¡María Santísima!!

—¡Oh! todos lanzamos un grito de religioso entusiasmo... «¡LA ESTRELLA DEL MAR!! MARIA!! MARIA!!»

Hija y madre se hallaban poseidas de una vivísima agitacion; sus corazones latian con gran fuerza, y casi retenian la respiracion por temor de perder una sola de las palabras del marinero.

—«Nos hemos salvado! asi habló la voz del capitan.»

Otra ola vino con potente ímpetu, y dando en el otro costado del buque le hizo volver á su natural posicion, y la estrella desapareció en seguida de nuestra vista; pero á los cortos instantes la tempestad habia pasado por completo. ¡La Vírgen nos habia salvado de una muerte segura!!

—¡Oh! qué milagro mas patente!

—Escuchad, aun no he terminado.

—Continúa, murmuró la anciana.

—La nube que estaba sobre nosotros se desvaneció á los pocos momentos; levantamos los ojos al sitio en que habia aparecido la estrella y vimos las constelaciones que todos conociamos cada cual en sus respectivas posiciones, pero en el paraje en que nosotros la vimos aparecer no habia estrella alguna de la magnitud y brillo que la que se nos habia presentado en el instante del peligro. La estrella habia desaparecido!! El que tenga atrevimiento para negar que este hecho es milagroso, no debe dar fé ni aun á su propia existencia!

—Bendita sea la que es el consuelo de los afligidos!

—La Estrella del mar salvó en aquella noche á la fragata, que desde entonces se llamó *la Estrella*. Ya ves, Rosario, si debemos confiar en ella, yendo Antonio en el mismo buque salvado por la Vírgen.

—Es verdad!

Al pronunciar Rosario estas palabras, sonaron tres golpes á la puerta de la casa.

—Quién podrá ser á esta hora tan avanzada? preguntó el contramaestre de la *Estrella* al mismo tiempo que se levantaba para abrir.

—Repara antes por la ventana quien sea.... Ya sabes que Juan Martin....

—Tienes razon, dijo el marido dirigiéndose hácia la ventana: Pichon no puede ser; son ya cerca de las diez y cuando viene suele hacerlo á las ocho.

Abierta la puerta de la ventana asomó su rostro, mas no conociendo al bulto por la oscuridad de la noche, preguntó:

—Quién es?....

—Soy yo,... abrid.... sonó una voz desde la calle.

Tres exclamaciones se confundieron en una y pronunciaron una sola palabra, un mismo nombre.

Una vivísima conmocion agitó sus corazones al propio tiempo.

Era de alegría ó de temor?

Mientras discurren nuestros lectores quien puede ser el visitante nocturno, que á tales horas llamaba á la puerta de la casa de Rosario, impresionando tan vivamente con el solo eco de su voz á la jóven y á sus padres, pasaremos á narrarles lo que formará el capítulo siguiente.

CAPITULO VI.

En el que, despues de convidar al lector á dar un paseo, se describe la gracia que tenia Pichon de cazar de once á doce de la noche.

Hemos dejado la taberna de la Marina en el momento en que Pichon librándose de las garras de los milanos que sobre él se habian arrojado, merced al oportuno auxilio que vino á prestarle el aparecido, salió con este de la estancia donde acababa de tener lugar un episodio de los juegos olímpicos.

Fuera ya de la taberna, se encaminaron los dos al campo del Hospicio.

¿Qué relacion existia entre el robusto Pichon, hombre rudo y sencillo y aquel embozado de aspecto noble y magestuoso continente?

¿Tendria razon Juanillo Martin cuando preguntaba al tio Lagarto si habria algun enlace entre el estado flamante de Pichon y la circunstancia particular de abandonar todas las noches la taberna en cuanto eran las diez?

Oigamos el diálogo que entre los dos se trabó.

—Pichon, me has hecho esperar un cuarto de hora y si no me hubiera presentado en la taberna en tu busca, todavia te estaria aguardando.

—No es mia la culpa, D. Antonio; á las diez me levan-

té para salir, pero esos brutos se empeñaron en que les habia de acompañar hasta las doce, y viendo que nada conseguian, se hubieron de amostazar y me armaron la camorra de que usted acaba de ser testigo.

—Te han lastimado?

—Bah!... poca cosa; unos cuantos arañazos y golpes ... pero no les arriendo la ganancia! Sabe usted por qué consiguieron arrojarme al suelo?

—Por qué?

—Toma!.... porque me dolian ya los puños de tanto golpe como descargué sobre cuantos hallaba á tiro; que si no!.... ya, ya hubieran visto lo que se pescaban! Aun así y todo, he dejado, segun mis cuentas, á mas de diez sin narices.

El embozado, á quien Pichon habia llamado D. Antonio, sonrióse por debajo del embozo al oir las bravatas del marinero.

—Vamos á nuestro asunto, prosiguió despues. Has averiguado algo hoy?

—Señor, no parece sino que se los ha tragado la tierra. Nadie sabe darme cuenta de tales personas.

—Es estraño!

—Hoy he recorrido todo el callejon de Cardoso.

—Y qué?....

—Ni palabra.

—Querrá el cielo negarme la dicha de abrazar á esos objetos tan queridos de mi corazon? Oh! no me puedo convencer nunca de que no hay ya esperanza para este afligido esposo y padre?

—¿Y no tiene usted ninguna otra señal que nos pueda dar alguna mayor luz en el intrincado laberinto en que nos hayamos?

—Esa es mi desgracia! Nada sé, absolutamente nada!

—Válgate Dios! murmuró Pichon participando de la afliccion que parecia dominar al embozado.

—¡Quién me lo hubiera dicho cuando los tuve que dejar! Maldita política que tuvo la culpa de todo!

—Pues!.... si siempre lo he dicho yo.... ¡la política!.... vale cien veces mas ser uno un gaznápiro, que hablar con esos remilgos vanos!.... al pan pan y al vino vino.... todo lo demás no es otra cosa que *galomatrias*, que ni el mas pintado que las entienda! De veras lo digo: algunas veces quisiera no saber una palotada de latin, porque no me produce sino desazones.

El marinero habia tomado la palabra *política* en un sentido muy distinto, y creyendo que tronaba contra ella su protector, echaba pestes de ella, aunque no fuera mas que por decir amen á todo cuanto salia de los labios del embozado, á quien tenia por poco menos que un oráculo.

El caballero sin atender á las sencillas expresiones de su acompañante, siguió diciendo:

—¡Y yo tengo la culpa de cuanto me ha pasado! Bien me lo decia la infeliz al darla el abrazo de despedida y los últimos besos á mi hijo Luis! Su presentimiento se realizó por desgracia!

Pichon escuchaba mudo las tristes exclamaciones del embozado.

Su corazon era por naturaleza sencillo y compasivo.

Ni se acordaba ya de la escena en que habia salido tan mal parado.

Sin embargo, se atrevió á preguntarle con timidez.

—Tan indispensable fué su marcha de usted de Cádiz?

—¡Ay, amigo mio! yo era entonces muy jóven; abrigaba una noble ambicion, ¿y quién hay que no la tenga en esa edad de la vida? Mucho amaba á mi esposa. Dos años hacia que me habia unido á ella, y un hermosísimo niño habia venido á reanudar mas el lazo de afectuoso cariño que unia nuestras almas. Pero mis bienes eran muy escasos: hijo de una familia noble, habia visto caer á mis padres y hermanos bajo la dura ley de la muerte cuando la fiebre amarilla vino á sembrar el luto y el llanto en los habitantes de Cádiz el año de 1730. Yo solo pude sobrevivir á la falta de los seres mas queridos de mi corazon.

Diez y ocho años contaba en tan triste época, y al morir mis padres, me quedaron unos cortísimos recursos, que poco á poco se fueron agotando. Solo aquellos que me conservaban en su corazon algun afecto, se compadecieron del pobre huérfano y me tendieron una mano compasiva. A los cuatro años de la muerte de mis padres, conocí á la inocente Cármen de Alvarado, y al poco tiempo fuí á pedirla á su padre, que gustoso avino á mi pretension. ¡Quién habia de decirle que al año habia de faltar y que á no haber sido por mí, su hija hubiera quedado sola en el mundo! Pero, qué digo? Acaso no sucedió igual por mi ausencia? ¡Ah! Cármen, bastante he llorado las consecuencias del paso que dí al abandonarte! Ojalá que aun pudiera deshacer lo hecho!

Así murmuraba el afligido caballero.

Pichon permanecia callado.

Casi tenia impulsos de romper en llanto.

A veces los hombres de natural mas sencillo y rudo, abrigan corazones muy sensibles.

El embozado continuó:

—Hoy que gozo de una regular fortuna adquirida á costa de trabajos y desvelos, oh! cuán feliz seria si lograse encontrar á mi esposa y á mi hijo!

—Pero señor, ¿podreis decirme, y dispensad mi curiosidad, adónde diablos os marchásteis que á esta fecha aun lo ignoro?

—A la córte, amigo mio.

—A la córte!

—Sí. Mi situacion era muy triste. Oí decir que había nombrado el Rey comisario ordenador de marina é intendente del ejército de operaciones para la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia á D. Cenon Somodevilla....

—D. Cenon Somodevilla decís?

—Sí.

—¿Ese señor que hace dos meses reside en el Puerto de Santa María?

—Justo.

—Desterrado?

—Así es; sus enemigos, que lo son tambien de las glorias de la marina española, han conseguido malquistarle en el ánimo de nuestro Rey D. Fernando.

—Pero proseguid.

—Volé á Madrid á pedir proteccion al que, cuando yo contaba ocho años, habia jugueteado conmigo.

—¡Con usted! preguntó admirado Pichon.

—En el año de 1720 entró de dependiente en la casa de comercio que en aquel entonces tenia mi padre.

—Pero qué ¿el marqués de la Ensenada, ese señor tan amante de la marina, el que ha sido secretario de Estado y de Guerra y tanto bien ha hecho á Cádiz (1) durante su elevacion segun tengo oido, ese estuvo de dependiente en vuestra casa?

—Como te lo estoy diciendo. Vino recomendado por un amigo que mi padre tenia en la Rioja, de donde es natural el Márqués.

—Continuad.

—Volé á Madrid. El amigo de mi niñez me abrazó con efusion y me ofreció un puesto en su despacho. Desde aquel dia fuimos los dos amigos inseparables; en mí depositó su entera confianza, llegando á ser su secretario.

—Afortunado fuisteis sin duda!

—Pero ¿de qué me servia toda aquella prosperidad? Hallábame ausente de las prendas queridas de mi alma: quise que se reuniesen conmigo y escribí á Cármen, mandándole lo necesario para el viage y rogándola que á la mayor brevedad se pusiera en marcha; contestóme mani-

(1) Cádiz debió al Marqués de la Ensenada la creacion del Colegio de Medicina y Cirujía, el amparo para la fundacion del Observatorio Astronómico, el mejoramiento del Arsenal de la Carraca y la salvacion de los caudales de dos galeones de Indias que habian encallado en la playa de Huelva. Al tener noticia nuestra ciudad de la caida de su protector y su destierro á Granada, giraron los comerciantes gaditanos letras á favor suyo por valor de un millon y setecientos mil pesos fuertes. Poco despues le permitió Fernando VI que trasladase su destierro al Puerto de Santa María.

festándome que al mes estaria en Madrid, pero desde aquel dia no volví á recibir mas letra suya ni á saber una palabra de ella.

—¿Pero no procurásteis indagar si se habia espedido pasaporte de Cádiz á su nombre?

—Escribí al que entonces tenia el gobierno de Cádiz y nada pude sacar en claro. En esta ciudad no se habia sacado pasaporte para ninguna Cármen de Alvarado.

—¡Es extraño! De modo que segun eso, aquí tienen que encontrarse?

—No sé qué pensar sobre tan singular acontecimiento.

Durante el diálogo que dejamos trascrito habian dado una vuelta completa, tomando al salir de la taberna la calle de la Palma, el campo de la caleta á la izquierda y tornando á entrar de nuevo en la misma calle de la Palma por la de Carretas que lleva hoy el nombre de *Lubet*.

—Al llegar á las cuatro esquinas se detuvieron ambos, y despues de unas cortas palabras de despedida en que el embozado hubo de recomendar á Pichon el mayor esmero en la empresa de que estaba encargado, se separaron, tomando el embozado la calle misma de *Lubet* y prosiguiendo Pichon por la de la Palma en direccion á la capilla, pues vivia á pocos pasos de la casa de los ancianos padres de su amigo Antonio.

Como se habian detenido varias veces, segun el giro que tomaba la conversacion que siguieron, habian tardado mas de una hora en dar aquella vuelta, de modo que al separarse estaban para dar las once y media.

Dirigíase Pichon á su casa cabizbajo y pesaroso por lo que acababa de referirle su protector, cuando al pasar junto la puerta de la casa de sus amigos, tropezó con un objeto que se desprendió del balcon y vino á dar sobre sus narices.

—Señor, qué demonche de colgajo es este?

Se preguntó al sentir el choque de una cosa que tanto parecia ser cuerda como madera.

Detiénese al punto, echa mano á aquel objeto y se encuentra con una escala de cuerdas que pendia del balcon de la casa.

—¿Qué será esto? Tenemos ladrones esta noche en casa de Antonio?

Y se quedó un momento parado meditando el partido que debia tomar.

Era evidente que, á ser ladrones, debian estar ya dentro; de lo contrario no estaria pendiente la escala del balcon.

Este argumento le pareció á Pichon un principio inconcuso; así fué que se puso en medio de la calle y procuró escudriñar si habia alguno en el balcon, no obstante la mucha oscuridad de la noche.

Ojos de lince debia tener el marinero, porque, hecho el reconocimiento le pareció descubrir un bulto negro muy rebujado en un rinconcito,

—¡Ya caiste! dijo para sí Pichon, y sacando una descomunal navaja, la abrió en tanto que se quitaba la faja que llevaba puesta.

Y con aquel alfanje en la derecha y la faja en la izquierda se dirijió callandito á la escala y en un momento, á pesar de su robustez, trepó por aquella y cayó sobre el agazapado que, sin saber por donde le venia, se encontró con un hombre que le decia en tono muy bajo:

—¡Date!

—¡Voto á los infiernos!

Esta sola palabra pudo lanzar el ladron, porque la mano cayosa del marinero le sujetó por el cuello, al mismo tiempo que levantaba la navaja sobre el infeliz cojido, que creyó llegado su último instante.

—¡Chist! punto en boca! Como grites y despiertes á alguno de la vecindad te hago tajaditas en un *verbo y gracia*.

Juanillo Martin, pues tal era el que acababa de escalar la casa de Rosario, murmuró entre dientes.

—¡Pichon! Oh! me la ha de pagar el tio Lagarto!

—Quien va á pagar ahora todas las que debe eres tú,

grandísimo pillo! ¿Para eso has quedado ya en el mundo, para ladron? Ahora verás!

Y sin soltar el cuello de Juanillo ni la navaja empezó á atarle fuertemente.

Por dicha de Pichon, Juanillo Martin se habia quedado sin movimiento. Bien es verdad que no pudo ponerse de pié al notar la brusca acometida del amigo de Antonio á causa de lo estrecho del balcon.

Atado ya perfectamente, ideó el medio mas expedito de hacer el descenso sin producir escándalo en los vecinos.

No era el marinero de muchos recursos que digamos, pero en aquel lance apurado, se le ocurrió un modo de hacerle bajar sin tener que cargar con él.

Pichon no habia estudiado física, pero sabía hacer aplicacion de la ley de la gravedad.

Todo cuerpo que se lanza al espacio busca su centro.

Este centro con relacion á Juanillo Martin, debian ser los chinos de la calle.

Luego toda la operacion consistia en tomar en brazos al *anima vilis*, asomarle á la parte esterior de la baranda, y dejarle en seguida que buscase el dicho centro del mejor modo que le fuera posible.

Si esto no es saber aplicar con aprovechamiento las leyes de la física, desafiamos á que otro lo haga mejor, que de seguro no lo hará.

Al ver Juanillo que la cosa iba de veras, empezó á temblar como un azogado.

Al principio se figuró que Pichon iba á cargar con él; pero al notar que lo levantaba en peso y lo asomaba á la parte de afuera, quedándose él dentro del balcon, se imaginó lo que le aguardaba y murmuró con acento compungido.

—Qué ¿me vas á arrojar abajo?

—Gran bruto! qué te creias? De cuando acá he quedado yo para cargar animales como tú sobre mis hombros? Ponte derechito, así; á ver si logras caer de pié: no te

apures, que no hay mas que seis varas de altura: á la una, á las dos, ¡Dios vaya en tu compañía!... á las tres....

Y abrió sus brazos, en tanto que Juanillo Martin hendia el espacio que mediaba entre el balcon y la calle.

Por fortuna para sus costillas, el cuerpo bajó en posicion vertical de modo que todo no pasó de un salto de poco mas ó menos, cayendo de pié.

En seguida probó á escapar, pero Pichon era mas ladino de lo que Juanillo se imaginaba.

Al echar á correr, sintió que tiraban violentamente de su cuerpo.

Pichon, despues de atarle codo con codo, no habia soltado el extremo de la larga faja.

—Aguarda hombre, le gritó, no seas tan *súpito*.

Y rápidamente bajó la escala sin soltar á su prisionero.

Entretanto, el ruido que hizo Juanillo al descender, la voz de Pichon y el sonido que despidieron los hierros de la baranda al arrojarse el último á la escala, pusieron en conmocion á los vecinos de la casa de Antonio y abrióse la ventana que estaba en la misma línea que el balcon.

—Una voz resonó en los oidos del marinero.

—¡Pichon! qué es eso?...

—Nada, señor Juan, que este zángano es aficionado á dormir al sereno.

—¡No te entiendo!

—Ya lo entenderá usted.

—Pero quién es?

—¿Quién ha de ser? Juanillo Martin...

—¡Juanillo Martin!

—¡Pues! Lo acabo de cojer en el balcon... parece que esta noche le dió por ser vecino de ustedes.

Otra cabeza asomó á la ventana.

—¿Qué hay? preguntó el que ahora aparecia?

—Aguardad un momento y os lo contaré todo, que voy á meter en la bodega á Juanillo Martin y...

—¡Juanillo Martin! exclamó admirado el nuevo aparecido. ¿Está ahí Juanillo Martin?

Al oir Pichon estas últimas palabras, quedóse como alelado, y levantó sus ojos á la ventana.

—¡Antonio! ¡Estoy soñando! ¡Está ahí Antonio!

—Sí, amigo Pichon, pero qué ocurre?

—Ahora lo sabrás. Pero... ¡voto á Satanás!... que se me escapa ese tuno!

El asombro que le habia producido la aparicion de Antonio, cuando le creia caminando á América, le habia hecho soltar insensiblemente el extremo de la faja.

El prisionero vió el cielo abierto y comenzó á huir en direccion á la Caleta.

Pero Pichon, aunque mas grueso que él, le llevaba ventaja. Juanillo Martin no acertaba á correr con toda la ligereza que el caso requeria, pues le faltaban los remos, es decir, los brazos que tenia atados á la espalda.

Además, la misma faja que iba arrastrando, le entorpecia el paso á cada momento, así fué que á poco trabajo logró alcanzarle Pichon.

Una vez cojido, creyó este que lo mas seguro era echárselo á los hombros y cargar con él.

Y así lo hizo.

Cargado ya con su presa siguió la calle arriba en direccion á la Caleta.

¿Qué iba á hacer Pichon con Juanillo Martin?

Siguió avanzando hasta llegar á la esquina de la calle del Angel, aquí ya se detuvo ante una casa baja, y sacando con la mano izquierda, que le habia quedado libre, una llave mohosa, la introdujo en la cerradura de la puerta y esta quedó abierta.

Inclinóse un poco para penetrar en aquella oscura mansion, mientras Juanillo temblaba no comprendiendo cual iba á ser el resultado final de aquel imprevisto lance.

La casa en que entraron no tenia mas que el bajo. Venia á ser un solar. Sin embargo, constaba de dos habitaciones separadas por otra puerta y solo la primera estaba resguardada por una mala techumbre.

Este local venia á ser el astillero, como si dijéramos, ó el arsenal de Pichon y sus abuelos.

Esta posesion venia sucediéndose de padres á hijos.

Siglos atrás hubo de ser una linda casa, pero como todo lo destruye el tiempo, la tal casa pasó á la categoría de solar, aunque no fuera mas que para que no se dijese que los andaluces carecemos de antiguos solares, tan antiguos por lo menos como los de los nobles hijos de los Astures.

Pero hemos dicho que en la época de nuestra historia era una especie de astillero.

Y en efecto: si nuestros lectores quieren asomar su rostro á él, se encontrarán en las dos habitaciones que lo forman, una multitud de tablas grandes y pequeñas, jarcias, chicotes, estopa, brea y banderas, cuya antigüedad y veneracion indican los colores *descoloridos* que ostentan y los girones y agujeros que las distinguen.

Era aquel como un almacen de provision.

El marinero que tenia que echar un remiendo á su trabajosa barca, acudia á Pichon, y este, con una generosidad que pasmaba, abria su almacen general, y ostentaba ante la vista de sus compañeros aquellos tesoros y monumentos de la mas remota antigüedad.

Esto con respecto á la primera estancia. La interior estaba separada como hemos dicho por una puerta, y en ella campeaba una lancha.

¡Aquella lancha que poseyó su bisabuelo! En ella se habia lanzado este por vez primera al mar de la Caleta para alimentar con la pesca á su familia, y habia sido conservada por sus descendientes como objeto de veneracion.

Pichon no habia querido nunca vender la herencia de sus antepasados: y eso que una vez llegó á ofrecerle hasta dos duros el carbonero del barrio.

A tal paraje condujo Pichon á Juanillo Martin.

—¡Eh! aquí te quedas hasta mañana en que daré parte á la policía para que te formen causa por conatos de robo con escalamiento: y lo depositó en la estancia interior.

—Pero, ¿me vas á perder, Pichon?

—¡Qué pérdida de mis culpas! El perdido lo eres tú, que no has nacido para nada bueno! Con que, hasta mas ver....

—¡Por Dios y por la persona á quien mas quieras, le suplicaba Juanillo, déjame salir y no des parte, que yo te prometo no pensar mas en Rosario!

—Esas tenemos? ¡Ya, ya voy comprendiendo por vida mia! ¿Querias llevarte á la muchacha, gran pillo? Pero no te has salido con la tuya! Dios es justo y ha querido mirar por esa niña y su inocencia! Si lo sé cuando te cogí en el balcon, te arrojo de cabeza á la calle!

Y salió de la estancia, echando la llave á la puerta interior y á la de la calle, mientras murmuraba:

—Mañana será otro dia! Ya pensaremos el castigo que le hemos de dar por la travesura de esta noche. Vamos ahora á ver á Antonio. Pero, señor, quién entiende este lio? Cómo está todavia en tierra, cuando esta tarde debió salir la *Estrella?* Será cosa que todavía emprenda yo este viaje con mi amigo? Y bien mirado, eso era lo mas regular, porque al fin y al cabo ha sido mi compañero de infancia y no debia dejarle ir solo.... pero.... ¡qué diablos! el bueno de D. Antonio es tan generoso.... y manifiesta tanto afan por dar con esa familia que se le ha desperdigado sin saber cómo.... que, la verdad, se me hace ya muy cuesta arriba abandonarle en la empresa que nos hemos propuesto.

Así iba pensando el marinero por el camino, al dirijirse á casa de Antonio.

—Y nó es cosa que digamos!... El otro caiman de Juanillo Martin es un tunanton de siete suelas... Pues no era nada lo del ojo!... Robar á la niña!... Está visto... la mano de la Providencia ha manejado esta noche el asunto de modo que fuera por lana y volviera trasquilado... De manera que á no haberme yo quedado en tierra, sabe Dios lo que hubiera sido de la pobre muchacha.

En esto enfiló por la esquina de la calle de San Félix, y levantando la vista á la clásica muestra de *La Marina* murmuró.

—¡Ah! pícaro Lagarto! se me antoja que estabas en el ajo! Juanillo Martin es amigo tuyo y bien pudiera ser que se hubieran ustedes hablado para conseguir que no me retirase hasta las doce... ¡Voto al chápiro! Y vaya si es bruto el hijo de mi madre! ¡Ahora caigo de mi burro! Ya comprendo perfectamente la nunca vista generosidad que hoy has desplegado conmigo! ¡Necio de mí que me habia imaginado que todo era pura galantería! Está visto, en este pícaro mundo no es oro todo lo que reluce... ¡Qué talento tuvo aquel que dijo que donde menos se piensa salta la liebre!... ¿Quién habia de figurarse la segunda intencion de el animal de Lagarto? Porque, claro... es evidente que ese pillo de Juanillo Martin le diria: «Tio Lagarto, que no salga Pichon de la taberna esta noche....» pues... y él mientras colarse en casa de Rosario como Pedro por la suya, y hacer la pillada mayúscula de cargar con la muchacha! Vea usted esta, que ya es harina de otro costal!..., porque sí señor, ella se *pirra* por Antonio y él se despepita por ella.... porque, ya vé usted, son los dos jóvenes y los dos honrados y al fin y al cabo, se han conocido como dijo el otro desde que estaban mamando....

El enlace entre las ideas del marinero no era el mas lógico, pero su buen corazon le hacia juzgar de la manera que ven nuestros lectores.

—¡Si yo pudiera discurrir un medio para que se casasen así como quien dice, de *zámpalo presto*, me acreditaba de hombre de talento consumado!... Ello es que por mas que hagamos con Juanillo Martin, al cabo ha de volver á las andadas por aquello de que siempre tira la cabra al monte.... Antonio es un bendito... de puro bueno se pasa... no querrá tomar una medida extrema con ese pillastre, que bien lo merecia como hay Dios! Así es que se marchará mañana ó pasado y ahí queda eso!... y la chica, expues-

ta á lo que se le ocurra al otro!... Vamos, es cosa de perder la cabeza; mientras mas pienso en ello, menos salida le hallo. ¡Está visto que soy un bruto completo! Y sin embargo paso por despejado!... así es el mundo; á no pocos conozco yo que les sucede tres cuartos lo propio.... tienen fama de hombres entendidos y que me claven á mí en la frente el entendimiento de los tales señores; ni dos cominos doy por el de todos juntos.

En esto cruzaba la otra esquina de la calle de Carretas.

—Y dónde me deja usted al bueno de D. Antonio? Busca que busca á su muger y á su hijo, y nada... ¡pero lástima fuera! no seria mas difícil buscar un estudiante en Salamanca! A ver, ayúdeme usted á sentir.... «¿Doña Cármen de Alvarado con su hijo Luis han vivido alguna vez aquí?» Vaya usted preguntando esto de casa en casa.... y oiga usted las sandeces y despropósitos de algunos vecinos que ni por el forro saben el color que tiene la vergüenza... «Aquí no vive ninguna Cármen Embrevado.» La embrevada lo será usted.... so desvergonzada! Y por poquito no se arma una pelotera de *apaga y vámonos*. Las peores son las charlatanas que algunas veces me abren la puerta. «Le diré á usted; aquí vive Pepa la tuerta y la tia Belen la roteña y ña Colasa y la sobrina del tio brujo, pero lo que es á esa Cármen por quien usted pregunta no la conocemos ni de vista.»

A esta parte de su monólogo llegaba Pichon al arribar á la puerta de la casa de sus amigos.

Hizo sonar dos golpes y aquella se abrió al momento.

CAPITULO VII.

Consecuencias de una cacería nocturna.

Apenas penetró Pichon en casa de sus amigos, cuando empezó Antonio á acosarle á preguntas.

En unos instantes no se pudieron entender: ambos estaban admirados, á la vez que deseosos de recibir explicaciones.

Pichon no comprendia cómo se hallaba Antonio en Cádiz, cuando segun los cálculos de todos debia estar á aquellas horas navegando camino de América.

Antonio queria le contase lo que acababa de pasarle con Juanillo Martin, el cual habia jurado que obtendria mal de su grado y á todo trance la mano de Rosario.

Esta no queria á Juanillo Martin. Su alma inocente no podia avenirse con la aviesa del pescador.

Desde niña no habia podido simpatizar con él.

Pero este sabia manejar toda clase de armas, por vedadas que fuesen, para llegar al fin que una vez se proponia.

Hé aquí por qué las últimas palabras del jóven al separarse de los que habian sido sus padres á falta de los verdaderos, fueron para recordar al anciano que velase por su Rosario, porque todo habia que temerlo del pescador.

No se engañó Antonio al concebir este pensamiento, que no era temerario por cierto.

Tan no lo era, que aquella misma noche quiso realizar el pescador el proyecto que hacia tiempo meditaba.

Penetrar en la habitacion de la jóven cuando estuviese entregada al sueño, taparle la boca y arrancarla á sus ancianos padres, parecíale cosa sumamente fácil.

Despues.... Juanillo Martin no se imaginaba lo que vendria.

Por satisfacer su despreciado amor y vengarse terriblemente de aquella infeliz niña, no temia arrostrarlo todo.

¿Qué le importaba que luego se descubriese su crímen y le impusieran el castigo á que se hacia acreedor?

Quedaba satisfecho su orgullo. Rosario caeria humillada ante sus plantas. ¿Qué le importaba lo demás?

Así es el corazon humano, ó por mejor decir, tal es el hombre pervertido.

Sabe con entera seguridad que la consecucion de lo que le cautiva vá enlazado con un inmenso cúmulo de males; á un goce momentáneo y pasajero se seguirán angustias y dolores, y hasta la misma muerte; su satisfaccion y alegría han de arrancar lágrimas eternas á sus ojos, pero.... adelante!

El amor propio viciado se interesa en su realizacion. La pasion le ciega? No.

El que se atreva á decir que la pasion subyuga al hombre hasta el estremo de no serle posible sacudir su tiránico imperio, proclama un error que está en perfecta contradiccion con nuestros mismos instintos.

El hombre está dotado de la luz de la razon; ella le ilumina en todos los acontecimientos de la vida, y aunque es cierto que la pasion puede ofuscarle un momento, al cabo las ráfagas de aquella luz purísima que Dios mismo ha encendido en nuestra alma, viene á decir al hombre. «Eso está vedado; eso produce la muerte.»

¿Qué es si nó el remordimiento? El crímen que se co-

mete en medio de las sombras de la noche y sin testigos, deja trémula la mano del criminal.

¡Misterio que el materialismo no podrá esplicar nunca!

Es que hay un alma y ese alma tiene una conciencia y esta conciencia es el testigo mudo cuyo fallo es inapeable, porque testifica de lo que no se puede recatar jamás de su vista.

Pero unas consideraciones nos llevan á otras.

Prosigamos.

Antonio estaba ansioso de saber lo que habia acontecido á Pichon con su rival.

—Cuéntame, Pichon, le decia; qué ha sucedido?

El robusto marinero refirió en pocas palabras á los dos ancianos, á Rosario y á Antonio lo que ya saben nuestros lectores.

—¡Tiemblo al considerar, prorumpió el jóven, cuál iba á ser tu suerte en manos de ese malvado, Rosario!

—La Vírgen, en cuya proteccion confio, dijo aquella, ha sabido frustrar su plan.

—Sí... ¿pero qué vá á ser de nosotros si ese hombre sin entrañas y sin religion se propone todos los dias acabar con nuestra paz, maquinando nuevos proyectos que le lleven al reprobado fin que ahora no ha podido realizar?

—En cuanto á eso, no hay cuidado, Antonio; dijo el rudo marinero. Yo te prometo que no nos ha de incomodar mas!

—Cómo! qué dices! Acaso!.... exclamaron los padres queriendo adivinar el sentido de tales palabras.

Pichon comprendió lo que pasaba por aquellos honrados ancianos y siguió diciendo:

—No teman ustedes que por querer castigar un crímen fuera yo á cometer otro; no: líbreme el Señor de tan mal pensamiento! A Dios gracias, jamás he manchado mis manos en sangre, ni de inocentes, ni de malvados.

—¿Pues entonces?....

—Pero, señores, ¿no hay mas medios con que oponerse

á ese tunante? Por lo pronto le tengo metido en mi *cuchitril*....

—¿En donde tienes la lancha de tus padres?

—De mi bisabuelo: murmuró corrigiendo la frase.

—Bien, ¿y qué vas á hacer con él?

—Pues ahí es nada! Allí pienso tenerle encerrado un par de dias á pan y agua! Esto como por via de correctivo, que yo *mea turitate* le impongo....

—Pero, hablas de veras?

—Bah!... como tres y dos son cinco! No vá á ver luz en cuarenta y ocho horas! Ya vereis, ya vereis!.... Mas lisito le voy á dejar que un guante de *capritilla*.

—Pero, y luego?

—Luego entra la segunda parte.

—Explícate!

—Luego hecho mano á un *.chicote* que esté bien embreado, y *zis, zas*, se le aplican unos cuantos linternazos...

—Pero, y despues, si!...

—Despues, proseguirá la ceremonia metiéndole en la barca del *tio Machuca*; nos vamos á alta mar, se le amarra un buen cable y....

—¡Ave María Purísima! lo vais á arrojar al agua? Nó; yo no quiero eso; exclamó Rosario.

—Miren la tontuela! Déjame acabar, muchacha, que aunque nada se perderia con que lo echásemos al fondo para que marchase de una vez á los profundos infiernos, no entra ese viaje en el plan de castigos que tengo ideado.

—Prosigue, le dijo Antonio, que gozaba en oir los rasgos sencillos de Pichon.

—Nada, le hacemos zambullir una media docena de veces en este tiempo tan apetecible en que estamos. Si despues de realizado cuanto acabo de decir, vuelve á pensar otra vez en Rosario, entonces no hay remision, me lo agarro en seguida, le ato una piedra al cuello, lo echo por la muralla y *requiescan*.

—Pichon, piensa bien lo que dices: mira que Juanillo Martin se la guarda á quien se la hace.

—No le temo. Me como yo, nó á uno, sino á veinte Juanillos que se me pongan delante. Pero ¿me quieres acabar de explicar, Antonio, como te encuentras aquí?

—Estábamos ya para levar anclas y darnos á la vela, cuando llegó una lancha á la fragata, presentándose el consignatario en persona.

—El consignatario!

—Sí, habló dos minutos con el capitan y acto contínuo se dió órden de parar la maniobra.

—Y cómo habeis saltado en tierra?

—Abrieron las Puertas del Mar á las diez de esta noche para que se embarcase la oficialidad del buque de guerra que está en bahía. Ya sabes que á esta hora salen dichos señores del teatro y la abren para que vuelvan á bordo. Y nosotros hemos aprovechado la ocasion, y aquí me tienes...

—Pues hombre, me alegro que se haya demorado la salida.

—Porqué, Pichon?

—Porque así podrás tomar parte en lo de los linternazos y zambullidas de Juanillo. No te parece? Cuento contigo para el desempeño concienzudo de tan árdua operacion.

Antonio á pesar de todo no reservaba odio en su corazon á Juanillo. Sentia, es verdad, una especie de repulsion hácia el pescador, pero habia, cuando niño, oido de los labios de la buena María, que el sentimiento de la venganza es indigno de un pecho cristiano, que Jesus pidió perdon para los mismos que le dieron una muerte cruel, y que el hombre vengativo se asemeja á las mismas fieras en el ensañamiento con que procura el mal para aquel á quien ódia.

Estas verdades dulces y hermosas, tan hermosas y dulces como la doctrina toda que enseña la Iglesia con relacion al amor que debemos al prójimo, se habian apoderado del alma del jóven desde el momento en que empezó á despertarse á los humanos sentimientos.

¡Bendita la religion que el mismo Hijo de Dios, sabiduría infinita, vino á traer al mundo! Benditos los sentimientos que hace brotar en los corazones! Bendito ese lazo íntimo, esa misteriosa cadena con que ha unido la caridad á tantos millares de almas!

¡Ella regeneró á la humanidad y la levantó hasta el mismo Dios!

Leimos hace poco unas palabras, estampadas en un periódico, que decian. «El hombre se regenera á sí propio.»

Este es un pensamiento erróneo y herético.

Decimos mas, es contrario á lo que nos enseña la historia y la experiencia. Falso en el terreno de los hechos, en el terreno filosófico y en el de la fé.

¡El hombre se regenera á sí propio!

¿Puede darse una proposicion mas absurda?

El hombre no puede nada por sus propias fuerzas. Todo lo puede con la gracia de Jesucristo.

Ni siquiera un pensamiento bueno puede concebir sino es con la ayuda de Dios.

Estas no son palabras nuestras, son del Apóstol San Pablo.

Lo que puede el mortal por sí solo, consignado está en la historia.

La inteligencia se hallaba muerta á la venida de Jesucristo.

El corazon habia viciado hasta lo mas santo.

La unidad de Dios era verdad que no pudo adivinar la inteligencia, y cuenta que no hay teoría mas absurda que la que admite pluralidad de dioses. Decimos mal, un filósofo la adivinó y su elucubracion le costó la vida.

El corazon no le iba en zaga á la inteligencia. No hablamos de la corrupcion de costumbres que reinaba, sancionándose los mas vergonzosos crímenes. Públicas mugeres eran ofrecidas á los dioses en expiacion en los lances mas apurados que surgian en las naciones, y á cierta diosa, que ni aun siquiera nos atrevemos á nombrar por no

manchar estas páginas, era adorada, entregándose en su presencia á los mayores desórdenes.

Grecia, cuna del saber, de la elocuencia y la ilustracion, la habia levantado mas de cien templos, en tanto que no habia uno siquiera en cuyas aras se ofreciese incienso al amor puro.

¡Inteligencia humana, corazon humano, miráos en ese cuadro de degradacion y de ignominia, y si os horrorizais de vuestra propia obra, atreveos á proclamar todavia con el mayor descaro é insensatez que el hombre se regenera á sí propio!

El hombre se regenera por Jesucristo. Esta es una verdad trivial que saben hasta los niños que aprenden los primeros rudimentos de la doctrina.

Redimiéndonos con el precio infinito de su sangre purísima, levantó á la inteligencia, y engrandeció al corazon; á aquella la iluminó con los rayos de eterna verdad que difundió sobre la tierra; á este lo purificó, ennobleciendo sus sentimientos y ordenándolos todos á dos fines, que en rigor no son sino uno solo. Amor á Dios, amor al hombre por Dios.

Por Jesus adquirió el hombre la libertad verdadera, que es la libertad del ominoso yugo del pecado.

Por Él se realizó lo que hoy quiere realizar de un modo absurdo cierta escuela, la igualdad absoluta. *No hay acepcion de personas ante Dios*, decia ya en su tiempo el Apóstol y lo repite en tres de sus cartas.

La fraternidad! Palabra hueca que nada significa en el lenguage de ciertos hombres!

¡Qué diferencia entre la de los sabios del dia y la que estableció Nuestro Redentor! Todos somos hermanos porque somos miembros del cuerpo de Jesucristo, y así como se reparte la vida con igualdad por todos los miembros del cuerpo humano, así somos todos vivificados en Jesus y por Jesus!

Esta doctrina es desconocida de los regeneradores que

en estos últimos tiempos se ha echado la humanidad.

Pero, dispénsenos los lectores este desahogo, y continuemos.

Antonio, que, como deciamos, era un buen cristiano, no queria el mal para Juanillo Martin: así fué, que habló de esta manera al marinero.

—Pichon, una cosa quiero de tí.

—Habla....

—Que mañana mismo des suelta á Juanillo.

—Te has vuelto loco!

—No: el remordimiento de lo que esta noche ha intentado le bastará por castigo.

—Vamos; no seas niño!

—No quiero se hable mas del particular.

—Hombre, de veras te digo, que si no fuera por lo mucho que te quiero, hacia lo que dices; ya te convencerias de que nada se consigue con contemplaciones. Nada, sus bañitos, que le caerán muy bien, y su racion de cáñamo embreado.

Basta con lo expuesto para que formen los lectores una idea del buen corazon de Antonio y del cariño que Pichon le tenia.

A poco rato se retiró este de casa de sus amigos.

CAPITULO VIII.

En que se dá cuenta del milagro que obró Nuestra Señora de la Palma.

Ha pasado una noche desde los acontecimientos que acabamos de narrar en los anteriores capítulos.

O lo que es igual, nos hallamos á 1.° de Noviembre de 1755.

Dia de triste al mismo tiempo que feliz memoria para Cádiz.

Triste, por el terremoto que en dicho dia sufrió.

Feliz, porque en él se vió patentemente sobre nuestra ciudad la mano misericordiosa del Señor y el poder que en los Cielos goza ante su Divino Hijo la Madre del mismo Dios!

Queremos que los incrédulos nos den hoy nada mas que imparcialidad. Oigan el acontecímiento que tuvo lugar en tal dia: y al oirlo, sepan que no somos nosotros, simples cronistas, los que lo autorizamos; un pueblo entero fué testigo del hecho que vamos á narrar, y contra el testimonio y criterio de un pueblo entero no hay argucias que alcancen á menoscabar la fé que se le debe.

Amaneció dicho dia 1.° de Noviembre con horizontes claros y despejado cielo, si bien se notó algun calor nada natural por cierto en dicho mes.

A las diez menos cuarto se empezó á sentir un temblor de tierra que puso en conmocion á todos los habitantes de Cádiz, pues duró diez minutos.

Lento al principio, fué aumentándose la violencia de sus vaivenes hasta infundir el temor de la completa ruina de los edificios, que, como saben los lectores que residan en Cádiz ó hayan visitado á nuestra ciudad, están mas expuestos en un terremoto que los de otras poblaciones por la gran altura á que se elevan.

Felizmente cesó el temblor, volviendo todos á recobrar la perdida calma y sin que hubiese que lamentar desgracia alguna personal, pues solo sufrieron los edificios que de antemano se hallaban en mal estado.

Pero aquella calma duró muy poco.

Hemos oido decir muchas veces á personas sencillas que está profetizado que *á Cádiz se lo ha de tragar el mar*.

Confiamos en que esto no será mas que una vulgaridad; pero acaso sea nacida del triste acontecimiento que aquel dia vino á afligir á los gaditanos.

A las once de la misma mañana las aguas se fueron alejando de los muros.

El pueblo las vió separarse con admiracion por lo nuevo del lance, pero sin adivinar lo que pronto habia de suceder y lo que las personas de algunos conocimientos previeron, al notar la retirada del mar.

Efectivamente, á los pocos minutos volvió el mar sobre Cádiz, pero con tal violencia, que como dice un testigo de vista en la reseña que despues del terremoto escribió, se creyó que traia en sí la total desolacion de Cádiz.

Por la parte de Levante del castillo de San Sebastian y del poniente de la ciudad, y á la distancia de dicho castillo una media legua, levantóse el mar en furiosas y embravecidas olas y vino sobre el trozo de muralla que está entre la puerta de la Caleta y el castillo, derribándolo y arrastrando consigo cuanto á su paso encontró.

¡Las aguas habian roto el valladar que las separaba de Cádiz!

¡Furiosas tomaron posesion de nuestro suelo por aquella parte que fué la mas castigada de la poblacion!

Y avanzaban mas y mas, y anegaban las casas contiguas á la Caleta, en tanto que los ya descuidados vecinos de la calle de la Palma veian penetrar en sus hogares el elemento destructor que los queria envolver en sus ondas, como cansado ya de sufrir el yugo que durante tantos siglos habíanle impuesto nuestras murallas.

Algunos infelices, sobrecogidos por la turbacion, perecieron arrastrados por las iras del embravecido elemento.

Los que podian, abandonaban sus casas y huian al centro de la poblacion en medio de la mayor confusion y angustia.

Otros, al ver como penetraba el mar por sus casas, subieron á las azoteas y esperaron allí llenos de espanto ó la decrecida de las aguas ó una segura muerte.

Cundió tan terrible noticia por toda la ciudad con la velocidad del pensamiento.

«Cádiz es tragada por las aguas!» pronunciaron mil y mil lenguas.

Al mismo tiempo sucedia una cosa parecida en las puertas de Sevilla y del Mar, si bien las aguas no llegaron á avanzar sino unos 150 pasos de las dichas puertas.

No así por la de la Caleta. Aquellas seguian avanzando cada vez mas y llegaban á cuatro varas de altura sobre el plano del campo que llaman del Salado.

Ya habian dejado atrás las calles del Angel, Jesus María y José, San Félix, Carretas y Consolacion, que atraviesan á la de la Palma.

La desolacion era general; por todas partes no se oian mas que gritos de dolor y de espanto.

Gran número de personas quisieron escapar á la muerte y huyeron por la puerta de Tierra, pero la muerte que

temian en Cádiz les salió al encuentro por el arrecife que lleva á San Fernando. Los dos mares que lamen ambas orillas, se unieron, y uniéndose arrastraron en su furor á los incautos que no se creyeron seguros en la poblacion, pereciendo un buen número de personas.

Cádiz sentía ya bramar en su seno las ondas del océano. Este se enroscaba á su alrededor y la envolvia como se enrosca la serpiente al cuello de un niño para ahogarle.

Y ya no habia que aguardar auxilio humano. La última hora de la perla del Océano era llegada.

No habiendo ya esperanza en lo humano se recurrió al auxilio de lo alto.

María Santísima del Rosário es la patrona de nuestra ciudad y no en vano se imploró la proteccion y amparo de la que es LA ESTRELLA DEL MAR.

Permítannos los lectores una lijera observacion.

Cádiz siempre se ha distinguido por su proverbial nobleza, cultura y desprendimiento; pero sobre estas dotes naturales se elevan dos que son sobrenaturales y que forman, de una manera muy especial, el carácter de sus hijos; estas son su religiosidad y su caridad.

Sombra hoy de lo que en otra época mas feliz fué su comercio, ha levantado en los tiempos mas azarosos un templo augusto á su Dios, templo en que no sabemos qué admirar mas, si la belleza y gallardía que lo decora, ó los innumerables monumentos que ostenta del piadoso desprendimiento de los gaditanos.

Para llevar á cabo las obras que en él se han realizado en el corto espacio de 28 años que cuenta desde su consagracion, una y otra vez se ha tenido que recurrir á la caridad de los hijos de Cádiz, y una y otra vez y siempre se han reunido en un mismo haz el óbolo del pobre y el rico don del poderoso, yendo ambos acompañados de otra cosa que vale incomparablemente mas, á saber, el puro tesoro de sus deseos.

Así se ha levantado esa Catedral, una de las mas bellas de España.

Pero no es esto solo.

Apenas pasa año en que no se haga un llamamiento á los caritativos sentimientos de Cádiz. Pues bien, preguntad, á poco de haberse iniciado el pensamiento, el éxito que ha obtenido, y os llenareis de admiracion al considerar lo que es este pueblo y lo que vale.

¡Cádiz, religiosa Cádiz, tengo la dicha de contarme en el número de tus hijos, y de ello me enaltezco! No es la adulacion la que mueve mi pluma: patentes son los hechos que estoy narrando, y la fama de tu religiosidad y desprendimiento, vuela por toda la España.

Si arrastrada esta por la corriente de corrupcion que una mal llamada civilizacion ha importado á nuestro suelo, no es ya la que en pasados siglos, aun se conservan en tu seno, ¡oh Cádiz! innumerables almas que alientan la fé mas pura y los mas hermosos sentimientos.

Dispénsennos nuestros lectores esta digresion.

Queria dejar consignada en estas leyendas todo el cariño y admiracion que debo á mi patria, y nunca ocasion mas oportuna se me ofreció que cuando iba á presentar un público testimonio de su fé religiosa y de la proteccion que siempre ha merecido de la madre de Dios y de los hombres.

Continuemos.

Los padres religiosos de Santo Domingo sacaron de su convento á la Divina Magestad y la preciosa imágen de Nuestra Señora del Rosario, colocando á esta mirando al mar para que siquiera sus olas respetáran á la que disipa con solo el iman de su dulce mirada las desechas tempestades.

Pero, hemos dicho que el mayor peligro no era por esta parte de la ciudad. El movimiento y subida de las aguas se habia declarado por la de Poniente, y las olas seguian penetrando en tropel y avanzando por la calle de la Palma y sus contiguas.

Los sencillos vecinos del barrio andaban de acá para allá con el asombro en los rostros y la angustia en sus almas.

Pero un rudo marinero pronunció una palabra mágica, que fué repetida por todas las lenguas, y mil corazones palpitaron á un mismo sentimiento.

Y al punto, cual si hubieran sido movidos por idéntico resorte, corrieron á la capillita de la Palma, y penetraron en ella, á tiempo que celebraba el augusto sacrificio de los altares un religioso del próximo convento de Capuchinos. (1)

Mudos y llenos de profundo recogimiento se postraron en tierra, vertiendo lágrimas de compuncion y de fervorosa súplica: el religioso que estaba ignorante de lo que sucedia en Cádiz, preguntó la causa de aquella súbita aparicion del pueblo, y enterado del lance, dió por terminada la Misa, pues habia ya sumido las especies sacramentales.

Volvióse al pueblo, y este, al ver de cara al religioso, empezó á pedirle á voces confesion, mas siendo imposible de realizar su deseo, porque ya las aguas iban adelantando por momentos, exortándolos á que hiciesen un acto de contricion y absolviéndolos á todos, tomó el crucifijo que estaba en el altar y se dirigió á la calle, revestido como se hallaba con las vestiduras sacerdotales.

Pero un momento antes apareció el capellan de la Palma (2) y al ver que iba á salir el religioso al encuentro de las aguas, lleno aquel venerable Sacerdote de un santo ardimiento, robustecida su alma con una firme esperanza é iluminado por una súbita inspiracion, arrebata el guion de la Vírgen de la Palma y sale fuera de aquel sagrado recinto, gritando á cuantos se habian acogido al pequeño templo.

—¡Seguidnos!!

¿Qué iba á hacer aquel sacerdote? Qué religiosa fé le arrebataba?

Todos le siguieron, llenos tambien de confianza sus corazones.

(1) Fray Bernardo de Cádiz.

(2) D. Francisco Macías, Penitenciario que fué de la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario, en cuyo panteon se conservan sus restos.

É impávido se dirigió al encuentro de las bramadoras aguas, y clavando en tierra el guion en el mismo lugar de que ya iban á posesionarse aquellas, pronunció con firme acento las siguientes palabras que percibieron todos claramente:

«¡¡HASTA AQUÍ, MADRE MIA, Y NO MAS!!»

Y sacerdote y pueblo cayeron de hinojos ante la imágen de la ESTRELLA DEL MAR, que mitiga las tempestades.

Qué oraciones murmuraban sus lábios, qué suplicas salieron del fondo de sus almas, Dios y aquella Vírgen amorosa lo saben.

Entretanto los infelices vecinos que no habian podido salir de sus casas, contemplaban asomados á los balcones, ventanas y azoteas el religioso y sublime cuadro que ofrecia la calle, y uniéndose en espíritu á aquellos, postraron sus rodillas y confundieron sus oraciones con las del sacerdote, las del religioso y sus acompañantes.

Estas oraciones fueron recogidas en dorado cáliz por el ángel protector de aquel barrio, y llevadas ante el trono de la que es el consuelo de los afligidos.

Y las olas, como impulsadas por misteriosa mano, lanzaron un prolongado gemido, y humillada su altivez, retrocedieron, empujándose y rompiéndose las unas con las otras, en precipitada confusion.

La calle, como aun hoy puede verse, forma declive hácia la capilla de la Palma; esto no obstante, las olas venciendo á la misma ley de la gravedad volvieron hácia atrás, pero como se encontraron con otras nuevas montañas de agua, buscaron salida y tomaron por la calle de Consolacion, extendiéndose por los llamados callejones de Peñalba hasta avanzar á la de Capuchinos.

O lo que es igual, las aguas que no habian tenido empuje suficiente para tocar el estandarte de la Vírgen, empuje que debia ser favorecido por el dicho declive del terreno, tuvieron no obstante fuerza para avanzar por la calle

paralela á la de la Palma, nada menos que 117 pasos.

Pero el milagro no era solamente en favor de los hijos de aquel barrio. Cádiz representado aquel dia por aquellas buenas almas, alcanzó proteccion de la Vírgen Santísima.

Apenas tocaron las aguas las esquinas que forman la de Capuchinos y la de los Callejones, quedaron como domeñadas y fueron abandonando el terreno de que se habian posesionado.

Este hecho fué presenciado por un pueblo entero, haciéndose despues una voluminosa informacion que hemos tenido ocasion de examinar, y en la cual se encuentra testificado el milagro, tal como lo acabamos de referir, por un gran número de personas, testigos presenciales del acontecimiento.

Las aguas estuvieron acercándose y retirándose durante el espacio de veinte horas, si bien las avenidas subsiguientes fueron cada vez menores, hasta que á la mañana del siguiente dia ya eran imperceptibles.

Los gaditanos habian escapado á una espantosa muerte, y en tal calamidad debian su salvacion á la que es Madre Augusta de Dios y de los hombres, y á quien millares de lenguas y de corazones invocan como á la ESTRELLA DEL MAR. (1)

(1) Sea este el lugar en que demos las debidas gracias al Sr. D. José Antonio Remesi, Mayordomo de la Hermandad de Nuestra Señora del Rosario de la Palma, el cual ha tenido la bondad de poner ante nuestra vista todos los documentos que obran archivados en su poder, referentes al hecho milagroso que sirve de fundamento á esta Leyenda.

CAPITULO IX.

En donde se vé que detrás de un capote malo se oculta un buen nadador.

Suponemos á nuestros lectores deseosos de saber lo que pasaba á nuestros amigos en el momento en que el mar, saliendo de sus naturales límites, amenazaba acabar con nuestra hermosa poblacion.

Pichon se habia ido antes de las nueve á casa de Antonio y allí le habia cogido el terremoto.

Apenas fué sentido del robusto marinero, gritó á Antonio, á Rosario y sus padres:

—¡Al momento á la calle!

—¿Qué ocurre? le preguntó su amigo sin apercibirse de nada.

—¿Pues no has sentido el temblor?

—¿Qué temblor?

—¡Afuera, repito!... Tenemos terremoto en Cádiz!

—¡Terremoto!!

Ya los vaivenes fueron siendo mayores, por lo que todos se convencieron de que tenia razon Pichon, é hicieron lo que este les proponia.

Pasado aquel triste acontecimiento, precedente á lo que mas tarde aconteció y que ya saben nuestros lectores, vol-

vieron á entrar en casa, sin que esta hubiera recibido lesion de ningun género.

Pero como estaban atemorizados, rogaron á Pichon no se apartase de su compañía en lo que de la mañana restaba.

Este condescendió á sus deseos, pero antes de las once manifestó que debia retirarse por una hora, pues una cita le obligaba á ello.

La cita ya se imaginarán los lectores con quién sería.

Encaminóse para el punto en donde debia avistarse con el desconocido y reunióse á este, pues hacia rato que le estaba esperando.

Mas á poco de dar los primeros pasos, sintieron á sus espaldas una confusion y gritería que vino á turbar el diálogo que empezaban.

—Las aguas!... las aguas!

—El mar nos acomete!

—Estamos perdidos!

—Qué nos traga la mar!

Tales fueron los lamentos que hirieron sus oidos, al desembocar por la calle de San Pablo á la de la Palma.

Apenas entran en esta última, un espectáculo imponente y espantoso se presenta á la vista de ambos.

Olas á manera de montañas venian penetrando por el campo de la Caleta y Hospicio.

—Jesus María! Exclamó Pichon pálido de terror.

Su acompañante no tuvo ánimos para pronunciar una palabra. Viendo estaba las olas y aun se imaginaba ser juguete de un sueño.

En tanto las gentes corrian de acá para allá sin órden y sin saber qué hacer. El miedo embargaba por completo sus ánimos.

—Oh, mis amigos! Murmuró Pichon....

—Qué amigos?

—Por el cielo, venid!

—A dónde?

—A salvarlos!

Las aguas se acercaban cada vez mas. Pero felizmente la casa de sus amigos estaba casi frente á la de San Pablo y aun se encontraba expedita la puerta.

Corre Pichon á ella, mas al tocarla, ésta se abre y da salida á Antonio, á Rosario y á sus padres, que al tener conocimiento de la nueva calamidad, huian de su casa, pues pronto iba á ser anegada por el mar.

—Pichon! exclamó el anciano con las lágrimas asomadas á sus ojos. ¡Dios nos favorezca!

—Oh, Rosario, decia Antonio, será posible que yo te vea morir sin poder darte auxilio alguno! No! En tanto que aliente un momento de vida te defenderé. Ven, huye de ese espantoso lugar.

El embozado tendió los ojos al jóven y un súbito movimiento se operó en todo su ser.

Le pareció ver el rostro de la tierna esposa que hacia tanto tiempo buscaba.

En seguida, volviéndose á Pichon, le preguntó, presa su alma de una vivísima agitacion:

—Pichon!

—Qué quereis?

—Quién es ese jóven, y cómo se llama?

—Es un marinero amigo mio, y se llama Antonio.

—Antonio! murmuró dejando caer su cabeza con abatimiento.

Pichon no prestó atencion á los distintos afectos que en un corto instante se habian despertado en el alma del caballero.

Todo esto pasó con mucha rapidez. Aquella honrada familia se separó de la casa que los habia visto nacer, con la angustia en el corazon y el llanto en los ojos.

De repente Pichon se dá una palmada en la frente y grita desesperado.

—Voto á cien mil de á caballo! Soy el mas bruto del mundo! Que se ahoga! que se ahoga sin remedio!

—Quién? Preguntaron todos al mismo tiempo?

—Quién ha de ser? Juanillo Martin!...

—Juanillo Martin!

Esta esclamacion fué lanzada al mismo tiempo por sus amigos y por el desconocido, si bien expresaba sentimientos muy encontrados.

Rosario, Antonio y los dos ancianos, recordaron que Pichon habia encerrado á Juanillo en su depósito y al ver que ya las aguas lo habian obstruido, temblaron por su vida.

El caballero expresaba, al oir por vez primera este nombre, alegría y temor á un tiempo.

—Pichon, gritó en seguida... ese Juanillo Martin es quien debe saber el paradero de mi mujer y de mi hijo! De su vida pende que abrace á esos pedazos de mi alma ó que á lo menos descubra el misterio que envuelve su existencia!

—Decís que depende de su vida?... murmuró Pichon, pues bien... rogad por mí á la Vírgen!

Y se lanzó en direccion á las olas, lleno de increible arrojo.

Asombro daba el ver al robusto marinero correr al encuentro del mar; aquello era un reto desesperado que hacia á las violentas olas. Antes de llegar á estas, se despojó de un capote pardo que habia heredado de su padre, capote que, conservado cuidadosamente por el hijo, solo se ponia durante el invierno. Aunque era de paño burdo, algo raidillo se encontraba ya el pobre en la época de nuestra historia, si bien era prenda muy estimada por Pichon, como quiera que le resguardaban de la lluvia unas como conchas de mugre que aparecian en él y que defendian al que se encerraba en sus pliegues aun mejor todavía que nuestros inpermeables de hoy.

Una vez libre del capote inmemorial, se quitó tambien la chaqueta; en seguida se arrojó á las aguas comenzando una lucha formidable, espantosa, que no se podia contemplar sin que se erizasen los cabellos.

¡Un hombre pugnando por vencer la corriente impetuosa del embravecido mar!

En tanto que le fué permitido caminar con sus propios piés, hízolo así; pero apenas se introdujo hasta la cintura, cuando tuvo que lanzarse á nado.

Felizmente para él, arrastraba el furioso elemento tablas que habia arrancado del tinglado del Hospicio. Así fué que se abrazó á una que pudo haber á mano, y ya con este auxilio empezó á hacer esfuerzos inauditos.

Pero una y muchas veces le creyeron los espectadores víctima de su temeridad. Las olas le envolvian en sus espumas, y momentos hubo en que no acertaban los ojos á adivinar lo que habia sido de él.

Habia pasado ya las esquinas que forman las calles de Consolacion, Carretas, S. Félix y Jesus María y José.

Un esfuerzo mas y tocaba al límite su lucha.

Imposible parecia á cuantos en los balcones y azoteas contemplaban á Pichon, cómo un hombre tenia alientos para acometer tamaña empresa.

Así fué, que olvidándose un momento de sí mismos y del peligro que corrian si seguian su ascenso las aguas, solo palpitaban sus corazones por la suerte que cupiera al marinero.

Y eso que no sabian el interés inmenso que habia en que Pichon lograse arribar á la esquina de la calle del Angel.

Un episodio tuvo lugar en aquellos momentos que no queremos pasar en claro. Cuando ya Pichon estaba para tocar la dicha esquina, hendió el espacio un ¡ay! desgarrador.

Habia salido del pecho de una mujer.

Volvió los ojos instintivamente el marinero al balcon de donde habia partido el grito y la vió, pálida de espanto, tendiendo sus manos á un objeto que era arrastrado por las aguas.

Este objeto era una pequeña cuna.

Un niño iba dentro, durmiendo el sueño de la inocencia;

sueño que estaba para convertirse en el de la muerte.

La mujer que se lamentaba en el balcon era su madre.

Cien voces fueron á resonar en los oidos de Pichon.

—El niño!.. ese niño!...

—Pichon!... sálvale!...

—Mi hijo! coje á mi hijo! le gritaba la angustiada madre.

La cuna flotaba en medio de las aguas, dando vaivenes que despertaron al ángel que llevaba en su seno.

Ya despierto, llevóse las manitas á los ojos, restregándoselos. En seguida probó á sentarse en la cuna; pero el choque de una ola le hizo perder el equilibrio y de nuevo quedó tendido en ella.

El desconcierto que le produjo el golpe le hizo romper en amargo llanto, y sus inocentes lamentos partian el corazon de cuantos presenciaban tan terrible escena.

Un solo movimiento que hiciera á punto de chocar alguna otra ola contra la cuna, le arrojaria al seno de aquel levantado mar, siendo víctima en seguida de su furibundo encono.

Pichon, con la rapidez del pensamiento, cortando las olas, salvó el espacio que le separaba de él y, lanzando un eco de triunfo, asió con uno de sus brazos la cuna, y nadando con el que le habia quedado libre, se dirigió al balcon y alargó á la infeliz madre el hijo que ya habia creido perdido.

Todo esto aconteció en un espacio de tiempo menor al que hemos gastado en describirlo.

Un murmullo de alegre aprobacion y reconocimiento resonó por todos los balcones y azoteas. (1)

El sencillo marinero, sin hacer caso del entusiasmo que habia despertado su accion en los corazones de cuantos

(1) Este episodio no es de nuestra invencion. El hecho aconteció como lo hemos narrado. Existen todavía en aquel barrio personas que oyeron de los lábios del mismo niño, ya anciano, la pintura del cuadro, segun se lo expusieron despues sus padres. Y cuentan que no hubo dia en que no fuera á visitar á la Vírgen de la Palma, á quien siempre creyó habia debibo su salvacion.

la presenciaron, desapareció de la vista de todos, arribando felizmente al límite de su viaje.

La casa, como hemos dicho, no era otra cosa que un mal solar, pues solo tenia techada la habitacion de entrada ó sea el almacen general de Pichon y sus abuelos.

La lancha monumental estaba en la segunda estancia, y esta, como todo el resto de la heredad de sus padres, se hallaba al aire libre.

Como las aguas habian subido á la altura de cuatro varas por aquel parage, la puerta estaba obstruida y no era fácil abrirla, á mas del peligro que corria de anegarse el interior en el momento de ceder aquella.

Pero habia un medio mas expedito de penetrar sin temor de ninguna especie, el cual se reducia á saltar por la tapia.

Y como lo pensó así lo hizo; apoyó ambas manos en las bardas y haciendo un vigoroso esfuerzo se montó en el muro.

Una vez allí, descansó unos instantes.

Bien lo necesitaba el infeliz. Jadeante y casi ya sin aliento, respiró por último. Pero tendió sus ojos al interior lleno de avidez y soltó la risa al contemplar el cuadro que ante su vista se ofreció.

¿Qué vió el sencillo marinero?

Vuelve la hoja, lector benévolo, y lo hallarás en el capítulo siguiente.

CAPITULO X.

En el que se exponen los últimos momentos de Juanillo Martin.

Este, como recordarán nuestros lectores, habia quedado metido en la barca, atadas sus manos con la faja de Pichon. Qué noche tan deliciosa hubo de pasar al sereno en pleno mes de Noviembre, no hay para qué decirlo. Qué pensamientos hubieron de surgir en su mente aquella noche toledana solo Dios lo sabe. Pero es lo cierto que el infeliz, si no hizo en aquellos momentos de angustia un propósito firmísimo de dejar de ser lo que hasta entonces habia sido, en vista de la triste situacion á que le habia reducido su mala cabeza, si no pidió al Señor á la mañana siguiente le concediese la vida, que por momentos creia le iban á arrancar las aguas cada vez mas soberbias, cada vez mas enfurecidas, y no murmuró del fondo de su alma una corta pero sentida oracion al imaginar llegada su última hora, entonces ya no habia remedio para Juanillo Martin.

Y así es lo cierto. Cuando el hombre se considera en el trance terrible de la muerte, entonces es cuando comprende y vé con entera luz lo que antes no acertaba á vislumbrar, porque una venda le cubria los ojos.

Mas no fué solo esto lo que aconteció al pescador. Durante la noche y á poco de retirarse Pichon, comenzó por maldecir su poco cuidado en recojer el extremo de la escala: despues culpó á su mala suerte que le habia jugado aquel percance, y por último entró en una série reflexiva de pensamientos encontrados. Tan pronto veia claro que solo su pervertido corazon tenia la culpa de todo, como formaba nuevos propósitos, que mas adelante le llevasen con mas feliz éxito al fin apetecido.

Su alma dura no queria someterse todavía á la ley de la expiacion. Conocía, sí, que obraba mal, pero sentía lo acaecido no por que hiciese mella en él el arrepentimiento de lo que acababa de proyectar, sino por las consecuencias fatales que le habia acarreado.

Pero pasó una hora, y pasaron dos y al verse allí en aquel estrecho recinto, sin poderse mover, dió cabida en su alma á un pensamiento. ¿Si sería un castigo del cielo lo que estaba sufriendo?

Así continuó batallando en aquella lucha de sentimientos con sentimientos sin que viniese á sus párpados el sueño. ¡Cuán cierto es que este huye del criminal para dejarle á solas con sus remordimientos! Aquella noche oyó sonar una tras otra todas las horas de los relojes de Cádiz.

Se imaginó que al amanecer vendria su carcelero á sacarle de aquella dura prision para encerrarle en otra que no lo habia de ser menos.

Pero amaneció y nadie aparecia. Cada vez que percibia los pasos de alguno que transitaba por la acera, creia ser Pichon. Mas este parecia haberse olvidado de su prisionero.

Cuando á las nueve se verificó el terremoto, él fué uno de los primeros en sentirlo. La barca en que estaba tendido empezó á dar vaivenes cual si remontándose á la época de su juventud, anduviese por los mares de la Caleta.

Mas lo que puso el colmo á su espanto, y le hizo creer llegada su última hora, fué el sentir á las once el ruido de

las aguas que iban pasando por delante de la puerta.

Al principio no acertaba á comprender el sonido que aquellas producian, pero bien pronto vió con asombro que su estrecha prision se iba anegando, y lanzó un rugido de desesperacion.

Solo allí, sin una mano que fuese á sacarle del inminente peligro en que se hallaba, entonces fué cuando tocó los tristes resultados de su depravada conducta. Habia logrado alejar de su lado á todos sus amigos y compañeros, y ni uno siquiera tenia que se acordase de él y fuese á prestarle auxilio.

Y las aguas iban penetrando cada vez en mayor cantidad por las rendijas y agujeros de las paredes y puertas.

Empezó á lanzar fuertes gritos, demandando auxilio. Pero nadie le podia oir.

Y á todo esto se encontraba atado sin poderse valer.

Cuando las aguas llegaron á cubrir el pavimento una vara, la lancha se levantó del suelo y empezó á girar y á moverse, segun la impelian los embates y corrientes de aquel pequeño mar.

Lanzó un eco de alegría. Estaba salvado. El barquichuelo iría subiendo á medida que lo hiciese el agua, de modo que al llegar á la altura de la tapia, saldria de aquella mansion, y apenas fuese visto recibiría un pronto auxilio.

Pero otro pensamiento se levantó en su alma y sofocó toda la alegría que un momento le habia reanimado.

Antes que hubiese en aquel recinto agua suficiente para hacer salir á la lancha, torrentes inmensos se desbordarian sobre ella por las tápias y la anegarian sin permitirla sobrenadar.

En aquellos tristes y angustiosos instantes que le parecieron siglos, sufrió tormentes indecibles.

Toda una vida de vicios y desórdenes se vino á su memoria.

Un recuerdo terrible llamaba á su alma con golpes que

le producian espantosos y amargos remordimientos.

—¡Don Antonio! Luis! murmuraba con eco aterrador.

Y se imaginaba ver ante su presencia un horrible fantasma que le entregaba una carta y un niño..... y que luego le maldecía con sarcásticas y terribles palabras.

Cerraba los ojos para que no les hiriese tal vision, pero mas viva y enérgica penetraba en el fondo de su alma y allí la contemplaba con la misma claridad que si estuviera tocándola con su vista.

Hasta el ruido seco que producia el choque de las aguas contra las paredes del solar le parecian lamentos lúgubres que le daban un horrible tormento.

Ya la barca se habia elevado á dos varas sobre el suelo y era evidente que muy pronto empezarian á desbordarse las aguas por encima de la tapia.

La esperanza, esa luz que alienta al hombre hasta el mismo instante de la muerte, no le habia abandonado.

Pero su esperanza era vaga: era la esperanza del que no abriga fé en su alma. Juanillo Martin era lo que suele hoy llamarse un hombre despreocupado. ¡Y ay de los despreocupados en los momentos azarosos de la vida!

El que alienta un rayo de fé en su alma, tiene á donde acudir en los mayores peligros; el hombre y el mundo, las criaturas todas y los elementos fueron sacados de la nada por Dios; y á Él deben las leyes que desde la creacion los rigen. Y si alguna vez parece que rompen la valla que les impuso y derraman la desolacion y espanto en mar y tierra, Él puede con solo su pensamiento hacerlos volver al supremo órden que, á nuestro finito modo de ver, quebrantan.

La incredulidad es fria y egoista; ni la anima la esperanza ni la fortalece el consuelo.

Hé aquí porque de la incredulidad se camina á la desesperacion y de la desesperacion al crímen mas absurdo, mas cobarde y mas impío á que puede arrastrarse el hombre, el suicidio.

¡El suicidio! otro de los progresos de la civilizacion moderna!

Asombra leer el número de los que cada año se cometen.

Una sociedad que, como la actual, está sedienta de goces, tiene que desesperar sin remedio al encontrarse hastiada por los placeres, y al recibir el triste desengaño de que lo que consideraba su ídolo no es mas que un puñado de barro.

¿Si el hombre ha nacido para gozar, si todo él es materia, y el goce ya no le satisface, de qué sirve la vida?

¿Si mas allá de esta no hay nada; si no se levanta esa eternidad en que se dé principio á otra vida que jamás ha de tener fin, ¿para qué padecer y sufrir los dolores que acibaran los mejores dias de nuestra existencia?

Pero volvamos á Juanillo Martin.

Como no tenia fé, no pudo hallar el consuelo de recurrir á Dios pidiéndole su auxilio.

Como nunca habian murmurado sus lábios una oracion á la madre de todo consuelo, no se acordó siquiera de rogar á la Vírgen.

Hemos dicho mal; se acordó de Dios y de su Santísima Madre; pero fué para lanzar con su maldita lengua blasfemias horribles, y que hubieron de producir gran alegría en los infiernos.

—¿Y eres tú, bramaba, ese Dios, padre amante y cariñoso de los hombres? Y dicen esos necios que hay una Vírgen que es el consuelo de los afligidos!.... mentira, vil mentira!! Si hijo tuyo fuera, me salvarias de la muerte, cuya faz descarnada ya estoy mirando!! Si fuera cierto que oyes al hombre, lo probarias ahora en mi persona! Pero, no; ¡estás tú muy alto en tu sólio; y relegado allí á tí mismo y á tu gloria, te desdeñarias de tender tu exaltada mano á un ser tan miserable como yo!

Hé aquí las espantosas y sarcásticas expresiones que profirió. En medio del aflictivo estado en que se hallaba, tenia el atrevimiento y osadía de desafiar al mismo Dios.

Entonces notó que sus piernas estaban empapadas. La

barca, á medida que iba elevándose, recibia gran cantidad de agua por las muchas grietas que tenia.

Media hora mas, y ya no habia necesidad de que viniesen las aguas á desbordarse por las tapias.

Pero en aquel instante oyó una carcajada, y levantando los ojos vió á Pichon que estaba montado sobre el muro.

—Pichon! murmuró admirado,

—Adios, buena alhaja! dijo aquel: En un tris ha estado que no te hubieras marchado á los profundos infiernos.

Juanillo Martin no acertaba á explicarse la aparicion del marinero.

—Allá voy, hombre, aguarda un poco que descanse: siguió diciéndole.

Y tendió la vista al campo del Hospicio, entonces convertido en mar.

—Es menester que ideemos ahora el modo de hacer salir la barca á la parte de afuera. Si lo conseguimos, estamos salvos. Media vara falta todavía para que toquen las olas al muro. Veamos de aprovecharla bien. ¡Voto al diablo! lo que siento es que la pobre está haciendo agua. Quién habia de figurarse que aun tenia de servir! Vamos allá.

Y se deslizó en la barca, que crugió al recibirle, abriéndose mas las heridas que conservaba.

—Pues no lo digo? Mala espina me dá ese quejido! Ya se vé! si somos dos y la pobre no está acostumbrada á estos lances. ¡Eh! ya estás suelto. Ahora vas á ayudarme á montar la barca por el muro y á echarla á la parte de afuera: si lo conseguimos, nos salvamos, si no, dificilillo lo veo; no habrá mas remedio que lanzarnos á nado á la buena de Dios; y mira que tira mucho la mar.

Juanillo Martin estaba como aturdido. Aquel auxilio era inesperado para él. Una vez desatado, se preparó á hacer lo que Pichon le dijera.

—Y qué vamos á hacer? preguntó con timidez, pues en medio de todo era cobarde y tenia un miedo cerval al robusto Pichon.

—Acerquémosla á la pared.... así.... ahora súbete al muro.... bueno.... allá voy yo.... agarra ese remo viejo.... no se vaya á caer y lo perdamos todo..... bien..... ya que estamos subidos los dos, en el momento en que yo te dé una voz, tirarás del estremo de la faja que acabo de amarrar á uno de los asientos.... yo haré lo mismo con este cabo.... y á la buena de Dios y en su santo nombre.... Te has enterado?

—Sí; murmuró Juanillo.

—Ea, pues ahora.... ea, hijo.... *isa*.... *isa*.... ¡bravo!... *isa*.... ¡bueno!.... *isa*..... ¡magnífico! *isa*.... ¡el último esfuerzo!.... ahaaa....

La barca habia llegado á la altura del muro. Solo faltaba ya darla un empuje hácia la otra parte.

—Ahora mucho cuidado, no se nos rompa al caer, porque la infeliz está como una breva.... á ella.... hombre no seas bruto! ya sonó una astilla..... Dios quiera que podamos arribar siquiera á casa de Antonio. Despues, aunque nos trague la mar....

Echada ya la barca al nuevo mar y metidos los dos en ella, empezaron á manejar los dos únicos remos á que iban á confiar la salvacion de sus vidas.

—*Presínate*, pedazo de animal, para que Dios sea con nosotros.... y ahora, fuerza de brazos.

Juanillo Martin era dominado por Pichon; así fué que, aunque sin ganas, hizo la demostracion de signarse. Por lo demás, al considerarse ya casi á salvo por el auxilio del marinero, no por eso creyó en Dios ni en que aquel hubiera sido obra suya.

Incrédulo fué desde sus primeros años, y como tal era reconocido por todos sus compañeros.

—Por vida del moro Muza! gritó Pichon: estamos perdidos! mira la abertura que se le acaba de hacer en ese costado.... Quítate la chaqueta y dámela corriendo.. si nó somos almas del Purgatorio!

Puesta al instante la chaqueta como de tapon en la

hendidura que acababa de abrírsele á la vetusta lancha, las mismas olas la arrastraron por la calle de la Palma arriba.

Ya entonces, Pichon y Juanillo respiraron. Un esfuerzo mas y eran salvos.

—¿Sabes, Juanillo, que me vas á contar por el camino un cuento?

—Un cuento! murmuró su compañero.

—¡Sí, voto al diablo! No sabía yo que tenias tú esa gracia!

—No comprendo!

—Te acuerdas de D. Antonio Miranda?

—D. Antonio Miranda!

Al oir este nombre Juanillo y al repetirlo en el colmo de la admiracion, parecia que era presa de una agitacion terrible. El remo que manejaba se deslizó de sus manos, y como no tenia amarra, fué á caer entre las aguas.

—Ahora sí que lo has hecho como la rosa. A ver si puedes echarle mano.

—Imposible.... repuso aquel con el rostro blanco como la cera.

El remo fué arrastrado por las corrientes y las olas.

Solo les quedaba uno; y Pichon colocándose en la popa y apoyándolo en ella, empezó á hacer semi-círculos en las aguas.

Este modo de imprimir movimiento á las barcas pequeñas, se hace fácil en tiempo sereno, pero no cuando hay mucha fuerza de mar, como acontecia en el caso actual.

Sin embargo, hemos dicho que el marinero era un héroe en los mayores peligros.

La fuerza que imprimía en el único remo era increible; la barca iba adelantando, aunque de una manera insensible por la calle de la Palma.

Creyendo Pichon que, á pesar del percance de la pérdida del remo, conseguirian arribar, volvió á tomar el hilo de su interrogatorio.

—Pues sí señor, don Antonio Miranda, el esposo de doña Cármen de Alvarado.... pero, hombre, qué tienes que parece que estás como azorado?

Juanillo permanecia mudo.

—Como que te se figura á tí que yo ignoro esa historia.... pues gran chasco te llevas, todito lo sé *de pe á pa*... Y lo que es de esta hecha ya verás la que te pescas.

Juanillo al oir estas palabras se las creyó de buena fé. Con tanta seguridad hablaba Pichon, que consideró que estaba ya descubierto el misterio que solo él creia saber.

Triste y amarga situacion la de el pescador. En lo mas íntimo de su alma se levantaban espantosos recuerdos. El que tiene algo de que le acuse la conciencia, teme que otros lleguen á tener idea de lo que pasa por él, y apenas oye la menor palabra, considera que ya es sabido de todos. Por eso Juanillo se imaginó en aquel momento que Pichon y sus amigos estaban ya enterados de aquella historia.

Sin embargo, no por eso despegó sus lábios.

En esto, una furiosa ola chocó contra la popa de la lancha, penetrando en ella gran cantidad de agua.

—Vaya por Dios! Malo lo veo, Juanillo! dijo con acento triste el marinero.

En seguida otra ola mas levantada que la anterior, embistió á la pobre barca con una fuerza irresistible, y arrastrándola en su empuje, la estrelló contra las paredes de una casa.

—Jesus María! gritó el marinero.

—Maldicion! rugió el pescador.

La barca se hizo pedazos, y las olas envolvieron al punto á los dos tripulantes.

Juanillo, al chocar aquella habia recibido un tremendo golpe en el brazo izquierdo. Pichon logró asirse á una tabla y al ver el estado de su compañero, hizo por acercársele, pero fué en vano: otra espantosa ola lo envolvió, y arrastrándolo con la tabla, lo separó de su compañero mas de diez varas.

—Oh rabia! barbotaba Juanillo al sentirse herido y sin fuerzas ni auxilio alguno con que vencer el ímpetu del mar. Maldito Pichon! Maldito Miranda! Maldita Cármen! Maldito Antonio!....

Entonces las aguas, como airadas por las maldiciones de aquel hombre perverso, abrieron su ancha boca y le tragaron en sus ocultos senos.

Pichon le vió desaparecer y pugnó por llegar al lugar de la catástrofe.

Imposible! Las olas venian cada vez mas furiosas y levantadas.

Pero habia tambien oido las maldiciones que profirió al sumergirse, y horrorizado por las palabras que pronunciaba aquel en los momentos mismos en que debia volverse á Dios para impetrar su auxilio en tan triste y desesperado lance, murmuró:

—Anda á los infiernos! Bien merecido tienes lo que te pasa.... No seré yo quien vaya á buscar tus restos!...

Y viendo que no daba señales de aparecer, hizo por agarrarse á la reja de una casa, no solo con el objeto de aguardar un poco á que se calmase el ímpetu de las olas que tan furiosas avanzaban entonces, como para acabar de asegurarse del triste fin de Juanillo.

Una vez subido en la reja, pensaba en su interior.

—Si lo siento es por D. Antonio! Quién habia de imaginarse que el pícaro de Juanillo estaba en el *busílis* de esa historia? Cada vez lo voy comprendiendo menos! Y vea usted que lástima! cuando estábamos ya á punto de dar con la luz de ese misterio! Y qué nos hacemos ahora? Mire usted cuando se ha ido á morir, cuando tanta falta hacía.... Para ser de mala intencion, hasta la última hora! podia haber aguardado á morirse para despues de habernos puesto al cabo de todo, pero nada, ni aun esa obra buena se ha llevado para los infiernos..... Pobrecillo Juan Martin! Quién te habia de decir anoche lo que hoy te esperaba!.... Hay que estar muy alerta, porque á lo mejor

nos acomete la de la guadaña y hasta otra! es decir, hasta otra nó, porque no se muere uno mas que una vez.

Pichon no quitaba los ojos del sitio en que las aguas habian tragado á su compañero de viaje.

—Nada: no sale á flor de agua! Se ahogó *in secula seculóron*! Y bien mirado, nos debíamos de alegrar, por aquello de muerto el perro se acabó la rábia; él se la habia jurado á Antonio y si anoche logré cazarle, sabe Dios si en otra ocasion hubiera tenido la suerte de salirse con la suya!... porque, eso sí, testarudo lo era como buen pescador, digo, buen pescador, no, porque hasta para eso tenia sombra! Pero no debemos alegrarnos del mal del prójimo..... harto trabajo tiene el pobre en irse á los profundos..... y quién sabe?.... bien puede ser.... pero qué veo?.... eh!.... Juanillo Martin.... Juanillo....

Pichon pronunció estas últimas palabras cortando el hilo de su razonamiento por haber visto entre las olas á aquel..... Pero sus gritos fueron en balde.... lo que aparecia y sobrenadaba era su horrible cadáver.

—Desgraciado! murmuró Pichon, asomando las lágrimas á sus ojos. Ya no hay esperanza!

Y empezó á rezar un Padre nuestro por el alma del ahogado.

En este instante era cuando el Capellan de la Palma clavaba el estandarte en tierra deteniendo el ímpetu de las embravecidas olas.

—Pero, qué es lo que aparece allá?... ¡El capellan con el guion de la Vírgen en las manos!... Oh! entonces estamos salvos! Le sigue toda la gente del barrio.... clava en tierra la enseña sacrosanta!... las aguas van ya á tocarla!.. todos se postran en tierra!... ¡Vírgen purísima, protege á Cádiz, y líbrale de la calamidad en que ahora se halla!

Y unió su oracion á la de los que estaban en la calle.

Lo que entonces pasó ya lo saben nuestros lectores por el capítulo precedente.

CAPITULO XI.

En que se dá fin á esta historia probando la exactitud de aquel refran "no hay mal que por bien no venga."

—¡Antonio, Rosario, María! La Vírgen de la Palma nos ha salvado!

—¡Oh, qué milagro tan patente, Juan!

—¡Mira cómo se van las aguas por la calle de Consolacion!...

—¡Madre Purísima! eres el consuelo de los afligidos! Tu benéfico manto cubre á los que á tí claman!

—¡Bendita la ESTRELLA DEL MAR! Ella ha quebrantado la furia de ese terrible elemento, como un dia disipó la tormenta que iba á lanzarnos á los senos del océano.

Hé aquí las expresiones que pronunciaban los dos ancianos y sus hijos, admirados del acontecimiento milagroso que acababa de tener lugar ante su vista.

Iguales exclamaciones proferian cuantos habian sido testigos oculares de la proteccion que les habia dispensado la Madre de Dios.

A los pocos momentos las aguas corrian á buscar su antiguo centro.

Pronto volvieron la animacion y la alegría á los rostros y á los corazones de los afligidos gaditanos.

Cádiz se hallaba libre del funesto huésped que habia querido visitarla en tan triste dia!

Pero al retirarse las aguas, dejaron en la calle de la Palma seis ú ocho cadáveres.

Entre estos se contaba el que habia encerrado el alma de Juanillo Martin.

Conducidos fueron todos al interior de la capillita, para que allí fueran reconocidos por sus familias.

En tanto que las olas corrian ya por el campo del Salado, apareció Pichon ante el grupo que todavía formaban en la calle sus amigos.

—¡Aquí me teneis ya, amigos mios!

—¡Pichon, te creíamos perdido! Cuéntanos lo que ha pasado: decíale el anciano.

—¿Y Juanillo Martin? preguntaba D. Antonio con ansiedad.

—¿Juanillo Martin? Rueguen ustedes á Dios por él.

—¡Murió!

—Sí!... Estaba de Dios! Qué le hemos de hacer!

—¡Ah! Pichon, ha muerto con él mi última esperanza! continuaba el caballero en el colmo de su dolor.

—Y yo me tengo la culpa!... ¡Bruto de mí, le encerré anoche en mi almacen sin adivinar lo que hoy le aguardaba! ¿Quién me metió á carcelero?... Siempre tendré sobre mi alma la muerte de ese infeliz!

—No, Pichon; dí mas bien que Dios ha querido castigar de esa manera sus crímenes y se ha valido de este medio para realizar su justicia, replicaba María.

—Pero refiérenos la historia de lo acontecido, le decia Antonio.

—Subamos á casa, repuso el anciano, y allí nos lo contarás todo.

—Subamos.

Los honrados padres que aun sin entender el sentido de las expresiones del desconocido, adivinaron que alguna desgracia terrible le abrumaba, le invitaron tambien á des-

cansar arriba unos momentos, ya que habian comprendido que entre Pichon y él existia intimidad.

Dentro de la casa todos, refirió el marinero cuanto ya sabe el lector por el anterior capítulo.

Así que hubo terminado la narracion que fué escuchada de todos con el mayor silencio, prorumpió el antiguo contramaestre de la *Estrella*.

—¡Dios le haya cogido en buena hora!

—¡Eso es lo peor y lo mas triste del caso! murmuró Pichon.

—¡Qué dices!

—¡Que me parece, pensando piadosamente, que á esta hora está ya en los infiernos!

—¡Pichon, le dijo el anciano; el Señor tiene tesoros infinitos de misericordia que sabe derramar sobre los corazones mas empedernidos; un solo momento basta para volverse á él, y quién sabe si ese infeliz ha merecido gracia en su presencia!

—Trabajo me cuesta creerlo!

—¿Ignoras que nuestra religion nos prohibe penetrar con nuestras dudas el misterioso arcano que á cada cual esté reservado despues de la muerte?

—Es cierto!

—¿Y que nos manda rogar por todos los difuntos?

—Es verdad!

—Esto se lo oí predicar una vez á D. Francisco el Capellan de la Palma, y agregaba: «Nuestra religion es tan dulce y tan consoladora, que solo quien no la estudia podrá burlarse de ella y de sus dogmas. Hé aquí por qué los hombres que mas han descollado en el mundo por su ciencia, esos han sido los que mas nutrieron sus almas en la fé religiosa!»

El caballero se encontraba admirado de encontrar en el anciano tan hermosos y rectos principios.

—Todo eso es indudable.... ¡pero si hubiérais oido las últimas palabras que brotaron de sus lábios al hundirse para no aparecer mas!.... repuso Pichon.

—Qué oiste? preguntó Antonio.

—Horribles maldiciones contra todos nosotros!

—Contra nosotros!

—Sí. Aun me parece que hieren mis oidos!....

—Qué decia?

—En el momento de sentirse herido en el brazo por el golpe que recibió al estrellarse la barca, ya se consideró perdido.... y en vez de pedir proteccion al cielo, profirió con acento desesperado «¡Maldito Pichon!» es decir, empezaba por mí.... «¡Maldito Miranda!» seguia con usted, D. Antonio.

—Con el señor! prorumpieron los presentes en el colmo de la admiracion.

—Pues claro!.... eran conocidos antiguos.... continuaba Pichon. Despues le oí pronunciar «¡Maldita Cármen!»

—¡Eso dijo! gritó el caballero con acento en que se pintaba la ira al mismo tiempo que el asombro por las expresiones últimas del ahogado.

—Y para remate de fiesta, terminó contigo, Antonio.

El desconocido se volvia un mar de confusiones.

¿Qué causa movia á Juanillo Martin á maldecirle á él y á su esposa?

¿Qué misterio se encerraba en aquellas sus postreras palabras, pronunciadas en los instantes mismos en que iba á terminar su existencia?

¡Juanillo Martin habia muerto, y al morir se habia llevado consigo las últimas esperanzas de su abatido corazon!

—¡Pero lo que yo extraño, decia Antonio, es que maldijera al señor! A tí y á mí, pase, pues á su amor despreciado por Rosario y á tu cacería de anoche ha debido la muerte; mas ¿qué tenia que ver este caballero con él ni con lo que le ha sucedido?

—¡Eso, respondió el aludido, está en relacion con hechos pasados, cuyos recuerdos no se han borrado todavía de mi memoria y que me llevan á discurrir muy tristemente acerca del éxito de mis ya muertas esperanzas!

La familia toda, al percibir el grado de angustia, que parecia haber echado hondas raices en su alma, segun lo revelaban las expresiones que salian de sus labios, tomaba parte en la afliccion del desconocido, porque existe en lo mas íntimo de nuestro corazon un sentimiento que se desarrolla á efecto de lo que pudiéramos llamar sentido moral.

Cuando el inspirado poeta de Mántua hacia decir á Dido que habia aprendido por sus desgracias á compadecer las de otros, exponia en esta brevísima sentencia la maravillosa ley que preside á los humanos sentimientos.

El que ha sufrido los golpes de una terrible angustia, ese apreciará mejor que nadie los quilates del dolor que hiera á alguno de sus semejantes.

—Sí señor, continuó Pichon, el pícaro de Juanillo ha reservado sus últimos pensamientos para todos nosotros.... Bastante hice yo por salvarle de la muerte, pero Dios lo ha dispuesto así... Lo que ahora quisiera yo, Don Antonio, es que nos dijera usted cómo ha conocido é ese pillastre y por qué decia que de su vida pendia el encontrar á su esposa y á su hijo.

—Qué! el señor!... repuso María.

—Ahora sabrán ustedes cosas estrañas, déjenle hablar.

—Amigos mios, hace diez y ocho años que perdí á un ángel que el cielo me concedió por esposa y un hermosísimo niño que era toda mi delicia.

—Murieron acaso?

—Nó, me ausenté de Cádiz, déjándolos aquí; cuando debia abrazarlos en Madrid, segun lo que habíamos determinado, en vano los aguardé. Ni aparecieron ni llegué á recibir carta de Cármen!

—Pero no pudísteis escribir al amo de la casa que habitaban preguntándoles lo que habia sido de ellos?

—Así lo hice; pero me quedé en la misma ignorancia que antes! Su antiguo amo habia muerto, la casa habia pasado á manos de un heredero y nada supo decirme este tocante á las queridas prendas de mi alma!

—Pero... y á Juanillo cómo lo conocíais?

—¡La mujer que nos servía era la madre de ese hombre que hoy ha muerto!

—Su madre! prorumpieron los dos ancianos.

—Sí... hé aquí por qué confiaba en descubrir por él su paradero.

—Voto al chápiro verde! juraba el marinero, ¿quién habia de imaginarse que Juanillo lo sabía todo? porque es claro como la luz que él estaria al cabo de esa historia. Yo por el camino quise recordarle algo, y se inmutó de tal suerte que se le cayó de las manos el remo, y á este percance debimos que se estrellase la barca.

—Doce años tendria entonces Juanillo, continuaba el caballero, y ya en aquella edad daba indicios de los malos instintos que abrigaba su alma y de la perversidad de su corazon. Me acuerdo que en una ocasion le reprendí severamente por haberle visto martirizar á un pajarillo que tenia entre las manos, y no pueden ustedes figurarse el ódio que desde aquel dia concibió contra mí. Yo no le hice caso, pero temblaba por mi hijo, y mas de cuatro veces indiqué á Cármen los temores que me asaltaban con respecto á la permanencia del muchacho en nuestra casa. Pero mi esposa, que tenia un alma bellísima, incapaz de concebir mal alguno de sus semejantes, me procuró convencer de lo infundado de mis temores y la muger continuó con su hijo á nuestro lado.

Desde que dijo don Antonio que la madre de Juanillo habia sido su criada, se habia quedado pensativa la buena María, sin que fuese percibido de los demás su estado de meditacion.

Por la memoria de la anciana pasaba en aquellos momentos toda una historia. Mil recuerdos se agolpaban en su alma, y uniéndolos con lo que acababa de decir el desconocido, y batallando su inteligencia por reanudarlos y formar con todos una sola historia, empezó á dar cabida á un pensamiento, que primero era vago pero que luego se convirtió en una idea fija.

Miró al caballero y despues clavó sus ojos en Antonio.

¿Qué vió entonces la madre de Rosario?

Se levantó, llena de movimientos encontrados y con una vivísima agitacion preguntó al desconocido.

—¡Decidme por el cielo! vuestra esposa era de cutis blanco y sonrosado?

—Sí.... respondió el afligido esposo con abatimiento y sin comprender á dónde iba á parar tal pregunta.

—De negros y hermosos ojos?

—Sí!

—Formando sus cabellos rizos por la frente?

—Sí! continuó D. Antonio, concibiendo una esperanza en su corazon.

—Jóven?

—Tendria, cuando me marché, veinte años... pero, por Dios, respondedme, la conoceis?

—No la conozco....

—Entonces!....

—Dijo usted que se llama D. Antonio?

—Sí! sí!.... acabad!.... vive mi esposa?....

—No lo sé! pero, aguardad unos instantes....

Todos contemplaban mudos aquel interesante interrogatorio. La anciana corrió á la estancia próxima.

El contramaestre de la *Estrella* era el único que empezaba á adivinar lo que aquello significaba, pero luchando entre el temor y la esperanza, no se atrevia á hablar palabra; y sí solo miraba al mismo tiempo al caballero y á su querido Antonio.

En el momento en que se retiró María á la habitacion contigua, llamaron á la puerta, y abierta que fué, penetró en la casa el capellan de la Palma.

—D. Francisco! exclamaron el anciano, Rosario y Antonio á tiempo que se levantaban respetuosamente.

—Amigos mios, extrañareis sin duda mi presencia, pero el lance no es para menos.

—Qué ocurre? preguntó Juan.

—Está ya descubierto el misterio que envolvia la existencia de Antonio.

—Qué decís!

—Sin duda alguna..... pero, dónde está María? llamadla al momento.

El jóven, objeto de la aparicion del sacerdote y de la escena que se empezaba á representar, sentia palpitar su corazon con gran fuerza. En aquellos críticos momentos se decidia toda su suerte.

¡Iba á hallar los padres por quienes tantos años habia suspirado!

El caballero estaba ignorante del arcano que se encerraba en la vida de Antonio, y le creia hijo de Juan y de María.

Esta apareció nuevamente en la estancia.

—María, repuso el sacerdote que habia detenido una hora antes las embravecidas olas con la sacrosanta enseña de la Vírgen; ya se ha descubierto á quién debe el ser ese jóven honrado que fué hallado por tí en la cuna de tu hijo.

—¡Cómo! exclamó María.

—Sí.... ahora solo falta averiguar el paradero de sus padres.

—Pero, cómo sabeis eso?

—Ahora lo referiré á ustedes.

—Y quiénes son sus padres?

—Yo no los conozco!

—Sus nombres, diga usted sus nombres.... preguntó la anciana con ansiedad.

—Se llamaban D.ª Cármen de Alvarado y....

—¡¡Hijo mio!! gritó el caballero con toda la alegría y fuerza de su alma, abriendo sus brazos y recogiendo en ellos á Antonio, sin esperar á oir la conclusion de la frase comenzada por el ministro del Señor.

—¡¡Padre mio!! es cierto?... sois vos! vos mi padre?

Ahora era el capellan el que habia quedado perplejo.

—Luego sois?..: interrogó el caballero.

—D. Antonio Miranda.... continuó este.

—Eso.... eso es.... repuso el sacerdote; tomad entonces: esa es una carta que fué escrita para vos hace diez y ocho años... abridla con cuidado porque está toda empapada en agua; en ella se explica lo que ha permanecido oculto tantos años.

El padre de Antonio alargó su mano y cogiendo la carta que le alargaba, empezó á leerla con avidez.

El misterio que tanto tiempo habia deseado descifrar quedaria explicado en aquellos momentos.

Apenas empezaron á correr sus ojos por los renglones desiguales que en el escrito aparecian, un temblor frio se apoderó de sus miembros; su vista queria devorar aquellas líneas trazadas sin duda por una mano trémula, pero sus ojos se oscurecian pareciéndole que una venda se interponia entre ellos y la carta.

Entretanto los dos ancianos contemplaban mudos aquel cuadro.

Antonio tendia su vista á su padre y ardia en deseos de adivinar por la expresion de su rostro los afectos que en él despertaban las palabras que habian sido escritas en la carta.

De sus líneas pendia el reconocimiento de su madre.

¡Ah! este dulce y amoroso nombre no lo habia pronunciado jamás el jóven con entera verdad!

Juan y María le habian prohijado cuando niño, pero no era la sangre de estos honrados consortes la que corria por sus venas.

Rosario se encontraba entre alegre y recelosa.

Antonio, el compañero de los juegos de su infancia, su hermano un dia y hoy su prometido, dejaba de ser lo que hasta aquel dia habia sido.

Ya no era el marinero Antonio, sino el descendiente de un caballero, el heredero de un nombre ilustre.

El descubrimiento y encuentro de sus padres iba á establecer una barrera entre sus corazones.

¡Pobre Rosario! la hija del pueblo no podria emparentar ya con el hijo de D. Antonio Miranda.

Su amor se apagaria á impulsos del destino que desde entonces los separaba.

Sin embargo, su corazon era todo candor y virtud.

Por eso, á pesar de estos pensamientos, que surgieron en su alma en tales instantes, y puestos en una balanza la alegría y satisfaccion del amigo de su niñez por haber hallado á sus padres, y su union con él, venció su desinteresado amor á su amor apasionado.

Pichon, por su parte, se encontraba como alelado. Veia que su amigo encontraba á un padre y que este era digno en un todo de aquel. Esto era lo único que comprendia; en cuanto al órden con que se habian succedido los acontecimientos para que en tal dia se descubriese el misterio, su imaginacion en vano se afanaba en idear cómo se habia llegado á tocar tan buen resultado cuando menos se creia.

Aquella carta que acababa de presentar el sacerdote, parecia ser la clave del misterio: empero, ¿por qué conjunto de circunstancias habia llegado á sus manos al cabo de diez y ocho años de escrita?

Todos estos diversos pensamientos surgieron al mismo tiempo en los espectadores de aquella escena, en tanto que D. Antonio leia la carta.

—¡Ah! murmuró al terminar la lectura.... el cielo no ha querido que mi dicha fuera completa! amigos mios, la esposa que me concedió un dia, ya no existe!.... Antonio! Tienes desde hoy un padre en la tierra! La madre habita ya en el cielo!

—¡Murió! exclamó el jóven lleno de profundo dolor y asomando las lágrimas á sus ojos por aquel ser por quien tanto habia suspirado.

—¡Hé aquí su retrato! Mirad! dijo la anciana entregando al esposo el medallon que habian encontrado pendiente del cuello del niño la noche de su aparicion en la cuna.

—¡Héle ahí, hijo mio! esa es tu madre! dijo al jóven.

—Ah, madre mia! sollozaba Antonio besando el retrato unas veces y otras devorándolo con sus ojos: ¡no he tenido la dicha de conoceros ni de hablaros!

Pasadas las primeras emociones, producidas por el reconocimiento que acabamos de exponer á los lectores, habló el Sacerdote.

Esa carta ha sido hallada en union de otros papeles, dentro de una cartera que tenia en su bolsillo uno de los desgraciados que hace poco han sido víctimas de las aguas.

Una misma idea surgió en todos los que le oian.

—¡Juanillo Martin! murmuró Pichon.

—Sí; continuó aquel. Pero, ¿cómo lo has adivinado Pichon? Por ventura, sabias algo de antemano?

—Solo sé que hoy he estado á punto de ahogarme por salvarle la vida. D. Antonio me insinuó que ese hombre era quien podia dar alguna luz para averiguar el paradero de su esposa y de su hijo. Ya veis si es difícil de adivinar cuál de los ahogados era el dueño de esa cartera de que hablais.

El caballero refirió entonces al capellan lo que ya sabe el lector referente á la historia del afligido esposo.

—Y hé aquí ahora el contenido de esa carta detenida diez y ocho años en poder de ese infeliz á quien Dios perdone el mal que con su conducta ha producido: así habló terminada la narracion, y preparándose para leer su contenido.

Todos procuraron aproximarse á fin de no perder ni una de aquellas palabras escritas por quien ya no existia.

El joven se encontraba muy afectado: los acentos que iba á escuchar, eran los acentos de una madre pronunciados desde el sepulcro.

«Querido Antonio: esta será la última carta que re-«cibirás mia.... en las letras desiguales y borrones conoce-«rás que mi mano escribe trémula!... No te aflijas!... Dios «dará resignacion á tu alma y consuelo á tu corazon!... así

«se lo he pedido y así se lo continuaré pidiendo al Señor «cuando... pero aun no te he dicho todavía lo que motiva estas «líneas; estoy mala!... muy mala!... una terrible enfermedad «me tiene postrada en el lecho y es muy probable que cuan- «do recibas esta carta ya no exista! Cuida de nuestro hijo «Luis. La mayor pena que llevo al sepulcro es la idea de que «se queda solo en Cádiz! ¡Pobre hijo mio! ¡Y en qué ocasion «mas triste se halla esta afligida madre! Cuando vengas á «Cádiz por él, pregunta en la calle de la Palma por la casa «del contramaestre de la fragata *Estrella* el cual te lo entre- «gará. Su esposa y él acaban de perder un hijo y gustosos «recibirán á Luis en tanto que tú no vuelvas. Los dos son «muy virtuosos.... creo no se negarán á lo que yo misma «les suplico en un papel que he puesto dentro del medallon «que me regalaste en época mas feliz, y que va pendiente «de su cuello. En él ruego á la buena María que le crie á «sus pechos..... y le indico su orígen, su nombre y el de «sus padre.....»

—¡Y ese papel!... prorumpió el esposo, cortando la lectura y dirigiéndose á los ancianos.

—¡No sabemos! respondió María; el medallon no encerraba mas que el retrato de esa buena señora.

—¡No comprendo! murmuraba el caballero.

—Continuad y lo comprendereis: repuso el Sacerdote.

«Juanillo Martin llevará esta noche á Luis á casa de los buenos esposos, y echará esta carta al correo.» ¡Ah! ya veo claro Dios de justicia!.... ese hombre ha sido el causante de todas nuestras desgracias!

—¡Pues!... no lo decia yo.... murmuraba Pichon. Para que Dios le hubiera perdonado en su última hora! Sí era malo *á latinvitati*!... Cada tizonazo estarán metiéndole ahora en las calderas de Perico Botero, que cante el credo! Ya se lo dirán de misas!.... Digo, de misas no, porque allí no se celebran; pero vamos al decir.

El Sacerdote entregó á D. Antonio un papel á tiempo que hablaba Pichon.

—¡Oh! aquí está: no hay la menor duda; pronunciaba aquel al reconocerlo.

—Pero proseguid, decia D. Francisco.

«Y echará la carta al correo. Por señas de esta te entre-«garán nuestro hijo, y ojalá que tú y él seais mas felices «en la tierra que lo ha sido esta infeliz madre! Las fuerzas «me van faltando!... educa cristianamente á Luis!... yo «vélaré por él desde el Cielo!=*Cármen de Alvarado de «Miranda.*»

Los llantos del padre y del hijo se confundieron en uno. El Sacerdote dejaba que diesen rienda suelta al dolor que sentian sus almas. Los ancianos lloraban tambien por la muerte de la madre de aquel á quien desde niño habian prohijado. En cuanto á Pichon, todo se le volvia jurar y perjurar por lo bajo no sabemos si en castellano ó en latin. La dicha de Juanillo era que ya habia muerto: á haber sobrevivido al terremoto, hubieran sido tortas y pan pintado los linternazos y zambullidas en proyecto, comparadas con el nuevo método que el marinero ideaba ahora en su magin y que sentia no haberle aplicado la noche antes.

Desahogados ya algun tanto sus corazones empezó Don Antonio á meditar sobre las causas que pudo tener Juanillo Martin para ocultar aquellos dos escritos.

Preguntaba á los ancianos y estos no sabian qué contestarle.

¿Quién podia adivinar el por qué de la conducta del pescador?

Solo se la explicaban por la perversidad y aviesos instintos de su alma.

Pero nosotros que, á fuer de cronistas, hemos procurado averiguar lo que le movió á no echar la una carta al correo y á arrancar la otra del medallon, creemos poder decir algo con fundamento á los lectores.

Juanillo Martin al retener las cartas habia obrado primero impulsado por mera curiosidad.

Una vez abiertas y leido su contenido, dió cabida en su

alma á un horrible y maldito pensamiento.

El odio que habia concebido contra el padre de aquel niño cuya suerte estaba en sus manos, le inspiró la idea de reservar por algun tiempo las dos cartas, solo por vengarse del caballero por la reprension que le dió el dia que lastimaba al pajarillo.

El pescador no era ya un niño sin reflexion.

Contaba en aquella época doce años, y á esta edad hemos visto niños, y aun los vemos hoy por desgracia, con todos los vicios y malas artes de que puede ser capaz un hombre.

—«Así me vengaré de ese necio! Oh! y cómo va á su-«frir su corazon cuando no sepa nada de su muger ni de «su hijo! Que sufra!... que se atormente su alma, qué ya «tendremos ocasion de devolvérselo!.»

Así pensó aquel malvado.

Cuando fué creciendo Luis, á quien pusieron como ya digimos arriba el nombre de Antonio, por creer los ancianos que así se llamaria segun parecia indicarlo el medallon, Juanillo Martin siguió paso á paso todos los acontecimientos de su vida; y al ver la estima que logró grangearse en todas partes, fué trasladando al hijo todo al aborrecimiento que abrigaba hácia el padre.

Durante algun tiempo tuvo la idea de revelar á D. Antonio, cuando fuese mayor Luis, el paradero de su hijo y de este modo ganarse sus simpatías y proteccion; pero este pensamiento, aunque egoista, no llegó á realizarse.

—«No; decia viendo lo querido que era de todos; no, «permanezca ignorado por siempre este misterio. Si el pa-«dre ha logrado adquirir bienes en Madrid, que jamás los «disfrute el hijo; si goza la proteccion del secretario de Es-«tado, que Luis no participe de ella! Si él es un caballero, «que Luis no sea mas que un hijo del pueblo, que se vea «obligado á trabajar un dia y otro como yo para ganarse «el sustento necesario!!»

Luis entró en la juventud, y su corazon y el de la her-

mana y compañera de su niñez se comprendieron.

El pescador que no habia parado mientes hasta entonces en la muchacha, sintió germinar en su alma una funesta pasion, y empezó á poner, para satisfacerla, los medios que le sugirió su mala índole.

Pero Rosario, apenas trató á Juanillo, sintió en su alma cierta repulsion que le separaba de él.

¡Ay del infeliz que se deja arrastrar por la pasion!

El pescador al sentir herido su orgullo por el desprecio de la jóven, juró guerra á muerte á Luis y á Rosario.

Y empezó á excogitar un medio que le llevase al cumplimiento de su inicuo deseo.

Este medio creyó hallarlo arrancando del seno de su familia á la virtuosa é inocente Rosario: pero Pichon fué la noche antes la mano que preparó la Providencia para derrocar su descabellado plan.

Otra explicacion debemos á nuestros lectores.

Ya han visto que María fué la primera que adivinó en D. Antonio al padre de Luis.

Al oirle contar la triste historia de su vida, y al saber que la madre de Juanillo Martin habia sido su criada, allá entre los recuerdos de la noche en que se encontró al niño, se le vino uno á la memoria.

Juanillo Martin era hijo de un pescador que en su juventud fué amigo de su esposo; así es, que algunas veces solía ir á pasar el rato á su casa.

Dos meses hacia que no aparecia en ella; mas la noche del encuentro de Antonio, al entrar María en la casa, y momentos antes de ver al niño, se dió con Juanillo Martin que á su vez salia.

Este hecho pasó desapercibido de los ancianos. Nunca se figuraron estos que Juanillo hubiera sido el que introdujo á Antonio.

Pero al oir pronunciar María al caballero el nombre del pescador y al enterarse de la relacion que entre los dos existia, le asaltó la idea de que hubiese sido Juanillo el que le habia depositado.

Hé aquí por qué, imaginándose que el retrato que contenia el medallon fuera el de la madre, empezó á interrogar al caballero sobre las señas personales de su esposa.

Sin embargo de las explicaciones que acabamos de dar para mayor inteligencia de esta historia, una cosa no hemos llegado á comprender y vamos á indicarla en nuestro leal entender.

¿Por qué razon no entregó la infeliz Cármen su hijo á la madre de Juanilo para que lo llevase á casa de Juan y de María?

Aunque no abrigase dudas acerca del cumplimiento que Juanillo diese á lo que le encargaba, ¿cómo no recurrió á aquella con preferencia á este para el desempeño de un asunto tan delicado como era la entrega de su hijo?

Al oir narrar esta historia nosotros de los labios de los que nos han puesto al cabo de ella, no hemos podido vislumbrar la razon que en aquel caso pudo tener la esposa de D. Antonio para seguir tal línea de conducta.

Porque debes saber, lector, que lo que tú crees en esta Leyenda un cuento, imaginado para entretenerte agradablemente un rato, no es sino una historia que tal como te la he narrado, aconteció.

Existen en nuestra ciudad los descendientes de D.ª Cármen Alvarado y D. Antonio Miranda, si bien nosotros le hemos dado estos nombres, ocultando los que realmente llevaban.

Véase, pues, la imposibilidad en que se encontraban los ancianos de explicarle á aquel el resorte que movió al pescador á reservar las dos cartas.

Pichon era el que en medio de su rudeza se aventuraba á opinar que Juanillo se habria propuesto sacar partido alguna vez de tales cartas, revelando á su padre el paradero de aquel hijo exigiéndole en pago algun dinero, pues hasta tenia el infeliz el vicio de dejarse arrastrar por el brillo del oro, sin miramiento alguno á los medios que para conseguirlo se viera obligado á poner en juego.

El hecho fué, que el móvil de la conducta de Juanillo y la razon que tuvo la infeliz esposa para fiarse de él con preferencia á su madre, fueron un misterio para el sacerdote, los dos esposos, D. Antonio y Luis, y hasta para el latino Pichon, que por mas que aguzaba su ingenio, no acertaba á sacar alguna luz que les llevase á conocimiento de tales incidentes.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Dos meses despues, el dia 26 de Diciembre se celebraba en la capillita de Nuestra Señora de la Palma una solemne funcion de accion de gracias á Dios y á su Santísima Madre por la proteccion que habian dispensado á Cádiz librándola de la terrible calamidad que el dia de todos los Santos habia venido á visitarla.

En la mañana de aquel dia habia tenido lugar en el recinto de la capilla el acto religioso de unirse ante Dios y los hombres la hija del antiguo contramaestre de la fragata *Estrella* y el hijo de D. Antonio Miranda.

Aquellas dos almas que, aunque nacidas en distinta esfera, habian respirado una misma atmósfera é inspirádose en idénticos sentimientos, llegaron á tocar la dicha que formó los sueños de su juventud.

El noble caballero no tuvo reparo alguno en permitir la union de su hijo con la modesta Rosario.

Veia en ella un riquísimo tesoro de inocencia y virtud, y creyó que esto valia incomparablemente mas que todos los tesoros de la tierra.

Los dos ancianos que habian criado á Antonio y formado su corazon, recibieron este premio por cuanto habian hecho por él, si es que en el mundo se puede recibir alguna vez el que merece una buena accion.

Dios les reservaba en el cielo el que habian ganado con sus virtudes, pero quiso darles tambien aquí la satis-

faccion de ver unidos aquellos dos corazones que al mismo tiempo habian formado en el sendero del bien.

Pichon no tuvo lengua en todos los dias de su vida para contar á sus amigos la manera singular con que se habian descubierto los padres de Antonio; refiriendo despues él mismo con todos sus pelos y señales los varios episodios que la noche anterior al dia del terremoto se verificaron tanto en la taberna de la Marina como en el balcon de la casa de sus amigos.

Por lo que toca á sus ideas relativas á los diversos matices y grados de la borrachera, se aferraba siempre en asegurar que no eran ni mas ni menos de cinco, comenzando por el *alegre* y terminando por el *pasmo*, que segun él era lo mas subido del género. De los latines, no hay para qué decir que continuó dándoles un buen lugar en sus conversaciones y discursos, con harto asombro y admiracion de sus compañeros, que no comprendian jota de sus frases ciceronianas. Por lo demás, se le cumplió su gusto, pues no volvió á poner mas los piés en el manojo de tablas, como llamaba él al buque; D. Antonio, que era todo un caballero, fué su paño de lágrimas, estándole profundamente agradecido por el heroismo con que el dia del terremoto expuso su vida por salvar la de Juanillo, del cual creia oir la explicacion del misterio que habia envuelto el paradero de su esposa y su hijo.

En cuanto al tio Lagarto, tuvo la buena suerte de no ver á su lengua siendo pasto de los gustos de Juanillo Martin; pero como está compensado todo en este mundo, las mismas olas que envolvieron al pescador arrancaron la clásica muestra que tantos dias de gloria habia dado á.... su bolsillo; y una vez producido tal desaguisado, se desbordaron por la ventana baja sobre que estaba clavada la tal muestra y todo lo destruyeron. Los vinos no esperaron la órden de Lagarto, como otras veces, para fundirse con el agua: la pez fué arrastrada por la corriente y el depósito de tinta se unió en dulce consorcio con el salado elemento; en tanto

que los vasos, jarros, barriles, mesas y bancos, levantándose á mayores, corrian de acá para allá haciéndose trizas con espantosa ruina, sin que el desgraciado Lagarto pudiera poner órden en sus desmanes y demasías. La consecuencia para el infeliz fué presentarse en quiebra á los pocos dias. La tienda de la Marina habia terminado.

Cuando al pasar hoy por la calle de la Palma, vemos fijado en la pared el cuadro de la Vírgen, indicando el sitio hasta donde llegaron las aguas y del cual no se atrevieron á adelantar ni un paso, se nos viene á las mientes toda la historia que hemos dejado transcrita y recordamos el milagro que en el dia 1.° de Noviembre de 1755 obró en favor de la ciudad de Cádiz LA ESTRELLA DEL MAR. (1)

---

(1) En memoria de el hecho milagroso que acabamos de narrar, se pusieron en la pared de una casa señalando el punto de la calle hasta donde llegaron las aguas y en el que fué clavado el estandarte de la Vírgen, el cuadro de que ya hicimos mérito en el capítulo III, y una lápida al pié con las siguientes octavas.

En el año de mil y setecientos
y mas cincuenta y cinco, primer dia
de Noviembre, la Tierra en violentos
vaivanes de un temblor se extremecia.
Enfureciendo al mar sus movimientos
por los muros de Cádiz se subia
preparando entre horror, ánsias y males
el último suspiro á los mortales.

Un sacerdote saca fervoroso
un guion de la imágen de la Palma,
de aquí no pases, dice al mar furioso,
y al punto el mar se vuelve y todo calma.
Por caso tan notable y prodigioso
esta Ilustre Hermandad con vida y alma
de Dios y de María en honra y gloria
erigió en gratitud esta memoria.

Todos los años en el dia 1.° de Noviembre sale de la capilla á la hora que tuvo lugar la inundacion, la Hermandad de la Vírgen de la Palma rezando el Rosario y llevando el crucifijo y el guion que llaman *del terremoto*, hasta dar vista al campo del Hospicio en el sitio en donde rompieron las olas los muros de Cádiz. Terminado el Rosario, se celebra en la capilla la funcion de accion de gracias para la que la Santidad de Pio VII concedió en Junio de 1802 el privilegio de cantar Misa votiva de la Santísima Vírgen, no obstante la festividad de Todos los Santos que ocurre en dicho dia. Por la tarde hay procesion solemne que recorre la calle de la Palma y el campo del Salado.

SANTA MARINA.

SANTA MARINA. (1)

No sabemos si nuestros lectores tienen conocimiento de la vida de Santa Marina.

Ofrece tal atractivo la hermosa virtud que hasta lo increible practicó esta doncellita, y tal interés inspira la narracion de las maravillas de su humildad, que no podemos resistir al deseo de darla un lugar preferente en nuestras leyendas, creyendo que al obrar así agradaremos á no pocos de nuestros lectores.

Era esta Santa una niña dulce, afable y cariñosa. La gracia, que el Señor habia derramado á torrentes sobre su inocente alma, habia encontrado en ella una tierra á propósito para producir frutos preciosísimos de humildad y de pureza. No podia por menos de cautivar á los que una vez la veian, y sus palabras, movidas por el espíritu de Dios, manifestaban toda la grandeza de su amor hácia Él.

Pero no crean nuestros lectores que fuese estimada en el mundo por sus gracias naturales; aunque las poseia en alto grado, á nadie infundieron jamás pensamientos mundanales.

(1) Deseando dar la mayor variedad á esta obra y con el objeto de complacer á gran número de suscritores, hemos ordenado la colocacion de estas Leyendas de modo, que á una de regulares dimensiones siga otra pequeñita.

No era la doncella Marina la que reconocian en la hija del honrado Eugenio, sino el jóven Marino, de corazon sencillo y virtuoso, de alma de ángel y de sentimientos enteramente celestiales.

Nos esplicaremos.

Huérfana de madre Marina desde su nacimiento, su padre, que habia concebido el pensamiento de separarse del mundo y seguir vida perfecta en un monasterio á seis millas de su pueblo, hubo de conocer que el nacimiento de aquella niña desbarataba todo su plan. Más hé aquí que se le ocurre que, ocultando el verdadero sexo y haciéndola pasar por varon, seríale posible dejarla al cuidado de una buena mujer, única persona á quien reveló el secreto, encargándola no lo revelase á nadie.

Y así sucedió.

Todos cayeron en el lazo: Marino era un niño que á los pocos años formaba las delicias y el encanto del pueblo. Hasta su voz dulce y apacible era tenida por indicio de su delicadeza y bondad; pues jamás habian notado que se exasperase porque otros niños le incomodasen con sus impertinencias.

El padre, seguro ya del éxito de su proyecto, y comprendiendo que habia sido inspiracion y designio del cielo aquella idea, entró en el monasterio y allí se entregó á la oracion y á la penitencia, sin que le molestase el pensamiento de lo que pudiera acontecer á su hija.

Ya contaba esta catorce años, cuando entró aquel en escrúpulos sobre lo que habia hecho con ella; pues cualquiera circunstancia y hasta la casualidad podia descubrir el verdadero sexo de Marina y entonces la misma inocencia é ignorancia en que se hallaba, podian ser parte para la pérdida de su virtud en medio de la corrupcion de los hombres.

Al efecto, y sin saber qué partido tomar, se entristeció mucho en su corazon, y retratándose al exterior hasta tal punto, que fué notado de sus compañeros, llegó á oidos del

mismo Abad la tristeza que se habia apoderado del hermano Eugenio.

—¿Qué os inquieta, hermano? preguntóle un dia el superior.

—Padre, contestó, tengo un hijo en el mundo, y tiemblo por su inocencia.

—Ignoraba que tuviéseis tal hijo. Y bien, ¿qué medio arbitrais para evitar el peligro que temeis?

—No sé qué pensamientos abriga, pero el único modo que hay de mirar por su virtud y candor, seria que se encerrase en este monasterio á vivir una vida recogida, lejos del bullicio del mundo.

—Ea, pues, hermano, si esa es vuestra opinion, id y hablad con vuestro hijo; y si por acaso es de su agrado hacerse monje, venid con él, y con él partiremos nuestro pan.

Al dia siguiente Marina era admitida en el monasterio en calidad de novicio.

Su padre habia llenado su puro y loable deseo.

Marina moriria en el monasterio, ignorado de todos su verdadero sexo.

¿Habia sido designio de Dios este pensamiento?

Así hubo de ser á no dudarlo. Tres años despues Eugenio entregó su espíritu al Señor, llena de santa paz y de consuelo su alma, y bendiciendo al novicio Marino, que resignado y humilde cercaba su lecho.

Su muerte fué la del justo, santa y *preciosa en la presencia del Señor* y de los hombres.

Antes de separarse de Marina, la habia dicho un dia:

—«¡Hija mia, cuida mucho de ocultar el misterio de tu «vida: no te seduzca el espíritu maligno; para que puedas «recibir un dia la corona de Cristo en presencia de Dios y «de los Angeles y no incurras en la eterna condenacion «con los impíos.»

Marino continuó en el monasterio haciendo vida de ángel: modelo de virtud entre sus compañeros, vivió un año

más con la sencillez y el candor que formaban el distintivo de su alma.

Pero habia otra virtud á la que rendia un culto especial, la humildad.

Buscaba las ocasiones de que la humillasen. La Vírgen de Nazaret habia sido la mas elevada de todas las vírgenes, por lo mismo que fué la que mas se humilló en la presencia del Señor.

Este pensamiento la seguia en todos los actos de su vida.

Sufrir algo por el que tanto sufrió por los hombres, era el objeto de todas sus oraciones al Señor.

Y le cumplió Dios su deseo.

La humillacion que debia caer sobre su frente era de las mayores que una persona de vida perfecta, como Marino, puede sufrir.

Todos los dias salia del monasterio uno de los monjes al próximo pueblo, á traer, en una carreta tirada por dos bueyes, lo que habia de servir para el sustento de todos.

Acaeció que una vez nombraron á Marino para este oficio, y con tal agrado y buen órden lo practicaba, de tal manera cautivaba á las gentes con quienes tenia que tratar para las compras, que nunca se hallaban todos mas contentos que cuando veian aparecer al hermano Marino.

Existia al paso, en el mismo camino que habia que seguir para llegar al pueblo, un meson ó taberna, en donde paraban todos los que por aquellos contornos transitaban.

Un matrimonio con una hija jóven eran sus amos.

Allí tambien entraba Marino á tomar algunas cosas para su monasterio, y su presencia era conocida siempre por la paz y buena armonía que se establecia entre los que al entrar él se encontraban en el meson; pues su virtud era de todos sabida, y comprendian que delante del monje habia que guardar moderacion, so pena de que les reprendiese, como algunas veces lo habia hecho, si bien con blandas palabras que los corregian sin exasperarlos.

Mas hé aquí que un dia se presenta la mesonera á las puertas del monasterio, alborotando y lanzando contra los monjes mil improperios, y con especialidad contra el hermano Maríno.

Unos cuantos hombres y mujeres de aquellos contornos la acompañaban y, al oir las exclamaciones de la mesonera, decian mil lindezas contra los monjes.

Estos salieron á inquirir la causa del alboroto.

El superior les precedia.

Allí tambien estaba Marino.

—¿Qué buscais á la puerta del monasterio? Qué pasa, buenas gentes? preguntó el abad.

—Vengo á demandar justicia contra un malvado! gritó la mujer.

—Explicaos por el cielo!

—Uno de vuestros monjes ha cometído una vil accion!

—Recibirá su castigo. Seguid.

—¡Mi hija.... mi pobre é inocente hija ha sido seducida!

—¿Qué decís? exclamó el anciano venerable, temblando al oir tal acusacion contra uno de sus monjes.

—¡Sí!... No ha respetado el honor de sus padres que nos estábamos mirando en ella, y ha tenido atrevimiento para profanar con su crímen el hábito que viste!...

Los monjes todos horrorizados temblaban por cada uno de sus compañeros.

Ninguno se creia culpado, pero todos temian de todos.

Entretanto la gente murmuraba por lo bajo un nombre.

El superior notó que el pueblo tenia ya conocimiento de aquel crímen, y queriendo que el castigo fuese público, como público se habia hecho el delito, dijo con entero acento.

—Yo os mando que pronuncieis el nombre del criminal. La penitencia será tanta como su culpa.

—El seductor es.... el monje Marino.

—¡¡Marino!!

He aquí la palabra que pronunciaron todos sus compañeros en el colmo de la admiracion y casi sin dar fé todavía á lo que acababan de oir.

—Sí.... continuó con tono irónico la mujer. ¡Con su capa de humildad y todo!.... ¡Es mucha la virtud que se practica en el monasterio!

Los murmullos se iban haciendo cada vez mayores entre el pueblo.

El infortunio de la hija del mesonero habia despertado en los pechos de aquella gente los peores y mas bajos pensamientos, no solo contra el culpado, sino contra todos los monjes.

El anciano adivinó lo que pasaba en los espectadores y se propuso adoptar una medida extrema.

—Hermano Marino! Llamó el abad.

—¿Qué mandais, padre? dijo el jóven adelantándose del grupo de sus compañeros.

—¿Teneis algo que decir contra la acusacion de esa mujer?

—Nada: pronunció por toda respuesta con los ojos clavados en el suelo.

La admiracion, ó por mejor decir, el asombro de los monjes subió de punto.

—¿Luego os confesais culpado?

—Sí. Perdóneme Dios mi culpa.

—¿Con que habeis roto con toda vuestra virtud anterior precipitándoos en el abismo del mal?

—Yo os pido penitencia, padre: imponédmela, y gustoso me someteré á ella.

El crímen era confesado por el mismo reo.

Marino habria quebrantado sus votos, pero tenia la franqueza de confesar la verdad.

—Descuidad, buena mujer; Marino empezará hoy mismo á sufrir la pena á que se ha hecho acreedor por su horrendo delito.

Despues, volviéndose á este, pronunció con tono solemne, que hizo callar las murmuraciones de todos:

—¡Monje Marino, quedais desde este momento arrojado del monasterio! Ya no teneis parte en él ni comercio con nuestros compañeros! Y aquí á la puerta habeis de permanecer todos los dias que restan de vuestra vida!

Mucho amaba el anciano á Marino, pero ante el delito perpetrado, todo sentimiento humano debia sofocarse.

Los monjes, apenas recobrados de su asombro, no vieron ya en su compañero sino un pecador sujeto á la penitencia pública.

La severidad de la disciplina eclesiástica en aquellos primeros siglos comminaba con penitencia pública al monje que cometia el crímen de que estaba acusado y confeso Marino.

Así, pues, todos le fueron volviendo las espaldas al infeliz jóven.

Marino quedó solo á la puerta del monasterio, que desde entonces se cerraba para él.

La gente del pueblo se fué retirando tambien, calmado ya su encono por el público y terrible castigo que habia sido impuesto al seductor,

Vestido de saco y cilicio el penitente, vivió desde aquel dia á la entrada del monasterio; y por la noche se guarecia bajo unas piedras que no lejos de allí había amontonadas, formando una cavidad que apenas tendria vara y media de alto y dos de ancho.

Pero el corazon humano tiene que confesar al cabo, que está dotado de sensibilidad.

Decimos esto, porque á poco del lance, los mismos que se habian llegado al monasterio en son de venganza, á pedir el castigo del monje que habia faltado, al ser testigo ahora de los sufrimientos y humillaciones por que estaba pasando, la paciencia con que sabia sobrellevar su suerte, y más que todo el candor y alegría que se dibujaba en su faz siempre risueña, se movieron á compasion en sus corazones

y casi nos atrevemos á decir que entonces le amaron aun más de lo que antes le habian amado.

A sus virtudes anteriores habia que agregar la dulce paciencia con que aquilataba todos sus padecimientos y humillaciones.

La modestia, que le habia distinguido siempre, se realzaba aun más con la aspereza de la penitencia.

Algunos hasta llegaron á abrigar la sospecha de que Marino fuese inocente.

Pero bien pronto se desvanecia, al recordar la confesion que habia hecho delante de todo el pueblo.

Tambien le compadecian los monjes y acudian á sus necesidades, ofreciéndole á porfía el alimento necesario para la vida.

Dos años vivió en esta situacion.

Al cabo de ellos, la mesonera apareció un dia á la puerta del monasterio, conduciendo á un niño.

Era el hijo de la seduccion.

—Ahí tienes, le dijo, el fruto de tu crímen! Mi hija inocente no debe mantenerle más á su lado despues de haberlo criado á sus pechos. Puesto que hijo tuyo es, tenlo contigo y sufre las consecuencias de tu vil seduccion.

Marino no desplegó sus lábios. Tomó al inocente niño y á contar desde aquel dia le tuvo consigo y partió con él su pobre pan lo mismo que pudiera hacerlo la más cariñosa madre.

Esto solo le faltaba para humillarlo más.

Cuantos pasaban por delante del monasterio y veian un monje con un niño, preguntaban lo que aquello significaba y oian toda la historia.

Pasaron otros tres años de esta manera.

Al cabo de ellos se compadecieron los monjes de su hermano y juntos fueron todos á rogar al Abad que se dignase dar por terminada la penitencia y lo recibiese á la confesion sacramental de su culpa, para quedar absuelto de ella y poder entrar en el monasterio de nuevo como antes.

El anciano, aunque, como hemos dicho, amaba mucho á Marino antes de su delito y ahora le compadecia, se resistia á los principios, pero tanto hubieron de insistir los monjes en su demanda, que por fin quedó levantada la penitencia pública, debiendo al siguiente dia salir del monasterio todos para dar entrada de absolucion al penitente.

Pronto corrió el rumor por aquellos contornos.

Marino iba á ser absuelto de la penitencia pública y á penetrar en el monasterio: tal fué el objeto de las conversaciones de aquel dia.

Al siguiente muy de mañana coronaba las alturas, que circuian al monasterio, multitud de gentes que habian venido á presenciar la ceremonia.

Empero Marino aun no habia aparecído en el lugar que durante el dia habia ocupado en el espacio de cinco años.

¿Cómo no venia aquel dia á la hora que tenia por costumbre?

Entretanto se abrieron las puertas del monasterio.

Los monjes fueron saliendo en dos filas con el Abad al frente y se colocaron á la entrada.

Pero tendieron su vista al lugar donde se colocaba Marino, y lo vieron solitario.

—Marino; pronunció el anciano con paternal acento: queda levantada la penitencia pública que á nombre de Dios te impuse por tu culpa. Perdónete el Señor en el cielo como yo te perdono en la tierra; absuélvate el Dios de misericordia como ahora en el monasterio voy yo á absolverte.

Pero nadie respondió á las solemnes expresiones del Abad.

Entonces este, creyendo que el penitente no habia percibido bien sus palabras, le llamó de nuevo.

—Marino, venid á mi presencia.

El mismo silencio respondió á su llamamiento.

Pero tendió su vista al paraje que de contínuo ocupaba y lo vió solitario.

—¿Y Marino? Dónde está Marino? preguntó lleno de admiracion.

Apenas pronunció estas últimas palabras se empezó á remover la gente que estaba apiñada al lugar de la escena.

Todos se abrieron para dejar paso á un niño que pugnaba por avanzar hácia el monasterio.

Al llegar á presencia del anciano, se le acercó y con triste y lloroso acento, dijo de manera que todos le oyeron:

—Venid, Marino está dormido.

—¡¡Dormido!! murmuraron todos.

—Oh! sí! No quiere despertar por mas que le llamo! ¡Y es que está descontento conmigo, y es que ya no me quiere!... Venid, venid á despertarle!

En aquel momento comprendieron todos lo que significaban las inocentes palabras del niño.

—¡Marino ha muerto!

Tal expresion se escapó de todos los labios.

—Hermanos mios, dijo con triste acento el Abad: el monje Marino no ha encontrado perdon ante Dios, y hé aquí que hoy que iba á ser absuelto, el Señor le arranca la vida!... Admiremos sus inexcrutables juicios!....

Y bajó su cabeza agobiada por el peso del mas intenso dolor.

—Pero andad, andad conmigo, decia el niño tomando la mano del anciano y haciendo por tirar de él, sin comprender el sentido de aquellas terribles palabras.

Ya iban á ponerse en marcha en direccion á la gruta de Marino, cuando un nuevo incidente les detuvo el paso.

Una mujer jóven se acercaba allí con paso precipitado, pálido rostro, suelto el cabello y miradas de loca.

Parecia que la desesperacion la dominaba.

—Marino! Marino!... gritó, buscando con sus ojos al monje.

Pero este no podia responder.

—¡La hija del mesonero! prorumpieron todos.

—¿Qué buscais aquí? preguntó el anciano.

—¡Busco á Marino! Pero por Dios, decidme, ¿donde está? ¡Enseñádmelo ántes que muera!

Nuevo asombro en los circunstantes.

—Quién sois? la interrogó el Abad.

—¡Soy una muger que está maldita de Dios!

—Qué pronunciais!

—Soy !a infeliz que tuvo valor para calumniar á Marino, imputándole el crímen de haberme seducido!

—Dios de justicia! exclamó el Abad llevándose las manos á la cabeza. ¡Marino es inocente!..... ¡Y se confesó culpado!.... Y ha hecho penitencia dura y rigorosa durante cinco años!

Despues volviéndose á aquella mujer, la dijo con acento fatídico.

—¡Lo habeis dicho!..... ¡Debeis estar maldita de Dios!

—¡Sí! por eso mis entrañas se despedazan en estos momentos! Por eso estoy sufriendo agudísimos dolores..... los mismos que me han de atormentar en los infiernos!.. Maldita... maldita... maldita!

—¿Pero no venís á despertar á Marino? decia el niño llorando amargamente.

La mujer fijó sus ojos en él:

—Mi hijo! Oh! mi hijo! Ven acá, te abrazaré antes de morir!

Y quiso avalanzarse á él; pero este la rechazó como por instinto, ocultándose detrás del anciano y diciéndola:

—¡No.... tú no eres mi madre.... tú eres mala!.... Yo no tengo más que á mi buen padre Marino!

Al oir esto aquella madre que jamás habia amado á su hijo, y que se habia desprendido de él para que fuese mayor la humillacion del inocente monge, sintió ahora todo el dolor que en el corazon de una madre puede producir el desprecio de su hijo.

—Dice bien el niño! continuó el monge: no mereceis que os ame el hijo que abandonásteis! Apartad!

Y separando á un lado á aquella mala mujer, comenzó á andar en direccion á la gruta.

Los monges y el pueblo le seguian silenciosos, en tanto que la infeliz caia al suelo retorciéndose los brazos, presa de desesperacion hórrible, y pronunciando con acento desgarrador:

—¡Maldita!... ¡maldita!.. ¡maldita!..

Pero aun le restaba que contemplar otra escena que habia de poner el colmo á la admiracion producida por tan extraños acontecimientos.

Dos ó tres mujeres de la turba, al oir que Marino habia muerto, se habian adelantado á los monges con objeto de ser las primeras en ver el cadáver del penitente.

Mas al llegar á la estrecha entrada de la gruta, un espectáculo extraño hirió sus ojos al punto.

El monge Marino estaba tendido en tierra. Cualquiera hubiérale creido dormido. En su rostro se pintaba la dulce sonrisa de un ángel. Nadie al contemplarle hubiérale tenido por pecador si no por una criatura justificada y digna de hacer compañía en los cielos á los coros de vírgenes.

Todos se acercaron á la gruta, y al sacar el cuerpo, la capucha cayó hácia atrás, y en el mismo instante sus cabellos, que durante cinco años habian permanecido encerrados por aquella, deslizándose por sus espaldas se dejaron ver de todos los espectadores.

Todos pronunciaron con la mayor admiracion:

—Era muger!!

—¡Hermanos, murmuró el anciano con temblorosa voz, pedid por mí al señor; he impuesto pública penitencia á quien ha sabido aventajarnos en toda clase de virtudes, confesándose reo de crímen que no cometió, á pesar de que estaba en su mano probar con una palabra sola su inocencia.

El pueblo contemplaba lleno de asombro aquel cadáver que habia encerrado el alma pura, humilde y paciente de Marina.

Dos años despues apareció en el cercano pueblo la muger que habia criado á Marina, y, al tener noticia de lo acaecido mientras su ausencia, refirió los pormenores de la ocultacion del sexo.

Dios quiso santificar á Marina de esta manera tan singular.

Su alma candorosa y pura voló al seno de Dios, á vivir por siempre unida al coro que por do quiera que va acompaña al Cordero sin mancilla.

En los altares de los templos católicos, entre los héroes á quienes el Cristianismo rinde fervoroso culto, se alza un ara en donde se venera la imágen de una Vírgen que ofrece el extraño contraste de aparecer vestida con hábito de monge.

Este altar es el de SANTA MARINA (1).

(1) Floreció esta Santa en el siglo VI, y el monasterio de que aquí se habla lo fué el llamado de Santa María de Canobin, situado en Bitinia, á seis millas de la aldea que lleva el nombre de Torza. El cuerpo de Santa Marina se conserva incorrupto en el templo dedicado á ella en Venecia, á donde fué trasladado de Bitinia el año de 1230.

EL DONCEL

DE DON RAMIRO I.

EL DONCEL
DE DON RAMIRO I.

CAPITULO I.

Del método particular que tenia el ventero Aguilucho de infundir sueño á los que no lo tenian.

—¿Crees que falta ya poco para llegar á la venta?

—Así lo creo. Y decidme, ¿será cosa de continuar esta misma noche la jornada?

—Sin duda.

—De manera que descansaremos solo unos momentos?

—Así es, Anton; los que sean suficientes para que fortalezcamos un poco el estómago y nuestros caballos tomen un pienso.

—¿Tanto importa llegar á Vardulia, Ferrando?

—¡Oh! de nuestra prontitud pende la salvacion de los derechos de D. Ramiro.

—¡Qué decís!

—Lo que oyes. ¿Ignoras por ventura lo que se proyecta por los parciales del ambicioso conde Nepociano?

—Algo he oido ya hace unos dias.

—Pues bien; se trata de noticiar á D. Ramiro la trama

que se prepara en Oviedo contra su corona.

—Contra su corona, decís! Yo aun no la he visto sobre sus sienes y mucho me temo que los Astures se aprovechen de su ausencia.

—Eso es lo que nosotros vamos á evitar. Mañana podremos estar en Vardulia.

—Cuentan que D. Ramiro ha ido allá á unirse con la hija de un noble.

—Sí. Pero en peor coyuntura no podia habérsele venido á las mientes ese pensamiento. Oyeme, Anton. Tengo que hacerte ahora algunas advertencias.

—Hablad.

Los que así iban departiendo, montados en soberbios caballos de raza árabe, por el sendero que lleva de Oviedo á tierra de Burgos, al ocultarse el sol una tarde del año de gracia de 842, eran dos hombres cuyas edades parecian distar no poco. El primero, llamado Ferrando por su acompañante, era un jóven que vendria á tener unos diez y ocho años: el segundo rayaria en los cuarenta: el rostro de aquel, expresivo y un tanto melancólico, tenia cierto matiz de noble belleza, que cautivaba en favor suyo á cuantos ponian en él sus ojos. Su porte y continente formaba particular contraste con el de su compañero de camino, el cual era un hombrecillo rechoncho y mofletudo, con unos ojillos grises que decian mucho en favor de la sagacidad que debia caracterizarle, costándole trabajo, y no pequeño por cierto al pobre, el poder seguir el paso del caballo del jóven que, como de sangre mas viva, aguijoneaba al bruto, impaciente por llegar al término de la jornada.

Ya que tienen idea nuestros lectores de los personajes que aparecen en este capítulo, oigamos lo que continúan diciendo:

—Anton, soy portador de un pergamino que debe quedar mañana mismo en manos de nuestro Rey.

—Bien.

—Si durante nuestro viaje me aconteciera algo, ya sa-

bes que conmigo va ese pliego; le echas mano y partes á Vardulia á entregarlo á D. Ramiro.

—Sereis obedecido.

—Ahora nó, porque aun se ignora en Oviedo nuestra salida; pero quizá mañana pretenda alguno darnos caza para arrancárnoslo. Caminemos siempre con la mano en la empuñadura de nuestro acero y al menor ruido que percibamos en la espesura, pongámonos en guardia.

—Por mi parte, podeis abrigar entera confianza de que sabré defenderos hasta derramar mi última gota de sangre.

—Amigo Nuño, sé que puedo contar contigo, y por eso te he escogido por escudero; desde hoy no te ocultaré ninguno de los pensamientos que intente realizar, confiando en que serás mas que un servidor, un amigo y compañero.

—Señor! murmuró Anton, reconocido á las pruebas de confianza que le daba su amo; despues continuó:

—Cada vez estoy mas contento de haber dejado el servicio de D. Tello.

—Qué! ha sido ese noble tu señor?

—Durante algun tiempo. Pero su carácter avieso y endiablado me puso en deseos de buscar otro que no me tratase de la manera dura que él.

Mientras así hablaban divisaron á lo lejos un punto blanco, que despues pareció un nido, pues estaba levantado en una altura; poco á poco fué agrandándose, hasta que por último se dejó ver una especie de venta ó meson ó paradero ó como quiera mejor llamársele, pues de todo tenia.

Cuando estaban para tocar á su puerta carcomida, abrióse esta y apareció un hombrecillo que pudiéramos retratar de una sola pincelada, si dijéramos que era la figura diametralmente opuesta al caminante de los ojillos grises. Delgado y alto como una caña, con un rostro feo y enjuto, que hubiera sido muy difícil de discernir si constaba de carne ó pergamino; descarnadas manos con unas uñas que hubieran dado envidia al gavilan; y una vocecilla burlona y cascada, que infundia miedo y desprecio al mismo tiempo.

Tal era el aparecido, y si ponemos atencion al diálogo que entre él y los viajeros se trabó, fácilmente sacaremos en claro quien era.

—Hola, Aguilucho; le saludó el jóven, bajando del caballo y entregándole las bridas.

—Bien venidos sean; parece que se hace noche hoy en la venta del *Burro*?.... repuso el nombrado Aguilucho; y en verdad que el que le puso tal mote debia ser observador, porque le caia maravillosamente.

Por lo que respecta al orígen del nombre con que la venta era conocida por aquellos contornos, nada hemos podido averiguar á punto fijo, pues unos decian que en sus primitivos tiempos era estancia de bestias lo que en la época de nuestra historia se habia elevado á la altura aristocráticamente clásica de venta; y otros aseguraban que el primero que habia iniciado en aquel camino y paraje, el honroso oficio de la hospitalidad ventera, habia sido un hombre de orejas tan desmesuradamente grandes, que casi le caian por los hombros, cuya novedad artística hizo que un chusco le llamase en una ocasion *burro*, nombre que ya *in sæcula* le quedó lo mismo al agraciado que á la venta.

Así pues, la venta del *Burro* y Aguilucho eran dos notabilidades, cada cual en su género, por aquellos contornos.

—Ha pasado mucha gente hoy camino de Vardulia? interrogó el viajero rechoncho al ventero con intencion.

—Unos seis ú ocho hombres á lo mas.

—Vamos arriba, dijo el jóven cortando el diálogo que empezaba á trabarse entre los dos.

—Vamos pues; continuó su acompañante.

—Suban vuesas mercedes, que yo siempre reservo un buen alojamiento para los que bien pagan.

Y subieron ambos por una escalereta en la que no sabemos que admirar mas, si las desigualdades que se notaban entre los escalones, ó los montones de tierra que á cada paso se levantaban por todos ellos, á causa de los centenares de años que debia contar y los millares de pies que por ella habian pasado.

Entre tanto que subian, Aguilucho introducia los caballos en la cuadra, y despues de haberles echado un pienso, fué á preguntar á los huéspedes qué querian les aderezase para la cena.

Al subir nuestros dos conocidos á la sala que estaba en el único piso alto que tenia la venta, se encontraron de manos á boca con tres hombres, que calentándose á la lumbre, estaban colocados en un rincon.

Cuando penetraron en la sala, uno de los tres fijó sus ojos en los nuevos aparecidos y, aunque rebozado su rostro por los anchos pliegues de una capa, dejó ver una sonrisa de triunfo que pasó desapercibida de los otros dos que junto á él se hallaban.

—Eh! Aguilucho, gritó el embozado, venga una jarra del añejo que tienes en tu bodega.... que quiero echar un trago con todos los que hemos tenido la buena estrella de hacer hoy noche en la venta del Burro.

Al oir esta voz el hombre rechoncho se irguió un momento, y llevó una mano instintivamente á la empuñadura de su espada, que colgaba del cinto; pero reponiéndose prontamente, siguió entrando con paso mesurado.

—¿Quién es esa gente, Anton? le preguntó el jóven por lo bajo.

—No los conozco... aseguró aquel, en tanto que se aproximaba á ellos el embozado, y mientras Anton por debajo de su capa no soltaba el puño de su espada.

—Eh, los caballeros... pues deben venir cansados, dígnense aceptar un asiento en mi mesa para la cena que el ventero nos prepara.

En aquellos tiempos en que la España gemia bajo el yugo de los sarracenos, á excepcion del corto terreno que los Reyes de Leon y de Asturias habian podido arrancar poco á poco de las garras del enemigo, donde quiera que se encontraban dos cristianos, una dulce simpatía los acercaba en seguida, y hacia que no hubiera distincion entre ellos, ni de clase ni de fortuna. Véase por

qué no estrañó el jóven la libertad generosa que con ellos se tomaba el embozado de convidarles á cenar.

—No tenemos inconveniente en admitir vuestra invitacion. Y en verdad que venimos molidos del camino, y con el cansancio se nos ha abierto el apetito de una manera asombrosa. No es cierto, Anton?

—Así es la verdad, respondió este, sin perder de vista ni uno de los movimientos del embozado.

Este, á su vez al oir pronunciar el nombre de aquel, pareció conmoverse y fijó en el así llamado por el jóven, una mirada desvergonzada, que Anton á su vez supo sostener, clavando tambien sus ojos en él, y pugnando por entrever alguna parte de su rostro.

—Ea, señores, gritó Aguilucho penetrando en la estancia, díganme lo que quieren yantar.

—Amigo Aguilucho, replicóle el jóven, poco gasto hemos de hacerte hoy.

—¡Poco gasto! exclamó frunciendo el entrecejo.

—Este caballero nos convida con una parte de su cena, y ya ves que no es cosa de dejarle desairado.

—Si así es, dijo el ventero, no tengo nada que replicar; y fijó á su vez los ojos en el embozado, que no sabemos qué signo dejó ver en su rostro á Aguilucho, que este percibió en el momento: pero que tampoco pasó desapercibido á Anton.

—Pues á la mesa..... que ya Marica sube el pernil..... exclamó el ventero.

En el centro de la sala habíase colocado aquella, la cual tenia tal mano de mugre, que á no haber estendido sobre ella unos manteles que ostentaban grandes bordados ó, lo que es igual, agugeros, hubiera sido cosa de abandonar la cena cualquiera que fuese algo escrupuloso, aunque á ello le apretase el hambre.

Sentados todos, lo mismo los otros dos que estaban calentándose cuando penetraron nuestros viageros, como estos, pronto se hizo general la conversacion.

—¿Y adónde bueno la gente á tan largas jornadas? preguntó con inocente tono el que pagaba la cena.

—A Vardulia; contestó el jóven.

—¡Hola! continuó aquel, que ya se habia dejado caer el embozo de su capa y habia dejado ver un rostro poblado de negra barba, ojos negros tambien, frente pequeña y una sonrisa que asomaba de vez en cuando á sus labios, y que á un observador hubiera parecido señal de alma artera y miserable. Su edad representaba frisar en los cincuenta años.

—¡Hola! ¿qué lleva á Vardulia al doncel? prosiguió el de la negra barba, cortando un buen tasajo de cabrito que sepultó en su boca.

Ferrando no se imaginaba que habia dolo alguno en la pregunta del desconocido, pero Anton, todo se le volvia clavar sus ojos en su compañero, como para darle á entender que se guardase de pronunciar alguna palabra que pudiera comprometerle.

Pero no obstante que el jóven no parase mientes en las demostraciones de su escudero, tenia el talento suficiente para no soltar prendas en un negocio tan delicado como era su marcha á Vardulia.

Ya iba á abrir su boca para responder á la pregunta del caballero, cuando Anton contestaba por él.

—¡Amores! señor mio, amores!

—¿Esas tenemos? repuso el de la barba comprendiendo el juego de manos del astuto escudero.

—Sí: continuó Ferrando.

—¿Está acaso allí la señora de vuestros pensamientos?

—Así es en verdad.

—Vamos, que ya los de tierra de Asturias no están por nuestras rapazas. Otro tanto sucede á D. Ramiro; pues ya sabreis que por allí anda buscando una jóven para esposa.

—Eso cuentan.

—¡Oh! y cuentan bien.

—¿Lo creeis así?

—¡Bah! eso es cosa que saben todas las Asturias.

—¡Hola! repuso Anton. ¡Pues hé aquí que yo lo ignoraba.

—En ese caso sereis de los pocos que ignoran lo que acaece en nuestra tierra.

—Teneis razon, acompañó uno de los que estaban calentándose á la lumbre al penetrar Anton y Ferrando en la venta. ¿Quién hay que á estas horas no sepa que á la ausencia de D. Ramiro va á deber Nepociano la corona?

—¡No! gritó el jóven rompiendo la reserva que se habia propuesto guardar, y sin poderse contener: no, ¡vive el Cielo! no deberá la corona Nepociano, ese traidor y desleal conde, á la ausencia de D. Ramiro! Dentro de poco le vereis tornar á Oviedo á sosegar los ánimos de unos cuantos revoltosos mal avenidos!

El de la barba, al notar el arranque del entusiasta por los derechos de D. Ramiro, pareció reanimarse como para responder á las palabras del jóven. Empero de sangre mas fria que este, supo sofocar aquel ímpetu.

—Sois, á lo que veo, partidario de D. Ramiro; repuso con tono mesurado.

—¡Con toda mi alma!

—Oh! y bien que dais pruebas de ello! Pero mirad, jóven, que segun caminan los negocios en Oviedo, mucho me temo que vuestro Rey no lo sea mas que en el nombre.

—Eso lo veremos.

—Lo veremos.

—¿Qué ganarán las Asturias con la elevacion al trono de un intruso á quien la ambicion y la parcialidad empujan á empuñar su cetro.

—Si de ambicion se trata, amigo mio, no me atrevo á asegurar quién abrigará mas, si D. Ramiro ó Nepociano.

—Es que el uno reune verdaderos derechos, al paso que el otro no cuenta mas que con la injusticia de un puñado de nobles descontentos.

—¿Derechos decís? ¿Y cuáles son los de D. Ramiro?

—Lleva en sus venas la sangre de Don Bermudo, que hizo abdicacion de la corona en D. Alfonso el Casto, á quien hoy lloran las Asturias.

—¿Y por ventura ignorais que la Iglesia declaró nulo el matrimonio de D. Bermudo con Nunila, por el impedimento que para ello tenia por ser diácono?

—Lo sé, pero ¿qué importa la anulacion, si á su pesar ya habia tenido de su esposa á D. Ramiro y á D. García? ¡Escrupuloso os veo por demás!

—Y bien no basta que vuestro defendido sienta hervir en su pecho la sangre de D. Bermudo el diácono.

—¿Qué, no basta? Razon teneis en lo que decís. Aun puede alegar otro derecho en pró de la corona.

—¡Hola!

—Ahora soy yo á mi vez quien os dice que no estais al cabo de lo que acaece en las Asturias...

—¡No os comprendo!

—Hace ya algun tiempo que, antes de morir D. Alfonso, convocó á los próceres del reino.

—¡Y bien!

—Y bien, que hizo le reconociesen por su sucesor en el trono que le cedió D. Bermudo.

—¡Voto al diablo, que sois lo que se llama un niño, que no conoce todavía al mundo ni á los hombres!

—¿Qué quereis decir con eso?

—¡Nada! que el reconocimiento que en tal dia hicieron los nobles en favor de D. Ramiro, no fué otra cosa mas que contemporizar con la súplica del ya viejo D. Alfonso, pero sin comprometerse por su conducta á consecuencias ulteriores.

—¿Luego juraron en falso?

—Jóven, hoy la corona de las Asturias, si ha de conservar todo su prestigio y esplendor, tiene que ser electiva por necesidad; el dia que sea hereditaria, los enemigos de Cristo y su ley santa tendrán ganado mucho para ultrajar á los de tierra de Asturias.

—No puedo avenirme á esa vuestra opinion particular.

—No es mia esclusivamente: lo es á la vez de todos los que miran por la restauracion del trono de Recaredo.

—Pero bien, ¿y quién os asegura que D. Ramiro no reuna á sus derechos las dotes que deben enaltecer á un Rey?

—¡Animado os veo por D. Ramiro! Perdonad si por oiros un rato, he indicado abrigar alguna animadversion contra el esforzado y leal hijo del Diácono.

—¡Cómo!

—No tengo por qué inclinarme ni por él ni por Nepociano. Mi espada y mi maza estarán siempre de parte de aquel que levante mas y mas el trono de Pelayo.

—Bien, así os quiero: murmuró Ferrando sin comprender en su leal corazon que la conversion de ideas del desconocido pudiera ser una celada.

—Aguilucho... gritó el de la barba.

—Qué me quereis? dijo el ventero penetrando en la sala.

—Trae otro par de jarras.

—Corriendo.

A poco apareció Aguilucho con ellas, y sirviéronse de nuevo por el desconocido los vasos. En seguida tomando en la mano el suyo, dijo.

—Propongo un brindis por la exaltacion de D. Ramiro.

—Admitido!... gritaron todos.

—Pues que el cielo nos le dé por Rey, para que conquiste nuevas tierras á los moros.

—Sea!

Y bebieron todos. Hemos dicho mal, ni el desconocido de la barba ni el compañero del jóven bebieron una gota. El vino cayó á sus espaldas por el suelo.

Pero el desconocido no advirtió que Anton habia hecho lo mismo que él.

—Voto al infierno!... que ese endemoniado ventero nos dá á beber tinta en vez de vino! gritó uno de los convidados, que de antemano estaban en la venta.

—¿Qué quereis? á todo hay que dar salida en la venta.

—¡Por el alma de mi abuela, que tiene razon mi compañero! esto no es vino!...

—Pues qué es?...

—Acíbar!... ó pócima endiablada... que Dios confunda!

—Eh! ventero de satanás!... gritaba furioso agitando en su mano el vaso apurado.

—¡A fé mia que os sobra la razon! profirió el jóven.

—Ahí lo teneis, no soy yo solo quien lo dice...

—Esto es veneno! balbuceó el jóven llevándose las manos á la cabeza.

—Veneno!... gritaron los otros dos que habian bebido.

El jóven pugnó por levantarse de su asiento, pero no pudo. Hizo un esfuerzo y no consiguiendo dominarse, cayó de bruces sobre la mesa, completamente falto de sentidos.

Otro tanto pasó á los dos que habian bebido.

Por lo que toca á Anton, comprendiendo al primer golpe de vista lo que aquello significaba, empezó tambien á balbucear algunas palabras y cayó por último sobre la mesa como embriagado.

En el momento se levantó de un salto el desconocido, dejó caer su capa en el suelo, y empezó á remover á los dormidos, gritándoles al mismo tiempo.

Todo fué en vano.

Aguilucho sabia hacer bien las cosas.

—Eh, Aguilucho, gritó el de la barba, llamando al ventero que, desde que dejó el vino sobre la mesa, se habia escabullido para evitar las primeras consecuencias del furor de los bebedores.

—Aquí me teneis, respondió, penetrando en la sala, no sin haber tendido antes una ojeada sobre la mesa y convencídose de que no habia nada que temer.

—¡Buen golpe, por vida mia!...

—¿Parece que ha surtido ya efecto la bebida?...

—Mas pronto de lo que yo me figuraba por cierto.

—Y ahora qué vais á hacer?

—Una cosa muy sencilla...

—Pues manos á la obra...

—Antes que nada, baja á ensillar mi caballo.

—Voy en un salto! pero ¿podeis decirme á qué viene esta ceremonia de hacer dormir antes de tiempo á esos hombres?

—¿Desde cuándo osa Aguilucho interrogar á un noble acerca de su conducta?

—Perdonad!... no creí agraviaros!...

—Haz pues lo que te he dicho.

—Obedezco...

Y se bajó refunfuñando para sí: estos señores gastan unos humos que, á la menor palabra, responden con un denuesto!... á fé de Aguilucho que no comprendo maldita la cosa el plan de mi señor!... ello dirá!... por lo pronto paga espléndidamente el sueño que he infundido á mis huéspedes!... pero... ¡y mañana!... bah!... ya encontraremos medio de arreglarlo todo...

Y penetró en la cuadra, ensilló el caballo, y tomándolo del diestro, condújolo á la puerta de la venta, aguardando á que bajase el desconocido.

En tanto que esto hacia el ventero, el de la barba cogió al jóven y lo tendió en el pavimento; abrióle la vesta por delante del pecho y comenzó como á buscar en él algo; despues de haber palpado largo rato sin hallar lo que buscaba, hízole variar de posicion, volviéndole de cara al suelo. Una exclamacion de alegría significó que habia conseguido su deseo: y en verdad que así era, pues atada á un cordon, que rodeaba el cuello del caido, tenia á la espalda una bolsa de cuero, y dentro de ella un pergamino enrollado sobre el cual se arrojó con avidez.

Apenas lo cogió en sus manos se acercó á la mesa, y probó á leer junto al farol que pendia del techo, los caractéres en él escritos; pero en el mismo instante sintió que una mano fria y cayosa le agarrotaba el cuello, en tanto que otra le arrancaba el pergamino cuya adquisicion ha-

bia ansiado tanto.

—¡Cuerpo de tal, D. Tello, que teneis un método particular para hacer dormir á los que no tienen sueño! gritóle Anton, guardando el pergamino.

—¡Voto al infierno, seor bellaco, que vas á pagar caro tu arrojo! profirió pugnando por desasirse.

—Arrojo y no pequeño es el vuestro, mi amo, en querer curiosear asuntos que no le atañen...

—Suéltame al punto, si nó quieres que hoy sea el último dia de tu vida...

—Eso lo veremos!... y no hay que alzar mucho el grito, porque no gusto de escuchar alharacas...

Anton comprendió que no era cosa de prolongar mucho tiempo aquella escena, y sacando una larga espada con la derecha mano, única de que podia disponer, apretó con la izquierda el cuello del desconocido, que lanzó un lastimero gemido, y dejólo caer en el suelo.

El llamado D. Tello, á pesar de su desconcierto y del dolor que sentia, se levantó al punto y echó mano á su espada poniéndose en guardia.

Pero Anton habia ya previsto este caso, y dando un fuerte golpe con la espada al farol, lo hizo pedazos, quedando la escena en profundas tinieblas, merced á las cuales, salvó de un salto la distancia que le separaba de la puerta, y se precipitó por la escalera.

—El caballo, gritó á Aguilucho que estaba á la puerta, y rápido como el pensamiento montó en él y desapareció por el camino, no sin haber dicho antes al ventero.

—Dí á D. Tello que su antiguo escudero Anton es de sueño muy vivo.

—El diablo cargue contigo!... ese hombre se ha vuelto loco!... y no se durmió el muy ladino... Lo gracioso del lance es que se lleva el caballo de D. Tello!... murmuraba el ventero sin darse cuenta de lo que aquello significaba, pues no habia conocido el cambio hasta que estuvo montado Anton.

—Aguilucho!... gritaba D. Tello asomando á la puerta, aun no has ensillado el caballo?...

—Tan lo he ensillado que va ya camino de Vardulia!

—Qué dices? preguntó aquel aun sin querer comprender lo que ya adivinaba.

—Que os ha dejado sin caballo ese perillan...

—Pues vivo!... ensíllame el de Anton... que los momentos son preciosos.

—Pero señor, se podrá saber qué ha ocurrido?

—¡Por Satanás que te he de cortar la lengua si nó obedeces sin replicar...!

Ensillado el caballo en un vuelo y habiendo desaparecido D. Tello, subió el ventero á la sala, que habia sido momentos antes campo de Agramante, y al notar la oscuridad que reinaba en ella, exclamó soltando la carcajada.

—¡Vamos, esta gente para dormir mejor ha matado la luz!...

CAPITULO II.

Breve reseña de los antiguos Reyes de Asturias.

Antes de continuar esta historia, permítannos nuestros lectores que tendamos una ojeada retrospectiva, para considerar la situacion de España en la época en que aquella tiene lugar.

España estaba casi en su totalidad sujeta al yugo sarraceno.

Corrian los años de 842 de nuestra era.

Hacía pues 126 que la traicion de un Conde abrió las puertas de España á la raza de Agar.

Unos cuantos valientes encerrados en las rocas de las Asturias, empezaron en seguida la obra de reconquista que ocho siglos despues habia de ser terminada gloriosamente por los reyes católicos ante los muros de Granada.

Una gruta en la que se ostentaba una imágen de María, *Nuestra Señora de Covadonga*, deja salir á aquel puñado de godos acaudillados por el valiente y religioso D. Pelayo, y ocho siglos, despues la mezquita de Granada acoge en su seno á D. Fernando y Doña Isabel, mientras la cruz se eleva magestuosa en los altos minaretes en que antes se alzaba la media luna.

Ocho siglos de heroismo y de lucha.

Pelayo abre la marcha en el número de los héroes que en sus páginas de oro registra la historia de nuestras glorias.

Despues de la muerte de D. Pelayo, que llevó sus armas victoriosas por todas las tierras que limitan el rio Deva, el Eo, los montes Herbáceos y el mar, ciñe la corona su hijo D. Fabila.

En nada aumentó este los dominios conquistados por aquel á los moros.

A los tres años muere en el bosque despedazado por un oso.

D. Alfonso I, revindicando para sí el renombre de Católico, del ilustre Recaredo, empuña el cetro con mano vigorosa y su espada se deja sentir sobre los sarracenos, que mal avenidos entre sí, y á causa de sus guerras en la Galia, fueron derrotados en varios encuentros, consiguiendo extender el naciente reino desde el mar de Cantabria hasta el rio Duero.

Las arruinadas poblaciones empiezan á levantarse de nuevo merced á su proteccion; las fortalezas se restauran, se reedifican los templos, y no parece sino que el cielo vá dilatando ante los cristianos un horizonte mas diáfano y trasparente.

Despues de un reinado de 18 años, viene su hijo D. Fruela: sus combates con los enemigos de la fé cristiana, dan nuevo aliento á los suyos: empero el asesinato que cometió su hermano Vimarano, cuya bondad se habia atraido las voluntades de aquellos hombres rudos en su mayor parte, arroja la tea de la discordia por vez primera entre los cristianos, en aquellos años de lucha y de gloria; ármanse los cántabros y los gallegos contra su señor y muere D. Fruela asesinado.

Desde esta época hasta el advenimiento de D. Alfonso el Casto nada se adelanta en la reconquista.

Vienen despues Aurelio, Silo, Mauregato y el diácono

Bermudo, usurpadores del trono que de derecho correspondia á D. Alfonso, como hijo que era de D. Fruela.

Aurelio aúnase con Abderraman I de Córdoba; mediante al auxilio que le presta el moro, se levanta por rey y hace que D. Alfonso vaya á guarecerse á tierra de Vizcaya.

Un feudo vergonzoso, padron de ignominia que enloda los dias de su reinado, se firma entre Aurelio y Abderraman.

Todos los años cincuenta doncellas serán entregadas por los cristianos á los brutales y licenciosos hijos de Mahoma.

Muerto Aurelio, los Grandes dieron la corona á Silo su hermano. No tuvo mas guerra que la que hizo contra los gallegos que se le habian rebelado.

Por lo demás continuar supo con los moros la paz que habia sentado su hermano con ellos.

Mauregato, hijo bastardo de D. Alfonso el Católico y una esclava suya, recibe tambien el auxilio del agareno para alzarse con el cetro; y el tributo de cincuenta doncellas se dobla por este usurpador, constando desde entonces el feudo de cincuenta nobles y cincuenta plebeyas.

Bermudo el diácono convencido de su ningun derecho á reinar, hace cesion de la corona en D. Alfonso el Casto.

Apenas sube al trono este Rey, exige Abderraman el tributo, y la respuesta negativa de aquel, hace que este apreste un formidable ejército y avanzando en son de guerra hácia las Asturias, se traba la batalla junto á *Alvelda*, llamada por los cronistas *Atedos ó Lutos*, en donde caen muertos 60,000 moros, huyendo su Rey á Córdoba.

Mas á pesar de esta victoria el tributo se continuó pagando.

No pudiendo aquel glorioso Rey hacer otra cosa mas que mantenerse á la defensiva, no estaba en su mano evitar las bárbaras acometidas de los emisarios que en diversos puntos se presentaban todos los años á exigir el feudo.

Escenas desgarradoras tenian lugar entre los cristianos: y no pocas veces el acero del padre habia segado en flor la vida de su hija, antes que permitir aquella infamia.

Nada arguye esto en contra de los sentimientos de D. Alfonso: coloquémonos en aquellos tiempos azarosos, y considerando despacio el empuje de los hijos de Mahoma, y la poca fuerza con que contaban los de Asturias, reconozcamos que pudo muy bien D. Alfonso á la faz de toda la posteridad merecer el renombre de *Casto*, no obstante el pago del tributo, que, no de buen grado, sino cediendo al número, les entregaban los cristianos.

Aquella consideracion, junta con otras mas, que no son de este lugar, ha hecho que algunos rechacen tal feudo, considerándolo tan solo como una fábula.

No nos toca á nosotros dilucidar este punto.

Dejando aparte las razones poderosas ó fútiles que los sostenedores del feudo alegan, nosotros, partiendo de un hecho atestiguado por la tradicion, consignado en no pocos códices y autorizado con el oficio que la Iglesia de España reza de muy antiguo, para solemnizar la batalla de Clavijo, batalla que libró á las Asturias del pago del feudo, vamos á trazar nuestra historia.

D. Alfonso, despues de un reinado feliz de mas de medio siglo, muere, dejando la corona al hijo de D. Bermudo el Diácono, á quien habia hecho reconocer antes de morir por Rey de las Asturias.

Pero hé aquí que al bajar al sepulcro el *Casto*, se hallaba su protegido en Vardulia, segun refieren las antiguas crónicas, á donde habia ido á casarse con la hija de un noble.

Y en este punto da comienzo nuestra historia.

CAPITULO III.

"Vox populi vox diáboli." (1)

Si quieren nuestros lectores presenciar una escena que por lo menos ofrece variedad de tipos y caractéres, vénganse callandito detrás de nosotros, que sin necesidad de ir envueltos en una nube, les prometemos muy formalmente que ni uno siquiera nos ha de atisbar.

Penetren con nosotros en Oviedo.

Atravesemos unas cuantas calles, y toparemos de manos á boca con una plaza en donde diseminados verán innumerables grupos de gente de todas clases, edades y condiciones.

En uno de sus frentes se destaca un palacio.

Pero nó: no se crean nuestros lectores que vamos á penetrar en él.

Nos basta por ahora con la plaza.

Aproximémonos á uno de los grupos y oigamos lo que murmuran los que lo forman.

¡Válganos Dios, que hasta en aquel tiempo se murmuraba!

¡Y vaya si viene de antiguo tan pícara costumbre!...

—¿Y creeis que admitirá el agasajo de los valientes asturianos?... preguntaba con intencion uno de los que estaban formando un grupo.

—Así lo ha prometido, contestóle otro.

(1) Voz del pueblo, voz del diablo.

—Buena ocasion se le presenta ahora por vida mia: aseguró un tercero.

—Lo crees así? interrogó otro.

—Y tanto que lo creo.

—Pero, vamos á cuentas... ¿os imaginais que Nepociano ha de ser mejor rey que D. Ramiro?

—Y por qué nó?

—Eso es; y por qué nó?... preguntó un tercero.

—En primer lugar D. Ramiro es un niño...

—Bah!... si todas las razones que presentas son tan fuertes como esa, no hay duda que vas á quedar lucido.

—No lo habeis visto?... Ha tenido necesidad D. Alfonso de recomendarle á los nobles antes de morir, para que estos le reconozcan por su señor.

—Lo que prueba únicamente que D. Alfonso ha querido hacerlo así.

—En suma, ¿no hay que contar con vosotros en el dia del levantamiento?

—Eso ya es otra cosa, amigo mio.

—¿Y qué promete á los que le levanten en el trono?

—Ante todo acabar con el féudo de las cien doncellas.

—Hola! hola! largo es en prometer á fé mia!...

—Y lo cumplirá, yo os lo fio...

—Si tal promesa hace á los valientes hijos de estas comarcas, en verdad que ya tengo por suyo el reino.

—Así es... el rey que borre ese padron infamante, alzado por los viles usurpadores Aurelio y Mauregato, digno será no de una corona, sino de cuantas el mundo encierra.

—¡Animado os veo!...

—¿Y no he de estarlo al recordar que la hija inocente que era mi único encanto sobre la tierra, me fué arrancada vá ya para un año por los brutales sarracenos?

—Pobre viejo! dijo uno viendo asomar una lágrima á los ojos del interlocutor.

Pasemos á otro grupo.

Tres hombres lo forman: anchas capas les rebozan el rostro: parece que ponen empeño en no ser oidos.

Sus largas espadas, dejando ver sus extremos por bajo de las capas, indican que los tres pertenecen á la alta nobleza.

Sus palabras son bajas y misteriosas.

Probemos á escuchar.

—¿Llegó el emisario?

—Nó.

—Y hay esperanzas...?

—Harto fundadas.

—Cuenta con mucha gente?

—Casi una mitad de la nobleza.

—Y de pueblo?

—Bah!... el pueblo obedece á quien manda, y calla sumiso.

—No tanto que alguna vez no enseñe los dientes...

—No le tememos.

—Y para cuando se fija el dia?

—Aun se ignora... pero ha de ser muy pronto.

—Y D. Ramiro... sospecha algo?...

—Nada.

—Luego vá á ser un golpe de mano?

—Completo.

—Advertid que D. Ramiro tiene muchos parciales; aseguró el tercero que completaba el grupo, y que no habia hecho mas que escuchar las preguntas de su compañero y las respuestas del otro.

—En las Asturias?...

—Nó.

—Pues entonces!...

—En Galicia.

—No importa.

—Así lo creereis; pero dispensad si en este punto opino de distinto modo que vos.

—Hablad.

—Justo: hablad, murmuró el tercero.

Yo os aseguro que si los gallegos levantan por rey al hijo del diácono D. Bermudo, Asturias tendrá mal de su grado que reconocerle como tal.

—Eso ya lo veríamos.

—Y bien, dejando á un lado cálculos y razonamientos que á nada atañen, ¿cuándo es la reunion? preguntó el que últimamente habia permanecido mudo espectador de aquel altercado.

—Hoy mismo.

—La hora?

—A la media noche.

—Bien.

—Citados están todos los parciales; ninguno faltará, y del consejo saldrá la definitiva resolucion de lo que hemos de hacer mañana.

—Mañana!...

—Acaso os parece presto?

—Notad que es un golpe de mano, y que dado una vez, no hay que volver atrás por nadie ni por nada.

—Y así lo creo.

—La consigna?

—*Cruz y honor*.

—El punto de reunion?

—El acostumbrado.

Acerquémonos mas al palacio y oigamos lo que dicen en otro grupo.

Una mujer está mezclada con gente de pueblo.

—Y dicen que es bella como una rosa...?

—¿Quién te lo ha contado?

—Hélo oido ayer á Blas el armero.

—Pronto hemos de saber la verdad.

—Y decidme, ¿por qué razon ha de ir un noble, que tiene aspiraciones de rey, á buscar esposa en los Várdulos y no en nuestras tierras de Asturias? ¿no os parece esto mal?

—Bah!... ¿qué entiendes tú de eso, muger? Cuando D. Ramiro lo hace, razon llevará en ello.

—Ya!... pero el hecho es, que bien va á arrepentirse de esta su conducta.

—¡Arrepentirse!...

—Claro: ¿no sabeis lo que se prepara?

—¡No á fé!

—Cuenta lo que sepas.

—D. Ramiro se queda de esta sin corona.

—¿Hablas de broma?

—Con entera verdad.

—¡Explícate!

—¿Ignorais acaso que el conde Nepociano pretende subir al trono, que ayer ha quedado vacante por muerte de nuestro señor, D. Alfonso el *Casto*?

—¡Cómo!....

—Lo que oís....

—¿Pero y D. Ramiro?

—Se quedará por la Vardulia buscando muger que le agrade.

—¿Y la recomendacion de D. Alfonso?

—Muerto ya el Rey, no hay mas recomendacion que el favor de la nobleza.

—Y el pueblo ¿no ha de tomar parte en el asunto?

—¿Y quién os dice que el pueblo no esté tambien por el conde?

—¿Eso hay?

—Cuando yo os lo digo....

—¡Grandes acontecimientos se preparan!

—¡Y quiera el cielo que no corra en abundancia por estos montes la sangre de los Astures!

Como ven nuestros lectores por los diálogos que hemos escuchado, el objeto de las hablillas de aquel dia no era otro que la persona que succederia á D. Alfonso en el trono.

Muerto el dia anterior el Rey, cuando estaba D. Ramiro ausente de la corte, pues habia ido á tierra de Var-

dulia, hoy Castilla, á unirse en matrimonio con la hija de un noble, el Conde palatino (*Comes palatii*) Nepociano, trabajaba por levantarse con el cetro, aprovechándose de la ocasion, que le suministraba para ello la ausencia de D. Ramiro y el favor que gozaba en las Asturias tanto entre nobles como plebeyos.

Pronto habian cundido por Oviedo las aspiraciones que abrigaba; y si hemos de decir verdad, las simpatías se pusieron todas de parte del Conde y muy pocos pararon mientes en D. Ramiro y mucho menos en la última voluntad de D. Alfonso.

Era evidente que D. Ramiro se quedaba sin la corona.

Otra razon más habia para que nadie pensase en este último y sí solo en Nepociano.

Los partidarios del Conde habian hecho correr la voz que el primer acto de su reinado habia de ser declarar roto el tratado de Mauregato con los moros, en el cual se estipulaba el feudo de las cien doncellas.

Esto solo bastaba para captarse las voluntades de todos.

¿Quién no tenia en Asturias una hija ó una hermana que esconder á los feroces emisarios, que venian á requerir todos los años el cumplimiento del feudo?

Cumpliera ó no lo que ahora prometia, si al trono se levantaba, á esta promesa lo debía.

Hé aquí la explicacion de las conversaciones de la plaza, en que el pueblo tanto esperaba, para ver salir del palacio el fúnebre cortejo, que acompañara al cadáver de D. Alfonso al templo de Santa María, fundacion suya, donde debia ser enterrado.

Por último, fueron haciéndose los grupos mas espesos, no pudiendo hablar impunemente, como antes lo habian hecho, pues los unos temian de los otros por ignorar si eran amigos ó enemigos del Conde.

Entretanto la fúnebre comitiva comenzó á bajar por las escaleras del palacio, y asomaron en la plaza los servidores del difunto Rey, que iban á pagar este último tributo á la

memoria del que por sus virtudes habia merecido el renombre de *Casto*.

Gran número de nobles descendieron tambien en largas hileras.

¿Cuántos de aquellos pensaban cumplir la última voluntad de su señor?

Bien pocos por cierto.

Nepociano se los habia ganado á todos antes de la muerte del Rey.

Téngase tambien en cuenta que este era pariente de D. Alfonso, ilustre por sus hechos, caballero aguerrido en los combates; y además Conde Palatino, cuyo título correspondia en aquellos tiempos á un alto empleo en la córte de los antiguos soberanos de las Asturias.

Por último, apareció el régio cadáver conducido en hombros por cuatro próceres del reino.

Nepociano, como pariente suyo, iba detrás acompañado de algunos otros nobles.

Era un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años: alto, de noble aspecto y magestuoso continente: su mirada revelaba una inteligencia exquisita, y su frente parecia ser asiento de un alma grande, aunque dominada por la ambicion; acaso su misma grandeza le hacia concebir los altos pensamientos, que se le atribuian, de querer alzarse con el cetro, á despecho de la voluntad del que habia sido su señor.

Todo el pueblo contemplaba con religioso silencio la comitiva que desfilaba ante él.

Y en verdad que sentia la muerte de D. Alfonso.

Sus muchas virtudes habian sido reconocidas de todos.

Hé aquí por qué durante su largo reinado de 52 años, no se cuenta que se alzara contra su poder ni uno siquiera de sus súbditos: cosa extraña y singular en los reinados de los monarcas de Asturias en aquel tiempo.

La ambicion habia hallado una barrera en la bondad de D. Alfonso, y cualquiera rebelion hubiera abortado en

el momento mismo de nacer.

Al pasar el Conde Nepociano ante el grupo de nobles, cuyas palabras hace poco escuchamos, hizo una ligera señal á uno de ellos y al punto, obedeciendo este, se incorporó con el Conde.

Un corto diálogo trabóse entre los dos, que de nadie fué oido.

—D. Tello...

—¿Qué me quereis?

—Volad ahora mismo á Vardulia...

—¡A Vardulia..!

—No hay que perder un momento.

—Pues qué ocurre?..

—¡Estamos perdidos!..

—Explicaos! vive el cielo!

—Oid... el page Ferrando va á partir á Vardulia en cuanto terminen las exequias, á noticiar á D. Ramiro la muerte del Rey.

—¡Voto al infierno!.. y temeis á ese rapaz, Conde?

—Tomad un caballo... esperadle en el camino y arrancadle á viva fuerza un pergamino que le lleva, escrito por Escipion y Sonna.

—Hola..! hola..! ya me maliciaba yo que nada teniamos que esperar de ninguno de esos dos viejos zorros, vendidos á D. Ramiro.

—Es necesario ganar tiempo á todo trance.

—Razon teneis á fé.

—Pero una cosa os encargo: obrad.
con cautela y no derrameis la sangre de Ferrando.

—Sereis obedecido.

—Es indispensable que hoy mismo esté ese pergamino en poder mio.

—Y lo estará... perded cuidado.

—¡Sobre todo, sigilo!..

—Parto ahora mismo.

Y se separaron al punto, continuando el cortejo fúnebre

en direccion al templo.

El llamado D. Tello, despidiéndose de los otros dos embozados, empezó á abrirse camino, por no decir brecha, en la muralla compacta de carne humana que obstruia toda la plaza; y repartiendo empellones, codazos y pisotones á diestro y siniestro, y siendo el objeto de las maldiciones de todos los curiosos, logró salir por último de ella.

En seguida marchó á su casa; tomó el caballo, y montando en él, se dirigió á las afueras por el camino que conducia á Vardulia, á donde, segun las palabras de Nepociano, debia tambien dirigirse el page Ferrando.

—Quiere el conde que no venga á las manos con el pagecillo. Discurramos cómo. Hay un medio fácil y seguro de conseguir lo que se desea. A cinco leguas de Oviedo existe una venta y en ella un Aguilucho, que tiene la facultad de adormecer á los que quiere, mediante ciertos filtros que él sabe aderezar. Ferrando saldrá al medio dia de Oviedo, de modo que la noche debe pasarla en la venta del *Burro*, si su caballo ha de descansar y tomar un pienso. Vamos pues allá; la negra y poblada barba que me he puesto hará que no me conozca el rapaz. Por la palabra no podrá venir á cuentas de quien soy, porque nunca me ha oido. Ánimo y adelante. Esta noche podré presentar en la junta á Nepociano el ansiado pergamino.

Así discurria el caballero, sin tener en cuenta que el page no iba solo, y que su acompañante tenia el sueño muy ligero.

Lo que despues pasó y cómo salió frustrado su proyecto, ya lo saben nuestros lectores por el capítulo primero de esta verídica historia.

CAPITULO IV.

Que trata de calles oscuras, sombras, enmascarados y otras muchas cosas mas.

Era la media noche en Oviedo.

En una oscura calle del barrio que entonces tenia el nombre de Fons-Calata, hoy Foncalada, se levantaba una casa de negro y descolorido aspecto.

Sus paredes no ostentaban ni una mala claraboya.

Una puerta pequeña y desvencijada era la única abertura que presentaban sus muros.

En la vecindad decíase que estaba deshabitada.

Hemos dicho mal. Corrian ciertos rumores, con respecto á sus habitadores, nada buenos por cierto, si hemos de dar crédito á las hablillas del vulgo.

Decíase por unos que era morada de nigrománticos.

Esta creencia no tenia nada de extraño, porque abundaba en aquellos tiempos en las Asturias tal casta de pájaros y con particularidad en Oviedo.

A los que duden esto que decimos, solo le recordaremos la ley que dió mas adelante D. Ramiro contra los nigrománticos.

Otros aseguraban que los demonios tenian allí por la

noche sus juntas, para deliberar sobre las diabluras que habian de hacer al otro dia.

El hecho es que apenas comenzaba la noche á tender su cortina de sombras por Oviedo, todos los vecinos de aquel barrio se metian en sus casas, y echaban cerrojos y aldabas á las puertas; como si los diablos necesitasen tener franca la entrada para colarse por aquellas como Pedro por su casa.

Sin embargo de lo absurdo de tal determinacion, hacian bien los inocentes vecinos de aquel barrio.

Ello es que aparecian á las altas horas de la noche ciertas sombras, que poco á poco y silenciosamente se deslizaban por la susodicha calle y penetraban en la casa maldita.

Estas visitas nocturnas, que se habian menudeado durante la enfermedad del Rey, dieron pábulo entre la gente sencilla á la creencia de que los demonios, viendo que se les escapaba de las manos el alma justa y casta del monarca, rugian de corage y se daban á todos los diablos, discurriendo tentaciones con que acometer al moribundo.

Esto mentia el vulgo.

En la noche que nos ocupa, natural era que tuviese lugar alguna reunion diablesca, dada ya la muerte y enterramiento de D. Alfonso.

Y así era en verdad.

A la media noche, empezaron á aparecer sombras, que vagas y silenciosas se embutian por el estrecho postigo de la casa, el cual se abria por sí solo al sonar dos golpes secos en la puerta y al murmurar dos palabras misteriosas.

Sin embargo del pavor que tales aparecidos, trasgos ó ánimas del otro mundo infundian por aquellos sitios, de una casa que estaba en la acera fronteriza, se abrió quedito una ventana baja.

¿Quién podia ser el atrevido que tanto osara?

Allí permaneció como media hora, y despues de haber observado la manera que tenian las sombras de abrirse pa-

so, volvió á cerrar la reja, y á poco abrióse la puerta de la casa y salió un embozado, que impávido dirigióse á la de en frente.

Ya en la puerta, hizo sonar los golpes consabidos y resonar los dos nombres que tenian la mágica virtud de hacerla abrir.

Una vez dentro, todo volvió á quedar lo mismo que antes.

Nosotros, que tambien hemos oido las tales palabras, hagamos lo mismo que el embozado, y penetremos sin temor de ninguna especie, que bajo nuestra palabra aseguramos á nuestros lectores que no vamos á presenciar ninguna sesion de diablos, sino de hombres en carne y hueso.

Ya dentro, bajemos una escalera resbaladiza y húmeda, y al pié toparemos con un pasadizo estrecho y largo, á cuyo extremo se abre una sala, que dá paso á una estancia ancha y dilatada.

En uno de sus frentes hay una mesa con dos luces y un crucifijo; tres sombras enmascaradas la presiden; á entrambos lados hay largas hileras de asientos, ocupados por un sin número de desconocidos, pues todos llevan oculto el rostro con carátulas. Un farol pendiente del techo, difunde por los ámbitos de la estancia misteriosa débiles rayos de amortecida luz.

Cuando penetró el embozado, nadie paró mientes en él, pues á cada paso entraban nuevas sombras que se habian quedado rezagadas.

Uno de los que estaban á la mesa, el que ocupaba la derecha del presidente, se hallaba perorando.

Escuchemos lo que dice.

—«Sí, nobles hijos de las Asturias; muerto D. Alfonso, cúmplenos á nosotros mismos elegir al que ha de empuñar el cetro de Pelayo. Mas al hacerlo, no olvidemos que juntamente con el cetro ha de empuñar la espada el que sea digno de tal honra. No se os oculta que desde que aquel noble monarca fué elegido por el voto de los próceres en

las rocas de Covadonga, la corona ha venido siendo electiva, único medio de que el Reino tenga siempre á su frente quien sepa con esforzado brazo combatir con nuestros jurados enemigos los descendientes de Ismael, y reprimir sus demasías. Despues de Pelayo vereis dos ejemplos no mas de corona hereditaria; el primero fué en su hijo D. Fabila, y esto, solamente hubo de ser por respetos á su heróico padre; Alonso el Católico fué elegido por la nobleza con exclusion de los hijos de Fabila. Fruela succedió á su padre, mas la muerte que dió á su hermano Vimarano, armó el brazo de los súbditos que le arrancaron la vida.

«Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo, aunque en rigor usurpadores, alzáronse sin embargo por el voto, bien del pueblo, bien del ejército, contra los derechos del que hasta ayer reinó, y que por cesion de Bermudo consiguió el trono. ¿Y se quiere que el hijo de Bermudo el Diácono, habido de Nunila con la que ilícitamente se unió, pues la Iglesia declaró nulo tal casamiento, se quiere que D. Ramiro, ese jóven ambicioso, que mas debe por ahora soñar en amores que en corona y cetro, sea reconocido por Rey porque es hijo de D. Bermudo y porque así nos lo recomendó D. Alfonso antes de su muerte? No, mil veces no, esforzados asturres; sangre por sangre, nobleza por nobieza, la del Conde Nepociano no cede á la de Ramiro: si hijo de Bermudo es este, pariente de D. Alfonso es aquel. Dejad pues, que Ramiro se entretenga en los Várdulos buscando cuál doncella le cumple escoger para esposa, ya que ni aun para eso tiene á bien acordarse de las jóvenes de nuestra tierra, y probemos una vez, á la faz de todas las Asturias, que miramos por nuestro propio honor y que sabemos encontrar un Rey digno de gobernarnos.»

Despues de terminado este discurso, comenzaron á sentirse síntomas de aprobacion en todos los ámbitos; empero á los corrillos y rumores que se siguieron vino á acallar la voz de otro que se levantó y que dijo de este modo:

—Fuertemente convencido de cuanto se acaba de indi-

car, creo sin embargo del caso, antes de comprometernos á dar el golpe de mano que se desea, que se expongan los medios con que contamos los parciales de Nepociano para llevar á cabo la empresa.

Al oir tal solicitud, se levantó el que ocupaba la presidencia de la mesa, y todos dieron muestras de poner gran atencion á lo que iba á decir, lo cual indicaba que el que hablaba no era otro que el mismo Nepociano.

—Al admitir la honra que quereis, astures, concederme de empuñar el cetro de las Asturias y ceñir la noble corona de Pelayo, hemos trabajado por hacer entender esto mismo á los pueblos, é investigar si la voluntad de los nobles está en consonancia con la de aquellos. Emisarios han marchado á inquirir sus deseos en esta parte, y á esta hora tenemos ya noticias de algunos; y en verdad que no discrepan en nada de los que vosotros abrigais. Así es que al alzamiento de Oviedo se seguirá la aquiescencia de todo el pais. Si algunos parciales tiene en Oviedo D. Ramiro, que muy pocos son por cierto, callarán al presenciar vuestro movimiento; y cuando D. Ramiro sepa los sucesos que aquí tienen lugar, ya no le será dado oponerse á la corriente de ellos.

—¡¡Mentís!! gritó una voz que resonó en todos los ámbitos de la estancia, cortando el hilo del discurso al Conde Nepociano.

Un murmullo de desaprobacion corrió por todos los asientos de los enmascarados, admirándose al mismo tiempo de que hubiese entre los presentes uno que pensase de distinto modo.

—¡¡Mentís!! repitió la misma voz, sobreponiéndose á los murmullos. ¡Mentís en vuestras palabras, ambicioso y desleal Conde Nepociano! Los pueblos no están por vos; solo unos cuantos nobles mal avenidos os favorecen; y en cuanto á D. Ramiro, temblad, porque dentro de unas cuantas horas sabrá lo que en Oviedo ocurre!

—¿Quién eres que así te atreves á hablar en presencia

de la nobleza? le interrogó el que habia perorado primeramente.

—Preguntadlo á Nepociano: él os lo dirá: respondió el que así osaba expresarse en una reunion de nobles, todos á cual mas ambiciosos y soberbios, y que no era otro que el embozado que habia salido de la casa de en frente.

—Conde Nepociano, otra vez tened mas cuidado en ver á quién enviais á arrancar pergaminos al page Ferrando, continuó el desconocido con valentía.

—¡Ferrando! murmuró el presidente conociendo el metal de la voz, que antes no habia podido percibir con claridad á causa de los murmullos.

—¡Id á buscar á D. Tello, que yace herido demandando auxilio en el camino de Vardulia! continuó el jóven.

—¡Muera el atrevido! sonó una voz desde uno de los rincones de la estancia.

—¡Muera! repitieron otras ciento.

Y se arrojaron como tigres sobre el jóven, que rodeando su brazo izquierdo con la capa, empuñó con su derecha la espada y apoyándose en el muro se hizo fuerte contra aquella multitud de enemigos.

Era inevitable la muerte del jóven.

El page Ferrando, pues no era otro, creyó llegada su última hora.

Su noble arrojo y su amor al anciano D. Alfonso, juntamente con el respeto que guardaba á su última voluntad, así como tambien el cariño que tenia á D. Ramiro, le habian precipitado en el abismo de la perdicion.

Sin embargo, quien hubiera podido atravesar la máscara que encubria el rostro de Nepociano, lo habria contemplado pálido y angustioso; y si hubieran puesto una mano sobre su corazon, lo habrian sentido palpitar de una manera extraña.

¿Qué pasaba por el corazon de aquel Conde ambicioso?

Pero repentinamente siente el jóven que el muro, en que apoyaba sus espaldas, cede á su peso, y proyéctase en

la pared una abertura, al mismo tiempo que una mano fina aunque vigorosa le atrae hácia sí libertándole de la saña de los que le acometian.

Aquella mano era la mano de una mujer.

Y efectivamente, todos vieron una sombra vestida de negro trage, cuyo rostro, velado tambien, no permitió ser visto de nadie.

Apenas desapareció el jóven, se lanzaron aquellos á la abertura, pero el muro volvió á cerrarse, sin que nada consiguiesen sus golpes repetidos.

Todos quedaron admirados de aquella maravillosa escena.

A haber sido presenciada por los vecinos del barrio, se hubieran ratificado en la idea de que la casa aquella era mansion de nigrománticos ó poco menos.

Por lo que toca á Nepociano, respiró con alegría al ver la evasion del jóven.

Mas nadie habia notado los diversos afectos que habian pasado por él en aquellos cortos instantes.

Recobrada, tras unos momentos, la tranquilidad, continuó la sesion, quedando todos conformes en que al siguiente dia á las doce habia de hacerse la proclamacion de Nepociano como Rey de las Asturias.

CAPITULO V.

De las pláticas que tuvieron el doncel y la dama misteriosa.

—Decidme, señora, quién sois?

—Silencio, Ferrando!...

—Os debo la vida en esta noche.

—Venid por aquí... aun no os tengo por seguro.

—Quién habia de creer que tal escondite existia tras de mí?

—¡Oh, Ferrando, sois muy arrojado; en nada ha estado que perdiérais la vida á manos de esos hombres.

—¡Dios confunda á los traidores y mal nacidos, que no ambicionan mas que satisfacer sus viles pasiones, aunque para ello tengan que correr torrentes de sangre!

—¡Tiemblo por vos al escuchar tales palabras! pero ya hemos llegado: ahora descansad.

Nuestros dos interlocutores eran, como ven nuestros lectores, el page Ferrando y su salvadora, que tan á tiempo habia acudido en su auxilio, y sin el cual, el jóven hubiera perecido sin remedio.

Despues de cerrado el muro, que merced á un oculto resorte giraba sobre un eje y daba paso á la anchura de un hombre, tomaron un estrecho corredor que les condujo á una sala lujosamente amueblada.

El jóven, que necesitaba descanso, pues podia decirse que en todo el dia habia parado, sentóse á una distancia respetuosa de su conductora.

Esta, arrancado ya el antifaz que ocultaba su rostro, pareció ser una mujer de unos cuarenta años.

Era de mediana estatura, de agraciado rostro, y de inteligente y expresiva mirada: sus negros ojos resaltando mas todavía por la palidez que bañaba su faz, su frente ancha y pequeña boca, eran señales inequívocas de la belleza que un tiempo hubo de adornarla, y de la que aun conservaba algunos vestigios.

Su belleza era una belleza noble y triste.

Adivinábase que hondos padecimientos habian exhacerbado acaso los dias inocentes y plácidos de su juventud.

Su rostro algo afilado y la constitucion de sus megillas, parecian indicar que aquella mujer habia derramado lágrimas en abundancia.

Por eso á pesar de su hermosura no inspiraba malos pensamientos á nadie.

Así lo comprendia sin duda alguna ella misma, porque al notar la posicion que respecto á ella habia tomado el page, cogió un taburete y acercándose á Ferrando, sentóse muy cerca de él.

Y sin embargo, los latidos de su corazon eran cada vez mas fuertes, y parecia que aquella mujer se regeneraba viendo de cerca al jóven.

¿Qué misterio es este? se preguntarán nuestros lectores.

Entretanto, el page no habia comprendido nada de los movimientos de su salvadora.

Solo sí, un dulce sentimiento le atraía hácia ella sin saber darse cuenta de él.

Oigamos lo que continúan diciendo, por si de sus palabras podemos sacar alguna luz.

—Ferrando, ¿por qué ese odio contra Nepociano y los suyos?

—Señora, ese odio no es otro que el que merecen por sus bajas acciones.

—¿Qué teneis vos que ver con su ambicion?

—¿Que qué tengo yo que ver..? pues qué, es dado al hijo desgarrar las entrañas de una madre?

Al oir estas palabras la dama, se irguió repentinamente, pero, volviendo de nuevo á su actitud mesurada, continuó:

—¡No os comprendo, Ferrando!

—Hijos somos todos de la madre patria: aguardad á mañana y vereis pelear encarnizadamente hermanos contra hermanos.

—¿Y quién os dice que Nepociano no debe ser el que empuñe el cetro de derecho?

—No! mil veces no! Nepociano es un vil traidor! D. Ramiro es nuestro Rey, como hijo de D. Bermudo el diácono; si este puso la corona y el cetro en manos de D. Alfonso, muerto el Casto sin sucesion, al hijo de aquel corresponde de derecho; y así tambien lo ha querido nuestro buen Rey, que antes de morir, hizo que le reconociese la nobleza.

—Pero ¿y si esa nobleza no quiere reconocerle?

—Miente quien tal diga...

—¿No lo acabais de ver en esa sesion en la que ha estado en nada que perdiéseis la vida?

—¿Y creeis que toda la nobleza se encierra en cien próceres descontentos, que alzando en el trono á un usurpador, no trabajan mas que por su propio engrandecimiento so protesto de mirar por la patria?

Así dijo lleno de entusiasmo el jóven; y la dama, aunque parecia contradecirle, se gozaba sin embargo en ver los arranques nobles y generosos de su corazon.

—Pero dejemos esta conversacion, señora; y dispensadme la rudeza con que estoy hablando á la que acaba de salvarme.

—Me place escuchar palabras dichas con el lengua-

ge del corazon, Ferrando.

—Y decidme, ¿quién sois que siempre os poneis delante de mi camino para consolarme unas veces, otras para darme lecciones, y no pocas como hoy para salvarme la vida? ¿Qué enlace une nuestras almas, que al estar en vuestra presencia siento una dulce alegría, un tierno sentimiento, que no me sé explicar yo mismo? ¿Sois un ángel enviado por Dios á la tierra, para que me enseñe el rumbo que debo seguir en mi inexperiencia? Si tiendo mi vista á los primeros años de mi niñez, me parece que en sueños contemplo la imágen de una mujer, que me tenia abrazado á sus pechos y esa imágen tiene cierto parecido con vos. Si miro á mi juventud, colocado no sé por quien en el palacio de D. Alfonso y sin conocer mas padre que aquel anciano respetable y cariñoso, en todas partes os contemplo. Si hay un peligro que me amenace, allí está una mano oculta que me salva y esa mano sois vos. Decidme por el cielo, quién sois?

—Dia llegará, Ferrando, en que lo sepais; hoy no es posible: exclamó la dama pugnando por reprimir sus sentimientos y enjugando las lágrimas que acudian á sus ojos.

—¡Llorais, señora!...

—¡Sí, Ferrando!

—¡Por Dios explicadme el misterio de vuestras lágrimas!... profirió el jóven.

—Nó...

—Bien... respeto vuestro secreto.

—Escuchadme, dijo la dama, como ablandándose al notar la resignacion del page.

—Hablad.

—Teneis razon en lo que habeis dicho... esa imágen que creeis ver en mí de una mujer que en vuestra niñez os tenia en su regazo, era la mia.

—Erais vos! Oh! no me engañaba el corazon!...

—¡Vuestra madre murió, pronunció la dama con acento triste y angustioso: pocos, muy pocos fueron los dias que

gozó de felicidad en la tierra, empero al morir yo la prometí velar por su hijo!

Mudo permaneció el jóven unos momentos: aquella historia, aquellos recuerdos traidos á su memoria en la noche misma en que habia salvado la vida mediante la proteccion de la dama misteriosa, le excitaban demasiado para no dejar una inmensa huella en su alma.

Y la hermosa dama continuaba llorando.

El page, creyendo que sus lágrimas eran por el recuerdo de aquella madre á quien él no tuvo la dicha de conocer, y que habia sido amiga de la dama, dejó escapar tambien algunas.

La desconocida advirtió su llanto.

—Llorais por vuestra madre?

—¡Sí... yo tambien he sido muy desgraciado, muy infeliz!

—Vos!

—¿Y no es una infelicidad no haber conocido ese ser único á quien mas amor se abriga sobre la tierra?

—Es verdad! sin embargo, yo os serviré de madre á falta de aquella! dijo con tierno y expresivo acento que hacia traicion á lo que sus labios proferian.

—Es cierto, señora?...

—Admitís tal título...? siguió preguntando la dama, en tanto que con su mirada devoraba al jóven.

—¿Y no he de admitirlo, si sois el único ser que he conocido en la tierra que ha mirado por mí? Sí, noble señora, de hoy mas sereis para mí una madre!

—Oh! lanzó aquella, sin poder sofocar el sentimiento de ternura que brotó en su alma al escuchar el acento del page.

—Yo seré vuestro hijo!... y si tambien vos teneis algo que os dé angustia, venid á mí y mútuamente nos consolaremos. Ah! estoy sintiendo ahora emociones que jamás se han despertado en mi corazon.

—¡¡Sí, hijo mio!! profirió la desconocida, y al murmu-

rar estas palabras, parecia que toda su alma estaba reconcentrada en ellas.

—¡Sí, llamadme hijo vuestro, que yo á mi vez os llamaré mi madre!

Los ojos de la dama lanzaron rayos de dulce alegría al escuchar á su vez en boca de Ferrando las palabras *mi madre*.

—Pero señora, está ya para amanecer y tendreis que descansar: me retiro.

—Y vos tambien lo necesitais.

—Que el cielo os guarde, madre mia; dijo el jóven levantándose del asiento que ocupaba y dando un beso en la mano de la dama.

Esta hubiérale abrazado en aquellos instantes si hubiera dejado obrar sus sentimientos naturales, pero supo retenerse y, acompañándole hasta la puerta le dijo:

—Una sola cosa os pido antes de retiraros. Me lo negareis, Ferrando?

—Hablad señora, el hijo obedecerá á la madre.

—Alzareis mañana el grito contra Nepociano?

El jóven se sintió cogido en la red que se le tendía y no se atrevió á responder.

—Qué decís?

—Señora, soy de los parciales de D. Ramiro: dijo por toda respuesta.

—Pues entonces, oid, jóven, lo que os voy á decir.

—Hablad.

—¡Que nunca vuestro brazo derrame la sangre de Nepociano..!

—Señora, ni en la de Nepociano, ni en la de nadie se ha manchado jamás mi mano con una baja traicion!..

—¡Bien! profirió la dama con tono de dulce alegría.

—Pero si empieza la lid, no sé lo que sucederá despues; continuó la frase Ferrando.

—¡Oh! exclamó la infeliz, sujetándose al marco de la puerta para no caer.

—Paz, señora... dijo el jóven retirándose y cerrando tras sí la puerta de la casa.

La dama que habia estado acallando los sentimientos de su alma durante aquella escena, no pudo resistir mas á la multitud de emociones que á un mismo tiempo se agolpaban á su corazon y perdiendo los sentidos cayó desmayada al suelo.

Hemos dicho mal; antes de caer dos manos vigorosas la sujetaron dulcemente: y tomándola en brazos, la condujo al interior un hombre de elevada estatura y de aspecto noble, en tanto que murmuraba:

—¡Vive el Cielo que temí le revelase toda la historia al rapaz!

El que así hablaba era el mismo que habia presidido aquella noche la asamblea de los nobles, ó lo que es igual, el Conde Nepociano, presunto Rey de Asturias.

CAPITULO VI.

De cómo pagó Ferrando en la misma moneda á D. Tello el amistoso convite de la venta.

Antes de pasar adelante permítannos nuestros lectores que, á fuer de historiadores verídicos, les expliquemos cómo el page Ferrando pudo hallarse en la junta de los descontentos de Asturias, á pesar de haberse quedado falto de sentidos en la venta del Burro, cinco horas antes de la media noche.

Ya vimos la manera que tuvo Aguilucho de cumplir el encargo de D. Tello.

Pero tambien vimos el modo expedito que tuvo Anton de no quedarse dormido, y de oponerse por completo al deseo de D. Tello de no dejar llegar á D. Ramiro el pergamino, en que se le avisaba la muerte de D. Alfonso, y se le encargaba que no demorase un momento su vuelta á Oviedo pues peligraba su corona.

En cuanto á Anton, como hombre ya experto, desde el momento de entrar en la venta conoció al noble y adivinó el pensamiento que allí le llevaba; mas no quiso decir nada al jóven para no infundir sospechas á D. Tello; por eso cuando Ferrando le preguntó si conocia á aquellos hombres, le respondió que no.

Por lo que toca al noble, conoció tambien á Anton, pero hizo por no darse por apercibido de ello, pues así creia llenar mejor sus miras.

Mas nunca pudo imaginarse el resultado que tal escena habia de tener.

Por eso, apenas recobrado de la sorpresa, montó á caballo y se puso en seguimiento de Anton, al notar que el animal adelantaba bien poco á causa de las cuatro horas de camino que ya habia traido aquella misma tarde, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, tomó la vuelta de Oviedo, maldiciendo á la venta, á Aguilucho y al astuto Anton.

Pero hé aquí que al pasar de regreso ante la venta, y cuando estaria á unos cien pasos, le parece oir las pisadas de otro caballo que debia venir en pos de él.

El animal se aproximaba cada vez mas, y á poco rato, merced á los pálidos destellos de la luna, que apareció tras una colina, reconoce al jóven á quien habia arrancado el pergamino.

El page Ferrando, descubre tambien al desconocido que poco antes les habia jugado en la venta aquella mala pasada, y le acomete con encarnizamiento.

Rugia de furor el jóven, pues apenas despierto de aquel letargo que durante una hora habia embargado sus sentidos, trató de recoger sus ideas, y recordando toda la escena ocurrida en la venta, comprendió entonces el lazo que le habian tendido; preguntando al ventero solo pudo sacar en claro que Anton habia partido camino de Vardulia en el caballo del desconocido, y que este se habia puesto en seguimiento de aquel.

Igualmente supo que el embozado no era otro qué D. Tello, uno de los parciales de Nepociano, á quien no acertó á conocer á causa del engaño con que habia fingido su rostro.

Pero hé aquí por qué feliz casualidad, al salir de la venta, se encuentra de manos á boca con el caballero, y es-

pada en mano, le arremete gritándole:

—Traidor! defiéndete si alientas ánimo para ello!

—Rapaz... déjame el paso libre!... respondióle con acento altanero D. Tello, comprendiendo que nada conseguia ya de trabar combate con el page.

—Que te defiendas, repito!.. continuaba el jóven.

—¡Voto á tal, el pagecillo! ¿de cuándo acá osa medir sus armas con las de un noble? continuó el caballero aguijando su caballo.

—Desde que un noble se hace digno de que no un page, sino el verdugo, castigue sus demasías y viles amaños.

—¡Tenga la lengua el charlatan, si nó juro al infierno que le ato á la cola de mi caballo y le hago entrar de tal guisa en Oviedo!

—Eso ya lo veremos, D. Tello...

—Prosiga su camino el imberbe jóven y guarde sus brios para hacer gala de ellos en presencia de las doncellas.

—Eres, á mas de traidor, cobarde... ya me lo presumia; gritaba Ferrando estando ya á punto de dar alcance á D. Tello, pues el caballo que este montaba era algo mas pesado que el del page, y á mas el de este empezaba en aquel instante su jornada.

Las palabras humillantes de Ferrando no hubieron de hacer gran mella en el ánimo de D. Tello, pues continuó metiendo espuelas al corcel.

Mas el page hacia lo mismo y ya casi iban á encontrarse los dos ginetes; por lo que comprendió el caballero que no le convenia rehusar el combate, pues se exponia á ser herido en la espalda por el jóven.

De pronto hizo girar el caballo, y se encontraron cara á cara ambos combatientes.

Ya D. Tello habia empuñado su espada y el page habia hecho lo mismo desde su encuentro con él.

Terrible é imponente iba á ser la escena que se preparaba en aquel parage desierto.

Entre tanto la luna, como avergonzada de presenciar tal lucha entre dos hombres de la misma raza, religíon y patria, se habia ocultado tras una densa nube, dejando en tinieblas el lugar del combate.

El jóven acometió con gran furia á D. Tello, y este comprendió que se las habia con uno que no le cedia en valor y táctica.

—¡Hola, parece que admitís el reto! dijo el jóven acometiéndole.

—Sí; mas recibe este golpe que premiará tu presuncion, aseguró D. Tello descargando su espada con ambas manos sobre la cabeza de Ferrando.

Pero este supo esquivar el cuerpo, y la espada de aquel dando en vago, le hizo perder el equilibrio, cayendo de su caballo al suelo, recibiendo al mismo tiempo de manos del doncel una herida en la cabeza que le privó de los sentidos, y rodando una buena pieza por el campo.

En cuanto cayó, bajóse el page de su caballo, reconoció su herida y viendo que esta no era de importancia, murmuró al montar de nuevo.

—Basta con esta leccion, para que aprenda otra vez á tener mas respeto al page Ferrando.

Pero aun no habia caminado dos pasos, cuando surgió una idea en su mente y volvió á bajar del caballo.

En seguida se dirigió al herido, y buscando su escarcela, probó á registrar en su interior, y se halló un pequeño pergamino en el que, merced á la luz que proyectaba la luna, ya libre de la nube, leyó unos negros caractéres, que le llenaron de regocijo y rápido volvió á subir en su caballo murmurando:

—¡Hola, hola!... Y tienen esta noche reunion!... Parece que Nepociano no se duerme!... Vamos á Oviedo!.. El cielo ha querido que Anton sea quien lleve el pergamino á D. Ramiro, para que yo permanezca en Oviedo... Por lo pronto avisaremos en seguida lo que ocurre á Escipion y Sonna. Pero no... conviene que antes descubra los planes

de esos nobles ambiciosos... Sí... vamos á esa reunion. ¡Mas ahora caigo!... y cómo logro penetrar en ella?... Esa gente debe tener alguna palabra, algun nombre que sirva de señal á los conjurados... y qué diablos, cómo adivinarla?... Discurramos.

Así iba pensando el jóven, en tanto que castigaba fuertemente á su caballo, que rápido cruzaba el camino, condescendiendo con el noble deseo del ginete de tornar á Oviedo antes de la media noche, hora de la cita para la reunion.

—¡Ya comprendo de qué manera conseguir mi intento... decia el page, dándose una palmada en la frente. ¡Oh, yo te aseguro, Nepociano, que no ha de faltar en la junta quien proteste de tu maldita ambicion!

CAPITULO VII.

En el cual se ve el íntimo enlace que existia entre la dama, Nepociano y el doncel.

Hemos visto en el capítulo V, como al marcharse Ferrando de la casa de su bella salvadora, cayó esta desmayada en brazos de Nepociano, que, despues de terminada la reunion de los nobles, habia penetrado por donde mismo lo habia hecho el page y escuchado parte de la expresiva conversacion habida entre este y la dama misteriosa.

Conducida á un ancho sillon, donde poco á poco volvió á recobrar sus sentidos, vió delante de sí á Nepociano: y no extrañen nuestros lectores que les digamos que la hermosa dama no pareció asombrarse al encontrarse frente al ambicioso valido, que soñaba nada menos que con el trono de Alfonso el Casto.

Sus ojos abriéndose dulcemente se posaron sobre el conde, y este, viendo que volvia aquella á la posesion de sus sentidos, tomó un escaño y se sentó en él sin miramiento alguno á la noble dama y cual si no fuera la vez primera que se encontraba á solas con ella.

Por último rompió el silencio Nepociano.

—Señora... imprudente habeis estado esta noche.

—¡Imprudente!

—Sí á fé .. mañana pueden venir los nobles á reconocer los muros de vuestra casa y ¡ay de vos si dan con la abertura secreta!...

—¡Ah, y sois vos quien se expresa con ese lenguage!...

—¡No os comprendo!...

—Demasiado que me comprendeis, Nepociano.

—Explicaos...

—A no ser por esa salida secreta, ¿qué hubiera sido de nuestro hijo?...

—¡Es verdad!... pero no por eso dejo de reconocer que os habeis expuesto á ser mañana el objeto del ludibrio y la saña de la nobleza!...

—Y en ese caso... decidme, no sabria todo un Nepociano, Rey que será hoy de las Asturias, poner coto á las demasías de sus súbditos..?

—Hoy podré ser Rey, señora, lo habeis dicho... pero falta saber si lo voy á ser tambien de esos que esta noche han estado tan cerca de vos.

—¡Ahora os digo yo á mi vez que no os comprendo!..

—¿No veis, señora, que el objeto de esos nobles, al alzarme por su soberano, no es otro que levantar el pedestal de su propio engrandecimiento, para no respetar luego ni al mismo á quien proclamaron?

—¡Es verdad!

—Con todo, no creais que al empuñar Nepociano el cetro se dejará dominar por los que le elevan.

—Y bien.... qué sucederá entonces?..

—¿Qué sucederá, preguntais?.. Ya vereis á la nobleza sumisa cumpliendo lo que como á súbditos compete.

—¿Olvidais que si escalais un trono, es porque os suben en sus hombros esos parciales?

—Sí... mas una vez escalado, Nepociano sabrá derribar de un golpe los peldaños de esa escala...

—Y os perdereis sin remedio!...

—Mas hablemos de otra cosa, pues creo que tal conversacion debe seros por demás enojosa.

—Sea.

—Qué os parece de los sentimientos de Ferrando?..

—¡Tiemblo por él y por vos!..

—No teneis por qué, señora.

—Sí: su odio á los enemigos de D. Ramiro se acrecienta cada vez mas...

—¡Bah! ya le haremos entrar en razon.

—Su corazon noble no tiene mas que la palabra traicion para calificar la conducta de vuestros parciales...

—Y no tiene razon en ello.

—Asegura que D. Ramiro es el verdadero Rey, no solo por ser hijo de D. Bermudo, sino porque así lo quiso el anciano D. Alfonso.

—Eso ya lo veremos.

—Pues él no ha de permanecer hoy mudo espectador del alzamiento...

—¿Y qué ha de hacer?

—No lo sé, pero os lo repito, tiemblo por él y por vos!

—¡Con qué ardimiento me cortó la palabra, cuando estaba hablando á los nobles! Oh! señora, por qué no ha de ser dado á las padres revelar al hijo el misterio de su nacimiento?

—¡Oh! nunca!

—¡El cielo maldijo nuestros amores!

—¡No blasfemeis, Nepociano!

—¡O el infierno! lo mismo dá...

—Tened la lengua. Nosotros somos los que hemos contribuido á nuestra propia desgracia y á la de nuestro hijo.

—¡Oh..! no hablais con rectitud en lo que decís... echad la culpa á vuestro padre, que nunca quiso que su hija se uniese á Nepociano...

—¡Ah! mi padre! Dios le perdone toda la angustia que ha derramado sobre mi corazon!

—Y aun la que le resta que derramar.

—Es cierto!... aun no hemos agotado las heces del sufrimiento!... Cada vez que considero que no podemos decir

á la faz de las Asturias, Ferrando es nuestro hijo; cada vez que hablo á ese hijo á quien amo mas que á mi propia vida, y no puedo llamarle hijo mio; cada vez que le oigo proferir palabras duras y humillantes contra vos, y no me es dado decirle, respeta á Nepociano porque es tu padre, oh! tiemblo por la vida de entrambos!

Así murmuró la madre de Ferrando, desecha en un copioso mar de lágrimas.

—¿Teneis más, señora, que revelarle toda la historia?...

—¿Y mi padre Escipion?..

Al oir Nepociano este nombre, se contrajo su rostro y un sentimiento de repulsion se dejó ver en toda su persona.

—¡Oh! no me hableis de vuestro padre!.. ese hombre se ha propuesto ser la sombra que por do quiera me persigue!.. ¿sabeis quién es el que ha avisado á D. Ramiro lo que se prepara en Oviedo?

—Quién..?

—Vuestro padre...

—Es cierto?..

—¿Y lo extrañais, sabiendo que es el enemigo mas encarnizado que tengo en la córte?

—¡Oh cuánta aversion!...

—Y aun no sabeis que quien derrama en el alma de nuestro hijo ese odio mortal contra Nepociano, no es otro sino vuestro padre?

—Él?

—¡Ya comprendeis hasta dónde llega la crueldad de ese hombre!

—Y Ferrando dá oidos á sus pérfidas palabras?

—Que si dá oidos? escuchad un momento; si á esta hora peligra el trono sobre que se ha de alzar Nepociano, á Ferrando se debe.

—¡Cómo!

—El fué el encargado por Escipion de llevar un pliego á D. Ramiro, y aunque esta noche se ha aparecido, como

visteis, en la reunion, claramente aseguró que hoy mismo llegaría á poder del hijo de D. Bermudo.

—¿Mas cómo ha podido presentarse en la junta y cumplir la mision de mi padre?

—Eso es lo que no comprendo. Yo envié á D. Tello, uno de mis parciales, con órden especial de arrancarle el pergamino, pero, segun él mismo indicó hace poco, parece que el rapaz ha sabido deshacerse de D. Tello.

—Qué decís! Ferrando se ha visto expuesto quizá á perder la vida!

—Ignoro lo que haya podido acontecer; mas es lo cierto que Ferrando ha aparecido en la junta y que D. Tello no ha sido visto por ninguno.

—Luego ese pergamino...

—Ya os he dicho que estoy en un mar de confusiones y que no acierto á descifrar tal misterio. Si crédito hemos de dar á sus palabras, parece que el tal D. Tello quedaba herido en el camino de Vardulia.

—¡Herido decís!

—Así lo ha manifestado y en verdad que él es muy capaz de hacerlo.

—Y decidme, no habria un medio de hacerle comprender lo mal que hace en contrariar la voluntad de Nepociano?

—Eso nadie mejor que vos puede hacerlo.

—¡Yo!

—Justo.

—Hablad.

—Teneis mas que descubrirle toda su historia?

—¡Ah! Nepociano, habeis olvidado las palabras que un dia pronunció en mi oido ese que el cielo me ha dado por padre?...

—Y bien...

—«¡El dia que ese niño que acaba de nacer, llegue á »comprender que es hijo tuyo y de Nepociano, ese dia será »el último de su vida!» Así me dijo al nacer nuestro hijo.

¡Ahora meditad si mi padre es capaz de hacer lo que me aseguró, y despues aconsejadme que revele á Ferrando nuestra triste historia!

—¿Y desde cuando, señora, no se ha de permitir á dos esposos llamar á su hijo con este dulce nombre?...

—Dia llegará... Sí; abrigo este grato presentimiento; entretanto, esperemos.

—¡Esperemos! repitió el noble conde con abatimiento.

Despues de una breve pausa en la que ambos parecian estar sumidos en profunda y triste meditacion, repuso Eldona.

—¿Por qué han estado tan separados vuestro corazon y el de mi padre? Ah! qué felices hubiéramos sido si en vez de haber arrastrado por nuestro enlace su maldicion, se hubieran acercado vuestras almas!

—Nó, eso no podrá ser jamás.

—¡Jamás! repetia con triste acento la noble dama.

—Apenas, cuando yo era jóven, penetré en el palacio de D. Alfonso, me cobró una aversion terrible que hasta hoy permanece viva en su alma. Y os lo digo, no le temo, mas si mi acero no ha dado buena cuenta de su pecho traidor, débese á que es el padre de mi esposa Eldona.

Al pronunciar estas palabras sonaron á la puerta de la casa tres golpes, que turbaron la conversacion de los dos esposos.

Una dueña bajó á abrirla, mientras que Nepociano se ocultaba por el largo corredor que comunicaba con la entrada del subterráneo; y á poco penetró en la estancia un hombre embozado, que por el ruido de sus armas se conocia que debia pertenecer á la alta nobleza.

Era este un anciano de pequeña estatura, delgado y escueto, y si hemos de dar crédito á la sentencia que asegura que la cara es el espejo del alma, sin temor de incurrir en un juicio temerario, podemos suponer que el personaje que apareció ante la hermosa dama á tan avanzada hora, debia ser hombre de bajos y raquíticos pensamientos, de alma misera-

ble y de corazon duro como el granito.

El soberbio Escipion, pues tal era el aparecido, se contaba entre los próceres mas elevados del reino, y merced al respeto que siempre habia tenido al augusto rey D. Alfonso, habia logrado enagenarse por completo su corazon. Emparentado con una ilustre dama de la corte, tuvo una hija que desde sus primeros años causó la admiracion de Oviedo, y no pocos nobles soñaron en la posesion de aquella hermosa niña, y fueron á pedirla á su orgulloso padre; pero este, midiéndolos por el mismo rasero, rechazó de todos lo que él llamaba absurda pretension. Y no habia que decir que tal conducta fuera motivada acaso por la esquivez de Eldona, que tal llamaron á la niña; pues era sabido en Oviedo que aquella se encontraba completamente sumisa á la voluntad de su padre en este punto. Algunos se maliciaron que soñaba con la corona de las Asturias, y que reservaba la mano de su hija para entregarla á un príncipe; mas esto parecia absurdo á no pocos que disuadian á los que tal opinaban, alegando que era imposible la realizacion de tal idea, porque siendo por lo general electiva la corona y no contando con simpatías ni entre los nobles ni entre los pecheros Escipion, nadie se acordaria de él el dia que faltase D. Alfonso. El largo reinado de este acabó con las hablillas del vulgo, pues á nadie se ocurria ya el pensar en ello, viendo que iban pasando los mejores años de Eldona. Sin embargo, todos notaron una súbita mudanza al cabo de algun tiempo en el continente de la jóven. A la gracia que rebosaba de contínuo en su rostro, sucedió una belleza dulce sí, pero al mismo tiempo bañada con un cierto matiz de tristeza. Su natural sencillo y candoroso se convirtió en receloso y astuto, y la que se habia hecho notar como un modelo de hija sumisa, empezaron á correr rumores de que se habia opuesto á su padre en no sabemos qué asunto doméstico.

Esta transformacion habia coincidido con la aparicion en la corte de un apuesto galan, noble pariente, segun ase-

guraba la fama, del mismo rey D. Alfonso. Admitido por este en su palacio, cautivóse las voluntades de casi todos los nobles y aun hubo algunos que pensaron ya en él para succeder al viejo Rey. No teniendo este descendencia, pues como la historia nos dice, guardó castidad todos los dias de su vida, natural era que se pensase ya en el que habia de empuñar el cetro, que en aquellos tiempos puede decirse que era mas bien espada y maza, atendiéndose mas á las prendas que como guerrero pudiera ostentar el futuro Rey, que á las dotes que para monarca reuniera.

Empero el diácono D. Bermudo habia dejado dos hijos, D. Ramiro y D. García, y aunque estos habian sido reconocidos como hijos bastardos, por haber desaprobado la Iglesia su matrimonio con Nunila, y declarádolo nulo, por el impedimento que en ello tenia D. Bermudo por ser Diácono, sin embargo esto no obstaba para la eleccion de alguno de aquellos por rey de las Asturias.

El soberbio noble al ver aparecer en la corte al gallardo jóven, creyó que su valimiento y poder para con D. Alfonso habia de menoscabarse; y desde aquel momento concibió, aun sin tener motivos para ello, un ódio implacable contra Nepociano, que así era llamado el noble pariente del Rey.

Mas hé aquí que, el jóven á poco de su presentacion en la corte, conoce á la bella hija de su enemigo y un dulce sentimiento brota en su alma: logra hablar con Eldona, y esta le entrega por completo su corazon. El noble Nepociano, que en medio de todo era bueno, aunque habia notado cierta repulsion en Escipion, nunca imaginó que rayase tan alto; así fué que se presentó ignorante á solicitar la mano de su hija, la que le fué negada por aquel con la mayor altanería, volviéndole las espaldas.

Pero si soberbio era Escipion, soberbio era tambien Nepociano y juró que Eldona seria su esposa, mal que le pesara á su padre.

Así se verificó. Dos meses despues Eldona era la esposa

de Nepociano, y al saberlo su padre, maldijo á su hija, asegurándola que nada tenía ya que esperar de él, pues habia muerto para ella en el mundo, el que hasta entonces la habia llamado su hija.

La corte no pudo averiguar nada de lo acontecido. Eldona habitó desde aquel dia fuera de la casa de su padre y todos ignoraron que era la esposa del conde palatino.

Al año tuvo la dulce alegría de abrazar y besar á un niño hermosísimo, y á las pocas horas Escipion llamó á la puerta de la casa de su hija, no para reconciliarse con ella, sino para asegurarla que moriria aquel niño en cuanto llegase á saberse en la corte que su hija Eldona era madre.

Al oir esta palabras tan amargas, cayó en una triste melancolía que sofocó gran parte de la dulce alegría que debia llenar su alma por tener un hijo. Conocia á fondo el carácter de su padre, y sabia que era muy capaz de cumplir lo que le habia asegurado.

Véase por qué Ferrando, se crió sin escuchar el nombre de hijo y sin que le enseñasen á pronunciar la dulce palabra de madre.

Cuando el niño tenia siete años fué entregado á una dueña de Eldona, y desde entonces esta lo veia muy de tarde en tarde, por temor á que los sentimientos de su corazon revelasen el misterio que tanto la importaba ocultar á todo el mundo.

Cuando tuvo catorce años fué colocado en el palacio por Nepociano.

Por lo que toca á Escipion, logró ganarse al page desde el primer dia que este apareció al lado de D. Alfonso, y creyó que ignorando este, como ignoraba, el misterio de su nacimiento, podria valerse de él para sus malvados proyectos.

Y sin embargo, aquel hombre pensaba que al obrar así procedia guiado por un sentimiento de justicia.

Así lo creyó al negarle la mano de su hija.

Así lo juzgó al querer que se ignorase en la corte el

nacimiento de Ferrando.

Con igual rectitud creyó obrar al oponerse á los ambiciosos proyectos de Nepociano.

A veces un sentimiento de justicia exagerado puede llevar á la injusticia.

Dícese que los extremos se tocan.

Esto habia sucedido á Escipion.

Por no faltar á la justicia, se habia opuesto á los deseos de Nepociano, pues adivinó desde el principio la ambicion desmedida que le dominaba.

Y hé aquí que por contrariar sus planes, se vale de armas que siempre debieron serle vedadas, como indignas de un pecho noble.

Ya veremos las que mas adelante manejará para combatirle.

En tanto, el hijo de D. Bermudo fué llamado á su lado por D. Alfonso.

Agradecido este sin duda á la cesion que en él habia hecho de la corona D. Bermudo, y hallándose sin sucesion, pensó en D. Ramiro para su inmediato sucesor en el trono.

Al efecto convocó á los nobles y próceres del reino y les comunicó su régia voluntad de que lo reconociesen por su Monarca, despues de su muerte.

Pero al morir D. Alfonso hállase ausente D. Ramiro, que á la sazon estaba en la Vardulia, á donde habia ido á unirse en matrimonio con la hija de un noble.

Y hé aquí cómo Nepociano contaba con esta feliz circunstancia para la realizacion de su proyecto.

Pero Escipion no dormia; y el mismo dia de la muerte del Rey manda á Ferrando con un pergamino á Vardulia, á noticiar á D. Ramiro lo que tenia lugar en Oviedo y á avisarle que no demorase un instante su vuelta, pues peligraba la corona que sobre sus sienes habia puesto antes de morir D. Alfonso.

Lo demás ya lo saben nuestros lectores.

Y pues conocen tambien á Escipion, veamos qué le

mueve á ir á casa de su hija á una hora tan descompasada, despues de diez y ocho años que hacia desde su última vista con Eldona.

Desde la noche del nacimiento de Ferrando no habia visitado á su hija.

Pero esta escena merece capítulo aparte.

CAPITULO VIII.

Guerra á muerte.

—¡Padre mio! exclamó Eldona al reconocerle; y acercóse á él con muestras de sumision, de que mostró Escipion no apercibirse.

—Eldona: aquí me teneis al cabo de diez y ocho años que no nos vemos.

—¡Es verdad! prorumpió aquella con acento triste y abatido.

—¿Y sabeis cuál es el objeto de esta visita?

—Lo ignoro.

—Pues oid. Vuestro ambicioso señor ha minado el reino con sus ardides: esta noche ha reunido á gran parte de la nobleza y en la asamblea ha quedado concertada su coronacion para mañana, ó por mejor decir, para hoy.

Estas expresiones fueron pronunciadas en un grado tal de exaltacion, que hicieron temblar á la infeliz Eldona.

—Y bien....

—Que vais mañana á ceñir una corona en vuestras sienes: continuó cambiando repentinamente en tono irónico.

—Jamás he soñado en ser la esposa de un Rey. Si el cielo así lo dispusiera....

—¡No! le interrumpió aquel volviendo á expresar su furor; no es el cielo, sino el infierno quien arroja la tea de la discordia en las Asturias. Ha llegado el momento que tanto temia; pero ¡tiemble el soberbio Nepociano, porque acaso esté ya próxima su última hora! Oviedo se arma, hoy correrá la sangre de mil infelices para alfombrar el trono de vuestro esposo; mas os lo repito: tiemble Nepociano!.... y temblad tambien vos!...

—¡Yo!

—¡Sí!... Os habeis conducido como hija desobediente... todo lo pospusísteis á ese amor ciego que ese vil supo despertar en vuestro corazon!.. ni los consejos de un padre os pudieron disuadir de vuestro loco empeño, ni su maldicion os hizo mella!... pues bien temblad, Eldona, ha llegado la hora de la expiacion!!

—¿Qué pretendeis?.. murmuró aquella presintiendo en las misteriosas palabras de su enfurecido padre, algun nuevo golpe para su pobre y afligido corazon.

—¿No es verdad que adorais á vuestro hijo Ferrando?

—¡Oh! sí.. contestó con fuego la infeliz.

—Pues señora, bueno será que pidais por él al Cielo.

—¡Qué decís!... mi hijo!... ¿corre algun peligro mi hijo? gritó levantándose de un salto y acercándose suplicante á Escipion. ¡Oh! por el amor que algun tiempo me tuvísteis, padre mio, hablad ¡una madre os lo suplica!!

—Hoy, cuando el pueblo y la nobleza ganada por Nepociano le levanten en el trono, rodará la cabeza de vuestro hijo por las gradas de él!

—¡Mi hijo morir!! y por qué?.. Acaso vuestra maldicion ha de alcanzarle tambien?... No: no es posible que á tal grado llegue vuestra crueldad...

—¿No? ya lo vereis.

—¿Ignorais que es el defensor decidido de los derechos de D. Ramiro?

—Lo sé..! pero no importa!.. La cabeza de Ferrando será el primer presente que le ofrecerán hoy.

—Pero ¿qué mal os ha hecho mi hijo, ni por qué ha de espiar la culpa de sus padres?

—¡Señora, no hay remedio! Lo hé jurado y lo cumpliré: la coronacion de vuestro esposo va irremisiblemente unida á la muerte de vuestro hijo!

—¿Y quién sois vos que así pretendeis oponeros á lo que llamais ambicion en Nepociano? ¡Buena justicia por cierto la que pretende castigar un crímen con otro crímen! ¿Y os llamais sostenedor de los derechos de D. Ramiro? Nó: no puede D. Ramiro admitir vuestros servicios, ni escuchar la voz con que le llamais á defender el trono de D. Alfonso, cuando tenga noticia de los medios perversos de que os valeis para asegurarle el cetro: exclamó con acento enérgico Eldona inspirada por un sentimiento de justicia.

—Veo que sabeis defender con bríos lo que vos llamais derechos de Nepociano; dijo por toda respuesta Escipion con acento sarcástico. ¡Bueno fuera que hoy ciñérais una espada y os pusiéseis á la derecha de vuestro esposo en la revuelta lid!

—¡Por qué; repuso la infeliz con acento suplicante: por qué, padre mio, no considerais el mal que estais haciendo á mi corazon? Mi esposo querido, mi idolatrado hijo se hallan hoy en peligro!.. Ambos se encontrarán hoy frente á frente en distintos bandos; acaso la sangre de los dos tiña las calles de Oviedo; y sin embargo venís á derramar en mi alma nueva copa de tristísimo dolor! ¡Como si no hubiera sufrido aun bastante! como si no estuviéseis contento con lo que me habeis atormentado. ¡Oh padre mio, yo, la que un dia llamásteis con ternura hija vuestra y mecísteis cuando niña en vuestras rodillas, yo os lo suplico postrada á vuestros pies derramando lágrimas de amargura; acabad de olvidar ese resentimiento que tan hondas raices ha echado en vuestro pecho; reconciliaos para siempre con Nepociano, y compadeceos por fin de esta hija que tan amargas lágrimas ha vertido en la tierra!!

Estas palabras pronunciadas por Eldona con gran fuer-

za de sentimiento, postrada á los pies de Escipion, y en las que se revelaba la hermosura y nobleza de su alma, siempre pronta á humillarse á su padre, á pesar de la severidad con que la habia tratado, no domeñaron el feroz ánimo del soberbio y empedernido Escipion.

Era el enemigo jurado de Nepociano, y entre ambos estaba interpuesta una barrera insuperable.

El dulce sentimiento del perdon nunca tuvo cabida en su alma dura.

Todo el amor que una vez tuvo á su hija, si es que alguna vez lo llegó á tener, se habia trocado en odio encarnizado desde el momento en que aquella abrió su corazon al deudo de D. Alfonso.

—¡No! mil veces no! gritó Escipion formando notable contraste el acento altanero del padre con el dulce y cariñoso de la hija. Guerra á muerte nos hemos declarado!.. Veremos quién vence en la pelea!.. Por ahora parece que las probabilidades están en su favor.. pero pronto se derrocará el castillo en que piensa guarecerse. Dentro de un mes veremos quién gobierna las Asturias... reservad, pues, algo del brillo de la grandeza que hoy vais á poseer, para el dia no lejano en que os precipiteis ambos en el abismo de la humillacion y la infamia!!

—¡Veo, padre mio, que es vano todo empeño!

—Sí; y escuchad bien esto que voy á deciros, porque serán mis últimas palabras.

—Hablad, murmuró la desventurada Eldona sin inmutarse. ¿Qué la restaba ya oir que fuese mas terrible y doloroso que lo que ya antes habia escuchado de boca de su padre?

—¡Cuando hoy Nepociano se siente sobre el trono, decidle al oido de parte mia, que le emplazo para un mes en el castillo de Luna!

El soberbio Escipion se precipitó fuera de la estancia, en tanto que la infeliz Eldona se dejaba caer en un escaño, no pudiendo mantener por mas tiempo su presencia de ánimo, tanto tiempo sostenida en aquella lucha formidable y estéril.

CAPITULO IX.

Al cual ha querido llamarlo así el autor, solo porque va despues del octavo y antes del décimo.

Todos los que hayan visitado la capital del antiguo reino de Asturias, saben que para llegar á la Iglesia de Santa María, que hoy lleva el nombre de *Capilla del rey Casto*, hay que atravesar, saliendo del palacio, que en la actualidad es el Hospital de San Juan, la calle que llaman del Aguila.

Como es una gloria esto de escribir una leyenda, y aun el leerla por la facilidad con que, lo mismo el autor que los lectores, pueden, si á bien lo tienen, visitar los mas apartados lugares, sin que para ello se vean obligados á salir no ya del punto donde residan, sino lo que es mas, ni aun de sus casas; invitamos á nuestros lectores á que uniéndose con nosotros, nos sigan á la dicha calle del Aguila en Oviedo.

Es verdad que la noche, ó por mejor decir, la madrugada, pues son ya las tres de la mañana, impide con sus sombras que podamos andar tan á deshora, sin que encontremos algun tropiezo.

Pero esta misma facultad que gozamos de recorrer millares de leguas con nuestro pensamiento, y penetrar en los mas ocultos recintos, hace tambien que ni las sombras existan para nosotros, para tropezar se entiende, así como á la inversa no nos han de ofender mas adelante los ardores del sol, pues somos invulnerables.

Ahora bien, entremos, lectores mios, en la calle del Aguila.

Una reja baja aparece entreabierta, como á la mediacion de aquella.

Acerquémonos pues.

Pero calle!... una hermosa jóven se encuentra asomada!

Pero no crean los lectores que está allí tomando el sereno porque alguna maga misteriosa le haya dicho que de este modo ha de poder al siguiente, por las pálidas facciones de su rostro ó por las líneas de su blanca mano conocer su oculto destino y que ella ha de revelarle.

Nada de eso.

La jóven no se halla sola.

Un armado está en la parte de afuera, y departe amigablemente con aquella.

¿Quiénes serán?

Ya se vé, esta pícara curiosidad que todos tenemos de enterarnos de vidas agenas, apuesto cualquier cosa á que es la misma mismísima que ya habrá hecho que nuestros lectores deseen saber qué significan la reja, la jóven y el armado.

¡Válganos Dios! sobre que vamos nosotros á contribuir á satisfacer tal curiosidad, aunque inocentemente, y no mas que por no desagradar á nuestros lectores, que son muy comedidos y por otra parte tratan al autor con una benevolencia que no merece!

Pues señor, vámonos acercando despacito no sea que se asusten los palomos y levanten el vuelo.

Ya se vá oyendo algo de lo que están hablando.

¿Serán sueños de amores?

Mucho nos tememos que sí.

Pero calle!... esa voz la conocemos ya de antemano!

¿Quién será?

Silencio... chist...

Pues, no lo deciamos?

—Pero señor autor ¿acabará V. de decirnos con tanto misterio quién es?

Paso, lectores mios; que aunque el autor tiene la sangre muy viva, segun mienten algunos de sus amigos, le agrada sin embargo echar su parrafito de vez en cuando con sus lectores, siquiera aunque no sea mas que para recobrar algun aliento despues de haber referido escenas tristes.

¿Tienen Vdes. mas que acabar de acercarse á la reja y averiguar por sí mismos quienes son los que se hallan de una y otra parte?

Vamos allá.

Pero... ¿no creen ustedes que está mal que vayamos á curiosear lo que dicen en la confianza de que nadie nos oye?

Y cuidado que no es por que estén platicando cosas que no deban oir los lectores.

Si así fuera, formalmente aseguramos que nos hubiéramos guardado, hasta de haberles hecho salir de sus casas, poéticamente hablando se entiende, para penetrar en Oviedo y en la calle del Aguila.

Pues señor, manga ancha.

Este pecadillo vá á la conciencia de los lectores.

Nada, lo dicho, la voz del que está á la parte de la calle la hemos oido ya otra vez.

Qué le parece á ustedes el mozo?

¿A que nó adivinan á quien nos hemos echado á la cara?

¡Quién lo creyera!

Piensen un momento quién podrá ser.

¿Y la jóven que está á la reja?

Francamente, como no la vemos, nos es muy triste decir que hay imposibilidad absoluta, mientras no claree un po-

quito, de hacer su retrato.

Imagínense ustedes una jóven.... pues... una jóven; y no podemos decir mas.

Su voz es lo único que percibimos.

Eso sí... dulce y armoniosa es á no dudarlo.

Tendrá... qué sabemos la edad que tendrá?

Pero, señor ¿quién nos mete á nosotros en ir de noche á reconocer los rostros de dos personas cuando no vemos mas que sombras por todas partes?

Si aquel siglo hubiera tenido la incomparable dicha de ser, hemos dicho mal, de llamarse de las luces, no hubiera faltado un mal tubo enterrado por la calle del Águila que diera paso á una corriente de gas que á poco trecho de la reja difundiese su luz.

Pero hasta en eso fueron desgraciados aquellos siglos de barbarie.

Pero volvamos á la jóven.

Deciamos que su voz era dulce.

Pero... oigan ustedes; la ha llamado Laura el armado.

¡Laura!...

Bonito nombre para una heroina de novela.

En una que leimos hace poco, no encontramos un nombre que no derramase poesía por todos sus poros.

Teodomiro... Luz... Sol... Imelda... Teodoro...

Una novelita que tenga personages con tales nombres de pila.... ó de confirmacion, pues á veces los autores tenemos las mismísimas atribuciones que tienen los obispos para confirmar cómo y á quien nos dé la purísima gana, por necesidad ha de ser bonita.

Ya se ve, á un nombre tan poético ¿cómo es posible que vayan unidos unos ojos de perdiz ni mucho menos sin pestañas?

Y sea por ejemplo; una Imelda tiene indispensablemente que ostentar toda la belleza y frescura de la juventud...

De modo que en cuanto pase de los cincuenta, y voy muy largo, debe hacer dimision de su nombre; porque,

lectores mios, ustedes estarán conmigo, una Imelda de cincuenta años es un anacronismo.

Y á la verdad, no comprendemos lo que harán tales autores con la Imeldita cuando llegue á esa edad.

Pero ¡bah! nos ahogamos en poca agua.

La matan antes que la infeliz llegue á arribar á esa época de su vida.

Y muy bien hecho por cierto.

Y si no, á la prueba nos remitimos.

Supongamos que toda la poesía se convierte en realidad.

La tal Imelda no se alimenta de sueños ni de ilusiones.

O lo que es igual come y bebe que es un gusto; se despacha sendos tasajos de carne, echa buenos carrillos y se hace una sargentona en toda la estension de la palabra.

O lo que viene á ser lo mismo: no es de aquellas que se mueren de amor veinte ó treinta veces al dia, y que al cabo concluyen por suicidarse, para ir mas pronto por supuesto á gozar el cielo en compañía de los ángeles, y muy particularmente del jóven que formaba su vida.... su ídolo..... su corazon.... su templo.... etc., etc., etc.

Pues como digo, no es nada de eso.

Todo lo contrario, vive Imelda comiendo y bebiendo, que es el método que por ahora se sigue entre la gente ordinaria.

Cásase nuestra heroina; prescindamos del prosaismo que encierra el casamiento de una Imelda.

Dios le dá hijos.

Pasan dos, cuatro, veinte, treinta y cuarenta años.

Los hijos de Imelda hacen lo que su mamá.

Es decir, se casan tambien.

Y ya llegamos al punto de nuestra argumentacion.

¿Si se dijese en dicha novela que Imelda llevaba á pasear á sus nietezuelos á la plaza de Mina, no soltarian ustedes la carcajada?

¡¡¡Una Imelda abuela!!!

Tres admiraciones le hemos puesto por banda, y aun nos parece poco.

¡Qué profanacion! qué horror! y sobre todo, ¡qué espantoso anacronismo!

Lo que no comprendemos es, cómo podian agradar las novelas de los pobrecillos escritores que hubo en España en el siglo de oro de nuestra literatura.

¡Vea V. llamarse Dorotea una de las heroinas de las novelas de Cervantes!

¡¡Dorotea!!

Nombre que apesta de puro viejo á cien leguas.

Pero no nos separemos del siglo noveno ni de la calle del Aguila.

Laura se llama la jóven.

Reparen ustedes por qué sin haberla visto la hemos llamado jóven y hermosa al principio de este capítulo.

¿Se puede tener el nombre de Laura sin reunir ambas cualidades?

¡Cá! de ninguna manera.

Y vean ustedes, esto mismo obliga al autor á poner á dicha jóven tal nombre: porque, supongamos por un momento, que antes de verla nosotros la hubiéramos llamado Pancracia ó Prudencia ó Tomasa ú otro cualquiera por el estilo. ¿Nó es cierto que hubieran formado una idea muy pobre de Laura?

Luego hé aquí la ventaja de idear un nombre bonito.

Lo malo es que no sabemos si incurrimos en un anacronismo.

¿Será cosa que en el siglo nono aun no existiera santa alguna de este nombre.

¡Bah! de poco nos paramos.

Laura la hemos puesto y Laura se ha de quedar.

Digo, nosotros no se lo hemos puesto: el jóven que departe con ella la ha llamado así.

Vamos á ver si acabamos de oir lo que dicen, que para palique basta ya con el ratito que hemos echado con los lectores.

Préstennos atencion.

¡Buena la hemos hecho!

Ahora que ya estábamos tan cerca é íbamos á enterarnos de todo, se nos cae el gozo en el pozo.

Los enamorados se separan.

El caballero, ó armado, ó lo que sea, se retira de la reja.

La jóven permanece unos momentos allí, pero en cuanto corta su acompañante la próxima esquina, tambien nos deja á oscuras.

Pues nos alegramos, aunque nuestros lectores lo sientan.

¿No era una cosa poco digna ir á escuchar conversaciones de enamorados?

Porque enamorados son sin duda.

¿Y no habian de serlo cuando á tales horas se ponen á departir?

¿Y qué nos hacemos ahora?

Los dos se han desvanecido de nuestra vista.

No se ve un alma por aquella calle.

Por entretenernos en hablar se nos han volado los pájaros.

De modo que hasta otra.

Vuelvan los lectores á sus respectivas moradas; y mañana volveremos á la misma hora, procurando no perder ni una de las palabras que los dos se dirijan.

Está llenado nuestro objeto, que era distraer á nuestros lectores un poco, despues de las escenas que habrán leido en los capítulos anteriores.

CAPITULO X.

Lo que discurria Escipion momentos antes de la asamblea de los conjurados.

Hemos hablado anteriormente de un nuevo personage de nuestra historia, y no queremos que lo desconozcan nuestros lectores.

Unidos hemos visto los nombres de Escipion y Sonna, amigos del Rey D. Alfonso el Casto y partidarios del jóven D. Ramiro.

Y pues sabemos ya quién es el primero, veamos ahora quién es el segundo.

Sonna, era uno de aquellos hombres que sin pasar de un talento mediano, tienen la fatalidad en el mundo de decir amen á todo lo que hace ó indica otro que logra captarse su voluntad.

Conocemos hoy tambien á muchos de esta naturaleza, y hé aquí que parecerá extraño á algunos lo que les vamos á decir.

Tales personas son mas peligrosas que otras, que acaso sean mas perversas que aquellas.

Sin suficientes alcances para discernir lo que es recto y lo que no; sin elevarse á estudiar, porque no les es posible, el corazon de los que á su rededor están, y sin tener sufi-

ciente ánimo para romper con aquellos que logran ganarse su voluntad, cuando por acaso llegan á saber que van errados al dejarse dominar de quien de ellos se vale para sus intrigas y malas artes, son, como hemos dicho, los que mas perjuicio causan en ciertas ocasiones.

A esta clase de hombres pertenecia el llamado Sonna, el compañero inseparable de Escipion, el padre de Laura.

Noble por sus antepasados, y mas que nada por la sencillez de su corazon, era un instrumento ciego de los criminales pensamientos de su amigo.

¿Cómo creerán nuestros lectores que habia logrado Escipion atraerse las simpatías de Ferrando?

Extraño parecerá sin duda el medio puesto en juego por el soberbio privado de D. Alfonso.

Sonna tenia una hija pura y hermosa.

Su alma cándida é inocente no era morada sino de elevados pensamientos.

Diez y seis años contaba no mas.

¿Qué jóven no es inocente á esta edad?

Queremos formarnos la dulce ilusion de creerlo así.

¿Y por qué no?

No hablamos sino de los que tienen la dicha de recibir una educacion cristiana.

Por lo demás, no se nos oculta que hoy, como siempre, si bien en escala mucho mayor, esa edad es la que se encuentra mas expuesta á la corrupcion, por lo mismo que es, como la cera, fácil á la impresion que se le dé primero.

Pero con respecto á Laura no corria este peligro.

Era un ángel, si bien abrigaba elevado y superior talento, porque este no está reñido con la inocencia.

Escipion consideró despacio lo que podia contribuir la jóven aun sin saberlo al cumplimiento de sus miras ulteriores acerca del page Ferrando.

Este contaba como ya dijimos, 18 años.

Era tambien noble y recto en su corazon, y procuró el astuto valido acercarlos mútuamente para que se conocie-

sen, y conociéndose hacer de sus almas una sola por medio del amor.

¡Mentira parece que haya hombres que así procuren abusar de los mas bellos sentimientos!

Ferrando vió á Laura.

Sus corazones palpitaron de un modo extraño al encontrarse en el camino de la vida.

Escipion habia conseguido el primer paso en la carrera empezada.

Laura era la hija de su amigo Sonna.

Este le estaba sujeto en los mas pequeños pensamientos.

Ferrando contribuiria pues á hundir á su mismo padre Nepociano en la infamia y la perdicion.

El jóven, que no habia abrigado jamás ódio contra ninguno de sus semejantes, que no vivia sino para su patria y para su rey, sin aspiraciones de ningun género y sin ambicion para el porvenir, no comprendió el lazo que se le tendia.

Ignoraba el misterioso lazo que le ligaba á Escipion, á Nepociano y á Eldona.

La gloria y el amor, hé aquí los dos sentimientos que habian brotado juntos en su alma.

Escipion lo comprendia tambien así.

Momentos antes de reunirse los descontentos en el subterráneo que ya conocen los lectores, penetró este último en casa de Sonna.

Parecia que su alma era presa de horrible agitacion.

¿Qué pasaba por ella?

—Sonna, amigo Sonna, dijo al entrar, los rebeldes á D. Ramiro no descansan!

—¿Qué ocurre, le preguntó el padre de Laura.

—A esta hora van á reunirse no sé dónde con objeto de aprestarse al levantamiento que vá á tener lugar mañana mismo.

—¡Qué decís!

—¡Oh! nó hay duda!

—Pero..,

—Acabo de saberlo.

—¿Y Ferrando?

—No sé lo que de él habrá sido.

—¿Pero marchó á Vardulia segun me dijísteis?

—Sí... mas escuchad.

—¿Qué hay?

—Antes de partir ya habia salido de Oviedo un emisario para arrancarle el pergamino que debe llevar á manos de D. Ramiro.

—¡Voto á satanás! y creeis?...

—Creo que el jóven habrá caido en el lazo. Quien debe apoderarse del pliego es un hombre que sabe manejar maravillosamente las armas del disimulo y la traicion.

—¿Quién es?

—D. Tello.

—¡D. Tello!

—¿Qué os parece?

—Lo que acabais de decir. Mucho me temo del resultado de la comision de Ferrando.

—¿Y qué nos hacemos?

—Lo ignoro, eso pensadlo vos. La nobleza en su mayor parte está por Nepociano.... el pueblo...

—Tambien está por él.

—De manera...

—De manera que ¡voto al infierno! ese ambicioso conde ceñirá mañana la corona del Casto.

—Pero D. Ramiro?...

—¡Necio por demás ha estado en ausentarse en tan crítica situacion!

—Bien es verdad que al marcharse nadie sospechaba tan pronta la muerte del monarca.

Escipion se paseaba por la estancia lleno de horrible inquietud.

La rabia y la desesperacion le dominaban por completo.

Nepociano habia tenido mas prevision que él.

El portador del pliego era el sencillo page Ferrando.

El que debia arrancárselo era D. Tello.

Sonna se hallaba perplejo: su inteligencia no era capaz de discurrir un medio con el cual se opusiesen á los planes de Nepociano.

Sabia que su amigo Escipion era su enemigo encarnizado; no le habia este ocultado el misterio del nacimiento de Ferrando y toda la larga historia que ya saben los lectores: empero no discurria lo que aquel se habia propuesto al hacer que se conociesen el page y su hija, ni mucho menos podia venírsele á las mientes que Laura fuera en tales proyectos el juguete de que se valia el padre de Eldona.

Así es que permanecia callado viendo su estado de agitacion.

Despues de una corta pausa, paróse en medio de la estancia Escipion, y pronunció con ronco acento:

—El pueblo, ese pueblo necio, en vano será cuanto hagamos por levantarle contra Nepociano.

—¿Y el dinero que habeis derramado para ganároslo?

—Todo ha sido en balde.

—Es necesario reconocer que D. Ramiro no ha logrado aceptacion en Oviedo.

—Decid mas bien, que Nepociano ha tenido la precaucion de malquistarle antes.

—¿Eso hay?

—Sí: agréguese á esto la voz que sus parciales han hecho correr de que el conde vá á romper el feudo de Mauregato.

Al pronunciar tales palabras llamaron á la puerta.

—Ese debe ser Cristian, indicó Escipion.

—Le abro? preguntó Sonna.

—Abrid pues.

Abierta la puerta, penetró en la estancia un soldado.

—Cristian, dijo Escipion: cumpliste con lo que te encargué?

—Sí á fé.

—Y qué has conseguido?

—Nada...

—¡Nada! voto á Luzbel!

—El pueblo está encaprichado por Nepociano y para nada quiere á D. Ramiro.

—¡Oh! si los gallegos se aprestan para defenderle; ya verá ese pueblo lo que de su rey va á ser!

—Sí: pero entre tanto Nepociano gobernará las Asturias, y una vez asentado en el trono, le sucederá lo que á Aurelio, Silo y Mauregato: los gallegos le obedecerán mal de su grado!

Escipion oyó tal observacion del soldado y le pareció acertada.

Sonna escuchaba silencioso aquel diálogo y auguraba muy mal de los planes de su amigo.

—Tenia además que deciros: continuó Cristian.

—Habla.

—Esta noche se han reunido los descontentos para tratar del levantamiento del usurpador.

—Y qué?

—Que mañana á las doce se hará la proclamacion.

—¡Mañana á las doce!

—Sí, tengo todavía mas que deciros. Ferrando está en Oviedo á esta hora.

—¿Ferrando ha llegado?

—Hace poco penetró en Oviedo.

—¡No comprendo; murmuró Escipion en el colmo de la admiracion.

—Y por cierto que el page de D. Alfonso ha debido castigar no poco al pobre corcel durante la jornada, porque al entrar por la ciudad cayó el bruto reventado.

—¡Me has puesto en un mar de confusiones! Ferrando en Oviedo!

—Debo sin embargo haceros notar que no ha vuelto con él su acompañante.

—¡Su acompañante!

—Sí: Anton, nuevo escudero que se ha echado el jóven, salió hoy con él de la ciudad.

—¿Y dices que no ha vuelto Anton?

—Así es.

—¡No acierto á descifrar este misterio! Qué decís á esto, Sonna?

—Lo mismo que vos. ¡No comprendo la conducta de Ferrando!

—Está bien; repuso Escipion dirigiéndose al portador de las nuevas; tengo ahora que encomendarte otro asunto, que por el camino te indicaré. Salgamos: Dios os guarde, Sonna.

—Con él vayais.

¿Qué asunto era aquel que no se habia atrevido el astuto Escipion á dar á Cristian en presencia de su amigo?

Una vez fuera de la casa, paróse á la puerta y murmuró dos palabras al oido del soldado.

Este pareció turbarse un poco, pero repuesto ya, y despues de haber prestado atencion á lo que continuó diciéndole el noble, se apartó de aquel sitio no sin haber asegurado al separarse de aquel:

—Descuidad, mi pulso es admirable, se hará como decís.

Escipion tomó entonces la direccion que llevaba á la casa de su hija Eldona, esposa de Nepociano.

CAPITULO XI.

Que trata del alzamiento de Nepociano por Rey de las Asturias.

Amaneció el dia en que debia ser coronado Nepociano por Rey de las Asturias contra los derechos de D. Ramiro, hijo de D. Bermudo, y á pesar de la voluntad expresa del difunto Rey D. Alfonso el Casto.

Oviedo parecia aguardar en aquel dia grandes acontecimientos. Numerosos grupos recorrian sus calles, dirigidos por algunos que hacian de cabezas, y mezclados nobles y plebeyos se habian reunido al pie del palacio, como esperando la señal convenida para dar el grito.

Sin embargo de la casi seguridad que tenian los parciales de Nepociano del éxito del alzamiento, pues, como hemos dicho, contaban con el apoyo del pueblo, á quien habian dicho que aquel se proponia acabar con el feudo de las cien doncellas, los diversos grupos que se iban formando en la plaza y vagaban por las calles de la ciudad, se miraban con recelo los unos á los otros como temerosos de que perteneciesen al bando de D. Ramiro.

Por lo que respecta á este, tenia tambien algunos parciales, si bien eran en corto número; y como suele suceder en casos de tal naturaleza no se atrevian á alzar el grito en

favor suyo, por la evidencia que tenian de que habian de ser vanos sus esfuerzos.

Entre los que querian por Rey á D. Ramiro, contábanse Escipion y su amigo Sonna, cuyo rarácter conocen ya nuestros lectores.

Ambos se avenian perfectamente por lo avieso de su odio á Nepociano, así es que habian puesto en juego todos los medios posibles, derramando el oro entre algunos hombres del pueblo á fin de que al verificarse el alzamiento diesen gritos en favor de D. Ramiro y reuniendo cuantos mas hombres pudiesen, vieran por contrarestar la insurrecion.

Las diez de la mañana serian. A uno de los varios grupos que charlaban por lo bajo en la plaza, se acercó un jóven y comenzó á hablar á los que lo formaban:

—Estais preparados?

—Lo estámos.

—Cuántos habeis logrado reunir?

—Treinta hombres.

—Nada mas?

—Nada mas.

—¡Poca gente es á fé mia!

—Ferrando, sabedlo, el pueblo, está deseoso de novedades y hoy lo es el alzamiento de ese usurpador; no hay quien le saque de la cabeza que Nepociano es el que ha de dar la felicidad á las Asturias.

—Pues yerra en su ignorancia el pueblo si tal cree: aseguró el jóven.

—Todo cuanto hemos hecho ha sido en vano, ni el oro que nos dió Escipion, ni las promesas halagüeñas que les hicimos, han sido parte á sacarle de esa errada opinion.

—De modo que segun eso...

—Nepociano será Rey dentro de unos momentos.

—No, siguió diciendo Ferrando; no lo será, antes perderé mi vida y mil mas que tuviese, que permanecer impasible en el momento crítico.

—Y nada conseguireis.

—Por lo menos lanzar una voz á la faz de Oviedo, para pregonar muy alto que Nepociano es un vil usurpador.

—Y qué; dejará por eso de enpuñar el cetro ni de ceñir la corona?

—En suma, ¿os atrevereis á seguirme á donde os lleve?

—Ferrando, oid: La cobardía no tiene entrada en nuestra alma, pero del valor á la temeridad hay mucha diferencia.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Bien claro está; que consideramos como un arrojo, que á nada conduce, el oponerse á la corriente de los hechos.

—Luego habeis perdido toda esperanza?

—Así es.

—Pues á pesar de todo, quien abrigue entre vosotros leales pensamientos á D. Ramiro, y quiera hacer alarde de ellos, únase á mí; y ya veremos si conseguimos algo.

—Contad conmigo.

—Mi brazo está á vuestra disposicion.

—Os seguiremos á donde querais conducirnos.

—¡Bien, valientes! exclamó Ferrando viendo que podia contar con aquellos hombres rudos: despues continuó.

—Y si quiere el cielo que á pesar de nuestros esfuerzos salga vencedor Nepociano, daremos á la faz de las Asturias un testimonio que pruebe, que si hoy se alza en el trono por los amaños de los nobles, aun hay en Oviedo quien pelea por los derechos de D. Ramiro. Tú, Pedro, vé ahora mismo al templo de Santa María, sube á la torre y empieza á tocar á rebato. Los conjurados esperan dar el grito al medio dia; con eso desconcertaremos su plan. Vosotros, venid conmigo, recorramos las calles de Oviedo; cada cual haga por atraerse á sus parientes y amigos; levantemos al pueblo, descubriéndole la horrible trama que se prepara; digámosle que D. Ramiro está para llegar y que si logramos desconcertar por hoy el alzamiento de Nepociano, acaso nos deba á nosotros D. Ramiro la corona que debe ceñir sus sienes. Corrámos.

Y salieron de la plaza y empezaron á recorrer el pueblo, llamando á su bando á todos los que conocian.

Pero bien poco pudieron conseguir. El pueblo estaba casi todo por Nepociano, como hemos dicho.

En esto la campana de Santa María empezó á tocar á rebato.

Los nobles, que no esperaban tal toque, corrieron al palacio y se apostaron á su entrada. El pueblo voló tambien á unirse á los nobles.

Nepociano apareció en aquellos momentos al pie del palacio.

—¡Asturias por Nepociano!... sonó una voz en medio de los grupos.

—¡Asturias por Nepociano!... gritaron de todos los ámbitos de la plaza.

Pero un grupo apareció por unas de las calles que daba entrada á aquella, acaudillado por un jóven, el cual gritó con acento valiente:

—¡Asturias por D. Ramiro!!

Y se arrojaron sobre los parciales de Nepociano como leones.

Nobles y plebeyos, que no esperaban que se hiciese resistencia al alzamiento, ni que hubiese quien abrigase el loco pensamiento de contrariar el plan, preconcebido ya de mucho antes de la muerte de D. Alfonso, echaron mano á las armas y cayeron sobre aquel puñado de hombres arrojados, pues arrojo y nada mas merecia llamarse su intento.

Empero la victoria no les fué tan fácil como en un principio se imaginaron. Pronto corrió la sangre de ambos bandos. Si con valor y desesperacion luchaban Ferrando y los suyos, no con menos ardimiento esgrimian las armas los de Nepociano.

Entretanto este procuraba calmar á los de uno y otro bando, y gritaba á los contrarios que se entregasen, pues era segura su derrota.

Pero lo que mas le afligia era ver á su hijo Ferrando, aquel hijo tan esforzado y leal á D. Ramiro, luchando contra su mismo padre.

Y de todo tenia la culpa Escipion.

Al cabo de un corto rato de lucha, quedaban ya muy pocos de los de Ferrando. ¿Qué habian de conseguir treinta hombres contra todo un pueblo? Su empeño habia sido inútil y con su vida pagaron, muriendo casi todos como buenos.

Ferrando, despues de haber visto caer todos los suyos, reparó la situacion en que se hallaba, y se consideró perdido.

Cien espadas levantadas en alto iban á caer sobre su cabeza: escudado con su brazo izquierdo que estaba forrado de hierro, acometia mientras con la derecha, y esperaba el golpe que primero cortase el hilo de su vida.

Pero la voz de Nepociano hendió los aires, gritando así:

—¡Ninguno ose tocar á Ferrando!

Todos los brazos bajaron sin herir al jóven.

—Tiene razon Nepociano.... es un valiente y digno por lo tanto de mejor suerte; murmuraban los de Nepociano.

El jóven se vió libre en aquel momento.

Tendió al punto su vista á un ángulo de la plaza, y haciendo una señal á un hombre del pueblo que tenia un caballo del diestro, acercóse aquel y montando el jóven de un ligero salto, se preparó á salir de la plaza.

Todos le contemplaban mudos de admiracion.

Pero en el instante de montar se oyó un silbido particular y un dardo hendió los aires y vino á clavarse en el hombro del jóven.

Hemos dicho mal, no fué en el hombro, sino en la armadura donde se clavó.

Al punto el jóven echó mano al arma y se la arrancó arrojándola al suelo.

Todavía no la habia soltado de sus manos, cuando un nuevo dardo silbó por el espacio y vino á herir al infeliz

pechero que le tenia el estribo.

Todos se quedaron pasmados de aquel acontecimiento y dirigieron la vista al sitio de donde habian partido los dardos.

Los dos habian sido asestados de una casa que en la plaza habia deshabitada.

Quién seria el que tan mal queria al jóven?

Por lo que toca á este, rápido hizo girar su caballo, y repuesto de aquel lance extraño, gritó á Nepociano en el momento de espolear al bruto.

—Nepociano, como traidor y mal nacido obras. Los asesinos han errado el golpe! Ay de tí si un dia nos encontramos frente á frente!

Todo cuanto hemos referido habia pasado en tan cortos momentos, que algunos ni habian podido darse entera cuenta de lo ocurrido.

El pueblo se abrió para dar paso á Ferrando que gritaba esgrimiendo su espada.

—¡Plaza al page Ferrando!!

Y se precipitó fuera de la ciudad y tomó á escape el camino que conducia á Vardulia.

CAPITULO XII.

En el cual se ve como halló Eldona quien, sin ser adivina, leyese sus mas ocultos pensamientos.

Ha pasado un mes desde los últimos acontecimientos que acabamos de narrar en los anteriores capítulos.

Nepociano habia llegado al término de sus deseos. Asturias le obedecia.

Escipion y Sonna habian desaparecido de Oviedo; decíase que habian ido á Vardulia á reunirse con D. Ramiro.

Igualmente se ignoraba el paradero de Ferrando. Era natural que estuviera tambien al lado de aquel cuyos derechos quiso defender con tanto denuedo el dia del alzamiento de Nepociano.

Eldona, tuvo noticia aquel mismo dia del peligro en que se habia hallado su hijo, y derramaba lágrimas tristes, considerando cómo la situacion de las cosas habia puesto á Nepociano frente á frente de su mismo hijo.

Supo tambien que habian querido darle muerte con los dardos, y bendijo al cielo que le habia salvado la vida contra las asechanzas de Escipion, pues comprendia que nadie mas que este era quien habia armado el brazo que los asestó.

Pero tembló de nuevo al discurrir que ambos iban á encontrarse al lado de D. Ramiro, y consideró perdido á Ferrando.

Este, apenas llegó á Vardulia, voló á contar á D. Ramiro cuanto habia pasado en Oviedo.

Allí conferenciaron los dos sobre la conducta que convenia observar en tan crítica situacion.

Volver á Oviedo era considerado por Ferrando como un plan desacertado.

Y no habia que decir que lo proclamarian y se le unirian al punto los parciales que en aquella ciudad tenia, pues acobardados con lo que habia acontecido el dia del alzamiento del usurpador, no habia que contar con ellos para nada.

Por lo que toca al pueblo, todo estaba de parte de Nepociano.

¿Qué plan convenia pues seguir?

Era evidente que si D. Ramiro habia de ser rey, debia buscar el auxilio de otra parte que de Oviedo.

Entonces se acordó de los gallegos. Entre estos habia no pocos nobles de su devocion, de modo que si lograba reunir un fuerte ejército y á este se unian luego los demás amigos que tenia en Oviedo, acaso podria conseguir algo en pro de sus derechos á la corona.

El page Ferrando, el amigo íntimo de D. Ramiro, el mas leal de entre los suyos y en quien habia depositado aquel su mas ciega confianza, voló á Galicia, y empezó á trabajar con todas sus fuerzas por inclinar los ánimos de los valientes hijos de aquel país á tomar las armas en defensa del despojado D. Ramiro.

Con tal entusiasmo arengaba el jóven á los nobles, tal fuerza de derecho y de razon revelaban las palabras de aquel leal á D. Ramiro, que pronto tuvo á su disposicion gran número de hombres de todas armas, y al punto escribió á su señor, noticiándole tan grata nueva, é indicándole la utilidad de su presencia en Galicia para acabar de

atraer á los que aun se mostraban remisos.

Y efectivamente aconteció como lo habia pensado.

Apenas vieron al jóven D. Ramiro y oyeron de sus labios lo mismo que ya habian oido de los de Ferrando, no hubo uno que no se animase á esgrimir una espada, y, á empuñar una lanza para seguirle á las Asturias, y, acabando con el poder del soberbio y ambicioso Conde Nepociano, revindicar para el hijo de D. Bermudo y el elegido de D. Alfonso el Casto, el trono de que le habia despojado una usurpacion.

Al mes ya contaba con un ejército regular.

Nuevas fuerzas continuó allegando de otros varios puntos. Igualmente de Vardulia habia traido buen golpe de gente.

Entretanto que esto pasaba en Galicia y tomaba nueva faz la fortuna de D. Ramiro, la estrella de Nepociano por el contrario, se fué eclipsando poco á poco.

Los mismos nobles que le habian alzado en el trono temblaban ya por lo que habian hecho, y reconocian que en ello habian procedido con mucho de impremeditacion y muy poco de prudencia.

Así lo comprendia tambien Nepociano; ciego por la ambicion desmedida que dominaba su alma, no se habia parado á considerar despacio y con atencion las consecuencias que arrastraba consigo su alzamiento por rey de las Asturias.

Sin embargo, creia que sus parciales no le faltarian en la hora del peligro, y empezó á aprestar tambien un fuerte ejército con que salir al encuentro á su rival.

Pronto se levantó Oviedo en defensa de su nuevo rey, de aquel rey á quien habia alzado en el trono, y al cual tenia una estrecha obligacion en defender ahora contra la acometida de D. Ramiro.

Los nobles, que si hemos de decir verdad, nunca se imaginaron que este soñase en hacer frente á Nepociano, se llenaron de admiracion al saber que se preparaba á venir

en son de guerra, y temblaron cuando oyeron decir que habia reunido un formidable ejército de gallegos, vascones y várdulos.

Pronto corrió la voz de que D. Ramiro habia salido ya de los límites de Galicia y entrado en tierra de Asturias.

Los pueblos que al paso se encontraban, todos le victoreaban y reconocian por su rey.

Nepociano al saberlo, llamó á todos los suyos, nobles y plebeyos, y les dijo que era llegado el momento de defender los derechos del que habian alzado rey.

Y levantó su ejército, y creyendo intimidar á D. Ramiro, salió de Oviedo con ánimo de oponerse á su marcha, y salirle al encuentro antes de que todos los pueblos le proclamasen por rey.

En tanto que salía Nepociano de Oviedo, una mujer derramaba lágrimas abundantísimas en lo mas retirado de su casa.

Era la esposa de Nepociano, la noble y desgraciada hija de Escipion, la madre infeliz de Ferrando.

Aquella desventurada parecia haber nacido para sufrir en la tierra.

El juramento que le habia hecho su padre iba sin duda á realizarse.

Su esposo moriria en el combate ó seria hecho prisionero y juguete de Escipion, el cual se vengaria por completo de su odiado enemigo.

Porque tenia casi seguridad de que saldria este vencedor; la desanimacion que habia notado en el pueblo y la nobleza, se lo probaba.

Sumida en su dolor y tristes pensamientos, ya por el esposo á quien tanto habia amado y aun amaba, ya por aquel hijo que iba á exponer su misma vida luchando contra su propio padre, no habia sentido que se habia deslizado en su estancia una hermosísima jóven que se fué acercando hácia ella, hasta tocarle suavemente en sus hombros.

Volvióse y se encontró con una jóven de morena y agraciada tez, ojos de azabache y rosadas mejillas. Su edad parecia no llegar á los diez y siete años. Su aspecto era el de la inocencia.

—Señora, qué buscais aquí? preguntó aquella aunque con tono amigo.

—Vengo á hablaros de Ferrando, respondió dulcemente la aparecida.

—¡De Ferrando! exclamó la madre entre gozosa y admirada de las palabras de la jóven.

—Sí.

—Hablad!... hablad!...

—Está al lado de D. Ramiro.

—Y qué mas?...

—Es el caudillo á quien mas estima el ejército despues de D. Ramiro.

—¡Oh! Y habrá uno que no le ame despues de conocerle?

—Su valor y patriotismo tiene encantados á todos.

—Pero decidme, por quién habeis sabido lo que estais diciendo?

—Por un servidor de su padre que acaba de llegar del campo de D. Ramiro.

—¡De vuestro padre! exclamó esta reconociendo en la jóven á la hija de uno de los enemigos de su esposo Nepociano.

—Sí...

—Y decidme, quién es?

—¿Nó habeis oido hablar de Sonna?

—¡Sonna! Sois hija de Sonna!...

—¿Qué teneis? preguntó la jóven, notando las contracciones de su rostro al oir el nombre de su padre.

—¡Ah! señora, perdonad, pero ese hombre es de los enemigos...

—De vuestro esposo, lo sé, dijo la jóven terminando la frase.

—¡Qué acabais de proferir! prorumpió Eldona sin comprender cómo sabia la jóven lo que para todo Oviedo era un misterio impenetrable.

—Lo que he dicho.

—¿Pero quién os ha mentido tal cosa?

—Lo sé, Eldona, lo sé. No teneis por qué ocultármelo á mí; por lo demás nada temais. Tengo yo tanto interés como vos en que todo el mundo lo ignore.

—¡Pero, me dejais muda de admiracion, hablad!...

—A eso he venido tan solamente, á hablar.

—Podeis empezar, yo os lo ruego.

—Mas no creais que os voy á referir vuestra historia, nó, los momentos son preciosos.

—Pues qué quereis?

—Que salgais conmigo de esta casa y me acompañeis á buscar á vuestro hijo.

—¡A mi hijo!! volvió á preguntar Eldona cada vez mas admirada de las palabras de la aparecida.

Quién era aquella jóven que sabia uno por uno todos los secretos mas íntimos de su corazon?

Unos momentos permaneció silenciosa, contemplando á la jóven, clavados sus ojos en ella como queriendo penetrar con su mirada de águila aquella mujer misteriosa.

Esta por su parte pareció adivinar el efecto que sus palabras habian hecho, pues continuó:

—Oidme, Eldona, y por el cielo os suplico que no sospecheis de mí.

—No, muy lejos está de mí pensar mal de vos, pero, ¡por Dios señora, que hace rato me teneis suspensa con vuestras palabras!

—Pues bien, quereis salvar á vuestro esposo y á vuestro hijo á un mismo tiempo?

—Que si quiero salvarlos? Toda mi sangre derramaria gustosa por evitar la desgracia que sobre los dos bate sus negras alas.

—No se necesita de tanto.

—¿Qué pretendeis?

—Vamos á marchar ahora al campo de D. Ramiro.

—¡Al campo de D. Ramiro!

—Sí, qué os asombra?

—Sabeis lo que decís?

—Lo sé. Será acaso que una esposa y una madre no se atreverá á hacer por su esposo y por su hijo lo que una jóven quiere hacer por su amante?

—Con que sois?

—La que ha abierto su corazon á los amores de vuestro hijo: murmuró la jóven bajando dulcemente sus ojos como avergonzada de lo que acababa de decir.

En aquellos momentos sintióse herida en lo mas íntimo el alma de Eldona. Una mujer gozaba en la tierra del amor de su hijo antes que ella. Un sentimiento de envidia surgió en su alma y casi estuvo para hacer salir de su presencia á la jóven, que le arrancaba parte del amor que ella debia poseer por completo.

Pero este sentimiento de egoismo cedió al desinteresado amor de madre.

¿Qué culpa tenia la pobre jóven de que su hijo ignorase el misterio de su nacimiento?

El amor puro y ardiente que Dios ha puesto en el corazon de la madre, no tiene nada que ver con el amor material y egoista. En él todo es grande, todo elevado, todo sin mezcla de la vil escoria que suele desflorar algunas veces las mas heróicas acciones.

No hay amor en el mundo que pueda compararse con el amor de madre. ¿Qué tiene que ver el de los hijos á los padres con el de estos, y muy particularmente de las madres, á los hijos?

Téngase en cuenta que hablamos del amor natural; es mas vehemente el de los padres hácia los hijos que el de estos á aquellos, no por maldad de los hijos, pues estos despues de haber dado horas amargas á los padres, llegan á amar entrañablemente á los que á su vez

sean sus hijos; sino, porque Dios ha puesto en el corazon de los padres, y muy particularmente en el de la madre, un tesoro de cariño, de sentimiento y amor, que no ha colocado en los pechos de los hijos; y esto porque sin el amor de los hijos á sus padres no dejaria de existir la sociedad, pero sin el amor de los padres á los hijos esta se aniquilaria por completo.

Por eso el alma grande de Eldona rechazó de sí el pensamiento que brotó en ella, y alargando una mano á la jóven, la dijo:

—¿Te ama mucho Ferrando, niña?

—¡Oh, sí; me quiere tanto! pronunció con un eco dulcísimo que reflejó toda la inocencia de la jóven.

—¿Y tú le amas con el mismo amor?

—Con el mismo.

—De cuándo data vuestro conocimiento?

—Va para un año.

—Lo extraño! Nada me ha revelado jamás de tal amor!

—Señora, ¿olvidais que no sois la madre, sino la protectora de Ferrando?

—Es verdad! dijo Eldona tristemente.

—Mas ved que no podemos perder un instante.

—Niña, has despertado en mi corazon un nuevo sentimiento.

—¡Un nuevo sentimiento! Explicaos....

—Dices que eres la amante de mi hijo?

—Sí.

—Pues bien, tú serás la amiga de la madre de Ferrando.

—¡Oh! eso es lo que mas ansia mi corazon, murmuró con efusion la jóven.

—Desde hoy un mismo destino debe enlazar nuestra existencia: juntas defenderemos á mi hijo y á....

—Vuestro esposo: volvió á acabar de nuevo la frase que aquella no osaba pronunciar.

—Bien. Pero niña, ¿has meditado con despacio el paso

que vas á dar? ¿No temes que al tener noticia tu padre de tu conducta te maldiga...

—¿Como el vuestro lo hizo con vos? En ese caso sabria afrontar con rostro sereno las palabras de mi padre, pero jamás dejaria de amar á Ferrando y de procurar su felicidad por todos los medios que en mi mano estuviesen.

—¡Calla.... calla por el cielo! no sabes lo que es oir la maldicion de un padre!! gritó Eldona, presa de intenso dolor.

—¡Cuando no es la justicia, sino el sentimiento de la mas negra venganza, lo que mueve la lengua de un padre, ya no merece este nombre, sino el de verdugo quien tal hace!

—Por Dios, te suplico....

—Basta, señora, los momentos se pasan.

—Pero ¿cuál es tu plan?

—Por el camino lo sabreis.

—Segun eso....

—Seguidme.

—Vamos.

—Vamos.

A poco, dos caballos salian de Oviedo, y dos mugeres, enteramente velado el rostro, iban cabalgando sobre ellos.

CAPITULO XIII.

De cómo reveló á Ferrando Eldona lo que sabe el lector casi desde el principio de esta historia.

A los dos dias de haber salido de Oviedo las fuerzas de Nepociano, estaban los dos ejércitos distantes el uno del otro cuatro leguas.

D. Ramiro habia continuado avanzando hácia Oviedo.

Su ejército se habia ido engrosando cada vez mas á medida que atravesaban los pueblos.

El aspecto noble ¡y caballeresco del jóven Rey, la fama que habia dejado su nombre por las aldeas que al paso encontraba, y mas que todo, el derecho que le asistia para oponerse á Nepociano, cuyo carácter ambicioso y soberbio era conocido de muchos, cosas eran todas, que acabaron de cautivar los ánimos de casi todos los pueblos de las Asturias.

No es nuestro ánimo describir aquí el combate que entre los dos ejércitos se trabó.

Dicha batalla no está completamente deslindada en la historia. Creen algunos que tuvo lugar cerca de Narcéa entre Gangas de Tineo y Cornellana: aseguran otros que no llegó á empeñarse la lucha.

De un modo ó de otro, el hecho fué que el infeliz Ne-

pociano se vió abandonado de los suyos, de aquellos con los que siempre contó para tan funesto acontecimiento, y que tuvo que tomar la huida, si habia de escapar con vida de las manos de D. Ramiro.

Cómo le abandonaron sus parciales y qué causa motivara tal defeccion, se ignora absolutamente.

El infeliz Nepociano conoció, aunque tarde, lo que se debe esperar de los hombres cuando no se obra asistido de la razon y el derecho.

Ni aun le quedaba el consuelo de haber procedido con justicia. Nada mas contrario á esta, que su alzamiento en Oviedo por unos cuantos ambiciosos, sin contar con la aquiescencia de todas las Asturias, y contraviniendo á la voluntad expresa de D. Alfonso el Casto y al derecho que sobre él tenia el hijo de D. Bermudo el Diácono.

Por lo que respecta á este, quiso cortar por completo la raiz del mal y evitar que mas adelante volviesen á pensar en el usurpador, disponiendo que algunos saliesen en seguimiento de Nepociano.

Ferrando fué el encargado por D. Ramiro de apoderarse de su persona.

Apenas cundió por las filas de la hueste del ya rey la desbandada del ejército de Nepociano y que todos ó casi todos se acogian á D. Ramiro, llamó este á su amigo Ferrando, al que mas se habia esforzado por asegurar en sus sienes la corona de Asturias y dióle órden de salir con alguna gente en su persecucion.

Ramiro ignoraba el lazo misterioso que ligaba á Nepociano con el defensor mas decidido de sus derechos á la corona de las Asturias.

El jóven partió acompañado de diez soldados, número que creyó suficiente para dar caza al usurpador.

Indagó por los mismos parciales de Nepociano qué camino habia tomado en su huida, y sabiendo que solo le adelantaba cuatro leguas, voló en su persecucion.

Sin embargo, no era este difícil y triste oficio de perse-

guidor el que mas se adaptaba á su alma, por naturaleza noble. La lucha en medio de los combates y frente á frente al enemigo era lo que habia ambicionado su corazon, no la perdicion del infeliz, que mal aconsejado soñó en mal hora en el cetro de las Asturias.

Pero lo habia ordenado D. Ramiro, cuya voluntad respetaba, y obedeció aunque con repugnancia su mandato.

D. Ramiro por su parte no se crea que al proceder de esta manera, se dejase llevar de un sentimiento de venganza. Su alma abrigaba, como la de Ferrando, pensamientos muy elevados; jamás la venganza del caido le animó á cometer ninguna baja accion, aunque pudiera escudarla con el falso nombre de justicia; pero queria, como hombre previsor, apoderarse del que ya una vez se habia alzado contra su Rey, y tenerle bien asegurado, á fin de que nunca mas se volviese á pensar en él ni sirviese de instrumento en adelante á la ambicion ó desavenencia de algunos nobles descontentos, que en todo tiempo y reinado hubo en las Asturias.

Tres horas llevaban de camino Ferrando y los suyos, y parecióle conveniente dar unos minutos de descanso á estos.

Apenas se detuvieron, vieron bajar de un repecho dos caballos, que se encaminaban al parage en que habian hecho parada.

Dos mugeres, veladas por largos mantos, venian sobre ellos.

Al acercarse al grupo, una de ellas preguntó por Ferrando, y adelantándose este, pidióle unos minutos de audiencia aparte de los soldados que le acompañaban.

Al oir el jóven las palabras de la desconocida, palpitó fuertemente su corazon. Parecíale escuchar una voz que le era ya conocida.

Y separándose un poco de los soldados, y despues de haber bajado de los caballos las dos damas, se preparó á oir la embajada que traian.

En seguida alzáronse las damas sus velos.

Un grito despidió Ferrando al reconocer sus rostros.

—¡Laura! tú aquí! vos aquí tambien, mi protectora!

—¿No quereis darme ya el nombre que me disteis hace un mes, Ferrando?

—¡Ah! Madre mia! sí. Pero decidme, qué buscais por estos campos, espuestas al libertinage de la soldadesca? Ignorais el peligro que correis?

—No: harto lo sabemos, pero todo lo hemos despreciado ante el triste acontecimiento que tememos; respondió Eldona.

—Qué temeis.? hablad.

—A eso venimos: Ferrando, sabemos que sois el encargado por D. Ramiro de dar alcance al desgraciado Nepociano....

—Y qué?

—Que es indispensable le permitais ganar la frontera.

—Sabeis bien, señora, lo que me proponeis? pronunció el jóven lleno de admiracion.

—Sí. Y os digo mas; os conviene muy mucho que Nepociano escape de vuestras manos.

—Lo que me conviene es cumplir la órden de D. Ramiro, y nadie ni nada podrá inclinar mi ánimo á cometer una baja traicion.

—No creo que merezcatan vergonzoso calificativo ese acto de misericordia con el vencido.

—Esa compasion no es á Ferrando á quien cumple abrigarla, sino á mi Rey. Ferrando no hace otra cosa mas que llenar el mandato de su señor, y si á él faltase, mereceria á la faz de las Asturias el nombre de traidor.

—Pues bien, yo os vuelvo á suplicar, Ferrando; por el amor de vuestra Laura, por el que poco ó mucho abrigue vuestro corazon hácia la que alguna vez llamásteis vuestra madre, no persigais á Nepociano: exclamó Eldona con acento desgarrador.

—Venís á tentarme, señora? la interrogó el doncel.

—Oh! Laura, intercede con tu amante: acaso dé mas oidos á tus palabras que á las mias.

—Ferrando, suplicó la jóven. Si aun la hija de Sonna y su amor pueden algo para contigo, deja que D. Ramiro persiga en buenhora á su odiado rival. Has dicho que seria una traicion no perseguir á Nepociano; pues yo afirmo que el empeñarse en dar caza al enemigo derrotado no es ni puede ser jamás de pechos nobles!

Estas palabras fueron pronunciadas por la jóven con tal exaltacion y vehemencia, que Ferrando sintió hervir la sangre en sus venas.

A haber sido proferidas por otros lábios que no fuesen de muger, hubieran costado caras á quien tal hubiera osado decir al noble y pundonoroso jóven.

Empero contenian un fondo de verdad.

La persecucion de Nepociano no correspondía á Ferrando, ni se avenia con los sentimientos hidalgos de su corazon.

Sin embargo ante la voz del deber todo sentimiento humano debia callar.

—Laura, te has propuesto dar horrible tormento á mi alma?

—No: lo que queremos es evitar una espantosa catástrofe: aseguró la jóven.

—¡Ferrando, triste de vos el dia que Nepociano caiga en manos de D. Ramiro!

—¡No comprendo qué mal pueda sobrevenirme!

—¡La infamia y el deshonor caerán sobre vuestros mas gloriosos hechos, y la posteridad os maldecirá! pronunció con acento de marcada seguridad Eldona.

—Por Dios, señora, explicaos: mas sea pronto, porque yo y los mios vamos á ponernos en marcha al punto.

—No, Ferrando, no es posible que desoigais nuestras súplicas. Decidme, ¿tendreis ánimo suficiente para hacer que una infeliz muger, que siempre fué desgraciada, que

ha oido resonar en sus oidos la maldicion de un padre, y gustado los mas amargos dolores sin que jamás el consuelo haya fortalecido su alma en tan formidable lucha, reciba el último golpe que le queda que sufrir en la tierra, al ver á su esposo maniatado, siendo el ludibrio de un pueblo y el objeto de la venganza de un Rey? ¡No, por Dios, Ferrando! En vuestra mano está el evitarlo. Dejad que Nepociano salve la frontera, y no pasará un momento en que esta infeliz muger deje de bendeciros!

La desgraciada Eldona derramaba un mar de lágrimas al pronunciar estas palabras.

El jóven no comprendia aquella escena.

¿Qué lazo existia entre su protectora y el ambicioso Nepociano?

Un pensamiento pasó en aquellos momentos por su alma.

¿Sería ella la esposa del que se habia asentado un mes en el trono de las Asturias?

—Decid, señora, sois acaso vos la esposa de Nepociano?

—¡Lo soy! respondió Eldona sin titubear.

—Vos! vos su esposa!

Ferrando al pronunciar estas palabras empezaba á comprender algo del misterio de tal escena. Empero no tuvo que reflexionar mucho sobre tan extraño acontecimiento.

En el momento en que salieron de sus labios oyóse el galope de dos caballos; y pasaron ante el grupo que formaban nuestros interlocutores, dos corceles, montados por dos armados, con la velocidad del rayo, sin parar mientes en los que á pocos pasos se encontraban.

Ferrando, Eldona y Laura volvieron su vista á los dos ginetes.

Y los tres lanzaron un grito al mismo tiempo.

—¡¡Escipion!!

—¡¡Sonna!!

—¡Voto al infierno! Veis esos dos hombres, señora? gritó el jóven en el colmo de la desesperacion. Son los dos ene-

migos encarnizados de Nepociano!... Temblad por vuestro esposo! ¡Y yo me he detenido á escuchar vuestras palabras! y Ferrando faltará al mandato de su Rey, pues me llevan la delantera!! Quedaos con Dios, señora; perdóneos el cielo el mal que me acabais de hacer!

Y echó á andar para incorporarse á los suyos, pero Eldona se abrazó á sus rodillas y le dijo con misterioso acento:

—Ferrando, voy á haceros una revelacion. Esos hombres van persiguiendo á Nepociano. Corred vos en su seguimiento, porque en vuestras manos está la salvacion de vuestro padre!!

—¡De mi padre!!! qué habeis dicho!!! lanzó el jóven creyendo ser juguete de un sueño.

—¡Sí, volad á salvadle!

—¿Y dejísteis antes que erais la esposa de Nepociano?

—¡Sí!

—¡Luego entonces!...

—¡¡¡Sois mi hijo!!! acabó de decir Eldona.

—¡Mi madre! sois vos mi madre? preguntó aun el jóven lleno de exaltacion.

—¡Sí; Ferrando!

—¡¡Oh! madre mia!!

—¡Hijo mio!

Y sus brazos se enlazaron al mismo tiempo como movidos por un mismo resorte.

Los dos, hijo y madre, se abrazaban y se besaban derramando lágrimas, no sabemos si de alegría por el reconocimiento ó de angustia por la situacion triste que motivaba aquella escena.

—¡Ah! y en qué ocasion habeis venido á revelarme el misterio que envolvia mi existencia! Cuando debo perseguir á vuestro esposo y á mi padre si he de cumplir con lo que exige mi penoso deber!! Y tú lo sabias, Laura, y nada me habias indicado de este misterio!

—No, Ferrando: lo supe á poco de tu salida de Oviedo para marchar al campo de D. Ramiro.

—Ya lo has oido, eres hijo de Nepociano: vuela á arrancarle de las manos de esos hombres; pero al hacerlo, ten en cuenta que de los dos uno es el padre de Laura y el otro es el de tu madre.

—¡Cómo! Escipion!...

—Es mi padre...

—¡Oh! yo voy á volverme loco! murmuraba el jóven. ¡Escipion!.. ¡el mayor enemigo de Nepociano, es el padre de su esposa!...

—Triste historia es la de mi vida! Tiempo habrá mas adelante de revelártela; pero ahora, ya lo sabes, la vida de tu padre peligra!

—¡La vida de mi padre!! gritó el jóven como saliendo de un pesado sueño y tratando de recoger sus ideas. ¡Sí!! vos lo habeis dicho, el hijo debe salvar al padre!.. pero antes va á cumplir el soldado la mision de su rey! ¡Plaza al page Ferrando!

Un minuto despues cruzaban los campos de Cornellana, á galope tendido, diez ginetes dirigidos por el hijo de Nepociano.

CAPITULO XIV.

En donde se ve que lo que hace un esposo y su padre lo puede deshacer una esposa y un hijo.

La penosa obligacion que habia impuesto D. Ramiro á su amigo Ferrando, habia sido realizado por otros que se adelantaron en el camino al jóven.

La historia nos dice que Nepociano, abandonado de los suyos, apeló á la fuga, siendo alcanzado por dos de los parciales de D. Ramiro, y que estos se llamaban Escipion y Sonna.

Así fué realmente.

Cuando Ferrando, luchando con sus sentimientos de caballero y de hijo, continuó en seguimiento de Nepociano, ya aquellos se le habian adelantado buena pieza del camino.

Habiéndose apoderado de él, tuvieron mucho cuidado de no tornar por el mismo sendero, por temor de ser hallados por Ferrando, que debia encontrarse segun sus cálculos muy cerca de aquel paraje.

Cómo lograron darle alcance y aprehenderle, no se dice tampoco.

Sin duda hubieron de valerse de algun engañoso ardid para conseguirlo.

Mas con todo, no quisieron quitarle la vida, á pesar del

ódio que los corazones de ambos abrigaban hácia Nepociano.

¿Era porque no se atrevieran á mancharse con su sangre?

¿O porque esperaban que D. Ramiro habia de darle mas vergonzosa muerte?

Acaso fuera esto último.

El soberbio y ambicioso conde Nepociano fué presentado á D. Ramiro por Escipion y Sonna.

El jóven rey sin dejarse llevar de la ira contra aquel que habia osado poner sus ojos en el trono y hasta subir á él empujado por unos cuantos nobles, que despues no tuvieron ánimo para sostenerle, quiso tratar á su rival con las mayores atenciones, para que se viera que no era arrastrado por el espíritu de venganza.

A las pocas horas de haber llegado á los reales el prisionero, dos damas pedian hablar con D. Ramiro.

Este dió órden de que las dejasen franca la entrada en su tienda.

Apenas penetraron las dos, una de ellas se arrojó á sus plantas.

—¡D. Ramiro, perdon para Nepociano! exclamó con acento angustioso y suplicante.

—¿Qué decís, señora? Pero alzad...

—¡No! hasta que no pronuncieis esa palabra, no me alzaré del suelo.

—Pero, explicaos...

—¡El que osó ocupar el trono que os pertenece está en vuestro poder, D. Ramiro! Por él os vengo á suplicar! hoy que tranquilamente podeis empuñar el cetro é inaugurais vuestro reinado, comenzadlo egerciendo un rasgo que pasme á todos los pueblos. Tended vuestra mano á ese infeliz y perdonadle su loca accion. Nobles descontentos le escitaron á ella. ¡Sírvale de castigo su misma humillacion y derrota!!!

Ramiro estaba perplejo y admirado. Aquel lenguaje

tan vehemente de la dama, sus palabras que parecian arrancar de lo mas íntimo del alma, las lágrimas que se veian deslizar por sus mejillas y la angustia que se retrataba en toda su persona, hicieron honda impresion en el ánimo del rey.

—Os vuelvo á suplicar que os levanteis. No puedo permitir permanezcais en esa situacion.

—Perdonareis á Nepociano? preguntó Eldona sin variar de postura.

—No os respondo, en tanto que no os alceis. Dijo D. Ramiro tomándola de la mano y obligándola á levantarse. Despues continuó.

—¿Sabeis, señora, lo que venís á pedirme?

—Lo sé; sacrificio muy grande y sobremanera costoso exijo á vuestro corazon. Vuestra autoridad ultrajada por su ambicion y el peligro que ha corrido vuestra corona exigen sin duda un ejemplar castigo; pero la hidalguía de vuestros sentimientos y los ruegos de esta infeliz que os suplica, inclinarán vuestro ánimo á la compasion.

—Y decidme ¡quién sois, que tanto empeño os tomais por los asuntos de Nepociano?

—¿Qué quién soy? ¡Ah! soy una mujer desgraciada desde su juventud!

—Proseguid, señora. Me teneis suspenso con vuestras palabras.

—¿No habeis oido hablar de Eldona?

—¿Eldona?... no es ese, si no recuerdo mal, el nombre de una hija que tuvo Escipion.

—Sí: esa es la misma que teneis presente.

—Y bien, qué tiene que ver la hija de uno de mis parciales con el traidor Nepociano?

—¿Qué tiene que ver?

—Sí, no comprendo vuestra súplica! Vuestro padre es cabalmente uno de los dos que le han dado alcance y ¿sois vos la que venís á pedirme su perdon?

—Oidme, D. Ramiro. Encontrais muy extraño el que

una infeliz venga á impetrar el perdon para su esposo?

—¿Qué decís? La hija de Escipion, esposa de Nepociano!

—¡Lo habeis dicho!... respondió tristemente Eldona.

Mudo y estupefacto quedó el Rey por algunos instantes. No podia comprender cómo era Escipion enemigo furibundo del que se habia unido con su hija.

—¡Pero, señora, es posible! ¿vos la esposa de ese?....

—Usurpador de vuestros derechos; continuó Eldona notando que titubeaba D. Ramiro en terminar la frase empezada.

—¡Oh! imagínome que debeis abrigar mucho amor á Nepociano cuando así os humillais ante su rival!

—¡Ah! ya para mí no hay humillacion en la tierra! mi corazon no puede sufrir mas de lo que ha sufrido! Marchitas las mas bellas ilusiones que en mi juventud abrigué, no ha habido para esta desgraciada en el mundo sino dolores y lágrimas! Jamás he fomentado en mi pecho otro sentimiento que el amor á mi esposo.... y á.... mi hijo!

—¡A vuestro hijo! ¿qué? tiene por ventura Nepociano un hijo?

—Sí: el cielo nos concedió á Ferrando.

—¡A Ferrando! esclamó D. Ramiro sin poderse contener ¡Dios de Justicia! Ferrando es hijo de Nepociano! ¡Esto es para volverme loco!!

—Sí: ese mismo que con tanto ardimiento ha defendido vuestra...

—Corona: siguió diciendo el Rey, cortando á su vez la frase de Eldona que tambien titubeó al pronunciarla.

D. Ramiro no sabia darse cuenta de las distintas emociones que habian levantado en su alma las palabras de aquella desconocida.

¿Quién se habia de imaginar que el defensor decidido de sus derechos al trono, el que podia asegurarse, habia armado los brazos de los que le levantaban por Rey, acabando con el poder del mal aconsejado Conde, quien hubiera

de imaginarse que llevaba en sus venas la sangre de Nepociano?

Ferrando era hijo del usurpador.

Aquel jóven tan animoso habia luchado contra su mismo padre.

El trono, en que durante un mes se habia asentado, se derrumbaba, minado por los esfuerzos de su mismo hijo.

Es verdad que Ferrando ignoraba tal misterio.

Pero nosotros podemos asegurar sin temor alguno, que á saber el nombre de su padre hubiera del mismo modo reprobado su ambicion.

Por eso al luchar entre el penoso deber que tenia de perseguirle y el de defenderle y hacerle ganar la frontera cuando llegó á oir de los lábios de su madre la relacion que entre los dos existia, venció su deber de soldado al cariño de hijo.

Este abrigaba nobles pensamientos.

D. Ramiro era su Rey.

Nepociano era un usurpador.

Así pensó el jóven.

Lo que sufrió su corazon al reconocer quien era su padre, solo las almas que en un caso parecido se hayan encontrado, acertarán á adivinarlo.

Pero volvamos á Eldona y D. Ramiro.

Ignorante este de los medios de que se habia valido Escipion para ganarse la voluntad de Ferrando, y sin comprender todavía por qué conjunto de circunstancias se habia puesto el doncel frente á frente de su mismo padre, empezaba á adivinar toda una historia, en cuyas páginas tristes se encerrasen misterios que le estaban ocultos, los cuales le explicarian los acontecimientos de la vida de Eldona, Nepociano y el page.

¿Cómo se habian unido la hija del soberbio Escipion y el conde Palatino?

¿Por qué la corte ignoraba tal union?

¿Cómo podia ser que Escipion fuese padre de la que ha-

bia dado su mano y su corazon á su mas odiado enemigo?

Porque, no habia la menor duda; entre los dos debia levantarse una barrera impenetrable.

Mucho ódio debian abrigarse sus almas, pagándose los dos en la misma moneda, y D. Ramiro tenia grandes pruebas de esto por los últimos hechos que se habian verificado.

Uno de los que en peor sentido le habian hablado siempre de Nepociano era Escipion.

Se conocia que por derrocarle del trono en que se habia alzado, hubiera dado, si posible fuera, la mitad de su vida.

Puesto en fuga el infeliz, y abandonado de los suyos, Sonna y Escipion habian ido en su seguimiento.

Y al tener noticia D. Ramiro de que se acercaba prisionero el que habia sido su competidor y enemigo. tambien supo que aquellos dos parciales suyos, adelantándose á Ferrando, y sin tener comision para tanto, le habian dado caza por medio de engaño.

—Aquí os presentamos á vuestro rival, que fué osado á levantar sus ojos y deseos al trono que de derecho os pertenece.

Tales palabras le habian dirigido al entregarle el augusto prisionero.

Nepociano al oirlas, cuentan que clavó su vista en Escipion y que esta mirada fué tan terrible, que el padre de su esposa se vió obligado, mal de su grado, á bajar los ojos al suelo, pálido el rostro, y aterrado por la expresion que iba envuelta en aquella sola mirada.

—¡D. Ramiro, donad á este noble el precio que en justicia y derecho merece su heróica accion!

Así dijo Nepociano al Rey.

Y este por su parte, no pudo menos de reconocer en el fondo de su alma toda la avilantez y cobardía que se encerraba en el pecho de Escipion.

Todos estos pensamientos y recuerdos surgieron en D,

Ramiro al oir de Eldona aquel oculto misterio.

Una idea se levantó entonces en su alma.

Y dirigiéndose á la entrada de su tienda y llamando á uno de los suyos, le habló por lo bajo.

—¿Llegó Ferrando?

—Llegó.

—Llamadle.

—Está bien.

—Y hacedle venir á mi tienda.

—Señor, tengo que deciros.

—Habla: ya te escucho.

—El doncel está pesaroso desde su venida.

—¡Pesaroso!

—A no dudarlo: apenas llegó al campamento, preguntó por Escipion y Sonna.

—¿Y qué?..

—En cuanto tuvo noticia de que se le habian adelantado en la empresa que le encargásteis, y que Nepociano era ya vuestro prisionero, se acongojó de tal suerte que se encerró en su tienda, dando órden de que nadie penetrase en esta.

—¿Eso hay?

—¡Y lo siento por el doncel!

—Id pues de parte mia, y decídle que venga á mi presencia al punto.

—Así lo haré.

—Señora, pronto va á venir vuestro hijo: dijo D. Ramiro á Eldona, volviendo á entrar en la tienda.

—Lo cual me induce á creer sereis benigno á la súplica con que esta infeliz esposa ha venido en tan fausto dia á importunaros: murmuró la hija de Escipion.

—Pero, decidme; la interrogó el Rey fijándose en la jóven que la acompañaba: ¿quién es la que con vos viene?

—Vos la conoceis, D. Ramiro.

—¡Que la conozco!

—Sí: es la hija de uno de vuestros parciales...

—¡Hola! ¿y qué la mueve á venir á estos campos?

—Su amor á otro de los vuestros.

—Bien. Y se puede saber quién es ese feliz mortal? preguntó el Rey con exquisita galantería.

—Es uno de vuestros mejores amigos.

—Si? pues me alegro á fé. ¿No pudiera levantar un poco el velo que encubre las gracias de su rostro, por si logro adivinar quién es ese amigo?

—Mirad: dijo Eldona alzando el velo.

—¡Laura! murmuró D. Ramiro, ¡vos aquí!

—La hija de...

—De Sonna: continuó el Rey haciendo por reprimir el movimiento de repulsion que se despertaba en su alma, no contra la hija, sino contra el padre.

—Y decidme por el cielo, señora: ¿quién es el jóven que en mi ejército posee su corazon?

—Ferrando.

—¡Ferrando!

D. Ramiro estaba completamente admirado al ver el enlace misterioso con que se hallaban ligados los seres que mas ódio se abrigaban.

Sonna era el compañero de Escipion.

Ambos habian ideado aquel dia la persecucion de Nepociano.

Los dos se habian cubierto de gloria.

Pero aquella gloria no se la envidiaba ninguno del ejército de D. Ramiro.

Producida y ganada por el engaño, pronto reconocieron los dos que aquel acto voluntario que acababan de realizar, habia disgustado á todos.

Y en efecto.

¿Qué habia que temer ya de un infeliz que huia, abandonado de los suyos?

Tal es el corazon humano.

Mientras Nepociano se alzó con el cetro y en tanto que alentó esperanzas de hacer frente con buen éxito á las fuer-

zas de D. Ramiro, no hubo uno que no ardiese en deseos de medir sus armas con el ambicioso conde para darle lo que su ambicion merecia: pero desde el momento en que avergonzado, triste y fugitivo, corrió á ganar la frontera, todos se compadecieron de él.

Y cuando le vieron maniatado ante la presencia del rey, presentado por Escipion y Sonna, no sabemos los sentimientos que se despertaron en todos.

D. Ramiro lo conoció y tambien sintió lo que sus fieles.

Los dos parciales del hijo de D. Bermudo el Diácono, comprendieron á primera vista el mal efecto que su accion habia producido en los ánimos.

Hé aquí por qué al saber el rey que la jóven que tenia delante era la hija de Sonna, y que el corazon de esta y de Ferrando se amaban, reconoció otra vez mas que la suerte habia querido jugar al mismo tiempo con los destinos de Escipion y Sonna, de Eldona y Nepociano, Ferrando y Laura.

Despues de una ligera pausa continuó.

—¿Y decís que esta jóven y Ferrando se aman?

—Sí, D. Ramiro, pero con un amor puro é infantil; sus almas han nacido la una para la otra.

—Está bien.

Al pronunciar estas palabras algo meditabundo, Ferrando entró en la tienda.

Mas, permíteme lector, que tome un poco de aliento para continuar esta historia en el capítulo siguiente.

CAPITULO XV.

Lucha y vencimiento de D. Ramiro I.

—Ferrando, acercaos: la comision que os di?...

—No la he cumplido: dos hombres se han adelantado á mí en el camino: pero interrogad á los mios y os dirán los esfuerzos que hemos hecho para llenar vuestro mandato.

El jóven al entrar vió á Eldona y á Laura, pero mostró no apercibirse de su presencia.

—Decidme, Ferrando, ¿qué castigo merece el súbdito que contra su Rey se rebela, y se alza en su trono, y por último, levanta un ejército para acabar con sus legítimos derechos?

—Señor, la muerte sería poco á su ambicion.

D. Ramiro quedó admirado al escuchar la pronta respuesta del doncel.

—¿Eso decís?

—Así lo creo.

Eldona estaba lívida de espanto.

Laura oia aquel solemne interrogatorio y temblaba.

Iba á decidirse en tales momentos la suerte de Nepociano.

—¿De modo que vuestro dictámen es que caiga implacable la espada de la justicia sobre la cabeza del culpado? siguió preguntándole D. Ramiro, encantado por la presencia de ánimo que revelaban las palabras del doncel.

—¡Eso juzgadlo vos! murmuró Ferrando con abatimiento.

—Y bien, yo os quiero pedir consejo en tal circunstancia.

—Señor, no entiendo mas que de armas y de combates; si de esto se tratara, mi voto pudiera en algo serviros; pero de justicia.... dispensad al page Ferrando.

—Es que vos sois el amigo mas fiel y leal que cuento en mi ejército, y quiero que desde hoy comenceis á llenar junto á mi persona el cargo de consejero.

—Mal podrá llenar ese cargo quien tiene que pedir consejo á otros acerca de sí mismo.

—Concluyamos, Ferrando· Nepociano ha sido rebelde á su Rey y merece un ejemplar castigo. ¿Debe morir el rebelde?

—Debe: exclamó con entero acento el jóven.

—¡Pues no morirá! gritó D. Ramiro, no queriendo ser vencido en la lucha que tan heróicamente mantenia con él Ferrando, y sin poderse contener por mas tiempo.

—¡Oh, gracias, D. Ramiro, gracias!! Así pronunció el page de D. Alfonso con la mayor efusion, cayendo de hinojos á los pies del Rey.

Otro tanto hizo la infeliz Eldona que habia sufrido horriblemente durante el corto diálogo que acababa de presenciar.

—¡Ah! murmuró; sois grande hasta en vuestra venganza, D. Ramiro!

—Alzad: la madre del defensor de mis derechos no debe estar postrada en mi presencia. Si Nepociano me ultrajó con su rebelion, el cielo le ha concedido un hijo, que ha sabido sobreponer su deber de súbdito á sus mas nobles sentimientos. Ferrando, vuestro padre vivirá, porque no pue-

de de manera alguna morir quien tiene una esposa como Eldona, y un hijo como vos.

Las lágrimas de estos dos últimos se confundieron.

—En cuanto á vos, Laura, acercaos: quiero patrocinar vuestros amores, Ferrando; yo os concedo la mano de Laura.

Los ojos del jóven lanzaron rayos de dulce alegría.

La hija de Sonna bajó pudorosamente los suyos al oir aquellas palabras.

—Y ahora, mi doncel, id á dar órden de traer á Nepociano á mi presencia.

Antes de pasar adelante debemos manifestar la súbita mudanza que se habia obrado en el alma del usurpador.

Abandonado en los momentos de peligro por los que habiendo tenido osadía para empujarle al trono, no alentaron de la misma manera ánimos para sostenerle en él, comprendió á solas, lo que hay que esperar de los hombres sobre la tierra.

Su alma grande asiento que habia sido de una malhadada ambicion, abrigaba toda la nobleza suficiente para reconocer que habia procedido ciego, y que le asistia razon y derecho á D. Ramiro para arrancarle la vida en castigo á su loco empeño.

Por eso desde el momento en que cayó en manos del rey, creyó que estaba perdido sin remedio.

¿Cómo no habia de egecutar en él un terrible escarmiento quien se habia visto una vez sin trono merced á su ambicion y rebeldía?

No habia la menor duda, su muerte estaba decretada.

Y, si hemos de decir verdad, allá en lo íntimo de su corazon se levantaba una voz que le gritaba que su conducta la merecia.

O lo que es igual, Nepociano estaba arrepentido.

Su arrepentimiento era dulce y consolador en medio de su misma humillacion y derrota.

Hasta entonces no llegó á comprender la sin razon con

que habia obrado.

¡Si los hombres meditasen con madurez, antes de practicar una accion cualquiera, las consecuencias y el reato que aquella ha de arrastrar en pos de sí, serian menos infelices de lo que son!

Ellos mismos se forjan las cadenas que atan sus almas á las pasiones.

¿Quién es el que sabe sobreponerse á sí mismo?

Quien no se deja llevar de la ilusion.

Quien piensa, antes de determinarse á una accion, si esta ha de acarrearle despues un triste y amargo arrepentimiento.

Si los pueblos y los hombres lo comprendiesen así, las cosas humanas se tendrian con mas justicia y no las veríamos todas trocadas y confundidas.

Torrentes de sangre hace correr la ambicion de un solo hombre en los pueblos, cuando ha llegado la hora marcada por la justicia Eterna para castigar los crímenes de una nacion.

Sangre que se derrama por satisfacer uno solo su ambicion: ruina y desolacion que acaba con la vida de los pueblos; muerte que vá á llamar á tantos para hollarlos con su horrible pié, ¿qué sois ante la perspectiva halagüeña de un trono ó de una dictadura?

Pero pronto el pedestal de tan alta y sublime gloria viene á tierra con espantosa ruina.

¿Que es lo que entonces queda á su alma?

Horribles remordimientos.

Ayes de mil y mil víctimas sacrificadas á su ambicion.

¡Oh! si los pueblos llegaran á comprender los halagos de ciertos hombres!

¡Oh! si se convencieran de que no son en muchas ocasiones sino la escala, con que se pretende ascender á lo mas encumbrado de las ambiciones, para despues romper esa escala y relegar sus trozos al olvido!

Levantaos del polvo de vuestros sepulcros, conquista-

dores del mundo.

Volved á la vida generaciones pasadas.

Decid á la humanidad lo que sacásteis los primeros de vuestras conquistas, las segundas de tales alzamientos.

El tiempo acabó con las ilusiones de todos.

¿Qué les restó?

¡Fúnebre memoria al entendimiento! remordimiento sin fin al alma!

Dispénsennos nuestros lectores este órden de ideas que vamos esponiendo como deduccion de los hechos capitales que hemos narrado.

No habrán podido menos de notar que en esta leyenda nos hemos abstenido de poner largas consideraciones.

Hemos preferido narrar tan solo y dejar al lector que deduzca la moralidad que de la narracion se desprende.

Ahora, pues, nos ha de permitir le digamos cuatro palabras.

En Escipion hemos presentado el tipo de un hombre que, dejándose arrastrar de una severidad sin límites, atraviesa por todo antes de ceder un ápice en su ódio al Conde Nepociano, y llega hasta á manejar las malas artes de que se vale, para hacerle juguete de la justicia ultrajada de D. Ramiro.

Nada pudieron en él el cariño y humillacion de su hija Eldona.

Sus ojos, ya no veian mas que la mas negra venganza.

Creyéndose escudado de la justicia, obra injusticias; imaginándose que busca solo el castigo del rebelde, camina en pos de la venganza; y para alcanzarla no tiene reparo en desoir los lamentos y súplicas de su hija, y en procurar la muerte, si posible hubiérale sido, del noble y generoso Ferrando.

La peor de las injusticias es la que se hace á nombre y para vindicar los derechos de la justicia.

No quiere esto decir que todo padre que se opone á las

ilusiones y deseos de su hija merezca ser comparado con Escipion.

—No! mil veces no: lo decimos con toda la fuerza de nuestra alma.

Librenos Dios de consignar en nuestras leyendas esta absurda doctrina.

El padre es el que despues de Dios debe mirar por la felicidad de su hija.

Para ello ha puesto el Criador un riquísimo tesoro de cariño en su corazon.

Él, mas que su misma hija, comprende por lo regular, lo que á aquella le conviene.

Entre las que sigan las insinuaciones de un padre y las que, rompiendo por todo, se dejan llevar de los deseos de su corazon en la edad mas peligrosa de la vida, en aquella edad en que todo se vé, no segun son las cosas, sino segun lo que los ojos quieren ver, existe una diferencia notabilísima; la que hay entre las que proceden guiadas por una mano experta y las que caminan á ciegas, expuestas á tropezar á cada momento en el sendero escabroso y difícil de la vida.

Hecha esta ligera salvedad, decimos que el padre debe atender á su vez á la felicidad de sus hijas, no llevado del vil interés al entregarla á aquel con quien ha de vivir todos los dias de su peregrinacion por la tierra, ni mucho menos negándola á quien formaria su bienestar, por ódio ó mala voluntad que le profese.

Esto último aconteció á Escipion no obstante que tuvo la desgracia de creer que obraba rectamente.

Y no crean nuestros lectores que lo que vamos diciendo es un absurdo.

Se puede obrar el mal, imaginándose que se obra el bien.

La inteligencia, en fuerza del predominio que sobre ella ejerce la voluntad, juzga innumerables veces lo que esta última quiere que juzgue.

Nos colocamos en cierta esfera, y no hay quien de ella consiga sacarnos.

Lo que hacemos nosotros es lo único recto: todo lo que no sea esto, merece nuestra reprobacion.

Esta ceguera es la peor de todas.

Cuando la inteligencia juzga con aplomo sin que la dominen el corazon ni las pasiones, ve la verdad.

Cuando oye la voz de estas últimas, no es ella quien discurre.

Quien discurre entonces es el corazon.

Esto parecerá á algunos un disparate.

Y sin embargo es tanta verdad como lo es de un modo inverso que la inteligencia muchas veces no raciocina sino que siente.

Esta ley preside á los corazones é inteligencias viciadas por la pasion.

Hé aquí la gran necesidad de no dejarse impresionar por esta.

Pero volvamos á los personages de nuestras leyendas.

Tócanos ahora decir algo de Eldona.

No crean los lectores que vamos á echar sobre su padre toda la culpa del cúmulo de dolores y lágrimas que tuvo despues que sufrir y derramar.

Ella misma á haber procedido con mas respetos á su padre acaso hubiera acertado á disipar el ódio que este abrigaba á Nepociano.

El ruego de una hija, su humillacion y tenaz empeño en desarmar su iras, no como quien manda, sino como quien obedece y suplica, quizás hubiera conseguido hacer de un irritado padre un padre compasivo.

Pero no fué así.

A la soberbia y ódio de Escipion opuso Nepociano ódio y soberbia; y aquella hija siguió en tan horrible lucha la demanda del que despues fué su esposo.

No tenia que esperar ya de su padre sino lo que recibió.

La maldicion de un ultrajado padre.

¡Tiemblen las hijas que, á trueque de no humillarse, menosprecian tal autoridad.

Cuán pocas son las que gozan de feliz suerte, despues de haber amargado los últimos momentos de sus padres.

La ley de la expiacion es triste y dura; pero la Providencia en su sabiduría depara á las malas hijas en sus hijos las mismas amarguras que un dia derramaron en los corazones de sus padres.

Entonces es cuando comprenden, aunque tarde, cuanto hicieron sufrir á los que le dieron el ser.

Estudien las jóvenes que lean esta leyenda lo que vamos diciendo.

La ola que viene furiosa á asaltar la roca, se estrella perdiendo al punto toda la soberbia que envolvian sus espumas.

La dulce corriente de un plácido rio se abre paso al encontrarse algun tropiezo y, cortándose por un momento en dos brazos, vuelve á unirse y á formar un todo hasta llegar al límite de su camino.

La dulzura, la suavidad, el amor, la sumision, hé aquí las armas de las jóvenes ante un padre irritado.

¡Ojalá que todas lo comprendiesen así!

Réstanos hablar de Ferrando.

¿Qué hemos de decir del page de D. Alfonso el Casto?

Nada tenemos que notar en él que no sea caballerosidad y noble hidalguía.

Nuestros lectores podian encargarse de terminar estas reflexiones.

Ya lo han visto y seguido paso á paso en esta historia.

La nobleza de su alma le hace exponer su propia vida en la junta de los conjurados y ante el palacio real.

Su corazon no abrigaba mas que sentimientos de lealtad á D. Ramiro.

A él debió el hijo de D. Bermudo la corona que ciñó su cabeza.

Obligado á obedecer la órden de su Rey de dar alcance

á Nepociano y, no obstante la revelacion del misterio de que era hijo del que iba huyendo, supo vencer á sus propios sentimientos prosiguiendo su interrumpido camino.

Y al preguntarle D. Ramiro el castigo que merecia el usurpador, no titubeó un momento en responder lo que creia en justicia.

Por eso el rey, comprendiendo la nobleza y abnegacion que en tal respuesta se encerraba, no quiso quedar vencido en aquella lucha de sentimientos, y gritó con valiente acento que Nepociano no moriria.

¿Cómo habia de morir el padre del que le habia dado una corona?

Ahora bien, ¿qué línea de conducta pensaba seguir D. Ramiro con su rival?

Si quieren saberlo nuestros lectores, en el capítulo siguiente lo hallarán si se toman el trabajo de leerlo.

CAPITULO XVI.

Hijo y padre.

Nepociano se hallaba prisionero en el campamento.

Desde el momento en que se vió en manos de D. Ramiro, se imaginó que le aguardaba la muerte en castigo á su ambicion.

El infeliz estaba regenerado.

Hay hombres que al golpe de un acontecimiento terrible llegan á comprender con entera luz todo el abismo del mal á que corrian presurosos.

Soñó con el trono de las Asturias.

Un mes se habia asentado en él.

¿Gozó durante su pasagero reinado la satisfaccion que con el cetro creyó gustar?

Como habia sido alzado por la intriga de los nobles de Oviedo, sin contar con el voto de los pueblos, pronto aquellos se prepararon á exigir al nuevo rey lo que se figuraban les correspondia de derecho.

Así fué que Nepociano no pudo avenirse con tales exigencias.

Su alma, por naturaleza noble, odiaba instintivamente el dolo y la hipocresía.

Demasiado pronto por desgracia, conoció lo que se habian propuesto al levantarle por su monarca.

Hé aquí sin duda como se explica, la huida de los que formaban su ejército al bando y campamento de D. Ramiro.

Aquellos descontentos, al ver que habian salido vanas sus miras con respecto al favor de Nepociano, y presintiendo ya el éxito del combate por la desanimacion que notaban en el ejército, desanimacion que formaba maravilloso contraste con los brios y pujanza de las fuerzas de D. Ramiro, optaron por presentarse al campo de este, y abandonar al mal aconsejado conde, por evitar las consecuencias de la justicia irritada del hijo de D. Bermudo.

Todo esto meditaba el destronado Conde encerrado en la tienda que le servia de prision, cuando vino á sacarle de aquel estado de reflexion y abatimiento el doncel de D. Ramiro I.

Alzó los ojos y vió delante de sí á su hijo, aquel noble y entusiasta hijo por los derechos del Rey.

¿Qué pensamientos tristes surgieron entonces en su alma?

Ignoraba la conversacion habida entre Ferrando y Eldona.

Si hasta aquel dia habia ocultado á su hijo el misterio que envolvía su existencia, por temor al juramento del padre de su esposa, ahora mas que nunca convenia que tal secreto permaneciese oculto.

¡Cuánta ignominia no caeria sobre aquel noble jóven, al saberse en las Asturias que llevaba en sus venas la sangre de Nepociano!

Estos pensamientos se agolparon á su alma al reparar en la presencia del doncel.

Este se le acercó en ademán respetuoso.

El conde no pudo menos de notar la súbita mudanza que se habia obrado en Ferrando.

Su expresion era triste y meditabunda.

—Padre mio, el rey os llama á su tienda.

Honda admiracion produjeron en él estas palabras de su hijo.

Le daba el dulce nombre de padre.

¿Quién le habia revelado lo que hasta entonces habia ignorado?

—Jóven, qué acabais de pronunciar? le interrogó, como asombrado de recibir tal denominacion.

—Lo sé, padre mio; ha llegado el momento de revelar á las Asturias que sois el padre de Ferrando.

—Nó, aseguró Nepociano; el noble defensor de los derechos de D. Ramiro no puede ser hijo de un usurpador.

El doncel estaba pasmado al escuchar tales palabras.

Siempre vió en Nepociano un hombre ciego por la ambicion, de bajos y miserables pensamientos.

Pero el lenguaje que en la actual ocasion usaba, manifestaba toda la abnegacion de aquel que sabia sofocar los sentimientos paternales por no envolver en su infamia el nombre de su hijo.

O lo que viene á ser lo mismo: ambos eran dignos el uno del otro.

—¡Oh! no trateis de ocultar por mas tiempo lo que mi misma madre me ha revelado!

—¡No! insistió el conde: mil veces no: es un engaño: yo no tengo que ver nada con vos.

—Sí; aseguró Ferrando cada vez mas admirado de las negaciones de su padre, al mismo tiempo que iba comprendiendo mas y mas lo que valia aquel de quien tan baja idea habia formado siempre. ¡Padre mio, continuó; no tengo por que ocultarlo! ignoraba que abrigáseis tan hermosos sentimientos en vuestra alma. ¡Una venda cubria mis ojos y no acertaba á ver en vos sino un hombre ambicioso! Ahora comprendo lo mucho que valeis! Sois digno en un todo de mi madre! Yo os quiero pedir perdon por tanto como me he opuesto á vos! ¡Tarde conozco el abismo en que me he precipitado! ¡Perdon, padre mio, perdon!!

Y al pronunciar estas palabras cayó de rodillas ante su padre, derramando copiosas lágrimas.

—¡Jóven, os repito que me teneis suspenso con ese lenguage, que á fé mia no comprendo! ¿Quién es esa Eldona? Quién esa madre á quien no conozco? ¿Quién vos, en el que no veo mas que el defensor decidido de un rey?

Así habló con fingida calma que distaba mucho de tener asiento en el fondo de su corazon.

—¿Y quién os ha dicho, padre mio, que es permitido negar al hijo lo que de derecho le corresponde.

—¡Explicaos, vive el cielo!

—El nombre de un padre...

—Y en ese caso ¿seria yo, el rebelde á su rey, el usurpador de un trono, el ambicioso y desleal, como vos mismo le habeis llamado, seria yo el que os levantase con mi nombre? Nó, Ferrando, dejaos de ilusiones. ¡Nepociano..... el infeliz Nepociano.... debe pagar su crímen.... y lo pagará! debe morir.... infamado.... hecho el ludibrio y escarnio de un pueblo.... y morirá!! ¿Qué enlace puede haber ya entre vuestra suerte y la mia?

—El que la naturaleza ha puesto entre nuestros destinos. ¡Oh! qué tarde os conozco, padre mio! qué bueno sois! por qué no me revelaron antes el misterio de mi existencia!

—¡Qué! hubiérais sido por eso traidor á D. Ramiro?

—¡Traidor nunca! mas antes de luchar contra mi mismo padre, hubiera huido de las Asturias y encerrado los últimos dias de mi vida en el olvido!

—Nó, llamado estábais por la Providencia para revindicar el trono á D. Ramiro, y al pelear contra Nepociano, obedecíais á la voz del mismo Dios! Si ahora el cielo me quiere imponer el castigo que merece mi ambicion y mi crímen, caiga en hora buena sobre mi cabeza! Gustoso sabré someterme á él y guarde la historia en sus páginas tras el relato de mi usurpacion el arrepentimiento de Nepociano!

—Es que, padre mio, D. Ramiro os perdona la vida.

—Qué decís, jóven? no puede ser eso que proferís.

—¡Oh! lo acabo de escuchar de sus propios labios!

—¡No; no puede ser! mi crímen es de tal naturaleza que no merece perdon!

—Venid, venid á su presencia. Allí tambien está mi madre.

—¡Eldona! Eldona en el campo de D. Ramiro!

—Sí: ha venido ha impetrar misericordia para el infeliz prisionero.

Nepociano parecia hallarse sumido en profunda meditacion. Por una parte oia las expresiones de Ferrando que le indicaban que el rey tenia inclinado su ánimo á perdonarle. Por otra, pensaba que su rebeldía y alzamiento no podia quedar de manera alguna impune á la faz de las Asturias.

Despues de una ligera pausa continuó: ¿decís que me llama el rey á su presencia?

—Sí, debeis acompañarme á su tienda.

—Vamos pues.

—Vamos.

Y saliendo de la en que se hallaban se encaminaron á la de D. Ramiro.

El noble prisionero pasó por entre dos hileras de soldados que ansiosos se agolparon á reconocer al que durante un mes habia gobernado las Asturias.

Ferrando le acompañaba solamente.

¡Quién les hubiera dicho la íntima relacion que entre los dos existia!

El deseo de ver á Nepociano les hacia correr y arremolinarse al sitio por donde tenia que transitar para llegar á la tienda de D. Ramiro.

El continente del prisionero era digno y elevado.

Aunque abatido por el percance que acababa de arrancarle la mal ceñida corona, caminaba con el rostro sereno y tranquilo.

Casi cuando estaban para tocar la tienda del rey, un

caballero que al paso se hallaba, tendió al padre de Ferrando una mirada despreciativa, y le lanzó el siguiente apóstrofe.

—¡Allá vas, Nepociano, á recibir lo que tu ambicion merece!

Al herir sus oidos tal expresion, levantó el rostro el prisionero para reconocer á quien la habia proferido, pues su voz no le era desconocida.

—¡D. Tello! murmuró con el rostro encendido en ira.

Y se llevó instintivamente su mano á la empuñadura de la espada para castigar al traidor noble que así ultrajaba al mismo de quien se habia mostrado acérrimo partidario cuando su alzamiento.

Pero en vano fué su movimiento.

La mano se encontró solamente con el tahalí: la espada no colgaba de su cinto.

¿Qué pasó entonces por el alma del así vilipendiado ante todos los soldados y nobles que presenciaban tal escena?

Pero instantaneamente un hombre se adelantó á D. Tello y levantando una maza, la descargó sobre su cabeza, á tiempo que le gritaba. ¡Muere como traidor y mal nacido!

El cráneo del astuto noble saltó en pedazos sobre el campo, cayendo desplomado su cadáver al suelo.

Todos se volvieron para reconocer al vengador del ultraje.

—¡¡Anton!! Qué has hecho!! exclamó Ferrando, aplaudiendo interiormente el castigo que acababa de emplear en el que fué un tiempo leal á Nepociano.

—Darle lo que merecia por sus bajos y menguados pensamientos: respondió el escudero del Doncel.

Los circunstantes aplaudian tambien en su mayor parte el arrojo de Anton.

—¡Bien hecho! aseguraba un viejo soldado.

—Sí, sí; si yo hubiera militado en las filas de Nepociano, antes que pasarme á D. Ramiro, hubiera derramado mi última gota de sangre: murmuraba otro.

—Eso es: ¡á fuera traidores! decia un tercero.

—Por el diablo mi patron que cada vez que pienso que no han tenido ánimo esos nobles para defender al que alzaron en el trono, siente unos impulsos mi alma en favor de Nepociano, que....

—¡Maldito de Dios sea el que abandona á su rey! le interrumpió otro.

—¡Yo, de veras lo digo, hubiera preferido medir mis armas con la de esos guapos en la revuelta lid, á verlos llegar cariacontecidos y mustios demandando cuartel, como lo han hecho!

—A lo menos Nepociano hubiera muerto como á su nobleza corresponde y no á manos del verdugo.

—Pero crees tú que esa suerte le reserva D. Ramiro?

—¡Bah! Quién lo duda! ¿No comprendes que se encuentra obligado á obrar así?

—No veo esa obligacion.

—Por qué?

—Debes tener en cuenta que aun en nuestro ejército hay quien desea con vehemencia la muerte del usurpador.

—Quién es ese?

—Mas de cuatro, amigo mio...

—No deben tener entrañas de hombre los que pretenden cebarse en el desgraciado conde.

—¡Pues ahí verás!

—¡Ya! aludirás á Escipion y Sonna?

—Lo has dicho.

—Pues no opino que el mejor medio de popularizarse D. Ramiro sea arrancar la vida á Nepociano, por satisfacer los resentimientos que los dos parece que abrigan hácia el conde.

—¿No comprendes que á no haber sido por ellos dos, Nepociano se hallaria á esta hora sano y salvo en Vardulia?

—Así lo creo.

—Y no son esos solos los que desean se imponga un

ejemplar castigo al criminal.

—¡Hola!

—Los mas amigos del rey juzgan que para hacer un escarmiento á la faz de las Asturias, escarmiento que produzca saludables efectos para mas adelante débese dar su merecido al usurpador.

—Allá lo veremos.

—Eso es: pronto se ha de saber la suerte que le está reservada al conde.

Hé aquí la conversacion que en un grupo habíase suscitado, con motivo de la escena que acababa de tener lugar ante su vista.

Entre tanto el prisionero y Ferrando penetraban en la tienda de D. Ramiro.

—Nepociano, venid á mi presencia: dijo este al verle llegar.

—¿Qué me quereis, D. Ramiro? Si es llegada la hora de hacer conmigo la justicia que mi accion merece, egecútese pronto.

—Sí, lo habeis dicho, prosiguió el rey, voy á hacer pronta justicia.

—Hablad, ya os escucho.

—El que usurpa un trono que no le corresponde de derecho, mi doncel Ferrando ha sentenciado hace poco que debe morir.

Nepociano fijó sus ojos en Ferrando y Eldona al escuchar estas palabras.

—Pues ha sentenciado bien á fé mia, murmuró con entero acento.

—Sin embargo, yo quiero darle otra pena aun mas terrible que esta, continuó el rey; mi autoridad ultrajada así lo exije: sepan todos los de tierra de Asturias que no en balde se falta á un rey. Conde Nepociano, se os sacarán los ojos y vivireis encerrado en un monasterio los dias que os restan hasta que el Señor os llame á juicio á su tribunal!

—¡D. Ramiro! profirió arrojándose á sus plantas Eldona

con acento desgarrador; perdon para mi esposo! ¡Oh! me habeis hecho abrigar confianza para que nuestra angustia sea mas terrible!

Ferrando habia perdido su sangre fria. Ahora comprendia lo que significaban las palabras que habia pronunciado poco antes D. Ramiro al decirle que Nepociano no moriria.

La muerte era preferible á tan duro tormento.

Laura lloraba pensando en que su padre habia contribuido á preparar la desconsoladora escena que presenciaba.

Nepociano era el único que permanecia impasible.

D. Ramiro le contemplaba de hito en hito, y reconocia la fortaleza de alma del padre de Ferrando.

Pero esta escena triste duró muy poco, pues tomando de la mano á Eldona, profirió el rey.

—Alzad, Eldona, vuestro esposo está perdonado.

—¡Oh! gracias!! murmuró sollozando la esposa de Nepociano.

—Para las Asturias todas el usurpador recibirá ese castigo que acabo de indicar: mas para los que nos encontramos aquí, D. Ramiro I de las Asturias alarga su mano al esposo de Eldona y padre de Ferrando, diciéndole; si un error os sedujo yo os perdono: vivid pues para vuestro hijo y esposa, alejaos de la córte y sea para todos un misterio el perdon de Nepociano!!

Este se arrojó á los pies de D. Ramiro, pero este le levantó en seguida, prosiguiendo:

—Venid á mis brazos; no merece otra cosa el padre del que me ha dado un trono.

Ferrando derramaba gruesas lágrimas de alegría y de reconocimiento.

Eldona no acertaba á expresar con sus palabras todo lo que sentia su corazon.

Laura veia que terminaba en bien la escena con tan malos auspicios empezada.

—Y ahora, gritó D. Ramiro, ¡juro al cielo! que he de acabar con el feudo de Mauregato. Si por rey alzaron los

nobles á quien no le correspondia, y lograron seducir al pueblo de Oviedo con la promesa de acabar con ese nefando tributo, he de perder mi corona antes que pagar tan duro vasallage al bárbaro sarraceno!!

CAPITULO XVII.

En que se finaliza esta leyenda, haciendo ver que no siempre debe darse entero crédito á lo que dice la historia.

Ha trascurrido un año.

D. Ramiro, pacífico poseedor del trono de las Asturias cumplió el juramento que habia hecho.

Al año de subir al sólio se presentaron los emisarios del de Córdoba á demandar el cumplimiento del feudo.

La negativa del rey hizo que Abderraman se alzase con su ejército en son de guerra y viniese para tierra de Asturias á exijir con la fuerza de las armas lo que habian pactado Aurelio y Mauregato.

No nos detendremos en narrar el combate que algunos rechazan.

Tanto el feudo como la batalla de Clavijo, para tales historiadores, no son mas que una fábula que segun asegura uno de ellos *solo ha quedado para pasto de poetas.*

Ya hemos dicho al principiar esta historia que no nos colocábamos ni de una ni de otra parte.

Nos hemos propuesto narrar en estas leyendas, no probar.

Así pues, prescindimos por completo de las razones que se alegan en pro y en contra de este punto histórico.

Nosotros hemos partido de un hecho, como digimos arriba, consignado en la historia, y autorizado con el mismo rezo que tiene la Iglesia para solemnizar la batalla de Clavijo.

Dicha batalla acabó con el tributo de las cien doncellas.

Vencidos los de D. Ramiro durante el dia, se acogieron á una altura llamada Clavijo, y durante la noche apareció en sueños á D. Ramiro el Apóstol Santiago, manifestándole que al siguiente dia con su auxilio derrotaria á los enemigos.

Y así fué; en la batalla que se dió al amanecer caen á manera de leones sobre las tropas de Abderraman, siendo visto el Santo Apóstol de uno y otro campo, montado en un caballo blanco y llevando un blanco estandarte, á tiempo que sembraba en las filas agarenas la destruccion y la muerte.

Setenta mil murieron de los de Abderraman.

El feudo de Mauregato acabó por completo en España.

Dos dias despues de la victoria un hombre caminaba por el sendero que lleva de Oviedo á Vardulia.

Era el caminante rechoncho y mofletudo, y en lo mucho que castigaba al caballo que montaba, se conocia que se habia propuesto llegar cuanto antes al término de su jornada.

Sin duda debia ser este la venta del Burro, pues el camino que llevaba parecia indicarlo así.

Al llegar á la puerta, llamó despues de haberse bajado del caballo; y á poco apareció aquel Aguilucho que recordarán nuestros lectores adormeció en el primer capítulo de esta historia al page Ferrando y á sus compañeros de cena.

—Hola, Aguilucho: saludó al entrar el aparecido.

—Bien venido el caminante; respondió el ventero pugnando por recordar quien fuera, pues le pareció que ya otra vez habia hablado con él.

—Tomad el caballo y echadle un buen pienso porque al instante continúo mi jornada.

—Bien: podeis subir.

En tanto que Aguilucho entraba en la cuadra, penetraba el caminante en la sala que ya tambien conocen los lectores.

—Qué teneis que contarme de los negocios de Asturias? preguntóle el ventero al aparecer por la escalera, despues de echado el pienso al caballo.

—Bien poco; porque, amigo Aguilucho, los momentos de que puedo disponer son muy escasos.

—¡Mucha prisa trae el soldado!

—Con todo os diré, si no lo sabeis, que D. Ramiro acaba de cubrirse de gloria.

—Eso es lo que deseaba me digérais... ¿las tropas de Abderraman han venido á las manos con las nuestras?

—Vinieron para ignominia de la media luna y gloria de la cruz.

—¡Oh! El cielo está de nuestra parte.

—Sí... halo estado de una manera maravillosa! ¿no sabeis el milagro?

—¡Qué milagro! Nada sé... hablad.

—El Apóstol Santiago apareció en sueños á D. Ramiro prometiéndole la victoria al dia siguiente.

—Qué decís?

—Lo que escuchais.

—Y la alcanzásteis?

—Que si la alcanzamos? preguntadlo al de Córdoba y su gente.

—Hablad... hablad.

—Qué mas quereis que os diga... los pocos que escaparon con vida salieron huyendo como alma que lleva el diablo... bien es verdad que la cosa no era para menos, porque ¿quién no habia de huir de entre esos perros al ver nada menos que al Apóstol peleando en favor de los cristianos?

—¡Eso hay!

—Pues... como lo oís... pero hablando de otro asunto,

¿quién habia de decirnos, Aguilucho, hace un año todo lo que habia de acontecer en las Asturias?

—Es verdad!

—Os acordais, buena alhaja, del sueño que nos infundísteis cierta noche en esta misma sala? preguntóle tocando en el hombro al ventero.

Este se quedó perplejo un momento: luego, fijando su vista en el huésped, empezó á temblar como un azogado, pues reconoció en él á Anton, el escudero del page Ferrando.

—Bah!... no tengais miedo... ya aquello pasó... vos hicísteis lo que os mandó D. Tello y... por cierto que ya llevó el premio que su traicion merecia!

—Qué!

—Despues de haber alzado á Nepociano no tuvo alientos mas que para pasarse al campo de D. Ramiro.

—El!

—Sí... pero no se quedó sin su merecido. El dia que fué presentado Nepociano á D. Ramiro por Escipion y Sonna, tuvo la avilantez de menospreciar al mismo que habia sido su señor.

—Y qué?

—Que mi brazo dió buena cuenta del que...

Aquí llegaban del diálogo cuando se oyeron tres golpes á la puerta de la venta.

Aguilucho bajó á abrirla.

Un momento despues dos mujeres subian por la escalera que llevaba á la sala en que se encontraba Anton.

Al penetrar aquellas el escudero clavó su vista en las damas, y lanzó un grito que no pudo sofocar.

—¡Eldona! Laura!

—¡Anton! exclamaron las dos al mismo tiempo! tú aquí!

—Qué feliz casualidad nos reune ahora?

—Salimos á dar una vuelta por estos sitios y veníamos á hacer visita á Aguilucho, que suele darnos nuevas del ejército de D. Ramiro. Dinos, de donde vienes?

—De Clavijo.

—¡De Clavijo!

—Sí. ¿Ignorais lo que acaba de pasar en las Asturias?

—Habla.

—D. Ramiro ha reportado una insigne victoria de Abderraman de Córdoba mediante la proteccion visible del santo Apóstol Santiago, el cual ha luchado al frente de los nuestros contra los musulmanes.

—¡Oh! bendiga el cielo á D. Ramiro por el perdon que dió á mi esposo! murmuró Eldona.

—Y Ferrando? preguntó su compañera.

—Ferrando, siendo como siempre el brazo que ejecuta la suprema voluntad de D. Ramiro.

—Y...? preguntó Eldona mirando á su alrededor como temerosa de que alguno penetrase el sentido de aquella sola palabra.

—Es un misterio para todos!

—Pero....

—Escuchad. Ya recordareis que el dia que fué hecho prisionero, hizo correr el Rey la voz por todo el campamento de que el usurpador Nepociano iba á ser encerrado por toda su vida en un monasterio, en el cual se le sacarian los ojos.

—Si... Todo el ejército vió salir á Ferrando conduciéndolo maniatado en direccion al monasterio.

—Pero no llegaron á penetrar en él, pues apenas se perdieron de vista, se encaminaron á esta comarca, donacion que hacia D. Ramiro al page Ferrando, y en la cual os vinísteis á encontrar á los pocos dias con los dos.

—Sí.... desde entonces hemos vivido gozando de la alegría que tanto ansiaba mi alma, enmedio de una dulce y tranquila paz en compañía de Laura la esposa de nuestro hijo.

—Si, pero llegó el dia del combate, y el que se habia alzado contra su Rey, creyó que entonces era la ocasion propicia para deshacer lo que en un momento de ofuscacion

habia llevado á cabo.

—Y bien; cuéntame qué ha sido de él en el ejército. No ha sido conocido de nadie?

—Ni uno siquiera ha penetrado quién es el caballero que camina siempre al lado de D. Ramiro; bien es verdad que no se ha alzado una sola vez la visera de la celada en todo el tiempo que ha permanecido en el campo.

—De modo....

—Todos se hacen lenguas para alabar el arrojo y denuedo del armado desconocido y se hacen mil comentarios y se echan á volar un sin fin de nombres, queriendo cada cual decir algo del misterioso caballero.... pero.... nada!... solo D. Ramiro, Ferrando y su escudero saben que tras la máscara que lo encubre está la faz del conde Nepociano.

—Y mi padre? preguntó con timidez la esposa de Ferrando.

—Vuestro padre?... ah... os suplico no me pregunteis por él...

—Cómo!... que ocurre? habla...

—Despues de la muerte de Escipion que terminó sus dias odiado de todo Oviedo, hubo de comprender que nada tenia que esperar en Asturias y se encerró en un monasterio para hallar allí la tranquilidad que habia huido de su alma desde el dia en que presentó á D. Ramiro el prisionero.

—¡Oh!.. Laura... Dios acaso se compadecerá de tu padre en ese recinto santo... pero del mio... mucho me temo de la justicia de Dios! murmuró Eldona con acento triste.

—¡Ah! mi padre!.. mi pobre padre!.. Anton, quiero verle; me acompañarás un dia al monasterio en que se halla? repuso Laura.

—Cuando gusteis, estoy á vuestras órdenes. En cuanto al vuestro, Eldona, ya habreis oido referir sus últimos momentos... No hacia mas que repetir estas palabras que fueron las postreras que pronunciaron sus lábios «¡¡D. Ramiro, donad á este noble el precio que en justicia y derecho

merece su heróica accion!!»

—¡Calla! calla por el cielo! exclamó la infeliz hija del soberbio enemigo de Nepociano.

—Se me habia olvidado deciros que muy pronto tendreis de vuelta...

—A Ferrando? interrogó Laura con alegría.

—Y á Nepociano.

En esto oyeron el galope de caballos que pasaban por delante de la venta.

Anton corrió á la ventana, y apenas asomó á ella su rostro empezó á gritar ¡Ferrando! ¡Ferrando!..

Y se precipitó por la escalera.

Eldona y Laura se dirigieron á la ventana.

Tres ginetes eran los que pasaban por allí en aquellos instantes. El uno era Ferrando, el otro un anciano y el tercero no podemos decir quien es por traer su rostro oculto por la visera.

A las voces de Anton se detuvieron los tres, y apenas hubo bajado aquel y dirigídoles unas cuantas palabras, se desmontaron al mismo tiempo, y amarrando los caballos á un árbol penetraron en la venta.

Aguilucho estaba admirado de la mucha gente que se iba reuniendo en su nido.

Pero al subir, Anton le dijo por lo bajo: amigo Aguilucho, como no hay que preparar á Dios gracias ningun narcótico cual el de antaño, podeis permanecer aquí abajo tomando el fresco.

Aguilucho comprendió lo que se le daba á entender con tal advertencia.

Entre tanto pasaba esta otra escena en la venta.

Al penetrar en la sala los tres caballeros, el encubierto se levantó la visera.

Eldona lanzó un grito al ver la demostracion de este: iba á descubrirse delante del desconocido.

Al mismo tiempo Laura se arrojaba en los brazos del anciano, exclamando con efusion: ¡Padre mio!

—¡Hija mia! murmuraba sollozando el anciano... al fin te encuentro!.. ah! bien me lo decia este caballero: y señaló para el de la celada; mas al notar que este habia dejado ver su rostro antes encubierto, exclamó lleno de espanto:

—¡Oh! es una ilusion de mis sentidos! no, no puede ser!

—Sí puede ser... murmuró el padre de Ferrando; Asturias juzga ciego y en un monasterio á Nepociano. Así lo consignará tambien la historia en sus páginas, siendo para todos un misterio el perdon que á Nepociano otorgó D. Ramiro.

—¿Y vos, me perdonareis?

—¡Con toda mi alma! Sonna, venid á mis brazos.

Las lágrimas de Nepociano, Sonna, Laura, Eldona y Ferrando se confundieron.

—Juntos formaremos una sola familia léjos del bullicio de la córte, en tanto que D. Ramiro no demande el auxilio de nuestras armas en sus combates con los enemigos de Cristo.

Así habló el Conde Palatino, pariente de D. Alfonso el Casto y Rey durante un mes de las Asturias!

LA CRUZ DEL VALLE DE LAS NAVAS.

LA
CRUZ DEL VALLE DE LAS NAVAS.

I.

AL AMANECER.

En el primer tercio del siglo XIII se levantaba un castillo en una altura de las que dominan los valles de Sierra Morena, distante como dos leguas del glorioso sitio donde años antes se habia trabado la batalla de las Navas de Tolosa.

El castillo, incrustado por decirlo así en una larga cordillera de montañas, parecia un nido de águilas, defendido con sus muros y torreones de duro granito y cerrada su entrada por un puente levadizo, por bajo del cual habia un precipicio cuyo fondo se perdia á la humana vista.

El señor del Castillo éralo el noble caballero D. Alvar Perez de Castro; y si hemos de creer á la fama que de él corria por aquellos contornos, debia ser un señor de muy pocas palabras y de carácter adusto, pues por maravilla se le veia salir de la fortaleza, y si por acaso salia, apenas cambiaba un pequeño saludo con los que al paso se hallaba, señal clara y manifiesta de que algun gran pesar debia ahogar su alma.

Sin embargo, para que todo estuviera compensado, ha-

bitaban al lado del austero señor dos jóvenes esposos que hacian lo posible por alegrar aquel sombrío parage.

Éranlo D. Enrique, hijo del Castellano, y Doña Sol, su jóven esposa, que llevaban solamente tres meses de casados. Todos los dias salian del castillo muy de mañana, cabalgando soberbios alazanes, y recorrian los contornos, gozando de las vistas y paisages que presenta aquella naturaleza inculta, penetrando no pocas veces en las cuevas cortadas en las rocas, mansiones de pobres familias que vivian allí, vegetando, por decirlo así, lejos de la sociedad y comercio de los hombres.

Por eso eran conocidos de todos los montañeses D. Enrique y Doña Sol, siendo llamados por aquellos con la voz comun de los novios.

Doña Sol era una hija de la montaña, de color trigueño, de faz agraciada y dulce voz, con un corazon sencillo y fácil para compadecer el infortunio. Risueña y alegre saltaba de roca en roca y hostigaba al noble bruto que, como si comprendiese que aquello no era mas que un juego, condescendia con el carácter ligero de la jóven y jugueteaba tambien haciendo escarceos.

D. Enrique, aunque de genio fogoso, se avenia admirablemente con el carácter de su jóven esposa. Noble como Doña Sol y de corazon recto como ella, parecia que habia nacido para ser su esposo. Por eso ambos eran entrañablemente queridos por todos los vecinos de los contornos, cuya miseria y angustia mitigaban no pocas veces, siendo los padres de aquellos sencillos é inocentes habitantes.

En la mañana de que tratamos, salieron los dos y tomaron una ladera, que conducia, dando un corto rodeo, al lugar llamado las *Navas*.

Oigamos lo que van diciendo por el camino.

—¡Extraña es á fe la aparicion! no lo crees así, Sol.

—Opino lo mismo que tú, Enrique.

—¡Y no se habla de otra cosa en el monte!

—Y tu padre ¿cómo es que nada nos habia contado de tan maravilloso suceso?

—No lo sé... acaso ignore él lo que tiene lugar en las Navas.

—Puede ser!... como sale tan pocas veces del castillo... Y dime, Enrique, ¿ha observado siempre el mismo método de vida que ahora?

—No por cierto.

—Pues entonces, ¿qué ha podido obrar tal mudanza en sus costumbres?

—Eso es para mí un misterio.

—Y desde cuándo tiene ese aire tan pensativo y receloso?

—Desde la batalla de las Navas de Tolosa.

—¡Algo notable hubo de sucederle en ella!

—Yo entonces era niño. Solo recuerdo que le trageron mal herido al castillo, y que por estos montes corrió la voz de que habia muerto. Pero poco á poco fué curándose y al cabo convaleció. Y cuando de nuevo apareció por los contornos, todos le creyeron un fantasma y huyeron á esconderse en sus breñas, como si hubieran visto un alma del otro mundo.

—Pero, se convencerian al fin de su engaño?

—Sí; mas como sale del castillo tan de tarde en tarde, no hay quien saque de la cabeza todavia á algunos que D. Alvar es muerto, y que lo que se aparece es su sombra, que va á recorrer el sitio donde cayó mal herido en la batalla.

—Y no ha vuelto á presentarse en la corte?

—No. A poco nos fuimos mi madre y yo á Toledo, pues decia que queria permanecer solo en el castillo.

—Y allí has estado hasta poco antes de nuestra union?

—Así es.

—Lo que estraño es cómo tu padre vive ausente de la corte, empuñando las riendas de Castilla un Rey como D. Fernando III.

—Lo ignoro. Sin embargo, si he de dar crédito á las hablillas que corren por Toledo, no sé qué intrigas le han alejado de la corte.

—¿Y no temes que tu padre haga en tal caso lo que otros muchos están haciendo?

—Qué?

—Pasarse al bando moro.

—¡Aparte de él el cielo tan mal pensamiento!

—Y dime, Enrique, ¿qué opinas de D. Fernando?

—Que es el hombre designado por Dios para probar que la santidad no está mal avenida con la corona.

—He oido que algunos han dado en llamarle el santo...

—Así es. Es un gran Rey, Sol; á su piedad reune un corazon magnánimo que alienta grandes y arriesgadas empresas.

En tanto que esto hablaban, se habian ido acercando al valle de las Navas.

II.

LA GRUTA.

Al pie de los montes de Sierra Morena, y tocando con la explanada que lleva el glorioso nombre de las Navas, se encontraba en la época en que tiene lugar nuestra historia, una gruta espaciosa abierta en las rocas. Dicha gruta estaba dividida en tres piezas, y habitábala una familia que constaba de un pastor, su muger y un hermano de esta.

Sentados se hallaban en la primera de las tres piezas, que hacia á la vez de sala de recibo, de hogar y comedor, quedando reservada la habitacion que les seguia, para estancia del ganado mayor y la última para redil del lanar.

—¿Y dices que esta noche es cuando le toca aparecer? decia la mujer.

—Así es, le respondia su marido en tanto que engullia un enorme trozo de queso fresco y un mendrugo de pan negro, sentado á la mesa en compañía de su mujer, y su cuñado.

—Oye, Antonio, le decia este, cuéntame lo que hay de esa aparicion.

—Cómo! no has oido hablar nunca de ella?

—Si he oido?... desde hace tres meses que vivo á tu lado no oigo hablar mas que de la fantasma, aparecido, alma del otro mundo ó lo que sea.

—Pues entonces?...

—Mas son tantas y tan extrañas las cosas que se cuentan, que he creido lo mas conveniente no darlas crédito.

—Pues haces muy mal, Nuño, murmuró su hermana que seria una mujer todavía fresca, y que aparentaba tener unos treinta años.

—Luego hay algo de realidad?

—¡Cómo algo!

—Ea, pues habla y cuéntame lo que haya.

—Si quieres, esta misma noche puedes cerciorarte por tus propios ojos.

—Esta noche?

—Sí.

—A qué hora?

—A la media noche.

—No seré yo quien tenga tal atrevimiento; aseguró la mujer.

—¿Tienes miedo?

—Una sola vez he visto la sombra y no he quedado con ganas de volver á verla.

—Tal pavor te causó?

—¡Y si solo fuera la sombra!

—Pues qué, aun hay mas?

—¡Vaya si hay!

—Cuenta, que vais despertando mi curiosidad de un modo extraño.

—Dile, dile lo de las luces, continuaba diciendo aquella á su marido.

—¡Hola, hola! con que tambien hay luces?

—Y que no es una sola...

—Es claro, sinó cómo habia de ver la sombra? replicó Nuño en tono zumbon.

—Sí, sí, búrlate cuanto quieras; eso mismo hacia yo, pero al cabo me convencí; ya harás tú lo mismo á la noche.

—Vamos á ver, son muchas las luces?

—Cada año van siendo menos.

—Qué me cuentas? De modo que llegara uno en que no habrá luces?

—Quién sabe?

—Y quién las enciende?

—Bah! pues ahí verás! nadie...

—Nadie!

—Lo mismo es aparecer la sombra por la roca que está allí frente, cuando empiezan á brotar del suelo luces, unas blancas, otras amarillas y otras azules que, ya, ya!

—Como que vá á ser cosa de llenarme yo mismo de miedo! aseguraba Nuño en el mismo tono.

—Vendrá la noche y ya te convencerás.

—Ya lo veremos.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando oyeron por el valle el trote de dos caballos, que seguramente se dirigian á la gruta, pues cada vez se acercaba mas el ruido que hacian.

—Eh, buenas gentes, dijo una voz desde fuera.

—Adentro quien sea, respondió Antonio, y saliendo á la puerta, se encontró con los dos jóvenes que hemos visto salir del castillo al amanecer del presente dia.

—¿Podemos descansar unos momentos buen hombre?

—Si mal no me engaño, sois los señores del Castillo.

—Así es, amigo mio, respondió D.Enrique.

—Ea, bajen de los caballos, y entren en mi gruta, que siempre está abierta al caminante, y mucho mas á los jóvenes amos que son la alegría de estos montes.

—Sol, baja.

—Es buen ginete vuestra esposa, á lo que veo.

Doña Sol habia bajado graciosamente de un salto.

Atados los caballos á un árbol, penetraron en la gruta.

—Aquí teneis á nuestros buenos señores, dijo Antonio entrando detrás de ellos.

—Bien venidos sean; exclamó la mujer saludando á los aparecidos con agrado.

—Adios, buenas gentes.

—Nuño, trae aquella zalea y le improvisaremos un asiento á Doña Sol.

—Por mí no os molesteis...

Todas las mayores atenciones parecian poco á aquellos hombres rudos, segun lo que eran queridos los jóvenes en la comarca.

—Antonio, venimos á saber si es cierto que hoy es cuando toca aparecer la sombra de que tanto se habla en estos montes.

—Hoy es justamente el dia: respondió Antonio.

—Con que es cierto?

—Tan cierto como ahora yo os estoy viendo.

—Y puede divisarse desde este sitio?

—Si señor.

—Está bien.... esta noche vamos á pasarla en tu gruta.

—Nunca la habeis visto segun eso?

—Jamás... yo he estado ausente desde poco tiempo despues de la batalla de las Navas, y cuando he vuelto me he encontrado con esta novedad.

—Así es... todos los años el 16 de Julio, aniversario de tan fausto hecho para Castilla, es la aparicion.

—Y hácia qué parage se encamina la sombra.

—Venid acá... dijo Antonio dirigiéndose á la boca de la gruta.

—Allá voy....

—Veis aquella cruz de piedra que está en medio del valle?

—Sí: respondieron maquinalmente D. Enrique y Doña Sol.

—Pues ahí se está parada como una hora.

—Una hora!

—Sí.

—Y qué hace.

—Eso es lo que no sé.

—Y las luces?

Las luces no aparecen sino cuando baja la sombra del monte y cuando se retira.

Doña Sol, al escuchar el tono de conviccion que se revelaba en las palabras de aquel hombre rudo, sintió que se le erizaban los cabellos.

—¿Tiemblas, Sol? le dijo Enrique al notar la palidez que se habia dibujado en su rostro.

—No: respondió aquella, tratando de reponerse.

—Entremos.

—Dicen que á media noche es la aparicion, continuó interrogando Antonio.

—Así es.

Absortos quedaron los dos jóvenes un momento. Luego, variando de conversacion, repuso D. Enrique.

—Te hallaste en la batalla?

—Halléme en ella.

—Tendrás inconveniente en referirme sobre el mismo terreno algo de lo que presenciaste tú mismo?

—Al contrario, tendré un placer en ello. Venid pues.

—Vamos.

Y salieron de la gruta, seguidos de Antonio, testigo presencial y uno de los actores en la batalla de las *Navas de Tolosa*.

III.

LA BATALLA DE LAS NAVAS.

—Ya sabriais, íbales diciendo Antonio mientras se acercaban al valle, como despues de la desgraciada batalla de Alarcos el Rey D. Alfonso VIII, creyendo piadosamente que habia sido un castigo del cielo, por sus amores con la judía de Toledo, permitió que el pueblo alborotado la diese muerte en su propio palacio.

—Lo sé, Antonio. Bien hizo el pueblo en acabar con unos amores que tenian ciego al Rey, con menoscabo de su potestad real y oprobio de su dignidad de hombre.

—Vuelto en sí, pensó en impetrar el auxilio de todos los príncipes cristianos, pues el Rey de Marruecos, envalentonado con la pasada victoria, aprestaba un nuevo y poderoso ejército, con el que amenazaba invadir á Castilla, ambicionando aun mas rico botin.

—¡Bien se portó el Papa Inocencio III con nuestro Rey!

—Dígalo si no la cruzada que publicó por toda la Europa, alcanzada en Roma y predicada en todos los estados por el arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jimenez de Rada.

—Dicen que pasaban de ochenta mil hombres los que trajo de Italia, Alemania y Francia.

—Sesenta mil infantes y doce mil caballos.

—Bien haya el Arzobispo D. Rodrigo!

—Sin embargo, para que toda la gloria del vencimiento fuese para España, y no tuviésemos que compartirla con aquellos soldados advenedizos, quiso el cielo que se retirasen del ejército á los dos meses de venidos. Salieron todas las fuerzas de Toledo y tomaron al paso algunos pueblos de escasa importancia, entre ellos á Malagon, cuya guarnicion fué toda pasada á cuchillo por las sugestiones de los extrangeros, que venian á pelear movidos por el deseo del botin mas bien que por su ardor en acabar con los enemigos de la Cruz.

A poco se entrega Calatrava; y ya entonces, oponiéndose con energía D. Alfonso, y los nuestros á los desmanes de los aliados, se retiraron estos cada cual á su nacion.

Mas para que se viese que era designio del cielo tal separacion, apenas llegó el ejército á Alarcos se unió á él el Rey de Navarra D. Sancho con buen golpe de gente, y esto reanimó un tanto los ánimos decaidos.

El Rey de Marruecos Mahomad destacó gran fuerza de caballería para que se posesionase de las gargantas de Sierra Morena, y quedó cerrado el paso de la Losa á los nuestros, siéndoles imposible penetrar en los montes, pues aquella era la única entrada.

Pero presentóse, segun me contaron, un pastor que prometió al Rey conducir á su ejército por vias desconocidas; y así se hizo. Bien pronto coronaron los cristianos las alturas que desde aquí estais viendo, quedándose Mahomad pasmado al encontrarse con los cristianos tan cerca contra lo que habia imaginado.

Apenas ví una mañana las tiendas en lo alto del monte, salí de mi gruta y pedí á los soldados que me diesen un arma cualquiera, pues tenia á menos permanecer en inaccion á la vista del combate que se preparaba.

—Bien, Antonio, decia con entusiasmo el jóven.

—Tenia yo entonces diez y siete años y ardia en vivos deseos de tomar un arma para pelear con el enemigo de Dios y nuestra patria... allí me dieron un lanzon y sin mas

arma defensiva me situé en donde mejor me pareció. ¿Veis aquella altura que está rayando con las nubes? pues allí se hallaba D. Alfonso, lleno de ardor bélico, con una fé firme en el auxilio del Cielo, no muy lejos me coloqué yo, diciendo: donde está un Rey tan valiente, no hay que temer al contrario.

—Con todo, cuentan que la batalla tardó en darse dos dias.

—Así fué realmente. Pero oid lo mas notable del caso. La noche que siguió al segundo dia dióse órden por todo el ejército de limpiar el alma por medio de la confesion sacramental, de preparar los caballos y las armas y de estar prevenidos para al rayar el alba caer sobre el enemigo. Antes de amanecer, y recibido por muchos el pan de los Ángeles, fortalecidos con aquel alimento espiritual, como leones caimos sobre el ejército agareno.

—Sin embargo, parece que la batalla estuvo indecisa durante algun tiempo.

—Tan lo estuvo, que nuestro Rey, dando una gran voz al Arzobispo D. Rodrigo, le dijo. Ea, Arzobispo, muramos aquí todos. *No, no moriremos, respondióle D. Rodrigo, antes al contrario, ha llegado el momento feliz de la victoria.* Y efectivamente, en aquel instante apareció radiando en los aires circundada de nubes una cruz roja, que fué vista del Rey y no pocos de sus caballeros.

—¡Una cruz!!

—Sí... yo tuve tambien la dicha de verla...

—¡Dia de gloria fué aquel para Castilla! pero, continúa, Antonio.

—Entonces el estandarte de nuestros ejércitos, en que estaba bordada la imágen de la Vírgen María, penetró en las filas moras y á su vista caian multitud de ellos, como aterrados, atropellándose y matándose los unos á los otros. Tended vuestros ojos por la planicie que tenemos delante: imaginaos montones de cadáveres apilados acá y allá; mirad hácia aquellas colinas; fingíos que están coronadas de

multitud de cristianos, y que los veis bajar de ellas á manera de un torrente asolador, destrozando cuanto á su paso encuentran y hé aquí el cuadro que en tan glorioso dia presentaba este valle.

—¡Perecerian muchos moros!...

—Cerca de doscientos mil.

—Y de los nuestros?

—Veinticinco hombres no mas.

—Oh! fué un verdadero milagro! murmuraba Doña Sol.

—Vuestro padre fué uno de los heridos, siguió diciendo Antonio á D. Enrique.

—¡Es verdad! profirió Enrique con acento triste.

—Esta cruz señala el sitio en que recibió el golpe que le hizo caer á tierra.

—¡Cómo! qué dices!... exclamó el jóven, reconociendo la cruz, que era de piedra y vendria á tener una vara de altura.

—Al mes de la batalla apareció en el valle sin que se haya podido descubrir quien la colocara.

—Qué misterio se encierra en ella?

—No lo sé.

—Pero, si mi padre sanó de su herida, porqué esa cruz?

—Eso mismo digo yo. Aun hay mas, aquella noche apareció por vez primera la sombra.

—¡La sombra!!! exclamaron los dos jóvenes al mismo tiempo.

—Tornaba yo á la gruta casi á la media noche, cuando al entrar en el valle, ví que de aquella roca iba bajando un bulto, fijé mi vista en él y al cabo descubrí una figura negra. Creyendo que seria algun caminante extraviado, me acercaba á él para ofrecerle mi hogar por aquella noche, cuando me hizo detener su acento lúgubre que resonó por el valle. *Huye de aquí, mortal, y deja á los muertos que vengan á orar por los muertos.*

—¡Eso oiste..!

—Como os estoy oyendo á vos.

—Y no seria efecto de tu imaginacion?

—Os aseguro que oí su voz tan clara que aun parece que vibra en mis oidos.

—Oh, ahora mas que nunca deseo ver la sombra.

—Pero oid el término del relato.

—Continúa, dijo el jóven, aguijada mas y mas su curiosidad por tan extraño suceso.

—Apenas pronunció la sombra tales palabras, que me dejaron aterrado y al volverme hácia la gruta, ví que empezaron á brotar luces de entre las matas y zarzas que se levantan en el valle casi á media vara sobre el suelo, pues desde el dia de la batalla, en que todo quedó lleno de cadávares nada volvió á sembrarse en él.

—¿Y esas luces cómo aparecian? decia admirada Doña Sol.

—¡Sí os digo que las ví salir de entre las matas..! yo mismo por poco caigo redondo en el suelo! tal y tan grande fué el pavor que me acometió! cerré los ojos por no ver aquel conjuro maldito, y á tientas y sin saber cómo, me encontré á la puerta de la gruta, penetré en ella y juré no volver en todos los dias de mi vida, á invitar á nadie á pasar la noche en mi gruta.

—¿Y continuó apareciendo las demás noches?

—No: pero al año siguiente el diez y seis de Julio por la noche, Pedro, el armero de vuestro padre, cuenta que al pasar no léjos del valle, vió lo mismo que yo, es decir, las sombra y las misteriosas luces.

—¡Oh, no sé qué presentimiento me anuncia que todo esto tiene una estrecha conexion con el carácter que desde la batalla tiene mi padre!

—Eso mismo creo; indicó Doña Sol.

—Ahora bien, ¿tendrás valor, Antonio, para venir esta noche conmigo á hablar á la sombra?

—Perdonad... yo hablo con los hombres y á ninguno le tengo miedo, pero respeto mucho á los muertos.

—Luego crees que la sombra es un muerto?

—Tengo seguridad de ello. En buen hora que un chusco cualquiera se hubiera propuesto asustarnos, pues nadie pone las plantas desde entonces en el valle; pero decidme, ¿puede un hombre hacer que broten luces del suelo y que le precedan á su paso y le sigan al retirarse?

—Eso mas!

—Sí, señor, cuando la sombra avanza, las luces van andando ante él, como abriéndole paso, y al marcharse, las luces van siguiéndole sumisas.

—Bien... yo descubriré á la noche lo que hay.

—Enrique, quiero acompañarte: murmuró Doña Sol.

—¿Tendrás valor para ello, le preguntó el jóven.

—Seremos dos.

El rudo montañés admirado de la presencia de ánimo de Doña Sol y como avergonzado de su temor, dijo con valiente acento.

—Contad tambien conmigo.

—Bien, Antonio, no esperaba menos de tí. Ten en cuenta que los muertos si se aparecen es porque el Señor lo permite. Ya veremos esta noche si lo es el aparecido ó si todo es objeto de una burla: pronunció el jóven que aun queria convencerse á sí propio de que todo aquello no era mas que una ilusion.

—Volvamos al castillo, Sol.

—Vamos.

—Y á las diez estaremos en tu gruta para ser testigos de la vision.

A poco montaron los dos esposos y tomaron la vuelta del castillo.

IV.

L CASTILLO.

A las dos horas estaban ya de vuelta en el castillo D. Enrique y Doña Sol.

Pensativo el jóven por la extraña revelacion que le acababa de hacer Antonio, meditaba un medio que le llevase á la realizacion de su designio.

No habia la menor duda que entre el aparecido y su padre debia mediar una íntima relacion.

¿Qué significaba aquella cruz clavada en el fondo del valle, en el mismo parage en que fué herido su padre?

¿Por qué, si logró salvarse aquel, habian colocado la cruz?

¿Quién la habia puesto allí y por qué el aparecido venia todos los años á orar al pié de ella, pues no otra cosa debia hacer?

¿Era aquel un hecho puramente humano ó intervenia en él algo que estaba fuera de la órbita de las cosas de este mundo?

¿Qué significaban aquellas misteriosas luces y quién las producia?

¿Sabia su padre lo que pasaba en el valle de las Navas?

¿Tendria alguna relacion con tales sucesos el carácter sombrío, que habia empezado á manifestar aquel desde hacia cinco años?

Todas estas preguntas se hacia el jóven, y mientras mas pensaba sobre ellas, menos luz sacaba de tan intrincados acontecimientos.

Pues ello es necesario ver á esa sombra, hablarla, sa-

ber en fin, el misterio del valle; se decia para sí el jóven.

¿Y cómo hablarle? Oh! ya he encontrado el medio; dijo dándose una palmada en la frente, y se volvió para salir de la estancia en que se hallaba, pero se encontró con el semblante frio y austero de su padre.

—Enrique, tengo que deciros.

—Hablad, ya os escucho.

—He sabido que habeis estado hoy en el valle de las Navas.

—Así es, murmuró el jóven, desconcertado al ver que lo sabia ya su padre.

—Pues bien, yo os digo, no volvais á tomar jamás por esos sitios.

—¡Qué no volvamos!...

—Ocurren en él cosas muy extrañas y maravillosas, y pudiera ser que á Doña Sol le hiciera mal el presenciarlas, le interrumpió.

—Y á mí tambien?..

—Tambien; contestó secamente D. Alvar.

—Padre, no os comprendo.

—Cuidad no rozaros jamás con una cruz que en el valle se halla.

—Con la cruz!

—Sí... esa cruz mata á quien la toca!

El jóven no podia darse cuenta de los afectos tan diversos que agitaban su alma.

—¡Qué daño puede hacer la cruz, signo de la redencion!

—Es verdad, la cruz, como cruz, es bendita y santa; pero la cruz del valle de las Navas... os lo repito, produce la muerte.

—Luego es cierto lo que del valle se cuenta?

—No os digo mas, sino que está maldito...

—¡Maldito el lugar glorioso donde acabó la dinastía de los Almohades de Africa!

—Sí: dijo con enérgico acento el caballero.

—Padre mio, explicaos.

—¡Ese dia tan glorioso para Castilla vió en ese valle un crímen horrendo!

—¡Un crímen! exclamó Enrique cada vez mas admirado y perplejo.

—Ya lo sabeis, jóven, guardaos del valle de las Navas.

—Bien, dijo maquinalmente D. Enrique.

—Es un consejo que os dá vuestro padre.

Y se separó el noble Castellano.

Si algun resto de duda hubiera quedado á D. Enrique acerca de los sucesos que le refirió Antonio, hubiera desaparecido de su ánimo al notar el lenguage de su padre, así es que se avivaron mas sus deseos de asistir á la noche al valle como tenia ya concertado con Doña Sol y Antonio.

En seguida salió de la estancia en que acababa de tener lugar esta escena, y bajando al patio del Castillo, escudriñó con la vista todos sus rincones.

En un peloton de ballesteros, hallábase un veterano que adoraba en D. Enrique, pues lo habia mecido en sus rodillas desde chiquito y enseñado á manejar las armas y á dirigir un caballo por fogoso que fuera.

A este hombre se dirigió D. Enrique.

Habiéndole llamado aparte le dijo.

—Mi viejo Leon, sigue siendo tu pulso tan firme como siempre?

—A Dios gracias... respondió el ballestero con tono sencillo.

—¿Te atreves aun á clavar tu ballesta en una manzana á la distancia de veinte varas?

—Sí señor.

—Y á herir el tronco de un árbol del grueso de un muslo?

—Con mucha mayor facilidad...

—¿Y á herir el muslo de un hombre sin que la lesion sea de importancia y solo con el objeto de dar caza á un ladron?

—Lo mismo.

—Pues esta noche á las ocho toma tu arco y ballesta, sacas un caballo de la cuadra, y sin que nadie se aperciba, sales del castillo y te sitúas entre los árboles que están á la derecha.

—Está bien.

—Allí iré yo á buscarte.

—Sereis obedecido.

A las ocho de aquella noche tres caballos salian silenciosamente del castillo y se encaminaban al valle de las Navas.

V.

LA SOMBRA DEL VALLE DE LAS NAVAS.

Antes de las diez estaban ya nuestros caminantes en la gruta de Antonio.

—Oye, Nuño; decia aquel á este, quieres presenciar la aparicion esta noche?

—Pues si es lo que mas deseo.

—Bien, nos acompañarás.

—Adónde? preguntó Nuño perdiendo algo de su entereza.

—A donde vayamos nosotros.

—Cuenta conmigo.

Entretanto decia D. Enrique al ballestero.

—Hemos llegado al término de nuestro camino.

—Luego es en el valle de las Navas donde nos hallamos?

—Así es.

—D. Enrique, olvidais que es hoy el 16 de Julio?

—Lo tengo muy presente; y qué?...

—Que esta noche debe tener lugar la aparicion, murmuró temblando el viejo soldado.

—¿Eres tú también de los que temen al fantasma?

—En verdad que no tengo ánimos para conversar con los muertos.

—Pues esta noche, con ellos tenemos que venir á las manos.

—¿Qué decís?... exclamó aquel en el colmo de la admiracion.

—Lo que acabas de oir. Dentro de poco aparecerá la sombra, prepara bien tu arco y ballesta, porque has de asestarle una á sus piernas de modo que no pueda huir.

—¡Nó en mis dias!... gritó muerto de miedo el ballestero.

—Leon, ¿eres tú el amigo de mi niñez, el que me enseñó á no temer al enemigo?

—Es que ese enemigo no pertenece á este mundo.

—Bah, eres tú tambien de los que creen que el aparecido no es un hombre en carne y hueso como tú?

—¡Cómo! sospechais acaso que todo pueda ser una superchería?

—Pronto hemos de descifrar el enigma.

—Me haceis entrar en dudas!

—No hay que temer nada, ya lo sabes; que hagas bien la puntería, pues de la firmeza de tu mano pende la explicacion de un misterio que hasta hoy permanece oculto.

—Haré por sobreponerme á mí mismo.

Antes que fuese la media noche salieron de la gruta, y fueron acercándose hácia la falda de la montaña por la parte que lindaba con la misteriosa cruz.

Como á unas diez varas de ella se detuvieron y envueltos en las sombras, se ocultaron en una roca los cinco aventureros, á saber, D. Enrique, Doña Sol, Antonio, el ballestero y Nuño.

Todos permanecieron allí callados, aguantando casi la respiracion por temor de perder algo de lo que se preparaba en el valle.

Nuño, que se habia burlado de Antonio por la seguridad con que hablaba de la sombra; no las tenia todas con-

sigo; y lo sombrío de aquel parage, el silencio que reinaba á su alrededor y los recuerdos que á la mente se le venian de cuanto aquel le habia dicho, le afectaba de tal manera, que á no haber sido por la mucha gente que le acompañaba y porque hubiera sido vergonzosa la retirada, se hubiera ido á dormir de buena gana á la gruta.

Doña Sol, aunque de un carácter por naturaleza abierto, tenia un vago presentimiento de que algo terrible se preparaba.

Por lo que respecta á Antonio, sabia ya á qué atenerse, pues le habia hablado á la misma sombra.

El ballestero callaba y preparaba su arco y ballesta, pronto á asestarla cuando se lo indicase D. Enrique, contra el primero que apareciese.

En cuanto al jóven, era el que nada temia. Casi tenia evidencia de que la sombra era un hombre real y existente, y que de salirle su plan como meditaba, conseguiria la explicacion de lo que tanto deseaba saber.

Por último fué la media noche.

Nadie apareció por la montaña.

Pasó como una media hora.

Entonces creyeron escuchar un pequeño ruido en una roca que estaba frente á ellos, y distante de la cruz como unos diez pasos.

Pero volvió á quedar todo en silencio.

Pasó otra media hora, y nada se veia ni se sentia.

Comenzaban todos á desconfiar del éxito.

Nuño habia recobrado su ánimo, viendo que no aparecia la sombra contra lo que le habia asegurado Antonio, y empezaba á gozarse en su triunfo, zahiriéndole por lo bajo con sus palabras burlonas.

D. Enrique se desesperaba; y entonces por vez primera dió cabida en su alma á la idea de que todo no era sino una ilusion.

Antonio callaba, y á las bromas de Nuño y á las objeciones de D. Enrique respondia solo con un movimiento de

cabeza, como indicándoles que aun no era tarde.

En esto un nuevo ruido que sonó en la altura de la montaña hizo que todos levantasen los ojos hácia ella.

Un bulto negro apareció en la cumbre.

Paso á paso, y sin que se escucharan mas que las huellas que iba dejando en las rocas, empezó á descender de la altura.

Antonio dijo por lo bajo al grupo:

—¡¡¡Miradle!!!

Nuño, volviendo á temblar, no sabia qué hacer. ¡Tal miedo le volvió á acometer!

La sombra continuaba bajando.

—Haz la puntería y en el momento que te avise sueltas el arco, dijo D. Enrique al oido del ballestero.

Este empezó á apuntar al bulto siguiendo siempre la direccion que traia.

El corazon de Doña Sol palpitaba de una manera extraña.

Pero de improviso y cuando le faltaba á la sombra misteriosa como una cuarta parte de la montaña que descender, una multitud de luces amarillentas, blancas y azules brotaron ante sus plantas y empezaron á precederle.

Nuño no pudo sofocar el miedo que se apoderó de él y se tiró al suelo por no ver tan lúgubre aparicion.

Doña Sol, á pesar de que Antonio le habia contado por la mañana lo que ahora veian sus ojos, probó al cabo que era mujer y sin dar el mas ligero grito cayó desmayada en brazos del pastor.

Y la sombra continuaba avanzando hácia la cruz y por lo tanto hácia el sitio donde estaban ocultos los esploradores. Las misteriosas luces le iban abriendo camino.

—¡Ahora!.. dijo D. Enrique al oido del ballestero.

Pero este permaneció impasible. La ballesta no salia de sus manos. Las luces le habian dejado paralizado.

—¡Voto al infierno que he escogido buena gente para el lance! murmuró D. Enrique, y con un rápido movi-

miento arrancóle arco y ballesta y apuntando á la sombra que estaba ya al pie de la cruz, disparó.

El arma arrojadiza hendió los aires, dando un prolongado silbido.

Las luces se abrieron hácia ambos lados, como para dejarle espacio.

Un grito agudo resonó por el valle. Un cuerpo cayó inerte al pié de la cruz.

—Ahora veremos quién es el aparecido; dijo D. Enrique saliendo de la roca seguido de Antonio.

Pero al mismo tiempo se vió adelantar de la roca de frenteuna nueva sombra que gritó con fuerte acento, en el que reconoció D. Enrique á su padre.

—¡Desgraciado Enrique, has muerto al hermano de tu padre!

—¡Oh! la justicia del Cielo! *quien á hierro mata, á hierro muere!* decia con desfallecido acento el herido al pie de la cruz.

Entretanto las luces flotaban de acá para allá alrededor de la cruz y huian de D. Enrique, de Antonio y del caballero Alvar Perez.

VI.

EL RECONOCIMIENTO.

La aurora derramaba por las cumbres empinadas de Sierra Morena bellísimos cambiantes de luz. Nubecillas matizadas de rojo y naranjado se levantaban acá y allá revistiendo los cielos de levísimas gasas y descorriendo ante la vista humana un panorama sorprendente.

Al penetrar los primeros destellos por las ventanas del castillo de D. Alvar Perez de Castro alumbraron una esce-

na triste al mismo tiempo que desgarradora.

Un herido se hallaba postrado en una cama.

Era la sombra que tanto habia dado que hablar por aquellos contornos.

A su cabecera estaba el noble D. Alvar, demostrando en su rostro que debia ahogar á su alma algun dolor.

Al pie de la cama se hallaban los dos jóvenes esposos.

D. Enrique parecia estar poseido de agudísima pena.

Doña Sol aun no habia podido darse cuenta de lo que pasaba, pues cuando recobró los sentidos se vió alzada en brazos de su esposo y puesta en el caballo que montaba este.

Solo habia notado que todos caminaban en silencio y que Antonio y Nuño conducian á un hombre en un lecho improvisado con troncos y ramage.

—Alvar, ha llegado la hora de revelar á tus hijos el misterio de cuanto acaba de pasar; murmuró el herido.

Este era un hombre alto, delgado, de fisonomía expresiva y todavía jóven. Sus ojos indicaban que habia derramado muchas lágrimas durante su vida y su faz macilenta probaba que debia haber macerado su cuerpo con grandes ayunos y penitencias.

—Alonso estás muy débil á causa de la sangre que has perdido, así es que juzgo conveniente que lo dejes para cuando estés mas aliviado, respondió D. Alvar.

—No creas que estoy tan débil: mi constitucion es fuerte y dura por naturaleza; y dirigiéndose á los jóvenes les dijo: acercaos Doña Sol, venid aquí D. Enrique y sentaos á mi lado. Escuchad una triste historia y ojalá que saqueis de ella provechosa leccion.

—Puesto que lo quieres, sea; díjole D. Alvar.

Antes de pasar adelante debemos manifestar lo que habia ocurrido desde el momento en que fué herida la sombra misteriosa de manos de D. Enrique.

Pasmado este al encontrarse en tal parage con su padre, retrocedió un paso, pero Antonio continuó adelantándose

al herido, haciendo lo mismo D. Alvar.

¿Qué significaban las palabras que pronunció este al aparecer en el valle?

Ahora comprendia el jóven el sentido de las que le habia dirigido su padre acerca de la cruz de las *Navas*.

¡La sombra á que acababa de asestar la flecha, era el hermano de su padre!

Empero ¿qué venia á hacer al pie de la cruz el 16 de Julio y qué hacia tambien allí su padre oculto en la roca?

Lo que acababa de oir le confundia mas y mas.

Entre D. Alvar y Antonio levantaron al caido.

Lo primero que hizo aquel fué reconocer su rostro, exclamando en seguida. ¡Oh hermano mio! ¿querrá el cielo que ahora que íbamos á unirnos se rompa el hilo de tu vida?

Al pronunciar estas palabras abrió el herido los ojos y pareció recobrarse.

—¡Dios mio! es un sueño? es ilusion de mis sentidos? esa voz!....

—No: Alonso, no es ilusion... estás delante de tu hermano Alvar.

—¡Alvar! oh, no!.. me engañas!.. Alvar murió!...

—¡El cielo le volvió á la vida!

—Con que es cierto?.. preguntó con acento entre dudoso y lisonjero.

—Tan cierto como tú ahora estás herido por la mano de mi loco hijo; dijo mirando á Enrique, que abatido se habia acercado al grupo, y escuchaba mudo de admiracion aquel diálogo.

—¡Hermano mio!.. me perdonarás... no es cierto?

—¡Oh con toda mi alma, Alonso!

—¡Cuán bueno fuiste siempre, Alvar!

Los brazos de este se abrieron, y el herido radiante de gozo y de ternura lo recibió en los suyos.

—Ahora, sin perder tiempo, vamos á la gruta de Antonio á reconocer la herida; murmuró D. Alvar, despues de

haberse desprendido de los brazos de D. Alonso.

Conducido al hogar del pastor, y recobrados ya el ballestero y Nuño, reunidos todos en la gruta, y convencidos de que la aparicion no tenia nada de sobrenatural, el ballestero reconoció la herida que cabalmente la habia recibido en el muslo. El venablo se habia introducido como pulgada y media y habia que sacarlo con sumo cuidado para que D. Alfonso recibiera el menor dolor posible. Hecha la operacion con felicidad, lo demás era cosa de unos dias de recogimiento.

—Dejadme á mí; dijo el viejo soldado. Vengan unas cuantas yerbas aromáticas, Antonio.

—Alla van.

Y diciendo y haciendo sacóle la flecha si bien derramando gran cantidad de sangre.

—Ahora unas vendas... así.

Todos guardaban completo silencio. Sus corazones palpitaban entretanto de una manera extraña.

—Ya está...

—Los caballos, Antonio... dijo D. Alvar. Tú, Nuño, vé por el mio que está á la otra parte de la roca.

Nuño empezó á temblar al oir tal mandato. Todo lo que estaba viendo no podia ser mas natural, pero las misteriosas luces le habian vuelto el seso.

—¡Señor!

—Qué, tienes miedo?

—Perdonad, pero esas luces...

—Necio, no comprendes lo que las produce?

—Yo iré por el caballo, interrumpió Antonio, viendo en el conflicto en que se hallaba Nuño. Tú entretanto, toma unos troncos y ramas y adereza una cama en que conducir al herido.

El ballestero y Nuño hicieron lo que acababa de mandar Antonio, mientras este iba por el caballo de D. Alvar.

Doña Sol se habia recobrado en aquellos momentos.

—Enrique, llevareis en vuestro caballo á Doña Sol, que

está algo turbada y no confío mucho en su firmeza, que esta noche ha sido bien poca.

—Está bien, murmuró el jóven que avergonzado de lo que acababa de hacer no sabia ni lo que hablar.

—Antonio, Nuño y Leon conducirán al herido.

—Sereis obedecido; indicaron estos.

—En marcha... gritó D. Alvar al ver que todo estaba ya arreglado.

Y salieron del valle y tomaron el camino del monte en direccion al Castillo.

Las misteriosas luces habian desaparecido.

VII.

LOS DOS HERMANOS.

El herido comenzó de esta manera su relato.

—«Ya oisteis en el valle que nos llamamos hermanos: así es. Sin embargo, no somos hijos de un mismo padre: el vuestro lleva el sobrenombre de Perez de Castro, el mio es el de Meneses. Muerto el padre de Alvar, su viuda casó en segundas nupcias con el señor de Meneses y yo fuí el fruto de tal union. Sin embargo, aquel enlace pasó desapercibido á los ojos de la córte y cinco meses antes de mi nacimiento se ausentó de ella mi madre para que no se descubriese lo que tanto queria ocultar. Háyale el cielo perdonado su propósito de recatar su union; pero de ocultarlo vinieron sobre nosotros todos los males que nos han puesto en tan triste estado.

«Ignorado de todos, fuí entregado á una mujer mercenaria para que me criase: mis padres iban á verme varias veces á la casa de campo donde vivia con la que yo creia mi madre.

«Ya de edad de nueve años fuí llevado á la córte: allí conocí niño tambien como yo, aunque de mayor edad, á Alvar, sin que pudiese yo sospechar que corriese por sus venas la misma sangre que por las mias. ¡Ojalá, hermano mio, que me lo hubieses revelado á tiempo, y se hubiera evitado lo que mas tarde aconteció! dijo el herido volviéndose á D. Alvar.

—Nuestra madre me habia amenazado con anteponer á mi cariño el tuyo, si llegaba á decirte una palabra: eso fué cuando éramos los dos niños, que cuando ya hombres, la reflexion me decia que si llegaba á saberse en la córte su union, la pena que por ello hubiera recibido la hubiera causado la muerte.

—¿Y por qué ese empeño en reservar su segundo matrimonio y mi nacimiento?

—Alonso, ignoras que los deudos de tu madre eran enemigos irreconciliables de los de tu padre?

—¡Lo ignoraba! Es verdad que jamás tuve la satisfaccion de pronunciar los nombres de padre ni de madre á los que me dieron el ser.

—Cierto: y cuando llegaste á saberlo, ya habian muerto los dos. Pero prosigue.

—»Conocí entonces á vuestro padre, continuó el herido dirigiéndose á los jóvenes; parecia que mi corazon se habia propuesto deshacer la obra de la naturaleza, pues aunque lo tenia en el número de mis amigos, y reconocia sus prendas personales, su generosidad, su hidalguía y elevados pensamientos, yo no sé cómo brotó en mi alma una oculta aversion contra él. Aunque yo era mas jóven, veia que me aventajaba en el aprecío que le tenia lo mas principal de la córte, y en los juegos y danzas, en el torneo y en los amores me llevaba siempre la primacía. La envidia mas negra empezó á echar ondas raices en mi corazon. Su misma intimidad para conmigo me hacia un daño inmenso, porque con su trato se acrecentaba de una manera espantosa la envidia que me habia acometido.

»Cuando tenia vuestro padre diez y ocho años, se unió con la que habia de ser luego vuestra madre, contando entonces yo diez y seis, y no se disipó por eso el ódio que abrigaba contra él, á pesar de los esfuerzos que contínuamente hacia por atraerse mi cariño. ¡Tarde llegué á conocer lo mucho que me amaba mi buen hermano Alvar!

«Por último y para no cansaros mas, murió mi padre, y dos meses antes de la batalla de las Navas, le acompañó nuestra madre al sepulcro, ignorando yo siempre que les debia el ser.

«Haciéndose estaban los preparativos para la guerra. Ya el arzobispo D. Rodrigo estaba de vuelta de su cruzada y todo hacia esperar que se preparaban grandes acontecimientos. Yo tambien acompañé á D. Alfonso y no lejos de mí divisé á Alvar antes de la toma de Calatrava.

«Entonces concebí un diabólico pensamiento. Parecia que el infierno se habia propuesto separar para siempre nuestros corazones, que tan unidos debieron estar desde que empezaron á palpitar á los humanos sentimientos. Nada mas fácil que perezca un caballero en la confusion de la lid, sin que sospeche nadie que muere á manos de uno del mismo ejército.

«¡Y como lo discurrí, así lo egecuté! Nuestras fuerzas acamparon al pie de Sierra Morena. Un guia misterioso se presentó al Rey, ofreciéndose á dirigir el ejército á la altura de los montes, cuyas gargantas y entradas estaban de antemano ocupadas por Mahomad. D. Alfonso, sin sospechar un engaño, dejóse conducir por aquel guia, que, visto el resultado de la conduccion y su desaparicion repentina, fué considerado por el ejército como un ángel enviado por el cielo.

«A los dos dias se dió la batalla, y en un momento de confusion, en lo mas empeñado del combate, y cuando estaba mas en duda su éxito, mi brazo cayó armado sobre el pecho de Alvar. ¡Desgraciado de mí, que á tal grado de maldad me habia dejado arrastrar por la envidia!

«Al caer volvió los ojos para reconocer al que le habia herido y se encontró conmigo. Entonces me dijo estas terribles palabras, que me dejaron helado de espanto, y que para siempre se quedaron grabadas profundamente en lo mas íntimo de mi alma: «*¡Alfonso, has quitado la vida á tu hermano!!! Te perdono tu crímen.... perdónete lo mismo el Cielo!!!*»

«No sé lo que por mí pasó cuando tal oí; mis sentidos se entorpecieron, quise hablar y la lengua se anudó en mi garganta, la espada se desvió de mis manos, y al querer mirar por mí me encontré envuelto por un peloton de moros. La vida hubiera perdido en aquellos momentos, á no aparecer al mismo tiempo uno de los estandartes de nuestro ejército: al ver los enemigos la imágen que estaba pintada de la Vírgen María, huyeron despavoridos de aquel sitio. Cuando se marcharon, tendí mis ojos para buscar á Alvar y no le encontré. Pregunté por él despues de la batalla y me dijeron que habia sido conducido á su castillo, mal herido y con muy cortas esperanzas de vida.

«Entonces corrí á buscar á la que me habia criado y supe la historia del casamiento de mis padres y mi nacimiento.

«¡Tarde comprendí el afan de Alvar en hallarse siempre á mi lado, y el cariño que me tenia! Sin embargo, concebí una dulce esperanza. Alvar acaso no haya muerto, me dije y volé otra vez á estos montes y pregunté á los pastores. ¿Por qué, hermano mio, me engañaron? Murió, me contestaron. ¡Y llena mi alma de amarga pena y habiéndome el cielo tocado en el corazon, determiné llorar con lágrimas de penitencia mi horrendo crímen! Al efecto me oculté en la aspereza de los montes, labré con mis manos una tosca cruz de piedra y la puse en el lugar en que fuiste herido por mí.

«Y allí he permanecido desde entonces, alimentándome solamente con la caza que podia coger, y casi siempre con yerbas. Y cuando Castilla entera se regocijaba, recordando

la gloria que ganó en las *Navas*, en el mismo dia 16 de Julio salia yo de mi oculta mansion, me dirigia hácia el valle, como llevado por una fuerza oculta, y al pie de esa cruz oraba por mi hermano Alvar al cielo y pedia al Dios de misericordia que la tuviera conmigo y me perdonase mi crímen.

—Y la ha tenido, hermano, y te ha perdonado. La prueba es que me tienes sano y salvo á tu lado, para que nos amemos mucho y jamás nos separemos en los dias de nuestra vida.

—Lo que no comprendo es tu aparicion en el valle esta noche!

—Oyeme; hacia ya tiempo que habian llegado á mis oidos los rumores que acerca de la sombra y las misteriosas luces corrian de boca en boca por estos contornos; una inspiracion del cielo me decia que lo que tenia lugar en el valle, era cosa que se relacionaba conmigo. La cruz puesta en el mismo sitio en que caí herido y el fantasma que venia el 16 de Julio á orar á su pié, me hicieron entrar sospecha de si seria mi pobre hermano Alonso el autor de tales acontecimientos. No me engañé. En cuanto á Enrique, sabia ya desde por la mañana que habia estado con Doña Sol en el valle, y no creia yo que despues de haberle amonestado su padre que no volviese á ir á tal sitio, se atreveria á desobedecerle y á mas á idear la locura que ha llevado á cabo: murmuró D. Alvar con acento severo.

—Padre mio, repuso D. Enrique con tono humilde, he hecho mal, lo confieso, mas para ello me preocupaba el saber que la cruz y la aparicion tenian lugar en donde fuísteis herido.

—Alvar, hoy es dia de perdon: te ruego no se hable mas del asunto. A Dios gracias mi herida es cosa ligera: intercedió D. Alonso.

Doña Sol que no habia hecho mas que escuchar, repuso con acento todavía receloso.

—Pero.... ¿y las luces que os precedian al aparecer y

os seguian al retiraros del valle?..

—¿Ignorais, Doña Sol, que esas luces no son mas que exhalaciones producidas por el mismo terreno?..

—¡Cómo! interrumpió D. Enrique asombrado.

—Así es, siguió diciendo D. Alvar: la multitud de cadáveres á que se dió enterramiento á la falda del monte, hace que aparezcan esas luces. Sus principios animales puestos en putrefaccion las producen.

—Pero entonces... ¿cómo era que no aparecian mas que el 16 de Julio?..

—Escuchad, dijo D. Alonso: todas las noches se producen: solamente que quedan ocultas por las zarzas y matorrales del monte. Pero en el momento que desciende alguien de la montaña se elevan de sobre las matas, á causa de su leve densidad y huyen del que se aproxima y siguen al que huye, movidas por las corrientes de aire.

—¡Quién habia de imaginar tal cosa! repuso Doña Sol.

—Alvar, dijo el herido, quiero que hoy me concedas una gracia...

—Habla, respondió aquel, nunca he negado nada á mi hermano.

—¡Es verdad! Pues bien, si vuelves á la corte y á tomar parte en la guerra, cualquiera que sea tu suerte, quiero ir siempre á tu lado.

—¿Es eso todo lo que tienes que pedirme, Alonso?

—Y cuando vea que un arma enemiga viene á herir tu pecho, yo lo escudaré con el mio, y así purificaré con mi sangre el crímen que contra tí cometí en un momento de obcecacion.

—¡Oh, hermano mio! Mútuamente nos defenderemos. Si una es la sangre que corre por las venas de entrambos, juntos la derramaremos peleando en la lid!..

VIII.

CONCLUSION.

Poco tiempo despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, quedaron definitivamente unidos los reinos de Castilla y Leon en D. Fernando III.

Gloriosas conquistas vienen á esmaltar la brillante corona del Santo Rey.

Dios, cuyos juicios son inescrutables, quiso santificar á nuestro Monarca por el engrandecimiento y la gloria, como le plugo santificar á su primo S. Luis, Rey de Francia, por la humillacion y la derrota.

Maravilloso contraste forman estos dos santos reyes, combatiendo ambos contra los agarenos, el primero en Córdoba, Valencia y Sevilla, el segundo en la *Mansourah* (la Masora) y Tunez; el uno conquistador, el otro vencido y prisionero.

En todas sus empresas, escuchaba San Fernando, antes de ponerlas por obra, el dictámen de un noble guerrero y entendido militar.

A este habia nombrado el Rey general de sus ejércitos, despues de habérselo ganado para sí, pues separado de la corte por intrigas palaciegas se habia pasado á los moros, achaque no poco comun en aquella época en los que tenian algunos resentimientos en la córte.

Dicho general, estando ya en el caso de emprender la conquista de Córdoba avisó á su Rey para que nadie mas que él se llevase la gloria de haberla conquistado.

Al saberlo en Benavente el Rey, en el momento de sen-

tarse á la mesa, cuenta la historia que, tomando de pie un bocado, dijo á los que con él estaban. «Caballeros, quien sea mi amigo y buen vasallo, sígame.»

Conquistada la ciudad y antes de marchar á la toma de Valencia, dejó el Santo Rey por Gobernador de Córdoba y general de aquellas fronteras á dos de sus caballeros.

De general quedó el mismo que le habia ayudado con sus conocimientos militares y sido el caudillo de sus ejércitos en casi todas sus conquistas.

El gobernador lo fué un valiente capitan á quien se le veia siempre al lado de aquel en todos los combates.

El primero se llamaba D. Alvar Perez de Castro.

El segundo D. Alonso de Meneses.

ÍNDICE

DE LAS LEYENDAS Y CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

LA ESTRELLA DEL MAR, EPISODIO DEL TERREMOTO DE CÁDIZ EN EL AÑO DE 1755.

Págs.

Capítulo I. En que se da principio á esta verídica historia refiriendo los estudios de un Pichon..... 9

Cap. II. En donde por menor se explica cómo puede contribuir una taberna al progreso de las bellas artes..... 19

Cap. III. Que trata de cosas que no son para reasumidas en un epígrafe..... 29

Cap. IV. En donde se resuelve la cuestion crítica de si se verificaban juegos olímpicos en Cádiz el pasado siglo..... 35

Cap. V. Por qué se llamaba Estrella la fragata en que hacia Antonio su primer viaje..... 46

Cap. VI. En el que, despues de convidar al lector á dar un paseo, se describe la gracia que tenia Pichon de cazar de once á doce de la noche..... 53

Cap. VII. Consecuencias de una cacería nocturna..... 67

Cap. VIII. En que se da cuenta del milagro que obró Ntra. Sra. de la Palma..... 75

Ca. IX. En donde se ve que detrás de un capote malo se oculta un buen nadador..... 83

Cap. X. En el que se exponen los últimos momentos de Juanillo Martin..... 91

Cap. XI. En el que se da fin á esta historia probando la exactitud de aquel refran "No hay mal que por bien no venga."..... 102

SANTA MARINA..... 120

EL DONCEL DE D. RAMIRO I.

CAPITULO I. Del método particular que tenia el ventero Aguilucho de infundir sueño á los que no lo tenian..... 139

Cap. II. Breve reseña de los antiguos Reyes de Asturias..... 153
Cap. III. "Vox populi vox diaboli."..... 157
Cap. IV. Que trata de calles oscuras, sombras, enmascarados y otras muchas cosas mas..... 167
Cap. V. De las pláticas que tuvieron el doncel y la dama misteriosa. 174
Cap. VI. De cómo pagó Ferrando en la misma moneda á D. Tello el amistoso convite de la venta..... 181
Cap. VII. En el cual se ve el íntimo enlace que existia entre la dama, Nepociano y el doncel..... 187
Cap. VIII. Guerra á muerte..... 199
Cap. IX. Al cual ha querido llamarlo así el autor, solo porque va despues del octavo y antes del décimo..... 203
Cap. X. Lo que discurria Escipion momentos antes de la asamblea de los conjurados..... 211
Cap. XI. Que trata del alzamiento de Nepociano por Rey de las Asturias..... 218
Cap. XII. En el cual se ve cómo halló Eldona quien, sin ser adivina, leyese sus mas ocultos pensamientos..... 225
Cap. XIII. De cómo reveló á Ferrando Eldona lo que sabe el lector casi desde el principio de esta historia..... 235
Cap. XIV. En donde se ve que lo que hace un esposo y un padre lo pueden deshacer una esposa y un hijo..... 243
Cap. XV. Lucha y vencimiento de D. Ramiro I..... 253
Cap. XVI. Hijo y padre..... 263
Cap. XVII. En que se finaliza esta leyenda, haciendo ver que no siempre debe darse entero crédito á lo que dice la historia.. 273

LA CRUZ DEL VALLE DE LAS NAVAS.

I. Al amanecer..... 281
II. La gruta..... 286
III. La batalla de las Navas..... 291
IV. El Castillo..... 297
V. La sombra del valle de las Navas..... 300
VI. El reconocimiento..... 304
VII. Los dos hermanos..... 308
VIII. Conclusion..... 314

Erratas que se han deslizado en este primer tomo.

EN LA PÁG.	LÍNEA	DICE	DEBE LEERSE
49	4	pesar	pensar
86	1	tiempo?	tiempo.
92	1	solo esto	esto
110	1	él	al
110	9	alargaba,	entregaba,
106	18	é	á
106	32	preguntándoles	preguntándole
113	27	Dios	¡Dios
141	11	Nuño	Anton.
154	28	cometió su	cometió en su
204	15	siguiente,	siguiente dia,
205	19	nos	los
212	22	los	las
229	22	su	mi
243	en el epigrafe	su	un
289	34	sombra	sombra?
292	17	reanimó	levantó
307	30	en el	el
311	10	desvió	deslizó
312	19	entrar	entrar en

Desde la página 299 á la 304 inclusive, donde quiera que se encuentre *ballesta*, debe leerse *flecha*.

LEYENDAS

HISTÓRICAS Y MORALES.

LEYENDAS

HISTÓRICAS Y MORALES,

OBRA ORIGINAL

de D. José María Leon y Dominguez,

PRESBÍTERO,

CATEDRÁTICO EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE CADIZ.

TOMO II.

Namque et nos interdum nostris parvulis petentibus noxia, ingerimus salutaria sub specie noxiorum: fallentes insipientiam, non decipientes affectum.

Y así nosotros algunas veces, cuando los niños nos piden cosas nocivas, les damos cosas provechosas bajo la forma de aquellas: burlando su ignorancia, pero no su deseo.

(*San Pedro Crisólogo*, SÉRMON XXV.)

CÁDIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA,

1866.

EL POZO DE LA LLORONA.

Bañado por el Océano, cuyas olas van sumisas á lamer la orilla de los varios pueblecitos, que á la simple vista se destacan blancos y sonrosados en medio de las aguas y el cielo, se encuentra situado frente á Cádiz un humilde pueblo en donde acuden en la estacion calorosa del verano multitud de personas acomodadas, bien de Sevilla, bien de Córdoba, bien de Jerez y hasta de Cádiz. Este pueblo tiene el prosáico nombre de *Rota*.

La playa, siempre limpia y serena, ofrece á los habitantes de aquellas ciudades frescos y limpios baños, léjos del bullicio de las grandes capitales y en medio de una sencillez que, huyendo como avergonzada de la soberbia que se ha aposentado en ellas, busca en recintos más humildes el calor que solo puede encontrar en los corazones de los hijos del pueblo.

¡Cuánta inocencia no se halla á veces en una pobre casucha! ¡cuánta verdad y candor! No negaremos que los pueblos tienen tambien sus faltas y sus vicios; pero vicios por vicios, preferimos los producidos por la rusticidad, á los que ha creado una falsa civilizacion.

Una tarde del mes de Agosto, paseábame por la villa, contemplando al frente á la poética Cádiz, cuando al pasar por delante de una miserable casita oí el llanto de un niño. Me acerqué á aquella y á su entrada estaban sentados en el suelo, una mujer todavía jóven que estaba reprendiendo al niño, un anciano que aparentaba ser pescador, y un enjambre de muchachos la mayor parte sucios y desarropados.

—Déjalo, déjalo que grite y rabie todo cuanto quiera, que ya verá á la noche cómo se le aparece *la llorona*; así decia el anciano poniendo una cara de perros, por supuesto fingida, y ahuecando la voz de tal guisa, que era cosa de asombrarse el mismo miedo.

—Es verdad, aseguró la mujer, en tanto que los demás chicuelos se ponian de mil colores y se acurrucaban los unos con los otros, aproximándose cuanto les fué posible al anciano.

—¡Huy qué miedo! prorumpió el mas pequeño que podria tener unos seis años.

—¿Tú nunca lo has visto, Perico? le interpeló el mayor que seria como de catorce años.

—¡Ni quiera Dios que jamás la vea!

—¡Dice el tio Tomás que es muy fea!

—¡Y negra!

—¡Y tuerta!

—¡Y bizca!

—¡Y con orejas de perro pachon!

Tal aluvion de voces se desató entre ellos, para decir cada uno algo de *la llorona*, que tuvo que mediar el viejo pescador para poner órden en aquel congreso al aire libre.

Entre tanto el que estaba llorando se habia apaciguado.

Apenas me aproximé al grupo, el anciano me preguntó si queria descansar un rato del paseo, y me ofreció un asiento, que consistia en una canasta de tomates vacia, puesta boca abajo.

—Qué tiene esta gente menuda? le pregunté sonriéndome.

—Que no hay vicho viviente que sujete las lenguas de

estos rapaces cuando les dá por ejercitar los pulmones; me respondió.

—¡Ay señor, no hay vida con estos arrapiezos!... me tienen de lucha que no veo la hora en que aparezca la *llorona* y se los lleve á todos juntos; prosiguió la mujer, por cuyas últimas palabras comprendí que debia ser la madre de aquellos muchachos.

—¿Quién es esa llorona? le interrogué.

—¡Quién ha de ser! *la llorona*.... pues qué.... ¿nó ha oido usted hablar de ella nunca? me replicó como admirada de mi ignorancia.

—Jamás.... esa señora me es desconocida del todo.

—¡Y vaya si era señora!... ¡y de las mas encopetadas! pero á la pobrecita no le ha quedado mas que el *pozo*.

Al llegar aquí recordé que en el sitio llamado *el baluarte*, habia visto un pozo al cual llamaban el *pozo de la llorona*.

Picada mi curiosidad, pues adivinaba que algo de verdad habia de haber en las palabras de aquella gente sencilla, la seguí diciendo:

—¿Y vive aun?

—¡Y tanto que vive!

—¿Cómo se llama?

—Al principio, cuando era pescadora, la llamaban Elvira, pero despues....

—¿Qué?...

—Despues dieron en llamarla *la llorona*.

—¿Y cuándo dejó de ser pescadora?

—¡Toma! desde hace muchos siglos...

—¡Muchos siglos! exclamé sin poderme contener, y aguantando el golpe de risa que amenazaba acometerme.

—¡Pues claro!... ya vé usted si hay tiempo desde D. Pedro el Cruel acá.

Hé aquí una historia que podrá entretenerme un rato, dije para mí, y alzando la voz continué:

—Vamos, buena mujer, deseo saber quién es esa *llorona* y lo que le pasó; ¿tendreis la bondad de referírmelo?

—Para eso de contar, mi padre está presente que lo sabe hacer mejor que yo.

—Eh, manos á la obra, dije volviéndome al anciano.

—Pero mujer, exclamó este encarándose con aquella, ¿cómo han de agradar al señor estas cosas, si está acostumbrado á oir hablar bien, y acaso yo no alcance á saberme explicar? Eso se queda para nosotros la gente de pueblo, no para los señores, que no entienden nuestra jerga.

—Con todo, yo os ruego que narreis esa historia, que yo procuraré poner mucha atencion; si algo no entiendo, yo os preguntaré; insté de nuevo.

—Supuesto que lo quereis, sea; prosiguió el pescador,

Todos los muchachos, que se maliciaban que algo maravilloso iba á salir de los labios de su abuelo, abrieron unos ojos tamaños y unas orejas idem, para no perder ni una palabra de la narracion.

El anciano empezó de esta manera.

«Allá por los tiempos en que D. Pedro el Cruel andaba por estos pueblos observando si los señores gobernaban bien ó mal á sus súbditos, existia ya en este pueblo un formidable castillo. El señor de él era un jóven soberbio, sanguinario, altanero, que no reconocia ni respetaba ley alguna divina y humana, y que arrollaba á su paso á todo el que de algun modo se opusiera á sus criminales deseos. La comarca toda temblaba cuando veia atravesar por el campo ó por la orilla al feroz caballero. Las madres ocultaban á sus tiernas é inocentes hijas de los ojos de aquel hombre, y estas se santiguaban al oir mentar su nombre, como si fuera una maldicion ó un conjuro de los infiernos.

Por aquel mismo tiempo habia en esta misma playa un pobre pescador, llamado el tio Pedro, el cual tenia una hija única, que le habia dejado su pobre mujer, muerta cuando la niña tenia apenas seis años.

Aquel padre crió á Elvira, que así la llamaron, con todo el cariño de su corazon. Con lo poco que le producia la pesca se alimentaban él y su hija. Todos los dias estaba un par

de horas en el mar, echaba sus redes y parecia que el cielo bendecia aquella familia, porque los peces caian en abundancia.

¡Cuántas veces cogia el buen Pedro á su niña, la metia en su barquichuelo y ponia en sus manos la red, viéndola embebecido juguetear y divertirse con los pobres pececillos que incautos se dejaban prender! ¡el mar y su Elvira eran los sueños de su ancianidad; el mar, en donde casi habia pasado su vida toda, y Elvira, la hija inocente y sencilla, cuya sola caricia bastaba á reanimar los apagados sentimientos de su alma.

Y la niña iba creciendo en edad, y al mismo tiempo se acrecentaban sus gracias naturales. Su belleza estaba adornada de una delicadeza que era impropia en la modesta hija de un pescador. Por eso cuando se engalanaba los dias festivos y se presentaba en la plaza á tomar parte en las danzas de aquellos tiempos, ella, á pesar de la sencillez de sus adornos, era la reina entre todas las demás jóvenes del pueblo; y no pocos actos de envidia se habian fraguado en los corazones de sus compañeras, debidos á la supremacía que aquella gozaba entre los mozos más apuestos y galanes.

Pero á efecto sin duda de su natural belleza y de su elevacion sobre las otras muchachas, Elvira se hizo orgullosa: la envidia que de aquellas se habia apoderado, la hizo comprender que valia mas que ellas: y entónces el desprecio más humillante fué lo que reservó su alma para las que habian sido las compañeras de su niñez.

Ya no le faltaba nada á la infeliz Elvira. Sola en el mundo con un pobre pescador anciano que pronto habia de faltarle, no encontró desde aquel dia un corazon en el cual depositase los sentimientos que por el suyo pasaran, ni un alma que derramase en la suya, herida del orgullo, una gota de bálsamo que la curase.

En tanto que esta tormenta se levantaba sobre la frente de la desgraciada jóven, el Castellano, cada vez mas arrojado y cruel, era el espanto del pueblo. La orilla traia á tierra

de vez en cuando cadáveres, á través de cuyos rostros desfigurados se conocian algunas veces las facciones de los infelices hijos de aquellas playas. El misterio era el alma de los crímenes de aquel hombre, ¡y ay del que fuera osado á preguntar ó á inquirir algo de aquellas muertes!

El tio Pedro decia muchas veces á su hija sentándola en sus rodillas y acariciándola:

—Cuida mucho, hija mia, huir del contacto del Castellano, porque solo su aliento mata. ¡Triste de la doncella que caiga en sus garras, porque es devorada como la paloma inocente por el rapaz gabilan!

—¿Y creeis, padre, que yo soy del número de esas incautas que se dejan adormecer por los cantos suyos?

—¡Ay de tí, Elvira, el dia que te creas con ánimo para luchar con él y vencerle en la pelea! Mira que tiene armas muy poderosas que le abren paso por donde quiera que camina.

—Perded todo temor: Elvira tiene una voluntad de hierro, que no se dobla á los mas fuertes golpes.

El orgullo le hacia hablar así, no porque creyera vencer al Castellano, sino porque un pensamiento horrible habia surgido en su alma: «Si llego á inspirar amor al Castellano, me vengaré por completo de esas necias.» Así pensó la inexperta Elvira, y parecia que el infierno habia adivinado su idea descabellada, porque desde aquel momento empezó á realizarla.

Aquella tarde saltaban en tierra el pescador y su hija, de vuelta ya de la acostumbrada pesca, cuando aparece repentinamente allá á lo lejos en la playa, un caballo que hácia ellos se dirigia desbocado. Al ruido vuelve los ojos Pedro y conoce en el ginete al odiado señor. Mas como el soberbio alazan avanzaba cada vez mas, y era evidente que iba á estrellarse en un monton de piedras que habia en la orilla, un sentimiento de natural compasion brotó en su alma, y trató de evitar el peligro que al jóven amenazaba. Echa mano á un remo, empuñándolo con fuerza, y se si-

túa en el lugar por donde tenia que pasar el animal, segun la direccion que traia. Acércase por fin este, y en el momento de pasar, descarga Pedro un furibundo golpe en los brazuelos del caballo, é instantáneamente se extremece el bruto, relincha desesperadamente, da un paso mas, detiénese y cae á tierra; pero antes el ginete se habia bajado sano y salvo de un ligero salto.

—¡Pescador, me has salvado la vida! vé mas tarde á mi castillo y te daré tanto oro como creas suficiente para no tener que lanzarte mas al revuelto mar á buscar una ganancia insegura; dijo el Castellano.

—Gracias; le replicó Pedro; mi oficio me dá lo bastante para vivir yo y mi hija.

—¡Hola, eres soberbio!... tanto peor para tí. Solamente lo siento por tu hija, que creo lo será la jóven que estoy viendo en la barca.

Una nube oscura pasó por los ojos de Pedro: sus sentidos se entorpecieron, se tambaleó sobre sus pies, y tembló por su hija. Desde aquel momento la consideró perdida sin remedio.

Pero tendió sus ojos hácia la barquilla, y creyó ser juguete de una alucinacion de sus sentidos.

¿Qué habia visto el anciano?

Elvira, en vez de recatarse, como debia haberlo hecho, de la vista del Castellano, habia saltado en tierra y se dirigia jugueteando por la orilla, al sitio donde estaban su padre y aquel.

El jóven, encantado de la belleza de aquella niña, se quedó contemplándola unos momentos.

¿Era esto lo que queria Elvira?

Empezaba, pues á realizarse su pensamiento.

—Vámonos, padre; dijo al incorporarse á ellos con un eco dulcísimo que hirió profundamente el alma del feroz jóven.

—Bella pescadora, continuó este con expresivo acento, no seas esquiva con el desfallecido ginete que ha estado á

punto de perecer. Deja que descanse unos momentos sentado en la arena acompañado de tí y de tu padre.

—Dispensad, caballero; no podemos detenernos; y adelantó el paso, despues de haber hecho una señal á Pedro; que obediente á las insinuaciones de su hija, no se detuvo un instante, y comenzó á andar con ella sin cuidarse para nada del Castellano.

Este no levantó sus ojos de la jóven hasta que desapareció de la playa.

—¡Por el infierno, soberbia rapaza, que ha de costarte cara esa humillacion! murmuró entre dientes tomando el sendero de su castillo.

La jóven habia creido que sacaria mas partido dando primero desdenes al orgulloso Castellano, aunque luego diese oidos á sus pláticas amorosas.

Pero no habia contado con que se las habia con un hombre de alma tan soberbia como la suya.

A los ocho dias se susurraba por el pueblo que Elvira tenia amores con el Castellano.

Cuando el pobre pescador oyó decir tal cosa de su hija, faltó poco para que no arrojase al mar al charlatan importuno.

A los quince dias se decia por aquellas playas que Elvira habia desaparecido de la casa de su padre.

Malas lenguas mentian que se encontraba en el castillo.

El pescador casi estuvo á punto de desesperarse cuando una mañana echó de menos á su hija.

Corrió por toda la casa, registró todos sus rincones. No encontró sino el mas profundo silencio; su hija habia abandonado el hogar que la habia visto nacer.

Una sospecha asomó á su pecho angustioso y dolorido. ¿Estaria en el castillo?

Corrió desalado á sus muros; llamó á sus puertas, y á su llamamiento no respondió sino el eco que le devolvia los golpes que hacia sonar á las ferradas puertas.

Al cabo de una hora de estar llamando se oyó la voz del Castellano que preguntaba quien era el importuno que osaba alborotar á las puertas de su castillo.

—¡Mi hija! ¡dame mi hija! exclamó el triste anciano con acento desgarrador.

—¿Necio, qué estás ahí ensartando? le preguntó aquel desde arriba.

—¡Oh! por el cielo bendito, devuélveme á mi Elvira.

—Anciano, has enloquecido á lo que veo!... ¿soy yo acaso el guardian de tu hija?

—Si: tú me la has robado. ¡Ah! yo seré tu esclavo, yo me humillaré á hacer cuanto fuere de tu agrado; ¡yo te besaré las plantas con tal que mi hija vuelva á mí!

—¡Sobre que imagino que estás algo beodo!

—¡Mira que hay otra vida donde se castiga al mal caballero con horribles tormentos!...

—Procura tener la lengua, viejo locuaz, porque me vas haciendo perder la paciencia, y no respondo de mí.

—¡Elvira! ¡Elvira! gritaba el pescador, esforzándose porque su acento fuese oido de ella si estaba dentro del castillo.

—Si no acabas de marcharte me veré obligado á soltarte mis sabuesos, los cuales darán buena cuenta de tu persona.

—¡Hija mia! ¡hija! continuaba Pedro.

Entonces abrióse una ojiva que estaba formada en el muro, y asomó á ella el rostro de la hija del pescador.

—¡Elvira! ¿estás ahí? ¡Oh, te han arrancado de mi seno! ¡qué va á ser de tí en poder de ese malvado!

—¡Consolaos, padre mio; me trata muy bien para estar descontenta del hospedaje!

—¿Qué dices, hija mia! no te entiendo!...

—Que si él es el Castellano, yo á mi vez soy la Castellana: prorumpió con acento altanero.

—¡Cómo! estás satisfecha de que te haya robado!

—Necio, gritóle el Castellano; ¿no has comprendido todavía que es ella la que voluntariamente ha querido encerrarse en el castillo?

—¡Qué escucho! ¡Dios de misericordia, será cierto!....

—Sabed, padre, que he cambiado nuestra pobre choza por un rico palacio.

Al escuchar estas sarcásticas palabras, ya no le quedó duda al padre de la realidad que estaba tocando.

Pero no tuvo que discurrir mucho tiempo lo que responder á aquella mala hija, porque en su cabeza se obró una revolucion espantosa: sintióse la frente oprimida por un peso terrible, llevóse á ella las manos como para arrancárselo y prorumpiendo en una histérica carcajada echó á correr por el pueblo gritando con ronco acento. ¡Mi hija es la Castellana!

¡El infeliz estaba loco!

Al siguiente dia, cuando los honrados habitantes del pueblo se levantaron de mañana para comenzar de nuevo cada cual su trabajo, al pasar por frente al castillo se encontraron levantada una horca y colgado de ella, aun conservando en su rostro la ferocidad y la soberbia, el Castellano, señor de aquella comarca.

Una mujer estaba llorando al pie del afrentoso patíbulo. Era la hija del pescador.

Y, cuando reuniéndose la gente del pueblo, se apiñaba al pié del castillo para saciar su curiosidad, la infeliz Elvira era el objeto de la befa y la burla de todas las lenguas.

¡El orgullo la habia cegado y ahora recogia el fruto de su culpa!

Al cabo, no pudiendo su alma altiva sufrir mas, se abrió paso á través de la turba y se dirigió hácia un antiguo pozo en el cual se precipitó.

Desde entonces todas las noches al sonar el reloj las doce, se levanta del pozo, aparece por las calles, penetra en el castillo y durante su camino vá lanzando tristes gemidos llorando la muerte del Castellano.

Por lo que toca á este, cuentan que fué puesto en la horca por el rey D. Pedro que, hallándose cerca de aquel

paraje, y siendo sabedor de su crimen, quiso castigarlo de una manera conforme al carácter que algunos quieren ver en él de justiciero.

Y dicen tambien que el castigo que aquí en la tierra ha impuesto el cielo á Elvira por su orgullo, es llorar la muerte del Castellano, saliendo todas las noches del *Pozo de la Llorona.*»

Concluida por el anciano esta narracion, observó el efecto que en los chicos habia producido. Yo tambien lo hice y los ví á todos con los rostros mústios, pintándose en ellos el asombro por lo lúgubre del cuento.

—Ya veis, continuó en seguida, hijos mios, las consecuencias del orgullo en aquella pobrecita. Procurad vosotros guardaros de incurrir en él, porque *Dios castiga á los orgullosos, cabalmente en lo mismo en que se fundaban para humillar á los demás.*

—¡Hermosa leccion! le dije por lo bajo al pescador; si de ese modo enseñais á obrar el bien y á evitar el mal á estos niños, y os valeis de tradiciones y cuentos que dulcemente penetren en sus almas, no hay duda que formareis sus corazones tiernos en la senda de la virtud.

—¡Ea! niños, á merendar y á dormir en seguida; dijo la mujer aprovechándose del miedo y admiracion que se habia apoderado de ellos.

—Yo no me levanto de aquí, si no me acompaña Perico; exclamó uno.

—Ni yo, si nó viene conmigo Momo, dijo otro.

—Pues yo no voy sino cogido á las naguas de madre; prorumpió un tercero.

—Eh, medrosos, arriba; continuó el anciano. *La Llorona* no se aparece mas que á los malos.

Entonces yo me despedí de aquella buena gente, llevando conmigo un cuento mas que narrar á mis amigos.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Lo que acabamos de escribir arriba, nos lo contó un amigo nuestro que el verano pasado estuvo en Rota durante la temporada de baños. Así pues, nosotros no hemos hecho otra cosa mas que consignar por escrito lo que nos refirió aquel. Por lo tanto, aquí encaja que ni de molde aquello de

Y si, lector, digerdes ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento.

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA,
ó
LA RECONQUISTA DE MADRID.

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA,

Ó LA

RECONQUISTA DE MADRID:

CRÓNICA DEL SIGLO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

En el que verá el lector que todo el que se mete en bulla, está expuesto á recibir coces y puñetazos.

—Ya vienen: ya vienen: no oís hácia el valle el estruendo que arman los caballos?

—Cállate, Antona, y no seas tan bullanguera. ¿Qué han de venir ya, cuando son dos leguas de camino y aun no los ha columbrado desde la atalaya el chico de Pero-Nuñez?

—Tienes razon. Tal es el deseo que me bulle de verlos llegar, que cualquier ruido que escucho, me parece que son ellos.

—Mira como se asoma ya á la ventana la señora de Gracian Ramirez con sus dos hijas que parecen dos soles.

—¿No han de parecer, si son dos ángeles del cielo?

—Razon tiene el padre para estar orgulloso con tales hijas.

—¡En Dios y en mi ánima, que no he visto criaturas mas angelicales que esas que acaban de asomarse!

—Pues mira, Pericote, así y todo, han sufrido mucho esas niñas; y testigo yo, que las pobrecitas están siempre gimiendo y llorando porque esperan la hora en que algun morazo de esos que nos hemos echado á la cara, haga un desaguisado con el padre.

—Ya! pero como es el caso, Colás, que él no se dejará coger por esos perros, porque es hombre valiente cual ninguno! Y si no, ahí tienes, ¿qué es lo que te ha hecho dejar tu casa y venir hoy á esta plaza con la buena Antona si no es á presenciar la entrada que va hacer D. Gracian con todos sus amigos y peones, que acaban de dar una buena paliza á esos pícaros y endemoniados moros?

Este diálogo tenia lugar en la plaza del pueblo de Rivas en las cercanías de Madrid á principios del siglo VIII. Hacia muy pocos años que habia sido ocupada España por los sarracenos á consecuencia de la rota fúnebre del Guadalete. Casi todas las principales poblaciones habian caido en su poder, unas á viva fuerza como aconteció en Ecija, Córdoba, Mérida, los confines de Granada, Murcia y otras, y el resto entregadas por capitulacion por los mismos habitantes, los cuales conservaron algunos de sus templos y la libertad para continuar profesando la religion que habian heredado de sus abuelos.

Esta suerte cupo tambien á Toledo y Madrid; mas no queriendo muchos de los cristianos sujetarse al yugo del vencedor, se retiraron á las cercanías, y fundaron diversos pueblecitos en donde vivian encerrados con sus mugeres é hijos, no sin que alguna que otra vez saliesen de sus estrechas madrigueras y se desparramasen por los campos, escarmentando con sus bruscas acometidas á los moros, que nunca se figuraban que habian de tener atrevimiento para tanto los vencidos.

Gracian Ramirez, que no hubiera jamás vuelto la espalda á sus enemigos, se habia retirado con su noble esposa y dos jóvenes hijas á Rivas, temeroso de que la licencia del vencedor le marchitara las flores cándidas que veia resplandecer en ellas. Cristiano y caballero al mismo tiempo, no hubiera podido vivir en sociedad con los mas jurados enemigos del Crucificado, ni ver el menor desacato inferido á alguno de su familia, sin que su poderoso brazo hubiera dado buena cuenta del atrevido; y esto no tenia libertad para hacerlo en el mismo Madrid, á la faz del vencedor, cuyo pesado yugo caia como una losa aun sobre aquellos mismos que de buen grado se entregaban á su dominio.

Pero Gracian Ramirez no se habia venido solo á Rivas; numerosos amigos y peones le habian acompañado al destierro, ganosos de compartir tambien las glorias que le cupieran. Sabian que Gracian era un hombre tal como en aquel entonces se necesitaba para comenzar la obra de resurreccion de la infeliz y aherrojada España, y con sus familias y conocidos habian formado una colonia bajo la autoridad paternal y cariñosa de Gracian. Mas no interrumpamos la conversacion animada de los que apiñados esperan en la plaza la llegada de este y sus hombres de armas, que tiempo y ocasion tendremos mas adelante de bosquejar los caractéres de todos los que han de tener una parte esencial en nuestra historia.

—Oye, Antona, ¿sabes lo que me decia hoy por la mañana la muger de Pero-Nuñez? que su marido le traia dos moros cogidos en la pelea y que ya tenia quien le ensillase el caballo; porque has de saber que ahora esos prisioneros, si no les manda cortar el gañote Gracian Ramirez, han de ser nuestros esclavos; que eso y nada menos hacen ellos con los nuestros cuando caemos por su banda.

—Ay! Colás, mira como tambien se asoma la hija de Martin el escudero! Parece una rosa de Abril.

—Qué gracia tiene su rostro! Cuando recuerdo que si

no hubiera sido por el bueno de Martin esa niña estaria en poder de esos malditos!

—Cómo! qué dices, Antona?

—Lo que oís, hijos mios. María no es hija del escudero Martin ni de su muger. Hará cosa de 15 años... pero esta es una historia muy larga, y no estamos ahora para cuentos, sino para no perder nada de lo que vamos á ver pasar. Ay! Colás, no me empujes tanto, que voy á reventar contra la pared.

—Cuéntanos esa historia, Antona. ¿Quién habia de decir que no era hija suya, con tanto como la mima y la quiere?

—Pues ahí vereis!.. Ya se vé, como desde que nació ó poco menos, siempre la ha tenido á su lado... y la misma niña se dá á querer de todos.... y ella cree que no tiene mas padres que Martin y su mujer...

—Vaya cuéntanos algo de esa historia mientras no llega la cabalgata...

—Sobre que estoy ya en ascuas por saber quiénes son los padres de esa niña...

—Ah! eso no seré yo quien os lo diga, porque á esta fecha lo ignoro: más os diré: aun el mismo Martin no sabe á qué atenerse en este punto: ello es que si le preguntais sobre el particular, os mandará callar, porque no quiere que llegue nunca á oidos de ella que no son sus padres los que la han criado.

Como se vé por nuestros lectores, Antona, que comenzó por decir que no queria contar la historia de la hija del escudero Martin, iba refiriendo insensiblemente lo que de ella sabia.

Mientras hablaban en la plaza en un ángulo próximo á la casa de Gracian, á la ventana de esta se habian asomado las hijas y esposa del guerrero. Figúrense nuestros lectores una noble matrona, alta, de color blanco, magestuosa, vestida con noble sencillez como era propio de las mugeres de aquel tiempo y rebosando en su rostro la ale-

gría de una santa madre que idolatra á sus hijas, y las vé crecer siempre sencillas é inocentes, y ya tienen retratada á la esposa de Gracian.

Las hijas, ah! razon tenian Antona y Colás cuando las comparaban á dos soles y las llamaban Angeles del Cielo. Tipos perfectamente distintos en la esbeltez y gallardía de sus formas, ambas eran igualmente hermosas, igualmente puras é igualmente angelicales. De color blanco y sonrosado la una, trigueño gracioso la otra; esbelta y con dignidad de señora la primera, de pequeña estatura y picaresca en sus expresiones la segunda; Lucía era la razon fria que medita y discurre, y Clara la imaginacion ardiente y fogosa que no medita, sino que siente, que no discurre, sino que obra, acaso sin tener en cuenta los resultados de su irreflexiva conducta. En una palabra, la mayor, Lucía, era la imágen acabada de su madre; la mas pequeña, Clara, era el fiel retrato de su padre, y hasta sus corazones se habian amoldado á aquella obra de la naturaleza, pues así como la predilecta de aquella era su querida Lucía, así Clara era la alegría y el ídolo de Gracian. Ambas eran respetadas y entrañablemente queridas de todos aquellos hombres rústicos, cuyas desgracias y miserias aliviaban con mano liberal, y las mujeres todas del pueblo no aspiraban sino á presentar á sus pequeñas hijas por modelos las hijas del caballero Gracian.

Sin embargo, en la mañana en que dá principio nuestra historia, notábase en la faz de Clara algo de triste y melancólico. Ella habia sido la primera en levantarse muy temprano, acaso por no haber podido conciliar el sueño aquella noche, y la palidez se habia apoderado de su rostro. ¿Era el afan de contemplar la entrada de su padre en el pueblo? ¿Era el temor de que le hubiera acontecido alguna desgracia en su encuentro con los sarracenos? O era porque su corazon latia ya á otros sentimientos distintos á los que despierta el amor filial?

Frente á la casa de Gracian se habia abierto otra ven-

tana. Era la de la casa de Martin. Dos mujeres se habian tambien asomado, la buena esposa del escudero y la niña objeto de la conversacion de la plaza. Quince años á lo mas aparentaba tener la huérfana, pero en sus facciones de niña se revelaba ya la hermosura delicada de la mujer, y en su porte y continente dejaba entrever que debia el ser á algo mas que á unos pobres pecheros. La distincion de sus maneras aunque sencillas, sus palabras rebosando ternura y gracia, siempre inocentes, siempre elevadas, dejaban impreso en el que las oia, la idea de que María habia obtenido del cielo un alma privilegiada, y todos daban el parabien al escudero Martin por el tesoro de gracias que tenia en su hija, pues era un misterio para todos, menos para Antona, que la niña no debia el ser á aquellos honrados consortes.

Entretanto se iban estrechando los grupos mas y mas en la plaza. Habia corrido el rumor de que la cabalgata estaba ya á la entrada del pueblo, pues el chico de Pero-Nuñez habia dado la señal desde la atalaya. La conversacion de nuestros amigos Antona, Colás y Pericote no habia podido seguir su curso á causa de los apretones que recíprocamente se daban, pues á manera de oleadas se iban y venian puñados de hombres de acá para allá, en medio de los gritos y maldiciones de las pobres viejas y harta algazara y gusto de mas de cuatro pilletes, que no faltaban en nuestra España ni aun en aquellos tiempos de heroismo y de lucha.

—Ay! Colás, que me han magullado un pié esos malditos; gritaba la pobre Antona casi sofocada.

—Agárrate bien á la reja que tienes á tu lado, si no estás á pique de que te pisoteen esos brutos: le respondia Colás.

—Habráse visto canalla mas soez! Podian haber acompañado á Gracian en la correría y hubieran tenido ocasion de lucir su arrojo.

—Calle la cara de *rata vieja*; prorumpió uno de los zum-

bones encarándose con Antona.

—Quien se ha de callar es el perillan, ó le hundo los sesos de un puñetazo: gritó Pericote que era muy capaz de hacerlo, pues tenia unos puños descomunales y una estatura de gigante.

—Válame Dios, y qué valiente está hoy el amigo Pericote!...

—Valiente ó no valiente, te voy á dejar lisiado por unos cuantos dias si no te retiras pronto.

—Pues esta es la hora en que quiero ver desde aquí la fiesta.

—Pues no la verás aquí mal de tu grado.

—Vamos, que no es tan fiero el leon como le pintan!...

—Crees que hablo de broma? pues anda al infierno! y levantó su robusto brazo sobre la cabeza del tuno para descargar un furibundo puñetazo sobre sus costillas, pero este mas ligero que un gamo se escurrió bonitamente por entre Antona y Colás y el golpe vino á caer de lleno sobre el hombro derecho de este, que se desplomó todo derrengado, dando desaforados gritos. Hubo un momento de confusion en la plaza. Todos se rebullian preguntándose qué habia pasado. Algunos se acercaron á duras penas hácia la ventana y vieron al malaventurado Colás todo caido de un lado, á su mujer Antona palpándole si tenia alguna herida y al atortolado Pericote deshaciéndose por vindicarse de su atolondramiento y mala puntería de sus puños. Mas pronto cesó la confusion, pues los próximos clarines que se oian ya casi en la plaza hicieron que todas las miradas se volviesen hácia la boca-calle por donde se acercaban los tan esperados guerreros.

—Plaza, plaza á los vencedores: gritaron del ángulo por donde comenzaban á entrar los pages de armas.

Pronto la lucida cabalgata empezó á desfilar por delante de los curiosos. Todos se colocaron de puntillas probando atisbar siquiera á una cuarta mas de altura de la que la naturaleza les habia dado, y como este fué un movimiento

que se verificó al mismo tiempo por todos los espectadores, todos se quedaron viendo lo mismo que antes, pues relativamente habian quedado á la misma altura.

Venian al frente cuatro soldados con clarines y detrás seguian, luciendo magníficos caballos, como unos cincuenta guerreros, llenos de juventud y gallardía y llevando en sus rostros la alegría del que vuelve vencedor de los enemigos. Seguíales otro igual número de nobles infanzones, acaso los deudos y padres de los que delante iban, y coronaba el escuadron el aguerrido Gracian Ramirez á quien seguian cuatro pagecillos, cerrando la comitiva unos trescientos peones y demás hombres de armas.

Inmenso fué el entusiasmo que se apoderó de aquellas gentes sencillas al ver lo lucido de la comitiva: todos victoreaban á los afortunados que venian de escarmentar, aunque en tan corto número, á los enemigos de su religion y de su querida patria, despertándose en todos los corazones sentimientos de hidalguía y de agradecimiento hácia los que habian ido á derramar su sangre por defender sus hogares.

Sin embargo, bueno es que digamos, si juzgar se debe por exterioridades que unos sentian mas que otros y que sus ojos daban bien á las claras á entender lo que en sus corazones se escondia. En la esposa é hijas de Gracian notábase la alegría que las llenaba, viendo volver victorioso al objeto de su cariño, al frente de un escuadron lucido de hombres de armas, y victoreado por un pueblo entusiasta. Pero fácil era advertir que una de las hijas de Gracian unas veces fijaba los ojos en su padre y otras los dirigia al peloton de jóvenes armados que le precedian, y allí se encontraban con otros dos ojos que no cesaban de mirar á la ventana en que aquella contemplaba la entrada.

—Ahí va el valiente y simpático Ruiz-Perez! Paso, paso á su caballo, que es capaz de conducirle al centro de la tierra si así le place á su señor! decia uno de los espectadores.

—¡Tiene el corazon mas grande que Su Divina Magestad ha colocado en pecho humano!

—Mira al escudero Martin que apenas tiene manos para saludar á sus amigos!

—¡Eh, Martin, aquí de los hombres leales y aguerridos!

—Buen año para el jovial pagecillo; gritaba una muger señalando á un jóven, casi niño todavía, que venia detrás de Gracian manejando gallardamente un alazan soberbio.

Esta voz llegó á los oidos del page, pues tornó la vista al sitio de donde habia partido.

La mujer que habia hablado, estaba asomada á una ventana: era la esposa de Martin.

El jóven la hizo un saludo afectuoso y clavó sus ojos en la niña que á su lado se hallaba, la cual los bajó pudorosamente.

¿Era la primera vez que se encontraban estos dos séres en el camino de la vida?

—Eh, repara quien viene tambien allí: prorumpió Antona algo mas consolada ya del paso del puñetazo de su querido Colás.

—Qué hay, mujer? decia este, todavía sintiendo las consecuencias del nervudo brazo de su amigo Pericote, que no tenia ojos para ver cuanto pasaba y que maldito si se acordaba del desaguisado que habia hecho.

—No le ves? ya se acerca. ¡Ay qué estampa! Así tiene el alma como el cuerpo!

—Pero quién, mujer?

—Quién ha de ser? el endemoniado de Juan Garcés.

—Abre, abre sitio, que tiene su gusto en hacer daño á cuantos puede.

—No, pues como un dia caiga por mi cuenta; murmuró por lo bajo Pericote al ver que Juan Garcés se acercaba á donde él estaba, haciendo caracolear el caballo.

Un grito de reprobacion resonó en toda la plaza. El caballo de Juan Garcés, hostigado por su amo, se habia le-

vantado de manos y habiendo girado hácia al lado derecho, al posarlas en el suelo, habia atropellado á una pobre muger: mas no por eso se desconcertó el ginete: impávido y como si nada hubiera pasado, siguió avanzando hasta colocarse al pié de las ventanas de la casa de Gracian: la pobre mujer lastimada fué introducida en casa del escudero Martin, que rápido como el pensamiento se habia bajado de un salto de su caballo y cogídola en sus brazos.

Pero al penetrar con la carga en el portal, el pagecillo lastimándose en su interior y maldiciendo por lo bajo á Garcés, fijó los ojos en la pobre mujer y se arrojó al suelo prorumpiendo angustiado. ¡¡Mi madre!!

Todos se abrieron para dar paso al infeliz niño, que se precipitó en casa del escudero, mientras el hercúleo Pericote echaba mano al caballo deteniéndole por el diestro.

Todo esto se verificó en mucho menos tiempo del que hemos gastado en describirlo, pues habia ocurrido mientras el desfile de la cabalgata.

Entretanto, Gracian Ramirez al pie de los muros de su casa daba gracias á todos sus compañeros de armas y deseándoles el descanso conveniente subia á ella.

Todos fueron retirándose á las suyas en medio de los gritos y vítores de la muchedumbre que empezó á desparramarse por el pueblo, dando la enhorabuena cada cual á sus amigos y preguntándole por los varios episodios del combate.

Entre los últimos que se marcharon de la plaza, hallábase Juan Garces, que solícito buscaba á alguno con su vista por toda ella, cuando sintió que una mano diestra detenia el paso á su caballo. Aun sin reparar quién era el osado que á tanto se atrevia, alzó su brazo armado y los espectadores temblaron por el de á pie; pero se quedaron completamente admirados al ver que dejaba caer su brazo sin tocarle un pelo.

Era que Garcés habia reconocido al osado; y un observador hubiera notado que entre ambos se cambiaba un sig-

no de inteligencia, despues del cual cada uno se retiró por distinto sitio.

El que habia detenido el caballo era el mismo sobre cuyas costillas debió caer el decarriado puñetazo, que dejó tan mal parado á nuestro pobre Colás.

CAPITULO II.

Cómo amaba una madre y cómo discurria un caballero en España en el siglo VIII.

Apenas subió á su casa Gracian Ramirez, salieron á recibirle su esposa Margarita, y sus dos inocentes hijas. Lleno de alegría corrió á abrazar á aquellos seres que eran toda su delicia sobre la tierra y por quienes derramaria hasta la última gota de su noble sangre. Todo se volvia preguntas acerca del combate pasado en que tan heróica victoria habian reportado, todo era plácemes y recíprocas alegrías: sin embargo despues de haber dado lugar á los primeros transportes del gozo que llenaba sus corazones observó su esposa cariñosamente:

—Ay, Gracian, quereis que os diga con entera confianza lo que siento de esos combates con los sarracenos?

—Hablad, señora; no teneis por qué ocultar vuestros pensamientos, máxime sabiendo que sois mi consejera, á quien escucho con agrado siempre que venís á hacerme observaciones.

—Pues cada vez que marchais á esas correrías tiemblo por nuestras hijas!

—Cómo! Cuál puede ser la causa de vuestros temores?

—Sois muy pocos, y aunque llenos de esfuerzo, temo

que un dia vayais á caer en alguna celada que os tiendan esos enemigos de Dios y su ley santa: y si esto desgraciadamente sucediera, ¡ay del pobre pueblo que queda abandonado durante vuestra ausencia! ¡ay de las doncellas que en él se albergan! ay de nuestras queridas hijas!

—Desechad ese vano temor, señora; á Dios gracias y con el auxilio de su poderoso brazo y la proteccion de su Madre Santísima, siempre espero salir victorioso sobre nuestros contrarios. Además, sabeis tambien que nuestras correrías no se extienden mas que á un reducido límite, y esto, siempre que se trata de defender el corto terreno de que por la capitulacion se nos dió derecho. Por otra parte jamás caemos sobre ejércitos aguerridos, sino sobre pequeños cuerpo que á su riesgo y razon y sin órden del gobierno de Madrid, con el que hasta ahora mantenemos paces, se atreven á desafiarnos aun en nuestro propio terreno.

—¿Y si algun dia ese mismo Islem, con cuya amistad creeis contar, tuviese á bien ser uno de vuestros agresores para vengar á los vencidos, que al cabo son hermanos suyos?

—Escuchad, señora: cuando la capitulacion de Madrid, de buen grado nos entregamos al vencedor porque creimos un imposible hacerle frente. Sabiamos lo ocurrido en Ecija y Córdoba. Nuestros hermanos lucharon hasta verter toda su sangre. Mártires fueron por la religion y la patria: pero su sacrificio fué completamente estéril, porque no habia fuerza que detuviera el ímpetu de los feroces ejércitos de Tarik. Sin embargo, la toma de aquellas dos ciudades les costó muchas vidas, y comprendieron que mucho mas conseguirian de honrosas capitulaciones. Por eso Madrid obtuvo del enemigo la libertad de continuar profesando su religion, y los que nos retiramos á Rivas conseguimos más todavía, el poder hacernos fuertes en este pueblo en el radio de tres leguas, y el tener en nuestra mano la defensa siempre que fuésemos acometidos por alguna de esas hordas sin ley, que tan á menudo salen á talar los campos de

los infelices cristianos.

—Y bien, ¿creeis que Islem ha de saber con sangre fria el combate y victoria de ahora? No. Callará y obrará en silencio, porque vuestras victorias no son ya, como antes, sobre pequeñas hordas, sino sobre cuerpos aguerridos; y no ha de contemplar sin miedo el nacimiento de un coloso que alguna vez imponga su ley y su yugo hasta al mismo Madrid.

—En ese caso sabríamos pelear como valientes y morir como héroes en defensa de nuestros hogares.

—Pero y vuestras hijas, Gracian?... ¿qué seria de ella bajo la licencia de esos bárbaros?

—¡Nuestras hijas!.. ¡ah; no querrá el Señor ni su Purísima Madre Vírgen que ese dia llegue.. ¡Pero, oidlo, Margarita.. y no os asombre! pronunció con aspecto feroz acercando su boca al oido de su esposa para que sus hijas no percibiesen estas horribles palabras... ¡antes que juguete mis hijas de esos sensuales hijos de Belial; antes que mancebas de esos feroces bestias, mi acero inmaculado traspasaria los corazones inocentes de Lucía y de Clara!

Un grito horrible salió de los lábios de Margarita, que cayó anonadada en brazos de su esposo.

Las dos jóvenes, ignorantes de que el cariño de su buena madre hácia ellas era la causa de aquella triste escena, acudieron en su auxilio, en tanto que Gracian aterrado él mismo de sus espantosas expresiones, se precipitó fuera de la estancia con las manos en la cabeza.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Una hora despues de la escena que acabamos de describir, se hallaban madre é hijas postradas en ademan religioso en un estrecho gabinete ante una preciosa imágen de la Madre de Dios. Hondo recogimiento embargaba las almas de aquellas tres mujeres, y gruesas lágrimas caian de las hermosas megillas de Margarita.

—Rogad, hijas de mi corazon, exclamó con acento triste, rogad á esa bendita Madre, que os acoja bajo su proteccion y os cobije bajo su benéfico manto!

Las niñas que no sabian el secreto que envolvian tales palabras, pero que notaban el dolor que traspasaba el corazon de su madre, oraron á la Vírgen, como les indicaba aquella. ¡Es tan dulce á una niña inocente y pura rogar á la Vírgen, madre de toda pureza! ¡Existe una relacion tan íntima entre la inocencia candorosa y la Vírgen de toda gracia! ¡Es tan consolador volver el alma hácia una criatura que ha prometido no desoir el clamor de quien con fe la implore!

—¡Y si ese dia llegase, madre mia, murmuraba Margarita, proteged su pureza... sí... pero guardar tambien ilesas sus vidas!

Aquella bendita imágen pareció escuchar con agrado estas palabras, que tambien hubieron de resonar en los cielos, porque Margarita sintió que un consuelo inexplicable bañaba su alma.

CAPITULO III.

En donde se ve que siempre ha salido cierto el refran "el hombre propone y Dios dispone."

Como las diez de la noche serian cuando suavemente se sintieron unos pasos en la plaza y allá á lo lejos apareció una sombra, que acercándose mas y mas á la casa de Gracian, dejó ver que era un hombre embozado. Recatándose y dirigiendo su vista hácia las ventanas, fué á situarse en un ángulo que estaba completamente en tinieblas, pues era la noche muy oscura y no habia mas luz en toda la plaza que la que difundia un pequeño farol que la piedad de algun devoto habia colocado ante un cuadro de la Vírgen.

Largo rato permaneció oculto en aquel escondido parage; y en verdad que no habia de ser tal personage quien ganara el cielo con la paciencia, porque en sus signos exteriores, bien con sus ademanes, bien con sus maldiciones y juramentos, se notaba que era hombre que no gustaba de que le hiciesen aguardar mucho en tal sitio y á tal hora. Mas á poco se oyeron nuevos pasos, pero estos no eran reservados como los de nuestro conocido, antes al contrario, se dejaban oir en toda la plaza, con harto enojo del embozado que buscaba por lo visto el misterio, y ó no queria ser observado por ningun curioso, ó caso de ser la perso-

na á quien esperaba, no entraba en su plan que este llamase la atencion de los vecinos.

Sea que el nuevo paseante hubiera atisbado al primero, ó que casualmente á aquel sitio le condujese su camino, es lo cierto que nuestro hombre se dirigió hácia el mismo ángulo, mas se detuvo á pocos pasos del primero como reconociendo el terreno.

Ya entonces no cupo duda al embozado de que aquel era el que esperaba y se encaminó hácia él.

—Quien vá? gritó este al ver que se le venia encima uno en quien no habia parado la atencion.

—Me has hecho esperar mas de una hora, pesi á tal, en este sitio nada apetecible por cierto: murmuró con acento ronco pero bajo por temor de ser escuchado por algun vecino curioso y creyendo hablar con su hombre.

—¿Quién será este señor que tales humos gasta? se preguntó para sí el interpelado.

—Son cerca de las once y está para llegar Ruiz-Perez: no hay pues que perder tiempo. ¿Has reunido á la gente que te encargué? ¿has tomado bien tus medidas para no errar el golpe? Habla, que parece que te has quedado sin lengua, tú que tan largamente la manejas...

—¡En Dios y en mi ánima que ó este hombre está algo peneque ó yo no soy el que soy, continuó pensando el mudo.

—¡Por Lucifer, responde; maldito del infierno!..exclamó furioso aquel.

—Vamos, este mozo tiene mala bebida por lo visto! Véase lo que es trasvasar mas de lo regular: meditó, al mismo tiempo que dejaba caer sobre las narices del misterioso embozado una confusa mezcla de vapores, que no dejaron la menor duda á este de que se habia equivocado, y que se las habia no con el que aguardaba sino con un borracho.

—¿Quién eres y por qué te has detenido junto á mí.

—Toma! respondió por fin el mudo; porque ando buscando la casa de mi amigo Martin; que creo que hoy la

han hecho mudar de sitio.

Y continuó su camino como si nada hubiera pasado, dejando lleno de indignacion al caballero, que contuvo sus iras, discurriendo que en tal noche le convenia usar de prudencia.

Apenas se separó refunfuñando y dando traspies mientras buscaba la casa de Martin, apareció otro embozado que en derechura se dirigió á la de Gracian, y se detuvo junto á una de sus rejas.

El primer embozado al reconocer el segundo, se embutió mas y mas en el sombrío paraje que habia escojido y al caérsele un poco el embozo, la ira mas reconcentrada estaba pintada en su rostro.

El que se habia parado á la ventana aplicó el oido á la reja, probando á oir lo que pasaba en la sala baja, y entonces, como satisfecho de su investigacion, hizo sonar dos palmadas huecas que el eco repitió por todos los ámbitos de la plaza.

Aun no habian trascurrido tres minutos cuando se oyó abrir la reja y una suave voz de mujer:

—Ruiz-Perez?

—El mismo soy, Clara.

—Bien venido el galan caballero...

—Me esperabas: ¿no es cierto?

—Ya lo ves: la prontitud con que he acudido te lo prueba.

—Y bien: hé aquí que despues de dos dias nuevamente nos hablamos. ¿Te has acordado mucho de los que salian del pueblo para humillar á nuestros enemigos?

—De todos, Ruiz-Perez, me he acordado, y por todos he pedido á la Vírgen, pero en mis oraciones especialmente he rogado por dos seres, por mi querido padre y por tí...

—Yo tambien, amada Clara, te he tenido grabada en mi memoria. Cuando frente á frente al enemigo, consideraba que mi brazo luchaba por nuestros hogares, me acordaba de tí: y al preveer la suerte que te aguardaria si fué-

semos vencidos, mi corazon se exaltaba, y mi brazo adquiria una fuerza sobrenatural, y mi espada caia implacable sobre el contrario destruyendo cuanto á mi paso se oponia.

—Quiera el cielo que ese entusiasmo no te sea fatal alguna vez...

—No, Clara; porque mientras combato, está un ángel intercediendo por mí al Señor.

—Un ángel!...

—Y no lo eres tú? criatura toda virtud, toda bondad, toda pureza? El cielo no puede desoir jamás tu ruego, porque nunca ha cerrado sus oidos á los ángeles de la guarda y tú eres el mio. ¿Sin tí, qué seria de mí en el mundo? huérfano desde mis primeros años, solo, sin un padre de que me despojó la desgracia, abandonado en la tierra, ¿qué hubiera sido de mi corazon si al entrar en la juventud no hubiese encontrado otro corazon, en quien depositara mis dolores, y fuera mi compañero y mi guia?

El que con tal exaltacion hablaba á las once de la noche á la ventana de la casa de Gracian, llamado Ruiz-Perez por Clara, seria un jóven que aparentaba tener unos diez y siete años. Alto, de aspecto noble aunque sombrío, debido á las huellas que habia impreso en su corazon la desgracia, desde antes de entrar en la juventud, tenia un no sé qué de simpático que cautivaba en su favor á cuantos le trataban. Es verdad que su corazon era el de un niño, la doblez no tenia cabida en él, y su alma elevada, superior en alto grado á las miserias y ruindades que por desgracia señorean á las almas pequeñas, no ambicionaba sino el honor, y no abrigaba sino pensamientos que estuviesen en armonía con él. Sencillo, humilde con los pequeñuelos, pero altanero con los atrevidos y soberbios, modesto en sus palabras, dulce y jovial con sus amigos, y noble en sus acciones, era el tipo mas acabado y perfecto de la caballerosidad y de la hidalguía.

Gracian que habia tenido motivos para conocer á fondo al jóven, pues lo habia visto nacer y habia seguido paso á

paso todos los acontecimientos de su vida, comprendia lo que valia por sus sentimientos y bellas cualidades. No se le habian ocultado las relaciones que desde niños casi, habian mediado entre su hija Clara y él, y miraba con gusto la íntima union que ligaba sus corazones, si bien procuraba no darse por apercibido de ello. Por eso todas las noches apenas eran las once llegaba un embozado á la ventana baja de su casa y despues de una señal convenida se abria una reja, á la que aparecia una hermosa jóven, sin que ninguno de la casa tuviese oidos para escuchar las palmadas de afuera, ni ojos para ver que Clara se separaba de sus padres y hermana y se ponia á departir con el jóven Ruiz-Perez.

Pero dejando en paz á nuestros dos jóvenes para que hablen todo lo que gusten sin que vayamos á turbar su animada conversacion, cosa que nos pareceria altamente impolítica y sin duda desagradable á los interesados, volvamos al primer embozado á quien dejamos lleno de ira al ver que se acercaba Ruiz-Perez antes de haberse presentado el individuo á quien aguardaba. Ya desesperado iba á tomar por una estrecha y oscura calleja, cuando sintió que por ella se acercaba, aunque con pasos lentos un hombre, al cual se llegó y que conoció ser el de la cita por las siguientes palabras que le dirijia.

—Juan Garcés?..

—Guzman?...

—El mismo soy, señor.

—Ira de Dios! te estoy aguardando ha mas de una hora.

—Cómo ha de ser! los muchachos se han tardado algo: pero nada hemos perdido, pues estoy divisando desde aquí al mozo á quien vamos á meterle mano.

—Habla mas quedo, que puede escucharnos. ¿Has puesto al cabo de lo que vais á hacer, á esos hombres?

—Todo está prevenido segun me encargásteis. El golpe será seguro y no hay miedo que escape.

—Ya sabes lo que te he dicho. Le acometeis al mismo

tiempo y procurais hacerlo de tal modo que no haya lugar á la huida.

—Juro á Dios que nos portaremos como unos guapos que somos, pues no es la primera vez que nos vemos en estos lances.

—Donde los has dejado?

—En esa calleja próxima.

—Pues no hay que perder tiempo. Anda por ellos, y al momento poneis mano á la obra.

—Voy á decirle que se vayan acercando.

—Destreza y ánimo; que ya sabeis el premio que os espera. Y se alejó de la plaza, murmurando estas palabras:

—¡Oh Ruiz-Perez, no sé que destino fatal te pone en medio de mi camino, como tambien puso á tu padre! Tu suerte así lo ha querido, quéjate pues á ella.

El embozado que no era otro que Juan Garcés como han visto nuestros lectores por las palabras de su cómplice, se retiró imaginando un nuevo proyecto nada bueno por cierto y que ya tendremos ocasion de conocer en el transcurso de esta historia.

Entretanto nuestros enamorados, bien agenos de lo que se tramaba á pocos pasos de la ventana, se entregaban á dulces transportes de alegría y se mecian en bellas ilusiones.

—Clara, tu padre me quiere como á un hijo y no me negará tu mano. Yo tengo para mí que no está ignorante de nuestros amores.

—De veras? Y mi madre crees tú que aprobará nuestro enlace?

—Y por qué no? ¿Ella, una señora que tanto te idolatra, crees tú que no deseará tu bien en esta parte?

—Ay, Ruiz-Perez, no sé qué presentimiento me anuncia que nuestras ilusiones han de desvanecerse; esta noche pasada no me ha sido posible reconciliar el sueño.

—Vamos, no seas niña: desecha esos temores que no tienen fundamento alguno.

Apenas pronunció estas palabras cuando Clara despi-

dió un grito de espanto, y señaló á Ruiz-Perez en direccion á la calle. Volvióse este repentinamente y al mismo tiempo se sintió acometido por cuatro hombres: al punto, soltando la capa, echó mano á la espada y comenzó una lucha á muerte, lucha en que debia perecer el jóven á pesar de su bravura y arrojo.

Los cuatro asesinos, que no creian encontrar tal resistencia en el acometido, redoblaron sus ataques con furia encarnizada, pero al acercarse uno de ellos para herirle, recibió una estocada mortal que le hizo caer al suelo sin dar un grito.

Ya no eran mas que tres los que le acometian: sin embargo, cansado ya nuestro héroe, derramando sangre por varias heridas, se sentia desfallecer: y si al suelo no caia era quizás porque la misma desesperacion y el auxlio que le prestaba la reja en la cual habia apoyado sus espaldas, le daban nuevas fuerzas; pero estas iban debilitándose por momentos, y pronto iba á caer traspasado por los golpes que le dirigian los malvados, bien seguros de que al cabo desfalleceria y entonces tendrian ocasion de rematarle.

Clara, que habia caido desmayada, volvió á recobrar en tanto sus sentidos y al reconocer el estado de su amado, exclamó con ademan angustioso y suplicante: ¡Vírgen María, salvadle!!

El jóven al oirla, pareció recobrar nuevos brios y aprovechando el descuido de uno de los matones, le introdujo su espada por el pecho; cayó este cuan largo era, pero este supremo esfuerzo acabó de agotar su ánimo y su espada rodó por el suelo quedando desarmado.

Los dos que restaban se arrojaron entonces, como lobos carniceros que van á devorar su presa, sobre el desfallecido é indefenso Ruiz-Perez: y no sabemos lo que hubiera sido de él, si en el momento de ser acometido no hubieran aparecido tres hombres que, arremetiendo á los dos asesinos, los echaron á rodar por la plaza, dejándolos mal parados y obligándolos á huir aterrados de tan brusca acometida.

—¡Por las barbas de Judas que el puñetazo que he dado á uno de esos pícaros, no le habrá dejado con ganas de venir por otro! exclamó uno de los valientes, que no era otro que el hombre de los traspiés y que ahora habrán conocido nuestros lectores por sus demostraciones exteriores que era el hercúleo Pericote.

—Martin!... exclamó Ruiz-Perez dejándose caer en brazos de su escudero. ¡Dios te premie tu buena accion!... Sin tu auxilio hubiera perecido á manos de esos malvados!....

—Señor, veo que habeis dado buena cuenta de dos de ellos: repuso Martin observando dos cuerpos en el suelo.

—Toma! decia Pericote, reconociendo á los dos muertos: son los que estuvieron conmigo bebiendo hace una hora. El diablo cargue con vosotros.

—Que os estais desangrando, aseguró el otro de los tres aparecidos, que era el pagecillo de Gracian; pronto, Martin, á llevarle donde pueda curarse sus heridas.

—¡Voto á mil pares de demonios! ¡y yo que no habia reparado que está herido! corriendo á casa...

—Adios, Clara! murmuró con acento triste el doncel apoyándose en Martin y Pericote.

Pero Clara no podia escuchar á su amante, porque su reanimacion fué instantánea, cayendo nuevamente desmayada en el suelo.

Como se ha visto, el tenebroso é inícuo proyecto de Juan Garcés no pudo felizmente tener efecto: y en esta ocasion el salvador de Ruiz-Perez no habia sido otro que el rudo Pericote, que no siempre habia de equivocarse en la distribucion de sus puñetazos, como se podrá ver en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

De cómo Pericote, sin saber lo que se decia, descubrió á Martin la trama urdida contra su señor.

Para explicar á nuestros lectores la repentina aparicion de Pericote, Martin y el pagecillo, tenemos que volver atrás y penetrar en casa del escudero, en el momento que llevaba en sus brazos á la muger atropellada por el caballo de Juan Garcés.

Aun no habia depositado su carga en una cama, á la que rodearon su muger Alfonsa y su hija María, prodigándola sus auxilios, cuando penetró en la habitacion el lindo pagecillo y se precipitó en los brazos de su madre que aun permanecia desmayada.

Lástima daba ver á aquel niño tan bien apuesto y gallardo sumido en el dolor mas agudo, queriendo reanimar á aquel ser tan querido.

El escudero Martin, despues de respetar sus primeros ímpetus dolorosos, manifestó que, dejando aparte los lamentos, lo que convenia era reconocer el estado de la infeliz, para saber á qué atenerse con respecto á su situacion.

A duras penas consiguieron separar al hijo del lado de su madre, y despues de haberla reconocido, se convencieron de que felizmente mas habia sido el susto que otra co-

sa, pues solo tenia una pierna algo lastimada, sin que fuese la lesion de importancia.

La buena Alfonsa preparó un cocimiento de yerbas que aplicó á la parte dolorida, y todos tuvieron la alegría de notar la mejoría de la enferma, que al volver en sí preguntó al momento por su hijo, el cual apareció á su lado radiante de gozo y de candor.

—Madre mia, aquí me teneis.

—¡Ay, hijo de mi alma; con qué regocijo te miraba hoy cuando penetrabas en la plaza! yo fuí quien tuve la culpa de ser atropellada, porque no tenia ojos sino para ver al hijo de mis entrañas!

—En cuanto á eso, madre, yo os aseguro que el malvado no ha de quedar sin castigo: ¿á quién se le ocurre manejar el caballo en una plaza apiñada de gente lo mismo que si estuviera en un paseo, sino á un hombre sin alma y de entrañas de hiena?

—Tiemblo al oirte prorumpir en esas expresiones! Mira que Juan Garcés no perdona á quien le hace una injuria y que si luchas con él, tu perdicion es segura.

—Eso lo veremos. ¿Creeis que porque soy niño no tiene mi brazo fuerza suficiente para castigar á un malvado? Preguntadle á Martin lo que este niño ha hecho en la correría y os convencereis de que no en vano corre por mis venas sangre de un Jimeno.

—¡Vive el cielo, señora, que si le hubiérais visto ayer dando caza á esos enemigos de Dios!.. parecia mentira que un niño tan delicado manejase con tales bríos la espada!... hubo un momento en que trabó la lucha con un endemoniado moro, que tenia una cara atezada, en fin la mismísima efigie del que está á los pies de S. Miguel... y ni por esas!.. de un mandoble lo dejó mas chiquito que acabado de nacer. ¡Válame Dios!.. sobre que todos, hasta el mismo Gracian, estaban admirados de las proezas del muchacho! Debeis estar muy satisfecha de tal hijo. Muchos como él, y entonces no quedaba un moro en toda España

en menos de un año.

Y cogia la mano del page y la apretaba entre las suyas contento como unas pascuas del resultado de la correría y dándole el parabien por su invencible ánimo.

La madre derramaba lágrimas de alegría y miraba afectuosa y tiernamente al niño orgullosa de ser madre de tal hijo.

Otra persona era tambien testigo de esta escena, y de vez en cuando alzaba sus ojos para contemplar al page.

Era la hija del escudero Martin.

Aquel por su parte dirijia tambien á ella su vista, no sabiendo qué admirar mas, si la gracia infantil que bañaba su rostro ó la belleza que en ella se retrataba.

La niña á quien por vez primera habia visto el page al desfilar la cabalgata, habia dejado impresa en su corazon una huella que no se habia borrado con el sentimiento de la desgracia acaecida á su madre; y al penetrar en aquella sencilla mansion, no sabemos qué especie de alegría bañó su alma, pues iba á contemplar muy de cerca quien era aquella niña.

El corazon del page no se habia aun abierto á otros sentimientos que á los que despierta el amor filial y el cariño á su querida patria. Pero al ver á María parecia como que el niño dejaba de serlo. Su alma elevada y pura se dejó cautivar por sus gracias, y no parecia sino que el cielo habia querido que sus dos corazones se comprendiesen y palpitasen el uno para el otro, porque ambos poseian igualmente un tesoro riquísimo de pureza y de encanto, y hasta sus destinos parecian caminar juntos: niños los dos, y de una misma edad, huérfanos uno y otro, pues el page no habia conocido á su padre, y María, aunque reconocida por hija del escudero y Alfonsa, no les debia el ser, ambos habian simpatizado desde la entrada en la plaza, y la desgracia ocurrida á la madre del niño, habia hecho que se pusiesen en contacto aquellas dos almas tan idénticas.

Por eso tambien María al ver entrar al pagecillo se ha-

bia ruborizado, pero al mismo tiempo, habia sentido una alegria inexplicable dentro de su corazon, y habia desplegado una tierna solicitud con la pobre muger, solicitud que no pasó desapercibida á los ojos del page.

Entretanto Martin y Alfonsa que nada habian notado entre los dos jóvenes, no hacian sino manifestar su alegría por la bienvenida, y amenizaban la conversacion con sus rasgos generosos y rústicos el uno, con su sencillez y cariño la otra.

—Y no creas, mujer, proseguia el escudero dirigiéndose á Alfonsa, que tu marido se hallaba mano sobre mano: tambien yo dí buenos cintarazos, porque, eso sí... los moros son gente que saben defenderse y pelear como unos desesperados. Acometen como demonios salidos del infierno, dando desaforados gritos que son capaces de amedrentar al mismo miedo. ¡Pero, qué! ni por esas! cada golpe que damos nosotros deja tendido á un hijo de Mahoma! Y si vieras en qué peligro me hallé á causa de un taimado moro... No sé como sucedió que me ví acometido de dos de ellos... yo por eso no perdí mi sangre fria... me puse en guardia... ¡y zas!... á uno de ellos le dejé tendido... el otro, viéndose herido, comenzó con una algarabia, que allí quisiera yo haber visto al mismo Mahoma, que de seguro se queda en ayunas!... por último comprendí por sus ademanes suplicantes que lo que queria era que le perdonase la vida: ya sabes que Gracian nos ha dicho que no demos cuartel á esa gente porque nos exponemos á perdernos, pues no hay que creer en sus palabras. Yo que algunas veces me dejo llevar de mi buen natural, dije para mí... ¿Quién sabe si este infeliz se hará cristiano si le perdono la vida! y le alargué la mano como accediendo á su ruego. Pedíle sus armas y me las entregó muy contrito; pero apenas eché á andar, llevándolo á mi estrivo, en busca de mis compañeros que estaban en lo mas recio del combate, el muy desagradecido sacó un puñal que llevaba oculto en el pecho y me asestó una puñalada al corazon, que yo pude evitar,

haciendo dar un bote al caballo. Entonces mi furor no reconoció límites... seguí en su alcance, pues emprendió la fuga al ver que habia errado el golpe... y de una lanzada le dejé de manera que no volverá jamás á acometerme.

—Bien... Martin! prorumpia el page: pero guárdate de ser compasivo en ciertos casos, que puede costarte caro. Con esos hombres no hay que usar de misericordia.

—Y tu señor Ruiz-Perez?... qué tal se ha portado en la batalla? preguntaba Alfonsa.

—Mi amo, respondia el escudero, parece que se ha propuesto ser el escudo de Gracian: en donde quiera que se encuentra el padre de su Clara, allí le verás haciendo una horrible carnicería, siguiéndole como la sombra al cuerpo. No hay miedo que se vea aquel acometido como ayer se vió de mas de quince moros. La espada del caballero Ruiz-Perez es un rayo que hiere cuanto se le pone delante... y su caballo se levanta, se para, se encoge y vuela obedeciendo á la menor insinuacion de su amo, de suerte que no hay quien pueda acometerle en la lid.

—Bien haya el caballero Gracian Ramirez, que tan buena compaña lleva en sus correrias.

En estas conversaciones se pasaron todo el dia; pues no se consideró oportuno que la enferma se retirase á su morada, y allí continuaron madre é hijo, no teniendo esta palabras suficientes para dar gracias á aquellas buenas gentes, y el page cada vez mas contento de estar al lado de María, que ya habia cambiado algunas palabras con él y que parecia no desoir sus tiernas expresiones.

En aquellos tiempos sencillos en que la perversidad no murmuraba hasta de la accion mas inocente, no causaba extrañeza el que un jóven pasase la noche bajo el mismo techo de la mujer que amaba, bastando los derechos de la hospitalidad á sofocar cualquiera expresion ó pensamiento que de alguna manera menoscabase la honra de la jóven que lo admitia en su morada.

Por eso no causará empacho á nuestros lectores el ver

congregados aquella misma noche á nuestros amigos en casa de Martin á la hora en que Pericote, á pesar de venir algo alumbrado, no atinaba con ella, y se exponia á ser blanco de las iras de Juan Garcés.

El hercúleo Pericote, llamado así por sus amigos por llevar el nombre de Pedro, unido á una fuerza extraordinaria en sus puños, á una estatura colosal y á unos ademanes bruscos que hacian temblar por aquel á quien trataba de hacer un cariño, era un hombre como de unos treinta años, sencillo como un niño, rudo como un alcornoque, pero con un corazon que se deshacia por hacer bien á todos. ¡Ay de aquel que se atreviese en su presencia á ultrajar á un amigo suyo, porque en el mismo instante recibia su merecido! De inteligencia muy escasa, no atinaba á veces con los medios para llevar á cabo una buena accion, pero bastaba que otro, mas avisado le iluminase, para que lo egecutara al punto y sin pararse á considerar lo que le habian indicado: y esto sin que le detuviese el temor de quedar en la estacada y ser pasto de la venganza de algun malvado, porque hacia el bien y jamás se le ocurria la idea de que habia de resultarle algun perjuicio. No pocas veces habian querido valerse de sus fuerzas para cometer una accion reprobada contra un desgraciado; pero en medio de su escasez de luces, su buen corazon le señalaba instintivamente cual era el blanco de aquella obra y nada conseguian de él. Era en una palabra Pericote el brazo que obedece á la voluntad, pero brazo formidable, siempre dispuesto para levantar al caido, para humillar al soberbio y para castigar al malvado.

Dos golpes descompasados sonaron á la puerta de la casa de Martin, y á poco penetró en la estancia Pericote alegre como siempre, pero con una jovialidad que subia de punto aquella noche, porque se habia acrecentado con lo poco ó mucho que acababa de empinar.

—Bien decia yo, prorumpió al entrar, que aun habia de encontraros levantados.

—Hola, Pericote, dijo el escudero notando el estado de su amigo, parece que se ha festejado el dia bien.

—Como que me cogieron ahí unos perillanes que se empeñaron en que habia de acompañarlos á echar un trago... y...

—Algo mas de un trago seria, porque tu rostro está todo encendido.

—Qué le habiamos de hacer? Yo soy hombre que no me doy por vencido con tres ni con cuatro jarras; estás, Martin? y como que dice el refran que *el comer y el rascar quiere empezar*, á lo que yo añado y *el beber, todo es tener*.., por eso... pues... insensiblemente... un trago sigue á otro trago; y como no es cosa de dejar á medio vaciar una jarra, porque eso seria usar con ella poca política, yo soy quien regularmente la doy fin... pero, no creas... siempre estoy fuerte... y nadie podrá asegurar que ha visto ni tan siquiera una vez borracho á Pericote. Y acompañó estas palabras de una gran puñada sobre una mesilla que crugió al recibirla.

—¿Y quiénes han sido esos buenos amigos, con quienes has pasado la noche?

—Si te he de decir verdad, Martin, no eran amigos mios por cierto....

—Pues entonces, cómo!...

—Aguárdate hombre y ten cachaza; nunca me ha gustado la gente precipitada. Como las nueve de esta noche serian, cuando salí de casa con objeto de saber cómo te habia ido en la correría: hallábame ya cerca de la plaza, cuando oí una voz que así me hablaba: «eh, Pericote... no quieres hablar con los amigos?» volvíme y me encontré con tres hombres á quienes, la verdad sea dicha, yo no conocia: «qué hay?» les pregunté; «vente con nosotros á echar un trago;» yo que jamás desperdicio las buenas ocasiones cuando se me presentan, les seguí gustoso y con ellos he estado bebiendo hasta cerca de las once, hora en que empezaron á mirarse de reojo y á guiñarse de una

manera particular: por último uno de ellos me propuso entonces si queria acompañarlos esta noche á dar caza á un jóven que decian estaba demás en el mundo. Al oir tal proposicion dí un salto sobre mi asiento y comprendí entonces lo que de mí se queria... «No... respondí tratando de recoger mis ideas... mi brazo no se ha armado nunca para hacer una traicion... ni ha favorecido jamás al que acomete traidoramente y busca las sombras de la noche para obrar el crímen.» Y me salí dejándolos asombrados de mi frescura en negarme á sus sugestiones. Ya ves si tenia razon al decirte que no era con amigos con quien habia estado bebiendo, porque no tengo por tales á los que me proponen una mala accion.

—Bien dicho!.. dijo entusiasmado el pagecillo, encantado de encontrar en un hombre tan tosco tan buenos sentimientos.

—¿Y no has podido averiguar el nombre del jóven á quien preparan esa celada?

—No á fé mia... porque hacerme la proposicion y retirarme todo fué uno.

—¿Ni tienes ninguna idea de quién pueda ser?

—No, Martin; pero se me olvidaba referiros un paso muy gracioso... al entrar en la plaza topé con un embozado de mala catadura y peores palabras, que no hacia mas que echar votos.., y que yo para mí tengo que es algun borracho...

—Prosigue!.. prorumpió Martin alterado.

—Pues este señor empezó por preguntarme si habia reunido la gente, pues estaba impaciente á causa de que iba á llegar Ruiz-Perez...

—Ruiz-Perez! gritó ya sin poder contenerse el escudero y se precipitó en una habitacion próxima, que tenia una ventana desde la cual podia observarse cuanto sucedia en la plaza.

Todos se quedaron admirados de la brusca salida de Martin, pero creció su asombro al verlo entrar de nuevo,

gritando al page y Pericote... ¡Pronto... al momento á la plaza!.. mi amo Ruiz-Perez ha sido acometido por cuatro asesinos!.. corramos á salvarle!..

Y salió seguido de sus dos amigos.

Lo que entonces pasó ya lo saben nuestros lectores por el capítulo precedente.

CAPITULO V.

Aunque el lobo se vista con la piel de oveja, al cabo enseña la oreja.

Quién era Juan Garcés? se habrán preguntado ya nuestros lectores. ¿Quién es ese hombre que desde que aparece por primera vez en esta historia, se le ve odiado del pueblo, orgulloso con los pecheros, y atropellando á una pobre muger?

Van á saberlo al momento. Juan Garcés era el tipo de esos séres despreciables y repugnantes, que algunas veces para oprobio de la humanidad é ignominia de la razon hemos visto levantarse en la historia de nuestra España, aun en aquellos siglos de valor y patriotismo en que cada español era un héroe, cada corazon un refugio para la desgracia y cada brazo un guardian del honor é hidalguía española. Hombre nacido en la prosperidad y el fausto, sin corazon para sentir las aflicciones de los infelices, sin valor para hacer frente á un contratiempo y sin suficiente fuerza de ánimo para sobrellevar un desaire, se dejaba arrastrar no pocas veces de la ira, de la soberbia y la venganza. Ligero en sus pensamientos, iracundo en sus palabras, violento y atrevido en sus obras, no se paraba á considerar los medios, por reprobados que fuesen, con tal que

le llevasen al fin apetecido. La sagacidad y la sangre fria habian sido sus maestros en la escuela del crímen desde su juventud, y á los cuarenta años, edad que aparentaba tener, era consumado en el ejercicio de los medios mas criminales y vedados. Sin embargo procuraba captarse las simpatías de los nobles guerreros que estaban mas alto que él y muy particularmente de Gracian Ramirez, para lo cual su solapada sagacidad le servia admirablemente; pero como el fingimiento es cosa que no puede ocultarse por mucho tiempo, todos, unos mas tarde, otros mas temprano, llegaban á comprender el corazon de aquel hombre, y huian de Juan Garcés, como de uno de quien habia mucho que temer: contribuyendo esto mismo á exasperarle más, pues solo en el mundo, maldecia de su destino y hasta de sí mismo, viéndose aborrecido de todos los buenos y no encontrando un corazon en que pudiese depositar sus sufrimientos.

Gracian Ramirez sin embargo no le aborrecia, antes al contrario le tenia compasion, conociendo que las pasiones tenian su imperio en aquel infeliz, y que hasta que la casualidad ó la desgracia ó algun golpe imprevisto no operase una revolucion en el corazon de Garcés, habia que compadecerse de él y abrigar la esperanza de que ese dia habia de llegar al fin. Tal era la nobleza de los pensamientos de Gracian, y tan grato le era pensar bien y con rectitud de todos los que con él se habian retirado á la pequeña poblacion de Rivas á orillas del Jarama.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño Juan Garcés; la escena que habia de tener lugar en la plaza, en la que debia terminar sus dias un hombre lleno de juventud, de amor y de ilusiones, le preocupaba demasiado para dejarle sosegar y tomar algun descanso. A veces creia oir unos lastimeros gritos que demandaban auxilio, en tanto que otra voz, harto conocida de él, juraba venganza; y ante su vista se ofrecian espectros amenazadores, fantasmas de asqueroso contingente y aterradora faz, que se le iban acer-

cando, y murmuraban á su oido palabras lúgubres. Y luego aquellas sombras desaparecian, cediendo el puesto á una muger enlutada, radiante de juventud y de belleza, pero derramando abundantísimas lágrimas y pronunciando expresiones que le daban un horrible tormento.

Así pasó todo la noche, hasta que la claridad que penetró por la ventana le anunció que rayaba el alba: fatigado con los ensueños que habia tenido, se levantó y comenzó á andar á grandes pasos por su estancia, probando á separar de su imaginacion aquellas vanas imágenes.

Ya serian las siete de la mañana, hora en que debia llegar Guzman á comunicarle el resultado de la acometida. Impaciente aguardaba á su cómplice y pateaba y juraba viendo que no parecia, hasta que llamando á su escudero le ordenó que buscase á Guzman y lo tragese al momento á su casa. Al cabo de una hora apareció el servidor, indicando que no le habia hallado por ninguna parte: preguntándole Garcés si ocurria algo por el pueblo, respondió que la noche pasada habia tenido lugar una lucha junto á la casa de Gracian y que se habian encontrado por la mañana dos hombres muertos, que segun testimonio de algunos, eran hombres de mala vida, dispuestos á vender su brazo al primero que bien se lo pagase.

La rabia y desesperacion de Garcés no reconoció límites, al ver que su proyecto habia sido frustrado. Nunca pudo imaginarse que un hombre solo tuviese ánimos y resistencia sobrada para hacer frente á cuatro, y se volvia un mar de confusiones, sin poder explicarse lo ocurrido.

Mas á poco entró Guzman, andando con mucha dificultad y lanzando de vez en cuando unos quejidos, que hubieran partido el alma á otro que no fuera Juan Garcés.

El primer ímpetu de este fué agarrar á Guzman y hacerle pagar caro su poco tino en la empresa frustrada, pero se contuvo al notar el desfallecimiento que se retrataba en su rostro y en todo su cuerpo.

—Mil rayos del infierno! prorumpió, expresando en

sus palabras todo el furor reconcentrado que no podia hacer extensivo á sus acciones. Os habeis dejado acogotar por un solo hombre!..

—Señor, si me permitís?.. pronunció con acento lastimero Guzman.

—Por Barrabás que si no mirara tu languidez te hacia pagar cara tu cobardía!.. le interrumpió: ¿cómo diablos os habeis manejado que no habeis podido dar cima á la empresa? Responde, maldito de Satanás.

—Si no teneis calma, señor, no llegaremos á entendernos...

—Explícate pronto, porque no respondo de mí mismo...

—Apenas le acometimos, empezó á defenderse como un leon: con todo conseguimos herirle varias veces, aunque el mozo se batia desesperadamente: por último cayeron dos de mis hombres, y desfallecido ya y sin fuerzas dejó caer su espada quedando desarmado...

—Pues entonces, cómo logró escapar?

—Aguardad: nos arrojamos sobre él los dos que habiamos quedado, pero en el mismo momento....

—Acaba! gritó furioso Garcés, que no tenia paciencia para sufrir las pequeñas interrupciones que hacia Guzman para tomar aliento.

—Pero en el mismo momento aparecieron tres hombres y se echaron encima... uno particularmente... llamado Pericote... hombre de una fuerza extraordinaria... y nos arrojaron por el suelo, teniendo ambos que huir si queriamos salir con el pellejo, ya que hemos sacado, mi compañero la cabeza magullada, y yo un par de costillas rotas; que tal y tan grande es el dolor que tengo en mis espaldas... y lanzó un hondo quejido Guzman, sentándose sin miramiento alguno á su señor en un ancho sillon que habia á su lado.

Quedóse pensativo Garcés, viendo que la casualidad habia favorecido á su enemigo: y abriendo un cajoncito pequeño, que estaba oculto en un rincon de la estancia,

sacó un puñado de oro que entregó á Guzman, diciéndole.

—Reconozco que no ha sido culpa vuestra lo acaecido: ahí tienes para tí y tu compañero. Puedes retirarte, y ya sabes que tu vida me responde del sigilo.

Marchóse Guzman apoyándose en los muebles y en las paredes, con tal guisa que daba lástima: pero que á haberlo visto Pericote, hubiera lanzado una estrepitosa carcajada al reconocer de dia claro los efectos de su puñetazo despedido á oscuras.

Solo ya Juan Garcés, continuó paseándose en su estancia, entregado á sus malvados pensamientos de sangre y de venganza. Discurria nuevos medios mas seguros que los anteriores que le condujesen á la realizacion de su negro designio y ardia su cabeza volcánica preñada de ódios y de aborrecimientos.

De pronto detúvose: dióse una palmada en la frente, y pareció sonreir á una idea que hubo de surgir en su cabeza repentinamente, y sin pararse á meditarla, ni á considerar las consecuencias del paso que iba á dar, salió de su casa y se encaminó á la de Gracian.

Este, que nada habia oido la noche anterior, supo al amanecer lo ocurrido en la plaza: mas no le fué posible sacar luz ninguna del hecho, pues las dos únicas personas, que podian revelar, habian aparecido muertas, y el jóven Ruiz-Perez no pudo reconocer á ninguno de los que le habian acometido. En cuanto á Clara, viendo su hermana que se pasaba la hora en que solia recogerse, habia bajado y se la habia encontrado en el deplorable estado en que cayó cuando vió á su amante casi á punto de perecer á manos de los viles asesinos. Por lo que respecta al jóven, sus heridas habian sido reconocidas y todas eran leves.

No comprendia el caballero Gracian cómo un jóven tan estimado de todos, cual lo era Ruiz-Perez, tuviese enemigos que atentasen contra su vida, y se creia que una equivocacion y no una venganza era lo que habia motivado el lance de la noche pasada.

Absorto hallábase en estos pensamientos, cuando le avisaron la llegada de Garcés, el cual penetró en la estancia en que este se encontraba sin que ni en su persona ni en sus palabras se retratase cosa alguna, que diera la menor sospecha á creer que él hubiera sido el motor de la emboscada.

—Adios, Garcés, habeis descansado ya de los trabajos pasados?

—Sí á fé, Gracian; sabeis muy bien que nunca me encuentro mas satisfecho que cuando estoy dando caza á nuestros enemigos; y que la paz y la holganza en vez de darme ratos de descanso y placer, me ponen de un humor endiablado.

—Lo sé, Garcés, por eso cuento con el auxilio de vuestro brazo, siempre que se trata de hacer un escarmiento con los enemigos de Dios y nuestra patria.

Habia tanta nobleza y verdad en las palabras de Gracian, retratábanse en ella de tal modo la franqueza y el sentimiento, que Garcés tuvo mal de su grado que dejarse cautivar del buen corazon del caballero y una especie de remordimiento surgió en su alma, comparando la hidalguía de Gracian con sus raquíticos y menguados pensamientos. Tan cierto es que la virtud es reconocida y respetada, hasta por los mismos que están mas reñidos con ella!

La conversacion siguió girando sobre varios puntos, hasta que despertándose de nuevo en el alma de Garcés los sentimientos que le impulsaron á buscar á Gracian, díjole así con acento hipócrita y que hubiera engañado á otro que no le tuviera conocido á fondo:

—¡Ay, amigo Gracian, si supiérais como se desliza mi vida, sin tener una persona en quien depositar todo cuanto pasa en mi corazon!

—Pues qué, no teneis amigos en el mundo? No me teneis á mí, siempre solícito por el bien de los que me han acompañado á Rivas?

—No, no hablo de amigos; ya sé que en vos lo tengo cual en ninguno: mi corazon necesita algo mas que eso: si yo encontrase una jóven que diese á mi alma el consuelo que tanto le falta... si hubiera una criatura virtuosa, sencilla, candorosa, que derramase en la carrera de mi vida un tesoro de encanto y bienandanza; que trocase los instintos que me son propios, que me hiciera entrever un mundo que hasta ahora me ha sido desconocido, un mundo de virtud y de alegría; si quisiera conmigo compartir su suerte una mujer que fuese pura como lo es el cielo, inocente como el ángel y sencilla como la paloma... Creeis que Juan Garcés no se regeneraria á una nueva vida?...

—Así lo creo... respondió Gracian sin comprender lo que significaba este lenguaje tan delicado y tan persuasivo.

—Pues bien... continuó aquel acercándosele y procurando dar una entonacion particular á lo que iba á decir. Yo he tenido la dicha de encontrar esa criatura... y solo una palabra que pronuncieis, me dará á entender que sois mi verdadero amigo sobre la tierra...

—No os entiendo... dijo Gracian, que empezaba á comprender algo de aquella escena, pero sin querer aun creer lo que imaginaba.

—¿Nunca habeis sospechado que esa persona se encuentra muy cerca de vos? No habeis visto en mí cosa alguna que os haya dicho lo que por mí pasa, siempre que vengo á saludar á vuestra familia?

—Nó, á fé: murmuró el caballero.

—Pues si lo ignorais, sabedlo.... Clara será el ángel que purifique mi corazon si su padre tuviera á bien concederme su mano.

Un rayo que hubiese caido á los pies de Gracian no le hubiera dejado mas aturdido. Hasta el último momento habia creido que las palabras de Garcés no tenian por objeto á sus hijas, pero al nombrar á Clara cayó la venda que

cubria sus ojos, y vió entonces con perfecta claridad toda la hipocresía y ruindad de aquel hombre, que aborrecido de todos, y avezado al crímen, tenia la desfachatez de poner sus ojos en la inocente y encantadora Clara, ídolo de su padre. Era en una palabra Garcés el tigre que se queria cebar en el manso cordero.

—Garcés, ¿habeis meditado bien lo que acabais de proponerme? le interrogó con acento dulce sin querer dar oidos á la cólera, que algunas veces le dominaba, al presenciar una accion reprobada.

—Hélo pensado bien, y por eso doy este paso... le respondió Garcés, previendo ya el resultado, y empezando á sentir en su interior los amagos de una tormenta de ira reconcentrada.

—Pues nuevamente os ruego que lo mediteis... y si os creeis con ánimo suficiente para repetir la proposicion...

—Gracian!... borbotó aquel cambiando su continente hipócrita por el tono de exasperacion y furor que le era habitual. ¿No teneis á un Garcés por digno de vuestra hija?

El cambio repentino obrado en Garcés y las palabras altaneras que le dirigió, acabaron de retratarle tal cual era en el ánimo de Gracian, el cual no pudiendo sofocar por mas tiempo los ímpetus que se despertaron en él, exclamó con un acento en que estaba pintado el mas hondo desprecio...

—¡Sois indigno de poseer la mano de mi hija!...

Aquellos dos hombres igualmente nobles, lleno el uno de ideas generosas y grandes, y henchido el otro de los sentimientos mas miserables y groseros, se miraron cara á cara un momento. Los ojos de Garcés despedian rayos de furor: la faz de Gracian á la par que enojo y desprecio, compasion hácia aquel hombre que de tal manera se arrastraba por el fango de las pasiones, sin comprender su miserable estado.

Pero Garcés en médio de todo era cobarde, y si heria era en las tinieblas de la noche y por mano agena, como habia querido hacerlo con Ruiz-Perez: así es, que comprendiendo que la guerra quedaba declarada desde aquel momento entre ambos, pronunció estos acentos al retirarse lleno de la mas reconcentrada ira:

—Nos veremos, Gracian! Pedid al cielo no os exija yo algun dia cuenta de esas palabras!

—Cuando gusteis, Garcés!...

—Ay de tí el dia de mi venganza!

—¡Ay de tí el dia de mi justicia!...

Fuera ya Garcés de la estancia, empezó á darse cuenta Gracian de cuanto acababa de pasar, creyendo ser juguete de una alucinacion de los sentidos, pues nunca hubiera imaginado á aquel capaz de concebir pensamiento tan descabellado y atrevido. Pero cuando la reflexion le probó que todo habia sido realidad, no tuvo palabras con que execrar su conducta. Y sin embargo, aunque parezca extraño á nuestros lectores, aquel noble Gracian, tan caballero y aguerrido, tembló por su querida hija Clara, pues para defenderla de las garras de aquel malvado, á quien juzgaba capaz de todo, tenia solo las armas de la justicia, al paso que Garcés no perdonaria medio por criminal que fuese para vengarse del padre y conseguir de la hija su reprobado fin.

Pero en medio de su abatimiento, una idea surgió repentinamente en su cabeza, un sentimiento brotó en su corazon, y aquel hombre levantó su rostro lleno de satisfaccion y de esperanza, con la fé que presta nuestra religion y el consuelo que derrama gotas de purísimo bálsamo en las mas incurables heridas.

—Mi caballo, gritó al pagecillo que estaba en una estancia próxima; y á poco rato montó en él y se dirigió á las afueras del pueblo, en tanto que las mujeres que se asomaban á sus casas para curiosear, se decian unas á otras:

—Ahí vá el caballero Gracian á dar su acostumbrado paseo...

—Mira como toma el camino de la ermita...

—Ni un dia deja de hacer su visita de costumbre...

—¡Así vá siempre en su ayuda la VÍRGEN THEÓTOCA!....

CAPITULO VI.

Que debiera dar comienzo á esta crónica, por cuanto en él se narran hechos acaecidos años atrás.

En tanto que se dirije el caballero Gracian Ramirez á la ermita, á visitar á la Vírgen Theótoca, vamos nosotros á entretenernos en referir á nuestros lectores una historia que les pondrá en conocimiento de cosas que creemos indispensables para mayor esclarecimiento de esta crónica.

Como 18 años antes de la época en que esta tiene lugar existian en la córte del rey Witiza, antecesor del mal aventurado D. Rodrigo, último de la monarquía goda, dos galanes caballeros, ambos de sangre noble, y unidos con los lazos de la mas íntima y perfecta amistad, segun era pública voz y fama en Toledo.

Juntos habíanse criado desde niños, juntos habian empezado su aprendizaje en las armas é igual valor ostentaban en los lances sangrientos, que eran entonces tan comunes á causa de los bandos en que la córte estaba dividida desde el advenimiento de Witiza.

Todos se hacian lenguas para ensalzar la intimidad que existia en sus corazones; y todos los padres presentaban á la admiracion de sus jóvenes hijos la hidalguía, honradez y caballerosidad de Juan Garcés y de Ruiz-Perez.

Sin embargo hubo un dia en que Juan Garcés cambió su carácter alegre y espansivo en receloso y solapado.

Su intimidad con su amigo Ruiz-Perez se fué enfriando poco á poco.

Este, lleno su corazon de sencillez y de bondad, sin haber abrigado jamás el dolo, y sin explicarse el cambio operado en Garcés, llegó á preguntarle, como un amigo lo hace á otro, qué causa habia podido motivar la tristeza que de contínuo se retrataba en su rostro y en su persona.

Garcés le contestó que habia empezado á padecer unos ataques de hipocondría que en ocasiones le ponian de un humor malísimo.

Aquella contestacion satisfizo á Ruiz-Perez, que jamás creyó encontrar doblez ni engaño en sus palabras.

Y sin embargo Garcés sufria horriblemente.

Una lucha espantosa tenia lugar dentro de su alma.

El demonio de los celos se habia apoderado de su corazon.

Ruiz-Perez era correspondido de una jóven sencilla y buena como él, jóven en quien habia puesto tambien sus ojos Garcés; y al declararse este á ella supo que su amigo estaba ya en posesion de su corazon.

Por eso evitaba las ocasiones de comunicar como antes con él, porque no sabia á donde podia conducirle su ánimo fogoso, una vez colocado en el resbaladero fácil del crímen.

Y los amores de los jóvenes iban en aumento.

A nadie se ocultaba ya que muy pronto un estrecho lazo iba á unir para siempre sus corazones.

Entretanto Ruiz-Perez, ignorante de lo que pasaba por su amigo, en medio de las espansiones de la amistad que abrigaba hácia Garcés, no le ocultaba ni uno de sus pensamientos de felicidad y de ilusiones; y él fué el primero á quien comunicó la idea que tenia de unir para siempre su destino al de la jóven Dolores.

Pueden figurarse nuestros lectores lo que sufriria aquel

infeliz al oir esta declaracion.

Y con todo, aquel hombre no procuró sofocar desde el principio el gérmen de una pasion que algun dia pudiera arrastrarle hasta esgrimir el puñal del asesino.

Su alma bébil no se sentia, ó por mejor decir, no queria sentirse con fuerza suficiente para vencerse y poner un freno á sus vedados deseos.

Miente quien se atreva á asegurar que el hombre no tiene, con el auxilio del cielo, armas con que luchar contra una pasion que lo degrada, y hasta vencerla y sojuzgarla por completo.

Asegurar esto equivaldria á negar el principio racional y libre de la voluntad; es decir, aquello por lo que mas nos asemejamos á Dios, y lo que nos eleva en la escala de todos los séres criados.

La lucha es la ocupacion contínua del hombre sobre la tierra: si el hombre se deja vencer en ella es porque quiere ser uncido al carro del déspota.... y para quedar victorioso bástale un solo acto supremo de su voluntad, de la voluntad, soberana absoluta de nuestro ser, á la que nadie ni nada puede violentar, y á quien hasta el mismo Dios, autor del hombre y de todo lo criado, respeta, porque ha entrado en el plan de su providencia *dejarlo en mano de su consejo.*

Pero al decir esto, no se crea que negamos la dificultad del vencimiento. La lucha existe, y quien dice lucha, dice trabajo, dice esfuerzo, dice violencia.

¿Y el hombre no es dueño de sojuzgar á la pasion y vencerla? Esto es lo que redondamente negamos; y lo negamos apelando á la conciencia de cada uno de los que están ahora leyendo estas líneas.

Pero insensiblemente hemos olvidado el punto de nuestra historia, para dar lugar á las observaciones filosóficas que se nos ocurren al estudiar el corazon de Juan Garcés.

Como íbamos diciendo, llegó el momento suspirado por Ruiz-Perez. Toledo entero tomó parte en los desposorios y en el júbilo universal.

Aquella córte, pervertida por los vicios y gastada por las rencillas y los bandos, que todos los dias la regaban de sangre, se reunió en los salones de los nuevos esposos, y hasta el mismo rey Witiza les dispensó la honra de asistir á sus bodas, en aquella misma noche en que mas de cuatro convidados soñaban ya en su destronamiento, y murmuraban por lo bajo el nombre de Rodrigo, enmedio de las danzas y las músicas que animaban el festin.

Allí se hallaba tambien, pero pálido y sin aliento, inclinado en la ojiva de una ventana y casi oculto por el cortinage, el amigo de Ruiz-Perez, devorando en silencio y á solas la rabia de los celos mas encarnizados.

Aquella noche le hizo sufrir tormentos que hasta entonces no habia sentido en su corazon, antes sencillo y candoroso.

Sus ojos no veian mas que sangre....

La vida de su amigo le era ya insoportable....

La muerte de Ruiz-Perez habia sido jurada en un arrebato de furor.... y Juan Garcés no faltaba jamás á sus juramentos.

La fiesta terminó enmedio de la alegría y algazara de los acompañantes, los cuales se fueron retirando á sus respectivas casas.

Nadie notó en el continente y palabras de Garcés en la fiesta sino jovialidad y hasta si se quiere atolondramiento, cosa que á todos pareció muy natural, por ser el amigo predilecto del desposado.

Un mes despues, Witiza, que era muy aficionado á la caza, convocó á sus caballeros, para emprender una batida en los montes de Toledo, y excusado es decir que entre ellos se encontraban Ruiz-Perez y Juan Garcés.

Aun no rayaba el alba, y ya se hallaban reunidos á la puerta del palacio gran número de caballeros y peones, luciendo todos magníficos arreos y armas y cabalgando soberbios alazanes.

En uno de los grupos que aguardaban la salida de Wi-

tiza se destacaban los dos amigos, lleno el corazon del uno de encanto y alborozo, y abrigando el alma del otro oculta ferocidad.

¿Habia llegado el momento de poner por obra su inícua accion?

Así lo habia imaginado Juan Garcés.

Puestos en camino hácia el sitio que se habia designado para la cacería, cada cual se unió á aquellos con quienes estaba ligado por lazos bien de amistad, bien de parentesco ó de bandería.

Garcés y Ruiz Perez cabalgaban acompañados de otros tres caballeros y seguidos de sus respectivos escuderos.

La conversacion giró sobre si era ó no á propósito para la batida el lugar designado por el rey.

Quien, opinaba que era el mas propio para el caso; quien, auguraba mal del éxito que iba á obtenerse; quien por último decia que algunos parages eran muy comprometidos y peligrosos al cazador, por la mucha maleza del bosque que los envolvia con su sombría oscuridad.

Al escuchar esto Garcés, sintió una especie de bárbara alegría.

Llegados al punto escogido, todos se reunieron para oir de los labios del rey el plan de la batida.

Sabido este, cada cual fué á ocupar el puesto que le habia sido encargado.

Pronto los ojeadores comenzaron á hacer salir de sus madrigueras á las fieras, que acosadas aparecieron por el bosque, seguidas de los perros.

Era llegado el momento de la diversion.

En esos instantes en que en medio de los montes lucha frente á frente la fuerza del hombre con el instinto de esos seres, á quienes se obliga á esgrimir en defensa propia las armas con que las dotó la naturaleza, no sabemos á quien dar con mas fundamento el nombre de fiera, si al que vá á exasperarlas á su mansion, ó al animal que se defiende por aquella especie de instinto que lo guia.

Nada hay mas imponente ni aterrador que el acto de encontrarse cara á cara un hombre con una fiera, exasperada y herida.

En aquellos supremos momentos es difícil determinar de quién será la victoria.

Léanse los estados de las cacerías, y se verá que en casi todas algunos infelices han pagado caro su arrojo y temeridad.

Hasta algun rey de nuestra España ha dejado de serlo en una de esas batidas, pasando del bosque al sepulcro.

Largo rato hacía que esperaban Garcés y Ruiz-Perez con un grupo de cazadores que se les diese órden de adelantar, como se les habia dicho, al oir la trompa de caza, cuando un salto que dió el caballo de Ruiz-Perez les indicó que alguna fiera se acercaba.

Sea que el animal que montaba el jóven fuese demasiado fogoso ó que fuera la vez primera que se hallaba en lances de esta especie, es lo cierto que comenzó á dar fuertes relinchos y á encabritarse sin que fuese poderoso aquel á hacerle entrar en la línea que ocupaban.

De pronto, dando un bote, que salvó el hábil ginete, se precipitó en direccion al bosque, y allí, ya desbocado, desapareció de la vista de sus compañeros.

El ojo vigilante de Garcés no habia perdido ni uno siquiera de sus movimientos y en el instante en que partió el caballo de su amigo, espoleó fuertemente el suyo, que, como una exhalacion, se lanzó en seguimiento de Ruiz-Perez.

De nada servia cuanto trabajaba el jóven por retener al caballo; indómito y ciego se precipitaba el fogoso animal, internándose cada vez mas en el bosque, cruzando escarpadas rocas, tropezando con los arbustos y salvando horribles precipicios que erizaban de espanto al ginete.

Como un cuarto de hora llevaria ya de caminar de esta manera, cuando empezó á decaer un poco su fogosidad, y entonces le pareció á Ruiz-Perez oir las pisadas de otro caballo que debia venir tras él.

Ya casi iban á encontrarse los dos ginetes, cuando un fuerte resoplido que despidió el suyo, creyó sería señal de comenzar de nuevo la carrera aun con mayores bríos, pero no fué así.

Detiénese de improviso.... y oye entonces Ruiz-Perez frente á él un ruido particular que salia de la espesura.... fija la vista en aquel sombrío parage, y á poco se separan las ramas para dar paso á un jabalí, erizadas sus puas, vomitando espumas y tendiendo á él los ojos que despedian rayos.

Prepárase á la lucha el jóven: horrible espectáculo iba á tener lugar; pero se encontraba solo frente á frente con la fiera.

Mas las pisadas del caballo que venia en su seguimiento se oian cada vez mas cerca. No habia duda que iba á recibir un pronto auxilio.

La fiera le acomete con indecible furia; pero Ruiz-Perez, que no habia perdido la fuerza de ánimo, le espera, y el animal cae herido de un golpe de maza.

Aquella herida le exaspera mas; y apenas se levanta, se arroja de un salto sobre la cabeza y cuello del caballo; el ginete con la rapidez del pensamiento, viendo tan cercano el peligro, se arroja al suelo, y aprovechando la ocasion en que el jabalí se estaba cebando en el infeliz caballo, levanta su maza para descargarla sobre la cabeza de la fiera.

Pero su brazo cae inerte... la maza se desliza en el suelo... y cae desplomado á dos pasos del jabalí.

¡Habia recibido un furibundo golpe en la cabeza!

Al caer al suelo, tiende sus ojos en que se comenzaba á extinguir la luz, y viendo junto á sí á su amigo Garcés, exclama lleno de dolorosa angustia. ¡¡¡Garcés!!!

¿Qué pasó entonces por aquel jóven tan dulce, tan caballero, y tan noble, al sentirse herido por la mano traidora de aquel á quien llamaba amigo?

Dios lo sabe!...

Apenas habia caido el jóven, la fiera dejó libre el ca-

ballo para arrojarse sobre el infortunado Ruiz-Perez.

Una idea surgió entonces en el alma de este. Se imaginó que su amigo habia errado el golpe dirijido al jabalí y que ahora trataria de defenderle,

Pero ¡ay! pronto se convenció su alma inocente de que no habia sido producto de una equivocacion su herida.

Aquel malvado, aun de entrañas mas duras que la fiera que tenia delante de sus ojos, permaneció impasible ante el inminente peligro que corria el desventurado Ruiz-Perez.

¿Cómo habia de tomar su defensa, cuando de él habia partido el golpe que habia desconcertado al caido?

¿Ni por qué habia de perder la ocasion que en aquel sombrío paraje se le presentaba de terminar impunemente con la vida de aquel á quien odiaba con toda su alma?

Por otra parte, su hipocresía le hacia discurrir que no era él, sino la fiera quien le arrancaba la vida.

Estos pensamientos surgieron en ambos, en un solo momento; pues todo habia tenido lugar con una rapidez extrema.

Pronto la fiera comenzó á cebarse en aquella presa arrojada á su ferocidad por una mano aleve y miserable.

Pero en medio de todo no habian parado mientes en un ginete que apareció en la espesura y se precipitó en el sitio de la lucha.

Al reconocer la escena, dió un grito de angustia y de rabia; de angustia al ver la situacion del caido, de rabia al notar á Garcés pacífico en su caballo y mudo espectador de tan horrible escena.

Y se arrojó como una furia sobre el jabalí introduciendo una larga espada por la boca del animal que cayó exánime.

Juan Garcés hizo volver grupas á su caballo y desapareció por entre el ramaje del enmarañado bosque, testigo de crímen tan horrendo.

Pero ¡ay! el auxilio habia sido tardío. Ruiz-Perez habia sido destrozado por los colmillos de la fiera y no le restaban

sino cortos momentos de existencia.

El desconocido se convenció al primer golpe de vista de su estado aflictivo y procuró hablar con él.

—¡No puedo creer lo que mis ojos han presenciado: vuestro amigo os ha visto en peligro y se ha cruzado de brazos abandonándoos á la fiera!

—Yo muero! murmuró con desfallecido acento. Cuida de mi tierna esposa... y que ignoren todos lo que acaba de pasar!...

—Qué decís!...

—Yo le perdono!...

—No!... sea maldito de Dios y de los hombres!...

—Júrame que este misterio ha de permanecer oculto...

—No!... pronunció con enérgico acento.

—Dios mio!... perdonadme!... como yo le perdono!!...

Y cayó su cabeza inerte sobre el pecho del desconocido, elevándose su alma inocente y justa al seno de Dios, que recibió un héroe mas de la caridad que su divino Hijo nos enseñó en un monte. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Al siguiente dia se celebraban en Toledo las exequias del desgraciado Ruiz-Perez, muerto en la cacería que en mal hora ideara el rey Witiza.

Todos iban á pronunciar palabras de consuelo al que habia sido, en opinion de ellos su mejor amigo sobre la tierra.

Juan Garcés recibió estas pruebas de amistad, llena su alma de indecibles y crueles tormentos. ¡Era que tras el crímen habia venido el roedor remordimiento, puesto por Dios en el corazon del hombre, para recordarle que existe un castigo para la maldad, como hay una corona para la virtud!

Entretanto un hombre derramaba desconsoladoras lá-

grimas ante el sepulcro de Ruiz-Perez.

Era su fiel escudero Martin, testigo de los últimos momentos de su señor.

Y á los ocho meses, al dar á luz un niño la infortunada viuda de Ruiz-Perez, lanzaba su último aliento, yendo á reunirse al sepulcro con su esposo.

CAPITLO VII (1).

De cómo se apareció al caballero Gracian Ramirez la imágen de Ntra. Señora de Atocha.

Todos los que hayan visitado el templo de Nuestra Señora de Atocha en Madrid, enriquecido por la piedad y desprendimiento de nuestros reyes, habrán admirado la imágen de la Madre de Dios colocada en un trono al cual rodea un nicho circular.

Su altura vendrá á tener unas tres cuartas, si bien con la peana y los vestidos con que aparece adornada, aparenta llegar á vara y media. La imágen está sentada en una silla, mas con la túnica y el manto sobrepuestos desaparece esta postura. Tiene el Niño al lado izquierdo, al que ofrece con la mano derecha un libro y una manzana; siendo el color, así de la Señora como el del Niño, moreno oscuro y retratándose en sus facciones al vivo la magestad y la ternura, el atractivo y la gravedad.

¿Cuál es el orígen de esta imágen? ¿Por qué circunstan-

(1) Hemos tenido á la vista al escribir este capítulo la excelente obra que está publicando el Conde de Fabraquer, titulada HISTORIA DE LAS APARICIONES DE LAS IMÁGENES DE MARÍA.

cias ha venido pasando hasta encontrarse en el lugar en que hoy recibe culto y adoracion de tantos millares de almas?

Si consultamos á la tradicion, nos dirá que el nombre que de antiguo se le dió, THEÓTOCA, es debido á la declaracion que hizo la Iglesia, reunida en Efeso, al condenar la heregía de Nestorio, que se propuso con lengua sacrílega despojar á la Vírgen Santísima del mayor y mas glorioso de sus títulos, el de MADRE DE DIOS.

Segun aquel heresiarca, habia dos personas en Jesucristo, una divina y otra humana; y por lo tanto, la Vírgen María, siendo su Madre segun la carne, no fué Madre de Dios, sino de Cristo.

Pero el Concilio definió que en Jesucristo no hay mas que la sola y única persona del Verbo unida á la naturaleza humana, y que por lo tanto, al ser María Madre de Jesus, éralo igualmente del Verbo en cuanto estaba inseparablemente unido á la humanidad.

Desde entonces, para confusion de sus enemigos, y consuelo de los cristianos, repiten todos los dias millares de lenguas: «*Santa María, MADRE DE DIOS, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte!!....*»

Y desde entonces se acostumbró grabar en todas las imágenes de María la palabra THEÓTOCOS, compuesta de dos griegas que significan MADRE DE DIOS, ó DEÍPARA.

Y tambien en aquella época, cuenta una tradicion respetable, que el mismo S. Cirilo, Patriarca de Alejandría, el primero que contrarestó la furia de Nestorio, mandó labrar la imágen que hoy se ostenta en Atocha, y la envió á los cristianos de Madrid y sus cercanías, que se habian llenado de santo regocijo al saber la determinacion del Concilio.

Y mientras esta Vírgen venia á España, á recibir el culto y adoracion que todos los españoles han tributado

siempre á la Madre de Dios, porque España ha sido siempre el suelo privilegiado de MARIA, Nestorio el impío, el enemigo de su maternidad divina, condenado por la Iglesia y execrado de todos los católicos, lanzaba su alma impenitente en un desierto de la Livia, y aquella su lengua sacrílega que habia osado blasfemar de la mas elevada de todas las vírgenes, caia á pedazos, devorada en los últimos años de su vida por asquerosos gusanos.

¡Castigo del cielo!! pensarán, al leer esto, las almas amantes de MARIA; casualidad.... dirán los despreocupados.

Otra distinta tradicion cuenta que la imágen que hoy recibe culto en Atocha fué enviada por el mismo príncipe de los apóstoles S. Pedro, desde Antioquía á España por conducto de sus discípulos y que pasando estos por Toledo se encaminaron á Madrid, labraron una pobre aunque piadosa ermita en el parage que es llamado la Vega, y comenzaron á estender su culto por toda España, llevando juntamente con la semilla evangélica la devocion y el cariño á la Madre de Dios.

Véase por qué esta imágen es conocida desde los tiempos mas remotos con los nombres de la Vírgen de Antioquía ó Theótoca.

No está bien averiguado el lugar fijo en que se labró la primitiva ermita donde recibia culto la sagrada imágen, si bien aseguran la mayor parte de los historiadores que fué edificada en la ribera del Manzanares, en el sitio que aun es conocido por *Santiago el Verde*.

Allí se conservó tan preciosa joya, siendo la alegría de aquellos contornos, durante la dominacion romana y goda.

Pero en el año 714 la inícua traicion de D. Julian abre las puertas de España á los sarracenos, y la vergonzosa y fúnebre rota del Guadalete pone término á la monarquía goda.

Los ejércitos de Tarik y de Muza se desparraman, á la

manera de bandadas de langostas, sobre el territorio español. Nunca pudo soñar la raza de Agar con los poéticos y floridos pensiles de Andalucía, con sus dilatadas vegas regadas por abundosos rios y con las hermosas y risueñas ciudades, que mas adelante fueron su orgullo, á saber, Sevilla, Córdoba y Granada.

Toledo cae tambien bajo el yugo de los musulmanes. Madrid firma una honrosa capitulacion, mediante la cual sus habitantes podrán continuar observando su religion y sus costumbres.

Todas las poblaciones que como Madrid capitularon con los sarracenos, recibieron el nombre de *Mixti-árabes* y por corrupcion *Mozárabes*.

Aun existe en Toledo una capilla en la que se observa el mismo rito cristiano de entonces y que ha conservado su nombre de Rito Mozárabe.

Los cristianos de Madrid obtuvieron de los árabes la conservacion de las iglesias de S. Ginés y S. Martin dentro de la poblacion, y fuera la de las ermitas de Santa Cruz y Nuestra Señora de Atocha.

Empero ¿qué relacion existe entre la imágen remitida á España por S. Cirilo ó por S. Pedro, y la que hoy recibe culto en Atocha?

De dónde le ha venido el nombre de nuestra Señora de Atocha?

Responder á estas preguntas es cabalmente el objeto de este capítulo.

Existia en la época en que tiene lugar esta crónica, una sencilla y devota ermita en un sitio medio entre Madrid y Rivas, á donde acudian los cristianos de aquellas cercanías á adorar á la Madre de Dios, y á dar piadoso culto á la imágen de Antioquía ó Theótoca.

Allí iban á pedir por sus hijos las madres y por sus maridos las mugeres, siempre que tenian que salir en defensa de sus hogares á luchar con sus odiados enemigos.

Ante aquella preciada imágen se postraba lo mismo el

anciano encanecido que la inocente jóven; lo mismo el noble infanzon que el humilde pechero.

Y cosa admirable! no se contaba que aquella Vírgen hubiera desoido jamás el ruego de los que á su proteccion se entregaban.

Por eso estaba tan arraigado en los corazones de todos la devocion y el cariño mas entrañable y mas tierno á la Vírgen.

Y apenas apuntaban los primeros albores de la primavera, hermosas y frescas coronas de bellas y puras flores iban á engalanar el altar en que se ostentaba amorosa la Madre de Dios.

Y en las tiernas doncellas, apenas se abrian sus corazones vírgenes á los humanos sentimientos, el primero que brotaba era para María.

Y las madres iban á ofrecer sus hijos á los pies de aquel ara y les señalaban la Vírgen... y les hacian repetir aun con balbuciente labio el dulcísimo nombre de María.

Y el jóven que marchaba al combate se llegaba antes á implorar á María la fuerza con que llevase su brazo la destruccion y la muerte á los enemigos del nombre cristiano.

Nunca faltaba aceite para alimentar las lámparas que pendian ante el altar, ni cera con que se elaborasen las velas que ardian ante la imágen.

Las ofrendas de aquellos corazones sencillos y rudos, pero llenos de fé y cristianismo, era quien mantenia el culto de la vírgen de Antioquía.

A esta ermita se encaminaba todos los dias el noble Gracian Ramirez, que era tan caballero como cristiano, y que creia que la victoria sobre los agarenos la habia de recibir siempre mediante la visible proteccion de María.

¿Y cómo no habia de estar en esta dulce creencia, cuando habia sabido que la primera vez que el insigne D. Pelayo cayó sobre sus enemigos, habia recibido en una cueva el aliento para luchar y el ímpetu para vencer, y esa cue-

va era la de Santa María de Covadonga?

Allí, al pié de aquella imágen se abria el corazon de Gracian. Allí, como un hijo lo hace con su madre, iba á exponer sus cuidados, sus cuitas y resoluciones. Allí iba á derramar lágrimas en lo mas íntimo de su corazon, cuando algun acontecimiento triste heria su alma.

Absorto en sus pensamientos encaminábase al piadoso sitio, discurriendo sobre los acontecimientos de aquel dia, cuando, estando ya cercano á la ermita, oyó una voz que de esta manera le hablaba:

—Eh... D. Gracian... vais á la ermita?

Volvióse para mirar á quien le interrogaba y vio á pocos pasos á un pastor que iba conduciendo un pequeño hato de cabras.

—Allá voy... buen hombre... respondió Gracian.

—Segun eso, ignorais lo que pasa?

—¿Qué ocurre?... habla...

—Muy de mañana fué mi mujer con mi hija á visitar á la Vírgen... y ha venido admirada de haberse encontrado vacío el sitio en que antes se hallaba.

—Cómo!... pronunció Gracian deteniendo su caballo.

—Yo no quise creerlo, pero me he convencido de la verdad, yendo yo mismo á cerciorarme.

—¿Quién ha tenido atrevimiento para llevarse la santa imágen?

—¡Yo mismo me hago cruces, cómo han tenido valor para cometer tal sacrilegio!

—Voy, voy pues á la ermita.

Y espoleó fuertemente á su caballo, que rápido le condujo á la abandonada ermita.

Efectivamente: apenas se apeó el caballero penetró en ella y sus ojos en vano se dirigieron al ara santa porque como le habia dicho el pastor, estaba vacía y solitaria.

Viéndolo estaba Gracian y aun creia ser juguete de una alucinacion. Recorria toda la ermita, buscaba por todos sus rincones, y en ninguno encontraba vestigio ni se-

ñal alguna.

Lo que llamaba su atencion era que no faltaban del altar ninguno de sus adornos y preseas.

No habia sido pues la codicia quien habia arrancado la imágen.

Frescas estaban todavía las flores que el dia antes habian ido á depositar los devotos.

Ardiendo estaban las lámparas que la noche anterior habian sido renovadas por un sencillo pastor.

Y sin embargo ya no estaba allí como antes la Madre de todo consuelo.

Parecia que aquel sombrío lugar habia dejado de ser lo que era, desde que ya no reinaba en él, radiante de amor y de encanto la imágen de la Vírgen de Antioquía.

Una idea se le ocurrió á Gracian. Acaso los sarracenos por vengarse de la derrota pasada habian robado la santa imágen.

Pero pronto la desechaba, pensando que entonces se hubieran llevado juntamente con ella todo lo demás que servia para darla culto, sin que hubieran tampoco tenido respeto á la humilde ermita, que hubiera sido profanada de mil maneras.

No acertando á darse una explicacion satisfactoria, salió de aquel solitario recinto, llena su alma de afliccion por tan irreparable pérdida.

Preguntó á los pastores que al paso se encontraba: ninguno habia visto á los ladrones; nadie habia oido ruido alguno durante la noche pasada.

Las puertas de la ermita, es verdad, jamás se cerraban: pero estaba bien segura de ser robada por ninguno de los habitantes de aquellos contornos.

Era pues un misterio para Gracian Ramirez la desaparicion de la imágen Theótoca.

Triste y abatido vagaba por aquellos alrededores, cuando en medio del silencio que en ellos reinaba, se dejaron oir los trinos de un pintado pajarillo que venia revolotean-

do de piedra en piedra, y de rama en rama, y que comenzó á girar en torno de su cabalgadura.

Encantado Gracian de la pequeña y vistosa avecilla y de la dulce armonía de sus gorjeos, dejó caminar á la ventura á su caballo que parecia como que gozaba tambien en escucharla, y siguió la misma ruta que el ave.

De pronto detiene su vuelo el pajarillo, ante unas largas hileras de atochas ó espartos, é invita nuevamente con su arpada lengua al caballero á que penetre en aquel parage.

Alza su vuelo el alegre guia y se esconde en medio de las atochas sin interrumpir por eso su canto.

Una voz interior anunciaba á Gracian que algo misterioso encerraba la aparicion del avecilla.

Procura seguirla, y al desembocar de una nueva fila de arbustos, sus ojos admiran en medio de la atocha á la preciosa imágen que buscaba, cubierta con un rústico dosel de hojarasca, radiante de hermosura y como siendo la reina de aquella naturaleza inculta.

El corazon de Gracian sintió una dulce alegría al divisarla, salta de su caballo y póstrase ante la Vírgen, besando la atocha que su planta pisaba.

Lo que entonces pasó en aquel sitio venerando, lo que los labios del caballero profirieron y la hermosa imágen hablára, lo escucharon tan solo los pintados pajarillos que en torno de ellos giraban.

Ello es que al cabo de una hora, se levantó Gracian, y ocultando con ramas y hojas la venerable imágen, tomó el camino de Rivas, y reuniendo al momento todos sus amigos y deudos, les refirió la aparicion de la Vírgen en el atochar.

El sitio donde estaba enclavada la ermita era terreno correspondiente á Madrid y por consiguiente podia ser profanado por los moros; pero el atochar estaba en la jurisdiccion de Rivas segun las capitulaciones hechas entre Gracian y aquellos.

No quedaba pues la menor duda de que la Vírgen escogia para ser venerada un parage que fuese propiedad de los cristianos.

En su consecuencia al siguiente dia muy de mañana fueron los amigos de Gracian y cuantos se prestaron á ello de buen grado, á poner el fundamento de una nueva ermita en que recibiese culto la Madre de Dios.

El lugar de la aparicion es el mismo en que hoy se ostenta el templo de Nuestra Señora de Atocha.

CAPITULO VIII.

De cómo sabia Pericote sacar por el hilo el ovillo.

Han pasado ocho dias desde los últimos sucesos que hemos referido en los anteriores capítulos. El pueblo religioso de Rivas habia tomado con mucho empeño la obra de la edificacion de la nueva ermita y todos á porfia se esmeraban en contribuir, quién con dinero, quién con sus propias manos, á alzar á la Madre de Dios un recinto sagrado, que estuviese á cubierto de las correrías de los moros y en donde recibiese culto y adoracion la Vírgen Theótoca, que desde entonces empezó á ser conocida con el título de Nuestra Señora de Atocha.

Y no habia que decir que solo los pecheros eran los que ponian manos á la obra, desde que apenas rayaba el alba hasta el anochecer. Los mismos caballeros, imitando el ejemplo que les daba Gracian, se consideraban muy honrados en hacer algo por aquella santa y milagrosa imágen, y se les veia confundidos con sus mismos servidores tomando parte en las faenas y trabajos.

Sin embargo, dos caballeros se habian echado de menos en la fábrica de la ermita, Juan Garcés y Ruiz-Perez.

Aquel se ignoraba si moraba en Rivas, porque desde el dia de la aparicion no habia sido visto por nadie.

Aquel hombre no salia de su casa para nada, ó si salia era en las altas horas de la noche.

Hubo quien aseguró que dos dias antes habia observado que por la noche se destacaba una sombra de la casa de Garcés y se dirigia á las afueras del pueblo, en donde le aguardaba un hombre con un caballo, en el que montando, desaparecia en direccion de Madrid, volviendo mucho antes del alba y ocultándose de nuevo en su casa.

¿Sería aquella sombra Juan Garcés?

¿Qué iba á buscar á aquella hora y por aquellos parages, en medio de las tinieblas de la noche?

Parecia que esta, mala consejera de los criminales, era la predilecta de Juan Garcés para la realizacion de sus nebulosos planes.

Por lo que respecta á Ruiz-Perez, sabido habia sido en todo el pueblo el lance en que se vió comprometido al pié de la casa de Gracian, y no habia que estrañar su ausencia en la obra de la ermita.

Cuando alguna vez se encontraba el buen escudero Martin con alguno de sus amigos se trababa el siguiente diálogo:

—¿Y tu señor Ruiz-Perez, cómo va de sus heridas, amigo Martin?

—Ya se encuentra fuera de cuidado; todas eran leves gracias al cielo.

—¡Sea Dios loado!

—Él te premie tu buen deseo.

—¿Y nada has averiguado acerca de los asesinos?

—Nada.... murmuraba el escudero pintándose en su rostro la ira y procurando sofocar los ímpetus que en su alma se despertaban.

—Siempre habian de ser malandrines; la prueba está

en los dos que se encontraron muertos. No he visto hombres de peor catadura en toda mi vida.... ¡Ay si los muertos pudieran hablar! Y dicen qne fueron cuatro los que le acometieron!... Por cierto que me refirió Pericote que aquella noche pudo hacer demostracion de sus fuerzas en los otros dos perillanes.

—Así es cierto, amigo; á no ser por él, que por casualidad supo lo que se preparaba á mi amo, no sé lo que de Ruiz-Perez hubiera sido.

—Pues Martin.... no hay mas que dejarlo á Dios, que no se queda con nada de nadie, y él hará que reciba su merecido el malvado, si no en este mundo en el otro.

Y dándole un apreton de manos se separaba de Martin, el cual seguia murmurando por lo bajo:

¡Oh en cuanto á eso, no hay cuidado!.... me parece que tengo cogido algunos hilos, y hasta que descubra toda la trama, juro al cielo que no he de dar descanso á mi cuerpo!

Y proseguia andando, mas al doblar una esquina vió venir á lo lejos una especie de monstruo, mitad hombre, mitad madera, con paso acelerado, y ocupando casi toda la calle. Ya cerca, pudo distinguir lo que era aquella figura informe, y reconoció á Pericote, que, jadeante y sudando, iba cargado con una inmensa viga que difícilmente hubieran podido conducir diez hombres.

—Eh, Pericote.... le gritó Martin asombrado de su mucha fuerza y tocándole en el hombro que le quedaba libre.

—Quién me llama? murmuró aquel con una voz de trueno, como incomodado de que le dirigiesen la palabra cuando caminaba con tal guisa, y continuando impávido su ruta.

—Soy yo.... tu amigo Martin....

—¡Malos perros me coman si te habia conocido! aseguró el gigante, colocando en el suelo la enorme viga y haciéndolo temblar al depositar uno de los estremos.

—Descansa, hombre, un momento....

—Uf!... ¿creerás que este alfeñique pesa un poquillo, Martin?

—¡Es increible, Pericote, la fuerza de que te ha dotado el cielo!

—Calla, hombre.... si es lo mas gracioso del mundo. Suponte tú, que estaban discurriendo allá abajo la manera mas fácil de conducir este leño al sitio donde se está labrando la ermita.... todo se volvian explicaciones... unos, que si con diez hombres..... otros, que si no eran bastantes..... pero cá! estando en lo mas intrincado, acerquéme yo callandito.... lo tomé en peso.... lo coloqué en mi hombro... y allí los he dejado metidos en cuestion.

—Parece mentira!... prorumpió Martin, mirando el espesor del madero. Despues, observando si estaban solos, le dijo en voz baja:

—Oye, Pericote, ¿has podido oler algo de lo de la otra noche?...

—Que si he podido?... exclamó abriendo desmesuradamente sus ojos, y trabajando su imaginacion por comprender lo que le preguntaba su amigo.

—Sí, hombre.... ¿no caes?...

—Ni palabra.... prosiguió con la mayor sencillez del mundo.

—Dígote, que si has sabido algo de quiénes fueron los dos á quienes ahuyentamos la noche en que fué herido mi amo.

—Ya!... ya caigo!... Pues mira, ahora me acuerdo, ¡y qué cabeza la mia! que tenia que decirte....

—Habla...

—Ayer me encontré á Guzman....

—Quién es ese Guzman?...

—Un redomado.... un pillete como hay pocos.

—Bien.... y qué?....

—Que me figuro es uno de nuestros dos hombres.

—En qué te fundas?

—En que es el mayor tuno que se pasea por Rivas....

—Y nada mas?

—Espera, hombre, y escucha.... ¿Te acuerdas que yo fuí el primero que los acometí aquella noche?....

—Justo: porque tampoco hay quien te gane á correr y y nos dejaste atrás á los dos...

—Tambien recordarás que tiré por aquellos suelos á uno de los dos pícaros?

—Recuerdo....

—Pero eso fué lo que tú viste.... mas te se escapó que dejé caer mi brazo, con toda la fuerza de que soy capaz, sobre sus costillas....

—Ignoraba ese episodio.... y bien....

—Y bien, que ayer ví de espaldas á Guzman y jurára que sobre ellas fué donde descargué el ímpetu de mi brazo....

—En qué lo has conocido?

—En que le toqué en ellas muy suavemente y dió un salto, lanzando un quejido que el pobrete no pudo sofocar...

—Y nada mas?....

—Y en que tiene un bollo que bien puede ser un principio de joroba.

—Y en eso tan solo estriba tu sospecha?

—Déjame proseguir.... «amigo Guzman, le dije con aire socarron, parece que se ha tenido alguna querella?» «¿Querella? contestó con el rostro demudado.... «pues ¿cómo no, si tu apostura me lo indica? ¿quién te ha hecho este cariño en la espalda?» y dejé caer mi mano sobre ella, lanzando el infeliz un nuevo y prolongado quejido, que me hizo soltar una carcajada al ver lo escuálido de su figura. «He sufrido una terrible caida y he quedado de la manera que ves,» contestóme con acento lánguido.... «ah perillan, ya las pagarás todas juntas,» le dije separándome de él no sin haberle hecho una pequeña caricia por via de apéndice. Con que... qué te parece, Martin? tengo razon al creer que ese malvado ha tenido parte en la emboscada?

—Merece que se piense despacio: yo trataré de averi-

guar lo que hay en eso.

—Pues adios.... que voy á llevar el madero.

—Escucha: dónde podré verte si te necesito?

—Todo el dia me tienes en el atochar.

—Bien: adios, Pericote.

—Adios, Martin.

Y cargando nuevamente con el leño prosiguió su interrumpido camino.

El escudero tomó una direccion contraria y siguiendo por una calle ancha y espaciosa, se dirigió á una casa de modesta apariencia, aunque se notaba que no era de un pechero, y penetró en ella.

Era la de su amo el caballero Ruiz-Perez, de quien no se habia separado el bueno de Martin desde el lance apurado de la plaza.

CAPITULO IX.

En donde el autor empieza por filosofar y acaba por decir lo que verá el curioso lector.

Quién habia de decir al jóven caballero Ruiz-Perez, cuando penetraba en la plaza de Rivas, lleno de entusiasmo al lado del noble Gracian Ramirez, vencedor sobre los enemigos y coronado con el laurel de la victoria, quién habia de decirle que en aquella misma noche habian de proponerse dar fin á sus sueños de amor y de felicidad?

¡Qué pequeños somos y cuán poco abarca nuestra inteligencia limitada!

Cuando soñamos con la felicidad, todo parece que nos sonríe.

La vida se nos presenta bajo una faz halgüeña y seductora.

Y basta el acontecimiento mas ligero, basta eso que en el mundo nosotros llamamos en nuestra pequeñez casualidad, para derrocar el castillo de nuestras ilusiones mas bellas.

¿Qué es la felicidad en el camino de la vida?

¿Habrá alguno que se atreva á darnos su definicion?

Ligera gasa cuyos delicados hilos se rompen al menor contacto de los cuerpos.

Rosada nubecilla que se disipa á la aparicion del vientecillo mas suave.

Sombra que mas huye de nosotros, cuando mas cercana creemos tenerla.

Y sin embargo la gasa con el tegido, la nube con sus cambiantes y la sombra, son cosas que tocamos, que vemos, que existen; las dos primeras de una manera absoluta, la última negativamente.

Pero la felicidad es el fantasma con que quiere engañarse á sí propio nuestro pobre corazon.

Creamos en nuestra imaginacion un ser que nunca ha sido, lo adornamos con el vestido que forja la pasion, lo embellecemos con los colores mas vivos, lo elevamos sobre un pedestal que nuestra miseria levanta y lo colocamos lejos, muy lejos porque nunca alcanzamos á él; cerca, muy cerca, porque se nos antoja que será fácil su realizacion.

Hé aquí la felicidad.

¡Ay pobre corazon humano, y qué descaminado vas por el sendero de las ilusiones!

¡Cuántos desengaños tristes! ¡Cuántas esperanzas perdidas! cuánta ilusion!

No alcanzamos lo que tanto ambicionaba nuestra alma?

—¡Tristes de nosotros que creíamos conseguirlo!

¿Llegamos á realizarlo á fuerza de trabajos, de privaciones, de lágrimas, acaso hasta de crímenes?

Insensatos! apenas gustamos la dorada copa, nos hastiamos; ¿qué nos restó? una esperanza más desvanecida! un sueño menos! acaso un remordimiento mas!

Y esto qué significa? ¿Es que el hombre ha recibido del cielo un corazon que sueña con una felicidad que le está vedada?

¿Es que todo su trabajo consiste en buscar esa felicidad que jamás encuentra?

¿O es que la suma de toda felicidad no llega ni con mucho á llenar el menor de los senos de su corazon, siempre ávido de ella, nunca satisfecho, siempre insaciable?

La filosofía cristiana ha resuelto el problema de una manera admirable, al mismo tiempo que sencilla.

Toda la tierra, el mundo entero, el universo y cuanto en él se encierra, todo el conjunto de las criaturas, es demasiado poco para nuestra alma.

Somos demasiado nobles para contentarnos con tan poco.

Hemos sido criados para una cosa muy grande, y todo es en su comparacion exígua arena.

Este pensamiento fué condensado por S. Agustin en la siguiente frase: *Nos hiciste, Señor, para tí, y nuestro corazon se halla inquieto hasta que en tí descanse.*

Hé aquí por qué la felicidad es en la tierra una ilusion; hágase tangible esta y pase del estado de ilusion al de realidad; la felicidad se habrá desvanecido.

Pero, ¿quién nos mete á nosotros, pobres escritores de esta crónica, á echarla de filósofos y á hablar de felicidad y de ilusiones?

Ciñámonos á nuestra historia, que sobrado tenemos con ella para entretener á nuestros lectores, sin necesidad de hablarles de cosas que á nada atañen.

—Dipénsennos pues que nos hayamos distraido de nuestra narracion; y ya contando con que son muy benévolos para dejar de hacerlo, prosigamos.

Decíamos, al principiar este capítulo, que se hallaba muy ageno el jóven Ruiz-Perez del lance que se le preparaba al penetrar en Rivas vencedor de sus enemigos.

¿Y por qué no habia de retratarse en su rostro la satisfaccion, y la alegría no habia de bañar su alma?

Gozaba de la amistad y cariño paternal de Gracian, y del amor de su querida Clara, flor llena de perfumes, pero mas que todo, pura, delicada y abrigando en su cáliz rica ambrosía de inocencia y de virtud.

Y esa flor era cultivada por Gracian para entregarla un

dia al candoroso jóven é intrépido guerrero, al que era amado de todos en el pueblo, á Ruiz-Perez.

Con un corazon rico de hermosas virtudes, con un brazo fuerte para defender su religion y su patria, y con la esperanza de obtener un dia aquella preciada joya, ¿qué mas podia ambicionar el jóven?

Virtud, patria, amor.... todo le sonreía.

Pero llegó la noche; y en los mismos instantes en que iba á satisfacer uno de esos sentimientos, entregándose á las ilusiones de un amor casto y puro, único que pueden abrigar las almas inocentes, como eran las de Clara y Ruiz Perez, allí en la plaza acechaba un hombre de bajos y rastreros sentimientos, de pasiones innobles, y de corazon pervertido, y preparaba el lazo en que cayera el jóven, lazo de que logró escapar merced al auxilio que le prestaron sus amigos.

Conducido por estos á su morada, cuidado por los solícitos desvelos de su buen escudero Martin, fué saliendo el jóven poco á poco de aquel letargo en que creia encontrarse sumido, pues le parecia un sueño y no una realidad cuanto por él habia pasado.

¿Quién en el pueblo tenia con el jóven resentimientos que vengar? ¿Qué mano oculta y traidora maquinaba contra sus dias? ¿A quién habia podido causar la menor ofensa él, que era respetado y querido de todos tanto nobles como pecheros?

Todas estas preguntas se hacia el herido y á ninguna sabia darse respuesta satisfactoria.

Interrogaba á Martin, y Martin se encogia de hombros, y callaba como si fuera para él tambien un misterio.

¿Qué se proponia el bueno del escudero, al recatar con tanto cuidado á su señor lo que habia sospechado por no sabemos qué especie de instinto, que á veces suele llevarnos al conocimiento de lo que á primera vista parece mas impenetrable?

Esperaba la ocasion oportuna de revelarle una historia,

que le habia de dar luz para comprender con entera claridad á quién tenia que temer en Rivas, y sobre quién habia que hacer una pronta justicia.

A medida que el jóven iba recobrando sus fuerzas, crecia la astucia de Martin, se le veia vagar receloso y cabizbajo por Rivas, inquiria, preguntaba y luego se entregaba á largas meditaciones.

Hallábase en una situacion crítica, en que puestos á prueba su lealtad y cariño á su señor, y el temor de hacerle una revelacion que pudiera serle funesta, no sabia qué partido tomar, y temblaba que llegase el momento que habia esperado durante diez y ocho años.

Testigo habia sido el fiel escudero de la muerte del padre del jóven, y habia encerrado en lo mas oculto de su pecho lo que para todos habia sido un misterio.

Pero el lazo tendido por el mismo Garcés al hijo del que fué en creencia de todos su mejor amigo, le habia avisado que era llegada la hora de revelar al jóven que tenia un encarnizado enemigo en el que lo habia sido igualmente de su padre.

Pero esta revelacion formará capítulo aparte.

CAPITULO X.

De las pláticas que tuvieron el caballero Ruiz-Perez y su escudero Martin.

Ya hemos referido en el capítulo VIII el encuentro de Martin con Pericote, que en medio de su rusticidad habia tenido ojos para descubrir que Guzman era uno de los asesinos.

Esto acabó de convencer á Martin en su sospecha, pues sabia que Guzman tenia tratos con Garcés, y se dirigió á casa de su señor.

A los ocho dias ya estaba con ánimos de salir el enfermo, pues dotado de una naturaleza robusta, se habian curado sus heridas antes del tiempo en que se creyó al principio.

—Martin, mi buen amigo, exclamó al verlo entrar en la estancia, ¡tú siempre desvelándote por mí!

—Señor, no digais eso; no parece sino que he hecho alguna cosa muy grande en vista de tanto como lo repetís.

—Cómo pagar yo tanto cariño!

—¡Voto á mil moros endiablados, que me haceis derra-

mar lágrimas, á mí un hombre con tales barbas, al oir tantas ternezas!

—Eres mas bien que un servidor, un amigo, mas diré, un padre solícito.

—Qué amigo ni qué padre!...

—Sí, Martin!.... crees que no te he observado durante estos ocho dias?

—Pero vamos ó ver: ¿qué no hubiera hecho cualquiera otro? Es verdad, sí señor, os quiero mucho, porque os he visto nacer, porque os he mecido en mis brazos, porque os he enseñado á manejar las armas y á dirigir un caballo, ¡y voto á brios, que lo haceis de una manera que encanta! por eso os quiero, mas en todo esto no he hecho sino lo que me cumplia hacer, lo que tenia una obligacion y un deber santo en practicar, porque llenaba en ello la última voluntad de una madre moribunda!...

—Ah Martin.... mi madre!....

—Vuestra madre, sí señor!...

—Háblame de ella!.... dicen que era....

—Una santa!.... le interrumpió el escudero asomando las lágrimas á sus ojos.

—Por la Vírgen, continúa hablando de mi madre! pronunciaba enternecido Ruiz-Perez.

—No: no quiero!....

—Cómo!

—Señor, ¿á qué viene traer á la memoria estos hechos tristes?

—Con todo ¿ves que derramo lágrimas al oirte hablar de mis padres? pues bien: estas lágrimas me consuelan!.... me alientan!.... regeneran mi ser!.... y hasta me hacen sentir una especie de alegria triste!...

—Ay.... si los hubiérais conocido!... sois el mismo retrato de vuestro padre.... ¡Quién le hubiera dicho.... «vais «á tener un hijo, noble y generoso cual vos, sencillo y «bueno cual vos!...» cómo hubiera saltado de gozo!... y sin embargo llevais su sangre en vuestras venas... vuestro co-

razon late al impulso de las mismas emociones!... por eso teneis los mismos sentimientos hidalgos que él.... por eso no abrigais el dolo ni creeis que haya quien pueda abrigarlo.... por eso en fin caísteis en esa maldita celada, como tambien cayó él!

El escudero pronunciaba estas palabras con tal exaltacion y se dejaba arrastrar de sus arranques generosos de tal manera, que no tenia en cuenta que, al hacerlo, revelaba ya á su señor lo que hasta entonces ignoraba.

—Y estoy llorando como un chiquillo!... proseguia con la misma exaltacion. Y si al cabo hubiera vivido vuestra madre!... pero no lo quiso el cielo!.. mejor dicho, el infierno.... no sé lo que me digo!... porque, sí, aquel malvado tuvo la culpa de todo.... á él se debió la muerte de la jóven viuda.... ¡pobre Dolores!...

Ruiz-Perez le escuchaba atónito. Empezaba á sospechar por las palabras de Martin, aunque entrecortadas por los sollozos, toda una historia de crímenes espantosos, en la que tenian sus padres un papel importantísimo.

—Martin, le dijo con ronco acento, cogiéndole de la mano y queriendo como que sus palabras no fuesen oidas ni por las paredes de la estancia; responde á lo que voy á preguntarte.... ¿Debo el ser huérfano al crímen ó á la desgracia?...

Al notar el escudero el tono y ademanes de su señor, conoció que habia estado algo imprudente en sus exclamaciones; pero ya no era tiempo de ocultar nada, sino de aprovechar la ocasion que se le presentaba en tal coyuntura, de revelarle algo de su triste y desgraciada historia; así es que respondió en el mismo tono.

—Al crímen, señor, al crímen!...

—Y vive quien tal hizo?

—Vive!... murmuró Martin despues de haber meditado el plan que le convenia seguir en este solemne interrogatorio.

—Existe en Rivas ese hombre?

—No lo sé....

—Es noble ó del pueblo?

—Noble como vos por sus antepasados, pero miserable y de pecho bajo por sus acciones.

—Bien, Martin. Ahora cuéntame cómo consiguió ese hombre ser el verdugo de mis padres.

—Atended un momento.

—Ya te escucho, dijo el jóven preparándose para oir un terrible acontecimiento.

—Os habrán contado que vuestro padre fué víctima de su arrojo en una cazería...

—Así es....

—Pues no hay tal.... no fué la fiera quien le arrancó la vida.

—Esa es la creencia de todos los que existen de aquella época.

—Y yo tambien lo creí..., pero atended. Hubo un hombre que presenció mudo espectador la lucha desesperada que sostuvo en el bosque con el jabalí: ya esto era suficiente para sospechar que ese malvado queria la muerte de vuestro padre: sin embargo yo, yo solo tengo la prueba de que no fué la fiera, sino ese vil quien le arrancó la vida. Cuando trasladaron su cadáver á Toledo, allí á solas con mi querido señor encontré la huella del crímen!

—La huella del crímen! exclamó lleno de asombro el jóven.

—Sí; porque Dios en su justicia quiso que no permaneciese oculta la escena triste que en el bosque tuvo lugar entre aquellos dos hombres.

—Pero esa huella!...

—Aquella noche dos personas velábamos el cadáver del desventurado, una jóven desolada, casi sumida en la desesperacion.... era vuestra madre, y yo: á duras penas conseguí que Alfonsa se la llevase á casa... y allá á la media noche, me hallaba postrado junto al lecho mortuorio, cuando me pareció que se abrian sus ojos!... lancé un grito de ale-

gria!... creí que no habia muerto mi querido señor, y me arrojé en sus brazos!...

En tanto que hablaba Martin, escuchaba Ruiz-Perez reteniendo casi la respiracion por temor de perder una sola de sus palabras.

—Pero ay! todo fué alucinacion de mis sentidos!... lo que tenia en mis brazos, lo que tocaba, lo que veia.... era un yerto cadáver!... Aun queriendo dar pábulo á mi esperanza.... tomé en mis manos su cabeza!... yo habia oido decir, no sé á quién, que el último sitio en que deja de sentirse la pulsacion, es en las sienes.... pues bien; llevé una de mis manos á ellas!.... y nada!.... nada se sentia.... sino la mas espantosa frialdad!... no habia ya vida!... solo reinaba en él el sueño de la muerte!... la nada!...

—¡Nada!... murmuraba el jóven.... ¡pero esa huella!...

—¡Cuando solté su cabeza.... miré mis manos!... y las tenia ensangrentadas!.... ¿De dónde provenia aquella sangre?... yo ignoraba que hubiese recibido herida alguna en la cabeza.... todas habian sido en el pecho.... qué misterio es este? me dije en aquellos momentos .. una sospecha asomó á mi pecho!... volví á levantar su cabeza!.... reconocí su parte posterior!... y allí.... allí... encontré la prueba de un horrendo crímen!...

—Martin.... Martin.... acaba por Dios!

—Escuchad lo que vieron mis ojos!... tenia una herida oculta por los cabellos!... y esa herida.... ¡oh rabia! era dilatada.... era regular, no producida por los colmillos del jabalí!... sino por un arma cualquiera!... esgrimida por la mano de un hombre!...

—Cielos!...

—No habia la menor duda!... aquel hombre habia sido el asesino de vuestro padre!... Ved cómo me explicaba yo el hecho. Cuando estaba empeñado en la lucha con la fiera, hubo de recibir por la espalda el golpe que le desconcertó, y entonces, debilitado y sin fuerzas, caeria del caballo para ir á morir en manos del jabalí!...

—Maldicion sobre ese hombre!...

—Esperad.... aun no he terminado....

—Prosigue.... mi buen Martin....

—No fué este su único crímen...

—Era ese hombre una furia del averno?

—Más todavía....

—Continúa....

—La escena del bosque no era mas que el primer paso para llegar á un fin reprobado....

—Qué pretendia pues?

—Despues de haber arrancado la vida á un hombre lleno de juventud, de amor y de ilusiones... despues de haber hecho desaparecer al esposo.... dejando en la desesperacion y en la mayor angustia á una jóven dulce, cariñosa y rica en virtudes, tuvo la avilantez de presentarse á la pobre viuda, solicitando su mano para cuando pasasen los primeros arranques de su dolor.

—Y ese hombre no tenia un alma?... no abrigaba remordimientos?... No sentia ese gusano roedor que le mortificara?... que le hiciese patente su felonía, su crímen?....

—Cuando á fuerza de maldades se endurece el corazon, ya no hacen mella en él los remordimientos!

—Tienes razon.... Martin!

—Como todos estaban ignorantes de la relacion que existia entre la muerte de Ruiz-Perez y aquel malvado que se vendia por su amigo, nadie extrañó las visitas que de contínuo la hacia; ella misma le recibia al principio con amabilidad.... pero apenas le descubrió su deseo, la jóven rompió en amargo llanto.... y conoció lo que se encerraba en el pecho de aquel hombre....

—Ah, mi buena madre!...

—Yo, que estaba viendo á dónde iban á parar sus criminales pensamientos, manifesté un dia á la viuda que era imposible esa union porque él habia sido el matador de su esposo!....

—Cielos!... le declaraste!...

—Todo, como ahora lo hago con vos....

—Y yo ignoraba cuánto te debo!.... lo que por mi madre hiciste!...

—Yo pensé para mí.... aunque ahora esa buena señora no piensa corresponder á sus deseos... ¿quién sabe si mas adelante, vencida por sus ardides y sugestiones, caerá en el lazo inícuo?... no!... no quiero!... no puedo guardar silencio!... hablaré!... primero á ella!... y despues.... á todo Toledo.... y si en ello espongo mi vida.... no importa!.... moriré por mi buen amo!... y se lo referí todo.... Ah!... si viérais cómo me he arrepentido luego de este paso!...

—Arrepentido!... no entiendo!...

—Ay!.... una de las veces que mas la asediaba, llegó á hablarle en un tono áspero y desabrido.... hasta la amenazó.... y ella entonces, no pudiendo resistir á un sentimiento de ultrajada memoria, prorumpió en estas expresiones que le dejaron admirado.... «Apartad.... nunca daré mi mano al asesino de mi esposo!...»

—Os veo mi buena madre! comprendo vuestro corazon!.. érais en todo digna de mi padre!... exclamaba el jóven en el colmo de su dolor, y derramando gruesas lágrimas de sus hinchados ojos....

—Estas palabras fueron la declaracion de guerra entre los dos... pero de una guerra sorda, rastrera, miserable, por parte de él, y noble y descubierta por parte de ella.

—Y tú, Martin, ¿cómo no revelaste el crímen para que el rey Witiza hiciese justicia en el traidor y solapado enemigo?...

—Ay, señor! en vano hubiera sido cuanto este pobre y humilde pechero atestiguara contra un noble como lo era él.. . en una córte pervertida, en que á cada paso se cometian asesinatos que quedaban impunes, y reinando en ella el malvado Witiza, hombre de empedernidas entrañas, y enteramente sometido al matador!

—Tienes razon!...

—No creais.... hubo momentos en que, á pesar de todo,

quise arrancarle la hipócrita máscara con que se encubria.... pero la reflexion me enseñaba que cuanto hiciera habia de ser en vano....

—Epoca de confusion y de desórden! bien pagaste, desventurado Witiza, tus desmanes y tiranía y los crímenes de los que te proclamaron rey!

—Así es la verdad! ocho años despues le sacaban inhumanamente los ojos los mismos que lo habian levantado en el trono!...

—Sangre y crímen por todas partes!... Desdichada España!.... pobre monarquía goda! bien merecido tenemos la humillacion del Guadalete!

—¡El cielo castigó en Rodrigo sus culpas y las de sus antecesores!...

—Por último, dime lo que fué de mi pobre madre!...

—Al cabo de algun tiempo me comunicó la nueva de que iba á tener un hijo, y no podeis imaginaros lo que gocé en aquellos momentos; todos mis dolores iban á ser recompensados.... al saberlo el asesino, comprendió que se desconcertaba su plan.... sin embargo determinó esperar... aquel hombre era constante en sus pensamientos una vez concebidos. Llegó el momento en que debíais nacer.... y como todo habia de ser dolor para la desgraciada jóven..... no tuvo siquiera la dicha de abrazar á su hijo.... porque murió al daros á luz!...

—Madre querida! sollozaba Ruiz-Perez al escuchar el relato de su buen escudero. ¡Y yo vine al mundo cuando ya de mí no necesitábais!...

—Junto al sepulcro de vuestro padre, labróse otro para la que habia sido su esposa durante un mes en la tierra. Allí se habrán encontrado en el cielo sus almas, porque eran inocentes y puras, porque sus corazones no latian sino á los sentimientos de la mas acendrada virtud.... ¡Ay cuántas veces, cuando os veia pequeñito, me acordaba de mis buenos amos!... y elevaba mi acento al cielo para pedirle á Dios que protegiese al hijo, ya que tan infelices habian si-

do sus padres en la tierra!...

—Martin.... pronunció con enérgico acento el jóven despues de serenarse y dando treguas á su angustia: ¡vas á decirme el nombre del asesino de mis padres!...

Al escuchar el escudero sus palabras, se revistió de una firmeza admirable y eludió la respuesta, prosiguiendo:

—Señor, aun me resta deciros.... existe un estrecho enlace entre la historia que acabo de relataros y el lance de la otra noche.

—¡Qué dices! esplícate.

—El mismo que arrancó la vida al padre hace diez y ocho años, ha pretendido ahora quitarla al hijo.

—Dios de justicia! Luego está en Rivas ese hombre?

—No me atreveré á decir tanto....

—¡Por la salvacion de tu alma, respóndeme, Martin! El nombre de ese malvado!

—No puedo decíroslo.

—Que no puedes decirlo!...

—Imposible!...

—Qué misterio se envuelve en tus palabras?

—Señor, la muerte de vuestros padres.... ese cúmulo de desgracias me han enseñado á ser precavido....

—Temes que acaso?...

—Temo que acontezca al hijo lo que al padre.

—Yo te juro que no han de quedar impunes sus crímenes.

—Eso cabalmente es lo que yo mas deseo....

—Justicia!... nada mas que justicia!...

—Sí: mas para alcanzarla es menester aguardar á que el cielo nos ofrezca una ocasion propicia....

—Su nombre es lo que quiero saber.... su nombre!...

—Lo sabreis: pero antes necesito poner en juego cierto resorte que os dejará á cubierto de sus ardides y arteros lazos

—Qué resorte es ese!...

—Tengo en mi poder la vida de ese hombre....

—No comprendo!...

—Cogido le tengo.... basta una sola palabra mia y humilde vendrá á postrarse ante mis pies.... él tan orgulloso.... tan sin entrañas.... tan soberbio! ¡y yo ignoraba que atentaba tambien contra vuestra vida!...

—Sácame por Dios, Martin, de este mar intrincado de confusiones en que me has puesto.

—Veis ese rayo de luz que penetra por la ventana?

—Bien.... y qué?...

—Pues aun mas claro que esa luz estoy viendo lo que pasará por el alma de ese vil, cuando pronuncie yo una palabra en su oido.

—Acabarás de explicarme ese misterio?...

—No: básteos por ahora saber que no teneis que temer nada de él....

—Y cuándo me lo revelarás?...

—Pronto... muy pronto....

—Haz, Martin, porque sea cuanto antes.... oh!.... el cielo ha querido que los hombres no hayan penado sus crímenes, para que yo castigue al asesino de mis padres!.. yo, yo seré quien ejecute la justicia celeste!...

Así exclamaba el jóven, que, cegado por el dolor, no comprendia, que al discurrir de esta manera, se dejaba arrastrar, no de un sentimiento de justicia, sino de venganza.

Y se separaron amo y escudero embebidos los dos en las mismas ideas y pensamientos, aunque perplejo aquel por las palabras misteriosas de su fiel y cariñoso Martin.

CAPITULO XI.

De la manera piadosa que tenian Juan Garcés y Guzman de encomendarse á Dios y á los santos en las noches de tormenta.

—¡Voto al diablo, que estoy ya cansado de esperar á mi señor!.... Y hace un frio que corta!... ¿qué demonios irá á buscar en Madrid á tales horas? Cuando digo yo que esta vida mia no es para llegar á viejo!... Vengan muchos lances como los de la otra noche, y dan fin á mi pellejo!.... Malhaya la hora en que empecé á servir á un señor de tales humos!... es verdad que paga bien mis servicios, pero los sustos y sendos golpes que me hace sufrir me van poniendo en deseos de retirarme á mejor vida!...

Así hablaba para sí, en las afueras de Rivas, á deshoras de la noche un hombre medio rebujado en una capa y oculto tras unas piedras teniendo un caballo del diestro.

Oscura era la noche, y además fria, pues era una de las mas crudas del invierno. Ni una estrella aparecia en el firmamento, y para hacerla mas desagradable todavía, comenzaba á caer una espesa llovizna, que unida al viento que iba arreciando, azotaba el rostro del desconocido, po-

niéndole de un humor mas negro que los nubarrones que cubrian el cielo, que no tenia nada de poético por cierto.

Paso á paso y silenciosamente creyó dibujarse una sombra que hácia aquel sitio se dirigia, y se puso en guardia por lo que pudiera suceder.

—Felizmente hubo de ser el personage á quien aguardaba, por el siguiente diálogo que se trabó entre los dos.

—No ha pasado nadie?

—Ni una mosca....

—Qué tiempo ha que aguardas?

—Hora y media....

—Ten el estribo.

—Señor, mala noche se prepara....

—Crees que tendremos tormenta?

—Jurara que sí.

—No importa....

—Volvereis pronto?....

—No lo sé....

—Aguardo pues?....

—Sí.

—Ved que el terreno está pantanoso.

—Lo tengo conocido á palmos.

—Con todo, yo no me aventuraria á dar esa caminata en una noche como la que se nos viene encima.

—Bah!... qué mas puede ser?

—Empaparos en agua, amen de alguna mala caida á causa de la oscuridad del camino.

—El sendero está como boca de lobo....

—Ya veis....

—Lo que veo es que esta noche parece que no te hallas con ganas de pasarla en este lugar.... pero por lo mismo, truhan, no has de salirte con la tuya....

—Señor, no es mi ánimo....

—Basta!....

—Bien!

—Dentro de tres horas á lo mas, estoy de vuelta.

—Cuando gusteis.

Y sin decir una palabra mas, espoleó el ginete á su caballo y tomó un oscuro sendero, que llevaba á Madrid.

Dejemos al primero que arropándose lo mejor que le fué posible, se ocultó, tendido entre las piedras, murmurando contra su señor, y sigamos á este en virtud de la facultad que tenemos mis lectores y yo de acompañarle sin que nos caiga una gota de agua y sin temor á la oscuridad ni á la tormenta.

Esta, que se hallaba algo lejana al comenzar su ruta el caballero, continuó aproximándose mas y mas, de suerte que brillaban con su rojo resplandor multitud de relámpagos, y resonaban prolongados truenos que ensordecian al ginete á la vez que atemorizaban al brioso alazan.

Si hemos de decir verdad, casi se arrepintió de no haber dado oidos á las observaciones de su servidor, pero el camino que ya llevaba andado y la esperanza de que se encontraba cerca de Madrid, le animaron á continuar avanzando.

Cuando estaba ya casi á sus puertas, la tormenta se desencadenó de una manera espantosa.

Felizmente para él habia llegado al término de su viaje.

Una pequeña guardia de moros velaba guardando la entrada.

—Por Alá, exclamó uno, que me parece oir el galope de un caballo.

—Quién ha de venir en esta noche con la tormenta que tenemos encima? repuso otro.

—Pues yo te aseguro que lo estoy escuchando.

—Y tienes razon, prorumpió un tercero.

—Quién podrá ser?...

—Abrid.... gritó el caballero desde fuera.

—Por Mahoma, que es un cristiano!...

—Qué quieres? interrogó el que parecia llevar la voz entre aquella gente.

—Voto al infierno! que abras al punto.

Pronto abrióse un estrecho postigo para dar paso al aparecido, que apenas asomó por la entrada, fué reconocido por el gefe, el cual se dirigió á él, llevándoselo aparte.

—Quiero ver á tu amo.

—Mala noche has escogido, cristiano!

—No creí al salir de Rivas que estuviese tan cerca la tormenta.

—Bueno fuera que aguardases á que se serene algo el tiempo: la lluvia y el viento se han desatado ha poco.

—Vengo calado: y lo que quiero es acabar de ver á Islem.

—Si lo quieres, así será.

—Al momento un guía; que el diablo que vea una palabra por esas malditas calles de Madrid, y temo perderme en su laberinto.

—Mahomed; gritó dirigiéndose al grupo de soldados.

—Qué hay? respondió aproximándose uno de ellos.

—Vas á acompañar á este cristiano al palacio de Islem.

—Estoy á sus órdenes; exclamó el soldado, maldiciendo en su interior al cristiano importuno que en tal situacion le hacia atravesar todo Madrid, poniéndose como una sopa.

—Pronto estamos de vuelta, dijo el caballero haciendo andar á su caballo al paso.

—Alá vaya con vosotros.

Pronto se perdieron los ecos de las pisadas de la cabalgadura, penetrando por el oscuro Madrid, presa entonces de los sarracenos por la capitulacion que con estos firmaron sus habitantes á poco de la rota del Guadalete,

Llegados al palacio del gobernador, saltó de su caballo el desconocido, y dando las riendas á su guía, penetró haciéndose anunciar antes por uno de los que en el zaguan estaban.

Pocos momentos despues era presentado el caballero á Islem.

Este, que parecia rayar en los cincuenta años, era alto, de frio aspecto, y figuraba ser hombre cauteloso y precavido, como tiene por necesidad que serlo todo el que tiraniza

á un pueblo y cree temerlo todo de los que ante él se humillan.

Mas no por esto se crea que Madrid estuviese tiranizado: nada menos que eso.

La capitulacion hecha con los sarracenos les habia dado derechos y libertades que de ningun modo hubieran conseguido, oponiendo resistencia á los orgullosos vencedores, que en otros combates anteriores habian hecho pagar caro su patriotismo á los cristianos. Así lo comprendieron los que en Madrid se albergaban y escogieron en tal aprieto lo que les pareció mas conveniente á su propio bienestar, tanto mas cuanto que no ignoraban que otros pueblos les habian dado anteriormente el ejemplo, capitulando con los enemigos.

Libres quedaron para continuar profesando el cristianismo; hasta pudieron conservar templos para la celebracion de los sacrosantos misterios: y los tributos que pagaban eran los mismos que los que estaban obligados á dar los moros.

Pero de esto á ser un pueblo libre, con nacionalidad propia, habia mucha diferencia.

Gemian los pobres cristianos, sumidos en el dolor, al recordar otros tiempos mas felices, maldecian á la muger que habia sido la causa de la destruccion de la monarquía goda, y algunas veces, al llegar á sus oidos los rumores que propalaba la fama acerca del valor y patriotismo del caballero Gracian Ramirez, murmuraban por lo bajo su nombre, como si al evocarlo sintiesen renacer sus bríos, y el cielo pusiera en sus corazones y en sus brazos alientos para concebir una tan gran empresa, como éralo á no dudarlo la reconquista de Madrid, y fuerzas suficientes para llevarla á feliz cima.

Hé aquí una cosa que á muchos parecerá extraña: aquellos que no habian querido luchar para conservar su libertad, ahora se sentian con ánimos para revindicarla.

Los mismos que no habian querido defender sus hoga-

res de un enemigo agresor, ahora suspiraban por el momento en que se alzase una voz que pronunciase á la faz de Madrid la dulce palabra de Reconquista.

Cómo esplicarnos este misterio?

¿Era acaso porque se encontrase descuidado Islem, y no sospechara siquiera que se soñaba ya en la reconquista?

No: ya hemos dicho que su carácter tenia mucho de receloso y precavido.

¿Era porque Madrid estuviese desguarnecido y bastase el ímpetu de unos pocos cristianos para llevarla á cabo?

Mucho menos: tenia á su devocion ocho mil hombres el astuto Islem, y al menor golpe de mano miles de vidas hubieran sido sacrificadas á su venganza.

Y sin embargo, volvemos á preguntar ¿cómo esplicarnos este misterio?

Sin duda el cielo despertaba á los madrileños del letargo en que habian caido y les inspiraba la idea de que reportarian la victoria, acaso porque nada tenian que esperar humanamente de su fuerza material.

Hé aquí la contestacion que ahora se nos ha ocurrido y que por lo mismo hemos querido dejar consignada al trazar estas líneas.

Pero continuemos nuestra crónica, que mas adelante tendremos ocasion de averiguar si vamos errados al discurrir de esta manera.

—¡Cristiano, tú á estas horas y en tal noche en Madrid! prorumpió en el colmo de la admiracion Islem, al penetrar en la estancia el recien llegado.

—El cristiano no teme la ira de los elementos: respondió este.

—Por Alá, que veo hasta donde llega tu constancia cuando te propones un objeto.

—Tú lo has dicho, Islem: ese es mi carácter.

—Sin duda!

—Nadie ni nada hay en el mundo que pueda contra-

restar la fuerza de mi voluntad cuando me propongo un fin.

—Y bien....

—Aquí me tienes.

—A proponerme lo que la noche pasada?

—Así es.

—Sabes, cristiano, que la empresa es atrevida?

—Sin duda. Pero qué empresa hay grande que no lo sea?

—No hablo de los obstáculos que ofrezca.

—Pues de qué?

—La capitulacion, que con tu amo Gracian Ramirez tenemos firmada, me impide acoger tu pensamiento.

—Vano escrúpulo, Islem.

—Jamás se dirá que Islem ha faltado á su palabra una vez empeñada.

—Gracian te ha dado antes el ejemplo.

—Qué decís!...

—Lo que acabas de oir.

—Habla, porque tus palabras, cristiano, tienen un no sé qué de persuasivo que cautivan mi alma á pesar mio.

El caballero, que sin necesidad de esta confesion del moro, sabía muy bien que le dominaba, continuó:

—¿A cuántas leguas se estiende el terreno que le cediste?

—A tres si mi memoria no me es infiel.

—Pues indaga en qué parage ha batido hace nueve dias ese cristiano presuntuoso y atrevido á un buen número de hermanos tuyos.

—Tengo una idea aunque vaga de eso que dices: en verdad llegaron aquí rumores de esa correría; pero como sabes tambien que otro de los puntos estipulados consiste en permitirle tomar las armas, contra las hordas que recorren estas cercanías....

—¿Y esa capitulacion llega hasta permitir que se forme á las puertas mismas de Madrid un cuerpo de tropas cada vez

mas pujante, y que une á la soberbia del vencedor, la idea de venir acaso en un dia no muy lejano sobre el mismo Madrid?

—Por Mahoma! gritó el infiel al escuchar estas pérfidas expresiones, que á ser cierto eso que dices, no va á quedar con vida ni uno de esos orgullosos cristianos.

—Ignoras, descuidado Islem, cuál es el blanco de los pensamientos de Gracian?

—Prosigue, prosigue, porque si hablas verdad!...

—Juzga por tí mismo, y si desconfias de mí, servidores tienes.... coloca espías.... observa detenidamente á ese hombre.... y despues, ejecuta.

—Oh, sí! mi venganza será tan cumplida como inmensa ha sido la locura de ese vil al imaginar tan descabellado proyecto.

—No tan descabellado como crees.

—Necio, mil de mis hombres son suficientes á acabar con todos esos traidores!

—Cuidado, sarraceno! no confies demasiado en tus fuerzas, porque pudiera costarte caro.

—¿Por quiénes nos tomais á los moros, vosotros los que os habeis entregado como débiles corderos, los que no habeis tenido ánimos para defender vuestros hogares, vuestra religion, vuestra patria?... No viste cómo cayeron vuestros mas esforzados guerreros á la orilla del Guadalete?.... cómo se hundieron en ese rio todas vuestras glorias? Tiende tus ojos por los rincones de la que un dia fué vuestra España y en toda ella verás á tus hermanos, vencidos, humillados, proscritos; esos que en su orgullo así levantaban reyes como despues los destronaban y les sacaban los ojos y los asesinaban, hélos encerrados á manera de fieras en las rocas de las Asturias, despues de haber nombrado un rey de burlas, rey que nunca lo será sino en el nombre, á vuestro insigne Pelayo!...

Estas sarcásticas y altaneras palabras pronunciadas por el moro en el tono mas orgulloso y colérico, cayendo una

á una en el alma del cristiano, despertaron en él ese sentimiento que existe hasta en los mas desalmados, de orgullo patrio, é hirviendo la sangre en sus venas, sintió agolpársele toda ella al corazon.

Pero aquel hombre en medio de todo debia tener un gran dominio sobre sí mismo, porque supo acallar los ímpetus que brotaron en su alma y sofocar aquella tormenta de rabia que habia empezado á amagar, apenas comprendió la situacion en que se hallaba y que habia venido á conferenciar con el moro y no á responder con otras expresiones igualmente duras al que de tal manera le ultrajaba.

—Islem, repuso con mesurado acento: razon llevas en cuanto acabas de decir; mas eso no quita que en este negocio obres con cautela y prudencia.

—Vengamos á cuentas: prosiguió el sarraceno, que, por no haber hallado respuesta á sus groseras expresiones, continuó en tono mas tranquilo.

—Eso es lo que deseo.

—Responde á lo que voy á interrogarte.

—Empieza pues.

—¿De cuántos hombres puede disponer Gracian?

—De unos cien caballeros.

—Y peones?

—Unos seiscientos á lo mas.

—Cuáles son sus pensamientos para lo futuro?

—No lo sé con seguridad, porque á nadie se los comunica.

—Sin embargo....

—A eso voy.... sin embargo, he podido vislumbrar algo de lo que pasa en su interior.

—Y qué?

—Sueña en Madrid....

—Necio es por demás....

—Y en su reconquista.

—Sabes si cuenta con los habitantes?

—A lo que imagino, sí.

—Maldicion!

—Escucha.

—Tenemos traidores en nuestro seno!

—Déjame hablar.

—Prosigue.

—Su esperanza estriba en que si un dia os acometiera se unirian á él todos los cristianos que moran en su recinto.

—Cristíano, basta: no necesito saber mas.

—Luego admites mi proposicion?

—Sí.... no ha de quedar vivo uno de esos perros.

—Aun no has oido bajo qué condiciones.

—Pide....

—Tan solo dos quiero imponerte, Islem: la primera que no se ha de dar cuartel á Gracian ni á otro caballero cuyo nombre te revelaré.

—La otra....

—La entrega de una de las hijas de Gracian, la mas pequeña, Clara.

—Bien está. ¿Solo eso pides en premio á la revelacion que acabas de hacerme?

—Basta con lo propuesto.

—Ahora me toca á mí imponerte una que no es condicion sino consocuencia.

—Consecuencia! exclamó el caballero sin comprender lo que se proponia Islem al decir esto.

—Sí.... óyeme, cristiano.... pronunció tomándolo de la mano y con un tono horrible· tú sabes hasta dónde alcanza la rabia y la venganza de nuestra raza!...

—No entiendo!...

—Ahora lo entenderás.... No ignoras que hemos clavado la media luna por todos los ámbitos de España!...

—Y bien?

—Que nuestros hermanos se encuentran por todas partes?....

—Y á qué viene?...

—Viene á que si pretendes tenderme un lazo, si eres uno de esos hombres perdidos, enviado por tus hermanos, acaso por el mismo Gracian, para envolverme en una emboscada, porque todo hay que temerlo de vosotros.... ¡¡ay de tí, cristiano!!... porque mi venganza será terrible!! porque no podrás escapar á ella!... porque mi sombra te seguirá á donde quiera que vayas hasta derramar la última gota de tu sangre!!

—¿Por quién me tomas, Islem? gritó con exasperado acento el caballero, al sentirse herido por la sospecha de un hombre, que no le cedia en vileza y miserables pensamientos.

—Valgan mis palabras por lo que valgan.... Si no eres un traidor, no hay nada de lo dicho.

Y se separaron aquellos dos hombres, que, á lo que han visto nuestros lectores, no tenian nada que echarse en cara el uno al otro, porque eran los dos á cual mas miserables y degradados.

—¡Qué me importa á mí la España, y la monarquía goda y Gracian Ramirez! ¡Mi venganza!.... logre yo mi venganza tan solo!... y húndase todo lo demás en los infiernos!... y perezca el orbe entero, si así es necesario para realizarla.

Decia para sí el que en este capítulo hemos llamado caballero y cristiano, al abandonar la estancia de Islem, en tanto que este murmuraba tambien al quedarse solo:

—Vé, cristiano!... camina á realizar tu designio!... agita la tea de la discordia entre tu raza y la mia! sé traidor á tus hermanos!... que yo te haré pagar cara tu villanía! Nunca ha faltado entre los descendientes de Ismael un dogal para la garganta de un traidor.

El desconocido montó de nuevo en su caballo, y al salir de Madrid se decian así por lo bajo los moros que estaban apostados á su entrada.

—Conoces á ese cristiano, Hassan?

—No le conozco.

—Qué asunto traerá entre manos con Islem?

—Parece que es un espía que en Rivas tiene pagado el gobernador.

—Ya!

—Pues mira: no creí que tenia cara de espía! afirmó un tercero.

—Pues qué te pareció?

—Qué? un noble algo descontento de su amo Gracian.

—Eso mismo creo yo: aseguró otro.

—Eh! basta de charla.... ¡ay del que se atreva á poner su lengua en la honra del caballero Juan Garcés!... gritó el gefe de aquellos hombres, que habia escuchado las anteriores palabras,

El desconocido, que como han visto nuestros lectores era Juan Garcés, se encaminó hácia Rivas, y merced á que ya habia pasado la tormenta y serenádose el tiempo, pudo en muy corto espacio llegar al parage en donde le aguardaba su servidor, que tambien se habrán figurado ya nuestros lectores quien sería.

Pero momentos antes de llegar, percibió unos como quejidos, que el viento llevaba hácia él, y que se iban oyendo cada vez mas claros á medida que se aproximaba, en términos que pusieron en cuidado á Juan Garcés, aun sin sospechar lo que aquello significaba.

Llega por fin al sitio, y se encuentra tendido en el suelo á su servidor derramando sangre por los oidos, orejas y boca, desfallecido, sin poderse mover y lanzando ayes apagados y lastimeros.

—Guzman! qué veo! Quién te ha puesto en ese triste estado? Qué ha ocurrido durante mi ausencia? exclamó Garcés lanzando rayos de ira.

—El infierno entero.... que se ha propuesto dar fin de mis dias!...

—Cómo el infierno!... esplícate por tu vida.

—Si señor.... y todos los diablos salidos de él en esta maldita noche!...

—Acabarás de hablar claro?

—Y Pericote al frente de ellos!

—Pericote! otra vez ese hombre!...

—Sí señor.... y todo por culpa vuestra.... porque está visto que yo he de pagar pecados agenos.

—No te entiendo!

—Ahí teneis.... tomad ese pergamino.... traido de los mismísimos infiernos.... para vos!...

—Un pergamino!... y para mí!... exclamó admirado el caballero al recibirlo; pero como la oscuridad no le permitia leerlo, guardándolo en su escarcela prosiguió.

—Vamos á Rivas y allí me lo contarás todo.

—Es que no puedo menearme!...

—Haz la prueba.

—Imposible! murmuró el infeliz despues de haber hecho un esfuerzo supremo.

—Pues bien: aguarda unos momentos, que mi escudero vendrá por tí para conducirte.

—Si es que me encuentra con vida cuando llegue....

El caballero ató su caballo á un árbol y penetró en Rivas.

Y como este capítulo se nos ha hecho demasiado largo, dejaremos para mas adelante la narracion de lo ocurrido durante la ausencia de Garcés.

CAPITULO XII.

Que trata del feliz resultado que tuvo para Ruiz-Perez y Clara la conducta de Garcés.

—Margarita, os lo repito: hay que tomar una medida extrema.

—Si así lo creeis, sea, Gracian.

—Todo hay que temerlo de ese malvado: hace nueve dias que no descanso ni duermo pensando en nuestra hija: de todo es capaz el corazon pervertido de Juan Garcés.

—¿Y habeis consultado antes á Clara?

—¿Y hay necesidad de interrogarla para saber lo que piensa? ¿no la habeis visto en estos dias abatida y llorosa, sintiendo tanto como su amado el desgraciado lance de la plaza?

—¿Y no serian sueños de niña, los arranques de ese amor hácia Ruiz-Perez? Ay, Gracian, mucho estimo á ese jóven tan dulce y caballero, pero si esa union en vez de dar la felicidad á mi hija la hiciera desgraciada, nunca sabria perdonarme la precipitacion con que me obligais á proceder en este asunto.

—Precipitacion? no lo creais asi, señora; hace ya mu-

cho tiempo que debiérais haber comprendido el estado del corazon de vuestra hija: me consta que ama á Ruiz-Perez con un amor tierno, puro y entrañable. Y por lo que toca á este, le conozco desde niño, es un alma de ángel, y quiere á Clara con toda la fuerza de su primer amor; amor siempre creciente, siempre desinteresado y digno en todo de nuestra hija.

—Y bien.... aunque así sea, y me lisongeo que discurrís recta y juiciosamente, ¿cómo pensais abordar la cuestion con Ruiz-Perez?

—Cómo? de la manera mas sencilla del mundo; diciéndole, amais á mi hija y ella os corresponde; si ese amor os hace dignos al uno del otro, ya es hora de que el cielo lo bendiga, uniéndoos en estrecho lazo.

—No creo que sea la manera mas digna esa que imaginais.

—Qué diablos!.... conozco al muchacho desde niño.... tengo confianza con él para hablarle así, sin que lo tome á mal el rapaz.... ¿y cómo lo ha de llevar á mal? al contrario... se volverá loco: no lo comprendeis así?

—Con todo, me parece conveniente hablar antes con nuestra hija.

—Bien: vos os encargais de Clara, que yo tomo por mi cuenta á Ruiz-Perez.

—Hoy mismo pienso hablarle.

—Y que el cielo haga que todo salga á medida de nuestros deseos.

—Adios, Gracian.

—El os acompañe, Margarita.

Hé aquí la conversacion que medió entre ambos esposos á los pocos dias de la aparicion de la santa imágen de Atocha.

El caballero Gracian Ramirez habia imaginado que el único medio, que por el pronto se le ofrecia de oponerse á los deseos de Garcés, consistia en unir en estrecho lazo á los dos jóvenes, como para darle á entender con tal con-

ducta, que no tenia nada que esperar de Gracian, tratándose del porvenir de su querida Clara.

Su buena esposa Margarita apenas se separó de él, procuró encontrarse sola con Clara y la habló del modo siguiente:

—Oye, hija mia; vas á abrirme tu corazon: á una madre no hay que ocultarle ni los mas íntimos pensamientos, por lo mismo que el amor de una madre, y créeme, porque te hablo con toda mi alma, es el mas desinteresado que existe en la tierra.

—Madre....

—Lo harás así, hija mia?

—¿Acaso os he ocultado alguna vez lo que pasa por mi corazon?

—No; y por lo mismo, abrígo la confianza de que vas á responderme con verdad á las preguntas que voy á hacerte.

—Hablad, pues; ya os escucho!

—Atiende. Hay en Rivas un hombre noble y aguerrido: creo que no te es desconocido.

—Quién?..

—Aguarda. Se ha presentado á tu padre.... diciéndole que te ama..... que solicita tu mano..... y Gracian, como es natural, quiere antes de dar su palabra, conocer el estado de tu corazon.

Aturdida quedó la jóven al oir las palabras de su madre, pues no se imaginaba que se hablaba de su amante Ruiz-Perez.

—Qué dices pues á esto? Es libre tu corazon?

—Ah! madre mia! habeis olvidado ya al compañero, al amigo de mi niñez? no sabeis que le amo, que sus palabras caen sobre mi corazon como dulce rocío?... que su corazon vive y palpita á los mismos sentimientos que el mio? que sus penas y sus dolores laceran mi alma? que no pienso sino lo mismo que él, que no hablo sino de él, que no sueño sino con él? preguntadle á mi buena hermana Lucía lo que

he sufrido estos últimos dias, las lágrimas que he derramado y cuánto ha tenido que hacer la pobrecilla para consolarme. Y me preguntais si mi corazon es libre!...

Así prorumpió la hermosa jóven, entonces mas bella que nunca en un arranque impetuoso, pues se dejaba arrastrar de su irreflexion en medio de su inocencia, y ocultó su rostro en el pecho de su madre, derramando gruesas lágrimas.

La buena Margarita no pudo tampoco sofocar el sentimiento de ternura que brotó en su alma, al ver la sencillez y el cariño de Clara.

—Bien, hija de mi alma. No temas que tus padres sean tiranos que pretendan forzar tu voluntad á una union, que sin duda te haria desgraciada.

—Ah! qué buenos sois! repuso la jóven en el colmo de su alegría, dando un abrazo á aquella.

—Pero vamos á ver, Clara: crees que serías feliz uniéndote con Ruiz-Perez?

—Que si sería feliz?... ah! cuanto en la tierra puede serlo la criatura, porque nuestra felicidad sería por lo menos un destello de la que el Señor y su Madre Vírgen reservan en el cielo á los que los aman: porque si viérais cuánto amo á la Vírgen!... creo que ella misma me anima muchas veces á amarle; sí, no hay duda.... y su imágen se me presenta en sueños y me dice al oido: «ámale, ámale, que yo seré tu escudo y proteccion en la tierra.... con él serás feliz en tu vida y luego con él y conmigo en los cielos.»

—¡Qué bellos sueños tienes, hija mia!

—Oh! sí, muy bellos!... me quiere tanto la Vírgen!...

—Ojalá que siempre te muestres digna de su amor!....

—¿Y á que no imaginais á quién se parece cuando se me representa en sueños?

—A quién?...

—A la imágen Theótoca, madre mia; como ella agraciada, como ella morenita, con su niño en el brazo.... y

tan hermosa.... y tan dulce.... y tan cariñosa.... ¡Vamos, me da un regocijo cuando se me aparece!... anoche cuando quedé dormida, escuchad esto, comencé á tener una pesadilla.... me parecia estar viendo allá á lo lejos una sombra que se iba acercando hácia mí... y venia.... y tenia un aspecto que me aterraba!... traia en su mano un pergamino.... y la sombra aquella me llamó.... yo me fuí llegando á ella.... así.... muy despacito.... tenia tanto miedo! y me alargó su mano descarnada... y me lo entregó... aquel pergamino me causaba un frio que se fué introduciendo por todos mis miembros.... entonces leí lo que decian unos caractéres de fuego que en él estaban escritos... y mis ojos vieron estas terribles palabras.... *tu muerte*.... yo no sé lo que por mí pasó.... pero me creia espirar.... ya me parecia que el sepulcro me encerraba con sus espesas tinieblas, cuando entonces.... oid esto, madre mia; se abrió la tumba á una voz que resonó en el cielo y en la tierra.... brilló un resplandor celestial, y llena de gloria y de magestad y circuida de ángeles vi á la Vírgen Santísima.... ¡Qué bella y seductora estaba! y me tomó de la mano.... y me volvió á la vida.... y torné á gozar del ambiente perfumado y puro que dejaron á su paso las huellas de la Señora.... y volví á gozar de vuestro cariño.... y del de mi padre... y Lucía..... y Ruiz-Perez.... ¿Qué os parece, madre mia, este sueño?...

Absorta Margarita durante la pintura expresiva de aquel sueño de Clara, no respondió á la pregunta que esta la dirigió. ¿Era aquella una vana imágen representada en la acalorada imaginacion de la jóven, ó acaso algun aviso del cielo, presagio de algun acontecimiento triste que la amenazaba y del que habia de salir á salvo por la proteccion de aquella Vírgen de quien tan devota era? Hé aquí la idea que surgió en el alma de Margarita.

Así es, que sin responderla, dándole un beso en la frente se retiró de la estancia de su hija, rogándola que pidiese á la Vírgen luz para comprender lo que mas convenia á su

futura felicidad.

Gracian Ramirez por su parte cumplia tambien al mismo tiempo con lo que se habia impuesto respecto al jóven Ruiz-Perez. Este, que aquella misma mañana habia salido cabalmente por vez primera á la calle, se encontró al penetrar en casa de su amada con el noble padre de esta, y aprovechó Gracian la buena ocasion que se le presentaba en tal coyuntura.

—Adios, Ruiz-Perez, le dijo al verlo entrar. Gracias al cielo os vemos ya restablecido.

—Así es, Gracian; y yo os la doy al mismo tiempo por el cuidado que por mí os habeis tomado.

—Yo!

—Sí tal: no ha pasado dia en que no hayais ido á ver al herido; y he sabido además cuanto habeis trabajado para averiguar algo acerca de los asesinos.

—¡Ay, amigo, desgraciadamente nada se ha descubierto!

—Ved aquí; y yo encerrado en mi casa he sabido quién ha sido el malvado que armó el brazo de esos viles.

—Qué habeis sabido!...

—No se me ha querido revelar su nombre, pero muy pronto lo sabré; y entonces ¡ay del que asesinó al padre!... ay del que quiso asesinar al hijo!... pronunció con acento triste al mismo tiempo que irritado.

—No comprendo esas palabras, Ruiz-Perez! dijo Gracian al ver unidos por la exclamacion del jóven dos hechos tan lejanos.

—Sí, amigo mio, el hijo va á castigar los crímenes de un hombre para quien no existe en la tierra ley divina ni humana.

—Y ese hombre....

—Ya os he dicho que ignoro quien sea: sé que es noble, que fué amigo de mi padre, mejor dicho, que se vendió por tal para arrancarle la vida, y....

—Pero se encuentra en Rivas?

—Tambien lo ignoro.

—Quién os ha revelado?...

—Mi buen escudero Martin.

—Martin!...

—Sí: él fué testigo del crímen en el bosque.

—Qué decís! Oh Dios de justicia! qué sospecha me asalta! pero no: no puede ser: aseguró, como queriendo desechar una idea que se le ocurrió.

—Cómo! tambien vos sabeis.... hablad, hablad por el cielo! Callais? Oh! ¿por qué se me oculta el nombre de ese vil? Por qué dar treguas á mi venganza? ¡Todos callan! ¿Qué misterio hay envuelto en esta conducta?

—No, Ruiz-Perez, no sé una palabra de eso que decís: á fé de caballero os lo aseguro: continuó Gracian luchando interiormente con sus pensamientos.

—Pero qué! ignorais el nombre del que se llamó amigo de mi padre?

—Lo sé, pero....

—Decídmelo por Dios!...

—Jóven, estais en un error.... vuestro padre murió en una cacería.

—Sí.... ¿pero sabeis por qué fué destrozado por la fiera? porque ese hombre inícuo le dió un golpe en la cabeza, que le hubo de desconcertar, por lo que cayó en poder del jabalí....

—Quién os ha dicho eso? gritó aquel volviendo á dar oidos á sus sospechas.

—Martin.... que aquella noche notó en la cabeza del cadáver una herida ancha y dilatada, debida no á la fiera, sino á un arma cualquiera manejada por la mano de un hombre.

—Luego es verdad!... ah! maldicion sobre ese hombre! prorumpió en el colmo de su furor, ya convencido por las palabras del jóven.

—¿Y aun no quereis revelarme su nombre?...

—Oh! cuánta iniquidad! cuánto crímen! Dios mio! Dios

mio! y yo que creia que ese hombre aun podia sacudir el yugo de sus pasiones!... Por todas partes sangre! crímen por todas partes!... Oh! qué cúmulo de maldades! murmuraba el noble caballero sin dar oidos á las palabras de Ruiz-Perez.

—Es decir, que yo solo he de ignorar quién es el que me ha acometido traidoramente en las sombras de la noche, por no haber tenido valor suficiente para medir su acero con el mio! Que no ha de ser dado al hijo vengar el asesinato de su padre!

—Escuchadme, Ruiz-Perez, prosiguió Gracian; yo os juro que ese hombre recibirá el castigo que merece; pero como buen amigo os suplico que no os empeñeis en querer levantar la punta del misterioso velo que encubre ese acontecimiento desgraciado.

—No os entiendo!

—Ni os conviene por ahora entenderlo. Hablemos de otra cosa.

—Sea: aseguró el jóven que escuchaba siempre á Gracian como un hijo á su padre.

—Aun no habeis visto á Clara?

—No.

—Pesarosa y triste ha pasado estos últimos dias.

—Oh! me ama demasiado para no haber sufrido al tener noticia de mi estado!

—Y vos tambien la pagais ese cariño?

—Ah, señor! ha sido mi primer amor!

—No se me ocultaba.

—Y bien....

—Qué...

—Podré contar con la aprobacion de sus padres?

—Aun es muy niña.... y vos tambien lo sois...

—Y qué importa, si nuestro amor es verdadero?

—Jóven, podeis engañaros en vuestros afectos y tomar por ese dulce sentimiento lo que bien pudiera ser una dulce veleidad.

—Oh! podeis creer?...

—Lo que creo es que puede mucho la ilusion en las almas que apenas tienen conocimiento de lo que es el mundo.... y acaso la vuestra y la de Clara pudieran hallarse en ese estado.

—No, Gracian.... no es de hoy nuestro amor.... comenzó casi en nuestra niñez.... y hase acrecentado mas y mas en nuestra juventud.... bien lo sabeis.... os acordais del dia de la coronacion de Rodrigo.... yo era entonces un niño.... Clara tambien lo era.... y bastó que se encontrasen nuestras miradas bajo las bóvedas del templo, para que se comprendiesen nuestras almas. El cielo quiso que la España cayera bajo el yugo musulman, y os retirásteis de Toledo á Madrid, donde creisteis encontrar mas seguro asilo para vuestra familia, y os acompañé, así como otros muchos caballeros, que eran amigos ó deudos vuestros. Y cuando la capitulacion de Madrid os permitió estableceros en Rivas, ¿quién fué el primero que quiso compartir con vos los trabajos de la guerra, para rechazar á nuestros enemigos? Era que mi amor á Clara me atraia á ella, y me decia que en tanto que mi brazo pudiera manejar una lanza, habia de velar por la libertad y la existencia de esa niña inocente, y tambien por la de su familia. ¡Ved si la amo ahora!

Hé aquí cómo Gracian Ramirez habia sabido rodear el asunto de modo, que el jóven hiciera lo mismo que entraba en sus miras, y partiese de él la peticion de la mano de su hija.

¿Para qué hemos de entretenernos en describir lo que gozaron los corazones de los dos jóvenes al saber que tanto Gracian como Margarita eran gustosos en su union?

Todo cuanto digéramos habia de ser pálido ante la dulce alegría que los llenó, cuando supieron que habia llegado la hora en que á las claras podian decir á todo el mundo cuanto se amaban.

Baste decir que pronto corrió por Rivas la noticia de

que iba á verificarse la union de Clara y Ruiz-Perez, y como ambos eran muy queridos en todo el pueblo, todos se alegraron porque sabian sus amores, y habian tenido conocimiento del lance de la plaza, en que algun envidioso rival habia pretendido dar muerte al jóven.

Asi pues, en el mismo dia en que se bendigera la nueva ermita, terminada que fuese la obra, tendrian tambien lugar los desposorios de los jóvenes.

CAPITULO XIII.

En donde se vé que el principio en que estriba la Homeopatía, similia similibus curantur, *era ya conocido y practicado en Rivas por el doctor Pericote.*

Creemos que los lectores de esta crónica estarán deseosos de saber lo que pasó á Guzman la noche de la tormenta, mientras su amo Juan Garcés tomaba el camino que conducia á Madrid, y conferenciaba amistosa y lealmente con Islem.

Cuando Guzman apareció con el caballo y se ocultó tras de las piedras, aguardando la llegada de su señor, no habia echado de ver, á causa de las espesas tinieblas en que se hallaba envuelto aquel parage, que no muy lejos de él aguantaban casi la respiracion dos sombras tendidas en el suelo, y observaban sus menores movimientos.

Aquellas dos sombras, ó por lo menos una de ellas, debian tener muy desarrollado el órgano de la vista, pues las palabras que por lo bajo se dirigian probaban que no se les escapaba nada de lo que hacia Guzman.

—Oyes las pisadas de un caballo? decia una, antes que aquel hubiera aparecido.

—Creo que sí.

—Él debe ser.

—Habla mas quedo..... que todo lo perdemos si nos atisba.

—Pierde cuidado.

—Ahí le tienes.... él es.... ¿no le reconoces?

—¡En Dios y en mi ánima, Pericote, que tienes la propiedad de los gatos!...

—No te entiendo; Martin?

—Que, como ellos, ves á oscuras....

—Ya!.... mira como trae un caballo del diestro....

—Será cosa que te equivoques?...

—Bah!... estoy seguro.... eh.... ya se oculta tras las piedras....

—Segun eso, poco ha de tardar ya Garcés.

—Con todo, se me figura que nos va á hacer esperar mucho ese tuno.

—Eso crees?

—Sí.

—Pues entonces, ¿no sería bien arreglar nuestro asunto antes que llegase?

—Ganas me dan de ello: ¿pero y si viene mientras estamos engolfados en la faena?

—Tienes razon, aguardemos.

—Aguardemos.

Nuestros amigos Martin y Pericote, pues tales eran las sombras, esperaron mas de una hora á que apareciese Garcés, entre tanto que refunfuñaba Guzman por el frio y la lluvia que empezaban á incomodarle.

Otro tanto sucedia á Pericote, que juraba por lo bajo hacerle pagar caro á Guzman el mal rato que le estaba haciendo pasar.

Solamente Martin, como mas prudente, callaba y se reia interiormente al ver los ademanes bruscos de su acompañante, y su mal humor expresado con monosílabos harto inteligibles para él y asaz temibles para Guzman.

Por fin apareció Garcés.

Despues de haberse trabado entre los dos el diálogo que ya leyeron nuestros lectores en el capítulo XI, se arrebujó Guzman de la manera que pudo en su capa, y nuevamente se tendió en el suelo medio oculto por las piedras.

Pericote y Martin, que todo lo habian escuchado, y que sabian por las palabras de Garcés que tardaria en volver dos horas por lo menos, pusieron manos á la obra, y callandito, y paso á paso se fueron aproximando al malaventurado Guzman, que ignorante de lo que se tramaba contra él á poco trecho, hacia lo posible por entregarse á Morfeo.

Pero se quedo atónito el pobrete, al sentir que se posaba sobre su cuello una gran mano, que á manera de tenaza le sujetaba, casi ahogándole, y al ver junto á sí dos sombras espantables y amenazadoras, que en un punto se imaginó serian trasgos ó ánimas del otro mundo.

—Gran pícaro: ahora vas á purgar todas tus picardías; le gritó al oido el dueño de la mano, en tanto que el infeliz agarrotado, ni sabia lo que pasaba por él creyéndose juguete de un sueño.

—Le tienes ya bien sujeto? preguntó Martin.

—Sí.... que pruebe á levantarse.. .

—Guzman....

—Quiénes sois?...

—Los demonios del infierno, que venimos por tí: exclamaba Pericote.

—Oh Dios!

—No tienes miedo, perillan?

—Qué quereis de mí?

—Pues no lo has oido, animal?

—No.

—Mandarte á los profundos con gente tan buena como tú.

—Ved que me estais ahogando, voto al diablo.

—Eh! chito!... cuidado con lo que se habla.... no se ju-

ra por los amigos....

—Déjalo suelto, Pericote, decia Martin.

—Oyes?... voy á soltarte.... pero al menor ademan de huir, del puñetazo que te descargo, te rompo la cabeza.... has entendido?...

—Sí.... respondió el paciente, que comprendia que estaba perdido, pues habia adivinado por la voz y mas que todo por los ademanes, que se hallaba bajo el influjo maléfico del brazo de Pericote.

—Guzman, le dijo Martin, vas á responder á lo que te voy á preguntar, y cuenta con lo que se dice, porque de lo contrario, mi compañero te rebatirá con razones á que no podrás resistir.

—Justamente.... aseguró el aludido con tono de importancia.

Guzman aun no habia podido darse cuenta de lo que pasaba por él: tan brusca habia sido la aparicion. Pero al reconocer al atleta, tembló por sus espaldas, y no sabemos qué especie de desazon sintió correr por ellas, como si estuviesen dotadas de memoria, al verse delante del autor del bollo que aun conservaban.

—¿Quién armó tu brazo la noche que acometiste á Ruiz-Perez? le interrogó Martin.

—No sé nada de eso que me preguntais, habló lleno de timidez Guzman,

—Sí lo sabes, malvado, le gritó airado aquel.

—Os juro....

—No jures.... es en balde....

—Bah!... ¿qué apostamos á que me obligas á hacer una de las mias? prorumpió Pericote.

—Responde sin rodeos ni ocultaciones....

—Nada sé....

—Puedes dar comienzo, compañero; ya sabes.

—Sí, entiendo.... pues una vez que te empeñas, aunque no sea mas que por política voy á probarte lo contrario; y descargó un furibundo golpe sobre el infeliz Guzman.

Tres diversos ecos resonaron en el espacio; el fúnebre gemido del caido, una gran carcajada de Pericote y el estampido de un trueno que los ensordeció un momento.

—Acabarás de responder?...

—Pero ¡cuitado de mí! qué me quereis?.... por qué me atormentais?.... yo no os he hecho mal alguno!...

—Te atreverás á negar que fuiste uno de los asesinos?..

—Quién sino yo te hizo ese bollo en la espalda?

—¡Pésia á tal, que si te aferras en negar, esta noche va á ser la última de tu vida!...

—Una idea me ha ocurrido.... aseguró Pericote, como sintiéndose inspirado.

—Cuál!...

—Curarle el bollo que le hice la otra noche.

—De qué manera?... preguntó admirado Martin.

—De esta.... y dejó caer el puño sobre sus espaldas, acompañando á la medicina otra sonora risotada.

—Por Dios!.... por todos los santos del cielo!... rogaba con acento compungido Guzman, al verse de tal manera medicinado por aquel flamante doctor.

—Hola! qué cristiano te has vuelto!... hé aquí los primeros síntomas de la curacion.

—Preguntadme lo que gusteis.... yo responderé lo que sepa.

—Bueno.... al fin acabaremos por entendernos....

—Vamos! remedio santo hubo de ser el mio!...

—¿Es cierto que sirves á Juan Garcés? continuó Martin interrogándole.

—Desgraciadamente sí.

—Si se irá este convirtiendo? se preguntaba Pericote al escuchar tal respuesta.

—¿Fué él quien armó la emboscada contra Ruiz-Perez?

—Creo que sí....

—Dejémonos de creencias.... claro, clarito se responde: observó Pericote.

—Bien.... ¿y qué ha podido mover á tu amo á cometer

ese asesinato?...

—Lo ignoro.... yo sirvo á quien me paga, sin inquirir la intencion que lleve en ello.

—Pero no comprendes, grandísimo bruto, que alguna vez has de pagar los crímenes que cometes, instigado por él? dijo el gigante sin poderse contener.

—No vale esa escusa.... bien sabes el fin de tu amo en ese crímen.... habla, ó....

—Pues.... te propino otra segunda toma....

—Está enamorado de Clara, la hija de Gracian, y aborrece á Ruiz-Perez como á un rival afortunado: observó Guzman.

—Cómo! es cierto lo que acaban de pronunciar tus lábios?

—Ya! ya! vamos, voy comprendiendo!.... exclamaba asombrado Pericote.

—¿Y qué se propone ahora, al ver que le salió frustrado su asesinato?

—No lo sé....

—Hombre! qué me cuentas! con que lo ignoras, eh! pues mira, maldito si te creo, y para probártelo, allá va la segunda pócima.... y levantó de nuevo su formidable puño.

—Espera, repuso Martin deteniéndole.

—Por la Vírgen Theótoca! suplicaba Guzman al ver la nueva tormenta que le amenazaba.

—Escucha, Guzman: no se me oculta que tú eres el cómplice de todos los crímenes que ese hombre ejecuta en las sombras de la noche. Vas pues á decirnos lo que sepas sin ocultar nada.

—Pero mísero de mí! acaso me revela todos sus pensamientos? no: yo os lo juro: ignoro lo que me preguntais.

—Con que no hay medio de que hables, eh?

—Vamos, amigo, puedes proseguir con tu nuevo método curativo.

—Mucho lo siento, hijo mio, pero como la medicina es

infalible, tu curacion es antes que nada; segunda toma; y descargó un nuevo golpe sobre su espalda; mas el infeliz hurtó el cuerpo cuanto le fué posible, pero con tan mala estrella, que el puño vino á caer en medio de su rostro, dejándole casi aplastadas las narices y haciéndole derramar sangre en abundancia.

—Basta! basta! vaya mi señor á los infiernos! ya no quiero ocultaros nada! hablaré!... os diré todo cuanto sé! aunque luego me dé la muerte en un arrebato de furor, cuando sepa que lo vendo!

—Cuando digo yo que soy el mejor médico para esto de curar bollos y otros excesos!...

—Habla pues.

—Noche funesta! Oh! mis presentimientos no eran vanos!

—Dejémonos de lamentaciones....

—Mi amo maquina un medio nuevo de acabar con Ruiz-Perez....

—Y cuál es ese medio?...

—Sí, sí, cuál es?...

—Pretende robar á Clara.... llevarla á Madrid... y allí atraer de cualquier manera al jóven, hacerle desaparecer de la vista de todos lo mismo que á Clara.... y darle muerte en la oscuridad, de modo que nadie sospeche lo que al jóven acontezca.

—Oh! qué infamia!

—Picardía mas grande no he visto en mi vida!

—Y para cuándo piensa realizar esa iniquidad?

—Espera que se presente una ocasion propicia...

—Bien está.... dime ahora.... qué ha ido á buscar en Madrid esta noche?...

—Por mi vida que no lo sé....

—Volvemos á las andadas?... observó Pericote.

—Es la última pregunta que te hago...

—Pero no ves, gran bellaco, que si de nuevo recaes, te propino la tercera toma?

—No por Dios! gemia Guzman, que realmente no sabia qué responder, pues ignoraba lo que Garcés iba á hacer en Madrid á tales horas.

—Pues acaba con mil santos.

—Va á Madrid á buscar cuatro hombres fornidos que verifiquen el rapto de la jóven; murmuró inventando de su cosecha por responder algo.

—Hola! parece que en Rivas ya no hay quien quiera servir á tu amo?

—Así es.... desde la otra noche no hay quien se atreva á prestarse á sus deseos, pues dicen que el animal de Pericote vela por ellos,...

—Mira, déjate de piropos! habráse visto bruto como este!.... por mi ánima que estaba tentado de hacerte un cariño de parte de ese tal Pericote, que es un guapo muchacho.... muy amigo mio!

—Oye, Guzman, pronto volverá tu amo: aquí te entrego este pergamino, que á tu vez le entregarás cuando torne de Madrid.

—Un pergamino!... no entiendo!...

—Ni te importa! pedazo de alcornoque! haz lo que se te manda y calla; le interrumpió Pericote.

—Ya lo sabes.... y si te pregunta quién te lo ha dado, responderás que los mismos demonios....

—Salidos del infierno!... continuó Pericote.

—Bien está....

—Y cuidado con lo que se dice.... porque....

—Porque te busco y te acabo de curar por este nuevo método!

—Eso es.... adios, Guzman....

—Que haya mejoría.... animal.

Y se retiraron ambos, dejando á Guzman de la manera aflictiva en que le halló su amo á su vuelta de Madrid.

CAPITULO XIV.

Que es corto hasta en el epígrafe.

Habrán echado de ver nuestros lectores que el autor se ha como olvidado por completo de otros dos personages de nuestra crónica, cual si hubieran desaparecido de la escena por escotillon para no volver á levantarse de nuevo. Nos referimos al pagecillo Jimeno y á la jóven María, hija del escudero y Alfonsa.

Sin embargo, no se crea que somos tan flacos de memoria ni tan desatentos, que ó nos hayamos olvidado de tales séres, ó no hayamos querido volver á decir nada de ellos.

El desenvolvimiento que hemos dado á la narracion, hános forzado á seguir tal línea de conducta, porque nos ha parecido conveniente atender antes á lo principal y luego á lo accesorio.

Diremos tan solo que el sentimiento que se despertó en las almas de los dos jóvenes eran los primeros albores de un amor puro é infantil, inocente como lo eran sus pensamientos, dulce y risueño, como risueñas y dulces eran las

primeras ilusiones de sus corazones vírgenes.

María era la inocencia misma; no comprendia que hubiese en el mundo sino almas candorosas como la suya: la maldad y el crímen, ni sabia siquiera que existiesen, ni que hubiera quien abrigase sino pensamientos rectos y puros.

Jimeno era un niño; inocente sí como María, pero sin creer por eso que el mundo fuese la mansion de los ángeles, sabia que en él mezclados con los buenos, como la zizaña entre el trigo, habia no pocos hombres de rateras intenciones y de malvados pensamientos.

Así, aunque ambos eran inocentes, aquella éralo para no pensar mal de nadie, y este para tener dispuesto siempre su brazo en defensa del caido y en contra del criminal.

O lo que es igual, la inocencia de María era la inocencia de la muger, la del page era la del hombre.

Véase cómo sus almas se comprendieron y se amaron.

La inocencia tiene la propiedad de unir entre si con dulces lazos á los buenos, así como el crímen sabe reunir á los malos.

Y es porque está en nuestra propia naturaleza, en la razon íntima de su ser, el dejarnos cautivar por aquello que mas está en conformidad con nuestros sentimientos.

Así se asimilan dos corazones que aman una misma cosa.

Y á la manera que se confunden dos iguales notas de distinta escala musical, así se confunden dos almas que sienten y piensan y obran de una misma manera.

Véase pues cuán profunda filosofía encierra la máxima que enseña que el amor es un alma que habita en dos cuerpos.

Decia un historiador de la antigüedad que en amar lo mismo y aborrecer lo mismo que otro, consistia realmente la verdadera amistad.

Esto se decia cuarenta años antes de la venida de Jesucristo al mundo, por un gentil.

El libertador del género humano, el que abrasado en llamas de infinito amor vino á sembrar y á regar en la tierra con su preciosa sangre el árbol de salvacion, árbol del cual habian de recoger bellos frutos todos los cristianos, estableció un principio comun, que abarcase á todos los hombres, que á todos los cobijase é hiciese de todos una sola familia.

Este principio es la caridad.

¡Fuente preciosa de aguas de salvacion, que dan solaz y refrigerio á los que á ella se llegan sedientos!

Fuego que todo lo consume con su ardiente llama.

Caridad! cadena, cuyos eslabones saliendo del mismo cielo, vienen á tocar la tierra, y enlaza á millares de seres que ni aun se conocen, pero que laten á unos mismos sentimientos?

—Caridad! palabra hasta desconocida del mundo pagano, pronunciada por primera vez en la tierra nada menos que por los augustos labios de un Dios!

Caridad! sentimiento de infinita eficacia, que alienta á los tímidos, que todo lo realiza, que nada teme, que atraviesa los mares por el bien de los hombres, que padece hambre, sed, frio y toda clase de trabajos y hasta la misma muerte!

Caridad! Voz que llena los espacios y pregona paz y bienandanza á los mortales!

Qué hermosa eres!

Tan hermosa como el mismo Dios, porque DIOS ES CARIDAD!

Véase cómo un sentimiento puramente humano, cual lo es el amor, ha sido purificado, engrandecido y elevado á la altura de la primera de todas las virtudes.

Pero no es nuestro ánimo escribir largamente de esta sublime virtud.

Basta: no sea que empañemos su brillo, porque es pudorosa como la tímida doncella y se ruboriza cuando se ensalzan sus acciones, porque la modestia es la perla mas

preciada de su corona.

Pues eso que en el órden de la gracia produce la caridad en la tierra, eso se realiza tambien aunque en menor escala y á modo humano, entre dos almas que se tocan y piensan lo mismo, entre dos corazones que palpitan á unos mismos sentimientos.

El sabio encuentra contentamiento en leer las obras de los sabios.

Las almas de cierto temple simpatizan la unas con las otras.

Balmes, esa lumbrera del siglo diez y nueve, gozaba en leer las biografías de los hombres grandes.

Sta. Teresa de Jesus, esa gran santa que aun considerada como muger ha merecido alabanzas por sus escritos, hasta de los mismos incrédulos, asegura que tenian grandes simpatías para ella S. Pablo y S. Ignacio de Loyola.

¿Para qué acumular ejemplos que sean á la vez pruebas de lo que vamos diciendo?

Que las simpatías existen es un hecho indudable.

Ese *no sé qué*, que notamos en algunas personas, ninguno se lo sabe esplicar.

Pero es lo cierto que sin que sepamos darnos la razon de por qué nos agrade una persona, nos agrada.

Es.... que tiene simpatías para nosotros.

Esta es la única razon que damos no pocas veces.

Y sin embargo algo hemos visto en esa persona que se identifica con nuestros sentimientos.

Y basta de simpatías.

Y aquí cerramos este capítulo.

Porque, una de dos; ó agrada, ó no á nuestros lectores; si lo segundo, desagradará menos, por ser corto; si lo primero, agradadará mas porque no cansa.

CAPITULO XV.

Si el impío hiciere penitencia de todos sus pecados, que cometió.... verdaderamente vivirá y no morirá. De todas sus maldades que él obró, no me acordaré. (Ezequiel cap. XVIII vers. 21 y 22.)

Apenas penetró en Rivas Juan Garcés y se ocultó en su casa, dió órden de ir á recoger á Guzman y de encerrar el caballo en casa de algun amigo.

Y á la luz de una lámpara leyó con avidez aquel escrito que se le decia enviado nada menos que de los infiernos.

Por el camino habia imaginado que seria efecto de alguna burla, jugada á Guzman por algunos chuscos, pero apenas empezó á descifrar los garabatos que estaban escritos en el pergamino, pintóse el asombro en su rostro; siguió leyendo con las manos crispadas, mudo de admiracion, y al devorar la última palabra cayó anonadado en un asiento.

¿Era el temor, ó la rabia lo que se habia despertado en el alma de aquel hombre?

Era una mezcla de admiracion, de temor, de asombro y de desfallecimiento.

¿Qué pensamientos surgian en aquella alma tan pérfida?

¿Qué podia intimidar á aquel hombre, que habia puesto por lema de su bandera en todas sus acciones el arrojo y el crímen?

Un temblor frio corrió por todos sus miembros hasta penetrar la medula de sus huesos.

¿Qué misteriosas palabras habían sido escritas en aquel pergamino que tal revolucion habian obrado en su alma?

Nuevamente cogió el escrito que sus manos habian dejado deslizar al suelo; necesitaba leerlo otra vez para convencerse de que no era juguete de un sueño.

Leyó, leyó y desgraciadamente para él, no era un sueño; era realidad.

El escrito estaba allí, amenazador, como un juez severo que pronuncia la fatal sentencia; cada una de aquellas palabras mal fraguadas, pero que envolvian un terrible sentido, era un puñal que iba á clavarse en su corazon.

El que hacia temblar en su presencia á tantos otros, temblaba á su vez á la vista de unos negros caractéres.

Largo rato permaneció sumido en este parasismo.

¿Qué historia pasaba por su memoria en aquellos momentos? qué recuerdos tristes surgieron en ella? qué sentimientos se agolpaban á su corazon oprimido, que parecia saltar y querer salirse del pecho?

Ello es que al cabo de dos terribles horas de lucha el orgulloso y vengativo Garcés, el mal amigo y encubierto traidor, derramaba gruesas lágrimas de sus hinchados ojos.

¡Juan Garcés lloraba!

¿Eran lágrimas de rabia ó de arrepentimiento?

Horrible lucha tenia lugar en el alma de Garcés.

Por una parte luchaba su corazon pervertido, avezado al crímen, sin haber gustado jamás el delicado sabor de la virtud; mansion donde se habian fraguado siempre tan negras felonías, tan horrendos crímenes, sin que le doblegasen jamás los ayes del desgraciado ni el grito de su con-

ciencia empedernida.

Por otra, luchaba ese mismo corazon palpitando á un sentimiento que hasta entonces no habia brotado en él en todos los dias de su vida bulliciosa y entregada á los placeres.

No: no era la virtud la que habia de subyugar á aquel corazon; no era esta hija del cielo vagorosa y suave la que habia de convertirlo de orgulloso en humilde; de criminal en penitente.

Dios en su providencia ha querido que se verifique la conversion de algunas almas, derramando en ellas torrentes de gracia sí, porque sin esta no hay conversion posible; pero permitiendo que á esa conversion preceda un acontecimiento triste, una gran desgracia, un hecho, en fin, que, aunque humano, toque íntimamente al corazon, y haga brotar en él á impulsos de la gracia, el arrepentimiento.

¿Qué son si no todos los males y calamidades que nos rodean?

Toques de la divina gracia, que llaman al alma para despertarla del letargo en que se encuentra sumida.

Cerca de dos horas estuvo batallando el alma de Garcés con sus propios sentimientos.

Lucha espantosa, formidable, digna de su alma dura y que no cedia tan fácilmente á los primeros impulsos.

Pero hemos dicho que rompió en llanto. Este llanto era de arrepentimiento.

De arrepentimiento, sí: el mundo quizá no se explica cómo puede un hombre pasar tan repentinamente de un estado á otro.

Pero el mundo tiene que reconocer mal de su grado, que este hecho es muy comun en la tierra.

La historia de la humanidad encierra en sus páginas mas gloriosas los nombres de millares de héroes, que de negros carbones se convirtieron en preciosísimos diamantes.

Juan Garcés dejaba de ser lo que hasta entonces habia sido.

Entre tanto su escudero habia ido en busca del infeliz Guzman, y despues de haberle dado un refuerzo, enjugando sus contusiones con agua y vino, y dándole algun alimento pues estaba desfallecido, lo presentó á su señor.

—Aquí me teneis, dijo al entrar en la estancia Guzman.

—Entra; respondió Garcés recobrándose; y tú puedes retirarte, dijo al escudero.

—Oyeme, amigo Guzman, quién te ha entregado este pergamino!

—Señor, murmuró este admirado de que le hablase con una amabilidad que jamás habia encontrado en él, dos hombres, uno de los cuales era Pericote.

—Tienes completa seguridad de ello?

—Ay! desgraciadamente para mis costillas y mi rostro, sí!

—¿Y al otro.... no le conociste?

—No: él fué quien me dió ese escrito.

—Y por qué te han herido? acaso te defendiste?

—¿Quién pensaba en tal disparate, y el brazo de Pericote es capaz de destrozar á un escuadron de moros?

—Entonces, por qué te pusieron en ese estado?

—Porque.... porque.... al llegar aquí se acordó del encargo que le habian hecho de que tuviese cuenta con lo que decia, y no supo qué contestar á su amo.

—Vamos... acabarás?...

—Señor.... ese formidable Pericote ha descubierto que yo fui uno de los que acometieron á Ruiz-Perez, y como le quiere mucho, me ha tomado entre ojo.... y.... pues....

—Bien.... toma.... y puedes retirarte á descansar.... le díjo dándole un puñado de oro.

—Quedad con Dios....

Al quedarse nuevamente solo Garcés, leyó otra vez el pergamino, aquel pergamino que tal lucha habia levan-

tado en su alma.

Lo que antes no habia hecho, hízole ahora sin cuidarse de ello, y leyó en voz alta lo que sus caractéres decian.

El acento rudo, pero lleno de sentimiento de Garcés, dejó escuchar las siguientes expresiones.

«Juan Garcés; piensa en lo pasado. Hace diez y seis «años conociste á una jóven pobre pero virtuosa: se llama- «ba Isabel: te acuerdas? tú la arrancaste la flor mas precio- «sa de su corona, la sedugiste vil y traidoramente! Era una «niña. Perdida por tí, la abandonaste! No has vuelto á sa- «ber mas de ella, pero yo te voy á terminar su historia. «Aquella niña no existe ya, pero antes de morir fué ma- «dre, y su hija no lleva tu nombre. Esa hija existe en po- «der mio.... lo entiendes?.... es pura.... hermosa.... rica «en virtud ... el retrato de su buena madre! Pues bien, esa «hija que nunca verás en tanto que seas indigno de ella, «esa hija, que no te será entregada hasta que tus virtudes «procuren imitar las suyas, esa hija por la cual debes dar «hasta tu propia existencia porque es un tesoro riquísimo «de encanto, descenderá al sepulcro, herida por el mismo «puñal que corte la vida del jóven Ruiz-Perez á quien ten- «diste el lazo en la plaza.»

—No, no será así!.... continuó diciendo exaltado al terminar la lectura. Hija de mi alma! tú serás quien purifiques mi corazon!... por tí amaré la virtud!... y borraré con lágrimas penitentes los horrendos crímenes de mi vida pasada!... Perdon, Dios de misericordia, perdon!!!

Y aquel hombre, antes tan soberbio, cayó de rodillas en el pavimento, elevando sus manos suplicantes al cielo!

CAPITULO XVI.

Que trata de los sucesos que seguramente ignorarán nuestros lectores, y que por menor sabrán si ahora los leyeren.

Creemos que ya habrán sospechado nuestros lectores por el capítulo precedente la relacion que existia entre Garcés y la huérfana María, reconocida en Rivas por hija de Martin y de Alfonsa. Empero desearán saber, cómo existia la niña, sin que Garcés tuviera noticia de tal hija, y por qué habia sido criada por Martin.

Eso es lo que nos proponemos decir en este capítulo.

Cuando á poco de la muerte de su amigo Ruiz-Perez se convenció de que habia cometido un crímen infructuoso, no reconoció límites la especie de furia que de su alma se apoderó. La desgracia tambien acaecida á la desolada viuda, muriendo al dar á luz un hijo, acabó de borrar las últimas esperanzas de su pasion, y buscó entonces en los placeres y en las orgías mas desenfrenadas el olvido de los horrendos crímenes por él cometidos y la satisfaccion grosera de sus viles pasiones, satisfaccion que no pudo hallar en el amor de la infeliz viuda.

No hubo esceso de ninguna clase, ni crímen perpetrado tenebrosamente en Toledo, que no le tuvieran por su iniciador.

Los hábitos virtuosos y afables de Juan Garcés se trocaron en duros á implacables: á su generosidad sucedió la felonía, á su trato afable el tono mas insolente y procaz, á su nativa sencillez la doblez mas refinada.

Al leer esto, acaso se preguntará á sí mismo alguno. ¿Pues qué, pudo ser ese hombre bueno alguna vez? A no dudarlo. ¿Y cómo esplicar entonces la variacion casi instantánea? En primer lugar no fué tan repentino el tránsito de un estado á otro. La máxima de que ninguno se hace malo de repente, no resultó falsa en Garcés. Todo comenzó por un amor cuyos ímpetus debió sofocar desde que brotaron por vez primera en su alma.

El amor llamó en su auxilio al crímen; y este abrió el paso á Garcés en la carrera de perdicion en que se precipitó ciego. En el vicio solo es difícil el primer paso: una vez dado este , se hace tan resbaladizo su sendero, que para caminar por él no hay que hacer otra cosa que no ofrecer resistencia alguna al movimiento que una vez se imprimiera.

Es, como si digéramos, la realizacion del movimiento contínuo en el órden moral.

El corazon humano, avezado ya al crímen, pierde el sentido moral para percibir la hermosura de la virtud, y la fuerza para imprimirse un nuevo movimiento en contrario, que le haga volver al principio de donde una vez se separara.

Es decir, que pierde en fuerzas para levantarse, todo lo que gana en facilidad para precipitarse mas y mas.

Y cuenta que el hombre inclinado al mal desde su caida primitiva, tiene mucho adelantado para dejarse prender de sus arteros lazos.

Véase por qué es tanto mas difícil al criminal abrazarse con la virtud que le brinda con su amoroso seno, cuanto

es mas fácil al inocente desprenderse de la virtud y arrojarse en brazos del vicio.

A los dos años de la muerte de Ruiz-Perez, Toledo entero conocia la conducta depravada del jóven, y fué espanto de los padres y escándalo de los hijos el que antes habia sido presentado por aquellos á estos como perfecto modelo de caballerosidad é hidalguía.

Algunos llegaron hasta concebir sospechas acerca de la escena ocurrida en la cacería.

Entre los que tal pensaron hallábase Gracian Ramirez.

Gracian Ramirez que residia en Toledo á la sazon, que se habia tambien contado entre los amigos de Ruiz-Perez, y casado con Margarita poco mas de un año antes que este, sabia lo que era Garcés, y costábale poco trabajo sospechar lo que realmente habia sucedido.

Sin embargo, hemos dicho en mas de una ocasion, que á pesar de todo Gracian era noble en sus pensamientos y que no habia perdido la esperanza de que algun dia Garcés volviera á ser lo que en su primera juventud.

Hé aquí la razon de su amistad con él; condescendia no pocas veces con sus defectos y procuraba despertar en su alma sentimientos virtuosos.

Esto lo comprendia Garcés, y por lo mismo, al pedirle la mano de Clara, hizo por revestirse de un continente virtuoso, pensando que Gracian caeria fácilmente en el lazo que iba á tenderle.

Pero no nos distraigamos de nuestro objeto.

Garcés, como hemos dicho, fué de aquellos azarosos tiempos, lo que hoy en lenguage moderno se llama un *calavera*.

Los que antes habian preconizado delante de sus tiernas é inocentes hijas al jóven Garcés, pusieron todo su conato en separarlas de la presencia y conocimiento de aquel, como si su hálito maldito pudiese emponzoñar sus almas.

Habia un pobre pechero en Toledo, armero de profesion: las mejores y mas templadas armas salian de su ta-

ller: no le faltaba nunca pan que llevar á su muger ya anciana y á una tierna hija que le habia dado aquella á los cuarenta años.

Pero llegó un dia en que el malvado Witiza mandó recoger todas las armas que en Toledo existian.

¿Era la presuncion de una larga paz en su reinado, ó el temor de que una revuelta le derribase del trono?

Fuese lo uno ó lo otro, el hecho es que el infeliz armero vió que un dia le faltaba el pan á su pobre familia.

El rey le habia dado órden de cerrar el taller.

Mendigando hoy á un amigo, mañana á otro, pasó el desgraciado amargos momentos, no por él sino por su muger y su hija.

Al cabo no pudo resistir mas y bajó al sepulcro con la angustia del abandono en que quedaban.

Un hombre apareció á los pocos dias en casa del armero.

Todas las noches penetraba ocultamente en ella, y vendiéndose por amigo del muerto, supo engañar á la anciana hasta el punto de bendecir la infeliz á la providencia del cielo que queria poner fin á su penuria, haciendo que aquel jóven se uniese con su hija.

Habia tenido la precaucion de ocultar su verdadero nombre.

No era pues el caballero Juan Garcés el prometido de su hija Isabel, sino el escudero Fortun, sencillo y bueno como el que mas, apuesto y valeroso en las lides, y honrado servidor de un noble.

Con tales auspicios, porque manejaba admirablemente las armas del disimulo y la hipocresía, vino á ser como el ángel de salvacion de aquella honrada familia.

La jóven inexperta se dejó cautivar por las tiernas espresiones del apuesto jóven, y abrió su alma vírgen, á las primeras emociones de un amor puro para ella, pero que no era para Garcés sino un crímen mas en el número de los ya cometidos.

Lo hemos dicho y lo repetimos; al dar Garcés el primer paso en la carrera del mal, todos sus demás crímenes no eran sino consecuencias del primero.

¡Un abismo llama á otro abismo! un crímen á otro crímen!

¿Qué importaba la inocencia de una niña y la felicidad y consuelo de una madre al que habia clavado un puñal en el corazon del amigo, y amargado los últimos dias de su infortunada esposa?

La infeliz Isabel creyó en las palabras del malvado.

Era sencilla é inocente, y como el engaño no tenia entrada en su corazon, no sospechó siquiera de la conducta futura del jóven.

¡Desgraciada! Cara le costó su debilidad! Lágrimas amargas arrancó á sus ojos su irreflexiva conducta, al despertar de aquel sueño en que estuvo dormida incautamente.

Pronto cesaron las visitas del fingido escudero.

Ay! demasiado tarde para la infeliz vió el abismo en que se habia dejado precipitar!

La pobre anciana, ignorante de lo que pasaba, no sabia esplicarse su ausencia.

—Acaso, decia, habrá ido á cumplir algun mandato de su señor.

Pero pasó una semana, y un mes y dos meses.... y no parecia.

Entretanto la jóven lloraba.

Y la madre consolaba á su hija, siempre prometiéndola la venida de Fortun.

¡Es tan dulce una esperanza y tan amargo un desengaño!

No tenemos necesidad de esplicar mas á nuestros lectores lo que habia sucedido.

La infeliz niña la reveló con lágrimas en los ojos y la angustia en el alma, que habia sido vilmente seducida por Fortun, y la pobre anciana lloró juntamente con su hija la

triste realidad de que hasta entonces habia estado ignorante.

No pudieron averiguar la menor cosa acerca del escudero Fortun por mas que preguntaron por Toledo. El escudero Fortun, no habia existido jamás. Si hubieran preguntado por Juan Garcés, la pública execracion les hubiera manifestado quién era aquel hombre, y lo que habia que esperar de él.

La anciana no pudo soportar aquel nuevo golpe y murió en los brazos de Isabel, cuando ya esta sabia que iba á ser madre.

Una niña bella como una rosa fué el fruto de aquella seduccion, y se le puso el nombre de María.

Alfonsa, la muger del escudero Martin, vivia pared en medio de la casa de la jóven: y algunas noches habíase retirado al penetrar el visitante nocturno.

Alfonsa pues conocia al escudero Fortun.

Martin, que no tenia la costumbre de aprender vidas agenas, aunque algunas veces la oia hablar de aquellos amores, no paraba mientes en ello; pero cuando Alfonsa le refirió poco despues la horrible trama de que habia sido víctima Isabel, ya entonces puso mas atencion á aquella triste historia, y cayó en la cuenta de cuán desgraciada era la jóven, pues como sabia que en Toledo no existia ningun escudero que llevase el nombre de Fortun, sospechaba que algun noble de los muchos que eran el escándalo de la ciudad, habria tomado este nombre á fin de engañar mas fácilmente á aquella familia, y no poder ser hallado, despues que lograse su reprobado fin.

Así se lo comunicó á Alfonsa, y esta vió que su marido debia tener razon en sus sospechas.

Dos años tenia ya el inocente ángel, cuando su madre, víctima del dolor que jamás la habia abandonado desde su cruel desengaño, murió en brazos de Alfonsa y Martin, que como buenos hermanos la habian recogido en su humilde casa y partido con ella su pan.

Antes de su muerte refirió á entrambos mil circunstancias que ignoraban y que la infeliz creia que en algun tiempo pudieran darles alguna luz para encontrar al padre de María.

Habia ya dos niños en casa de Martin, el hijo de su amo Ruiz-Perez y la hija de Garcés.

¡Quién les hubiera dicho el lazo que unia á sus padres!

Cuando Ruiz-Perez tuvo nueve años, fué presentado á Gracian Ramirez por Martin, y como habia sido amigo de su padre, quiso formar por sí mismo su corazon comprendiendo que la casa de un pechero no era la mas adecuada para la educacion de un noble, y lo acogió en la suya.

Entonces conoció Ruiz-Perez á la hermosa Clara que contaba los mismos años que él, y sus almas simpatizaron aun desde niños.

Cuando aquel comenzó á ser jóven, Gracian comprendió que era ya llegada la hora de la separacion. Ruiz-Perez tenia su casa, que fué á ocupar cuando tenia diez y seis años.

Por lo que respecta á María, todos ignoraban quién fuera su padre.

Pero llegó un dia en que D. Julian llamó en auxílio de su venganza á los sarracenos, y como habia muy pocos hombres como Gracian, y el reino se hallaba dividido por las parcialidades, que son las que en todos tiempos han dado al traste con la libertad de los pueblos, consumó la perdicion de España.

Uno de los que acompañaron á Rodrigo en la batalla del Guadalete fué Gracian, y desbaratado el ejército, pudo volver al seno de su familia.

Ya en Toledo, comprendió la situacion en que quedaba España, y al tener noticia de lo que pasaba en Andalucía, y de los desastres que amenazaban á Toledo como capital que habia sido del reino Godo, tembló por la suerte de su esposa y sus dos tiernas hijas, y comunicando su proyecto á varios amigos, determinó subir á Madrid y establecerse

en él, que por tener en aquel entonces escasa importancia creyo seria mas seguro asilo contra los desmanes de los soberbios y brutales vencedores.

Entre los acompañantes de Gracian contábase Garcés, que sin saber por qué se sentia cautivar no pocas veces por la honradez de aquel.

Era natural que el jóven Ruiz-Perez siguiera tambien á la tierna Clara y al que habia sido como su guia al entrar en la niñez.

Y como Martin caminaba á donde fuera el hijo de su querido señor, allá fué tambien Martin con Alfonsa y María.

Pero hé aquí que por el camino, reconoce Alfonsa en Garcés al escudero Fortun, y comunica á Martin llena de asombro el descubrimiento que acababa de hacer.

Pasmado quedó este con tal revelacion: pero no era aquel el momento de pensar en tal hecho, sino de buscar un asilo en Madrid; que ya se ofreceria ocasion mas adelante de pedirle cuenta de su inícuo crímen.

Habia ya dos maldades que vengar: la muerte de su amo y la deshonra de Isabel.

A poco de establecerse en Madrid, Toledo, no contando con fuerzas para resistir al enemigo, se le entrega.

Y Madrid, siguiendo el mismo ejemplo, firma una capitulacion.

Pero tampoco allí veia seguro Gracian el honor de sus hijas, y queda por la capitulacion en libertad de escoger un punto donde establecerse con sus amigos y compañeros, pagando sin embargo un corto tributo.

Hé aquí por qué conjunto de circunstancias nos encontramos reunidos en Rivas, al empezar esta crónica, Gracian, Garcés, Ruiz-Perez y María.

El escudero Martin, viendo que la providencia le habia entregado la hija del matador de su amo, admiró sus inescrutables decretos, y comprendió que algun castigo ejemplar le preparaba el cielo, cuando de tal manera habia co-

locado en sus manos los hilos de su conducta criminal.

Y cuando vió que Garcés se propuso arrancar la vida al hijo, como lo habia hecho con el padre, bendijo á la providencia, que le habia dado medios con que oponerse á aquel hombre.

Véase por qué habia dicho el jóven Ruiz-Perez que no tenia nada que temer de él.

Martin pues habia sido el autor del fatídico pergamino.

CAPITULO XVII.

Que trata de cosas tan extrañas y maravillosas, que el autor no ha querido recopilarlas en este epígrafe para que no pierdan su interés.

Nos encontramos en el atochar. Son las once de la mañana, hora en que afanosos los habitantes de Rivas trabajan en la fábrica de la ermita que están alzando á la Vírgen Theótoca. Allí se encuentra dirigiendo los trabajos el religioso Gracian Ramirez. Allí por vez primera aparece el jóven Ruiz-Perez, que ya restablecido de sus heridas quiere tambien cooperar á la obra; allí por último se halla el bueno de Martin y el hercúleo Pericote, y para que ninguno falte de nuestros antiguos conocidos, mezclados entre los trabajadores admiraremos al pagecillo Jimeno y hasta aquel pechero Colás, á quien no hemos visto aparecer en nuestra historia desde el lance de la plaza, cuando al desfilar la cabalgata recibió por equivocacion el primer saludo que Pericote quiso hacer á Guzman, y que con usura pagó el pobrete en las siguientes noches.

Pero lo que acaso estrañarán nuestros lectores es que les digamos que tambien estaban allí la esposa de Gracian Ramirez y sus dos bellas hijas.

Así era en efecto. La tormenta que habia descargado la noche antes habia purificado el cielo que durante algunos dias habia estado encapotado, de manera que al amanecer del presente dia el sol apareció brillante y esplendoroso, derramando torrentes de luz en un cielo trasparente azulado y puro, como la sonrisa de un niño. La naturaleza convidaba á respirar los aires; y Margarita y sus hijas habian querido salir de Rivas para visitar á la Vírgen Theótoca á quien tanto amaba la inocente Clara.

Allá en un bello grupo formado por Gracian, Ruiz-Perez, Margarita, Lucía y Clara, contemplaban admirados el encanto que presentaba aquella bulliciosa y alegre perspectiva que formaban el ir y venir de los trabajadores, el charlar y el reir de algunos, y el afan de todos en medio de aquel campo risueño, sin sospechar que hubiera en Rivas quien, abrigando en su alma pensamientos de venganza, les habia preparado la noche antes el pérfido lazo en que cayesen.

—Ruiz-Perez, ¿qué os parece la alegría de esas buenas gentes? Mirad con cuánto afan trabajan todos para levantar la ermita.

—Oh! Gracian, siento que no me haya sido posible venir antes á tomar parte en los trabajos!

—Y vos, Margarita, ¿no gozais tambien al contemplar este bello cuadro?

—Sí á fé, Gracian. ¡Bendita sea la Vírgen que tales sentimientos infunde en esos hombres sencillos!

Mirad, Ruiz-Perez, decia la hermosa Clara, señalando á un grupo, ¿quién es aquel hombre?

—Pericote; le respondió el jóven.

—Es uno de los que con mas ánimo trabajan: ¿no veis la piedra que está haciendo rodar él solo?

—Ese es un valiente; continuaba el jóven: Clara, la

noche que me acometieron en la plaza, debí mi salvacion despues de la Virgen, á ese hombre.

—Sí?

Al hablar así Ruiz-Perez, ignoraba lo que por él habia hecho Pericote la anterior noche.

—Clara, la decia Margarita por lo bajo; estás contenta, hija mia?

—Que si estoy contenta? mirad la alegría que rebosa mi rostro. ¿No he de estarlo cuando hemos contemplado hoy la faz de esa Vírgen que es todo mi consuelo y esperanza?

—Sí, pero tu alegría debe tener además otra causa.

—Otra causa! dijo sencillamente la jóven.

—Tienes á tu lado á Ruiz-Perez ya restablecido de sus heridas....

—Es verdad! esclamó toda ruborizada, bajando los ojos.

—No tienes por qué ruborizarte; el amor que Dios ha infundido en vuestros corazones no debe avergonzaros delante de los hombres.

—Oh! le quiero tanto!

—Que el cielo bendiga ese amor y que el presentimiento que me acosa no sea mas que un vano é infundado temor! continuó pensando interiormente Margarita, y dejando á los dos jóvenes en libertad de proseguir el diálogo que ella habia interrumpido.

—¡Pericote, eh! aquí una manita, gritaba desde un grupo Colás, al ver pasar junto á sí á su amigo.

—Allá voy, hombre.

—Pues á ella.

—Espera, dijo otro del grupo, que aun no estamos preparados.

—¡Vaya que sois endebles si los hay! ¿teneis mas que dar un puntapié á ese leño y veréisle andar como si tuviera piernas?... quitad allá, estorbos... paso!... y diciendo y haciendo descargó un puntapié al tronco, que obedeciendo al golpe rodó una buena pieza en direccion al pun-

to á donde querian conducirlo.

Una carcajada acompañó á la accion, aquella misma carcajada que tan funesta habia sido al infeliz Guzman.

—¡Por mi vida, juraba Colás, que eres lo mas bruto que se pasea por Rivas!

—¡No he visto fuerza semejante, esclamaba otro!

—Por las barbas de Judas, que te quisiera ver peleando con los moros!

—Déjate, hombre, ya vendrá ocasion; te aseguro que á la primer correría de nuestro amo Gracian, le voy á pedir un caballo y una maza.... y ya.... ya verás cuántos moros voy á aplastar por esas tierras!

—Oye, Pericote.... y habrá un caballo que pueda contigo?...

—Ya lo buscaremos, hombre. Como que te parece á tí que yo daria mucho peso al caballo! pues estás en un error.... y la prueba al canto....

—¡Que lo pruebe!....

—Sí, sí; que hable!...

—¡La prueba, venga esa prueba! gritaban todos rodeándole.

—Eh! sin marearme mucho, porque soy delicado de cabeza y no gusto de escuchar abejorros en rededor mio.... aseguraba el gigante.

—Ea! Pericote.... le decia Colás, puedes empezar.... ya te escuchamos.

—Pero, venid acá, hombres de poco meollo, ¿no comprendeis que en el punto y hora en que yo monte á caballo, se divide el peso entre el caballo y la silla y por lo tanto caben á mitad cada uno? cuidado si sois torpes!

Una carcajada simultánea y estrepitosa atronó el campo, al escuchar los curiosos la esplicacion de Pericote, que impávido continuó su interrumpido camino, murmurando entre dientes:

—Vaya una gente bruta.

En otro grupo trabajaban Martin y el pagecillo. Ri-

sueño y candoroso este, habíase unido á aquel, porque ya lo consideraba como á un padre, pues creyendo que lo era de María y contando con la aprobacion del escudero en sus tiernos amores, que no le habia ocultado, se sentia arrastrado hácia él á causa de la bondad de su corazon y la sencillez que le era nativa.

—Oye, Jimeno, le decia Martin, mi amo tambien ha venido hoy á tomar parte en los trabajos.

—Hola! estará ya restablecido segun eso?

—Así es! tambien se encuentran ahí Margarita y sus hijas.

—Sí?

—Han venido á hacer una visita á la Vírgen.

—Oh! la son muy devotas.

—En eso no hacen mas que imitar á Gracian.

—Y cuándo viene?... preguntó precipitadamente el page, mas no acabó la frase porque se hubo de arrepentir de su impetuoso arranque.

—Vamos.... le respondió Martin comprendiéndolo todo. ¿María, eh? ¡Por mi vida que la tímida rapaza no le va en zaga al pagecillo!

—Cómo! no entiendo!

—Que está ya toda enamoricada. ¡Quién habia de decirlo al verla con aquella carita de pascua! las cosas claras, Jimeno; te quiere, te ama, segun ha dicho ella misma en secreto á Alfonsa; mira tú Alfonsa! que charla lo suyo y lo ageno, y que revienta por decir lo que sabe! me lo habia de ocultar?

Ruborizado el pagecillo, porque su corazon era el de un niño, callóse lleno de alegría, al oir en los labios de Martin la confesion del amor de María, no porque antes no supiera de ella misma, que le amaba, sino porque su alma se regocijaba interiormente al oir hablar del amor de su María.

—Hijos mios, continuó el escudero, buen ánimo!... Serás feliz con María, pues aunque Alfonsa no es su madre

ni yo su padre....

—Qué decís!! esclamó asombrado Jimeno.

—Lo que oyes!... pero cuidado con decirlo á nadie!

—Pero quién es su padre? continuó el jóven, lleno su corazon de temores al imaginarse que se iban á desvanecer sus sueños de amor.

—Ni te importa saberlo!... porque probablemente nunca llegará ella á conocerlo.... ah, escucha, tambien te encargo el sigilo con María.... estás?

Como ven nuestros lectores el aire jovial del escudero resaltaba de una manera notable en el presente dia. Acaso satisfecho de sí mismo por el paso que habia dado la noche anterior, y creyendo ya seguro á su amo de los lazos de Garcés, se entregaba por completo á su buen humor, que se acrecentaba al notar la satisfaccion de su amo y los amores de María y el page.

Pero á este buen humor de Martin y á la alegría de Jimeno vino á turbar un grito desgarrador que resonó á pocos pasos. Volvieron los ojos hácia el grupo de donde habia partido la voz, y vieron á Clara, pálida, temblorosa, llena de angustia, que señalaba con el dedo en direccion á Madrid. La vista de los que la rodeaban se dirigió hácia aquel sitio, y á aquel grito de la jóven sucedieron otros dos.

Ambos habian salido de los labios de Margarita y Lucía y el mismo espanto que se habia pintado en la faz de Clara, se dibujó tambien en las de aquellas.

Gracian Ramirez y Ruiz-Perez, lanzaron igualmente otra esclamacion, pero esta fué de indignacion y de ira.

La animacion y sonrisa que antes presentaba aquel cuadro, se trocó en espanto. Un silencio fúnebre y aterrador reinó por completo en el atochar, pero este silencio fué instantáneo, nada mas que por un momento. A la admiracion y el espanto sucedió la indignacion.

Lucía y Clara fueron conducidas desmayadas al interior de la parte ya levantada de la ermita: acompañábalas Mar-

garita, á quien el mismo amor de madre daba fuerzas para resistir á un golpe inesperado.

¿Qué habian visto pues primeramente Clara y despues todos los que allí estaban reunidos para la obra de la ermita?

Van á saberlo nuestros lectores.

Allá á lo lejos, y aproximándose cada vez mas, se veia un cuerpo de tropas agarenas; y en la algazara y gritería que traian, cuyos ecos se escuchaban en el atochar, se conocia evidentemente que se acercaban en ademan hostil.

¿Qué iba á ser de aquel centenar de hombres, la mayor parte desarmados ante un cuerpo de ejército como el que se les venia encima?

Y no habia la menor duda; Gracian Ramirez habia reconocido aun desde lejos al frente de aquella gente al astuto Islem, gobernador de Madrid.

Así era en efecto. Apenas la noche pasada, se retiró Garcés de su presencia, empezó á alentar deseos de acabar cuanto antes con aquella colonia de cristianos que segun las palabras de su pérfido cómplice, habian faltado á lo estipulado.

Amaneció; y llamando á uno de sus servidores, dióle órden de desnudar el trage moro y vestir el cristiano, encargándole que diese la vuelta por Rivas para averiguar el estado de defensa en que se encontraba.

El espía se fué acercando hácia el pueblo; pero antes de llegar á él, notó una gran vocería y mucha gente reunida en los contornos de una especie de obra que segun lo que sus ojos se figuraron debia ser alguna fortificacion de donde se defendiesen los cristianos en caso de ser algun dia atacados por los moros.

Esto bastó para que, volviendo á Madrid, y contando á Islem lo visto y lo que torpemente se imaginó, acabase de animar al gobernador á llevar á cabo su plan de venganza.

Y reuniendo unos tres mil hombres, fuerzas que creia

serian suficientes para humillar á los cristianos, tomó el camino de Rivas.

Triste era la realidad que se presentaba á los ojos de Gracian. ¿Qué podian conseguir cien hombres contra un ejército completo?

El presentimiento de Margarita iba á realizarse.

Sus nobles hijas iban á servir de juguete á la sensualidad de los enemigos del nombre cristiano.

Gracian, pálido de espanto al pensar lo que iba á ser de su esposa y de sus hijas, corrió á la ermita donde ya habian penetrado aquellas, y dijo á Margarita con acento terrible.

—Margarita, estamos perdidos! los moros nos cercan por todas partes; nuestras hijas van á caer en manos de esos infieles y tras la deshonra vendrá la muerte!

—Gracian, oh! mi presentimiento se cumple! esclamó aquella abrazándose con sus hijas, que ya habian recobrado los sentidos.

—La deshonra? no! gritó Gracian poseido en aquellos instantes supremos de uno de los arranques tan comunes en él. No! mil veces no! primero la muerte, si al cabo han de perecer!

—Qué decís! preguntó llena de asombro Margarita.

—La muerte! sí; la muerte!... lo oís, Margarita?

—No os entiendo!

—¿Recordais las palabras que pronuncié en vuestros oidos el dia que volvimos vencedores de nuestros enemigos?

—Qué palabras! prosiguió aquella, casi adivinando ya el pensamiento de su esposo.

—Estas, que tambien ahora voy á pronunciar! y oidlas bien, porque ha llegado la hora de ponerlas por obra!

—Hablad!!

—«¡¡Antes que mis hijas sean juguete de esos sensua-«les hijos de Belial, antes que mancebas de esos feroces bes-«tias, mi acero traspasará los corazones de Lucía y Clara!!!»

Margarita no pronunció el mas ligero acento: antes de hablar Gracian comprendia el estado triste y comprometido en que se hallaban: veia lo que iba á ser de ellas en manos de sus enemigos, y no hallando remedio sino en la proteccion de la Vírgen de Atocha, se entregaba á su égida, y la ofrecia gustosa su vida y la de sus hijas antes que perder, ella su honor, y sus inocentes hijas la perla hermosísima de la virginidad.

Pasado un momento pronunció con acento desgarrador dirigiéndose á la imágen de la Vírgen:

—¡Sea así, Vírgen María! Por conservar tu pureza os ofrecemos nuestra propia existencia! acógenos bajo tu proteccion! y abrazando á sus hijas, que estaban desechas en llanto, dijo á Gracian con ánimo fuerte y valeroso.

—Podeis comenzar ya el sacrificio, Gracian! Una cosa os pido tan solo!... Sea yo la primera víctima!

Al pronunciar estos acentos, si alguno hubiera fijado sus ojos en el rostro de aquella preciosa imágen, hubiera notado en él una tierna y pura sonrisa, aquella sonrisa que forma en los cielos el encanto y la alegría de los ángeles.

Gracian Ramirez, fuera de sí, abrumado por el peso de aquel acontecimiento inesperado, sin dar oidos mas que al honor de aquellos tres seres tan queridos de su corazon, echó mano á su espada y consumó el triste sacrificio!

¡Habia cumplido pues su palabra! Su acero descargó tres golpes mortales sobre los cuellos de Margarita, Lucía y Clara!

—Ahora á morir nosotros!! gritó con ronco acento precipitándose fuera de la ermita, teatro donde se acababa de representar tan horrible escena.

—Ruiz-Perez!.... Ponce!.... Ordoño!.... A mí los valientes!.... Mi muger y mis hijas han muerto!.... A nosotros nos toca ahora!.... pero sea haciendo pagar caras nuestras vidas al enemigo!....

Todos se agruparon en torno del noble Gracian, que en aquellos momentos hubiera sido tenido por el dios de la guerra á no hallarse entre cristianos. ¡Tal y tan grande era la fuerza con que pronunció aquellas espresiones!

Mientras estaba Gracian en la ermita, se habian reunido todos los nobles y pecheros que vagaban por aquellos contornos, y armándose cada uno de la mejor manera que le fué posible, se habian preparado para el combate.

El pagecillo, enterado de lo que pasaba y pensando en su María concibió un atrevido pensamiento y desapareció de la vista de todos gritándoles:

—¡Dentro de unos momentos vendrán conmigo doscientos combatientes mas que vengarán vuestra muerte!

—¡Por vida de los infiernos'! gritaba Pericote tirándose de sus largas melenas: ¡Quién habia de imaginar esto! Pero no tengais cuidado, malditos! decia mirando á los moros que estaban ya casi encima, yo os juro que por ser hoy mi estreno, voy á destrozar á mas de mil de vosotros! Y esgrimia una enorme barra de hierro, colocándose al lado de Ruiz-Perez, Martin y Gracian.

—¡Oh! murmuraba este.... Garcés! Garcés! veo tu obra Bien has sabido vengarte! Caiga sobre tu frente la sangre inocente ya vertida y la que ahora va á derramarse en estos campos!...

Solo Martin habia comprendido el sentido de estas palabras, y volviéndose á Ruiz-Perez, le dijo:

—Ha llegado el momento de revelaros el nombre del asesino de vuestro padre!!

—Martin.... esclamó aquel admirado de aquel arranque de su escudero en la situacion apurada en que se hallaba: ¿Quién es?

—Juan Garcés!..

—Garcés!!!

—España por la Vírgen de Atocha!!! gritó con fuerte y desesperado acento Gracian Ramirez, acometiendo al ejército de Islem con aquel puñado de valientes.

CAPITULO XVIII.

En donde el autor, sin meterse á filosofar, demuestra el íntimo enlace que existe entre Ntra. Sra. de Atocha y la Reconquista de Madrid.

Terrible fué el ímpetu con que se arrojaron aquellos hombres sobre los moros, y el choque con las filas agarenas sembró la muerte y la confusion entre ellas. El ejército de Islem nunca llegó á creerse que tenia que luchar, sino solamente dar caza á aquel puñado de hombres. Véase por qué se llenó de asombro al sentir el empuje con que fueron acometidos.

Aquellos hombres, que contaban solo con su valor y arrojo para salvar sus vidas de tan inminente peligro, si al acometer confiaban solo en las fuerzas de la desesperacion, ahora al observar el efecto que en el ejército de Islem habia producido la primera acometida, sintieron brillar en sus almas la luz de la fe, y renacer en sus corazones una dulce esperanza.

Por lo que respecta á Islem, orgulloso con sus fuerzas, ni aun siquiera habia colocado sus filas en órden de batalla.

Al ver el corto número de enemigos con que tenia que luchar, una sonrisa asomó á sus labios desdeñosa y despreciativa, pues habia recordado las palabras que la noche antes le habia dirigido Garcés.

Pero muy pronto aquella sonrisa se trocó en ceño, primero admirado, despues en receloso, y por último desesperado cuando veia el valor de sus contrarios, el desfallecimiento y confusion de los suyos, y por último su completa derrota.

Media hora á lo mas duraria el combate. Gracian Ramirez estuvo durante él siempre peleando, y animando á todos con su palabra y con su ejemplo á realizar prodigios de valor: cada golpe de su potente brazo segaba una vida: cada grito que de su pecho lanzaba era un eco que despertaba en sus amigos nuevos ánimos.

Y los enemigos confusos, agrupados los unos á los otros, llenos de espanto, sin atender á las voces de Islem, y como aterrados por un rayo de los cielos, empezaron á desbandarse por el campo, y á tomar el camino de Madrid, contribuyendo lo escesivo del número al atropello y mortandad de no pocos.

Y ya no era la desesperacion, ni la esperanza quien daba fuerzas á los cristianos; era la seguridad de que el cielo ponia en sus manos la victoria, y que esta vez la conseguian por un milagro que obraba la Vírgen de Atocha.

¿Cómo esplicarse el atolondramiento de los agarenos ante un número tan corto de combatientes?

¿Ni qué pudieran conseguir unos cien hombres contra un ejército perfectamente armado, á no haber sido favorecidos por un auxilio sobrenatural?

En aquellos momentos una palabra resonó en el campo, y á ella se siguieron otras cien lanzadas por cien bocas como animadas por un mismo resorte:

—A Madrid!!! Gritó Gracian Ramirez, lleno de entusiasmo.

—A Madrid!!! respondieron todos aquellos valientes.

Entonces tuvo lugar una retirada por parte de los moros; su confusion y atropello no reconoció límites, y sin obedecer á sus gefes se precipitaron unos en direccion á Madrid y otros se desparramaron por los campos. Pero se encontraron entre dos fuegos. Otro peloton de cristianos apareció en el atochar, y llenos de ánimo al observar admirados el resultado feliz del combate, y dirigidos por un niño, se arrojaron con encarnizamiento sobre el ya derrotado ejército del mal aconsejado Islem.

Jimeno venia al frente de aquellos hombres, que al saber en Rivas por el page el fúnebre acontecimiento de la ermita, se habian armado á la ligera, y jurando vengar la muerte de Margarita y sus hijas, salieron del pueblo, resueltos á morir si necesario fuera por la salvacion de Gracian y sus amigos.

Todos habian sido actos de heroismo.

—¡¡Malditos, gritó el page acometiéndolos, recibid el premio de vuestra traicion!! A ellos!!

Gracian Ramirez habia visto la llegada de aquel refuerzo, y acometiendo con nuevos ímpetus acabaron de desbaratar un grupo de unos trescientos moros que acaudillados por Islem, se habian hecho fuertes á la espalda de la ermita.

Pero súbitamente se abren las filas de los cristianos y dejan paso á un ginete que á galope tendido se dirigia al lugar de la batalla.

Tres gritos resonaron al mismo tiempo.

Los tres habian salido de los labios de Gracian, Ruiz-Perez y Jimeno, que apenas divisó á Gracian corrió á su encuentro y se colocó á su lado, despues de haber acometido á los agarenos.

Estos gritos pronunciaron una sola palabra, un solo nombre....

—Garcés!!!

—Garcés! pronunció Gracian, agolpándosele toda la sangre al corazon, considerando que á su villanía y trai-

cion debia la pérdida de su esposa é hijas.

—Garcés! gritó Ruiz-Perez, encontrándo e cara á cara por vez primera con su mas encarnizado enemigo, con el que habia asesinado á su padre, y con el que le habia arrancado la única dicha que le restaba en la tierra, su prometida Clara.

—Garcés! repitió el pagecillo sin poderse dominar, pues acababa de saber en el pueblo que él habia de haber sido el que inclinó á Islem á acometerlos, pues la noche anterior le habian visto volver de Madrid, á donde, á pesar de la tormenta, se habia encaminado.

Y por un mismo movimiento aquellos tres hombres se olvidaron de que iban en seguimiento de sus enemigos mas jurados, y se prepararon á luchar con Garcés.

Muy lejos estaba este de imaginarse lo ocurrido, pues jamás creyó que tan pronto se aprovechara el gobernador moro de las esplicaciones y revelaciones que la noche anterior le habia hecho.

Además de esto, regenerado ya aquel hombre, hasta entonces tan villano y criminal, habia formado el proyecto de manifestar al dia siguiente á Gracian cuanto habia pasado, para que viviese alerta contra Islem.

Dios le habia tocado en el corazon.

El amor de padre habia realizado en él un cambio súbito é inesperado.

Por eso al correr por Rivas la voz de lo que acontecia en el atochar, tembló por Ruiz-Perez: mejor dicho, tembló por aquella hija á quien ya amaba aun antes de conocer.

—¡Ruiz Perez peligra! esclamó herido en lo mas delicado de su corazon; corramos por si aun es tiempo! Salvándole, salvo á mi hija!

Y montando en su caballo, salió á escape de Rivas y se dirigió al atochar.

—Gracian! gritó Garcés en el momento de aparecer en el campo.

—Garcés! le habló aquel sin dejarle concluir la frase empezada. Como villano y traidor te has portado! Mas juro al cielo que vas pagar con usura todos tus crímenes!

—Sí, Gracian, tienes razon, muy criminal soy! Mil muertes merezco por mi conducta, esclamó con acento triste y lastimero.

—¡No: no creas que ahora van á engañarme tus hipocresías! defiéndete, porque tu última hora es llegada, le gritó poseido de furor.

—Mil veces no! jamás desenvainaré mi espada si no es para pelear con los enemigos de mi Dios y de mi raza!

—Qué dices! ¿tendrás aun valor para ocultar que tú eres el vil traidor que nos ha tendido esta celada? Te conozco, Garcés; veo tu corazon, estoy leyendo en lo mas íntimo de sus senos! Quieres aun negarlo, al ver que el proyecto no ha salido como pensabas? Mira los agarenos puestos en fuga para conservar las vidas. Hé aquí el misterio de tu presencia en el atochar! Venias á ser testigo de nuestra muerte, y como el cielo nos ha favorecido, no quieres aparecer ahora como traidor! Defiéndete, repito!....

—No!... volvió á decir el así apostrofado. Óyeme, Gracian. Dios ha tocado mi corazon! Si es cierto que yo he llamado á los agarenos, lo hice en un rapto de furor. Si crees que mis palabras no son sinceras, mi conducta futura te probará que hablo verdad! Por lo demás, si tus enemigos van en derrota, designio del cielo ha sido la idea que surgió por mi mente, pues ella te conduce ahora á la Reconquista de Madrid.

—Sí! le interrumpió indignado Gracian, y la reconquista me devolverá mi esposa y mis hijas?...

—Tu esposa y tus hijas!...

—¡Muertas están en la ermita, y á tí se deben esas muertes, malvado!!

—Defiéndete, porque si no lo haces clavo mi acero en tu pecho!

Quien pronunció estas últimas palabras, cortando el diá-

logo entre ambos caballeros, era el pagecillo Jimeno, que sin poderse contener, se arrojó sobre Garcés, esgrimiendo una larga espada.

Garcés hizo dar un salto á su caballo al sentirse tan bruscamente acometido, pero el jóven lo habia cogido del diestro é introduciendo su acero en el pecho del animal, hizo caer á tierra al ginete, quedando los dos en igual grado de defensa.

Tan rápido habia sido aquel movimiento, que cuando se hicieron cargo de lo que pasaba Gracian y Ruiz-Perez, ya estaban los dos luchando encarnizadamente.

No era el sentimiento de la conservacion lo que movia á Garcés á defenderse del page, sino el vivo deseo de no morir hasta conocer á su hija.

Pero habia llegado la hora de la espiacion.

¿Seria un niño el que habia de castigar el tegido de crímenes que habia formado los dias de la existencia de aquel hombre?

Aturdido Garcés con aquella repentina acometida, se defendia débilmente, y á los pocos momentos, al adelantarse á su adversario, tropezó en un obstáculo que encontró en el suelo y cayó á tierra.

Entonces el jóven se arrojó sobre él, y levantó su acero para introducírselo por el pecho.

Pero al mismo tiempo un hombre apareció en el lugar de la escena y gritó con voz de trueno.

—Jimeno! Qué vas á hacer! Vas á arrancar la vida al padre de María?

—Su padre! esclamó el page dejando caer su espada en el suelo.

—María! prorumpió el caido. Oh! María es mi hija!... déjame, déjame!... quiero abrazar á esa hija!...

Y rápido como el pensamiento, se levantó y comenzó á correr en direccion al pueblo.

Pero un hombre salió de entre las piedras levantadas de la ermita, y se arrojó sobre Garcés, diciéndole con acento

rabioso y vengativo:

—Recibe el premio de tu traicion!

Y hundió un puñal en el pecho de Garcés, que cayó desplomado, esclamando:

—Castigo del cielo! Dios mio, perdon!...

El hombre del puñal era un agareno.

—Islem! prorumpió Gracian reconociéndolo.

Todo esto habia acontecido en muy breves instantes.

El que habia evitado con su voz que el page quitase la vida á Garcés era Martin....

—Acabemos con ellos! aseguró Gracian, algo repuesto ya de aquella escena.

Y volaron todos en seguimiento del enemigo.

Y corrieron hácia Madrid que abrió sus puertas á Gracian, y uniéndose á este y á los suyos los habitantes, que en su mayor parte eran cristianos, acabaron de desbaratar las fuerzas que habian quedado en Madrid para su defensa.

La Vírgen de Atocha habia infundido tal espanto y confusion en los enemigos de Dios, que unos á otros se mataban, atropellándose por escapar de la venganza de los cristianos.

Solamente así puede esplicarse aquella victoria.

Una vez en posesion Gracian de Madrid, comprendió con cuánta precipitacion habia procedido al arrancar la vida á los tres seres mas queridos de su alma.

¡Qué victoria mas triste que la que le habia arrancado una esposa y dos hijas!

Si se regocijaba como caballero por la Reconquista de Madrid, sentia como esposo y como padre la pérdida de Margarita, Lucía y Clara.

Seguros ya de que el enemigo no se atreveria á acercarse á Madrid, tomaron Gracian y sus caballeros el camino de Rivas, y triste y cabizbajo se acercaba el noble vencedor al que habia sido teatro de tan fúnebre acontecimiento.

Ahora reconocia su precipitacion, y temblaba por el

momento en que al entrar en la ermita, aquellos tres cadáveres le hiciesen patente la ofuscacion que se habia apoderado de su alma.

Y sin embargo, un sentimiento de honor exagerado le habia impulsado á teñir sus manos en sangre tan querida.

Ya casi estaban en el terreno del atochar.

Las puertas de la ermita se habian cerrado por aquel, á fin de que ni aun cadáveres sirvieran sus cuerpos de juguete á los agarenos.

Mas hé aquí que al divisarla, ven abiertas la puertas.

¿Quién las habia abierto, si todos la habian abandonado, al dar caza á los moros?

No sabemos qué presentimiento surgió en el alma de Gracian.

Entretanto todo el acompañamiento de esta caminaba tras él en silencio.

Era que todos participaban de la angustia que ahogaba su alma.

Por fin, llegan á la entrada; penetra Gracian en la ermita, tiende sus ojos hácia el altar, y al fijarse en él, apenas puede creer lo que pasa por sus sentidos.

Todos entran detrás del caballero y lanzan un grito de admiracion y de alegría.

¿Qué habian visto aquellos hombres?

Al pie del altar, delante de la imágen de la Vírgen de Atocha, estaban llenas de vida Margarita y sus dos bellas hijas en ademán fervoroso.

—Margarita!... Lucía!... Clara!... gritó Gracian saltando el corazon de su pecho, y arrojándose en brazos de aquellos pedazos de su alma.

—Vivas!... están vivas!... esclamaron todos.

—Gracian! pronunció Margarita, bendice á la Vírgen de Atocha que nos ha devuelto la vida!...

—Milagro!.. milagro!.. repetian todos cayendo de rodillas ante la imágen.

—Clara, con que es cierto? no es ilusion de mis sentidos? murmuraba Ruiz-Perez.

—No, respondia aquella, esa Vírgen purísima ha realizado mi sueño.

—Margarita.... su proteccion ha sido completa; á esa Madre amorosa debo la reconquista de Madrid y la resurreccion de mi familia, continuaba Gracian.

—Bendita tú mil veces, Vírgen María!... nuestras lenguas no cesarán jamás de cantar tus alabanzas!

Y se confundieron todos, dándose plácemes, en tanto que brotaban lágrimas de los ojos de aquellos hombres sencillos.

Como prueba del milagro obrado por la Vírgen de Atocha, los cuellos de Margarita, Lucía y Clara conservaban una cinta roja en el sitio en que el acero de Gracian se tiñó con la sangre inocente de aquellas víctimas del honor.

CAPITULO XIX.

Al cual hubiera puesto cualquiera otro autor el nombre de Epílogo *á la moderna, pero que á la antigua se llamaria* Conclusion.

Hasta aquí la crónica que acabamos de referir.

Sin embargo de que no nos hemos dedicado al estudio de las antigüedades, no sabemos cómo se nos vino á las manos una hoja, que estaba mal pegada á un libro, y en ella nos encontramos de manos á boca con unos garabatos, que ni el mas pintado que las interpretara.

No tuvimos que ir á buscar á algun moro que nos ahorrara este trabajo, como se vió obligado á hacerlo el autor del Quijote, porque los tales caractéres, en que parecia estar escrita, no eran arábigos ni mucho menos.

El primer trabajo consistia en averiguar el idioma en que se hallaba, y por cierto aseguro á los lectores, que casi pudiera llamarse obra de romanos tal averiguacion.

Como por nuestra diaria ocupacion tenemos que haber

siempre á las manos libros latinos, se nos vino á las mientes, y vean los lectores qué feliz inspiracion, que el tal polvoriento papel debia estar escrito en el idioma de Ciceron.

Y pusimos manos á la obra, y ya descifrando una palabra, ya una letra medio borrada, ora un nombre, ora una abreviatura, unas veces maldiciendo al manuscrito y á su pésimo autor, otras revolviendo nuestro magin y dando vueltas al papel en todas direcciones, acabamos, despues de largas vigilias y de prolijos trabajos, de traducir lo que en él habia querido poner su autor.

Y quieren saber nuestros lectores por qué teniamos tanto empeño en resolver aquel enigma?

Pues fué porque ignorábamos cuál habia sido el fin que habian tenido los personages de nuestra crónica, y un presentimiento oculto nos acosaba, diciéndonos que en aquel papel debia hallarse algo de lo que nosotros buscábamos.

Estos caractéres tan rabiosos nadie podia haberlos fraguado sino el que escribió el pergamino, que tal variacion habia obrado en el alma de Juan Garcés.

Y nuestro presentimiento no nos engañó.

Vean ahora nuestros lectores lo que pudimos sacar en claro.

El manuscrito parecia datar de una época seis años posterior á la en que tuvo lugar nuestra crónica.

Gracian vivia feliz con su esposa y sus hijas, y en algunos ratos se entretenia en juguetear con un niño y una niña frescos y colorados como dos rosas. Eran hijos de Ruiz-Perez y Clara, casados al poco tiempo de la Reconquista de Madrid.

Igualmente se habian unido el pagecillo y María, y esta habia tenido una preciosa niña.

La dicha mas risueña reinaba entre aquellos seres tan virtuosos.

Por lo que respecta á Martin, se pasaba las horas muertas, embobado con los chiquetines como les llamaba él, los

cuales le hacian rabiar no pocas veces, tirándole de las barbas.

Alfonsa, no habia que temer que refiriese á alguno la historia de la hija de Garcés, por la sencilla razon de que habia muerto,

Colás y Antona tuvieron buen cuidado de no meterse mas en apreturas, sobre todo si se encontraba cerca el brazo de Pericote.

En cuanto á este, no consta del manuscrito si continuó haciendo progresos, sin saberlo, en el estudio práctico de los principios homeopáticos; solo se dice en el papel, que en los ratos de ocio se ponia á referir las innumerables barbaridades obradas por él en la batalla del atochar. Segun su cuenta, habian pasado de mil los moros que habia despachado al otro mundo.

De Guzman y Garcés no se sabía una palabra por el autor de la hoja. Sin embargo, se susurraba que el primero, al saber en Rivas lo que habia pasado en el atochar, habia puesto tierra de por medio, por temor á las curas de Pericote; y con respecto al segundo, no fué hallado en el terreno en que cayó herido por el puñal de Islem, ni volvió á saberse nada de él. Maria ignoró siempre el misterio de su nacimiento.

Un piadoso ermitaño de luenga barba blanca é inmensa capucha que le ocultaba casi todo el rostro, era el guardian de la milagrosa imágen; y se narraban de él pasmosas mortificaciones y ayunos; Martin vió sin embargo animarse los ojos de aquel penitente anciano no pocas veces, cuando María iba á visitar á la Vírgen; y un dia al aparecer muerto el ermitaño, el buen escudero, que habia concebido una sospecha, corrió á registrar su cadáver y encontró colgado de su cuello y oculto en su pecho un medallon con el retrato de Isabel.

¿Era aquel hombre Juan Garcés, que quiso espiar sus muchos crímenes con el tormento de no abrazar jamás á una hija á quien tanto amaba?

Eso, Martin era quien lo sabia, y Dios que recibió en su seno aquel alma penitente.

Hé aquí cómo describe la piadosa tradicion del milagro obrado por la Vírgen de Atocha, en su poema El Isidro, el gran Lope de Vega. Las primeras palabras las pone en boca de Gracian, al volver con los suyos victorioso sobre sus enemigos.

Sabed amigos que he muerto,
Estando de morir cierto,
Mis hijas y mi muger:
Mirad si es esto vencer
O llegar vencido al puerto.

De Atocha en la santa ermita
Porque el moro no violara
Mi sangre, al alma tan cara,
Dí la muerte á Margarita,
Lucía y la hermosa Clara.

Allí, en muriendo las cierro,
Sin darlas mejor entierro;
Aunque las dí eterna gloria,
Y háme dado Dios victoria
Porque conozca mi yerro.

Por el rostro venerable
(Cuando esto dijo) caian
Las lágrimas, que llovian
Los ojos, que al lamentable
Caso dos fuentes se hacian.

Discurrió un temor helado
Del grande al menor soldado,
Desde la circunferencia
Al centro, y quedó en la esencia
del corazon alterado.

. . . . . .

Al fin para darle gracias
A la Vírgen, y á las muertas
Lágrimas justas é inciertas,
Con victorias y desgracias
Llegan del templo á las puertas.

. . . . . .

. . . . . .

¡Gran milagro! cosa rara!
Que hallaron vivas las muertas
y hablando á la hermosa Clara.

Lo que entonces sentirian
Y á la imágen le dirian,
Lector, tú bien lo conoces,
Que con las manos y voces
Los pechos y aires rompian.

Esta portentosa maravilla y la Reconquista de Madrid por Gracian se fija en el año de 720. Nuevamente cayó bajo el yugo de los agarenos esta villa, hasta que la volvió á conquistar D. Alonso VI en 1085.

FIN DE LA LEYENDA.

LAS TRES FLORES.

¿Has entrado alguna vez, lector, en algun bellísimo jardin esmaltado por vistosa variedad de frescas y delicadas flores?

Si eres lector el que pasas ahora tu vista por estas líneas, acaso pudiera ser que no, y acaso sí; pero si en vez de ser lector eres lectora, entonces nos atrevemos á apostar ciento contra uno á que, no alguna, sino muchas veces, habrás contemplado extasiada ese hermoso cuadro que forman las flores mezcladas en ordenado desórden en un jardin.

¿Hay alguna jóven á quien no le agraden las flores?

Respondan ellas por mí.

Ello es que parece que hay una íntima relacion entre una flor delicada y una jóven pura.

Entre la frescura de aquella y la gracia inocente de esta.

Entre el céfiro que va abrir el cáliz de ambrosía de una flor, y la gracia que abre para el cielo flores hermosísimas de virginidad.

Al mundo real de los seres orgánicos preside una ley, como preside al mundo moral, al intelectual y al social.

El que se separe de esa ley, tiene que morir sin remedio; como muere el corazon, la inteligencia y la sociedad, cuando se atreven á hollar la suya.

Decimos esto para que nos sirva de preámbulo á una leyenda que queremos escribir, en la cual los personages

que intervengan no van á ser hombres, ni mugeres, no van á ser corazones, ni inteligencia, ni sociedad.

Tres flores son los héroes de nuestra leyenda.

Y allá va este otro preámbulo.

No se enfaden nuestros lectores.... Será muy corto.

Proponiéndome al escribir esta obra, no solo deleitar, si que tambien enseñar, y suponiendo que este libro pueda ir á manos de alguna niña, bueno será que la pobrecita tenga tambien su ratito de lectura y le demos algo que se adapte á sus gustos y sentimientos.

¿Y cómo conseguiremos esto? nos digimos cuando se nos ocurrió tal idea.

¿Cómo? De la manera mas hacedera del mundo.

A una niña le gustan por necesidad las flores.

Luego si le damos una leyendita de flores, ó vamos muy equivocados, ó la niña ha de batir palmas de contento cuando la lea.

Tres flores van á sernos suficientes.

Véngase, pues, conmigo la niña en cuyas manos haya caido mi libro.

No hay cuidado: no se cansará, pues no tenemos (á Dios gracias) que andar mucho para encontrarnos con un jardin de manos á boca.

En nuestra baja Andalucía, cada casa es un jardin.

Cada jóven es una jardinera.

¿Qué jóven hay que no cultive cierto número de plantas, aquellas con las que mas simpatiza?

Porque debes saber, niña, que de gustos nada se ha escrito, y esto mismo pasa con las flores y sus amigas.

Pues señor, ya estamos en el jardin.

¡Y vaya si es bonito!

Mira las rosas, unas blancas, otras rojas, otras matizadas; atiende bien á la galanura del trage con que se revisten. Algun poquillo de orgullo mal reprimido se asoma á las megillas de sus hojas.

Mira aquellas magestuosas dálias cómo se elevan sobre las demás compañeras, como imaginándose que deben va-

ler mas que ellas, puesto que la naturaleza las ha colocado en mas alta cuna.

Allí está el nardo tambien; su aroma, aunque lo ha tomado de la tierra que le da vida, del cielo que le da rocío y del céfiro que le da esbeltez, apostara cualquier cosa á que se encuentra un poquito pagado de lo que... no es suyo.

Ve allí en aquel rincon á la violeta: héla humildita, considerándose indigna de competir con sus compañeras. Es modesta, y como cantó un dulcísimo poeta, mereció un dia que el clavel la eligiera por esposa (1).

Pero no quiero que te entretengas, niña, en curiosear por el jardin todos los vicios y virtudes que aparecen en los cálices de las flores.

Porque has de saber, que son muy pocos los vicios y las virtudes que se pueden ocultar.

La hipocresía tiene un campo muy reducido.

Créeme: se puede abrigar por algun tiempo; pero al cabo viene á tierra con espantosa ruina el castillo en que logra atrincherarse.

Y lo mismo pasa con la virtud: esta se trasluce al exterior como un vaso manifiesta el color del líquido que contiene.

Pero silencio.... chist!...

¿No oyes lo que están allí hablando aquellas flores?

¡Qué será!

¿Tú crees que las flores no hablan?

Pues creias mal.

Acércate un poco.... así.... muy despacito.... paso á paso.... no nos atisben, y se eche todo á perder.

Atiende.... atiende á lo que dicen....

Pero calla.... son una azucena, una rosa y una amapola.

—Amiga amapola, tienes muy mal gusto, permíteme que te lo diga.

---

(1) Selgas.

—Y dígame la rosa.... ¿lo tienes tú mejor?

—Tanto que sí.

—Pues opino que no.

—Habla.

—Dices que tu afan es brillar y lucir; ¿y crees que lo conseguirás en las ciudades?

—¿Y por qué no?

—Necia, con lágrimas de sangre pagarás tu vano orgullo! Apenas te arranquen del rosal, de cuyas raices brotaste un dia, verás caer una por una tus mas bellas hojas. ¡La esbeltez de tu tallo, que ahora es movido por el céfiro, morirá; la frescura de tu cáliz y la viveza de tus matices desaparecerá, y al cabo serás arrojada á un muladar!

—¿Y el goce que antes me llenará cuando brille en la frente de una jóven, llevando á mi alrededor como súbditas otras varias florecillas?

—¡El calor de la cabeza de tu ama te marchitará al momento!...

—¿Y el aroma que difundiré por do quiera que vaya?

—¡Pronto se disipará en cuanto pierda su frescura tu cáliz!

—¿Y la hermosura de mis hojas?

—¡Será ajada por el gas que alumbre los suntuosos salones del baile!

—En suma, ¿desapruebas mi deseo?

—Con toda mi alma....

—¡Pues no hay duda que el tuyo aventaja al mio!...

—Esa ironía no me da pena....

—Amapola, ¿serás mas feliz que yo, oculta las mejores horas de tu vida en este apartado recinto?

—Así lo creo, rosa.

—¡Morirás en la misma oscuridad en que has nacido!

—Bien.... ¿y qué?

—No habrá una mano que te acaricie.

—Mejor; con eso no me arrancarán jamás del tallo que me dió ser.

—No habrá quien aspire tu aroma.

—No lo tengo. y aunque lo tuviera mi cáliz, huiria del hálito humano por temor de que me matase.

—Acaso no haya quien recoja, despues que te marchites, la semilla con que pudieras procrear otras flores.

—En ese caso me pasaria lo que á tí.

—En fin.... ¿no te avienes á acompañarme á la ciudad?

—No en mis dias. Lejos de mí tan descabellado pensamiento.

—¿Con que es vana toda discusion?...

—Sin duda.... Contenta me hallo en la cuna que me meció, y en la tierra que me hizo brotar.

—Eso es egoismo....

—Llámalo como te se antoje.

—La naturaleza ha querido formarnos para recrear con nuestros matices y galanura al hombre, rey de la creacion entera.

—¿Y qué?...

—Que te opones á su designio al permanecer en la oscuridad.

—¡El hombre búsquese otros goces, que no le faltarán en otras criaturas, pero déjeme á mí con mis gracias en mi jardin!

—Lo dicho, comadre, eso es egoismo....

—Y el tuyo será orgullo... ¿cuál te parece vicio peor... rosa?

—Eso, amiga amapola, nos lo dirá la azucena. Eh, azucena, ¿has escuchado nuestra discusion?

—Sí....

—¿Y qué te parece?

—Que vais ambas erradas....

—¡Hola!.... veamos: cuál es el porvenir que ambicionas!....

—Ninguno....

—¿Qué dices?... No seas hipócrita: ¿nada te ilusiona en la tierra?

—Sí: una sola cosa.

—Veamos....

—Dicen los hombres que soy el emblema de la pureza.

—Y bien....

—Y que no puede existir esta sin la humildad....

—¡Hola!.... ¿eres filósofa?...

—Hélo oido á nuestra linda ama....

—Sigue tu razonamiento.

—Ya está concluido.

—Pues amiga, no veo el enlace entre las ideas.

—¿No comprendes que si quiero ser pura ha de ser á trueque de ser humilde?

—¡Ya!....

—La pureza inmodesta nunca ha existido.

—¡No lo sabia!

—O para hablar con mas propiedad, la pureza huye del corazon que da entrada á la soberbia.

—¿Sabes que eres entendida?...

—Yo no sé nada.... esto se lo oí á otro....

—¿De modo que reprobarás segun eso la conducta de la rosa?

—Sí.

—Lo estás oyendo rosa?

—Pero tambien condeno la tuya, amapola.

—¡La mia!.... ¡No comprendo por qué!.... ¿No acabas de decir que ambicionas la humildad? ¿Y qué mayor humildad que la mia? ¡Yo no apetezco brillar en la tierra!

—Conforme.... Eso probará que no tienes el vicio de la soberbia.

—Luego entonces....

—Pero das cabida en tu pecho á otro, tan malo por lo menos, como el de la rosa.

—Habla....

—Eres egoista....

—¡Ya!.... ¡eso dices! ¿Desde cuándo es egoismo el deseo de contentarse una con lo que el cielo le ha dado y permanecer en su misma oscuridad?

—Cierto.... Pero no es esa indiferencia la que Dios quiere.

—No te entiendo!

—Más claro. Quiere tambien el cielo que cuando podamos ostentar á la vista de otros las gracias que nos concediera, lo hagamos sin empacho alguno, si bien reconociendo que no somos ni valemos nada, y refiriendo al autor de todo bien la gloria de cuanto hagamos. Ensimismarse uno y huir de hacer todo lo que no redunde en su beneficio, es egoismo, y bien refinado por cierto, porque quiere escudarse con la capa de humildad.

—¿Lo oyes, amapola?

—Lo oigo, rosa; pero digas lo que quieras, azucena, no varío por eso de conducta.

—Bien está: no seré yo quien te fuerce á ello.

—Veremos quién es mas feliz de las tres.

—Yo, que brillaré por mi hermosura y matices en los salones.

—Yo, que permaneceré gozando de los dones que poseo sin ir á hacer compartícipes de ellos á otros.

—Yo, que seré tenida por emblema de la pureza y la humildad.

Hé aquí, niña, lo que decian aquellas tres flores.

Y, vamos á ver: ¿por cuál de ellas te inclinas?

¿Eres egoista como la amapola?

Veo que dices que no.

¿Serás orgullosa como la rosa?

Dícesme tambien que no.

¿Eres pura y humilde como la azucena?

Me declaras que quieres serlo.

Pues para que veas el fin distinto que tuvieron aquellas tres flores, óyeme ahora que te lo voy á referir al punto.

Las tres vieron cumplidos sus deseos.

De la amapola nadie se acordó; bien pudiera ser que para nada sirviera en concepto de su jóven ama, y fuera despreciada por esta, pagándole en igual moneda su necio egoismo. Por lo demás, no por eso tuvo la suerte de vivir mucho: no sabemos qué especie de animalejo se acercó á poco de la conversacion y royó el tallo en que se levanta-

ba la flor, viniendo al suelo y siendo pisada y marchita á los pocos momentos.

¿Seria un castigo del cielo?

La rosa tuvo la satisfaccion de ser cortada por la linda jóven ama del jardin, y aquella misma noche fué la reina de las flores solo por un momento. Brillando sus matices en la frente de la jóven, vió caer una tras otra sus mejores hojas y á poco fué arrojada á un rincon despreciable.

Su mismo orgullo satisfecho la habia matado.

Sería aquello una expiacion?

En cuanto á la flor humilde y pura, al dia siguiente muy de mañana fué el jardinero á hacer un hermoso ramo de azucenas. No lejos del jardin habia una preciosa iglesia en cuyo altar se levantaba una imágen hermosísima de la Vírgen María. Celebrábase no recordamos qué funcion religiosa á la Madre de Dios, y en sus manos se puso el ramo de azucenas formado por el piadoso jardinero.

Y refieren que la flor, cuyas palabras cogimos en el jardin, era la que sobresalia entre sus compañeras, y que considerándose indigna de estar en las manos de María Santísima, profirió en medio de su humildad:

—¡Oh Vírgen purísima: no soy digna de que me abrigues en tus manos! Pero dame un destello de tu pureza y moriré contenta!

—¡No morirás, cuentan que habló la imágen; Angeles mios, recoged en vuestras copas la esencia de esta bendita flor y llevadla á los cielos!!

Y así fué.

Los ángeles acataron la soberana voluntad de su Reina, y á contar desde aquel momento, dicen que la mansion en que se eleva el Trono de Dios y el de su Madre Santísima en los cielos, está perfumado por los aromas de la azucena.

VENGANZA DE BUENA LEY.

VENGANZA DE BUENA LEY.

LEYENDA DIALOGADA, ESCRITA EN VARIEDAD DE METROS (1).

PERSONAS QUE HABLAN.

ESTRELLA, 20 AÑOS.	JULIO DE MONCADA, 21.
MIRAFLOR, 60.	JIMENO, 50.
D. FERNANDO DE LARA, 40.	

ACTO UNICO.

Salon gótico, alhajado conforme á la época. Puert s laterales en primero y segundo término. En el fondo y á la izquierda la puerta de entrada, y á la derecha un balcon. En una mesa debe haber un candelabro con luces.

ESCENA PRIMERA.

MIRAFLOR, JIMENO.

MIR. Pues yo os repito, Jimeno,
Que hay algo....
JIM. Digo que no?...
MIR. Esa vida tan austera
Que sigue en esta mansion,
Siempre con ceño arrugado

(1) Muchos suscritores y amigos del autor, han manifestado á este su deseo de ver en esta coleccion una leyenda en verso. LA VENGANZA DE BUENA LEY, mas bien que leyenda, es rigurosamente un drama, y aunque hubiera sido fácil intercalar algunos trozos en forma narrativa, el autor ha preferido dejarla tal como primitivamente la escribió; tanto mas, cuanto que en el trascurso de esta obra se habrá echado de ver la importancia que ha dado al diálogo, con el solo objeto de hacer mas amena su lectura.

Y con irritada voz,
Es cosa que me da mucho
Que pensar.... ¡mucho!....

JIM. ¿Y á vos,
La dueña, qué importa el ceño
De nuestro amo y señor?

MIR. ¿A mí? nada. Mas la niña,
La pupila, es un dolor
Cómo se pasa los años
En este castillo!...

JIM. Oh!
Es tan dulce aquesa niña
Y tan callada, que no
Se atreverá á proferir
Una queja....

MIR. Pues y yo
Digo lo contrario? ella,
Claro.... oculta su dolor
Y su tristeza delante
De su favorecedor;
Mas cuando á solas conmigo
Queda, parte el corazon
Escuchar sus cuitas!...

JIM. Hola!
Sus cuitas, eh! y vamos, vos *(Con intencion)*
Me direis, aquesas cuitas
Son quizá cuitas de amor?

MIR. De amor? Y cómo! encerrada
En este castillo hoy
Y ayer y siempre, ¿quién nunca
Su belleza contempló?

JIM. Es verdad....

MIR. Aquí en el monte,
Desde que aparece el sol
Hasta que muere, no ve
Mas caras que al amo, á vos

Y á mí.

JIM. Bien... ¿Pero olvidais *(Con misterio)*
Que ha tres meses enfermó
Estrella, y que D. Fernando
Para calmar su afliccion,
Creyendo fuera debida
A la soledad, dejó
Que una semana en Madrid
Pasará?

MIR. Y qué?

JIM. Distraccion
Vos sin duda le buscábais....
Y.... allí....

MIR. Explicaos por Dios!....
Esa sospecha....

JIM. Conozco
A la dueña Miraflor
Ha muchos años....

MIR. Y qué?...

JIM. Y no me engañais....

MIR. Si no
Hablais mas claro.... *(Fingiendo)*

JIM. Bastante
Que me comprendeis....

MIR. Pues yo
Os juro!...

JIM. Bah! no temais
Que nada sabe el señor
Ni sabrá.... Y basta.... no hablemos
Mas de este asunto.

MIR. Si estoy
Asombrada de escucharos!

JIM. Terminada la cuestion.

MIR. Pues terminada; y amigo,
Decidme, puesto que sois
Tan listo, ¿hais adivinado

El misterio que envolvió
La venida de la niña
A este castillo?

JIM. Quién, yo?
Nada sé....

MIR. Vamos, ahora
Me toca á mí.... ¿Nada vió
El escudero Jimeno
La noche del veintidos *(Con misterio)*
De enero hace veinte años?

JIM. Nada! *(Encogiéndose de hombros)*

MIR. Milagro! El reloj
Marcaba las doce, cuando
Allá á lo lejos se oyó
Sonar el cuerno de caza
De nuestro amo.... el bridon
Galopaba hácia el castillo....
Se alzó el rastrillo y entró
Nuestro señor don Fernando....
Creo que le seguíais vos....

JIM. Yo?.... no recuerdo!...

MIR. Al subir
Por la escalera, el farol
Que llevábais en la mano
Su clara luz derramó
Sobre el amo.... un envoltorio
Traía en sus brazos.... en pos
Iba una muger del monte.....
En esto el llanto se oyó
De un niño....

JIM. Y bien?...

MIR. Todo el mundo
Sabe esa historia.... No son
Misterios impenetrables
Que esa niña se crió
En el castillo..... que luego

Llamó á todos la atencion
El cariño que nuestro amo
En ella depositó....
Que eran todas sus delicias
Gozar del puro candor
De Estrella.... que su carácter
Se hizo lúgubre y triston,
Y la sonrisa á su rostro
Nunca asomaba, si no
al recibir las caricias
Que le brindaba su amor....
¡Pues esto bien lo sabeis
Lo mismo que lo sé yo!

JIM. Y qué mas?...

MIR. ¡Qué hombre! Su calma
Me mata! acabad por Dios!...
¿De dónde vino esa niña,
Y quiénes sus padres son?

JIM. (Bruja maldita!)

MIR. No puedo
Con vuestra pesadez!

JIM. Oh!
Sois muy viva! y... ya se vé....
Como no soy tan veloz....
Pues.... opino.... que debemos
Dejar para otra ocasion
El narraros.... es muy larga
La historia!... y.... creo que el señor
Me llama....

MIR. Si está cazando...

JIM. Adios, dueña Miraflor!
(Se vá por el fondo sin hacerla caso).

MIR. Está visto que este hombre
Nunca se encuentra de humor
Para contarme.... La niña
Viene aquí.... válganos Dios!...

ESCENA II.

Miraflor y Estrella, que sale por la derecha segundo término.

MIR. Aun levantada?
EST. Sí; dime, el de Lara?
MIR. En el monte.
EST. Tan tarde!
MIR. No os asombre:
Nuestro señor es hombre
De conducta tan rara,
Que por nada en el mundo dejaria
Tan siquiera una vez su cacería.
EST. Siempre de nobles fué, tras el venado
En el monte correr....
MIR. Mucho: por eso, *(Ironía)*
Apenas ha la aurora despuntado
Corre á buscar al monte su embeleso.
EST. ¡Ay Miraflor, en su conducta estraña,
Y en ese afan que siempre le enagena,
Algun misterio impenetrable entraña
Dolor oculto y angustiosa pena!
¿Qué terrible cadena
Le ata á los montes con su férreo yugo,
Y qué fiero verdugo
Un dia y otro dia allá en su alma
Horrible le tortura,
Y le auyenta la calma
Y le roba la paz y la ventura?
Si alguna vez en su semblante miro
Dulce expresion, y amante y cariñoso
Con ternura me sienta en sus rodillas,
Un ahogado suspiro
Se escapa de su pecho, y angustioso
Ayes tristes exhala,

Y al besarme, contemplo en sus megillas
Que una lágrima triste se resbala!
Será ilusion acaso de mi mente?...
Mi voz al escuchar, se regenera....
Y me besa.... y me besa dulcemente....
Y en su faz la alegría rebervera!...
Yo, huérfana, sin nadie en este mundo,
Por su piadosa mano recogida
En este asilo, su dolor profundo
Calmar quisiera á costa de mi vida!
Y él, que mi amor contempla y mi desvelo,
Premia mi afan, y díceme «en la tierra,
Tras el infierno que mi pecho encierra,
Tú eres el ángel que me ostenta un cielo!»
Y, dueña, por qué así?...

MIR, Me maravillo
De que así os estrañeis!... ¿quizá ignorais
Que desde que aquí estais
Sois la sola alegría del Castillo?
Don Fernando, el galan mas placentero
Que brillara en la corte
De Cárlos Quinto, el jóven caballero
Que por su noble porte
Era siempre en las lides el primero,
Quien, de la gloria avaro,
Fué modelo de fuertes campeones,
Llevando victorioso los pendones
Del leon de Castilla,
Y alcanzara preclaro
Renombre sin mancilla,
Hace años veinte que en el monte vive
Sin acordarse de la gloria humana,
Sin que nada en el mundo le cautive
Con su pompa liviana.
Solo á las puras gracias infantiles
Y á las caricias de una niña hermosa

Se despiertan en él los juveniles
Animos, y reposa
De la terrible angustia que le acosa.
Y esa niña sois vos.... y la honda huella
De su fiera inquietud, y la agonía
Que su semblante sella,
En el estruendo de la cacería
Borrar pretende, y de la hermosa Estrella
Con la sencilla y cándida alegría.
¿Qué callado misterio
Se oculta en el pasado
De este noble señor? Quién tuvo imperio
Para arrancar al jóven esforzado
Del campo de batalla,
Y aquí le encierra y su ambicion acalla?

EST. Tienes razon! misterio impenetrable,
Que alcanzar no le es dado
A nuestra pobre mente,
Se encierra en su conducta! Tristemente
Contemplo su dolor!...

MIR. La suerte ingrata
A vos tambien os atormenta fiera....

EST. Qué dices!... *(Suena un cuerno de caza).*

MIR. Ya se acerca.... Lisonjera
Ilusion, dulce y grata,
Brilló solo un instante
En vuestro pecho amante!

EST. Calla, calla por Dios! á mi memoria
No evoques el recuerdo de Moncada!
Tú lo has dicho, ilusion fué transitoria!...
Ay! soy muy desgraciada! *(Llora)*

MIR. No lloreis....

EST. Yo, criatura desvalida,
Y de baja fortuna
En el mundo nacida,
No puedo amar á un hombre de alta cuna!

MIR. Aquí se acerca... vedle; pensativo
Cual siempre y cabizbajo!...
(Lástima de señor! y qué trabajo
Para esta pobre niña! me desvivo!)

ESCENA III.

Las mismas y D. Fernando de Lara.

LARA. Tengo que hablar con Estrella. *(A la dueña)*
MIR. (Vaya una salutacion!
Lo dicho! la caza y ella
Son toda su ocupacion.) *(Se va)*
EST. Qué me quereis, padre mio? *(Con ternura)*
LARA. (Oh! qué nombre, Dios Eterno!
Hasta cuándo!... desvarío!...)
Siéntate, vamos. El tierno *(Se sientan)*
Afecto, que tu alma pura
Siempre abrigó á tu tutor,
Confianza me asegura
De parte de tu candor.
EST. Sabeis que siempre sumisa
Sierva tuvísteis en mí,
Y su voluntad precisa
Con satisfaccion cumplí.
LARA. Lo sé: (esploremos) aislada
Desde muy niña en el monte,
No suspiras fastidiada
Por mas alegre horizonte?
EST. Padre....
LARA. (Otra vez!... qué martirio!
Oir su voz, y no poder!...
Qué tentacion.... Oh!... delirio!
Corazon, á padecer!...)
Habla....

EST. Huérfana infeliz,
Fuí recogida por vos;
¿Quién pudo hacerme feliz
Sino vos despues de Dios?
A la niña abandonada
Tendísteis mano piadosa,
Y crecí, siendo adorada
Por vos, cual hija amorosa.
Y era toda la delicia
De mi amante corazon,
Haceros una caricia
En premio de vuestra accion.
Dije, ¿cómo pagaré
Tanto como hace por mí?
Cuando gozásteis, gocé,
Cuando sufristeis, sufrí!
Y una voz, allá en mi alma,
Recóndita me decía,
Ofrece á sus penas calma,
Y auyenta fiel su agonía.
Y si el pecho lacerado
Está de letal veneno,
Dale bálsamo colmado;
Sé en la tierra su ángel bueno.
Y desde entonces risueña,
Deuda de sentido amor,
Cual mi corazon me enseña,
Pagué yo á mi bienhechor.
Que si mi vida y aliento
Os curáran vuestra herida,
Para auyentar el tormento
Os diera mi aliento y vida!

LARA. Cesa, cesa en tus palabras
Angel bendito de Dios!
Tú eres quien mi dicha labras,
Tú vas de mi encanto en pos!

Oyeme, cuando en el cielo
Se decretó mi castigo,
Dios me deparó un consuelo
Al darme tu amor contigo.
Porque, Estrella, yo en el mundo
Pesada cadena arrastro
De tormento furibundo,
Y hasta que no borre el rastro
De un crímen.... oh, sí, de un crímen!
Fantasma negro me acosa,
Y sus brazos me comprimen
En lucha fiera.... espantosa!
Y sin tu faz bendecida
Y dulce consolacion,
Fuera un infierno mi vida
De tormento y maldicion.
Por eso cuando mis ojos
Se fijan, Estrella, en tí,
De mi Dios en los enojos
Creo que hay perdon para mí. *(Llora)*

EST. Llorad, oh! sí; que es el llanto
Bendita lluvia del alma,
Que apaga el duro quebranto
Y hace germinar la calma.

LARA. (Por qué, Dios mio, por qué
Tanto sufrir!... si aun es poco,
Las heces agotaré!
Perdon, mi Dios, estoy loco!)

ESCENA IV.

Dichos, Jimeno.

JIM. Señor.

LARA. Qué.

JIM. Un caminante

Albergue demanda....

LARA. Quién?...

JIM. Parece noble....

LARA. Adelante.

JIM. Y quiere veros.

LARA. Pues bien:
Haz que entre el caballero. *(Sale Jimeno)*
Ya es hora de descansar, *(Se levantan)*
Estrella; adios....

EST. Ved que os quiero
Siempre feliz contemplar.

ESCENA V.

Los mismos, Julio de Moncada.

MON. Que guarde Dios al noble castellano.

LARA. Con él vengais....

MON. (Qué miro! cielo! es ella!)
(Reconociéndose los dos, al retirarse Estrella).

EST. (Oh, Julio de Moncada!)

LARA. (No es villano
El apuesto doncel!) Entre.

MON. (Es Estrella!)

LARA. Y pues la noche le cogió en el llano,
Y en el cielo no brilla ni una estrella,
A honra tengo, y me cabe así decillo,
Que un albergue os depare mi castillo.

MON. Gracias.... dos ó tres horas la jornada
Demoraré no mas.

LARA. Pues, por quien soy,
Que me parece muy precipitada!
Prisa llevais á fé!...

MON. Cúmpleme hoy
Dejar una alta empresa terminada

De mi señor....

LARA. Soldado sois?...

MON. Y voy
Hácia la corte á noticiar la gloria
Mayor que escriba nuestra patria historia.

LARA. Explicaos!...

MON. De las aguas de Lepanto
Acabo de llegar....

LARA. El turco.... *(Con agitacion)*

MON. Rota
Su línea fué con sin igual quebranto
De sus potentes naves; y allí flota
Entre las olas para horror y espanto
De la agarena gente, en la derrota,
La media luna por la España hundida,
Y en polvo su soberbia convertida.

LARA. Cómo! D. Juan de Austria!

MON. Victorioso
Paseó por las aguas los pendones
De Castilla, y al turco belicoso
Ha arrancado sus timbres y blasones.
No tema ya la Europa el ominoso
Yugo de Alí; sus fieros galeones
Desechos fueron en las griegas olas
Por las invictas näos españolas.

LARA. Oh! cómo al nombre de la patria mia
Mi corazon dormido se levanta!
España, la nacion que desafia
A los tiranos, y con dura planta
En humillar al fuerte se gloría,
Y su soberbia y ambicion quebranta,
Doquiera fije sus ardientes ojos,
Suyos serán del orbe los despojos.
Escuchad, el guerrero: en la espesura
Ha veinte años mi existencia corre;
A solas en el monte y la llanura,

Seis soldados me guardan y una torre;
Mas cuando albergue en mi mansion procura
El peregrino, mi piedad le acorre,
Y al contarme las glorias de mi España,
Llanto de gozo mis megillas baña.
Habladme, pues.... al español acento
Mi corazon entusiasmado late:
¿Decís que halló su tumba el ardimiento
Del turco, de Lepanto en el combate?
Os escucho.... empezad.

MON. (Su noble aliento
Me cautiva!) Quereis que os lo relate?
Pues atended; y guarde la memoria
El hecho insigne de tan alta gloria.
Ya sabreis qué satánica esperanza
Concibiera no ha mucho el otomano
De sojuzgar con bárbara pujanza
En la Europa las tierras del cristiano;
Ya á los mares trescientos buques lanza,
Ya sufre Italia su dominio insano,
Pero la España su poder desprecia
Y se liga con Roma y con Venecia.
Voló la nueva, cual el rayo gira
Por la region del ancho firmamento,
Y nuestra patria de furor se inspira,
Y lanza un grito de venganza.... el viento
Llevó sus ecos por do quier... respira
Todo venganza.... y el terrible acento
Cuentan que á resonar fué en el oido
Del bárbaro Selim, jamás vencido.
D. Juan de Austria á las lejanas olas
Será quien lleve la arriesgada empresa;
Y parte con las naves españolas,
Y el mar se humilla y á sus proras besa.
Giran flámulas mil y banderolas,
Y el de Austria grita «pues les falta huesa

A los hijos de Agar, el cristianismo
Húndalos para siempre en el abismo!»
Dijo; y el ángel tutelar de España
Repitió sus palabras en el cielo,
Y al ver la fe que su valor entraña
Bendijo Dios el español desvelo:
Súbita agitacion y fuerza estraña
El corazon sintió, y en vivo anhelo,
Juró buscar, de gloria en los altares,
Victoria ó muerte en los remotos mares.
Y la victoria halló.... y en saña fiera
Horrendo choque las escuadras dieron;
Ya sus rayos el sol no reverbera,
Y ayes y gritos por do quier surgieron.
El mar sus aguas con rigor altera,
La destruccion y muerte se cernieron,
Y, al devorar con saña sus despojos,
Fueron los mares con la sangre rojos!
Tres horas de esterminio y de ruina!
Quién vence á quién el español lo ignora....
El sol hácia occidente se encamina,
Y la inquietud el corazon devora.
Cuando inspirado de mocion divina
Clama al cielo D. Juan: «Oh, tú, Señora,
Vírgen y Madre, por tu NOMBRE SANTO
Dá VICTORIA (1) á tus hijos en Lepanto!»
Y con ímpetu y furia desusada,
Y, dando al aire el rojo gallardete,
A la galera por Alí mandada

(1) La imágen de Nuestra Señora de las Victorias, que llevaba en su Capitana D. Juan de Austria en la batalla de Lepanto, se conserva en la preciosa capilla del Colegio Naval Militar, así como tambien el documento que acredita su autenticidad é indica las diversas circunstancias por que ha pasado, hasta ocupar hoy el parage en que se encuentra.

La capitana aborda y arremete;
La espada con el chuzo es empuñada,
El cañon abandónase y mosquete,
Y, ardiendo de furor y de corage,
Lanza al viento una voz «al abordage!»
Suenan tristes y roncos alaridos
Que lanzan con espanto los infieles,
Al sentirse humillados y vencidos,
Y á la huida se aprestan sus bajeles.
Pero son apresados y rendidos
De Jesucristo por los hijos fieles,
Y, en lo alto de una pica, se endereza,
Del fiero Alí, sin tronco, la cabeza.
¡Horrible fué en el golfo la matanza,
Y, hundido el estandarte de Mahoma,
Murió del agareno la pujanza!
Y del ocaso hasta do el alba asoma
Asombrada la Europa, al viento lanza
En confuso rumor «si se desploma
El imperio del bárbaro de Oriente,
Se debe solo á la española gente!»

LARA. Bien por mi patria, bien! gloria á sus hijos
Que así levantan el honor hispano!
No importan las angustias ni prolijos
Trabajos al invicto castellano:
En su Dios y en su Rey los ojos fijos,
Le bastara su aliento soberano,
Para hundir con su saña en el profundo
A un mundo entero, si le ofende un mundo!
Mas, cansado estareis; el aposento
Allí teneis; y á descansar agora.

MON. Poco tiempo será.

LARA. Mi ofrecimiento
Digno fuera de mas....

MON. Cuando la aurora
Tienda su manto en la region del viento,

Saldré.... (despues de hablar á la que adora
Mi pecho.)

LARA. (Me cautiva su apostura!)

MON. Adios quedad. *(Váse por la izq. prim. térm.)*

LARA. Que os dé paz y ventura.

ESCENA VI.

Lara.

Paz!... ay! ojalá que el cielo
Os la depare cumplida!
Que es en la tierra la vida
Cúmulo de llanto y duelo,
Tras bella ilusion mentida!
Caminando va el doncel
De gloria y de encanto en pos;
Que nunca suerte crüel
Su saña derrame en él,
Al luchar por patria y Dios!
Yo, como él belicoso,
Como él ardiente y fogoso,
Corrí por el ancho mundo;
Y halló mi pecho afanoso
Penar acerbo y profundo.
Mas no culpo á mi destino
La furia con que me hirió:
Yo solo fuí.... solo yo
Quién de abrojos mi camino
Ante mis pasos sembró!
Una muger.... ¡cielo santo,
Perdon, perdon! aun resuena
Su voz de apacible encanto!...
¡Mi Dios, mi Dios, dadme llanto,
Que el llanto mi afan serena!

Bella y bendita muger,
Por qué en la tierra te ví?
Si un mundo creí entrever
De dichas, en tu querer,
¿Por qué, por qué te perdi?
Puro, hermoso, angelical
Era su aliento inocente!...
Yo.... miserable mortal,
Troqué su dicha riente
En tormento sin igual.
Y en blandos sueños de amor
Iba velando el rubor
Sus sonrojadas mejillas,
Al amoroso rumor
Cayendo yo de rodillas!
Infeliz! yo el cristal puro
Osé maldito romper,
De sus gracias por beber!
Yo hice con mi aliento impuro
De un ángel una muger!
¡Noches de encanto y delicia!
¿Por qué tan bella ilusion
Aun llama á mi corazon,
Al recordar la caricia
De aquella ardiente pasion?
Murió, murió!... Desdichada!...
Cuando en su sangre bañada
La ví, herida por la mano
De su vengador hermano,
Quité la vida á Moncada!...
Moncada muerto por mí!...
Leonor inocente muerta!
Oh Dios, qué malvado fuí!
Y aun mi alma se despierta
A la pasion en que ardí!
Y Estrella es mi hija! el cielo

Me quiso dar un consuelo
En aquese ángel de Dios!...
Ella mitiga mi duelo
Yendo de mi dicha en pos.
Llorad, llorad, ojos mios,
Sin que de ello os dé sonrojos!
Para calmar tus enojos,
Mi Dios, á mis estravíos
Aun tienen llanto mis ojos! *(Queda abismado)*

ESCENA VII.

Lara. Jimeno.

JIM. (Alli está.... en llanto desecho!)
Señor....
LARA. Qué buscas? *(Con mal gesto)*
JIM. Venia
Por si algo se le ocurria
Antes de marchar al lecho.
LARA. Nada, Jimeno.
JIM. (Esto es hecho,
Se lo digo sin demora.)
Señor, *(Acercándose)*
LARA. Qué!.... no has entendido?
JIM. Sí.... mas....
LARA. Qué quieres?
JIM. Ahora,
Si permitís?...
LARA. Permitido,
Acaba.
JIM. ¿Sabeis quien mora *(Con misterio)*
Esta noche aquí hospedado
Por vos?
LARR. Sí; un caballero

Que en Lepanto se ha encontrado. *(Indiferencia)*

JIM. Su nombre os ha revelado?

LARA. Solo sé que es un guerrero.

JIM. Pues en el arzon grabada
Su cifra acabo de ver....

LARA. No nos hace al caso nada
Como se nombra saber.

JIM. Os acordais de Moncada?

LARA. Moncada! Qué escucho!... qué... *(Viva agitacion)*
¿Ese hombre.... ¡suerte iracunda!
Que en mi castillo hospedé,
Es?... dime....

JIM. Su padre fué *(Con intencion)*
Moncada!

LARA. Dios me confunda!!

JIM. Y D. Fernando, advertid,
Que ha tres meses en Madrid
Supe, que ese hombre se lanza
Al mundo, para en la lid
De otro hombre tomar venganza.

LARA. Qué dices! cielo! adivino!...

JIM. Antes que el alma lanzara
Su padre, en un pergamino
Escribió: «Si en tu camino,
Julio, encuentras al de Lara,
Hunde con fiero rencor
En el pecho del traidor
Tu daga, aunque no te cuadre;
Porque él deshonró á Leonor
Y dió la muerte á tu padre!»

LARA. ¡Oh, maldicion! el infierno
Su sombra terrible evoca!
Si pues todo lo que toca
Es sangre, y con odio eterno
De la tumba me provoca,
Sangre y muerte encontrará

Por mi mano ese doncel!...

JIM. Silencio por Dios! que va
A oiros....

LARA. Suerte crüel
Sus alas batiendo está
Sobre los dos!... inhumano
Su acento en mi oido zumba!...
Si á Leonor mató su hermano,
Hoy ha de hallar por mi mano
Su hijo Moncada una tumba!

JIM. Señor.... (Ya empieza el delirio!)

LARA. Mas qué digo?... sí malvado *(Volviendo por sí)*
Soy yo quien he acumulado
Tanto crimen! qué martirio!
Cuándo seré perdonado?

JIM. Os ruego, señor que al lecho
Os vayais á disipar
La angustia de vuestro pecho.
Yo procuraré velar....
Y si algo ocurre....

LARA. A mi techo
Ese hombre vino á pedir
Esta noche un hospedage?....
Pues bien, no se ha de decir
Que no he sabido rendir
Al honor el vasallage.
Camine el jóven guerrero
A dejar cumplimentada
Su comision.... sí, yo quiero
Que ignore ese caballero
De quién es esta morada.
Jimeno, á mi estancia voy....
Allí mis penas á ahogar....
Allí á sufrir.... y á llorar! *(Se va por la derecha primer término)*

JIM. (Me enternezco por quien soy!)
Podeis sin recelo estar.

ESCENA VIII.

Jimeno.

Pobre señor! confundido
El lance me tiene á fe!
Moncada aquí! observaré. *(A la puerta por don-*
No se oye el menor ruido.... *de entró Monc.)*
Las luces me llevaré. *(Váse con el candelabro)*

ESCENA IX.

La escena permanece sin nadie un momento. Salen primero Miraflor y Estrella, luego Moncada, y por último Jimeno. La escena está á oscuras.

MIR. Niña....
EST. Pero dueña, sí....
Un momento nada mas....
MIR. Que no.... vamos para atrás....
No quiero....
EST. Tratarme así!...
Y luego dirás me quieres....
MIR. Si no son mas que locuras!...
Y calle, estamos á oscuras!
EST. Ay qué buenecita eres!
MON. Era sin duda mi bella
La que ora aquí contemplé....
Si lograra.... no se vé....
Oh! si me oyeras, Estrella.
EST. Dueña, no oiste?
MIR. Sí oí.
Será el doncel?
EST. Es mi amor. *(Con alegría)*
MIR. Ea, niña, por favor

Vámonos presto de aquí.
MON. Me parece ¡desvarío!
Que oigo la voz de mi amada.
Veamos.... Estrella?
EST. Moncada?
MON. Oh dicha! tú aquí bien mio?
JIM. (Tengo una oreja esquisita, *(Saliendo)*
Y observar mucho conviene)
EST. Te amo.
JIM. (Qué escucho!)
MIR. Si viene
El señor....
JIM. (Bruja maldita!
Por siempre malhaya amen
El que fia de las viejas!
MIR. Son costumbres muy añejas
Estas que aquí ahora se ven....
Qué pimpollos tan ufanos!
JIM. (Merced á la oscuridad
La voy á ahogar sin piedad
Si la cojo entre mis manos!)

ESCENA X.

Estrella, Moncada, Miraflor y Jimeno.

MON. Mi amor, mi Estrella,
Con tus palabras,
Mi pecho enciendes,
Mi dicha labras,
Y éxtasis dulce
Me haces sentir.
Dí que tu pecho
Por mí respira,
Dí que en amores

Bellos suspira,
Y que me amas
Cual te amo á tí.

EST. Sí: yo te amo,
Y este amor puro
Tiene en mi pecho
Un fuerte muro,
Desde el instante
En que te ví.
¿Quién nuestras almas
Y corazones
Con dulces lazos
E inclinaciones
Aquí en la tierra
Acertó á unir?

MON. ¿Recuerdas, dime,
Cuando el trofeo
Yo mereciera
En el torneo,
Tres meses hace
Allá en Madrid?
Tus bellos ojos
En mí posabas,
Y á la victoria
Tú me animabas;
Por eso el lauro
Yo merecí.

EST. Y de mi pecho
Entre latidos,
Al contemplarte
Tan aguerrido,
Entusiasmada
Gozaba en tí.

MON. Mas, oye, Estrella,
Por qué tu nombre
Así me ocultas?

¿Con ese hombre
Qué lazo te une?
¿Quién eres? dí.

EST. Huérfana triste,
Soy su pupila,
Y en el castillo
Vivo tranquila
Desque las luces
Primeras ví.
En él un padre
Tengo amoroso;
Y yo le pago,
En su reposo
Buscando siempre
Dicha feliz.

MON. (Misterio oscuro,
Que me suspende,
A su existencia
Un velo tiende!
¿Cómo esta niña
Se encuentra aquí?)

EST. (¡Mudo se queda!
Temo, Dios mio,
Que ora me trate
Ya con desvío,
Porque á mis padres
No conocí!)

MIR. (Ay! qué recuerdos
Surgen estraños
En mi memoria
De verdes años,
Tales ternezas
Hoy al oir!)

JIM. (Sin que me sientas *(Acercándose por*
Y sin que gruñas, *detrás)*
En tu garganta

Clavo mis uñas,
Y á los infiernos
Te vas de aquí!)

EST. Julio, qué dices?

JIM. (Aquí anda ella)

MON. Dime, mi dulce
Y amante Estrella,
¿Cuándo de nuevo
Vas á Madrid?

EST. Nunca!

MON. Qué escucho!

MIR. Ea, Moncada,
Basta de amores;
Ya la alborada
Vá sus destellos
A difundir.

MON. Aguarda, espera
Solo un instante:
Halle un consuelo
Mi pecho amante,
De tu presencia
Hoy al partir.
Oyeme, cuando
Deje cumplida
La órden que es causa
De mi partida,
Tu blanca mano
Vendré á pedir.

EST. Cielos!

MIR. De veras?
Ay Dios, qué gusto!

MON. Siempre felices!...

MIR. Porque es muy justo....
Pues.... y el de Lara
Dirá que sí.

MON. Lara!! qué escucho! *(Muy agitado)*

MIR. Pues.... D. Fernando
De Lara, atento....
MON. Estoy soñando?
El asesino!!
Maldicion!! Dí,
¿Es el de Lara
Quien aquí mora?
JIM. Anda al infierno, *(Coge por el cuello á Mirafior y*
Vieja habladora!! *la arroja á una de las habita-*
MIR. Ay!! *ciones laterales)*
EST. Cielos! ¿dónde
Me oculto? Aquí. *(Se oculta despavorida en el balcon del foro)*

ESCENA XI.

Moncada y Jimeno, que se coloca ante la puerta que da entrada á la estancia de Don Fernando. Empieza á clarear.

MON. Quién es?
JIM. Quien puede....
MON. El osado
Pagará su atrevimiento.
Quién sois?
JIM. Quien os aconseja
Salgais del castillo luego,
Y en paz dejeis la morada
De un honrado caballero.
MON. Antes mi espada hasta el puño
Mi mano hundirá en su pecho,
Y en la tumba de mi padre
Haré pedazos su cuerpo!
JIM. Buen modo á fe de pagarle
El hospedage!...
MON. El primero

Osó escalar el palacio
De mi padre sin recelo,
Y villano, el limpio honor
De una inocente....

JIM. Silencio!

MON. Paso.... *(Con voz de trueno)*

JIM. No lo hay para vos!...

MON. Abrirlo sabrá mi acero!...

JIM. Si quereis, aquí os aguardo,
Herid....

MON. Paso, el escudero....

JIM. Por cima de mi cadáver
Habeis de pasar....

MON. Sospecho *(Sarcasmo)*
Que el castellano cobarde
Os manda guardar el puesto
Para escapar al horrible
Castigo que le reservo.

JIM. Tenga la lengua el doncel;
El de Lara es caballero,
Y nunca vuelve su espalda
A quien le ultraja altanero.

MON. Mirad que torno á deciros
Me dejeis paso!...

JIM. Y yo vuelvo
A decir que no lo hay
Para el huésped....

MON. Ea, menos
Hablar! mi cólera estalla!

JIM. Que estalle.... será lo mesmo.

MON. Villano sois!....

JIM. Y vos noble. *(Ironía)*

MON. Paso franco....

JIM. No lo dejo.

MON. Morirás....

JIM. Bien; moriré

Por mi señor.

MON. Que el infierno
Nos trague á entrambos!

JIM. Despacio....
A vos, sí....

MON. Muere!.... *(Arrojándose sobre él)*

LARA. Teneos! *(Saliendo)*

ESCENA XII.

Los mismos. Lara.

MON. El Castellano!

LARA. A los dos
Déjanos solos, Jimeno.

JIM. (Oh! lo que tanto temia!
Al fin lo ha querido el cielo!) *(Vase)*

ESCENA XIII.

Moncada. Lara. Estrella en el balcon.

MON. Os encuentro por fin: de un moribundo *(Furor)*
Voy á llenar la voluntad postrera!
Hoy mi rencor profundo
En vos ha de ejercer venganza fiera!
¡Dos víctimas al cielo
Clamando están venganza....
Y ¡vive Dios! que si al dejar el suelo
Os maldijo mi padre, su esperanza
Realizaré cumplida,
O á vuestras manos perderé la vida!

LARA. Jóven, calmaos... de vuestra sangre hirviente

El fuego deponed....

MON. ¡Hoy el destino
Ambos á dos nos pone en el camino!
¡Y á vos, el que inclemente
Osásteis seducir á una inocente....
Y á vos, que luego fuisteis asesino
Del vengador hermano,
Os ha de aniquilar mi fuerte mano!

LARA. (Oh! sufre, corazon!) Oid... si mi espada,
Ardiendo de furor, hundí en su pecho,
Fué en buena lid.... y si maté á Moncada,
Él, con duro despecho,
Y de ultrage y oprobio haciendo alarde,
Al de Lara llamar osó cobarde!

MON. Vos.... cual cumple á menguados corazones!...

LARA. Callad por el infierno!...

MON. ¡No... no callo!
Y puesto que os lastiman los baldones,
Los habeis de escuchar!...

LARA. Yo no avasallo
Sino al honor!..

MON. Mentís!... Mentís!..

LARA. Oh mengua!

MON. Villano sois!...

LARA. Doncel, tenga la lengua!

MON. Pero razon habeis.... vamos con calma.
(Afectada calma)
Vos sois un esforzado caballero, *(Ironía)*
Y, cual cumple al que abriga noble alma,
Sereis hoy mal que os pese, justiciero.
Y por si se os borró de la memoria,
Os quiero relatar fúnebre historia!

LARA. Una historia!

MON. Escuchad: en alto monte
Un castillo se alzaba,
Y de sus fuertes torres dominaba

Vastísimo horizonte.
A su pié serpeaba
Plateada corriente
De límpido cristal, y bulliciosa
Entre mil florecillas se escondia,
Haciendo deleitosa
Morada tan pacífica y sombría.
Una cándida jóven, inocente,
Bella cual los matices de la rosa,
Pura, mas que el azul del firmamento,
Y mas aun que el perfumado aliento
De las lozanas flores
Que en su falda de nieve recogia,
En encantos sencillos se mecia,
Sin conocer del mundo los rigores.
Su nombre era Leonor... ¡Leonor! el cielo
Se miraba en su cándida inocencia;
El ángel la llamaban en el llano:
Y su piadosa mano
Aliviaba de todos la inclemencia.
Sola allí con su hermano,
¡Su hermano era Moncada!
Mecida en blando sueño
De inocencia colmada,
Era la ninfa del eden risueño.
El eco de la guerra
Por la España cruzó.... Moncada escucha
Su voz potente, y á enemiga tierra
Fué á morir ó á vencer en fiera lucha.
Sola Leonor quedó!... Y un hombre infame,
A quien llamaba el vulgo caballero,
Y á quien cobarde llamaré aunque brame
Hoy de furor, sedujo lisonjero
A la que sola en la mansion quedaba,
Mientras su hermano por su Rey luchaba!
En el silencio de la noche umbría
Una lancha cortaba

La serena corriente,
Y una escala de cuerdas se soltaba
De la ventana, y el traidor subia
A matar con su aliento á la inocente!
Al año.... escuchad bien... cuando, adormidos
En ensueños de amor, los criminales
En la estancia se hallaban, sorprendidos
Quedan, al ver cortando los umbrales
Al hermano, desecho
En iras, y el acero desnudando
Corre á Leonor, y el brazo levantando
Clávalo ciego en su nevado pecho!
El seductor maldito,
Furioso, al ver á su Leonor herida,
Y oyendo de venganza el hondo grito,
Vivo arranca su espada,
Y furibundo y fiero
Cae sobre el indignado caballero,
Y hiere al punto al infeliz Moncada.
Huye luego aterrado,
En la sangre bañado
De la triste Leonor.... y al otro dia
Un sarcófago mismo recibia
En su recinto oscuro
Los dos hermanos, por la saña impía
De un hombre vil, que con su aliento impuro
Allí la muerte y destruccion llevara....
Y aquese hombre sois vos... vos... el de Lara!..

LARA. Oh! Moncada, escuchad solo un instante....

MON. Aguardad.... espirante
Mi padre, con la sangre que vertia,
De su puño escribió la triste historia,
Y abarcando al futuro su memoria,
Si no mataba al matador su hijo
Desde la tumba misma le maldijo!
Ha tres meses que el fúnebre legado
Al hijo fué entregado;
Y hoy su venganza dejaré cumplida,

Al de Lara arrancándole la vida!
Defendeos!... *(Con voz de trueno)*

LARA. Más calma.

MON. Yo no escucho
Hoy mas voz que la voz de la venganza!

LARA. Atienda ora el doncel.... ¡Veinte años lucho
Con mis remordimientos!...
Y.... ¡veinte años de angustia y de tormentos
Ay! puestos del Señor en la balanza,
Me han hecho concebir dulce esperanza!

MON. Dulce esperanza!....

LARA. Sí: de su justicia
Me visitó la poderosa mano;
Y hoy, que un ay pecador mi pecho lanza,
Abrigo la bendita confianza
De hallar perdon por mi delirio insano!

MON. ¡Jamás habrá perdon el asesino,
Que escaló miserable
La apacible mansion de un caballero.
No.... nunca será dable
El perdon al que hollara en su camino
La ley de un Dios terrible y justiciero!
La cándida inocencia
De Leonor, y la sangre de mi padre
Venganza al cielo clama!...
Vano será que le impetreis clemencia!...
Hoy hallará una tumba, aunque no os cuadre,
Quien de los Laras el blason infama!

LARA. Oh! maldicion!... *(Lleno de ira va á echar mano á la espada, pero vuelve á acallar sus sentimientos continuando abatido)*
(Qué haces, pecho mio?
Sufre, sufre baldones!
Merecidos los tiene mi estravío!...
Oh! qué idea!) *(inspirado)* Moncada ,
Quereis venganza? la tendreis colmada.
Oidme.... y que el misterio
Que os voy á revelar el pecho guarde!...

Esa hermosa muger que tuvo imperio
Para encender el corazon de un Lara
En el amor que aun hoy luciente arde,
Un mes antes que el mundo abandonara
Fué madre!...

MON. Qué decís!... Cielo!... Fué ella
El fruto de ese amor?

LARA. Mi hija es Estrella....

EST. Ah!... *(Lanzando un grito ahogado en el balcon)*

MON. Mi dulce ilusion se desvanece! *(Abatido)*
Sueño bendito de mi amor!... el pecho
Sofoque el sentimiento en que se mece!
Y el corazon al golpe del destino
Salte en pedazos con dolor desecho!
Oh qué lucha terrible! bello encanto
Que en éxtasis bendito me adormías,
De flores mil sembrando mi camino,
Por qué en tristeza y llanto
Vas á matar las ilusiones mias?

LARA. (Aquesa turbacion no la comprendo!)

MON. (Ah!... qué digo!... me vendo!)
(Reprimiendo su dolor y volviendo á espresar la ira)
Mas basta ya.... Su lumbre
Difunde el dia en la region del cielo,
Dando ya sombras la empinada cumbre.
Voy á partir del suelo
Que os vió nacer.... y que la tumba os abre!...
Defendeos!...

LARA. Oid.... quien en las lides
Nunca volvió su espalda al enemigo
Despreciando su furia y sus ardides,
A impulsos del amor que á Estrella abrigo,
Por esa hija que forma mis encantos,
Y que sola en el mundo quedaria
Si el cielo os favorece en este dia,
Yo el noble, el altanero,
El seductor maldito que empañara
De Leonor la pureza,

Hoy ante vos humilla su altiveza;
Perdon, perdon os pide hoy el de Lara! *(Cae de ro-*
MON. Oh tentacion! El padre de mi Estrella *dillas)*
A mis pies! *(Vacila un instante)* No... el acento
De mi padre retumba
En mis oidos! su furor me espanta!....
Y si no os mato, de la misma tumba
Hoy para maldecirme se levanta!
LARA. Ah Moncada, perdon!...
MON. Jamás! el grito *(Se le-*
De un padre moribundo *vanta Moncada)*
Me ordena castigar vuestro delito.
Sacad del cinto la tajante espada,
Y al punto defendeos:
Los dos ya no cabemos en el mundo!
Y por si el fuego del valor no arde
En el alma apagada,
Para encenderlo, os llamaré cobarde!!
LARA. Oh! que el infierno á entrambos nos confunda!
Esa dura palabra *(Lleno de ira)*
Será, Moncada, quien la tumba os abra!
(Cruzan las espadas y luchan)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos. Estrella que sale del balcon y se interpone gritando.

EST. Tened, tened los aceros!....
LARA. Estrella!
MON. Mi hija! *(Se detienen)*
EST. Los dos,
Como cumple á caballeros,
Si oís el eco de Dios,
Dejad los instintos fieros!
Escuchadme, padre mio;
Habeis de oirme, Moncada;
Un Dios perdona ya pio
En la celestial morada
Un desgraciado estravío.
¿En pos de venganza fiera
Vais, Moncada, furibundo,

De la vida en la carrera,
Por cumplir de un moribundo
La voluntad postrimera?
Pues sabed que en la mansion
Que se alza tras de la tumba,
Al grito de maldicion
Que aquí en la tierra retumba,
Responde el eco.... «perdon!»
Perdon! rico sentimiento,
De amores fuente bendita,
De los ángeles contento,
Dulce palabra que agita
Al mismo Dios en su asiento;
Y al mundo le hace bajar,
Humillado su esplendor,
Para al triste pecador
De su abyeccion levantar
Hasta el trono del Señor!
Perdon! emanacion pura,
Eco de dulce alegría,
Que elevando á la criatura
Del fondo de la agonía,
Hace brotar la dulzura!
Fuego que en ricos fulgores
Arde en pechos bendecidos,
Cuyos bellos resplandores
Saben formar escogidos
De los mismos pecadores!
Y puesto buscais, Moncada,
Noble venganza que cuadre
A vuestra alma elevada,
Hoy perdonad á mi padre,
Y habreis venganza colmada!
No vuestro padre os maldice
Si pronunciais el perdon
Para quien llora infelice!
No, Moncada, en su mansion,
Si perdonais, os bendice!

Y ese acento dulce y tierno
Un ángel llevará en pos
De las nubes al Eterno!...
Que el vengarse es del Averno...,
Y el perdonar es de Dios!...

MON. Tú eres el ángel!... tú, Estrella *(Arrebatado)*
Que á Dios vas en dulces lazos!
Mi pecho salta en pedazos!...
Tu labio bendito sella!...
Dadme, el de Lara, los brazos!... *(Se abrazan)*

LARA. Gracias!...

EST. El cielo me oyó!

LARA. Estrella!... Estrella!... Hija mia,
En los mios!... *(Abraza á Estrella)*

EST. Padre!...

LARA. Oh!
Jamás tan pura alegría
Cual hoy mi pecho sintió!

MON. Cesen de hoy mas los agravios,
Y lo que os dijo mi lengua
Cuando ciego....

LARA. De los labios
Perdonar sé los resabios
Si á mi frente arrojan mengua.

EST. Padre mio, yo tambien
Perdon os quiero pedir....

LARA. Tú perdon!... habla, mi bien....

EST. Mi pecho dejé latir *(Con rubor)*
De amor al dulce vaiven....

MON. De amor!

EST. En la corte un dia
Abrigó bella ilusion
Mi inexperto corazon....
Y....

LARA. Qué dices, hija mia!

MON. D. Fernando, es mi alegría.... *(Sentimiento)*
El sueño de mis amores. ..
Si la mano me otorgais

De ese ángel....

LARA. Hoy los rigores,
Oh cielos! cuál disipais!
Moncada, ved vuestra esposa. *(Se la dá)*

EST. Oh dicha!

MON. Oh bendito encanto!

LARA. Gozad suerte venturosa;
Yo ante mi Dios entretanto...

EST. Qué decís!

LARA. Asilo santo
De penitencia y quietud,
De lágrimas y oracion,
Ay! calmarán mi inquietud,
Y habré del cielo perdon!

MON. Cómo!

LARA. Sí.... es irrevocable
El fallo de mi destino:
Puesto pequé miserable
De la vida en el camino,
Ante la faz inefable
Del justo Dios, los estremos
Lloraré de mis pasiones!
Hoy para Madrid saldremos,
A unir vuestros corazones....
Y.... allí nos separaremos. *(Con entereza)*

MON. Pues quereis, sin dilacion
Parto á cumplir la mision
De mi patria ante mi Rey,
Ya que llenó el corazon
VENGANZA DE BUENA LEY.

FIN DE LA LEYENDA.

EL PERDON

DE

DON PEDRO DE CASTILLA.

Todos los que hayan leido algo de la historia de D. Pedro I de Castilla, llamado por unos *el Cruel*, y por otros *el Justiciero*, saben la manera con que se hubo con su esposa la infortunada doña Blanca, en compañía de la cual apenas vivió dos dias, entregado como se hallaba á los halagos de doña Aldonza Coronel y doña María de Padilla.

Las lágrimas de la jóven Reina, abandonada de su esposo, movieron los corazones y escitaron la compasion de algunos nobles caballeros, que unidos en varios pueblos de Castilla, alzaron pendon contra D. Pedro.

Tomaron parte en la liga, y se juntaron en Medina del Campo, los dos hermanos Infantes de Aragon, D. Fernando y D. Juan; los tres hermanos del Rey, D. Enrique, D. Fadrique y D. Tello; D. Fernando de Castro, D. Juan de la Cerda y D. Juan Alonso de Alburquerque, con otros muchos caballeros y deudos, hasta reunir un respetable cuerpo, que constaba de seis mil caballos y buen golpe de

infantería, ejército superior en mucho al de D. Pedro, en términos que este trató de asegurarse en la fortaleza de Tordesillas.

Enviaron los de la liga cartas y mensageros al Rey pidiéndole «por merced que dejase á doña María de Padilla é hiciese vida con la Reina doña Blanca, su legítima consorte,» suplicándole al mismo tiempo «pusiese buen gobierno en sus reinos y casa;» é hicieron saber á doña Blanca que «estaban á su servicio y defensa de la justicia.»

No hubo de hacer gran caso el Rey de tales mensages, lo cual fué causa de que su misma madre se pusiese de parte de los de la liga, lastimado su corazon por el infortunio de doña Blanca.

Y en efecto, les escribió manifestándoles que la villa de Toro, en donde á la sazon se encontraba, les abriria sus puertas, en tanto que suplicaba á su hijo que «fuese servido de venir á Toro, donde se ordenarian las cosas que fuesen de su servicio.»

Avino el Rey en ello por consejo de su camarero mayor, Juan Fernandez de Hinestrosa: mas ya dentro de Toro, nada pudieron conseguir los de la liga en pro de doña Blanca, pues los amores de la Padilla tenian ciego al Rey; por lo que, exasperados este y aquellos, y retenido D. Pedro mas bien como prisionero que como señor, logró evadirse una mañana que salió á caza al monte, acompañado de mas de doscientos confederados, entre ellos su primo el infante D. Juan de Aragon, á quienes habia sabido atraerse con halagos y promesas de donaciones.

Pero al salir de Toro cuentan que juró no dejar á vida ni uno de los que habian formado la liga.

Algun tiempo despues, se presentó ante los muros de Toro, y consiguió entrar en tratos secretos con cierto vecino de la villa, llamado Triguero, debiendo este abrirle las puertas para que sigilosamente penetrase con su gente, y, cogiendo desprevenidos á los de la liga, acabara por completo con todos.

La víspera de la toma, por la tarde, hallándose paseando el Maestre D. Fadrique con algunos caballeros en una isleta que forma el Duero frente á la villa, hablóles de la otra parte Juan Fernandez de Hinestrosa, y dijo al Maestre que, por el gran cariño y obligacion que le debia por haber sido su vasallo, le avisaba de que pasase luego al servicio del Rey, pues de lo contrario peligraba su persona.

D. Fadrique, que habia oido no sabemos qué rumores entre la gente de Toro, por el dilatado cerco con que la apretaba D. Pedro, negóse primero á los ruegos de Hinestrosa, mas se avino por último, siempre que se diese *seguro* tanto á él como á sus caballeros.

Estaba tambien el Rey allí cerca y, oidas las últimas palabras del Maestre, le dijo:

—Hermano Maestre, Juan Fernandez vos aconseja bien, é vos venid para mi merced, que *yo vos perdono*, é vos aseguro á vos é á esos caballeros y escuderos que hi están en la isla con vos.

Oyendo el hermano las palabras del Rey, todavía le preguntó:

—¿Señor, perdonádesme é asegurádesme á mí é á estos que aquí están conmigo?

A lo que de nuevo respondió el Rey;

—Sí: pero hermano, venidvos luego para mí.

Entonces el Maestre y los de la isleta cortaron el brazo del rio, y se fueron á D. Pedro y le besaron la mano.

Aquella misma noche entró el Rey en Toro por la puerta que le abrió Triguero, y se alojó con su gente, hasta que al siguiente dia cayó sobre sus defensores.

Pasamos por alto las sangrientas escenas que á la faz de la misma Reina tuvieron lugar, muriendo á mazadas todos los leales de doña Blanca, para referir la suerte que cupo al infeliz D. Fadrique, á quien el mismo Rey D. Pedro dió, segun hemos visto, palabra de perdon.

Veamos cómo la cumplió.

La toma de la villa fué el 5 de Enero de 1356, y el 29

de Mayo de 1358 tuvo lugar la escena que vamos á describir.

Habia D. Pedro mandado llamar á su hermano á Sevilla, donde á la sazon se encontraba en compañía del infante D. Juan, su primo, Diego Perez de Sarmiento, Diego de Padilla, Juan de Hinestrosa y otros caballeros.

Llamó aparte al infante y á Sarmiento, y les quiso manifestar su resolucion de dar muerte á D. Fadrique, para lo cual tuvo antes la precaucion de tomarles juramento, sobre la Cruz y Evangelios, de que guardarian en secreto lo que les diria.

Hecho esto, habló así:

—Sabed, mi primo el de Aragon, é vos, Diego Perez, que me aviene hoy á las mientes facer al Maestre de Santiago la pleitesia que fice á los sus leales de la villa de Toro.

—Razon habedes y ley en facer vos lo que pensades, ca traidor vos fué el Maestre é como felon é mal nacido vos trató.

Así habló el Infante D. Juan, es decir, el mismo que habia alzado bandera contra D. Pedro y le habia guardado como prisionero en Toro, unido á los parciales de doña Blanca. ¡Tanto puede la adulacion en los que rodean á los Reyes!

—E despues que tal se faga, acompañarme habedes á Vizcaya á facer lo mesmo á su hermano D. Tello, é yo vos prometo en buen ál el Señorío de Vizcaya é por ende el de Lara.

—Grand plascer me habedes dado en lo que fablais vos, primo; é yo vos aseguro que mi mano está pronta para ferir á ese desleal, si de ella os valedes.

¡Infeliz Infante D. Juan! ¡Quién le hubiera dicho entonces lo que quince dias despues habia de acontecerle en Vizcaya!

—¿Mas no sabedes que el Maestre non face posada en Sevilla? repuso Sarmiento.

—¿Ignorades que por mi leal escudero Juan Diente hé-

le enviado mensage para que hoy venga á Sevilla?

—Non lo sabia.

—E bien, Infante D. Juan, decid á mis guardias que una vez dentro del alcázar D. Fadrique, non le abran las puertas para la salida.

Dos horas despues estaba el Rey jugando á las damas en su palacio.

Presentóse el infortunado D. Fadrique que, obtenido el perdon de su hermano, no habia vuelto á levantar pendon en Castilla, antes al contrario, le habia guardado fidelidad, y á la sazon acababa de recobrar para el Rey la villa de Jumilla, de la que se habia apoderado un rico-home de Aragon.

Sabíalo esto el Rey D. Pedro, y sin embargo, no revocó en favor de su hermano la sentencia de muerte, que tenia dictada contra él.

Cuando penetró en el alcázar, iba acompañado de varios caballeros, y juntos se presentaron en la Cámara del Rey, por lo que este hizo por recibirle con disimulado y falso placer.

—Bien venido seades, Maestre; vos han dado buena posada en Sevilla? le habló D. Pedro.

—Acabo de bajar el pié del estribo é vengo á complir el mensage de mi hermano y señor, repuso D. Fadrique.

—Pues yo vos ruego vayades á tomar descanso á la vuestra posada, é ansí que lo hayades fecho, venidvos á mí, que yan vos tengo que dar mercedes.

Al oir estas palabras el Maestre se retiró de la estancia, mas no quiso dejar de visitar á doña María de Padilla, que estaba en otro apartamiento del alcázar, llamado *el caracol*.

Luego que doña María le vió, se entristeció mucho en su semblante, de modo que pudo el Maestre conocer que debia tener alguna pena.

Sin embargo, la Padilla no se atrevió á decir nada á D. Fadrique.

Concluida la visita, que fué brevisima, bajó este al patio del alcázar, donde habia dejado las mulas, pero por mas

que las buscaba con la vista, no las halló, porque los porteros habian dado órden de despejar y cerrado las puertas segun se les habia prevenido.

Sorprendido el Maestre del lance imprevisto, no resolvia si volver arriba ó mandar que le abriesen, cuando en este mismo punto un su amigo y caballero que llevaba por nombre Suero Gutierrez, conociendo habia peligro en permanecer allí, le instó vivamente á que se fuese con él por el postigo del corral, que aun permanecia abierto, pues decia que una vez fuera no les faltarian mulas para huir.

Así lo iban á poner por obra, cuando á la sazon bajaron dos hermanos caballeros, llamados Fernandez Sanchez de Tovar y Juan Fernandez de Tovar, los cuales estaban ignorantes de la escena que se preparaba de allí á cortos instantes, y de parte del Rey dijeron al Maestre que le estaba aguardando en sus habitaciones y le llamaba.

Obedeció sin darse cuenta de lo que hacia; tal sobresalto habian levantado en su alma la tristeza y la angustia de la Padilla y las palabras de su amigo, aunque adivinando de un golpe vago y confuso el mal que le amenazaba.

A medida que avanzaba en su camíno, iban deteniendo los guardias de D. Pedro á los que acompañaban al Maestre.

Llegado por fin á las habitaciones del Rey, no le acompañaban sino el Maestre de Calatrava, D. Diego García de Padilla, que nada sabia de lo dispuesto, y otros dos caballeros.

La puerta que daba entrada á la cámara de D. Pedro estaba cerrada, y tuvieron que esperar á la parte de afuera juntamente con el ballestero mayor del Rey, D. Pedro Lopez de Padilla.

A poco de haber tocado á la puerta, abrióse un postiguillo y asomó la cabeza de D. Pedro, á tiempo que se oyó resonar su voz, diciendo:

—Pedro Lopez, prended al Maestre.

—¿A cuál de los dos Maestres? preguntó el ballestero.

—Al Maestre de Santiago, repuso el Rey.

Prendióle de la ropa Pedro Lopez, en tanto que D. Fadrique se quedaba como atónito y enagenado.

—¡Eh..... los mis ballesteros.... acabad con él!...

Estas palabras, pronunciadas con entero acento, cayeron una á una sobre el corazon del Maestre, que estaba perdido.

Todavía brilló en su alma un rayo de esperanza, al notar que ninguno de los ballesteros osaba poner sus manos en él, ni mucho menos levantar sobre su cabeza las mazas.

Pero esta esperanza duró lo que tardó en oirse la voz de D. Rodrigo Gonzalez de Atienza, camarero de D. Pedro.

—¡Traidores! gritó á los ballesteros, que permanecian mudos é inmóviles, ¿qué facedes? ¿non vedes que vos manda el Rey que matedes al Maestre?

Los ballesteros parecieron despertar de un letargo, y saltando sobre el indefenso D. Fadrique, levantaron sus mazas para herirle.

El mismo aprieto en que se encontraba, le hizo volver en sí, y dando un fuerte empellon á Pedro Lopez, logró desasirse de él; despues, en cuatro saltos, bajó la escalera y corrió al patio por si podía escapar á aquella muerte segura.

Pero la huida se hacia imposible.

Los ballesteros le perseguian y le iban ya á los carcacañales.

Ya entonces trató de defenderse sacando la espada, mas la precipitacion, el susto, ó por mejor decir, su desdichada suerte, quiso que no acertara á sacarla, por haberse enredado con el tahalí de donde pendia.

Al punto llegaron los ballesteros con sus mazas levantadas para descargar el golpe; mas el Maestre sabia hurtar el cuerpo y revolverse de tal modo, que no podian acertarle.

Por último, uno de ellos, Nuño Fernandez de Roa, consiguió darle un golpe en la cabeza, derribándole al suelo.

Sus compañeros amagaron ya sobre seguro, y el cráneo del hermano de D. Pedro *el Justiciero* saltó á pedazos

á los tremendos golpes de sus mazas.

A poco bajó el mismo Rey á contemplar su víctima, y cuentan que, al ver que aun respiraba, sacó un puñal del cinto, y entregándoselo á un mozo de su cámara, le dijo:

—Clavad ese puñal en el cuello del Maestre: quiero ver si la sangre de mi hermano es tan roja como la mia.

El page obedeció, y un chorro de sangre humeante y roja salió de la ancha herida, y formó un charco que profundizó las losas que formaban el pavimento.

Aun hoy, al visitar el régio alcázar, enseñan en el patio una losa que conserva una mancha oscura é indeleble, y que recuerda toda una historia de crímenes espantosos.

No concluyó con la muerte de D. Fadrique aquella triste y sangrienta escena.

D. Pedro mandó le pusiesen aquel dia la mesa en el mismo patio, y á vista del frio cadáver de su hermano, dió órden de que le sirvieran la comida.

Quince dias despues se hallaba el Rey en Vizcaya, á donde habia ido, acompañado de su primo el Infante D. Juan de Aragon, á cumplirle la palabra que le habia empeñado de pagarle sus buenos servicios y el ofrecimiento que le hizo de su brazo para acabar con el Maestre.

Y efectivamente, D. Pedro se los pagó de la manera que tenía por costumbre.

Su cadáver fué arrojado por un balcon de la torre de Artecalle en Bilbao, cayendo encima del pueblo que estaba apiñado al pié del muro, y que horrorizado se apartó, en tanto que se oia al Rey, que asomado le gritaba:

—Vizcainos, hi tenedes á vuestro señor.

Diez años despues, D. Enrique de Trastamara, hermano de D. Fadrique, hundía su puñal en el pecho de su hermano D. Pedro.

Habiase cumplido la verdad que encierran aquellas palabras de los sagrados libros, EL QUE Á HIERRO MATA, Á HIERRO MUERE.

VICTOR Y EULALIA.

VICTOR Y EULALIA. (1)

I.

—Y dices que Víctor?...

—Sí, Feliciano. Esa religion que llaman del Crucificado ha conseguido encontrar en él uno de sus mas fervorosos hijos.

—¡Lo estraño, Longino! Quién habia de imaginar tal cosa!

—¿Sabes, amigo, que en vista de lo que está pasando entre nosotros y que todos los dias tocamos, voy entrando en sospechas de si no será esa secta tan mala como dicen?

—Lo mismo opino yo: aquellos de entre nuestros com-

---

(1) En esta leyenda se ha observado, en cuanto ha sido posible, la unidad de lugar y tiempo, de modo que enlazando los diálogos de que consta, puede ser ejecutada en los colegios, como si fuera un drama. A su final se indicarán los diálogos que deben unirse y de qué manera. En cuanto á reunir en un mismo lugar á Eulalia de Mérida y á Víctor de Marsella, nos hemos aprovechado de la misma libertad que se tomó el inolvidable señor Wiseman en su Fabiola.

pañeros y gefes, que mas sobresalen en valor, generosidad é hidalguía, yo no sé cómo sucede, pero es lo cierto que de la noche á la mañana, oigo decir que son cristianos....

—Y mártires en seguida. Porque ya sabes que el martirio es el premio que reserva el divino emperador á los que siguen los dogmas del cristianismo.

—¿Te acuerdas de Servando y German? pues soldados tambien fueron de nuestra misma legion.

—Y por Júpiter que lo siento! No parece sino que el paganismo no ha quedado ya mas que para abrigar corazones insensibles y almas corrompidas!

—Es verdad! Calfurniano, teniente de Daciano y sus prefectos Eutiques y Asterio, no tienen de hombres sino la figura esterior.

—Pero lo que mas me lastima es la furia de que hacen gala en las inocentes vírgenes!... Parece mentira que esos hombres hayan nacido de una muger!

—Pues como te iba diciendo, Víctor....

—Eso es, continúa....

—Se presentó ayer á los prefectos, que por cierto son amigos suyos, y con un valor que rayaba en heroismo les confesó que era cristiano.

—Por supuesto que desplegarian en él todo su furor....

—Calla, hombre, que eso no es para dicho; bástete saber que á esta hora anda por esas calles arrastrado por un caballo y seguido del pueblo, que sediento de sangre de cristianos, se ceba en el infeliz con una saña propia de tigres y de hienas...

—Pobre Víctor!... Tan noble!.... tan aguerrido!.... tan liberal! porque eso sí, Víctor era, á pesar de su riqueza, todo un caballero. Nunca se le acercó uno á implorar su compasion, que no recibiera su auxilio y con él un consuelo.

—Alma grande abriga nuestro capitan!... Y es lástima!...

—Qué dices?...

—Sabes que me ocurre una idea?

—Una idea! esplícate!

—¿No es un dolor que Víctor perezca en medio de los tormentos mas horribles?

—Sí lo es. Pero.... y qué?

—¿No es un oprobio para los soldados que siempre hemos militado bajo sus órdenes, que sea víctima de las iras de Calfurniano, sin que nos atrevamos á idear el medio de arrancarle de sus garras?

—Qué!... Te atreverias acaso?....

—Y tanto que me atreveria. Por Víctor derramaria gustoso hasta la última gota de la sangre que por mis venas corre!

—Y nada conseguiriamos..... ¿Ignoras que nuestros compañeros de guardia serían los primeros en contrarestar nuestro proyecto?

—Oh!... todos son á cual mas perdidos si se esceptúa á nuestro amigo Alejandro.

—Es verdad!... ese jóven es el único con quien podemos contar.... Creo que opina como nosotros..... su brazo estaria á nuestra disposicion.... Pero tres hombres para salvar á Víctor y arrancarle de la prision, es bien poca gente por cierto!

—Pero..... silencio!.... no escuchas el murmullo del pueblo?...

—Sí; ya se acerca al palacio....

—Hablaremos despues acerca de nuestro plan....

—Eso es: por lo pronto nos quedaremos aquí para presenciar el interrogatorio.

II.

Los que así hablaban en el palacio del teniente de Daciano en Mérida, eran, como ya han visto nuestros lectores por el anterior diálogo, dos soldados gentiles, que no

obstante las máximas y errores del paganismo, conservaban en sus pechos sentimientos naturales muy bellos, y que por lo mismo no comprendían cómo una religion que se fundaba sobre misterios oscuros y sangrientos al decir de los filósofos gentiles y de los tiranos, podia atraerse á sus filas un campeon como Víctor, el soldado mas aguerrido del ejército.

El nuevo mártir que con su preciosa sangre sellaba aquel dia las plazas y calles de la ciudad, era un jóven esforzado y noble, de distinguida prosapia, y mas que nada, de alma de ángel.

Apenas se desató la persecucion contra los fieles de Cristo, al firmar Diocleciano su decreto de esterminio, que mereció dar nombre á la última de las persecuciones, con el de LA ERA DE LOS MÁRTIRES, Víctor, al ver la triste situacion de sus hermanos, se sintió inflamado de ardentísimo celo y viva caridad, y despreciando todo temor, iba todos los dias á visitarlos en las cárceles, y con su fina y elocuente persuasiva, con sus hermosos consuelos, derramaba el aliento en los ánimos de todos; y por la noche, corria toda la ciudad, entraba en las casas de los que bien pronto serian arrastrados al martirio, y los fortificaba en la fé, preparándolos para la lucha que les aguardaba.

Pero no era esto solo: su caridad derramaba á manos llenas, limosnas en los que faltos de medios, por haberles arrancado el martirio un padre, un hijo ó un hermano, se encontraban en la miseria.

Por último, cuando los confesores de Cristo caminaban al lugar del martirio, Víctor los acompañaba y los alentaba hasta que rendian el último suspiro, despreciando los peligros todos á que se esponia con la observancia de tal conducta, que por otra parte no pudo menos de llamar la atencion de los mismos gentiles.

Y en efecto, hubo quien se presentó á Eutiques y Asterio, para indicarles lo que habia observado en Víctor, y aunque estos no creyeron al principio que el jóven oficial

estuviera afiliado en las huestes del cristianismo, sin embargo quisieron averiguar si tenia algo de verdad tal delacion, y le hicieron venir á su presencia.

Allí Víctor confesó su religion y su fé, menospreciando los halagos y promesas seductoras de los prefectos en tales términos y con tal fuerza de espresion y ánimo, que á pesar de la amistad que decian abrigarle, se ensañaron contra él, y pusieron en juego todos los tormentos con que una religion que se derrumbaba, procuraba arrancar á los cristianos la fé.

Para los gentiles no había amistad cuando se trataba de condenar á un cristiano.

Tales hombres no merecian el nombre de amigos, desde el instante en que se descubria que eran miembros de aquella religion de insensatos.

Un hombre clavado en una cruz por el pueblo hebreo como *seductor y trastornador del estado*, habia sido su fundador; sus fieles no tenian que esperar otra cosa que el desprecio, los tormentos y la muerte.

Víctor se hallaba pues convicto y confeso del crímen de ser cristiano.

En su consecuencia fué mandado atar por los pies á la la cola de un fogoso caballo, y de esta manera fué arrastrado por todas las calles y plazas de la ciudad.

Este horrible tormento se escogia para aquellos que habian sido personas conocidas de todos, á fin de que viendo el público castigo, se atemorizasen y no se atrevieran á incurrir en aquel delito, al presenciar el público escarmiento.

Tal martirio tenia lugar en los momentos en que hablaban los dos soldados Feliciano y Longino, á quienes habia tocado aquel dia la guardia del Pretorio.

Pronto empezó á penetrar el populacho en la sala del tribunal, ávido de fuertes y vivas emociones, no obstante que la escena que aquel dia tenia lugar, se repetia con bastante frecuencia por la ferocidad de los crueles perse-

guidores del nombre cristiano.

El horrible Calfurniano ocupó la presidencia como teniente de Daciano, gobernador entonces de la España Tarraconense, y á sus lados se pusieron los dos prefectos que habian oido la confesion del Mártir, Eutiques y Astario.

Oigamos la sesion solemne que tuvo lugar en el tribunal.

III.

—Hé aquí lo que has ganado con tu locura y pertinacia, Víctor; esclamó Calfurniano,

—*Corona* inmarcesible que me *prepara el Señor, y no solo á mí, sino á todos los que aman su venida en el dia de su juicio*: respondió Víctor con los ojos clavados en el suelo.

—Necio, qué estás diciendo ahí de coronas y de señores? no hay mas señores que los augustos Césares: humíllate ante ellos, ofrece incienso á los dioses del imperio, y quedarás libre de los tormentos que te preparamos, hasta vencer tu ánimo é inclinarlo á la adoracion de los númenes celestiales.

—No: nunca.

—Mira que nos causa lástima que tú, el noble oficial Víctor, mueras cubierto de ignominia y afrenta, y que la cabeza que ha ceñido los laureles de la victoria en cien combates, caiga bajo la cuchilla del verdugo como pudiera caer la del mas oscuro criminal.

—No habeis de tenerme lástima. Harto feliz soy en padecer por Jesus! ¿Qué importan los tormentos á quien abriga en su pecho la dulce y consoladora esperanza de conseguir los bienes que nunca han de tener fin?

—¿Qué bienes conseguirás sino la muerte despues del martirio? Créeme á mí y no á los soñadores que te han im-

buido en los dogmas de esa religion nueva, y no arriesgues los bienes presentes y efectivos de esta vida, por los imaginarios y futuros de otra, cuya existencia está velada misteriosamente al hombre?

—No está velada al hombre, no: vuestra religion ha tenido que caer en el mas grosero materialismo para cerrar los ojos á la luz y negar la existencia de premios eternos y castigos sin fin. El alma, es imágen de Dios, destello de su divina faz, inspiracion de su mismo espíritu. Inmortal será como aquel divino Hacedor que la sacó un dia de la nada, y eterna será tambien como ella.

—No hay tal eternidad, y hé aquí otro error mas de vuestra religion. Basta admitir la doctrina de la transmigracion de las almas para esplicar los premios y castigos de que nos hablas.

—El alma es noble, pura, elevada, y no saldrá jamás del cuerpo que informa, sino para caer en las manos del justo Juez que la ha de dar lo que las acciones de su vida merezcan.

—En suma, ¿pretendes seguir despreciando á las deidades del imperio?

—Sí: firme me encontrareis siempre lo mismo que ahora en confesar que no hay mas que un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Vuestros dioses son las imágenes de la degradacion, de la soberbia y el vicio. La pasion ha levantado su trono, y vosotros necios os humillais ante ella, sin comprender que el infierno se goza en vuestra ignorancia y se aprovecha de esta y de vuestro fanatismo para hacer presa de vuestras almas, y tenerlas aprisionadas hasta el momento en que comparezcais ante el tribunal del verdadero Dios.

—Llevadle al potro: gritó el tirano á los verdugos: estos se arrojaron sobre el mártir, y apartándole á la estancia contigua, desde donde podia oirse lo que se decia en el tribunal, empezó de nuevo el tormento de Víctor.

El pueblo se acercó á la próxima habitacion, pero

en el mismo instante que ponian en el tormento al mártir, un espectáculo estraño hirió su vista.

Una tierna doncellita que apenas parecia contar trece años, apareció en la sala del tribunal y se colocó ante Calfurniano: en su faz se retrataba la inocencia mas pura.

Situada en el centro de la estancia, de pié ante el dosel de Calfurniano, parecia no ser criatura humana. ¡Tal era la gracia indefinible que se dejaba traslucir en su rostro y en toda su persona!

—¿Quién es? se preguntaron todos, admirados de la belleza de aquella niña.

Sus pies estaban ensangrentados.

¿Quién la habia herido tan cruelmente?

Los circunstantes todos fijaron su atencion en la aparecida olvidándose del mártir.

El mismo Calfurniano luchaba con sus propios recuerdos por traer á la memoria el nombre de aquella jóven, cuyo rostro no le era desconocido.

Todos aguardaban que desplegase sus labios para saber quien fuese, lo que allí la llevaba y por qué tenia sus pies tan horriblemente destrozados.

Todo esto que hemos trascrito fué obra de un momento, pues apenas levantó sus ojos al tirano esclamó con un eco purísimo:

—Calfurniano, soy Eulalia, y vengo á decirte que pertenezco á esa religion divina en que se presta adoracion al Dios único y verdadero.

—¡Eulalia!! murmuró el teniente de Daciano.

—Eulalia!! repitieron todos.

—Qué dices, niña? Sabes el sentido que envuelven las palabras que acabas de pronunciar?

—Sí: prepara tus tormentos: soy cristiana.

IV.

Antes de pasar adelante debemos decir cuatro palabras acerca de la nueva víctima que se ofrecía al tirano.

Era Eulalia hija de padres nobles y ricos.

Educada por el presbítero Donato, hallábase en una quinta próxima á Mérida, en compañía de su amiga Julia, del confesor Félix y otros cristianos que se habian refugiado en aquel apartado lugar, huyendo de la persecucion de Calfurniano.

Pero hé aquí que Eulalia, movida por el espíritu de Dios, dice un dia á su compañera Julia:

—Amiga mia, Julia. Quiero darte el beso de despedida....

—Adónde vas, Eulalia?... preguntóle Julia.

—A Emerita....

—A Emerita!...

—Sí.... Dios me llama á la ciudad á dar testimonio de la fé que aliento en Jesus.

—¿Sabes que el cruel Calfurniano prepara la destruccion y muerte de cuantos llevan el nombre de cristiano?

—Lo sé.... y por eso mismo voy á presentarme en su tribunal.

—Y tu madre?...

—Lo ignora.... para todos es un misterio mi plan de evasion.... A tí sola, mi querida Julia, te lo comunico.

—Pero....

—Cuando á la noche tome el camino que conduce á la ciudad, no digas á nadie que me echas de menos.... oculta mi retirada.... y mañana al amanecer puedes manifestarla....

—¿Y crees, Eulalia, que la compañera de tu niñez, que

tu amiga Julia no siente los mismos impulsos que tú de derramar su sangre por su esposo Jesucristo?

—Tú tambien, Julia? Oh, qué alegría!...

—Sí.... hace dias que batallo con la misma idea... Qué son los tormentos de la tierra en comparacion de la gloria que en los Cielos nos guarda el divino Cordero? qué el martirio mas duro al lado de la inmarcesible y rica corona con que ciñe las sienes de los que enrojecen con su sangre la tierra, un dia regada por la suya? Los tormentos y la saña de nuestros perseguidores pasarán como un sueño.... pero la gloria que nos prepara será eterna....

Julia y Eulalia se arrojaron en brazos la una de la otra.

Sus puras y hermosísimas almas se habian comprendido.

Eran dos ángeles que el Señor llamaba á su seno.

Dos purísimas perlas que el Señor queria engastar en la corona de cándidas Vírgenes que circuye las sienes de la Madre de toda pureza.

La Reina de los Mártires las escogia para formar su régia corte en la bienaventuranza.

—Hoy mismo, cuando el sol haya traspuesto los altos montes, y empiece la noche á envolver estos sitios con su manto de sombras, abandonaremos la quinta.

—Sí: repuso Julia, embebecida al contemplar la ternura de aquella niña, tan dulce, tan cariñosa y tan llena del espíritu de fortaleza que hace héroes de los séres mas débiles.

Así sucedió efectivamente.

Durante la noche caminaron las dos Vírgenes por senderos desconocidos para ellas.

En medio de la oscuridad que reinaba en aquellas montañas, una luz vivísima las alumbraba.

Era la luz de la fé.

En medio de la espesura de los montes, heridos y despedazados sus tiernos pies por las espinas y malezas, no pronunciaron un ay de dolor.

Queriendo Julia adelantarse á Eulalia en el camino para derramar su sangre antes que su amiga, esta le dijo con espíritu profético:

—En vano te cansas, Julia.

—Por qué?

—Porque yo he de morir por mi Jesus antes que tú.

Desde entonces no se volvieron á ver mas en el camino. Cada una tomó por distinto sendero.

Eulalia venció en aquel certámen glorioso. Su alma voló á los cielos antes que la de su amiga.

V.

—¡Cristiana! es una cristiana!... murmuraron todos, aun sin querer dar crédito á lo que oian.

Les parecia imposible que una criatura tan hermosa y tierna perteneciese á una religion, que en la creencia vulgar de los gentiles, solo vivia de misterios criminales y sangrientos.

—Sí, cristiana: repitió con firme acento Eulalia.

—¿Sabes, niña, lo que acaban de proferir tus inexpertos labios? le pregunta el tirano.

—Lo sé.

—¿Ignoras el destino reservado á los que profesan tan absurdas ideas?

—No lo ignoro.... un cielo y una gloria sin fin son el término de su peregrinacion sobre la tierra. Y en cuanto á tí, sabe, Calfurniano, que te está reservado eterno tormento, muerte que nunca muere, llantos y crugir de dientes sin fin.

—Qué osas decir? gritóle enfurecido. ¿No crees en los dioses del imperio?

—No: tus dioses, tus ídolos son de barro y de madera...

la mano del hombre miserable los fabrica.... y vosotros los colocais en vuestros impíos altares, y necios les ofreceis incienso, y el demonio sube de su oscura mansion á animarlos, sin comprender que hay un Dios, que es puro espíritu, que sacó de la nada los cielos y la tierra, que sabe reducir á polvo vuestros falsos dioses y hace callar á vuestros falsos oráculos.... Dios, que un dia os pedirá cuenta de la adoracion que le negásteis, y que os arrojará para siempre en la noche de los infiernos, en compañía de esos mismos demonios ante los cuales doblais vuestras rodillas.

Aquella niña pronunció estas palabras con tal fuerza de fé y conviccion, que dejó por unos momentos aterrados á cuantos la oian.

Calfurniano no acertaba á comprender la valentía que se retrataba en su lenguage.

Para los que no veían en los cristianos sino una secta de necios y fanáticos, era un misterio el heroismo de que daban pruebas en medio de los tormentos mas crueles.

Ya iba el presidente á dar salida al furor y rabia que se habia despertado en su alma á los acentos de Eulalia.

Empero veíala tan niña, tan tierna y dulce, que un sentimiento de natural compasion brotó en su alma.

Quiso ver si con los consejos alcanzaba á ganarla para el gentilismo y prosiguió:

—Niña, tienes todavía muy pocos años, y aun no sabes bien lo que te puede acarrear esa conducta.

—Es en balde, Calfurniano, que me aconsejes. Mi voluntad es firme. Mi designio es morir en la fé y amor de mi buen Jesus. Puedes dar principio á los tormentos.

El presidente era desafiado por una débil niña.

Su rudeza y barbarie, dormidas unos momentos por la compasion, se despertaron por fin, y sin dar oidos mas que al ultrage que las palabras de Eulalia inferian á la religion del imperio, dió órden de llamar á los verdugos para que empezasen á ejecutar en el cuerpo de aquella niña los tor-

mentos con que pretendian arrancar á los cristianos la fé de Jesucristo.

Mientras esto pasaba en la estancia del tribunal, era colocado Víctor en el potro y sufria crueles dolores en sus miembros.

Cuando Eulalia era arrastrada por los verdugos á aquel mismo lugar, el santo mártir, al reconocer á la niña, esclamó con dulce y valeroso acento:

—Eulalia, ¿ves los tormentos que sufre mi cuerpo? pues sábete que el Señor acaba de aparecer en mi presencia con la cruz en sus manos, y, echándome su bendicion, ha confortado mi espíritu, diciéndome: «Yo soy quien padezco en mis mártires; yo los aliento, yo los sostengo en sus combates, y al fin los corono despues de la victoria.» Y hé aquí, Eulalia, que todos mis dolores han desaparecido al escuchar su divino acento. Ánimo, pues, niña: el cielo te reserva una doble corona.

—Silencio! gritó Calfurniano ciego de furor al oir las frases de Víctor.

—Sí, amigo mio, esclamó Eulalia dirigiéndose á Víctor. El Señor, en quien tengo puesta la esperanza de mi alma, me dará ánimos para confesar su fé.

Calfurniano oyó estas frases, pronunciadas con dulce energía, y pensó que no era aquel el momento mas oportuno para vencer la resistencia de Eulalia.

—Llevadlos á los dos calabozos mas oscuros que haya en el Pretorio, y luego veremos si un loco y una necia han de poder mas que los tormentos que les prèparo.

Y en seguida continuó: Soldados, despejad el tribunal.

Víctor y Eulalia fueron encerrados en dos calabozos contiguos.

VI.

Apenas se retiró el pueblo, cuando se reunieron de nuevo los dos soldados Feliciano y Longino.

—¿Qué te ha parecido, Feliciano, la entereza de Víctor?

—Admirable, Longino. Pero aun mas ha cautivado mi corazon esa niña que acaba de presentarse á Calfurniano confesándose cristiana.

—¡Oh, mientras mas medito en ello mas me confundo! ¿No escuchaste el acento de esa niña, tan firme y seguro, cual si la estuviesen reservados los premios eternos de que hablaba Víctor?

—Ello es que, amigo mio, voy sospechando si tendrán razon los cristianos, siendo nosotros los que vamos equivocados!

—Bien puede ser.

—Nada, me aferro mas en mi propósito. Esta noche los hemos de arrancar de manos de sus verdugos.

—A los dos?

—A los dos.

—Pero ¿no ves que Eulalia se ha presentado gustosa al tribunal? ¿crees tú que ella se deje libertar de la prision y los tormentos que ha venido á buscar á Mérida?

—Sea como sea, Víctor por lo menos ha de quedar esta noche á salvo.

—Bien.... hablaré con Alejandro.... y si....

—Calla....

—Qué dices?

—Silencio por Júpiter!

—Pero qué hay?

—¿No ves allá á lo lejos quiénes se acercan por aquella galería?

—Sí.... es el oficial de Escipion....

—Hombre maldito! él fué quien descubrió al tirano que Víctor pertenecia al cristianismo.

—Y viene en compañía de Luciano!...

—Pues; otro que tal!

—Nada bueno vendrán tramando.

—Ocultémonos....

—Tras de esas columnas no seremos vistos.

Y los dos soldados se dirigieron al parage indicado.

Las estátuas de Saturno, Juno, Vénus y Júpiter los encerraron tras sí.

VII.

Era el nuevo personage llamado Escipion, un soldado del imperio, de corazon duro é insensible. Baste decir para caracterizarle, que el brillo del oro era el iman que le arrastraba á cometer toda clase de acciones por viles y miserables que fuesen.

Su compañero era un hombre que aparentaba rayar en los cuarenta años; su cútis atezado manifestaba que se habia curtido bajo los rayos abrasadores de un sol africano, y la fealdad horrible que acompañaba á su rostro, junto con cierto no sé qué que en él aparecia, hacía despertar en cuantos lo veian una repulsion, que si á primera vista era instintiva, luego al escuchar el eco de su voz, y mas que nada, al tratarle, venia á ratificarse mas y mas la idea de que aquel hombre correspondia al número de los que están destinados en el mundo á ser el tormento de sus semejantes; criaturas que viven y se desarrollan en la esfera de la sociedad para contribuir con todas sus fuerzas á probar que el hombre ha nacido para gozar, que la perfeccion de sus facultades consiste en satisfacer las pasiones mas degradan-

tes, y que todo lo que se llama elevacion y pureza, nobleza y dignidad no pasan de ser puras ilusiones de espíritus apocados. Para ellos no existe mas mundo que el yo; el desprendimiento y la abnegacion son voces que nada significan: la sociedad es el conjunto de muchos que caminan solamente en pos de la satisfaccion de sus propios instintos y deseos, y la ficcion y la doblez son medios lícitos para la consecucion de todos los fines.

Oigamos lo que vienen diciendo:

—Hablad pues; sabeis que Escipion espera vuestras menores insinuaciones para ponerlas por obra.

—Lo sabía, y por esa razon confiaba de antemano en el auxilio que vas á prestarme.

—Auxilio!

—Sí, de tí depende la realizaciou de uno de mis mas vehementes deseos.

Escipion se preparó á escuchar la peticion que iba á hacerle el africano. Se imaginaba que algo arriesgado sería cuando á él acudia en demanda de auxilio, y por lo mismo se gozaba ya en su interior, previendo que el negocio le valdria buena suma de sextercios.

—Pues os escucho, Luciano.

—Oye.... Eulalia va á ser llevada al martirio....

—Eulalia! Y bien.... explicaos....

—Quiero que esa altiva niña no perezca en los tormentos....

—Que no perezca! A fé mia que no os comprendo! Sois acaso el defensor de esa jóven?...

—Herida ó despedazada, con fuerzas ó sin ellas, quiero que mañana al amanecer digas al presidente y hagas correr la voz por la ciudad que Eulalia ha sido víctima de la aspereza de la tortura que se la prepara y que ha muerto en la prision.

—Pero.... cómo!....

—Y tú, mediante la suma de dos mil sextercios me la entregarás tal como se halle.

Escipion acababa de comprender lo que Luciano queria conseguir de él.

—Me pedís un imposible?... repuso.

—Bah!... no lo es para Escipion; y sobre todo, el pago que doy á tu cooperacion hará que desaparezcan todos los obstáculos que ofrezca la obra.

—¿Ignorais que Calfurniano no cederá en su empeño hasta verla retractarse de sus palabras de hoy ó exhalar el último suspiro en los tormentos?

—Repito que tú lo puedes.... y basta: doblo la suma.... eh! qué te parece?...

Escipion pareció animarse al escuchar esta nueva proposicion.

—Pero....

—No hay que andar con dudas ni vacilaciones... Eulalia me ha de pertenecer.

—Acudid mas tarde á esta sala: con eso podreis ser testigo de la escena que se prepara y juzgareis por vos mismo de la dificultad que ofrece eso que venís á pedirme. Eulalia es prisionera de Calfurniano que va á agotar todos los medios que su crueldad le sugiera para vencer su resistencia. Acabo de hablarle, y sé, por las palabras que me ha dirigido, que su honor está interesado en la lucha á que esa cristiana le desafía. Ni respetará la nobleza de su cuna, ni dejará penetrar en su alma el sentimiento de compasion que naturalmente ha de despertar en todos lo tierno de su edad.

—Con todo, pese á Calfurniano, es indispensable que no muera esa niña. Lo he jurado.... y Luciano jamás ha quebrantado el juramento que una vez brotó de sus labios!... Escipion, esa cristiana debe caer humillada ante mis plantas... y caerá! debe arrastrarse ante el africano Luciano.... y se arrastrará!... Ella despreció con la mayor altivez la mano que la ofrecí, y ha de ser, no mi esposa, porque ya no es digna de mí, sino mi esclava. El dia que oí de los labios de su padre la respuesta de esa criatura, juré

por la laguna Estigia castigar sus desprecios y desdenes, y el infierno hace que hoy pueda realizar mi intento. Ya ves si tendré empeño en apoderarme de ella, aunque, para conseguirlo, tuviera que derramar el oro á manos llenas y aun dar la mitad de mi existencia!...

—Bien.... continuó Escipion. Veamos cómo sale del tormento.... y despues hablaremos....

—No.... hoy mismo..... ahora mismo..... en este lugar ha de quedar formalizado el contrato....

—Cómo!

—Sí.... escucha.... esta noche, cuando todos se entreguen al sueño, y cuando Eulalia busque en el reposo de la prision el descanso y reparacion que han menester sus miembros despedazados por la tortura, me abrirás la poterna que está á espaldas del Pretorio.... Allí aguardarán dos hombres decididos.... penetraremos en la estancia, la cual se abrirá á la órden de mando de Escipion.... despues tendrás en galardon diez mil sextercios.

—Diez mil sextercios!! esclamó asombrado Escipion.

—Qué tal el proyecto?

—Oh!... concluyamos, Luciano. Sé que no faltais nunca á la palabra empeñada. Cueste lo que costare, se hará como decís.

—De modo que....

—A la media noche en la poterna del Pretorio.

Y se separaron aquellos dos hombres á quienes iba á estrechar aquella noche el lazo de un crímen.

Mas al retirarse no habian notado que de las estátuas de la galería se destacaba la figura de un soldado que murmuró de esta manera:

—Pobre Eulalia!... no solo tienes que luchar con los tormentos que van á despedazar tu cuerpecito, sino que tambien con la avilantez de esos dos hombres! Mas no hay que temer. Yo te prometo, Luciano, que Eulalia no ha de caer humillada ante tus plantas!

Quien hablaba así era el soldado gentil Feliciano, que

uniéndose á su amigo y compañero Longino, salió de la galería hablando misteriosamente con él.

VIII.

Dos horas mas tarde se constituía el tribunal para atormentar á la dulce y graciosa Eulalia.

Aquella niña de tan corta edad iba á luchar con Calfurniano.

De la una parte, estaba el tirano con el potro, las uñas y garfios de hierro, el plomo derretido y el fuego.

De la otra, una niña delicada y tiernecita, sin mas armas que su amor al esposo Inmaculado y el aliento divino que este sabe infundir en las que ponen en él su fortaleza.

Pero le bastaba esto para salir victoriosa sobre Calfurniano.

Llena se encontraba la sala del tormento.

El pueblo aguardaba ya impaciente la llegada del tirano.

Por último, entró este acompañado de su ministro Escipion.

A poco penetró en la estancia la tierna Vírgen Eulalia.

Su rostro aparecia bañado de graciosos resplandores; la modestia se retrataba en los movimientos de su cuerpecito; y su mirada, ya elevándose á los cielos, ya fijándose dulcemente en el tirano y el pueblo, lanzaba rayos de pureza y amor.

Un murmullo se levantó entre todos los espectadores, al aparecer Eulalia.

—Esa.... esa es la cristiana....

—Mírala.... qué niña es! decia una muger.

—Lo estraño es, que á pesar de esa expresion tan dulce

que brilla en su rostro, abrigará un alma pérfida: aseguró un moceton.

—Es verdad.... esos cristianos fanáticos que se empeñan en negar la adoracion á los dioses del imperio, se valen de no sé qué filtros con los cuales hacen hasta maravillas. ¿Cómo no ha de parecer una inocente esa niña, si ha sido afiliada en los impenetrables misterios de la religion del *Malhechor?*

—Y dicen que ella misma se ha presentado á Calfurniano?

—Así es....

—¡Lo que no alcanzo es el fin que se proponen al derramar su sangre!...

—Calla, hombre, ¿qué otro fin se han de proponer que el de estender mas y mas por todas partes la semilla de lo que ellos llaman el Evangelio?

—Pero y bien.... si á todos les arranca la vida el tormento, de qué manera conseguirán ese fin?

—¿De qué manera? Viniendo otros que admitirán sus dogmas, cautivados por la fortaleza que saben ostentar y de que hacen gala en el martirio.

—Ya!

—No lo estás viendo? Quién, al tender los ojos á esa niña, y al escuchar su dulce voz, no cae en la tentacion de compadecerla?

—Es cierto!

—Y cuidado que de tenerla compasion á sentir simpatías por su religion, no hay mas que un paso.

—Pero....

—Escucha....

Mientras esto decian por lo bajo en un grupo, los soldados Feliciano, Alejandro y Longino, que se hallaban en primera línea haciendo guardar el órden en el salon, aprovechándose de los murmullos que suscitaba la presencia de la cristiana y que por ser espontáneos eran permitidos por el prefecto, cambiaban entre sí estas palabras:

—Tú no la conocias, Alejandro?

—Sí que la conocia. . ¿quién hay en Emérita que no haya oido hablar de Eulalia?

—Es una inocente!

—Y tanto que lo es!...

—Pero oigamos.... que se preparan los verdugos para martirizar su cuerpo, ya que no les es posible vencer la resistencia de su alma noble.

—Oigamos.

Calfurniano hizo una seña á los ejecutores del martirio, y cuatro verdugos se aproximaron á Eulalia.

Entonces el tirano mandó que permaneciesen aun sin tocarla, por si con lisonjeras palabras y consejos conseguia hacerla apostatar.

—Eulalia.... ¿permaneces todavía en el mismo error que hace poco, ó has meditado con despacio las consecuencias de tu conducta anterior, y te decides á ofrecer incienso á los dioses del imperio?

—Nó: mi voluntad es firme como una roca, porque no soy yo, sino mi dulce esposo quien me comunica fortaleza para confesarlo.

—Mira, Eulalia, que aun es tiempo.... si ahora te retractas de lo que pronunciaste en este mismo lugar, todo lo olvidaré.... y respetada por mí y custodiada por mis servidores volverás al seno de tus padres, á quienes no has tenido reparo en abandonar.

—*El que no abandona á su padre, y á su madre, y á su esposo y á su hermano, por seguir á Jesus, no puede ser su discípulo.*

—¿Qué doctrina es esa tan absurda que aparece en tus labios, niña?

—La que ha de salvar al mundo, Calfurniano, si es que el mundo quiere recibir alguna vez su enseñanza purísima, y no le cierra sus oidos como ahora tú lo haces.

—Cristiana, ¿quién te ha dado poder para dirigirme tales palabras?

—Jesus, que es quien hoy te habla por boca de esta su sierva....

—Déjate de necias explicaciones.... Ese Jesus de cuya fé haces ostentacion, no será nunca sino un impostor á la faz de todas las generaciones.

—Un impostor no cura las enfermedades con solo la fuerza de su voluntad, ni manda á los vientos y los mares que al punto le obedecen, ni hace salir de la lobreguez del sepulcro un cadáver de cuatro dias.

—Todo eso lo practicaba, valiéndose de sortilegios y artes mágicas. (1)

—Hé aquí el único modo que tienen vuestros sabios de eludir la fuerza de sus milagros. El Hijo del Dios vivo, que descendió de su trono de gloria y se humilló hasta esconder su magestad en el seno de una muger para levantar al hombre hasta Dios, no necesitaba de esos medios para hacer milagros. Tu religion que adora á unos dioses ignorantes, viciosos, y enemigos los unos de los otros, es la que echa mano de ellos para engañar al vulgo. Por eso los oráculos han callado, y si alguna vez el demonio se introduce en vuestros ídolos, á la voz poderosa de los cristianos ha tenido que confesar que es uno de tantos espíritus malignos.

—Cristiana maldita, calle tu lengua y no oses profanar el nombre de nuestras divinidades!

---

(1) Téngase en cuenta á fin de apreciar debidamente el valor de las razones del impío Renan, al negar la verdad de los milagros de Jesucristo, que á nadie se ocurrió ponerlos en tela de juicio en los primeros siglos del cristianismo. Sus enemigos mas encarnizados, como Celso, Hierocles, Porfirio y Juliano, los admiten en sus impugnaciones, y hacen estribar toda la fuerza de estas en probar que tales milagros eran producidos por sortilegios y artes mágicas; y esto porque se hallaban plenamente convencidos de que tanto los de Jesus como los de los apóstoles y primeros cristianos, eran hechos sabidos de todos y que ni por un momento se podia dudar de ellos, so pena de rechazar uno de los primeros criterios de las acciones humanas.

—Infeliz Calfurniano, abre tus ojos á la luz y confiesa que tu religion es un cúmulo de monstruosos errores y de horribles absurdos. Mira que tras de esta vida perecedera viene otra sin fin, en la que cada cual ha de recibir conforme á las acciones que hubiere practicado.

—Verdugos, apoderaos de Eulalia, y descargad sobre ella vuestros duros látigos armados de plomo: gritó Calfurniano, ciego de cólera y poseido de un espíritu infernal, al verse vencido por una niña de trece años.

Los verdugos se le acercaron preparándose á cumplir el bárbaro mandato de su señor.

Eulalia levantó sus bellos ojos al cielo y, llena de angelical encanto, dejó escapar estas hermosas palabras:

—¡Gracias, esposo mio, gracias porque me vas á conceder la gloria de sufrir por tu amor!

IX.

Los verdugos dejaron caer sus látigos sobre las espaldas y pecho de Eulalia.

De pie, en medio de la estancia y frente á Calfurniano permanecia inmoble llena de dulce alegría.

Bien pronto la sangre de la vírgen empezó á gotear sobre el pavimento y á enrogecerlo.

Era evidente que Eulalia no podria resistir por mucho tiempo á la acerbidad de los tormentos, por su delicadeza y corta edad.

Calfurniano hubo de comprenderlo así, y temiendo que lanzase el último aliento en la primera prueba, dió órden á los verdugos de que cesasen los golpes.

—Eulalia, ya ves lo que reportas de esa vana religion. Aun aguardo tu confesion; si quieres que cesen los tormentos habla, y todo quedará terminado.

—Puedes continuar, Calfurniano. Soy cristiana, la religion de mi Jesus es la verdadera, es la religion de los cielos; la tuya es falsa é inspirada por los demonios.

—Pues morirás, cristiana!... tiembla.... porque no voy á tener piedad ni de tu edad, ni de....

—Eso es lo que ardientemente deseo.... los mas duros sufrimientos serán las prendas de amor que ofreceré á Jesus, mi dulce esposo.

—Proseguid los azotes y descargad con fuerza vuestros látigos, verdugos. Veremos quién cede primero en la lucha.

Obedecida fué la órden de tirano y empezaron á correr arroyos de sangre por el suelo.

—Ahora, traed el aceite hirviendo: gritó Calfurniano fuera de si.

Luciano se horrorizó al escuchar estas palabras.

Feliciano, Longino y Alejandro cambiaron una mirada significativa.

Eulalia bajó en aquel momento los ojos y los posó dulcemente sobre los tres soldados.

Estos sintieron una voz en su interior que les auguraba que pronto habian ellos de lograr la misma suerte que Eulalia.

Impetus vinieron á un mismo tiempo á los tres de adelantarse al tirano, para echarle en cara su crueldad.

Feliciano, que era mayor que sus dos compañeros, les hizo una seña para indicarles que aun no era llegado el momento para ellos.

En unas calderas grandes trageron el aceite hirviendo, y sacándolo en pequeñas cantidades las iban vertiendo sobre las heridas abiertas por los látigos.

Pero la mártir permanecia impasible.

X.

—Las hachas.... prosiguió el tirano.

Cuatro hachas encendidas le fueron aplicadas á los costados y sobre el estómago.

Solo quien no abrigase corazon podia dejar de horrorizarse al presenciar la dureza y enormidad de los tormentos con que la martirizaban.

Eulalia era niña de trece años.

Y hé aquí una de las mayores pruebas de la divinidad del cristianismo.

¿Cuándo habia visto el mundo á débiles y delicadas doncellas, ancianos achacosos y niños que mas debian pensar en los juegos pueriles que en la cruz, llenos de valor y heroismo despreciar los halagos y promesas de los tiranos, resistir á tormentos á que cedian los facinerosos mas desalmados, y dar sus vidas, rebosando sus rostros una dulce y hermosa alegría?

Este era un hecho desconocido hasta los tiempos del cristianismo.

Y no era de una region tan solo, ni de una raza especial, ni de una misma condicion, edad ni sexo.

¿Era que la naturaleza humana habia sufrido una variacion en lo mas íntimo de su esencia?

No podia ser esto, porque en el cristianismo solo y en sus fieles se notaba dicha mudanza.

Y sin embargo, aquellos hombres, embebidos en las horribles máximas del paganismo, no acertaban á comprender lo que hacia variar esencialmente las condiciones del alma.

El aliento que animaba á los hijos de la nueva religion, aliento que les comunicaba su divino fundador, que regando con su preciosa sangre el árbol de la cruz, hacía germinar en los corazones una virtud sobrenatural que hasta entonces no habia aparecido sobre la tierra, hé aquí la clave que esplica el misterio.

Y no se nos diga que tambien algunas sectas y partidos han tenido sus mártires.

Esto no pasa de ser una blasfemia.

Estúdiese detenidamente y sin abrigar parcialidad de ningun género los móviles que á algunos han impulsado á despreciar la propia vida, y se verá que la religion no ha entrado por nada.

El orgullo y la soberbia suelen ser tambien el alma de acciones que para la mayoría del vulgo merecen el nombre de heróicas, pero que para quien las considera despacio no son otra cosa que miserables amaños.

El error y el orgullo no podrán formar nunca un mártir.

Y no se nos hable de las guerras llamadas religiosas en que algunos hereges han derramado su sangre por sostener sus errores.

Tales guerras no merecen para nosotros el nombre de religiosas.

La religion entraba por muy poco en ellas.

El fin era mas recóndito que todo eso. El blanco no era otro que la sociedad.

El móvil no pocas veces, por no decir todas, era la pasion.

Pero continuemos.

El aceite cayó sobre las heridas de Eulalia, y al profundizarlas y al encontrarse con la sangre aun caliente que de ellas brotaba, produjo un chirrido terrible que fué á resonar en los oidos de los cristianos que presenciaban tal escena.

Por lo que respecta al populacho, endurecidos sus cora-

zones por la frecuencia con que se repetian martirios de tal naturaleza, contemplaba aquel cuadro sin inmutarse lo mas mínimo.

Escipion temblaba cada vez que escuchaba la voz del tirano imponiendo nuevo tormento, y seguia con la mayor agitacion los menores movimientos que hacia la mártir, temiendo verla desfallecer á cada paso.

Aquel hombre deseaba ardientemente la conservacion de la vida de Eulalia, no porque en su pecho vibrase una sola fibra de compasion, sino porque su ambicion se interesaba en ello.

Calfurniano estaba pálido de ira y furor.

La constancia de aquella débil niña le asombraba.

Pero su orgullo y soberbia eran pisoteados por la entereza de un ser tan delicado, y no habia de ser él quien cediese en la demanda.

—Las uñas de hierro.... volvió á decir á los verdugos.

Estos acataron la nueva órden y el cuerpecito de Eulalia fué horriblemente rasgado hasta los huesos.

Entonces levantó de nuevo sus ojos al cielo y con voz melodiosa esclamó:

—*Ved aquí, divino Salvador mio, unos caractéres que me hacen un resúmen de tu pasion y que dicen que soy al presente esposa tuya; acaba, por tu misericordia, de hacer mi alma menos indigna de tal esposo.*

XI.

Nos encontramos en una galería que comunica con los dos calabozos en que se hallan cargados de cadenas los dos gloriosos mártires Víctor y Eulalia.

Tres soldados pasean por ella: están haciendo la guardia á los invictos héroes.

De vez en cuando se detienen, murmuran algunas palabras que apenas percibe el aire que los envuelve, prestan atencion á las galerías contíguas como si esperasen la presencia de alguno, y continúan su interrumpido paseo.

No se oye mas ruido en la estancia que el producido por sus pasos.

A poco se paran de nuevo y pronuncian estos acentos:

—Aun no es llegado el momento, Feliciano?

—Aun no, Longino: antes hay que dar el primer paso.

—¡El primer paso!

—Sí.... Es menester antes impedir que esos dos hombres pérfidos y viles arranquen de la prision á Eulalia.

—Es verdad.

—Para ello, atended, nos hemos de encubrir el rostro con esta máscara: y en el momento que aparezcan, nos arrojamos sobre los dos y los ahuyentamos con nuestra brusca acometida.

—Pero.... y si....

—Bah! no temas nada, Alejandro. El tal Luciano es un hombre que tiene de cobarde tanto como de malvado. Es seguro que apenas nos vea, volverá las espaldas: en cuanto á Escipion, hace ya algun tiempo que me bullen deseos de medir mis armas con las suyas. Si se empeña, le ha de costar cara la villanía que intenta hoy cometer con esa inocente vírgen.

—En ese caso, estamos conformes.

—Una duda se me ocurre, Feliciano.

—Habla, Longino.

—¿De qué medio piensas valerte para que los soldados de la poterna nos franquéen la salida, tanto á nosotros como á los dos mártires?

—¿Tan difícil crees que es esto? pues no hay tal, amigo mio: cuatro soldados la guardan tan solo. De manera que si se resisten, nuestros brazos darán buena cuenta de ellos.

—Silencio: ¿no percibes allá en aquel estremo dos bultos?

—Sí: ellos deben de ser: ocultemos nuestros rostros y envolvámonos en las tinieblas de ese rincon.

—Es verdad: así tambien podremos escuchar lo que dicen.

Y se ocultaron en un ángulo, que se encontraba en profundas tinieblas, á causa de las columnas que lo circuian.

XII.

Las dos sombras avanzaron hasta llegar á la galería.

Eran Luciano y Escipion.

El rostro del primero indicaba turbacion y temor; el del segundo expresaba oculta complacencia.

Ambos iban á ver cumplidos sus pérfidos deseos: el uno recibiria la suma de sextercios que se le habia prometido: el otro veria en su poder á la inocente Eulalia.

—Luciano, ¿sabes qué estoy pensando?

—¿Qué? habla, Escipion.

—Que mi cabeza peligra.

—Qué dices!

—Claro: ¿no comprendes que tu proyecto puede tener fatales consecuencias para mí?

—¿Y por qué?...

—No es tan fácil como tú crees, arrancar á Calfurniano esa niña.

—Bah!... esos no son mas que temores de un espíritu apocado.

—No lo creo yo así.

—¿Tienes mas que decir mañana al teniente que los cristianos la han robado de la prision?...

—¡A fé mia que eso es lo que considero menos peligroso; pero ¿y si por cualquier evento llegase á noticia de Calfurniano la verdad del hecho?

—Desecha todo temor: ¿no me acabas de decir por el camino que cuentas con los soldados que defienden la poterna?

—Sí: conformes están.... pero al cabo.

—Déjate de vacilaciones, y adelante.... Además, los hombres que hemos dejado en la próxima galería y que han de llevar á Eulalia, merecen entera confianza.

—Con todo, temo al cruel Calfurniano!...

Los tres soldados, que aguantaban casi la respiracion, á fin de no perder una palabra de la conversacion, se fueron aproximando en silencio, y en el instante en que se adelantaban Luciano y Escipion á abrir el calabozo de Eulalia, se precipitaron sobre los dos, y en un abrir y cerrar de ojos los arrojaron al suelo, y tapándoles la boca, les ataron codo con codo.

No tuvieron tiempo ni para echar mano á las armas. Tan brusca fué la embestida.

—Ahora que está ya conseguido lo mas dificil, murmuró Feliciano, salvemos á los mártires.

—Echemos abajo las puertas de la prision.... dijo Alejandro.

—No: amigo, no hay que dar escándalo: escuchadme los dos: lo que hay que hacer ahora es sorprender á los dos hombres que están apostados en la galería.

—Ya: los que debian robar á Eulalia?...

—Pues. De ese modo podremos salir impunemente. Cuatro hombres han entrado por la poterna para llevarse á la vírgen.... y cuatro cabalmente van á salir ahora con ella; solamente que los cuatro que salgan, seremos nosotros tres y Víctor. Hé aquí como la suerte nos favorece.... En seguida abriremos las dos prisiones con las llaves que he sacado del bolsillo de Escipion. Vamos pues á hacer con los otros lo que acabamos de hacer con estos.

XIII.

Apenas se ocultaron nuestros tres valientes en el ángulo de la galería donde aguardaban los dos servidores de Luciano, una escena estraña tuvo lugar en la estancia que acababan de dejar.

Una hermosa y resplandeciente claridad brilló en toda ella. Torrentes de luz vivísima descendieron de los cielos, y rompiendo los fuertes muros del Pretorio, llenaron con sus fulgores todos los ámbitos de la galería.

Las dos puertas que daban paso á los calabozos de Víctor y Eulalia, cayeron al suelo hechas pedazos, cual si un brazo vigoroso las hubiera deshecho de un fuerte golpe.

Y allá en el interior de la prision, se vió á los dos mártires levantarse erguidos, libres de las cadenas que en menudo polvo cayeron á sus pies.

Sus rostros aparecian bañados de una alegría celestial y purísima.

Sus ojos se elevaron á la altura de los cielos.

Sus vestidos, que por los tormentos de aquel dia se hallaban tintos con la preciosa sangre que habian derramado, aparecieron blancos como la nieve.

De entre los manojos de luz pura que los circuían, sobresalian dos rayos que cruzaban el espacio, y desde la altura de la bóveda venian á derramar un torrente de luz sobre las frentes de Víctor y de Eulalia.

Un coro de dulce y arrebatadora armonía hendió los aires. Sus ecos resonaron por toda la galería, y en medio de las harpas celestiales, un conjunto de voces angélicas dejó escuchar el siguiente cántico.

XIV.

¡Sangre bendita,
Sangre preciosa,
La que por Cristo
Con fé vertís!

Rica diadema
De perlas y oro
Vais en los cielos
Pronto á ceñir.

Os ve el esposo
Desde la altura
Entre torrentes
De hermosa luz:

Y ya dos tronos
Sobre rubíes
Y entre mil soles
Os dá Jesus.

Ya en el Oriente
Se alza la nube
Que vuestras almas
Llevará á Dios:

Nácar y rojo
Sus gasas tejen;
¡Símbolo puro
De vuestro amor!

¡Sangre bendita,
Sangre preciosa
La que por Cristo
Con fé vertís!

Rica diadema
De perlas y oro
Vais en los cielos
Pronto á ceñir.

XV.

Los tres soldanos gentiles que, sorprendidos ya los dos hombres que estaban apostados, tornaban á la galería para coronar felizmente el atrevido plan que habian ideado de salvar á los presos, quedáronse pasmados al escuchar primero las armonías celestiales, y al herir luego su vista la escena que en los calabozos tenia lugar en aquellos instantes.

Sus lenguas enmudecieron: sus ojos apenas podian resistir al golpe de resplandor vivísimo que los rodeaba.

Los dos mártires se hallaban como en Dios. Sus almas debian estar en los cielos: sus cuerpos aparecian revestidos de la claridad que acompaña á los cuerpos gloriosos.

En cuanto á Luciano y Escipion, un temblor frio corrió por todos sus miembros.

Aquella vision tan hermosa y tan celestial les producia un espanto de que no acertaban á darse cuenta.

Lo mismo que venia á confortar las almas y los cuerpos de Víctor y de Eulalia, y producia la admiracion en los tres soldados, dejaba paralizados á aquellos dos hombres criminales.

Cuando se hubieron perdido los últimos ecos de las arpas celestes, y apagádose los resplandores que habian convertido la oscura noche en el dia mas radiante y claro que jamás brotó del oriente, se adelantaron los tres soldados á los calabozos de los mártires, y cual si les hubiera movido un mismo resorte, cayeron de rodillas ante Víctor y Eulalia.

—Oh! mereceis adoracion como dioses!... esclamaron al caer postrados en tierra.

—No: respondió Víctor acercándoseles: no soy mas que un cristiano que logra la dicha de padecer por Jesus.

—No: acompañó Eulalia, saliendo tambien de su prision: *solo á Dios, Rey inmortal de los siglos, se debe honor y gloria sin fin.*

—Yo quiero tambien prestar ese honor á vuestro Dios!.. pronunció lleno de conviccion Feliciano.

—Yo deseo abrazar esa religion que así consuela á sus hijos! dijo con fervoroso acento Longino.

—Yo quiero ser cristiano! profirió Alejandro.

—¡Gracias, Dios mio, gracias! murmuró Víctor elevando sus ojos y sus manos al cielo.

—Gloria á tí, Jesucristo! que así abres los ojos de estos hombres á la luz de tu fé! pronunció con la dulzura de una niña y la alegría de un ángel, la doncellita Eulalia.

XVI.

A la mañana siguiente hallábase obstruida la plaza de la ciudad.

Grupos del pueblo giraban en todas direcciones, preguntándose unos á otros y deseando todos saber lo que

aquella noche habia pasado en la cárceles del Pretorio.

Habia cundido la voz de que durante la noche habian ocurrido maravillas en el encerramiento de los mártires Víctor y Eulalia.

Pero oigamos lo que hablan en uno de los grupos.

—Así ha pasado, lo mismo que os lo estoy refiriendo.

—Hechicerías al fin....

—Yo no sé cómo explicarlo, pero es lo cierto que hoy muy de mañana al entrar Lucrecio en la ciudad, y á tiempo que pasaba por delante del manantial, los vió allí lo mismo que yo os estoy viendo ahora....

—Pero, es posible?

—Y qué hacian allí?...

—Toma!... bautizarse....

—Bautizarse....

—Claro. ¿No sabeis que ese lavatorio limpia, segun ellos dicen, todos los crímenes por grandes que sean, y quedan por él, los que lo reciben, convertidos en cristianos?

—Así lo créen?

—Así. De modo que los tres soldados, seducidos por Víctor y Eulalia, pidieron el bautismo, y allí fueron á ser bautizados.

—Pero ¿cómo han podido salir de la prision?

—Qué sé yo, hombre!... Unos aseguran que las puertas de los calabozos cayeron hechas pedazos; otros dicen que los tres soldados las abrieron; pero lo que no tiene asomo de duda es que ellos han salido esta noche del Pretorio.

Oigamos lo que se dice en otro grupo.

—Casi muertos decís?

—Lo mismito.

—Y á qué se debió ese temor?

—A los sortilegios de Víctor y Eulalia.

—Mas, qué fueron á buscar allí á tales horas?

—Lo ignoro.... ello es que hoy los han encontrado tendidos en el suelo, con mordazas en la boca y con cara de muertos.

—Y qué les pasó?...

—Los genios protectores de los mártires, acometieron á Escipion y á Luciano, les dieron una brava tollina, por supuesto enmascarados, y luego me los dejaron midiendo con sus cuerpos lo largo de la galería con la mayor frescura del mundo.

—Ja, ja, ja....

—Luego dirán que los cristianos no son gente á quien gusta divertirse!

Un poco mas hácia el fondo hay otro grupo: escuchemos.

—Convertidos al cristianismo?

—Sí tal.

—Cuentan que el africano Luciano se prendó de la niña Eulalia, y con objeto de hablarla, fué anoche á su prision con Escipion; pero amigos, aquí entra lo nuevo del lance: los tres soldados Feliciano, Alejandro y Longino que estaban de guardia, se les echaron encima y los ataron: en seguida penetraron en los calabozos, abiertos por arte de no se sabe quién, y declararon á Eulalia y Víctor que querian entrar en su religion.

—Y se hicieron cristianos?

—Oye, hombre, oye. La cárcel se llenó de claridad, y una dulce armonía se escuchó en toda ella. Entonces fueron llevados por los aires al manantial que hay á la entrada de la ciudad, y allí se chapuzaron sin mas ni mas, y cátalos ya cristianos en cuerpo y alma.

—Y despues ¿por qué no huyeron?

—Huir? Eso no lo hacen nunca los cristianos. Concluida la ceremonia, se volvieron derechitos á la prision y allí los tienes.

—¿Y qué va á hacer Calfurniano con los tres soldados?

—Por lo pronto ha ordenado á Víctor que les aconseje vuelvan á reconocer y adorar á los dioses del imperio, mas él, ya supondreis que no habria de cumplir tal mandato.

—Y entonces?...

—Bah! Dentro de un rato los vereis venir á esta plaza para ser decapitados en ella.

—Y Eulalia?...

—Y Víctor?...

—En cuanto á estos, dicen que aquí mismo van á sufrir el último suplicio....

—Habla.... habla....

—Víctor será atado á una gran piedra de molino hasta que sean desmenuzados todos sus miembros: Eulalia será quemada viva.

XVII.

¿Qué habia pasado la noche anterior en los calabozos del Pretorio?

Lo que se decia en los grupos que llenaban la plaza, aunque desfigurado por la fama como suele acontecer, tenia sin embargo mucho de verdad.

Instruidos por Víctor los tres soldados en los principales misterios de la nueva religion que iba á recibirlos en su seno, y no habiendo á las manos agua con que fueran bautizados, salieron de la prision, y abriéndose ante ellos todas las puertas como si un ángel las tocase con una vara misteriosa, se dirigieron á las afueras de la ciudad, y llegando ante un manantial que allí brotaba, dejó caer Víctor sobre las cabezas de los tres soldados el agua salutífera que les abria las hermosas puertas del cristianismo.

Hecho esto, volviéronse de nuevo á la ciudad y al Pretorio.

En cuanto á Escipion y Luciano, fueron desatados por Feliciano, é inútil será decir que ya no pensaron en arrancar de la prision á la vírgen Eulalia.

Aterrados primero con la vision y luego con los cánticos angélicos y la conversion de los tres soldados, huyeron de

aquel recinto; y sin manifestar el motivo que los habia llevado aquella noche á las prisiones del Pretorio, refirieron cuanto habia pasado.

Calfurniano, deseando acabar cuanto antes con aquellos dos héroes que así atraian á los mismos gentiles á su religion, firmó el decreto de muerte de los cinco, de este modo.

Feliciano, Longino y Alejandro serian decapitados; Víctor pereceria destrozado por una piedra de molino; Eulalia moriria abrasada.

XVIII.

—Ahí vienen, ahí vienen; gritaron de uno de los grupos.

—Paso, paso....

—Vedlos; ya se acercan.

Los soldados abrieron sitio á través de la muchedumbre que se agolpaba á ellos para ver á los mártires.

Calfurniano cerraba la comitiva.

Al llegar al centro de la plaza, dió el tirano órden de detenerse.

Los tres nuevos soldados de Cristo iban á ser el objeto de su saña en aquellos instantes.

—Feliciano, Longino, Alejandro, ¿continuais firmes en vuestra insensata determinacion?

—Sí: respondieron con levantado acento.

—Pues preparaos á morir.

—Moriremos por Cristo; él nos dará valor para arrostrar la muerte gloriosa que nos preparas: pronunció Feliciano alzando los ojos al cielo.

—Ved que la ignominia caerá sobre vuestras frentes!

—Feliz ignominia la que nos eleva á la altura de mártires de la fé cristiana: repuso Longino.

—Vuestros nombres se pronunciarán en el ejército como nombres de fanáticos, enemigos del emperador.

—Pero tambien serán escritos por Dios en el libro de la vida, y el dia del juicio aparecerán brillando en la altura de los cielos al pié de la cruz, cuando el Señor viniere á residenciar al mundo por fuego: aseguró con valentía Alejandro.

—¿Qué estás ahí diciendo, necio?

—Lo que tus ojos han de ver y tus oidos han de escuchar en aquel dia terrible: continuó Feliciano.

—¿Quién os ha enseñado ese conjunto de disparates que estais profiriendo?

—Estos que tú crees disparates, pero que son verdades de que tendrás algun dia tristísima esperiencia, lo ha revelado á nuestras almas quien vino á redimir al mundo perdido por el error y el pecado: dijo Longino.

—Siempre sacais á cuento al malhechor: ¿cuándo os convencereis de que no fué mas que un impostor? Así lo reconoció el mismo pueblo hebreo de cuyo seno se levantó vuestro Jesus, y así lo dice la posteridad entera.

—No, Calfurniano, no pronuncian tus labios la verdad. en ese mismo pueblo hebreo hubo muchos que le reconocieron y reverenciaron, y en cuanto á la posteridad, tiende tus ojos por todo el imperio y por doquiera encontrarás cristianos.... pronunció Feliciano.

—Si algunos restan, bien pronto no quedará uno en los confines del imperio. Diocleciano y Maximiano darán buena cuenta de todos los que, como vosotros, se dejan ilusionar por esa vana y absurda religion.

—Te engañas, Calfurniano; espera un poco más y verás la religion del Crucificado reconocida y adorada en todo el orbe: dijo como inspirando Alejandro.

—No quiero oir mas necedades. Verdugos, apoderaos de estos hombres y cercenad sus cabezas, para que sirva de

escarmiento su muerte á los soldados del imperio.

Los verdugos se apoderaron de los tres y los llevaron á un ángulo de la plaza donde estaba preparado el tajo.

Mientras eran conducidos á aquel parage, Calfurniano llamó á Víctor que silencioso habia escuchado la confesion de sus nuevos compañeros, mientras pedia al Señor les comunicase aliento y gracia en el terrible trance que les aguardaba.

XIX.

En la plaza habíase levantado un altar y sobre él aparecia la estátua de Júpiter.

—Víctor, gritó el tirano con tono tan terrible y espantoso, que los mismos gentiles se quedaron aterrados; Víctor, ofrece incienso á los dioses.

—No; respondió el santo con uña impasibilidad que pasmó á los presentes.

—Mira que el último tormento que te reservo va á esceder á todos los anteriores.

—Lleno de valor lo aguardo; puedes dar principio cuando gustes.

—Adora á nuestros dioses; hé aquí su altar; hé ahí el incienso, póstrate ante la deidad de Júpiter y quema incienso en su adoracion.

—Mira el respeto que merecen tus dioses á los cristianos, dijo Víctor aproximándose al ara.

Qué iba á hacer el soldado de Cristo?

Un grito unánime resonó en toda la plaza.

Todos se llevaron las manos á la cabeza espantados de lo que acababa de hacer Victor.

Este se habia acercado al altar, y dándole un puntapié le hizo caer hecho pedazos juntamente con el ídolo.

—Verdugos, cortad á ese impío el miembro que tal ultrage ha inferido á nuestros dioses.

Aquellos se apoderaron de Víctor, y le llevaron al mismo sitio en que acababan de recibir la corona del martirio los tres soldados.

—Eulalia, prosiguió Calfurniano, ha llegado tu hora: morirás en el fuego.

—Mi dulce esposo me prepara lecho de rosas en premio de ese que tu crueldad me ofrece hoy en la tierra.

—Si quieres, aun es tiempo: eres una niña, y como niña te trataré: olvidaré cuanto has dicho ayer y te pondré en libertad al punto.

—Libre he de verme pronto de las ataduras de la carne: mi alma volará á la mansion de la vida hoy mismo. Acaba pues de dejar libre á quien suspira por contemplar el rostro del amado. Él me llama desde la altura: ya veo la corona de puras y delicadas flores que en mis sienes ha de colocar. Ya se abren las mansiones eternas de la gloria: tres almas van penetrando por ellas; son las de Feliciano, Longino y Alejandro: visten *purísimas estolas que lavaron y emblanquecieron en la sangre del divino cordero!* Allá voy, allá voy Jesus mio!!!

Así pronunció Eulalia, fijos sus ojos en el cielo, y cual si estuviera contemplando una hermosa vision.

—Verdugos, llevad á la hoguera á esta necia visionaria.

Al apoderarse de Eulalia los verdugos, Víctor apareció de nuevo conducido por dos soldados.

El bárbaro mandato del tirano había sido cumplido.

El pié que osó derribar el altar y el ídolo ya no le pertenecia.

Calfurniano, ciego de furor, y cansado ya de escuchar la confesion de los cinco mártires que aquel dia morian por la fé cristiana, gritó al verle aparecer.

—Egecútese en él el último tormento; muera bajo la piedra y sean desmenuzados sus miembros para que no

quede memoria de ese fanático!

—Gracias, Dios mio, gracias.... porque voy á entregar en tus manos el aliento de mi espíritu! murmuró Víctor, tendiendo sus manos al cielo.

Y conducido de nuevo al lugar del martirio, empezó á sufrir el último tormento que habia de abrirle la mansion eterna.

Ya estaba colocada Eulalia en la hoguera. Un verdugo le acercó una tea y la llama prendió al instante.

Cuando elevándose el fuego iba ya á tocar su rostro, una jóven se precipitó en la plaza, y abriéndose paso á través del pueblo se colocó ante Calfurniano diciendo:

—Soy cristiana.

Eulalia escuchó aquella voz, y alzando la suya pronunció con tono dulce y angelical:

—Julia, adios; nos veremos hoy en el cielo!

La llama cubrió su boca que permanecia abierta, y sofocando á la niña Eulalia, se vió que una blanca paloma brotaba de sus labios y se elevaba á la region de los cielos.

Era el alma inocente y pura de Eulalia.

—Soldados, gritó Calfurniano: no quiero perder el tiempo con esta nueva cristiana, como lo he perdido con esos otros. Egecutad en Julia el suplicio que dísteis á Feliciano y sus compañeros.

—Oh! la primera profecía de Eulalia se ha cumplido, exclamó Julia: ella ha recibido su corona, en tanto que yo todavía vivo: cúmplase tambien su segunda profecía. ¡Dios mio, que yo la vea hoy en el cielo!

Apenas pronunció estas palabras se oyeron estas otras en los cielos:

—¡¡ *Venciste, dichoso Víctor, venciste!!!*

Y efectivamente, el santo y glorioso confesor habia recibido ya la corona del vencimiento en el rudo combate en que habia luchado con el tirano. En cuanto á Julia vió, pocos instantes despues, cumplida la segunda profecía de Eulalia.

XX.

La última de las persecuciones fué la de Diocleciano. El infierno desataba todos sus furores.... la presa se le escapaba de las manos.... la humanidad iba por fin á entrar en una nueva faz, y lo que hasta entonces habia sido un crímen de estado, pasaria á ser la nueva vida de los pueblos, formando sus costumbres, su constitucion y sus leyes... La cruz encerrada en la Roma subterránea durante los tres primeros siglos, iba á pasearse triunfante por las vías de la ciudad de Neron. Sus misterios, antes velados y ocultos á los ojos de los gentiles, saldrian á la clara luz, y el Obispo de Roma, el vicario de Jesucristo, y representante de su poder en la tierra, subiria lleno de magestad y de esplendor al sólio de los soberbios y divinos Césares, para dominar á todo el orbe desde lo alto del Capitolio, para asentarse en el trono que habia de ocupar hasta la consumacion de los siglos, en tanto que Constantino se retiraba á fundar su ciudad á orillas del Bósforo, contribuyendo así al plan augusto de los designios del Altísimo, y haciendo, como dice S. Leon, que la Roma pagana, maestra del error, y la que acogia en su seno á todas las sectas por monstruosas que fuesen, se convirtiera en maestra eterna de la verdad.

Véase por qué el paganismo con todos sus horrores, presintiendo la suerte que le aguardaba, hacía el último y desesperado esfuerzo.

Nunca habia desplegado la persecucion las armas que en tiempo de Diocleciano.

Este emperador, que por su natural parecia ser el menos apropósito para dar nombre á la décima y última de

las persecuciones contra el cristianismo, tuvo la triste gloria de manchar horriblemente la última página de la historia de su imperio, con la mas cruel que registraron los siglos, con la que mereció llamarse la *Era de los Mártires*.

Algunos han querido decir que al decretar el esterminio de los cristianos, obró cediendo á las sugestiones de su compañero Galerio, sin que dejase por eso de lamentar las consecuencias de aquel horrible encarnizamiento.

Pero esto no es mas que defender una mala causa. Árbitro de los destinos del mundo Diocleciano, no tenia por qué ceder á las inspiraciones del mismo á quien habia levantado del polvo del campo de batalla hasta el esplendor de un trono.

Y mal que pese á sus defensores, la historia consignará siempre en sus páginas la *Era de los Mártires* decretada por el Dálmata Diocleciano.

El paganismo, como hemos dicho, iba á lanzar su último aliento.

Diez años despues la cruz aparecia á Constantino en la altura de los cielos orlada con las palabras *In hoc signo vinces*, y Magencio huía, completamente derrotado por el *lábaro* del hijo de Constancio Cloro.

Roma abrió sus puertas al vencedor. El paganismo habia recibido el golpe de muerte. El cristianismo se posesionaba de los altos poderes del estado.

Constantino, aunque educado en la religion pagana, habia recibido sin embargo cristianas emociones de su santa madre, y durante su permanencia en la corte de Nicomedia habia tenido ocasion de conocer á fondo y admirar los sentimientos de nobleza y heroicidad que abrigaban los fieles de una religion que no era la en que se habia educado.

La aparicion de la cruz cuando iba á pelear con Magencio, acabó de inclinar su ánimo á establecer el nuevo órden de cosas que surgió en el imperio por el edicto de tolerancia que promlugó en Milan en el año 313; y al erigirle el senado en el Foro una estátua por su victoria sobre

Magencio, dió órden de colocar en su mano, en vez del cetro imperial, la victoriosa cruz, grabándose en el pedestal la siguiente inscripcion: «*Merced á esta saludable insignia, símbolo de verdadera fé, he librado á Roma del yugo de los tiranos, y devuelto al senado y al pueblo romano su esplendor antiguo.*»

Era este el primer triunfo oficial de la religion cristiana sobre el paganismo.

El signo de la redencion que hasta entonces no había sido, segun la espresion de S. Pablo, sino objeto de burla para los gentiles, pasó á ser, á contar desde aquel dia, signo de esplendor y de gloria, apareciendo sobre las coronas de los emperadores y los reyes.

El paganismo habia terminado su existencia.

Habia sonado la hora marcada en los decretos de la Providencia para comenzar la era de paz para la Iglesia.

Cumplida fué la profecía que momentos antes de morir habian proferido los labios del soldado y nuevo mártir Alejandro, movido por el espíritu del Señor, que segun su divina promesa, hablaba por boca de sus mártires.

FIN DE LA LEYENDA.

En los Colegios y Seminarios que quieran representar esta leyenda, deberá observarse lo siguiente. Entran en juego Víctor, Eulalia, Julia, Feliciano, Longino, Alejandro, Calfurniano, Escipion y Luciano; pueblo, verdugos y soldados: estos últimos no hablan. Debe dividirse en cuatro actos: el primero y el segundo tienen lugar en la sala del Pretorio donde está el tribunal; el tercero en una galería en cuyo fondo deben aparecer las puertas de los dos calabozos que á su tiempo se abrirán; el cuarto en una plaza. El acto primero comprende los diálogos que se encuentran en los números I, III, V, VI y VII. El segundo acto los que se hallan en los VIII, IX y X. El tercero los XI, XII, XIII, XIV y XV. El último los XVI, XVII, XVIII y XIX. El tormento de Eulalia debe verificarse en un estremo de la sala, de manera que quede oculta aquella por el pueblo, oyéndose lo que hable, pero sin que el público la vea. Lo mismo se cuidará en la plaza al morir los mártires.

¡VICTORIA POR LOS GADITANOS!

¡VICTORIA POR LOS GADITANOS!

I.

—Ya lo has oido; á la media noche penetrarán nuestros hermanos en la bahía, y, merced á la oscuridad, de nadie serán percibidos; se acogerán á la caleta que forma la segunda torre de Hércules, y al rayar el alba saltarán en tierra, cayendo sobre los cristianos que desprevenidos quedarán hechos juguetes de los moros. Sus haciendas serán nuestras: sus vidas á merced del vencedor. ¿Qué te parece el proyecto de Alí-Benisath?

—Atrevido como todos los suyos.

—Segun eso, ¿temes acaso de su éxito?

—Temo, Ramirez; ¿cuántos buques trae consigo?

—Seis bergantines....

—Poco me parece para la sorpresa que intenta.

—No es eso solo: además viene con una galeota de veinte y dos bancos.

—¿Y de cuánta gente dispone?

—Doscientos moros de todas armas trae á su devocion. Todos son hombres arriesgados, que con la esperanza de botin acometerian á un número centuplicado de enemigos. ¿Qué tienes que decir á esto, Rodrigo?

—Voy comprendiendo que llevas razon al opinar que será felizmente coronada la empresa.

—De modo, que podemos contar contigo?

—Eso será segun la utilidad que mi auxilio reporte.

—Ya te he dicho que todas las haciendas serán nuestras. Además, cautivos los cristianos, tenderemos velas á nuestra patria, y allí, puestos en venta, nos aguarda aun mayor ganancia.

—Y no temes que mi amo?...

—Bah! tu amo se encuentra muy ageno en Cádiz de lo que se prepara en la Casería de Hércules.

—Con todo, tú sabes que juntos con él caminan siempre sesenta lanzas que él paga de su propio bolsillo, y que le seguirán al mismo infierno si su amo en ello se empeñara.

—Es muy cierto, Rodrigo; pero tambien hay una legua de distancia de este sitio á la próxima Cádiz, y antes que llegue á su noticia la sorpresa intentada, ya nuestros buques irán camino del Africa.

—Y su muger.... y sus dos niños....

—Cautivos nuestros serán: así como así lo deseo hace mucho tiempo.

—Qué dices?

—Sí, quiero hacer sufrir á esos niños todo el tormento y amargura que sobre mi alma derramaron los cristianos. ¿Te acuerdas del año de 1546? yo tenia entonces doce años..... y gozaba del hermoso ambiente de mi querida patria!... ¡Era feliz! mi padre y mi madre se miraban en mí!... Cuando el padre de ese cristiano que hoy es uno de los regidores de Cádiz, Bartolomé Estopiñan, el aragonés, que se hallaba entonces en toda la lozanía y fogosidad de la juventud, desembarcó en Africa, se apoderó de cuanto pudo, y á mí me cupo la triste suerte de ser arrancado de mi pais natal para comer primero el pan del esclavo y para verme obligado despues á renegar de la religion del Profeta y abrazar, aunque en el nombre y solo

con mis labios la fé de su Jesus. Veinte años hace que medito mi venganza; veinte años que sueño con mis padres.... con mi pais.... con el cielo que me vió nacer!.... con la tierra donde ardientemente deseo depositar mis miembros cuando me llame el Profeta á su mansion de delicias!... ¿Y no quieres que coadyuve al proyecto de Alí-Benisath? Mi sangre toda derramaria por gustar un momento siquiera la satisfaccion de la venganza.

—Silencio por tu vida, Ramirez!... ¿Ignoras que á diez pasos de nosotros se halla la casa de mi amo?

—No hay nada que temer. Él está en Cádiz.... y su esposa y sus dos hijos se habrán ya entregado al descanso.

—Y bien ¿á qué hora aparecerán las embarcaciones?

—Ya te dige antes que á la media noche....

—Y la sorpresa?...

—Al rayar el alba; todo será cosa de media hora.

—Bien; lo pensaré....

—Ya sabes el premio que te reserva Alí-Benisath.

—Velarás esta noche?...

—Sí..... no me separo de la costa: oye..... en la hendidura que se abre en la roca que está al pié de la segunda torre de Hércules, aguardo la llegada de los buques... Una luz roja que traerá en el palo mayor la galera, nos avisará su presencia: en cuanto á nosotros, otra luz tambien roja les servirá de faro indicándoles el parage de la costa donde deben fondear. Ea pues, hasta luego, Rodrigo.

—Hasta luego, Ramirez.

—Que el Profeta auxilíe nuestro golpe de mano.

—Así sea.

II.

Los que así hablaban misteriosamente, en una oscura noche al pié de las torres de Hércules en la lengua de tierra que une á Cádiz con S. Fernando, eran dos renegados.

Ambos eran cautivos, cogidos en varios encuentros que á cada paso tenian lugar entre las naves de nuestra ciudad y las berberiscas, llevando los gaditanos su arrojo hasta el estremo de saltar algunas veces en tierra africana, como sucedió el año de 1546 bajo la conducta de Bartolomé Estopiñan, con 23 bergantines y 600 hombres que reunió de Cádiz y del Puerto de Santa María.

Alí-Benisath, el gobernador derrotado y vencido en aquel encuentro, habia jurado vengar horriblemente el ultrage, y hé aquí que al cabo de 28 años, despues de haber entrado en tratos secretos con el renegado Ramirez, y prometídole gran parte del botin, si le favorecia en la sorpresa, se acerca á Cádiz á favor de las sombras de la noche, y en ocasion que nuestra bahía no contaba con las fustas que para su resguardo solian otras veces bordar la costa.

Por lo que respecta á los dos renegados, si el uno abrigaba oculta ferocidad y miserable falsía, el otro habia recibido del cielo un alma noble y gran corazon.

Los dos habian renegado de la religion absurda y sensual del profeta, pero al entrar en la nuestra el primero atendia solo á captarse las simpatías de sus amos, engañándolos con su falsa conversion, y el segundo la habia abrazado porque su alma habia sido iluminada por un rayo de la divina gracia, y al despreciar los errores grose-

ros del Mahometismo, buscaba en la religion del Crucificado la paz del alma que solo se goza en ella.

Y no se crea que al escuchar Rodrigo las pérfidas sugestiones de su compañero, ardiese en deseos de conseguir su libertad: no: si puso atencion á la revelacion que le hacía, era solo porque pensaba sacar partido de sus palabras para salvar de la muerte á sus queridos amos.

Estos lo eran el esforzado y noble caballero Pedro de Benavente y su virtuosa esposa, señora de noble prosapia, y madre de dos hermosos y angelicales niños, que el cielo les habia dado en premio á sus muchas virtudes.

Pero á la sazon hallábase ausente de la casería de Hércules el noble caballero, habiéndose quedado al cuidado de su esposa é hijos el fiel criado Rodrigo.

Mas hé aquí que aquella noche, logra oir de los labios de su compatriota la horrible trama que se preparaba, y con palabras vagas aparenta favorecer su plan.

Hé aqui lo que quedó discurriendo al retirarse Ramirez.

III.

—¿Conque es decir que Alí-Benisath nos va á asaltar esta noche? Y ese malvado de Ramirez es el pérfido traidor que nos ha de vender? ¿Y los indefensos cristianos que ahora duermen en la ignorancia de lo que les espera serán esta misma noche víctimas ofrecidas á las iras y furores del cruel Alí-Benisath? No: no será así.... yo te lo juro, Ramirez! El cielo no puede permitirlo.... y no lo permitirá!.. Dices, hombre malvado, que gimes en la esclavitud.... ¿y quién tiene la culpa de que todos te aborrezcan y no vean en tí sino un hombre de menguados pensamientos, de corazon pervertido y alma vil y miserable?... Ah! la religion que en su seno nos recibió á los dos, hubiera bastado á dulcificar lo amargo de tu destino, á no abrigar tú la hi-

pocresía como bandera de todas tus acciones!... Pero meditemos lo que conviene hacer..., Ese hombre acaba de decirme que aguarda en la roca que está al pie de la segunda torre de Hércules la llegada de los buques berberiscos.... una luz roja que aparezca á lo lejos, indicará que se acercan.... otra luz que él tiene preparada y con la que corresponderá á la señal convenida, les manifestará el parage en donde deben fondear.... Eso es.... el plan no puede estar mejor combinado. La casería se encuentra sin gente que la defienda, y los pocos que pudieran tomar las armas, serán sorprendidos, antes que alcancen á hacer uso de ellas! Oh! qué situacion la mia! Qué hacer? Si parto á Cádiz á noticiar la que se prepara, vendrán mientras las naves, y al echarme de menos el traidor, le costará poco trabajo adivinar que he marchado á dar la voz de alerta! No, este plan no es bueno.... ideemos otro.... Oh, Dios mio, inspiradme!...

Aquel hombre se sentó meditabundo en una de las rocas próximas á la orilla.

Su imaginacion se afanaba en encontrar un medio que le llevase á la realizacion de su noble y generoso fin, la salvacion de tantas vidas como iban á ser inmoladas al bárbaro Alí-Benisath.

No brillaba ni una sola estrella en el firmamento.

La noche era nebulosa y triste como el alma del infeliz Rodrigo que creia ver ante su presencia negras fantasmas de sangre y de muerte.

De pronto dióse una palmada en la frente, y levantándose como inspirado, murmuró tendiendo su vista á la roca en que se habia ocultado Ramirez:

—¡Prepara tu luz roja, traidor, que acaso necesites de ella esta noche para no tropezar en el sendero que conduce á los infiernos!

Y se deslizó á través de las rocas escondiéndose al pié de la torre de Hércules á seis pasos del sitio donde se encontraba Ramirez.

IV.

Apenas se hubo escondido Rodrigo en la roca, abrióse la puerta de una casa que en primer término se levantaba, y apareció una muger, alta, de buena presencia, hermosa, y que aparentaba contar cuarenta años.

Si pudiéramos penetrar en lo mas oculto de su corazon y ver lo que pasaba, leeriamos estas espresiones.

—Por qué, Dios mio, esta zozobra? por qué esta agitacion? No parece sino que alguna grave y terrible desgracia va á caer sobre mi pecho! Ni la vista de mis dos tiernos hijos, blandamente dormidos en sus lechos, semejando dos ángeles del cielo, ni la tranquilidad que reina por toda la casería, son parte á disipar la negra nube que cubre á mi alma. Será porque mi esposo se halla ausente? Y qué?... otras veces se ha ausentado sin que me acongojase como ahora.... No sé á qué atribuir mi turbacion! No pudiendo serenarla en mi morada, he querido salir á respirar el aire de la noche, y ¡ay! en vez de aparecer radiante y pura no brilla en la bóveda azul ni una estrella, como si el cielo se empeñase tambien en augurarme algo triste. Y lo que mas me atormenta es la consideracion de que mis temores, aunque vagos, no son quimeras. Mi madre me contaba, que siempre que algun horrible acontecimiento amenazaba á nuestra familia, el corazon lo presentia y pocas horas despues aquel se realizaba.

¿Será que mi madre al morir me legó esta cualidad de su alma? Oh! que todo sea una ilusion, Dios mio! Y si algo nos amenaza, caiga todo el peso del dolor sobre mi pecho y queden á salvo mi esposo y mis hijos!

Así discurria la hermosa muger, andando unas veces por delante de la casa, de la cual salió, y parándose otras, como absorta por los pensamientos que debian agolparse á su alma.

Pero apenas acabó de meditar la última de las frases que hemos arrancado á su pecho para revelar su agitacion á

los lectores, paso á paso y silenciosamente se fué acercando una sombra por detrás, hasta colocarse junto á ella. Así que su aliento casi se confundia con el de la dama, se volvió, y poniéndose el dedo índice en la boca, como para rogarle no se sorprendiera ni levantara el menor grito, se trabó entre los dos este diálogo en tono misterioso que solo podian escuchar ellos mismos.

—Señora, no os turbeis ni pronuncieis el menor grito!

—Rodrigo!

—Nos escuchan si nó procuramos que nuestras palabras queden en la misma boca que las pronuncia.

—¡No te entiendo!

—Oid, señora, un hombre malvado nos vende!

—Qué dices!

—Lo que escuchais.... faltan tres horas para que amanezca, no es verdad? pues bien, cuando la aurora aparezca por las cumbres de Medina, los vecinos todos de la casería, irán camino del Africa, cautivos por los hijos de Agar.

—Oh! mi presentimiento! mi presentimiento!... pronunció la dama con acento apagado y desfallecido.

Y volviendo por sí, esclamó como despertando de un sueño:

—Rodrigo! mis hijos, salvemos á mis hijos!... corramos á Cádiz!... aun es tiempo!... mi esposo vendrá al momento con sus sesenta soldados!.. qué aguardas, Rodrigo?

—Señora, no puede ser eso que pronunciais. Habeis olvidado lo que acabo de deciros?

—Qué?...

—Al menor movimiento que hagamos, bien para avisar á los vecinos que duermen ignorantes de lo que se prepara, bien para huir á Cádiz, seremos observados y nada conseguiremos.

—Pero quién nos observa?

—Ramirez, que está oculto en una de aquellas rocas, esperando la llegada de los buques berberiscos.

—Oh, qué horrible traicion!

—Escuchad, porque los momentos son preciosos.... vos y yo vamos á ser los salvadores de la casería!... veis este

agudo puñal? pues ahora mismo voy á hundirlo en el pecho de ese hombre!... no os turbeis!... Creo que Dios me favorecerá en este primer paso.... una vez hecho esto, ya os diré lo que á vos os compete, si hemos de salvar á nuestros vecinos....

—Bien, pero....

—Aguardad aquí un momento; si no parezco dentro de dos minutos, rogad por mí al cielo, porque será señal de que he muerto en la demanda: en cuyo caso podeis hacer lo que gusteis, y si os atreveis y no sois vista, volad á Cádiz y decid al corregidor Pedro de Obregon, que el pirata Alí-Benisath va á saltar en tierra con seis bergantines y una galeota!...

—Alí-Benisath!! exclamó la noble dama lanzando un grito de sorpresa y temor al mismo tiempo.

—Silencio por Dios.... ¡si nos escucha, perdemos el golpe!... voy á la roca!

Y se separó en tanto que murmuraba la señora:

—¿Con que es decir que ese hombre va á cumplir el terrible juramento que pronunció hace veinte y ocho años? No, no puede ser; el cielo no puede permitirlo!... y sin embargo, ese hombre se acerca!... va á llegar! Oh! soy perdida! pero y mis hijos? Corramos á salvarlos!... mas qué hago?.... nó nos precipitemos. Rodrigo me acaba de decir que ha concebido un plan de defensa. ¡Quiera el Señor favorecerle en ella! Probemos á escuchar!.... Nada se percibe!... Si habrá perecido á manos de ese traidor?

Al pronunciar estas palabras, se oyó un grito espantoso; era un ay desgarrador, la maldicion horrible de un moribundo!

—Ah! murmuró: ¿quién habrá sido el que ha lanzado ese grito? Pero qué veo! es ilusion de mis sentidos? Rodrigo, Rodrigo.

—Aquí me teneis, señora; esclamó el renegado corriendo á encontrarse con la dama. Su rostro estaba todo agitado, sus manos temblaban, en su pecho se veia una mancha de sangre.

—¿Estás herido? esa voz!.... ese ay!... habla..... habla

por el cielo!

—Esa voz ha sido la última que saldrá de la boca de ese infeliz, que en hora funesta ideó hacer traicion á los cristianos.

—Muerto!...

—Sí, bien muerto queda en la roca. La lucha ha sido horrible y espantosa; creí que era llegada mi última hora, pero gracias á Dios, mi brazo ha sido mas feliz que el suyo.

—Bien! Rodrigo, bien!

—Mas no perdamos tiempo: veis aquella luz roja allá á lo lejos?

—Sí!... tiemblo al escucharte!...

—Pues bien; la escuadra está á la vista.

—Qué dices!

—Escuchad.... el plan de Alí-Benisath es el siguiente: acogerse al pie de la segunda torre de Hércules, para lo cual este farol, con luz roja, es la señal que le debe indicar el sitio donde esa torre se halla. Una vez llegados, esperarán á que amanezca para entregarse al pillage. Ahora bien, oid lo que proyecto. Si conseguimos que sus buques, ó por lo menos la galeota, embarranque al tocar en tierra en razon á su mucho calado, como la marea está bajando, no les será tan fácil darse á la vela al punto como quieren.

—Y qué alcanzaremos con esto?

—Yo parto á Cádiz á noticiar al corregidor lo que pasa, y dentro de dos horas vendrá aquí la gente que sea suficiente para probar al pirata, que no es tan fácil como cree, hacer un desembarco en las aguas de Cádiz.

—Pero ¿y cómo conseguir que embarranque la galeota?

—Con este ardid. El terreno que está al pie de la primera torre de Hércules, se eleva de una manera sensible; así es que cuando menos lo piensen, se encontrará en seco el buque que allí se sitúe. Por lo tanto no hay sino hacer la señal con este farol al pie de la primera torre, en vez de la segunda como ideaba Ramirez.

—De modo, que....

—Y vos sois quien debeis encargaros en engañar á los buques. Subíos pues á la torre, y de vez en cuando haced

girar el farol como si respondierais á su señal. Lo demás lo hará el cielo!

—Ve pues, Rodrigo; sabré morir en la demanda ó cumplir con la parte que me corresponde en el plan que has proyectado.

—Adios, señora.

Y se separaron los dos.

El renegado se dirigió corriendo á Cádiz.

La dama se encaminó á la torre y subiendo á lo mas alto, asomó la luz roja.

Un confuso rumor se escuchó entonces á lo lejos, rumor que las olas y el viento llevaron á los oidos de la heroina.

Pero esta, en vez de perder su entereza, pronunció llena de exaltacion:

—Dios mio! Haz que los gaditanos humillen hoy la cerviz de los hijos de Mahoma!

V.

En tanto que Rodrigo volaba á Cádiz á comunicar la triste nueva, Elvira, la heróica esposa de Pedro de Benavente, subida en la primera torre de Hércules, engañaba con las señales á los buques que se aproximaban á la costa.

Al cabo de una hora, arribaron estos y se abrigaron al pie de la torre. El pensamiento del pirata era aguardar á que rayase el alba, para entonces dar principio al saqueo, contando con realizarlo impunemente, pues habia muy pocos hombres que pudiesen tomar las armas en la casería.

Asís, que tal era el nombre de la esposa de Benavente, habia corrido al interior de su morada, apenas vió que estaban para tocar la orilla las naves.

Cuando hubieron fondeado estas, saltaron á tierra dos sombras y comenzaron á hablar cautelosamente, á tiempo que reconocian el terreno.

—No veo á Ramirez, Abenaliz.

—Lo estraño á fé mia!

—Él es quien nos ha guiado con la luz roja á esta ensenada y....

—Se hallará todavía en la torre?

—Y qué ha de hacer allí?

—Nos venderá por ventura?

—No: no puede ser; pero si así fuera, tiemble el traidor, porque su cabeza será la primera que rodará por la arena.

—Y qué plan meditas al cabo?

—El mismo que al partir del Africa te comuniqué. En cuanto raye el alba, soltaré la chusma á tierra, y en un instante seremos dueños de vidas y de haciendas.

—Y por qué aguardar al amanecer?

—¿No ves que en medio de la oscuridad acaso pudieran escapársenos de las manos esos perros?

—Con todo, mi opinion en esta parte no está conforme con la tuya, Alí.

—Habla.

—Lo mas conveniente seria sobrecogerlos en el sueño. Una vez sorprendidos, ninguno logrará escapar. De lo contrario, te espones á que participen, en la huida, á Cádiz lo que pasa en la casería de Hércules, y pudiera costarnos caro el atrevimiento.

—Bah! no abrigo temor alguno. Ahora, Abenalíz, vamos á aprovechar los momentos de que podemos disponer.

—En qué?

—Oyeme; mora aquí una cristiana que fué mi cautiva solo tres dias.

—Cautiva tuya!

—Sí, hace veinte y ocho años una goleta morisca abordó á una galera cristiana en las aguas de Gibraltar. Prisioneros los que iban en ella, fueron vendidos en Larache. Yo era entonces jóven, y entre los cautivos vi en la plaza una cristiana hermosísima que tendria á lo mas catorce años. Abenalíz, yo no puedo esplicarte lo que mi corazon sintió al contemplar aquella niña. Todo el oro del mundo que me hubieran pedido por ella, lo hubiera dado por adquirirla. A la media hora la cristiana se encontraba en mi casa. No creí conveniente hacerla sufrir, sino antes bien aguardar á que el tiempo mitigase la amargura que se habia posesionado de su alma, seguro de que al cabo lograria con mi constante amor hacerla mi favorita. Pero ¡ay

Abenalíz! tres dias no eran pasados, cuando un cristiano arrojado, el aragonés Estopiñan, hizo una sorpresa en Larache. Dueño fué de vidas y haciendas solo durante un dia: los cautivos hermanos suyos fueron llevados á sus naves. Es verdad que la victoria le costó muy cara; ya habrás oido contar como murió en nuestra misma arena, pagando allí su arrojo y temeridad. Pero sus hermanos lograron dar las velas al viento y se llevaron libres á los cautivos y con ellos á Asís.

—Y esa muger?...

—Vive en esa primera casa que ves á la derecha.

—Y pretendes?

—Conmigo ha de tornar al Africa, donde será, no mi favorita, sino la esclava de mis esclavas. Prepara pues tu gumía, y al menor grito que lance, escóndela en su pecho. Ha llegado el instante de mi venganza!

Aquel hombre se dirigió á la puerta de la casa de Asís, pero antes que llegase á tocarla, abrióse dando paso á una muger que llevaba asidos de sus manos un niño y una niña.

VI.

—Esperad: dijo al salir aquella muger.

—Asís! murmuró Alí-Benisath reconociendo en ella su cautiva de hacia veinte y ocho años, y retrocediendo algunos pasos.

—Aquí me teneis; vuestra cautiva de tres dias se halla en vuestra presencia: ya no es Asís la niña inocente y tierna que comprásteis en la plaza pública de Larache; hoy es la esposa de Pedro de Benavente, la madre de estos dos ángeles que me acompañan. Interrogad á vuestro corazon, y si en alguno de sus senos hay un poco de nobleza, huid de este lugar y dejad en paz á la que nunca podrá pertenecer-os, porque su religion y su honor se lo prohiben.

—Cristiana, ¿crées que el proyecto de venganza que hierve en mi pecho desde aquel infausto dia, es de aquellos que se postergan por las palabras de una muger? Te engañas!

Hoy voy á saborear el íntimo placer de la venganza; hoy daré por bien empleados todos los momentos de rabia que uno á uno he devorado en veinte y ocho años. Eres mi cautiva, eres mi esclava; y por Dios que aun veo que tu rostro conserva su antigua belleza!

—No; nunca, Alí-Benisath!

—¿Qué dices, necia? Dentro de un instante toda mi gente caerá sobre los descuidados vecinos de la casería. Rico botin me reservan los prisioneros; sus mugeres serán juguete de nuestros hermanos, y la esposa de Benavente volverá á ocupar la estancia que tres dias ocupara en Larache. Por lo que toca á tus hijos, serán vendidos tambien, y su precio servirá para comprarte el trage con que te engalanes la noche de nuestras bodas.

—Jamás! Antes moriré mil veces, que logres arrancarme mis hijos!

Aquí llegaban del diálogo, cuando Abenalíz, que se habia separado algo de la escena, se precipitó gritando:

—Alí-Benisath, desembarca tu gente al punto si quieres dar cima á tu empresa! He oido á lo lejos galope de caballos!

—Qué dices?

—Debe ser gente de Cádiz, sin duda avisada de lo que ocurre. Aun es tiempo; los vecinos de la casería bastará un momento para sorprenderlos; en cuanto á los caballos que se acercan son pocos, pues habrán sido enviados para esplorar tan solo. Si conseguimos dar el golpe de mano antes que vengan de Cádiz los hombres de armas que allí hay, la victoria es nuestra!

—Pues sea: Abenalíz, me respondes con tu cabeza de esa muger.

Y haciendo sonar un silbato tres veces seguidas, gritó:

—¡¡A ellos!!

La chusma que, atento el oido, aguardaba la voz de mando para desembarcar, se arrojó á la playa, pues los buques, con especialidad la galeota, casi tocaban al fondo.

La casería de Hércules fué sorprendida.

Sus pobres moradores despertaron para verse prisioneros

de un enemigo con quien no habian luchado.

Sin embargo, muchos lograron escapar, por senderos ocultos, á la inmediata ciudad S. Fernando.

Al mismo tiempo los moros se apoderaban de cuanto podian haber á las manos y lo trasladaban á las naves.

Todo esto pasó en muy cortos instantes. Habia empezado ya á clarear.

—Ahora, gritó el pirata Alí-Benisath desde la galeota, ahora, Abenaliz, trae para acá á esa cristiana y sus hijos.

El servidor se aproximó á Asís para cogerla en brazos y depositarla en los de su señor, pero cuando le faltaban dos pasos para llegar á ella, cayó al suelo, lanzando un horroroso grito, al mismo tiempo que sonaba una detonacion: una bala le habia atravesado el pecho.

—Somos perdidos! gritó Alí-Benisath ciego de furor. Los gaditanos nos acometen! Dad las velas al viento! Huyamos!

—Imposible! lanzó una voz desde la galeota.

Un eco de espanto y de desesperacion se levantó de la nave.

—La galera ha encallado!

—Voto al infierno! Dad amarras á los bergantines para que la saquen. Vosotros, haced fuerza de remos! De este momento pende todo el éxito.

La órden fué obedecida, pero todo fué en vano. El proyecto de Rodrigo se habia realizado. La galeota habia encallado, y como la marea bajaba, cada vez se hacía mas difícil sacarla á flote.

Una turba inmensa se precipitó en el lugar de la escena, dirigida por el renegado Rodrigo, que gritó al aparecer:

—Ahí teneis á vuestra esposa y á vuestros hijos!

—Asís! hijos mios! salvos! salvos! dijo lleno de inmenso regocijo el caballero que acompañaba á Rodrigo.

—A ellos! gritó el corregidor de Cádiz, Pedro de Obre-

gon. Cortad las amarras, y al abordage!

La lucha se hizo general en toda la orilla.

Aquello era una confusion espantosa. Sabida en Cádiz la noticia, salieron siete caballeros á reconocer la verdad, no fuese alguna celada de los moros; y volviendo riendas á la ciudad, y puesta en conmocion toda ella, hombres y mugeres, armado cada uno con lo que pudo haber á mano, se lanzaron á la casería de Hércules, por si aun llegaban á tiempo de salvar á sus hermanos.

El valor de los gaditanos y su arrojo en acometer al odiado enemigo eran increibles; metidos en el agua hasta los pechos, luchaban aquellos héroes con todo el corage del que se siente herido por una vil traicion.

Entonces sonó una voz en el espacio.

—La victoria es nuestra! Alí-Benisath ha muerto!

Y efectivamente, el pirata habia caido al agua, despedazado su cráneo por el hacha de Pedro de Benavente.

—¡¡Victoria por los gaditanos!! repitió la voz del corregidor.

Los moros, al verse sin caudillo, alzaron bandera de paz. La victoria habia sido de los hijos de Cádiz.

FIN DE LA LEYENDA.

Nota.

Puede representarse tambien esta leyenda observándose lo siguiente. Un solo acto. La escena figura la orilla del mar, el cual se ve á la izquierda y parte del fondo. A la derecha la casería de Hércules. En el fondo las dos torres, una mas próxima que la otra. Rocas diseminadas por la escena. Es de noche. Los personages son Asís, Rodrigo, Benavente, Pedro de Obregon, Ramirez, Alí-Benisath, Abenaliz, moros, soldados y pueblo.

ÍNDICE

DE LAS LEYENDAS Y CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE SEGUNDO TOMO.

Págs.

EL POZO DE LA LLORONA 5

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA, O LA RECONQUISTA DE MADRID.

Cap. I. En el que verá el lector que todo el que se mete en bulla, está espuesto á recibir coces y puñetazos 17

Cap. II. Cómo amaba una madre, y cómo discurria un caballero en España en el siglo VIII..... 30

Cap. III. En donde se vé que siempre ha salido cierto el refran "el hombre propone y Dios dispone"..... 35

Cap. IV. De cómo Pericote, sin saber lo que se decia, descubrió á Martin la trama urdida contra su señor..... 43

Cap. V. Aunque el lobo se vista con la piel de oveja, al cabo enseña la oreja..... 52

Cap. VI. Que debiera dar comienzo á esta crónica, por cuanto en él se narran hechos acaecidos años atrás..... 62

Cap. VII. De cómo se apareció al caballero Gracian Ramirez la imágen de Nuestra Señora de Atocha..... 72

Cap. VIII. De cómo sabía Pericote sacar por el hilo el ovillo.. 81

Cap. IX. En donde el autor empieza por filosofar, y acaba por decir lo que verá el curioso lector..... 87

Cap. X. De las pláticas que tuvieron el caballero Ruiz Perez y su escudero Martin..... 92

Cap. XI. De la manera piadosa que tenian Juan Garcés y Guzman de encomendarse á Dios y á los santos en las noches de tormenta..... 102

Cap. XII. Que trata del feliz resultado que tuvo para Ruiz-Perez y Clara la conducta de Garcés..... 115

Cap. XIII. En donde se ve que el principio en que estriba la Homeopatía, *similia similibus curantur*, era ya conocido y practicado en Rivas por el doctor Pericote..... 125
Cap. XIV. Que es corto hasta en el epígrafe..... 133
Cap. XV. Si el impío hiciere penitencia de todos sus cados que cometió.... verdaderamente vivirá y no morirá. l odas sus maldades que él obró, no me acordaré. (EZEQUIL AP. XVIII VERS. 21 Y 22.)..... .. 137
Cap. XVI. Que trata de sucesos que seguramente igno ín nuestros lectores, y que por menor sabrán si ahora lo ye- ren..... 142
Cap. XVII. Que trata de cosas tan estrañas y maravillosas, que el autor no ha querido recopilarlas en este epígrafe para que no pierdan su interés..... 151
Cap. XVIII. En donde el autor, sin meterse á filosofar, demuestra el íntimo enlace que existe entre Nuestra Señora de Atocha y la Reconquista de Madrid..... 161
Cap. XIX. Al cual hubiera puesto cualquiera otro autor el nombre de *Epílogo* á la moderna, pero que á la antigua se llamaria *Conclusion*..... 171

LAS TRES FLORES 177

VENGANZA DE BUENA LEY 185

EL PERDON DE D. PEDRO DE CASTILLA 225

VICTOR Y EULALIA 233

VICTORIA POR LOS GADITANOS. 281